FRANCISCO R. ADRADOS

LINGŰÍSTICA INDOEUROPEA



BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA
EDITORIAL GREDOS
MADRID

FRANCISCO R. ADRADOS

LINGÜÍSTICA INDOEUROPEA

Acaso extrañe que estos dos nutridos tomos sean considerados por su autor como un «manual». Es que —agregamos nosotros— se trata de un manual como debían serlo todos, o sea, de una síntesis original, y en él se recoge no sólo el estado actual de las investigaciones sobre el indoeuropeo, sino las cuantiosas aportaciones personales de Adrados, ya anticipadas en otros libros suyos. Materia tan compleja y dilatada —fonología, morfología y sintaxis del indoeuropeo— mal podría caber en unas pocas páginas.

Caracteriza al presente libro un rigor científico incansable, enemigo de las simplificaciones usuales. Ha llovido mucho desde que los neogramáticos sentaron las bases para la reconstrucción del indoeuropeo. A estas alturas era necesario emplear nuevos métodos, aplicar las últimas concepciones de la lingüística, tener en cuenta recientes descubrimientos, textos mejor descifrados. Y eso es lo que ha hecho Adrados. No encontraremos aquí un indoeuropeo único, un bloque enterizo de paradigmas reconstruidos casi exclusivamente sobre el griego y el indo-iranio, sino varios indoeuropeos (distinguidos según sus estadios y dialectos, con sus grupos y sus zonas de transición): protoindoeuropeo,

(Pasa a la solapa siguiente)

(Viene de la solapa anterior)

indoeuropeo clásico, etc. La visión ha ganado enormemente en profundidad geográfica e histórica. Y lo mismo revelarían otros aspectos. Adrados desarrolla su tema en los dos planos, el sincrónico (sistema) y el diacrónico (evolución), concediendo gran importancia a los alófonos y a los alomorfos. Respecto a las laringales, o respecto al verbo, ha llegado a precisiones antes desconocidas. Y toma como unidad morfológica la palabra (no el morfema). Basten tales botones de muestra.

Qué ilimitado taller de experimentación el de estas lenguas euroasiáticas, milenios antes de Cristo. Vemos cómo el indoeuropeo va fragmentándose sucesivamente. Pasa de un estadio preflexional —donde las distinciones son funcionales, no formales— a otro flexional, buscando nuevas marcas con que caracterizar diferencias y sin lograrlo de modo sistemático absoluto. La flexión suele tender a lo más complejo y recargado. Unos sistemas sustituyen a otros, sin que se borren completamente las huellas antiguas. Pugnan entre sí tensiones y equilibrios, innovaciones y arcaísmos. No satisface representar toda esa evolución —como bien dice Adrados— por un árbol genealógico. Son lentos, muy lentos procesos históricos, y no siempre coincidentes ni previsibles, los que ahí intervienen. Que podamos sentirlos y sorprender su vida —formas y contenidos en tumultuosa ebullición— lo debemos a este extraordinario manual.

LINGŰÍSTICA INDOEUROPEA

TOMO I

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

Dirigida por DÁMASO ALONSO

I. TRATADOS Y MONOGRAFÍAS, 15

FRANCISCO R. ADRADOS

LINGÜÍSTICA INDOEUROPEA



BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA
EDITORIAL GREDOS
MADRID

EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España.

Depósito Legal: M. 19006-1975.

ISBN 84-249-0049-9. O. C. Rústica.
ISBN 84-249-0050-2. O. C. Tela.
ISBN 84-249-0051-0. Vol. I. Rústica.
ISBN 84-249-0052-9. Vol. I. Tela.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1975. — 4296.

PRÓLOGO

El presente libro trata de introducir al lector en el conocimiento del indoeuropeo, en la medida en que es dable reconstruirlo en sus varios niveles temporales y en sus varias realizaciones dialectales; y de introducirle también en la problemática de la reconstrucción. Es un Manual y no pretende ser otra cosa, por lo que prescinde de discusiones y polémicas y de la cita de la bibliografía seguida en cada punto; no pretende en modo alguno agotar la problemática de cada cuestión. Pero hay que advertir que, si con frecuencia sigue doctrinas ya clásicas y tradicionales, o bien doctrinas de Benveniste, Kuryłowicz y tantos autores más, otras veces se apoya en resultados obtenidos por el autor en libros anteriores: sobre todo, en sus *Estudios sobre las Laringales Indoeuropeas* (Madrid, 1961; la 2.ª ed., *Estudios sobre las Sonantes y Laringales Indoeuropeas*, Madrid, 1973, incluye diversos trabajos anteriores y posteriores) y en su *Evolución y Estructura del Verbo Indoeuropeo* (Madrid, 1963, 2.ª ed. 1974). Se apoya también en trabajos de sus discípulos publicados o inéditos todavía[1],

---

[1] Cf. Francisco Villar, *Origen de la flexión nominal indoeuropea*, Madrid, 1974 y «El problema de las sordas aspiradas indoeuropeas», *RSEL* 1, 1971, pp. 129-160; Alberto Bernabé, *Laringales hetitas y laringales indoeuropeas* (tesis doctoral inédita, Madrid, 1973), «Aportaciones al estudio fonológico de las laringales indoeuropeas», *Emerita* 39, 1971,

que siguen una orientación aproximada. Claro está, no se trata de una repetición de estos trabajos, sino de un sucinto tratamiento de los mismos temas aceptando generalmente sus soluciones, pero con una nueva reestructuración y, a veces, con notables rectificaciones y puntualizaciones; y todo ello dentro de un tratamiento de conjunto de la totalidad de la Lingüística Indoeuropea, lo que quiere decir que con frecuencia el libro hace obra original en relación con cuestiones no tocadas o tocadas insuficientemente en los trabajos en cuestión: sobre todo, en relación con las fases más arcaicas del protoindoeuropeo. En definitiva, aunque a veces sucintamente, contiene lo sustancial del pensamiento del autor, en este momento, en relación con la reconstrucción del indoeuropeo en general: constituye o intenta constituir un todo coherente en que quedan ensambladas doctrinas de varias procedencias, incluidas las propias, con aportaciones que se ofrecen ahora por primera vez. Se trata de un proyecto antiguo ya de treinta años —desde el momento en que el autor comenzó a enseñar la Lingüística Indoeuropea en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid— que sólo ahora se lleva a la práctica, después de larga meditación sobre los problemas de la reconstrucción del indoeuropeo. Con los defectos e insuficiencias que pueda tener, que sin duda los tendrá, no es en ningún caso un libro improvisado.

Todo esto exige una cierta justificación del libro, cuya originalidad estriba, a veces, más que en los presupuestos teóricos en que se basa, en la decisión de llevarlos a la práctica. Es doctrina generalmente aceptada, por ejemplo, que el indoeuropeo de la reconstrucción brugmanniana es en lo esencial una especie de indo-griego: es decir, que de entre

---

pp. 63-107, «Geminación de *s* y sonantes en hetita», *RSEL* 3, 1973, pp. 415-456; Julia Mendoza, *La formación del sistema pronominal indoeuropeo* (tesis doctoral inédita, Madrid, 1974).

los rasgos comunes a varias lenguas, tiende a atribuir a la lengua reconstruida aquellos propios del indo-iranio y el griego, tomando el testimonio de las demás lenguas más bien como un accesorio. Pues bien, aquí no se trata de reconstruir «el» indoeuropeo: se postula que hay varios indoeuropeos, según la cronología y la localización, uno de los cuales estaba más o menos próximo al de la reconstrucción tradicional. Y se trata de, en la medida de lo posible, dar los rasgos del indoeuropeo tradicional o brugmanniano (el indo-griego), pero también los de otras áreas dialectales, ligadas de otra parte a una diferente cronología: así, la del indoeuropeo occidental, de fecha sin duda posterior. Por otro lado, es difícil trazar pinturas absolutamente coherentes de los dialectos indoeuropeos: sabemos que nunca fueron absolutamente unitarios y que diversas isoglosas, de cronología también diversa, tendían puentes entre unos y otros; sabemos que en cierta medida los elementos que unifican un dialecto son de difusión reciente, meras elecciones entre formas dobles o con repartos diversos; de otra parte, no siempre es fácil establecer la pertenencia a un mismo dialecto de diversos rasgos fonológicos y morfosintácticos que se dejan reconstruir.

Así, la principal característica, quizás, de este libro es que no intenta reconstruir «el» indoeuropeo, sino solamente rasgos indoeuropeos diversos que sólo en parte se pueden clasificar cronológica y localmente, es decir, sólo en cierta medida se pueden asignar a una serie de dialectos indoeuropeos que se escalonan entre el indoeuropeo preflexional y las lenguas históricas. Esta existencia de varios indoeuropeos y la postulación misma de un indoeuropeo preflexional, previo a la creación de la declinación y conjugación, son aceptados con gran generalidad: intentamos, solamente, ir más allá de lo usual en establecer doctrinas concretas al

respecto. Habitualmente, lo que hacemos es partir de la reconstrucción del indo-griego para luego penetrar, de un lado, en su prehistoria hasta llegar al indoeuropeo preflexional; y, de otro lado, en los demás dialectos indoeuropeos contemporáneos o posteriores.

Con esto quiere decirse que determinados rasgos comunes al indo-iranio y el griego son considerados no como arcaísmos, sino como innovaciones; a veces se encuentran en otras áreas lingüísticas rasgos más arcaicos. Una ayuda esencial para esta teoría es la consideración del hetita (y el anatolio en general) como un dialecto arcaizante, que, si con frecuencia presenta innovaciones, posee en cambio algunos rasgos fundamentales del antiguo indoeuropeo que se perdieron, al menos parcialmente, en las demás lenguas. Esto es aceptado por algunos, pero negado, todavía hoy, por los más. Y, sin embargo, que la oposición de un género masculino y otro femenino, el subjuntivo, los grados de comparación del adjetivo, etc., rasgos todos ausentes del hetita, eran innovaciones relativamente recientes, era cosa hace tiempo bien sabida. Es verdaderamente extraño que el simple hecho de haber sido descifrado el hetita en fecha posterior a la reconstrucción brugmanniana, haya provocado la paradójica posición de tantos lingüistas que, allí donde el hetita discrepa del indoeuropeo brugmanniano (es decir, del indo-griego) por carecer de algunos de sus elementos, postulan simplemente que los ha perdido: ¡incluso si se trata de elementos a todas luces recientes!

Para nosotros, el anatolio se disgregó del protoindoeuropeo en una fecha muy arcaica: una y otra rama presentan arcaísmos o innovaciones, como es lógico en estos casos, pero, al haber persistido durante cierto tiempo una continuidad de vida común entre los dialectos no anatolios, desarrollaron una serie de isoglosas extrañas al anatolio. De

todas maneras, puede penetrarse más en profundidad todavía, pues ese protoindoeuropeo era ya una lengua flexional, con un esquema de declinación (aunque menos desarrollado que en el indoeuropeo no anatolio) y otro de conjugación (a base de oponer con ayuda de desinencias varias formas de un mismo tema: no varios temas). Mediante los métodos de la reconstrucción interna puede llegarse, y con esto no hacemos más que continuar trabajos anteriores nuestros y de nuestros discípulos, al indoeuropeo preflexional.

Aquí, el verdadero problema se encuentra en que las categorías y funciones que se expresaron flexionalmente a partir del protoindoeuropeo, o bien no existían en indoeuropeo preflexional, o bien se expresaban de modo no flexional (lo que en cierta medida continuó luego, por lo demás). Por tanto, hay que idear un método de reconstrucción que haga comprender cómo significantes que evidentemente no tenían los significados que luego tuvieron, los adquirieron: si no ideamos este método, entonces hemos de resignarnos a reconstruir una lengua con aproximadamente las mismas categorías y funciones de las lenguas históricas, expresadas por aproximadamente los mismos significantes. Es decir, hemos de contentarnos con reconstrucciones que reconstruyen poca cosa, proyectan más bien hacia atrás una imagen simplificada de las lenguas históricas, así en el caso del indogriego.

La solución la hemos dado en otros lugares [2] al postular un método estructural que, con ayuda de los conceptos de

---

[2] «Gramaticalización y desgramaticalización», *Miscelánea André Martinet* III, La Laguna, 1962, pp. 1-41 (luego recogido en *Evolución y Estructura del Verbo Indoeuropeo*); «Historische und strukturelle Methode in der indogermanischen Sprachwissenschaft», *Kratylos* 10, 1965, pp. 131-154; «Die Rekonstruktion des Indogermanischen und die strukturalistische Sprachwissenschaft», *Indogermanische Forschungen* 73, 1968, pp. 1-47. Estos trabajos han sido recogidos (los dos últimos en

polarización, atracción, infección, redistribución y otros, explica la adscripción de significantes a las categorías y funciones que se creaban; y explica la creación misma de estas categorías y funciones de resultas de tendencias que estaban implícitas en las insuficiencias de los sistemas morfosintácticos de los sucesivos dialectos indoeuropeos. Por otra parte, explicando los diferentes sistemas morfosintácticos como resultados de innovaciones diversas, podemos retroceder y hacer hipótesis sobre la Morfosintaxis de los estadios anteriores, llegando incluso a la del período preflexional.

Creemos, efectivamente, que podemos alcanzar al menos una cierta idea de lo que sería en éste el indoeuropeo: dos clases de raíces formal y significativamente diferentes (las nominal-verbales y las pronominal-adverbiales) y diversos recursos de orden de palabras, acento y alternancia vocálica, sobre todo, eran utilizados para construir la frase. Y es factible, en cierta medida, determinar a partir de aquí el camino que siguió la formalización de las diversas clases y subclases de palabras, así como la creación de la flexión, incluida la que expresa nuevas categorías y funciones.

De todo esto el lector puede deducir fácilmente que la exposición de la Morfología y Sintaxis del indoeuropeo en sus diferentes estadios y dialectos está hecha conjuntamente, si se exceptúa lo relativo a la sintaxis de la oración compuesta, desarrollo posterior que exige un tratamiento aparte; e incluso, en cierta medida, de la oración simple. Toda ella está organizada en tres partes, relativas al nombre (incluido el adjetivo), el verbo y el pronombre y adverbio; a las cuales se añade una cuarta parte, que sobre la base de lo ganado en las anteriores trata de precisar la idea que

---

versión española) en *Estudios de Lingüística General*, Barcelona, 1969 (2.ª ed. 1974). Cf. también mi *Lingüística Estructural*, Madrid, 1969 (2.ª ed. 1974), pp. 751-841.

debemos formarnos de los orígenes de la Morfosintaxis del indoeuropeo. En todas estas partes el enfoque es estructural: por más que a veces podamos fijar mal la estructura de conjunto de tal o cual dialecto y tengamos que estudiar aisladamente las distintas estructuras. La línea general de la evolución puede sin embargo, pensamos, verse con bastante claridad: y esta evolución está siempre condicionada por las estructuras anteriores, que a su vez son reconstruidas a partir de la misma.

También la parte fonética está tratada desde un punto de vista estructural: tratamos de hacer no sólo Fonética, sino también y sobre todo Fonología del Indoeuropeo en sus diversas fases, y ello tanto al nivel sincrónico (descripción de sistemas) como al diacrónico (explicación de la evolución de los mismos). Aquí, ciertamente, el sistema fonológico más antiguo que reconstruimos no representa, seguramente, el más antiguo absolutamente: pensamos que puede penetrarse a una profundidad mayor todavía. Pero también creemos que el libro presenta algunas aportaciones importantes en varios respectos.

Se refieren éstas a puntos como la admisión de un sistema fonológico marginal, expresivo, en diversos niveles del indoeuropeo; o la aceptación de que algunas evoluciones fonéticas pueden presentar irregularidades debidas a la presencia de resultados de alófonos libres diversos o a no haberse llegado por diferentes motivos a una regularización definitiva de las soluciones: incluso por el motivo de representar los textos conocidos por nosotros de tal o cual lengua un estadio en que determinado cambio fonético estaba aún en trance de realizarse. En lo relativo a la evolución de las guturales, las sonantes y las laringales, sobre todo, se logran así una serie de resultados.

La exposición de la teoría laringal depende, como es natural, de mi libro sobre el tema: si bien su doctrina ha sido completada y perfeccionada, espero, en forma que nadie que proceda de buena fe vea en ella esa famosa arbitrariedad en la evolución que ciertos reseñantes del libro, llevados sin duda de una lectura demasiado rápida o demasiado incompleta, le han atribuido. En una serie de trabajos posteriores[3] he precisado mis posiciones teóricas, pienso que insuficientemente expuestas en el libro; y también aquí trato de dejar este punto absolutamente claro. Hay regularidad en la evolución, sin duda, y cuando falla en algún punto ello se puede justificar teóricamente, si no en cada caso particular, sí en el terreno en los principios generales.

Por lo demás, la teoría sobre las sonantes y laringales aquí expuesta, aparte de explicar en forma más ajustada que hasta ahora, espero, los hechos fonológicos y de responder a principios bien elucidados de la evolución fonética, encuentra su principal justificación en su capacidad explicativa: es decir, en que gracias a ella y sólo gracias a ella es posible entender una serie de hechos de la evolución morfosintáctica y de los sistemas morfosintácticos. A esta prueba me atengo. De todas formas, si alguien insiste en rechazar esta teoría, he de advertir que de ella depende una parte sin duda importante de la reconstrucción morsintáctica, pero tampoco más allá de, digamos, un 25 por ciento. El resto del libro se mantendría todavía perfectamente en pie.

---

[3] «Loi phonétique, sonantes et laryngales», *Emerita* 31, 1963, pp. 185-211; «Loi phonétique, phonologie et sonantes indoeuropéennes», *Lingua* 19, 1967, pp. 133-144; «Notas sobre laringales», *Emerita* 34, 1966, pp. 1-14. Hay versión española de los dos primeros trabajos en *Estudios de Lingüística General*; el tercero ha sido recogido en la 2.ª ed. de *Estudios sobre las sonantes y laringales indoeuropeas.* Cf. también *Lingüística Estructural* cit., pp. 687-750.

Aunque hayamos hecho la exposición en orden inverso, es bien claro que en el presente libro la Fonología precede a la Morfosintaxis o estudio de las unidades significativas desde el doble punto de vista del significante y el significado. Este conjunto es precedido todavía por otra parte introductoria, que deja sentadas con más detalle del que aquí les hemos dado las ideas centrales del libro en cuanto a la evolución fonética y morfosintáctica y en cuanto a la diferenciación dialectal; da también una idea de los puntos de arranque de toda reconstrucción del indoeuropeo, es decir, de las lenguas indoeuropeas históricas. Inversamente, los capítulos de Morfosintaxis son seguidos, como ya se adelantó, de otro sobre Sintaxis oracional. Y el libro todo es cerrado por un capítulo más, que trata de sistematizar todo aquello que en el curso del mismo se ha dicho sobre la organización y relaciones de los dialectos indoeuropeos en sus diferentes fases.

Este libro, que en definitiva continúa ideas que vienen, después de Brugmann, de Hirt y Meillet y luego de Benveniste y Kuryłowitz, pero con una nueva concepción de la aplicación del método estructural a la reconstrucción y con resultados concretos derivados de una nueva valoración del hetita y de estudios particularizados de Fonología y Morfosintaxis, no pide otra cosa que ser leído con atención. Es lástima que para no aumentar excesivamente su extensión y no quitarle su carácter de Manual, no haya quedado hueco en él para indicar fuentes, para discutir, para agradecer ideas y sugerencias, para presentar las propias dudas y el camino seguido por el pensamiento del autor, para indicar, finalmente, aquello que debe a trabajos de sus discípulos. No se le escapa al autor la dificultad de la empresa de penetrar hasta el más antiguo indoeuropeo preflexional y de exponer simultánea o sucesivamente los diversos estadios

del indoeuropeo, a veces sin poder precisar qué elementos de los reconstruidos coincidían en cada uno de ellos. De todos modos, piensa que la coherencia del conjunto y la continuidad de todo él con planteamientos de diversos estudiosos y con expectativas que estaban abiertas, como eran la reconstrucción de un indoeuropeo preflexional o la aplicación a la práctica de la doctrina de la interdependencia de sincronía y diacronía, etc., pueden hablar a su favor: si no en todos y cada uno de los detalles, sí en cuanto a la orientación general. Por supuesto, son esperables toda clase de perfeccionamientos y de estudios ulteriores.

La Dra. Julia Mendoza, Ayudante de mi Cátedra en la Universidad Complutense, ha leído conmigo las pruebas del libro, lo que le agradezco aquí.

PARTE I

PRESUPUESTOS BÁSICOS

CAPÍTULO I

LA RECONSTRUCCIÓN DEL INDOEUROPEO

1. EL MÉTODO COMPARATIVO Y SU APLICACIÓN A LA RECONSTRUCCIÓN DEL INDOEUROPEO

1. La semejanza entre el sánscrito, de un lado, y el griego y el latín, de otro, establecida desde fines del siglo XVIII por el P. Coeurdoux y W. Jones, dio poco a poco pie a la teoría de que estas lenguas, así como otras varias que a su vez presentan semejanzas con ellas, son descendientes de una antigua lengua de que derivan todas ellas, a la manera como las lenguas románicas derivan del latín. En realidad, hasta Schleicher, que publicó en 1848 sus *Sprachvergleichende Untersuchungen* y en 1861 su *Compendium der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen*, no se llegó a sentar claramente el objetivo de la reconstrucción de una lengua común y a ofrecer un método científico que ayudara a conseguir este objetivo: método en lo esencial válido todavía, puesto que se basa en apoyarse en los elementos comunes de las diversas lenguas una vez que se establecen correspondencias fonéticas regulares

entre los mismos. Pero ya antes de Schleicher, por obra de Bopp, que publicó en 1816 su *Über das Conjugationssystem der Sanskritsprache, in Vergleichung mit jenem der griechischen, lateinischen, persischen und germanischen Sprachen* y luego una gramática comparada de diversas lenguas indoeuropeas, se había ampliado el círculo de las lenguas emparentadas y se habían hecho esfuerzos sistemáticos por compararlas. También Rask (*Undersögelse om det gamle Nordiske,* «Investigaciones sobre el antiguo noruego», 1818) había avanzado en la misma dirección.

Estos comienzos de la lingüística indoeuropea, las posiciones de Schleicher sobre todo, han marcado fuertemente la orientación de estos estudios en fecha posterior. Se trata de sentar un sistema riguroso de correspondencias fonéticas, de acuerdo con las llamadas «leyes fonéticas», que son concebidas como leyes físicas, independientes de la voluntad del hombre; de deducir qué fonema o grupo de fonemas primitivos está debajo de cada serie de correspondencias regulares; y de elegir, de entre los elementos léxicos y morfológicos así descubiertos, aquellos que se atribuyen a la fase más antigua, a la lengua común de que derivan todas las demás. El prestigio del sánscrito hacía que normalmente fueran las formas de esta lengua que encontraban correspondencias fuera de ella, notablemente en griego, las que se atribuían a dicho período: y así ha continuado sucediendo en buena medida, aunque hoy pensemos que parte de estas coincidencias se refieren a una etapa dialectal, indogriega, del indoeuropeo.

2. El descubrimiento del método comparativo aplicado a las lenguas indoeuropeas hay que situarlo dentro del ambiente historicista de las ciencias humanas en el siglo XIX. Aplicado al estudio de las lenguas, este ambiente se traduce

en la creación de la gramática histórica, que sustituye a la antigua gramática, de tradición grecolatina, que se estudiaba como «arte de hablar y escribir correctamente una lengua»: cada lengua era descrita mediante un sistema de reglas, que respondían al uso correcto, mientras que otras fases o niveles de la misma lengua eran desatendidos como indignos de estudio. La antigua tradición, claro está, valoraba la corrección de una lengua de acuerdo con un punto de vista cultural y literario: se aplicaba antes que nada al estudio de la lengua escrita, literaria, de los períodos de esplendor literario. Aquí, evolución era sinónimo de corrupción, sobre todo en latín, puesto que el griego presenta varios modelos de lengua literaria. Las gramáticas de las lenguas modernas, románicas, germánicas y otras se escribían a su vez desde el Renacimiento sobre el modelo de la gramática latina: en cierto modo, se postulaba —y a veces de manera precisa— que, aunque la forma variaba, el sistema de las categorías gramaticales continuaba siendo el mismo.

Pero el interés por la historia y, dentro de ella, por los períodos primitivos y por todo lo exótico y lejano, hizo en el siglo XIX reservar el punto de vista tradicional para las obras escolares, y considerar como científica solamente la gramática histórica: aquella que estudiaba una lengua a través de la documentación existente, hasta llegar a la fecha más antigua, sin interesarse por el carácter más o menos literario, más o menos «correcto» de la misma. Esto era un progreso, aunque también hay que señalar que representaba, desde otro punto de vista, un retroceso: la concepción de la lengua como un todo, a nivel sincrónico, cuyas partes están ligadas por reglas, es sustituida por una concepción atomista en que sólo interesa la evolución de los distintos elementos aisladamente. La regularidad se encuentra sola-

mente en la evolución. La *Deutsche Grammatik* de Jacob Grimm, cuyo primer volumen apareció en 1819, así como una larga floración de obras en los campos germánico y románico (desde F. Dietz) y luego en otros, representan este punto de vista y ocuparon el centro del interés científico de la época, anticipando la pauta seguida luego por la gramática comparada.

3. Y ello justamente, puesto que, en realidad, la gramática comparada, en cuanto reconstruye un estadio de una lengua anterior al de los más antiguos documentos de la misma, no hace otra cosa que servir de auxiliar a la gramática histórica, haciendo posible que llegue más lejos. Veamos un ejemplo.

Si comparamos un N.-Ac. n. pl. gr. át. γένη con otros n. pl. como σώφρονα, σώματα, observamos inmediatamente que no se corresponden. Pero si aplicamos documentación del griego más antigua que el ático, a saber, Homero, hallamos que la forma antigua de que procede γένη es γένεα, idéntica a los otros n. pl. La gramática histórica explica así las irregularidades de un estadio de lengua como el resultado de uno más antiguo: ello mediante el establecimiento de que un cambio fonético εα > η es regular en ático, lo que se muestra mediante una larga serie de datos bien documentados.

Ahora bien, con sólo los datos documentales la relación entre γένεα (pl. de γένος) y otros N.-Ac. n. pl. deja todavía dos deficiencias: en γένεα falta la σ del tema y éste presenta ε en vez de ο. Sobre el primer punto puede, ciertamente, hacerse la hipótesis de que la σ ha caído entre vocales. Pero si acudimos a la comparación y hallamos fuera del griego una *s*, así en ai. *janāṃsi* (hay una correspondencia fonética regular ai. ĭ = ᾰ, así como en ai. *ā* y *ṃ* analógi-

cas), dicha hipótesis se hace mucho más evidente; y se puede complementar con la precisión de que en lat. la *s* intervocálica se hace *r* (*genera*). De otra parte, la oposición latina *genus/genera* y otros hechos más demuestran que el cambio de timbre de la vocal es un fenómeno ya indoeuropeo.

Sobre todo: una vez establecido que los N.-Ac. n. pl. llevan en gr. una desinencia -ᾰ, que corresponde en indoeuropeo a un fonema que en griego (y en casi todo el indoeuropeo) da *ă* y en indo-iranio *ĭ*, la gramática histórica no puede tender un puente entre esta desinencia de pl. y otras des. como son *-es* y, en algunas lenguas en el caso de ciertos temas, *-i*. Entiéndase bien: no es forzoso postular que en indoeuropeo había una sola desinencia de N. pl., pero es razonable que se explore esta posibilidad.

Pues bien, la gramática comparada establece el carácter secundario de *-ă* (i.-i. *-ĭ*) como des. de pl.: el hecho de que en gr. y en gático el N. pl. n. lleve un verbo en sg., así como otros datos varios, apunta en el sentido de que las formas en cuestión no eran en el origen de pl., sino de sg. o, mejor, indiferentes a la oposición sg./pl. Son comparables, sin más, a las formas de sg. de los temas en *-ā* (1.ª declinación), que también presentan formas en *-ă*, como igualmente en el n. pl. hay en algunas lenguas formas en *-ā*.

Finalmente: la gramática comparada ha considerado verosímil desde fecha antigua, que los N. pl. del tipo gr. λύκοι, χῶραι sean secundarios, analógico el segundo (que está sólo en gr. y lat.) del primero y éste de la declinación pronominal. Pues, así como en ésta el pl. en *-i* es universal, en los nombres sólo algunas lenguas lo presentan, a veces al lado de una forma en *-ōs* (que se considera derivada de *-o-es*) que en otras lenguas es la única (ai. *vṛkās*, etc.).

Así se ha llegado a la conclusión de que el indoeuropeo tenía una única desinencia de N. pl., a saber, *-es*, que en la

1.ª y 2.ª declinación contraía con las vocales *-ā* y *-o* en *-ās* y *-ōs*: conclusión esta última sumamente dudosa, por lo demás.

4. Este ejemplo hace ver cómo, sobre la base de la admisión de una regularidad fonética, se reconstruye un antiguo estadio indoeuropeo que es, en realidad, una fase inicial tanto del griego como de las demás lenguas. La historia de cualquiera de ellas puede, así, seguirse retrospectivamente hasta fechas mucho más lejanas que nuestros más antiguos documentos.

Resulta claro que en la reconstrucción surge una tendencia a reconstruir un estadio antiguo único, común a todas las lenguas: estadio que en realidad presenta el panorama más completo de categorías y funciones gramaticales de los que se dan en las lenguas posteriores, salvo casos excepcionales en que categorías o funciones de las mismas se reconocen como claramente secundarias. A esta lengua se le atribuyen ocho casos, tres números, tres o cuatro temas verbales de los llamados «temporales» (tres cuando se considera que el futuro es sólo dialectal), cuatro modos, etcétera: todo como en griego y en sánscrito. Cuando el inventario de categorías y funciones de una lengua es más reducido, se piensa que, por ejemplo, ha sincretizado dos casos en uno (así el G. y Ab. en gr., bált., esl.), ha perdido el subjuntivo, etc.: cosa que trata de apoyarse con el hecho de que a veces existen restos de la categoría perdida. Hay que observar que a veces la interpretación de los hechos no es tan fácil y clara como desearíamos: los pretendidos «restos» pueden ser formas previas a la constitución de la categoría o función supuestamente perdida de la lengua en cuestión, la cual, en realidad, no llegó a existir en dicha área dialectal. Así, nada indica que en germánico haya habido

nunca un participio de perfecto, pese a que haya un par de nombres formalmente comparables.

El citado sistema de categorías y funciones se expresa mediante elementos formales que se tienden a considerar como únicos: morfemas sin alomorfos. Esta posición más bien implícita, está alentada por datos reales: a veces, efectivamente, hemos visto que en el curso de la evolución se diversifica el plano de la expresión. Claro está, las exposiciones tradicionales del indoeuropeo admiten aquí y allá el alomorfismo: que, por ej., el G. sg. se expresa en unas lenguas, en la 2.ª declinación, con *-osi̯o*, en otras con *-ī*, aunque buscan llegar también en este caso a una forma única original. En general, se elige una forma como la más antigua, como hemos visto en el caso de los N. pl. en *-ōs* y *-oi* de la 2.ª declinación: ello con razones más o menos plausibles según los casos, con fuerte tendencia a preferir las del gr. e i.-i. Por otra parte, cuando un mismo elemento tiene funciones muy diferentes se tiende a pensar que, en realidad, se trata de varios elementos: la vocal *e/o* de indicativo sería distinta de la de subjuntivo (sólo la primera se denomina «temática»), habría una *-s* de subjuntivo y otra de aoristo, etc. La reconstrucción tradicional no ve manera de tender puentes entre estas formas ni de comprender cómo han llegado a expresar categorías y funciones más recientes que las mismas.

Finalmente, a la reconstrucción tradicional no se le oculta que en el indoeuropeo reconstruido debía de haber diferentes estadios: lo que hemos dicho acerca del N. n. pl., que sería indoeuropeo, pero originalmente sin sentido pl., lo hace patente. Sin embargo, tiende a ocultar este problema, así como los de alomorfismo y el origen dialectal de ciertas categorías y funciones.

5. La formulación más completa de la reconstrucción del indoeuropeo sobre la base de estos principios —raramente explicitados— es la que, a partir de 1870, alcanzó la escuela de Leipzig, los llamados neogramáticos. El *Grundriss* de Brugmann y Delbrück, publicado a partir de 1866 y completado en 1900, con ediciones mejoradas posteriores, ha constituido durante mucho tiempo una especie de *Summa* de esta ciencia y continúa teniendo todavía un valor considerable. Hay que poner al lado, claro está, los nombres de otros lingüistas importantes: los de la escuela de Berlín, dirigida por J. Schmidt en un principio, de tendencia menos abstracta y más filológica; F. de Saussure, que sentó las bases de la teoría de las sonantes y de las laringales; H. Hirt, cuya *Indogermanische Grammatik*, publicada a partir de 1927, ha perfeccionado sobre todo nuestro conocimiento del vocalismo y acento; Meillet, autor del mejor Manual hoy existente y que se anticipó en tantas cosas, por su punto de vista estructural y su penetración en la evolución interna del indoeuropeo; Benveniste y Kuryłowicz, dentro ya de las nuevas corrientes de la lingüística, que aplicaron a la reconstrucción de estadios arcaicos del indoeuropeo; y tantos y tantos más. La lingüística indoeuropea, ciencia alemana en un comienzo, encuentra cultivadores en todas las naciones de Europa y en Norteamérica, hoy en día.

Pero, con todo, en el momento actual, en que el desciframiento del hetita permite trabajar en profundidad y dar a la reconstrucción tradicional el valor que tiene, relativo más bien a una época y un dialecto, padece una cierta crisis. Pese a constantes declaraciones de principios, a aportaciones importantísimas sobre las fases más arcaicas, a la conciencia general de que el esquema brugmanniano, basado en el griego y el sánscrito, debe ser sustituido por otros relativos a los diferentes períodos y dialectos, en la práctica es

seguido todavía, a falta de cosa mejor, con demasiada frecuencia. El hetita sigue siendo tratado con frecuencia como una lengua que ha perdido todo aquello que está presente en el indoeuropeo de la reconstrucción tradicional —hecha sin el conocimiento del hetita. La aplicación del método estructural a la reconstrucción, con objeto de penetrar en mayores profundidades temporales, llegando al indoeuropeo preflexional, ha sido, pensamos, menos intensa y sistemática de lo deseable. E incluso en la concepción de la evolución fonética, de la que hablamos a continuación, se continúa con demasiada frecuencia los esquemas simplistas de los neogramáticos, por miedo a caer en la arbitrariedad precientífica; ello, pese a nuestro mejor conocimiento, hoy día, de lo que es la evolución fonética, sobre la base tanto de la fonología diacrónica como del estudio de dialectos, conocidos por documentación abundante, en los que se pueden ver operando las fuerzas del cambio de un modo menos abstracto de lo que deja ver la comparación de lenguas antiguas muy sujetas a regularización.

6. Vamos a examinar a continuación los principios metodológicos de la reconstrucción que sirven de base al presente libro; principios que, a su vez, exigen la exposición, siquiera sea sumaria, de determinados puntos de teoría lingüística general, exigen igualmente una noticia previa más pormenorizada que hasta aquí sobre lo que es la reconstrucción de tipo neogramático, con indicación de lo que de ella continúa siendo válido, así como de sus insuficiencias y de los perfeccionamientos que son necesarios.

Pueden verse tratamientos amplios de las ideas del autor sobre el tema en los pasajes citados en el Prólogo de *Estudios de Lingüística general* y *Lingüística estructural.* La exposición que haremos aquí será más resumida, si bien

apuntará más directamente al tema inmediato de la reconstrucción tal como se practica en el presente libro.

Existiendo, como es bien sabido, en la lengua, dos niveles, el fonológico y el significativo o morfosintáctico, habrán de ser tratados independientemente, puesto que presentan problemas en parte diferentes. Por otra parte, la reconstrucción del o los sistemas fonológicos del indoeuropeo o los indoeuropeos es previa, por lo que a ella se referirá el próximo capítulo: sólo después de lograda esta reconstrucción puede pasarse al estudio de los problemas de la reconstrucción morfosintáctica, referente a contenidos al tiempo que a formas. Todavía hemos de añadir un cuarto capítulo: el relativo a los problemas de la diferenciación de las lenguas en cuanto deben ser considerados antes de lanzarse a la tarea de la reconstrucción. Pues la idea de que esta reconstrucción nos conduce, según los casos, a diferentes profundidades cronológicas y a diferentes dialectos, no debe ser abandonada nunca, por mucho que haga menos simple el panorama.

2. FONOLOGÍA DEL INDOEUROPEO Y EVOLUCIÓN FONÉTICA

1. El asegurarse, antes de comenzar la comparación en el nivel de las unidades significativas, de que existe una correspondencia fonética regular entre fonemas o grupos de fonemas o fonemas situados en una distribución determinada, fue un avance fundamental que hizo posible la Gramática comparada como Ciencia. Es esto lo que distingue el estudio científico del de los diletantes que, sobre la base del «parecido» entre palabras o morfemas de varias lenguas, postulan su pertenencia a una misma familia o su derivación unos de otros. Esto puede ser o puede no ser, según que

ese «parecido» subsista, una vez establecidas las correspondencias regulares, o no subsista.

No puede negarse, de todas formas, que en el establecimiento de que nos hallamos ante una familia de lenguas hay una fase previa, precientífica, basada en el parecido. Era evidente, para todo el que conociera el sánscrito, el griego y el latín que ai. *dānam* 'regalo' era comparable a lat. *dōnum*, ai. *dadāmi* 'doy' a gr. δίδωμι, ai. *jánas* a gr. γένος, lat. *genus*, etc. Pero sólo cuando se establece que las correspondencias fonéticas que aquí se encuentran, del tipo ai. *d* = gr. δ = lat. *d*, ai. *ā* = gr. ω = lat. *ō*, ai. *j* = gr. γ = lat. *g* no son propias solamente de estas palabras, sino también de otras muchas más emparentadas entre sí, se gana una seguridad en la comparación. Viene entonces la segunda parte del estudio: tratar de establecer qué era lo que en indoeuropeo había detrás de cada una de estas correspondencias. Parece claro que la presencia de *d* correspondiéndose en las tres lenguas supone una *d* en el modelo indoeuropeo; pero hay que investigar si es más antiguo *ā* u *ō*, *g* o *j*, etc. A ello se llega mediante tanteos y procedimientos indirectos: postulamos, por ejemplo, que en los ejemplos dados lo antiguo es *ō*, porque la *ā* del ai. responde en otras ocasiones a *ē* y *ā* de otras lenguas, siendo difícilmente imaginable que una *ā* originaria se haya escindido en *ā*, *ē*, *ō* sin un condicionamiento preciso.

Hay que señalar dos casos más. A veces se llega a postular para la lengua original un grupo de fonemas; otras, un fonema en una distribución determinada, así en el caso de *-s-* intervocálica caída en griego y convertida en *-r-* en latín según hemos adelantado. Puede suceder, sin embargo, que el fonema o fonemas del indoeuropeo sea difícil o imposible de restituir en su concreción fonética: así en el caso de los fonemas laringales, en relación con los cuales

son muchos los detalles que se nos escapan, aunque el hecho de su existencia y algunos rasgos de los mismos se establezcan claramente sobre la base de correspondencias regulares entre las diversas lenguas.

2. Establecidas las correspondencias fonéticas y reconstruida la forma antigua de las palabras o morfemas, puede comenzarse el análisis de las unidades significativas. Se puede establecer, por ejemplo, que el indoeuropeo poseía una raíz *dō* 'dar' y otra *gen* 'nacer'; que había un sufijo nominal y adjetival *-no* y otro *-os*, dotados de ciertos valores; que había, igualmente, una des. de 1.ª sg. act. en *-mi*; que el N. Ac. n. sg. de los nombres temáticos terminaba en *-m* y el de los atemáticos tenía des. Ø. Naturalmente, esto no se deduce solamente de los ejemplos arriba mencionados, sino también de otros muchos más, una vez reducidos a su forma fonética indoeuropea.

Ahora bien, de cuando en cuando encontramos algo que falla. En los ejemplos dados arriba, ai. *dadāmi* y gr. δίδωμι difieren en un punto: ai. *a* no puede responder a gr. *i*. Una serie de datos demuestran que ai. *a* deriva, en este lugar, de ide. *e*, mientras que gr. ι procede de ide. *i*. Aquí hay ya un problema morfológico, no fonético: el ai. y el gr. presentan en este caso dos tipos de reduplicación diferentes. Es comparable a cuando en el N. pl. de la 2.ª declinación el primero presentaba *-ās* < *-ōs* y el segundo -οι. En suma, sucede lo que antes decíamos: una vez despejado el campo fonético, visto lo que se corresponde y no corresponde en las palabras o formas comparadas, hay que comenzar a explicar lo que no se corresponde como el reflejo de diferencias morfológicas.

Sin embargo, no puede irse tan de prisa, pues antes hay que atender a otra posibilidad: la existencia de irregulari-

dades en las correspondencias fonéticas, irregularidades derivadas de hechos fonéticos, no morfológicos; o de hechos derivados de condicionamientos morfológicos, pero fonéticos en todo caso. Vamos a explicarnos más claramente.

3. La teoría fonética tradicional es la de que en la evolución se imponen, como hemos dejado dicho, ciertas «leyes fonéticas» carentes de excepciones. Se admite, ciertamente, una evolución fonética irregular, en el caso de cambios «espontáneos», del tipo de metátesis, asimilaciones, disimilaciones, etc., que se producen de manera no sistemática. Pero se separa tajantemente de la regular: en lo cual, ciertamente, no deja de haber un cierto círculo vicioso, en virtud del cual se declaran sometidos a leyes fonéticas ciertos cambios regulares, y cuando falla la regularidad se dice que se trata de un cambio no sometido a leyes fonéticas.

La tendencia es, de todas formas, a considerar sometidos a leyes fonéticas sin excepciones la mayor parte de los cambios que sobrevienen a determinados sonidos (decimos sonidos porque se trata de una concepción prefonológica) en determinadas distribuciones o de una manera general. Las excepciones que en estos casos, pese a todo, ocurren, se explican tradicionalmente mediante una serie de recursos que es necesario repasar porque contienen una verdad, aunque sea erróneo, creemos, el considerarlos únicos.

Una «ley fonética», se dice, se refiere solamente a una lengua o dialecto determinados durante un período determinado. Así, la evolución *f-* > *h-* en castellano no impide que, en una época en que ya no se producía, se hayan introducido préstamos procedentes de otras lenguas que poseían *f-* inicial: latinismos como *fama, forma,* etc., anglicismos como *fútbol.* O bien la *-s-* intervocálica de lat. *causa* se explica porque en la época en que lat. *-s-* daba *-r-* en dicha palabra

no había *-s-*, sino *-ss-* geminada, que se simplificó después. Éstos son casos bien claros. Otras veces, sin embargo, hay una segunda hipótesis que es posible: que sólo parcialmente se han utilizado determinadas isoglosas para separar los dialectos de una lengua. Es decir, que una evolución fonética no se ha cumplido totalmente y, por ejemplo, quedan huellas de guturales no palatalizadas en lenguas *satəm*, que normalmente las palatalizan. O bien, que de dos soluciones posibles de un mismo sonido (fonema, grupo de fonemas, alófono), dos dialectos han tendido a aceptar cada uno una distinta, pero no siempre. Sobre esto volveremos. Pero quede claro desde ahora que la visión según la cual una lengua o dialecto adquiere en un momento dado una formulación fonética inequívoca, conforme a leyes fijas, que sólo d e s p u é s quedan sujetas a alteración, es excesivamente simplista.

4. La segunda explicación dada a las excepciones de la «ley fonética» se busca en el principio de la analogía. Allí donde la evolución fonética rompía el paralelismo formal entre dos morfemas de idéntico contenido, la analogía morfológica tendía a restituirlo. Por ejemplo, el fut. gr. λύσω debió pasar a λύω por caída de la σ intervocálica; pero entonces se rompía el paralelismo con, por ejemplo, τρίψω (τρίπσω), aparte de que se creaba una forma ambigua con la de presente λύω. De ahí la restitución de la σ, volviéndose a λύσω.

También aquí la explicación es correcta en múltiples ocasiones: responde a la tendencia a expresar contenidos idénticos mediante formas idénticas y contenidos paralelos mediante formas paralelas, tendencia que se da también al nivel puramente morfológico cuando, por, ejemplo, en cast. se tiende a formas como *amastes, dijistes* sobre el modelo

de *amas, dices* (la *-s* convertida en des. única de 2.ª sg.). Lo que es mucho más incierto, también aquí, es que haya que postular un primer estadio en que las leyes fonéticas actúan hasta no dejar ninguna excepción, pese a los problemas morfológicos que ello cree, y un segundo en que la analogía altera el panorama. La analogía introduce el influjo del plano significativo en la evolución fonética: pero no es creíble *a priori* que este influjo sólo se manifieste una vez que se ha producido la evolución fonética, habiendo permanecido inactivo entre tanto.

5. Es claro que la regularidad de la evolución fonética no impide la existencia de determinadas excepciones, excepciones que, desde luego, necesitan una justificación, no son en modo alguno arbitrarias. Pero es una justificación que no siempre puede darse palabra por palabra y forma por forma, pues los factores que intervienen en la evolución fonética, aunque conocidos, son demasiado complicados para establecer en cada caso el porqué del resultado. En líneas generales, sí puede fijarse.

Hay que partir del hecho, desconocido de los neogramáticos, de que toda lengua posee un sistema fonológico: un conjunto de fonemas ligados entre sí por una serie de oposiciones, que suelen estar organizadas en correlaciones. La existencia del sistema tiende a mantener la identidad de los fonemas, amenazada por las tendencias disimilatorias y, sobre todo, asimilatorias de la cadena hablada. Por ejemplo, muchas lenguas tienden a sonorizar entre vocales la oclusiva sorda, haciendo pasar la *p* a *b*, etc. Pero, si dentro de su sistema fonológico hay una oposición *p/b*, apoyada por otras *t/d*, etc., gracias a la cual se distinguen series de palabras cuyos términos son por lo demás idénticos (*tapa/taba, capa/cava, cupo/cubo*, etc.), entonces la *p* tiende a

mantenerse incluso en intervocálica: prueba clara, en definitiva, del influjo del plano significativo de la lengua en la evolución fonética.

Sin embargo, a veces las tensiones de la cadena hablada acaban por abrirse paso y por tener lugar la evolución, imponiendo incluso una modificación del sistema fonológico; y también puede suceder que las asimetrías o irregularidades de ese sistema (casillas vacías, fonemas mal integrados o con rendimiento funcional escaso, etc.) favorezcan precisamente esa modificación del mismo o que incluso nazca de aquí el impulso. No es éste el lugar de entrar pormenorizadamente en esta problemática, que he expuesto en otros libros ya citados. Pero sí conviene hacer algunas observaciones sobre el problema de la regularidad o irregularidad de los tratamientos: irregularidad, entiéndase bien, justificable en términos generales y, por tanto, no real irregularidad más que aparentemente.

6. Existen evoluciones fonéticas que pueden considerarse como absolutamente regulares: por más que, como veremos, esta regularidad sea el resultado de un proceso que hemos de considerar en general de larga duración. Son absolutamente regulares aquellas evoluciones que suponen una alteración del sistema fonológico, la desaparición de antiguos fonemas: con lo cual estamos diciendo, en realidad, una tautología. Por ejemplo, es bien claro que en griego clásico no subsisten sonoras aspiradas ni labiovelares: la evolución que hizo pasar las primeras a sordas aspiradas y las segundas a diversas oclusivas, quedó totalmente cumplida. En ai. no subsisten la *ē* ni la *ō* indoeuropeas; todas ellas han pasado a *ā*, lo cual no es obstáculo para que secundariamente se hayan creado nuevas *ē*, *ō*, procedentes de la monoptongación de diptongos. Como el paso de *f-* a *h-*

en castellano no es obstáculo para que, en una fecha posterior, se haya introducido por préstamo una *f-* inicial.

Ahora bien, en casos como éstos de cumplimiento completo de un cambio fonético, no hemos de pensar en la actuación de una ley física. Se trata de una evolución histórica, condicionada por razones del influjo (asimilatorio o disimilatorio) de los fonemas contiguos en la cadena hablada y de hechos de sistema. Simplemente, lo que ha debido de ser en un momento dado una tendencia se ha impuesto totalmente al final. Pero sería tan erróneo hablar aquí de «ley» —como no se emplee el término como una expresión braquilógica, para entendernos— como si dijéramos que el hecho de que hoy nadie haga sacrificios a Zeus o se vista al modo de los caballeros medievales es el producto de una «ley». Es más bien el resultado de una evolución histórica.

7. Habría que destacar los siguientes momentos en la implantación de un cambio fonético, momentos cada uno de los cuales comporta posibilidades, a veces, de irregularidad:

a) Un cambio fonético afecta a veces a un fonema o grupo de fonemas; a veces a un fonema en una distribución determinada. Pero el concepto de «distribución determinada» puede haber variado con el tiempo. Por ejemplo, en un cierto momento se han considerado distribución unitaria los grupos en que intervenía una sonante en posición silábica: de ahí una solución única de, por ejemplo, *r̥* (es decir, *r* pronunciada formando el elemento abierto de la sílaba como en checo Brno): en gr. da αρ, en lat. *or,* en germ. *ur,* etc. Pero en una fecha anterior tenían validez distribuciones más estrechas; en contacto con gutural y labial se tendía al resultado *ur,* en contacto con dental y silbante a *ir.* Cuando se han unificado estas distribuciones, conside-

rándose como unitarias, ello ha producido una regularización, la aceptación de un resultado también unitario en cada lengua. Pero, dado que los timbres vocálicos no favorecidos en la elección se mantuvieron de todos modos en el sistema fonológico de las diversas lenguas como resultado de vocales indoeuropeas, dichos sistemas fonológicos no presentaban dificultad a que, en ciertas palabras, se conservara la vocalización antigua, con un timbre que no es el normalmente aceptado. Así, veremos que hallamos ciertos resultados irregulares en el timbre de las vocales desarrolladas junto a las sonantes: ello generalmente cuando las palabras en cuestión se sintieron ya, por su forma y sentido, como aisladas de la raíz original de las mismas. Cf. ejemplos en II.I.3.25.

b) Un cambio fonético exige tiempo para ser completado: y a veces sucede que encontramos una lengua en la fase en que todavía no ha acabado de cumplirse. En hetita, por ejemplo, hallamos *ḫ* como resultado consonántico de las laringales, pero sólo en ciertas ocasiones: otras veces ha caído ya. Existían, sin duda, formas dobles con y sin *ḫ*, según los niveles de lengua y otros factores; otras veces se utilizaba la doble posibilidad de pronunciación para lograr diferenciaciones lexicales o morfológicas, cf. II.II.2.4. Por lo demás, también sucede que una reacción purista o tradicionalista ha restituido el estado antiguo: tal cuando en latín se reintrodujo en el siglo I a. C. la *h* aspirada que estaba cayendo, no sin que quedaran casos de pérdida (así en *nemo* de **ne hemo*) ni sin que se introdujeran ultracorrecciones del tipo *sepulchrum*.

c) Aun existiendo distribuciones bien fijas para el cambio y una generalización temprana del mismo en el foco de que nace la innovación, ésta se difunde luego transportada palabra a palabra. Se convierte en una pronunciación «de moda» por el prestigio del centro innovador. Pero las

palabras con pronunciación innovada «viajan» a velocidades diferentes. Ciertas palabras de la lengua religiosa o familiar son más conservadoras. Así, ciertas evoluciones de las lenguas románicas no han afectado a términos como *ecclesia, spiritus,* más resistentes a la innovación. De un modo semejante hay que juzgar la eventual conservación de las guturales indoeuropeas en lenguas *satəm* que en general las palatalizan y asibilan en *ś* o *s*. Dado que *k, g* permanecieron en el sistema fonológico de dichas lenguas (mejor dicho, se reintrodujeron procedentes de k^{u}, g^{u}), no hubo inconveniente en que algunas *k, g* antiguas se mantuvieran: sobre todo en lenguas marginales y en palabras que se sintieron aisladas de su raíz. No hubo tiempo, digamos, a que se extendiera totalmente un cambio fonético que estaba en curso: en un cierto momento cesó de extenderse y determinadas palabras quedaron no afectadas por el mismo. Cf. Prólogo.

8. Así, si bien no es negable que ciertos cambios se realizaron exhaustivamente en todas las palabras, otros que afectaban a fonemas que en todo caso no desaparecían de las nuevas fases de la lengua, por conservación en ciertas distribuciones o por reintroducción, no llegaron a completarse. Se mantuvieron soluciones discordantes, bien herencia de antiguas distribuciones más restringidas del cambio fonético, bien arcaísmos no del todo eliminados: sea que nuestros textos se refieran a un estadio todavía fluido, sea que el cambio quedara en un momento interrumpido y no afectara a determinadas palabras en determinadas lenguas o dialectos.

En todas estas «excepciones» hemos hecho ver una y otra vez que suelen intervenir razones de sentido. Las soluciones discordantes o arcaizantes se fijan en formas sentidas

como independientes de las raíces originales: independientes por su sentido, del que la forma es una expresión. Ya antes apuntábamos que no es lógico pensar que sólo una vez completada la evolución intervino el factor representado por el contenido o significado; y que, en realidad, éste está presente desde el comienzo, dificultando el cambio fonético en cuanto entraña reelaboración del sistema fonológico y posible confusión de formas, estimulándolo en cuanto reestructura el sistema fonológico y se logra una nueva expresión formal para las diferencias de contenido.

Por ello hay que admitir decididamente una intervención de la analogía antes de completarse las evoluciones: en sentido preventivo (evitando un cambio) o en el sentido de producir una evolución diferente.

Un ejemplo de lo primero puede estar en los temas verbales del griego con σ intervocálica: no es en absoluto seguro que en futuros y aoristos haya siempre caído previamente y luego haya sido reintroducida. De lo segundo daremos un ejemplo también del griego.

Las oposiciones τίθημι/τίθεμεν, ἵστᾱμι/ἵστᾰμεν y δίδωμι/δίδομεν, en que la oposición larga/breve marca la sg./pl., se explican como continuación de oposiciones eH_1/H_1, eH_2/H_2, eH_3/H_3, respectivamente. Ahora bien, para H_1, H_2, H_3 en posición vocálica se postula una solución única ᾰ, que, efectivamente, aparece en muchos ejemplos. Pero deducir de ahí la previa existencia de *τίθᾰμεν, *δίδᾰμεν, luego modificados por influjo de las formas de sg. respectivas, parece excesivo. El influjo de éstas tuvo que existir desde el principio. Y dado que la vocalización de la sonante exige una fase de pronunciación con vocal de apoyo (^oH), parece lo más acertado afirmar que esta vocal de apoyo, que en general adquiría el timbre *a*, adquirió el *e* o el *o* en los verbos señalados (y en otras formas) por influjo analógico de las

formas de grado pleno con *ĕ, ŏ*. Ello, como siempre, en virtud del hecho de que dichas vocales breves eran de todas formas propias del sistema fonológico del Griego.

9. Todo este panorama hace ver que la evolución fonética es un proceso histórico como otro cualquiera, con un foco innovador y una difusión periférica por ondas sucesivas, proceso que en algunos casos alcanza una extensión y, por tanto, una regularidad total, en otros no. En definitiva, la diferencia entre la evolución absolutamente regular y las «evoluciones esporádicas» como las asimilaciones y disimilaciones, es solamente de grado. Si una *t* intervocálica se convierte sistemáticamente en *d* en castellano, hablamos de un cambio fonético regular (o una «ley fonética»), pero en realidad se trata de un fenómeno de asimilación de sonoridad extendido regularmente. Si una *r̥* silábica indoeuropea vocaliza en *ur* en germánico, se trata de un proceso asimilatorio, que extiende a la vocal de apoyo desarrollada junto a la *r* el timbre de una consonante vecina, seguido de un proceso analógico, que extiende dicho timbre a otras distribuciones. Otras veces nos hallamos ante disimilaciones o metátesis, también ante epéntesis y anaptixis. Se añaden, ciertamente, ciertos fenómenos condicionados por el sistema: cuando un determinado cambio fonético halla eco en otros paralelos o los produce «en cadena».

En definitiva, un fonema o un fonema en una distribución dada o un grupo de fonemas están sometidos a una serie de tensiones. De un lado, la tensión conservadora procedente de su inclusión en un sistema fonológico; de otro lado, tensiones innovadoras diversas a las que hemos aludido. Pero éstas pueden ser contradictorias: dado que una sonante vocálica, por ejemplo, está rodeada por varios fonemas, las tendencias asimilatorias que de ellos proceden son

contradictorias; hay tendencias disimilatorias; hay otras cuyo origen está en la analogía morfológica. Puede suceder que se imponga una determinada tendencia y se llegue a una regularidad total, eliminándose incluso un fonema. Pero también ocurre, a veces, que quedan huellas de soluciones discrepantes allí donde ello no atenta contra el sistema fonológico vigente. Y huellas de soluciones conservadoras.

10. En la Parte de reconstrucción fonética del indoeuropeo que sigue se atiende a estos principios. Las más de las evoluciones se dan como regulares —aunque a veces esta regularidad signifique, simplemente, que renunciamos a exponer un material minoritario, a veces dudoso. Pero no vacilamos en presentar los casos en que quedan huellas claras de irregularidades. Estas irregularidades no pueden, a veces, explicarse palabra a palabra. No podemos justificar por qué tal fonema presentó más resistencia al cambio en tal forma de una raíz que en tal otra o aceptó en una sí y en otra no un influjo analógico o presenta en una sí, pero no en otra huella de asimilaciones antiguas que luego quedaron borradas por tendencias regularizadoras posteriores. Lo que sí podemos hacer —lo hemos hecho— es justificar los principios generales del porqué de esas irregularidades. No son tales: son huellas de tendencias generales que en otros lugares no triunfaron. Se trata de un sistema de fuerzas cuyas potencias no son exactamente calculables por nosotros: nuestros datos son inexistentes sobre extremos tales como la frecuencia y el valor informativo de las diversas formas, sobre una serie de detalles de la articulación de los fonemas, sobre los niveles de lengua y las fuerzas conservadoras en la sociedad indoeuropea, etc. Si no se puede calcular la dirección y la velocidad de un móvil cuando son resultantes de fuerzas diversas mal conocidas que actúan

sobre él, no por ello se piensa que su movimiento sea arbitrario. Esto es lo mismo que sucede en la evolución fonética.

La aceptación de esta situación, que no es otra cosa que realismo y aplicación a la práctica de principios teóricos no discutidos por nadie de los que de verdad se han ocupado del asunto, debe acompañarse siempre de un estudio de los principios generales en que se apoyan las llamadas irregularidades. Por supuesto, no deben aceptarse hasta descartar las posibles explicaciones mediante otras reconstrucciones de la evolución fonética. Pero, inversamente, no es admisible que los casos en cuestión se descarten simplemente mediante etimologías *ad hoc* o reconstrucciones arbitrarias.

Por ejemplo, el hecho de que en hetita ya aparezca *ḫ* ya ∅ como derivados de la laringal, se ha intentado explicarlo como resultado de dos laringales distintas. Pero ocurre que ambas soluciones se dan en una misma raíz o sufijo: luego la solución es errónea. Igual cuando se ha tratado de explicar, también por dos laringales, la diferencia entre *ḫ* y *ḫḫ*. Paralelamente, el hecho de que las guturales ya den en lenguas *satəm* fricativa o silbante palatal, ya se conserven, no debe llevar a aceptar la solución de que en realidad se trata de dos antiguas series de guturales: pues a veces una misma raíz presenta ya un tratamiento ya el segundo.

Todo esto no es obstáculo, claro está, a la aplicación de los criterios neogramáticos para explicar ciertas irregularidades secundarias de la evolución, procedentes de préstamos o evoluciones posteriores a la época final de un cambio fonético o bien de hechos analógicos. Si hemos aceptado que diversos influjos se ejercen sobre la evolución fonética antes de cristalizar en un nuevo sistema fonológico, es claro que estos influjos continúan después. Solamente, todo esto debe dejarse aparte, como se suele, al explicar la evolución

fonética, introduciéndolo solamente como corrección secundaria de la misma.

11. Hasta este punto nos hemos ocupado de las evoluciones fonéticas que proceden de la alteración de un fonema o bien de un fonema en una distribución determinada (en lo cual se incluyen los grupos de fonemas): la alteración de la articulación hace que, en un momento dado, las oposiciones en que el fonema en cuestión se integra presentan rasgos relevantes diferentes, es decir, que el fonema se convierte en diferente. Subsisten, eso sí, algunas veces, huellas del fonema antiguo, cuando éste de todas maneras existe en el nuevo sistema: y ello por el éxito parcial de tendencias conservadoras o contradictorias de las otras, derivadas de la distribución, del influjo analógico por razones de sentido o de otros factores también arraigados en el sentido.

En definitiva, determinados alófonos se han generalizado dentro de distribuciones más amplias y se han fonologizado luego; puede, secundariamente, sobrevenir el llamado «salto», por el que el nuevo fonema se convierte en otro diferente que encaja mejor en el sistema: la *-s-* intervocálica da en latín *-z-* (*-s-* sonora) y luego «salta» a *-r-*. Todos estos alófonos están condicionados distribucionalmente. Las irregularidades se refieren a su no imposición a veces o a su no generalización, también a veces, en otras distribuciones más amplias: y ello por factores nada misteriosos, fuerzas contrarias fundadas en la distribución o el sentido.

Pero existe también una segunda fuente de irregularidad no tocada hasta ahora. Se trata de los alófonos libres: de la posibilidad de que existan pronunciaciones divergentes, alternativas, de ciertos fonemas o grupos de fonemas, a veces dentro de ciertas distribuciones. Las diversas pronunciaciones se deben a niveles de lengua: pronunciación más

arcaizante o culta, más rápida, con una expresividad especial, etc. Un dominio en el que en indoeuropeo se dan estos dobletes es el de las varias posibilidades de corte silábico, enlazadas a fenómenos como la geminación de consonantes y el desarrollo de vocales de apoyo.

12. Por ejemplo, un grupo TRO puede también pronunciarse, con un tempo más lento, *T°RO*, disilábico. Un grupo TRT puede pronunciarse así simplemente o introducirse una vocal de apoyo delante o detrás de la R (T°RT, TR°T) o incluso una delante y otra detrás (T°R°T). Un grupo HET puede reducirse a ET, pronunciándose la laringal con la sílaba precedente si ésta termina en vocal. Una consonante cualquiera en posición intervocálica puede geminarse para denotar mayor expresividad: con lo que, por ejemplo, en vez de TRE-H tenemos TREH-H. No son éstos los únicos alófonos libres: señalemos, por ejemplo, la esporádica aspiración de las oclusivas, también signo de expresividad. Pero son los que desde nuestro punto de vista más nos interesan.

Lo normal es que en cada lengua se generalice una de las posibilidades en cuestión, dentro de cada raíz o morfema, con lo cual la evolución fonética se hace regular; lo cual no obsta para que los fenómenos de expresividad, que son pancrónicos, puedan repetirse, y originarse en cualquier momento o lengua nuevos desplazamientos del límite silábico, acompañados de fenómenos de anaptixis (desarrollo de vocales de apoyo), geminación, aspiración, etc. Pero no siempre sucede ello así. Hay ocasiones en que en la evolución posterior quedan huellas de los tratamientos alternativos: generalmente, eso sí, no ya como alófonos libres, sino como la base de diversos fonemas o grupos de fonemas. Es decir, en unas raíces o morfemas se generaliza una forma, en

otras, otra; o bien de cada una de las dos se produce un resultado diferente y entre estos resultados se introduce una diferenciación de contenido.

Hay, por ejemplo, una palabra-raíz **pros* que produce unas veces resultados derivados de dicha forma **pros* y otras derivados de la forma *p^{o}ros*: el ai. presenta la segunda solución (*puras*), el gr. ambas, con diferenciación del sentido (πρός 'hacia', prep.; πάρος 'delante', adv.). Tanto las soluciones que vienen de **pros* como las que vienen de *p^{o}ros* son perfectamente regulares: pero en indoeuropeo ambas formas coexistían como alófonos libres, según es normal en todas las lenguas. Aquí, si hay que hablar de irregularidad, es en un sentido muy especial. Se trata de un tipo de irregularidad, si vale la expresión, perfectamente regular; y la evolución de cada una de las formas coexistentes es perfectamente regular.

Acudiendo a este recurso explicamos el origen común de formas tan dispares como, por ejemplo, *ē*, *ei* y *ēi* a partir del grupo eH^{i}_{1} en diversas lenguas indoeuropeas. La teoría de las sonantes y laringales queda totalmente reestructurada, sometida a una nueva regularidad explicada de la manera aquí apuntada y más adelante especificada en el detalle.

13. Los alófonos libres forman parte, como acabamos de decir, del sistema fonológico expresivo: ello en el sentido de que tanto el empleo de uno de los términos del doblete como el del otro tiene un valor expresivo, una significación, aunque no sea para nosotros fácilmente captable. Pero hay otros alófonos y fonemas que son, por sí mismos, claramente expresivos: sobre ellos hemos de decir algunas palabras.

La reconstrucción tradicional del indoeuropeo operaba no con fonemas, sino con «sonidos» no explorados más: en

la base de cada serie de correspondencias se ponía un sonido o un grupo de sonidos. Por ejemplo, se postulaba una evolución de *r* (*r* consonántica) y otra de *r̥* (*r* vocálica): hay, efectivamente, dos series de correspondencias diferentes. Hoy necesitamos una formulación moderna: *r* y *r̥* son alófonos de un mismo fonema en distribuciones complementarias. Es decir, necesitamos reconstruir el sistema fonológico del indoeuropeo o de los distintos indoeuropeos y establecer en qué distribuciones genera cada fonema un fonema diferente, o bien se conserva dentro de cada lengua; lo cual representa postular la existencia de una serie de alófonos en distribución complementaria en el indoeuropeo o en alguna fase de él. También hemos de establecer los alófonos libres de los fonemas indoeuropeos en cuanto, a su vez, se traducen en evoluciones especiales.

Pero el establecimiento del sistema fonológico normal, con sus alófonos, así como de los alófonos libres de condicionamiento silábico, no es suficiente para explicarnos todos los hechos de la Fonología sincrónica ni diacrónica del indoeuropeo y sus diversas ramas. Es sabido que junto al sistema fonológico normal las lenguas presentan un sistema expresivo que, según acabamos de decir, no sólo se refleja en la existencia de dobletes con estructura silábica diferente, sino también en la de fonemas y alófonos especiales: desde luego, menos frecuentes. Sentamos, por ejemplo, que la vocal *a* no pertenecía al sistema fonológico normal del indoeuropeo, sino al expresivo: ello tanto por el sentido de las palabras de que forma parte como por su rareza y su falta de uso en Morfología. Igualmente, ciertas aspiradas son expresivas. Entiéndase, la evolución de estos fonemas expresivos está sujeta a las mismas tendencias evolutivas que los demás: con frecuencia, su evolución alcanza resultados de completa regularidad.

En nuestro tratamiento de la Fonología del indoeuropeo nos ocupamos separadamente del sistema normal y del sistema expresivo. Y no abandonamos nunca el punto de vista fonológico: no sólo para explicar la evolución, sino también para presentar cómo las diversas evoluciones se traducen en nuevos sistemas fonológicos. Pues hay que tener en cuenta que un fonema o un fonema en una distribución pueden permanecer fonéticamente inalterados, pero integrarse de un modo diferente en el nuevo sistema; o pueden aumentar su frecuencia mediante la evolución de otros fonemas que se confunden con ellos; o, al contrario, disminuir, porque en una distribución dada crean un fonema diferente; pueden confluir dos fonemas o dos fonemas en dos distribuciones dadas para crear un nuevo fonema; etc. Tratamos de especificar todo esto. Para hacerlo más claramente adelantamos una primera parte, referente a principios generales de la evolución y a los sistemas fonológicos que se crean, la cual va seguida del estudio más en detalle de la evolución, uno a uno, de los fonemas indoeuropeos.

14. Dado nuestro intento de distinguir entre los varios «indoeuropeos», es lógico que apliquemos este criterio también al sistema fonológico. Intento que, por supuesto, no es sin lagunas. Fundamentalmente tratamos del sistema fonológico de las distintas ramas (griego, iranio, etc.); del sistema fonológico del indoeuropeo no anatolio, previo a la diferenciación del indo-griego; y del protoindoeuropeo, anterior a la escisión del anatolio. El sistema de éste, difícil de definir en detalle por la oscuridad de la grafía, está próximo al último, pero presenta innovaciones propias.

Nuestro orden de exposición arranca, en general, del indoeuropeo no anatolio para progresar, de un lado, hacia el protoindoeuropeo (y, marginalmente, hacia el anatolio) y, de

otro, hacia las ramas diversas posteriores. El protoindoeuropeo es una lengua sin oposición de cantidad en las vocales, que son sólo *e* y *o* (*a* pertenece al sistema expresivo), con abundantes laringales y con los datos conservados luego (las cuatro series de oclusivas con tres puntos de articulación, la *s*, las sonantes). De ahí se pasa al indoeuropeo clásico, con vocales breves y largas (incluidas *a* y *ā*), sin laringales, con tendencia a perder las sonantes, que se resuelven en consonantes o vocales.

Hablamos, así, a veces, de indoeuropeo laringal e indoeuropeo postlaringal. Pero conviene aclarar estos conceptos, puesto que el anatolio, que ya no es protoindoeuropeo, es todavía laringal (aunque a veces las laringales han caído en él, como en parte presenta ya vocales largas); por otra parte, en otras lenguas se conservan ciertas huellas de las laringales consonánticas, en la forma de aspiración de oclusivas.

Por otra parte, no llegamos a establecer los sistemas fonológicos intermedios de dialectos que están en la base de ciertos grupos de lenguas. En este aspecto, los resultados logrados, hasta el momento, son menos precisos que los que ofrecemos en las partes de Morfosintaxis. Como tampoco es dable, por el momento, establecer relaciones tipológicas entre el plano fonológico y el morfosintáctico o significativo. Sí damos datos, en cambio, sobre el rendimiento de los distintos fonemas en su uso morfo-sintáctico: cuáles son empleados y con qué frecuencia en qué morfemas gramaticales, segmentales o replacivos.

3. MORFOSINTAXIS DEL INDOEUROPEO Y SU EVOLUCIÓN

1. Por encima del plano fonológico, cuyas unidades, los fonemas, tienen valor puramente distintivo, está el plano significativo, cuyas unidades tienen dos caras: un significante y un significado (o una expresión y un contenido, si se quiere). Reconstruido el sistema fonológico del indoeuropeo o de tal rama del indoeuropeo, puede comenzarse la tarea de reconstruir el plano significativo del mismo o de la misma. Dentro de este plano significativo nos limitamos aquí a la Morfosintaxis, es decir, al estudio de los significantes y significados gramaticales, no lexicales. No pueden estudiarse separadamente ambos aspectos del signo lingüístico: por tanto, las cuatro partes en que se organiza la Morfosintaxis en el presente libro estudian simultáneamente o paralelamente el significante y el significado (categorías y funciones) de las unidades. Solamente ciertos aspectos de la Sintaxis de la frase y, sobre todo, la oración compuesta, son estudiados aparte, porque engloban a la vez varios elementos formales.

Conviene, también en este caso, trazar las líneas generales de lo que es la evolución morfosintáctica de las lenguas y señalar los principios aquí seguidos, sobre los que algo se ha adelantado en el Prólogo. Hay que señalar, para comenzar, que aquí no encontramos oposición al principio de la existencia de irregularidades. Todos reconocen que, si el gran motor de la evolución morfológica es la analogía, la tendencia a expresar significados idénticos o proporcionales con significantes idénticos o proporcionales, aquí y allá se conservan arcaísmos que son precisamente la base para reconstruir las fases más arcaicas. En español mismo

tenemos una oposición *soy, somos, son/eres, es,* que refleja en lo esencial la oposición *s-/es-* del latín en el presente del mismo verbo, lo que ya en latín, como ahora en español, era un arcaísmo incomprensible. Hay que llegar a fases muy arcaicas del indoeuropeo para comprender dicha oposición y situarla dentro de un sistema regular. La erosión de ese sistema no ha impedido que persista ese último vestigio: sin duda, por tratarse de un verbo sumamente frecuente, que presenta mucha resistencia al cambio.

2. Pero antes de ofrecer el panorama de lo que es la evolución morfosintáctica de las lenguas y los métodos de reconstrucción que de ahí derivan, conviene decir algunas cosas generales sobre la Morfosintaxis del indoeuropeo, sobre todo de la rama extraña al anatolio. Pues el método, naturalmente, forzosamente ha de variar con arreglo a la lengua a que se aplica. Ahora bien, para posibilitar aplicarlo al estudio de los orígenes precisamente de ese sistema morfosintáctico, hemos también de decir algo sobre los sistemas precedentes, hasta llegar al Indoeuropeo preflexional, la fase más antigua del Protoindoeuropeo.

El indoeuropeo clásico es una lengua en que el morfema tiene menos interés que la palabra como elemento de análisis; y en que la palabra es esencialmente flexiva, expresando así categorías y funciones, si bien existe una serie de palabras indeclinables (adverbios, preposiciones, numerales, etc.) de valor lexical o gramatical. Decimos que el morfema tiene menor interés que la palabra porque, si bien es cierto que muchas palabras son analizables en morfemas, en otras ocasiones este análisis es difícil por causa de una serie de fenómenos:

a) *Amalgama.* Muchas veces es imposible señalar el límite preciso de los morfemas (incluidos los lexicales o

raíces). Así, no es posible cortar tema y desinencia en N. pl. **u̯l̥kᵘ̯ōs* 'lobos', morfemas o desinencias de 1.ª pers., de ind. y de activa en **bherō* 'yo llevo', etc.

b) *Alianza.* Caso y número en el nombre, persona y número en el verbo aparecen expresados mediante morfemas comunes, no analizables: es una amalgama no resoluble nunca.

c) *Desinencia Ø.* El N., V., L., N.-Ac. n. son marcados con frecuencia en el nombre con un tema puro; el tema puro se usa en el verbo para la 2.ª sg. imp. y en diversas personas de indicativo.

d) *Sincretismo.* A veces no se marcan formalmente determinadas oposiciones, que han de reconocerse por la distribución externa a la palabra. Así, si lat. *templum* es N. o Ac. en un determinado pasaje, se decide examinando si la distribución es la que esperaríamos para *lupus* (sujeto del verbo, sobre todo) o la que esperaríamos para *lupum.* Esto remonta al indoeuropeo, en este caso y en otros más.

Sólo raramente pueden hacerse análisis claros como en las lenguas aglutinantes: en la 3.ª pres. sg. med. *-toi,* la *t* marca la persona, la *o* la voz, la *i* el tiempo. No puede postularse que en todos los casos haya que partir de formas indoeuropeas aglutinadas, alteradas luego. A veces la formalización deficiente es huella de una inexistencia original de las categorías así expresadas.

3. Por otra parte, incluso allí donde existen marcas formales claras, a veces nos encontramos con alomorfos varios. El aoristo no se marca con un sufijo único, sino con varios, por poner un ejemplo; e igual el subjuntivo, etc. Hay, ciertamente, una tendencia analógica a lograr un morfema único para cada contenido; a veces, de otra parte, el alomorfismo es reciente, la unidad del morfema antigua (cf.

I.I.1.3). Pero no siempre. Cuando el alomorfismo es antiguo, es indicio de que las categorías o funciones así expresadas son una creación secundaria, que utilizó elementos formales diversos —quizá refundiendo oposiciones diversas.

Hay que notar, además, que el indoeuropeo utiliza en su Morfosintaxis, normalmente, elementos añadidos a la raíz (sufijos o desinencias), pero no siempre. Más raramente intervienen prefijos. Y también se utilizan la variación del vocalismo de la raíz, de los sufijos, de las desinencias: si aparecen *e*, *o* o *Ø* o, también, las variantes largas de las primeras. Se utilizan igualmente las variaciones en la colocación del acento. En menor grado se utiliza también el orden de palabras. Todos estos recursos parecen conducirnos a profundidades temporales diferentes y ayudan al análisis.

En ocasiones, la caracterización formal, lograda por la suma de varios elementos, es redundante: el perfecto se nota por la reduplicación, el vocalismo radical, la desinencia, el lugar del acento. Todo ello demuestra una larga reelaboración del sistema. Pero, otras veces, dicha caracterización es deficiente: en el caso del sincretismo debe lograrse fuera de la palabra, aunque en el curso de la historia de las lenguas indoeuropeas hay tendencias a lograr esa caracterización dentro de la misma (haciendo terminar en *-ā* las de género femenino, por ejemplo). Pero incluso las caracterizaciones internas a la palabra son en cierto modo insuficientes cuando son meramente proporcionales o sistemáticas. Un tema en *-ā* es de indicativo cuando el subjuntivo es diferente o de subjuntivo cuando, en otros verbos, el indicativo es diferente; lo mismo en el caso de la oposición presente/aoristo y en otros más. Todo esto indica la aplicación, para la expresión de un nuevo sistema, de formas originalmente indiferentes a él, previas a su nacimiento y expre-

sando quizá otro sistema (o no expresando nada, meros alargamientos o elementos radicales en el origen). Incluso cuando hay diferencia formal, ésta es a veces secundaria: una misma desinencia en distintos grados, por ejemplo (*-s, -es, -os, -ōs* en diversos casos de los nombres).

4. Si se compara el indoeuropeo no anatolio con el anatolio se encuentran notabilísimas diferencias morfosintácticas que hacen ver que el primero representa, en general, un tipo más evolucionado: lo cual facilita la tarea de penetrar en el protoindoeuropeo, con ayuda también de los datos sobre un sistema fonológico propio del mismo. La falta de la oposición masc./fem., de los grados de comparación, de la oposición sg./pl. en los casos oblicuos del nombre, de la oposición de temas dentro de un mismo verbo, hace ver palmariamente que ciertas categorías y funciones son secundarias en indoeuropeo; otras, antiguas, adquirieron posteriormente marcas diferentes (el tiempo, marcado luego por temas, pero en anatolio sólo por desinencias). A partir de aquí es posible avanzar en el estudio del origen de ciertas categorías y de la razón de su expresión formal. Por otra parte, hay que decir que el carácter reciente de las más era ya deducible, y a veces se había deducido, del análisis interno de las lenguas no anatolias.

Pero se puede penetrar más profundamente todavía y llegar, como se ha adelantado ya, al indoeuropeo preflexional. Pues incluso las marcas formales de las categorías y funciones cuya antigüedad testimonia la concordancia del anatolio con las demás lenguas, presentan las mismas huellas de hechos de innovación: amalgamas, sincretismos, grados Ø, fluctuaciones diversas. Se trata, ahora ya, de penetrar en la gramaticalización de categorías como el número o la oposición N./Ac.; o, al menos, en el origen de su

expresión por procedimientos flexionales. Dando un paso más, se puede intentar reconstruir cuáles eran las categorías y funciones, así como sus marcas en el indoeuropeo preflexional. A ello nos ayuda la persistencia, dentro de éste, de marcas no flexionales, a las cuales ya hemos hecho referencia. Lo cual no quiere decir que las mismas no hayan sido remodeladas en época flexional, como evidentemente lo fueron. Son las incoherencias internas que subsisten, sobre todo cuando hay datos comparativos a favor de la antigüedad de las mismas, las que sirven de apoyo para la reconstrucción.

Como en Fonología, partimos del indoeuropeo clásico y luego seguimos un doble camino: ya hacia las fases más antiguas, ya hacia las más recientes. Claro está que la precisión lograda en la reconstrucción varía según los casos. Por otro lado, nunca se pasa de una reconstrucción esquemática y con frecuencia no es factible organizar en sistemas o lenguas los diversos elementos reconstruidos. Sobre esto volveremos.

5. Se trata, pues, de reconstruir la creación de las diversas categorías y funciones y de estudiar la aplicación a la expresión de las mismas de diversas marcas formales, así como la prehistoria del significado de las mismas. Así se evita crear una imagen de un indoeuropeo inicial con un pleno desarrollo de las categorías y funciones del griego y el sánscrito, con la consiguiente aceptación arbitraria de que todo lo que en una lengua dada representa una reducción de ese cuadro, se explica por una pérdida. Puede ser, al contrario, testimonio de arcaísmo. Y si aparece aisladamente un elemento formal que en griego o en sánscrito marca la categoría que en la otra lengua supuestamente se perdió, puede suceder que sea también un arcaísmo: que esté en un esta-

dio previo a su utilización para marcar la categoría en cuestión. Hay un grave problema de cronología relativa no siempre resoluble, pero que siempre hay que plantearse.

Es claro, sin embargo, que antes de llegar al estudio del origen de categorías y funciones, en las distintas etapas y dialectos, como conjuntos de significantes y significados, hay que realizar una primera etapa de la reconstrucción que se refiera simplemente a la evolución de la forma de un determinado sistema de categorías y funciones. Esto es lo que normalmente se practica (salvo excepciones, tal la creación del futuro en ciertas lenguas); sobre la base, en la práctica, del sistema brugmanniano o tradicional que hemos atribuido al indo-griego, aunque haya, desde luego, excepciones.

Aquí es innegable una tendencia regularizadora de las diversas ramas lingüísticas, que tienden a generalizar unos alomorfos a expensas de otros; si bien existen reacciones de tipo expresivo o analógico que crean nuevos alomorfos. Pero yendo al problema de la reconstrucción, cuando existen alomorfos para expresar una categoría o función, hay que plantearse las siguientes hipótesis:

a) Puede tratarse de un reparto dialectal antiguo, ya indoeuropeo (caso del G. sg., por ej., cf. III.III.4.10).

b) Puede tratarse de un sincretismo de dos formas de significado diferente (algunos temas de presente tenían primero valores especiales).

c) Puede tratarse de alomorfos libres, entre los cuales luego eligieron algunas lenguas (había ya L. de tema puro, ya con *-i,* en principio expresivo).

d) Finalmente, puede suceder que el alomorfismo sea antiguo: que desde el nacimiento de una categoría o función se haya echado mano para marcarla a más de un recurso (varias marcas de aoristo, etc.).

6. En todo caso, es una mala solución, insistimos, para lograr marcas formales unitarias, preferir como tales las testimoniadas en griego e indo-iranio, después de haber elegido como antiguo su sistema de categorías y funciones. Éste puede tener, y las tiene, innovaciones, concordantes o no con otras áreas: puesto que las isoglosas del indo-griego a veces lo rebasan, tal, entre otros muchos ejemplos, el desarrollo del subjuntivo. También sucede que, en innovaciones más recientes, sólo el griego o sólo el indo-iranio coinciden con otras áreas vecinas u originalmente vecinas: así, el griego tiene un pretérito compuesto, igual que el latín, el germánico o el eslavo.

Pero éste es un problema no sólo de categorías y funciones, sino de los significantes de las mismas. Así, el hecho de que el griego y el indo-iranio apenas conozcan una flexión semitemática no es prueba ninguna de que allí donde la hay ello se deba a una innovación: la concordancia del hetita con las lenguas occidentales habla en contra de dicha hipótesis, rechazada por Meillet, por lo demás, antes de descifrarse el hetita.

Limitándonos ahora, concretamente, a estas cuestiones de forma, es completamente equivocado el intento, que resulta instintivo, de encontrar en el más antiguo indoeuropeo o en los estadios intermedios una responsión sistemática entre una sola forma y un solo contenido. Existen todas las posibilidades contrarias enumeradas en el párrafo anterior; y existe también la homonimia, a la que hicimos referencia anteriormente, y en virtud de la cual un mismo elemento formal, por ejemplo, la vocal temática, se ha gramaticalizado de maneras muy diversas. Pero hay, además, otro procedimiento de marcar formalmente categorías y funciones sobre el que raras veces se llama expresamente la atención. Me refiero a la existencia de marcas solamente

proporcionales, que, ciertamente, tienden a ceder el paso a otras inequívocas.

Un mismo tema radical, temático o atemático, puede ser presente o aoristo, según su situación en sistema: presente, si hay enfrente un aoristo bien caracterizado; aoristo, en el caso inverso. Lo mismo sucede en las oposiciones de modos, de casos, en las desinencias personales, etc. Ya hemos dicho que se trata de antiguas formas indiferentes a las oposiciones que luego se crearon. Se trata, de un lado, de ver cómo funcionan los sistemas en que dichas formas intervienen; de otro, de reconstruir su origen. Con frecuencia una misma oposición se marca alternativamente de varias maneras, que luego se estabilizan en diversas áreas dialectales; a veces conviven durante cierto tiempo, acabando por adquirir una distribución complementaria. Por ejemplo, hay ciertos temas que se usan en presente y no en aoristo y viceversa, mientras que otros, como queda dicho, sólo proporcionalmente quedan definidos como de presente o como de aoristo; y luego las diversas áreas dialectales logran mayores restricciones, mayor especialización de los temas.

El problema es que no siempre es posible definir los diferentes y sucesivos dialectos, ni las fases de transición entre unos y otros. Se puede, eso sí, fijar algunos rasgos esenciales, así como los rasgos generales de la evolución. En este estudio se incluye, es esencial en él, el de la creación de nuevas categorías y funciones.

7. Este desarrollo de nuevas categorías y funciones no está totalmente abandonado en las exposiciones tradicionales. Es usual, por ejemplo, la doctrina de que del tema desiderativo se creó en indo-griego y báltico el futuro. Es fácil, efectivamente, establecer un nexo de sentido que hace

pasar del desiderativo al futuro. Y hay otros ejemplos comparables.

Sin embargo, las exposiciones tradicionales están más bien centradas en la pérdida de categorías y funciones o en su fusión en determinadas áreas dialectales o determinadas lenguas. En varias de ellas, por ejemplo, el subjuntivo y el optativo se reducen a un modo único, cuyas marcas formales proceden, por lo demás, ya del uno, ya del otro de los citados modos; otras veces, así en las lenguas occidentales, el perfecto y el aoristo se confunden igualmente en un pretérito único de pasado. Es fácil justificar estas fusiones desde el punto de vista del contenido. Ciertamente, las exposiciones tradicionales han abusado de este recurso. Los «sincretismos» secundarios de casos que se han propuesto son, pensamos, pura ilusión, al menos muchas veces: en realidad, el modelo de declinación con ocho casos es un desarrollo del indo-griego, con precedentes ciertamente. El proyectar a la fecha más arcaica los modelos más complejos, escogiendo arbitrariamente el detalle de los mismos cuando hay discrepancia entre ellos, y el interpretar que los más reducidos son siempre resultado de una evolución secundaria con pérdida de categorías, se revela muchas veces como un simple espejismo.

Sin negar que a veces existen, efectivamente, esas reducciones, la existencia en la fase más arcaica de un indoeuropeo no flexional, reconocida generalmente sobre la base de múltiples fósiles en las lenguas, implica que ha habido desarrollos en el sentido de una mayor complejidad, de una creación de categorías.

Conviene dar una idea de cómo se ha desarrollado este proceso, que afecta simultáneamente al contenido (creación de nuevos significados) y a la expresión (adscripción a los mismos de significantes).

8. La creación de nuevos significados gramaticales —categorías y funciones— puede tener lugar de una de las dos maneras siguientes:

a) Desplazamiento de un anterior significado gramatical o no gramatical. La evolución de un significado gramatical hasta dar otro nuevo ha sido ejemplificada con el caso del desiderativo convertido en futuro. Ya hemos dicho que se trata de un caso sumamente simple. Los hay más complejos, que dejan a veces huellas del significado anterior: los casos gramaticales concretos (locales) toman en ciertas distribuciones valores abstractos, sin por eso dejar de conservar, en otras, los primeros. Temas verbales de tipo iterativo acaban por subsumirse en el aspecto de presente, siendo a veces dudoso en qué medida se conserva el antiguo valor. Se trata siempre del mismo fenómeno: en ciertas distribuciones el significado de la categoría o función se desplaza, sobre todo, en oposición a otras formas o temas. El significante antiguo se conserva, pero con un significado nuevo. Y puede suceder que varios significados antiguos se unifiquen en uno nuevo, con lo que éste está expresado por varios significantes (alomorfismo). Claro está, puede suceder que uno de estos alomorfos se extienda a expensas de otros. Así ha sucedido que se han creado temas de presente diversos (algunos de los cuales, ciertamente, tienen un origen diverso del aquí indicado, cf. IV.IV.1.6).

Pero también puede ser un significado no gramatical el que se ha desplazado. Por ejemplo, la partícula *-i*, que tenía (y siguió teniendo, a veces) un valor deíctico, apuntando al espacio próximo al que habla y también al tiempo presente, se unió sistemáticamente a una serie de desinencias, dándoles el valor de referentes al tiempo presente. En el momento en que hay un uso sistemático y regular, aplicable a una

serie de formas por oposición a otras, nos hallamos ya en el terreno de lo gramatical.

b) Escisión en dos de un significado original más amplio. Antes de la creación del subjuntivo, puede decirse que tampoco existía el indicativo, aunque convencionalmente llamamos indicativo al único modo (a excepción del imperativo) del hetita y procedemos igual en otras ocasiones en que tampoco existe un subjuntivo en las lenguas históricas. Según las distribuciones, ese modo único marcaba ya la realidad, ya el deseo o la eventualidad: y así ha continuado sucediendo en las ocasiones citadas. Pero sólo hay oposiciones lingüísticas cuando se caracterizan formalmente. Uno de los alomorfos de ese tema único se especializó para ciertos empleos del mismo, otro para otros: desde este momento ya se reconocen dos significados, dos modos. Puede suceder que la marca varíe, en una misma lengua, de verbo a verbo y que haya diferencias de lengua a lengua. Aunque hay una innegable tendencia a extender tipos fijos: primero, tipos en que la distinción es proporcional (a tal tipo de indicativo responde tal tipo de subjuntivo); luego, tipos con marcas exclusivas e inequívocas. En realidad, ya desde el comienzo hay una cierta especialización, ciertas marcas son evitadas en uno u otro modo.

9. Cuando la adscripción de una marca formal a una nueva categoría o función no depende de que su significado es una evolución del antiguo, nos hallamos siempre ante lo que en otros lugares hemos denominado un proceso de infección. Ya hemos visto que a veces está condicionado por la distribución externa a la palabra; otras lo está por elementos de la propia palabra. Hemos de prestar atención más de cerca a uno y otro caso.

Del primero puede ser un ejemplo el propio subjuntivo. Entendemos que, por ejemplo, un subjuntivo con vocal breve *e/o* es un antiguo tema verbal con indiferencia a la oposición indicativo/subjuntivo, pero que en determinadas distribuciones o contextos, incluso extraverbales, se sentía como indicando el deseo o la eventualidad. Eran las palabras próximas o la situación las que hacían que el hablante percibiera ese matiz —en principio un simple matiz del significado único. Pero en un momento dado la vocal *e/o* del tema se siente como responsable de este matiz: como marca formal del subjuntivo. Inversamente, en otras distribuciones o contextos extraverbales el valor «real» del tema es el destacado: y si coincide que en ocasiones éste consistía en la raíz pura, sin *e/o*, esa falta de *e/o* se tomaba como marca formal de indicativo.

Claro está, surge la cuestión de por qué en tal verbo se produjo este desarrollo y en tal otro el contrario (sucede en tocario), o por qué en una serie de verbos, en todas las lenguas, lo habitual es que el tema con *e/o* sea indicativo y uno con vocal larga subjuntivo (pero también hay indicativos con vocal larga). Éstos son fenómenos secundarios: la necesidad de marcas formales lleva a conferir tal carácter, ya a una, ya a otra de las posibilidades, con generalizaciones muy diversas. Y hay una búsqueda natural, primero, de la distintividad; luego, del sistematismo, y, finalmente, de marcas únicas, inequívocas, sin alomorfismo.

Casos como éste dan razón del origen tanto del alomorfismo como del hecho de que una misma marca tenga varios valores, según la oposición en que entra. Señal inequívoca de que la marca, como tal, es más antigua que esos varios valores. Otra señal igualmente inequívoca es que a veces sucede que una oposición es defectiva. Es decir, que, por ejemplo, para tal verbo indicativo y subjuntivo son

idénticos (sincretismo). Así, alomorfismo, distintividad proporcional y sincretismo son indicios claros de un origen relativamente reciente de las categorías y funciones implicadas.

10. Pero decíamos que el condicionamiento distribucional arranca otras veces de la misma palabra. Por ejemplo, la conversión de *-ā* en característica de femenino se estima generalmente que procede de su presencia en nombres como *g^{w}nā, que significaba 'mujer'. En un momento dado se ha atribuido a la *-ā* un carácter femenino —se ha «infectado» de la raíz— y se ha extendido como marca de femenino en nombres, adjetivos y pronombres.

En todos los casos en que interviene la infección hay, en definitiva, la transformación en significativo de un elemento que no lo era: en último caso, a veces, tal vez, de un elemento que, en una fase inalcanzable por ahora del indoeuropeo, tenía una función en la que no podemos penetrar. Prescindiendo de esta última hipótesis, por el momento, nos referimos a elementos originalmente radicales, como las vocales largas *-ā*, *-ē* y otras de origen laringal, o a simples alargamientos, sea cual sea su origen remoto. Claro está, estos elementos se han difundido fuera de sus lugares originales, ya como simples alargamientos, ya, luego, como portadores de significado. Se han gramaticalizado simplemente: a veces, como hemos dicho, con más de un significado cada uno, significados reconocibles porque se integran en oposiciones diferentes. Se verá ahora cuán inútil es tratar de rastrear un significado original único de cada *-s-* o *-ē* gramatical. Según se añadan a tales o cuales temas nominales o verbales, según las distribuciones y las oposiciones, se han especializado para marcar categorías y funciones que

mal podían marcar en el origen puesto que son más recientes que dichos morfemas.

11. Pero hay otro fenómeno, todavía, que es esencial para comprender la evolución de la Morfosintaxis indoeuropea tanto desde el punto de vista de los significados como desde el de los significantes. Me refiero a la polarización.

Cuando un antiguo significado evoluciona para crear uno nuevo o cuando en ciertas distribuciones se ve como autónomo y se marca autónomamente un significado que fragmenta una antigua unidad de significación, sucede con la mayor frecuencia que la forma no provista de la marca formal del nuevo significado adquiera por polarización un significado contrario: también ocurre que esta polarización se da con respeto a un tema diferente, no simplemente desprovisto de la nueva marca. Así, frente a los femeninos en *-ā*, los temas en *-e/o* (en vocal temática: pura abstracción a partir de desinencias en *-e/os*, *-e/om*, etc.) se convirtieron en masculinos. O sea: en principio los nombres no se clasificaban sobre criterios sexuales o genéricos y luego se introdujo esta distinción, marcada formalmente. Es lo mismo que sucedió al crearse la oposición indicativo/subjuntivo: frente al *e/o* de subjuntivo la forma sin *e/o* se polarizó como de indicativo, mientras que otras veces, frente a *-ē* y *-ā* de subjuntivo, *e/o* se hace de indicativo.

Hay que hacer a este respecto varias observaciones. Una, previa, es de tipo formal: tampoco aquí hay una regularidad absoluta. Han quedado nombres en *-ā* que son masculinos, nombres en *-e/-o* que son femeninos: al generalizarse la oposición se expresa con medios formales variados. Y a veces no se ha generalizado totalmente: quedan nombres que sólo la distribución define como masculinos o femeninos, indiferentemente de su forma. Hemos visto cosas semejantes en lo relativo a la oposición indicativo / subjuntivo.

Y podrían ponerse múltiples ejemplos más, aunque también hay que recordar que, pese a ello, hay innegables tendencias al sistematismo y la regularización.

12. Otras observaciones se refieren al contenido o significado. Hay que distinguir a este respecto los tres distintos tipos de oposiciones binarias:

a) *Oposiciones inclusivas o privativas.* Uno de los dos términos, llamado positivo, tiene un significado unívoco, el otro (término negativo) significa ya lo contrario del positivo, ya es indiferente a la oposición. Así, frente a las desinencias primarias (de presente) *-mi, -si, -ti,* cuya historia ya hemos trazado, las desinencias sin *-i* (*-m, -s, -t*) se han polarizado como secundarias (de pasado o propias de ciertos modos): pero también pueden conservar su valor indiferente a la oposición. Efectivamente, sucede a veces que un presente o un perfecto de indicativo lleva una desinencia sin la *-i* final. Como se ve, el término negativo representa una evolución semántica, en ocasiones, pero no siempre, frente al positivo, que es la innovación que primero aparece. No es forzoso que el negativo carezca de marca: el masculino es el término negativo de la oposición femenino/masculino, normalmente llevando *-e/o.*

b) *Oposiciones de intersección o equipolentes.* En ellas cada término tiene una zona semántica propia que es unívoca, pero también una serie de usos neutros. Así, es normal en lenguas indoeuropeas que tanto las formas verbales de presente como las de pretérito carezcan en ocasiones de valor temporal (presente histórico de un cierto tipo, aoristo gnómico). Puede suceder que cada término no llegara a desarrollar nunca un significado omnipresente en él o que, por el contrario, en una oposición privativa el término positivo adquiriera secundariamente en algunos contextos un valor neutro.

c) *Oposición exclusiva.* No hay zona común neutra en ninguno de los dos términos. Se trata de una polarización completa (simple, si se parte del tipo *a*); recíproca, si del *b*)).

En realidad, estos tres tipos representan una esquematización: hay otros de transición, y la prueba es que a veces se ha pasado de uno a otro históricamente; por ejemplo, la oposición presente/pretérito ha pasado del *a*) al *b*), como queda dicho. La zona neutra puede ser más o menos amplia, es decir, el uso neutro puede ser frecuente o limitarse a muy pocos casos; puede ser desigual (en el tipo *b*) en los dos términos; etc.

Por otra parte, el esquema que hemos trazado se refiere a un significado único (aparte del neutro) de los términos de las oposiciones. Pero esto no siempre es así. Por ejemplo, en distribuciones diversas del Genitivo o el Acusativo han podido nacer acepciones diversas, a veces ya totalmente independizadas del significado de los mismos. Responden a oposiciones diferentes también. Así, según los contextos distribucional u opositivo, nacen, en realidad, diferentes significados (o faltas de significado, usos neutros). Ya se trata de acepciones dentro de uno fundamental, ya, propiamente hablando, de homonimia.

13. Con esto volvemos a los problemas de los significantes. Una oposición gramatical puede arrancar de varios puntos de partida simultáneos. La aspectual de presente/aoristo, por ejemplo, parte de la oposición de tema reduplicado (antiguo iterativo o intensivo) / tema sin reduplicar, pero también de la de durativo/puntual (temas temáticos con diverso vocalismo, un desarrollo anterior). Hay una «atracción» de un tipo por otro, una unificación de significados acompañada de la aceptación de alomorfos. Pero, una vez

aplicada la oposición a ciertos verbos, ha tendido a hacerse general. Para ello, de entre una serie de temas que, a lo que podemos saber, tenían entre sí diferencias meramente formales, se ha atribuido unos al presente, otros al aoristo: a veces la distribución es general, otras se hace verbo a verbo. Los temas con un valor especial, por ejemplo, los desiderativos, han tendido a perderlo y a subsumirse en uno u otro de los nuevos temas opuestos, adquiriendo, por supuesto, sus significados. Luego vienen las tendencias analógicas que tienden a eliminar el alomorfismo, pero que no siempre triunfan.

Y con frecuencia sucede que, al menos en muchos casos, se ha mantenido durante mucho tiempo, en algunos dialectos, el alomorfismo libre, no condicionado distribucionalmente. Que el pretérito, por ejemplo, se podía formar ya con tema puro, ya con *-s*, ya con *-ē*, *-ā*, *-u*, ya con formas compuestas. Quedan huellas de estas vacilaciones en las diversas generalizaciones de sufijos logradas por las diferentes lenguas. Por otra parte, es corriente que no podamos fijar en qué medida en un determinado estadio de una cierta rama lingüística indoeuropea había alomorfismo libre o estaba ya condicionado según las raíces o las distribuciones. Pero una cierta libertad, al menos potencial, se desprende del hecho ocasional de la redistribución. Con frecuencia, la abundancia de elementos formales se ha utilizado secundariamente para marcar nuevas oposiciones. Por ejemplo, las formas en *-ē* y *-dhē* del pretérito del griego se aprovecharon para marcar una voz medio-pasiva: el pretérito en **-bhu̯ā-* del latín procuró a esta lengua un nuevo imperfecto, una vez desaparecido el antiguo; etc.

14. Cuando, por el contrario, se trata de una evolución que reduce las categorías o funciones existentes, lo previo

es un proceso de sinonimización, que amplía sistemáticamente la zona neutra de los términos opuestos (la desarrollada eventualmente en el término positivo). Subjuntivo y optativo se hacen, por ejemplo, sinónimos. En un momento dado nos hallamos, propiamente, ante una situación de alomorfismo libre. Situación que tiende a resolverse, desde luego, pero de varias maneras:

a) Una de las dos formas, la correspondiente a una de las categorías antiguas, se pierde. La otra expresa en adelante la suma de los dos significados anteriores o bien adquiere un nuevo significado derivado de los anteriores.

b) Puede, otras veces, crearse una distribución complementaria. Por ejemplo, el nuevo «subjuntivo» del latín hereda en ciertos verbos la forma del antiguo optativo, en otros (los más) la del antiguo subjuntivo.

c) También puede producirse la contaminación de las dos formas antiguas. Cuando en latín aoristo y perfecto de indicativo dejan de distinguirse y nos encontramos con un pretérito puramente temporal (salvo en cuanto se opone al nuevo imperfecto), en él se hallan con frecuencia antiguas formas de aoristo, pero provistas del antiguo sistema desinencial del perfecto (*dixi*).

15. Por todo lo anterior se habrá visto claramente que es imposible escindir el estudio de los significantes gramaticales del de los significados, en la medida al menos en que los primeros se expresan dentro de la palabra; pueden dejarse aparte, por razones prácticas, cuestiones de Sintaxis expresadas por medios más complejos. Pero, tanto al hablar de la creación de categorías y funciones como al describir su evolución, debe prestarse atención simultáneamente a las dos caras del signo lingüístico.

Ello debe hacerse, por otra parte, tanto en el estudio sincrónico como en el diacrónico, que aquí realizamos alternativamente dentro de cada capítulo, al establecer etapas y dialectos. Precisamente, el sentar el sistema de los significados explica las evoluciones de los significantes en el sentido de la regularidad analógica, eliminando el alomorfismo, las amalgamas y sincretismos, etc.; de otra parte, las irregularidades en el sistema de los significados explican los desarrollos del mismo, incluida la creación de nuevas categorías y funciones, con marcas formales obtenidas mediante los procedimientos a que hemos aludido.

Hay que añadir algunas precisiones sobre estos sistemas. Con frecuencia las oposiciones binarias de que hemos hablado más arriba se entrecruzan en sistemas más complicados. Sucede con frecuencia que un término A se opone a uno B en torno a un rasgo significativo relevante y a otro C en torno a otro al menos parcialmente diferente: el presente se opone de un lado al pretérito, de otro al futuro; el presente en cuanto aspecto se opone al aoristo y se opone también al perfecto. Por supuesto, los términos B y C se oponen a su vez entre sí. Y puede tratarse no de dos términos, sino de más, así en el sistema de los casos del nombre. Hay también oposiciones graduales, de varios términos, así, en los adjetivos, entre el positivo, comparativo y superlativo.

Pero téngase en cuenta que una oposición no funciona más que en una distribución dada. El N. se opone al Ac. junto al verbo, junto a ciertos verbos mejor dicho; el Ac. es conmutable a su vez por el D. en distribuciones muy precisas; etc. Hablar de un sistema total de los casos es una abstracción, hay sólo oposiciones parciales en distribuciones parciales.

Por otra parte, en ciertas formas pueden confluir varios parámetros opositivos: así, una forma del nombre presenta un caso, un género y un número; una forma verbal presenta persona, número, voz, etc. Fue una tendencia general de las lenguas indoeuropeas llegar a marcar cada término de cada parámetro con una forma propia, inequívoca, sin alianzas, amalgamas ni sincretismos; pero, cuando se llega a ello, es siempre el resultado de una evolución. Una des. *-toi* en que *-t* es 3.ª sg., *-o* v. med., *-i* presente, es más reciente que la *-ō* de **bherō*, que marca a la vez las tres cosas. Tenemos así en nuestra mano un poderoso instrumento para penetrar en fases del indoeuropeo anteriores a la creación de ciertas oposiciones significativas.

16. La reconstrucción llevada a cabo por estos procedimientos nos hace ver cómo se ha producido una floración de oposiciones binarias que se han entrecruzado hasta crear los sistemas complejos de la declinación del nombre y, sobre todo, de la conjugación del mismo. Los estadios más antiguos de la flexión se basan en la oposición de desinencias; secundariamente, se oponen temas diferentes que, en el origen, eran palabras diferentes. Así, sobre todo, en el verbo en la etapa posterior al anatolio; también en el caso de los grados de comparación y los géneros del adjetivo y en el de los distintos tipos de numerales. Se trata de la que llamamos oposición de primer nivel; pues se llega incluso a un segundo nivel, cuando dentro de un tema fundamental hay variantes (los varios modos creados sobre cada uno de los llamados «temas temporales», en algunas lenguas).

Es el reconocimiento de que el anatolio procede de una fase del indoeuropeo anterior a la de las otras lenguas, lo que lleva a obtener estas consecuencias. El adjetivo anatolio

no opone temas, ni tampoco el verbo; sí el adjetivo y el verbo de las demás lenguas, mientras que el nombre no llegó a oponerlos nunca (con la pequeña excepción de los heteróclitos, en que los distintos temas marcan iguales categorías que las desinencias). Hay, pues, que reconocer una fase antigua del indoeuropeo que realiza todas las oposiciones, dentro de una palabra, con ayuda de desinencias. Pero, retrocediendo todavía más, las incoherencias del sistema desinencial llevan a la reconstrucción de su origen y, a partir de él, se llega en cierta medida a imaginar lo que sería el indoeuropeo preflexional: sus categorías y funciones y los recursos finales con que los expresa, por lo demás no enteramente desaparecidos, incluso desarrollados, dentro del indoeuropeo flexional.

Inversamente, una vez descartada la idea de que todas las discrepancias entre el indoeuropeo reconstruido tradicionalmente (el indo-griego) y las demás lenguas se deben a innovaciones de éstas, hay que estudiar objetivamente los distintos estadios y dialectos del indoeuropeo flexional; y, por supuesto, aquellos que representan, efectivamente, al menos en parte del sistema, innovaciones, así en el caso del indoeuropeo occidental.

17. El conocimiento de las funciones del nombre y el verbo en las distintas fases del indoeuropeo nos hacen penetrar en el de la Sintaxis en cuanto sistema de relaciones entre las palabras; y lo mismo el conocimiento de las categorías, dado que éstas tienen indirectamente trascendencia sintáctica: por ejemplo, el género es utilizado en la concordancia. Llegamos así al conocimiento no sólo de los sintagmas nombre + nombre, nombre + adjetivo, verbo + nombre (complemento) y verbo + adverbio, sino también de las oraciones simples, sean de un solo miembro (nombre o

verbo), sean de dos (nombre y verbo) o de tres (dos nombres y verbo). E incluso al conocimiento de las oraciones compuestas coordinadas, pues las partículas que enlazan dos palabras desde las fechas más remotas del indoeuropeo son las mismas que enlazan dos oraciones (dos verbos, en realidad, en principio).

Por supuesto, en las lenguas históricas las posibilidades de construcción de sintagmas se han ampliado y también se han ampliado los tipos de oraciones coordinadas; por lo demás, según se pasa de unos estadios a otros del indoeuropeo, incluso en fecha muy arcaica, se pueden señalar variaciones al respecto. Pero existen otros puntos de Sintaxis que proceden de desarrollos complejos de las distintas ramas, a veces paralelos o, por el contrario, con influencia de unas sobre otras, y que deben estudiarse aparte. Esto es lo que hacemos, sumariamente, en nuestra Parte VII.

Así, el desarrollo de las oraciones de infinitivo y participio: se trata de nombres y adjetivos que en un momento dado comenzaron a interpretarse no como elementos coordinados o regidos por otros de la oración simple, sino como núcleos de oraciones subordinadas.

Pero, sobre todo, es el desarrollo de la subordinación en general lo que debe ser estudiado. Determinados demostrativos y adverbios llegaron a convertirse en nexos de relación; los modos y otros elementos de la antigua Morfosintaxis del indoeuropeo adquirieron también, a veces, ese cometido. Se trata de un proceso que tuvo lugar paralelamente en las diversas lenguas, como consecuencia de una estructura de partida más o menos próxima. Pero su desarrollo pleno tuvo lugar ya en época literaria e influyeron grandemente ciertos modelos: en primer término, el griego y luego el latino (influido previamente por aquél) en Occidente; también, el sánscrito en Oriente. La creación de una

Sintaxis bien sistematizada de la oración compuesta es en realidad parte de un proceso de influjo cultural, que halla otro reflejo en la difusión de determinadas estructuras literarias.

4. LA DIFERENCIACIÓN DIALECTAL DEL INDOEUROPEO

1. Nos hemos referido ya a muchos de los problemas que entraña el intento de atribuir tales o cuales rasgos a una determinada fase del indoeuropeo: la existencia de alomorfos libres; la posible doble interpretación de las coincidencias entre las lenguas, según se las considere como un resto común de un estadio anterior o, a veces, como elementos que sólo en algunas lenguas se desarrollaron en un determinado sentido; la dificultad de adscribir diversos rasgos fonológicos y morfosintácticos a un mismo dialecto. Por ello en el presente libro en cierta medida tratamos de dar una idea de conjunto de los diferentes dialectos —en el *Epílogo* volveremos sobre ello—, pero con mucha frecuencia nos limitamos a describir dichos elementos, sin delimitar exactamente su esfera de vigencia o su combinación unos con otros en el mismo dialecto. Es difícil, hoy por hoy, proceder de otra manera. Sin embargo, es oportuno exponer en este lugar algunos datos más sobre cómo transcurre la diferenciación dialectal en general y, más concretamente, en indoeuropeo, en la medida en que podemos seguirla. Sólo así se comprenderán más claramente los métodos y los problemas de la reconstrucción.

Suponiendo un punto de partida, puramente teórico, consistente en una lengua absolutamente unificada, la diferenciación dialectal tiene lugar por la coincidencia en una cierta zona de la misma de una serie de innovaciones. Las

innovaciones triunfan por responder a necesidades del sistema o, al menos, a tendencias desarrolladas en la cadena hablada y que en un momento dado rompen la resistencia que pudiera presentarles el sistema, promoviendo su reestructuración. Se extienden a la manera de una onda debido al prestigio del punto emisor: a su poderío político o militar, a su significado religioso, etc. Pues a unas mismas tensiones y necesidades responden a veces diversas soluciones posibles y sólo ese prestigio es el que impone unas u otras. Estas innovaciones a veces se encadenan sistemáticamente: unas arrastran y condicionan las otras. Pero no podemos hacer una afirmación general en este terreno: hay siempre diversas posibilidades en la combinación de las innovaciones y con frecuencia muchas de las de un dialecto, sobre todo las fonológicas y las morfosintácticas, no vemos que tengan entre sí una relación necesaria.

2. En definitiva, la creación de un dialecto a partir de un punto único innovador dentro de un área lingüística homogénea —condiciones óptimas, teóricas— supone que una cierta área va a caracterizarse desde ahora por un grupo de isoglosas comunes, mientras que otra área se caracterizará por otras: será bien la continuación de la antigua lengua, bien otro dialecto innovador diferente. Ahora bien, es un axioma deducido del estudio de los Atlas lingüísticos realizados sobre lenguas modernas que en los límites dialectales las isoglosas no coinciden: forman más bien haces. Hay puntos en esa frontera a los que han llegado algunas de esas innovaciones, otras no: hay, en suma, una zona de transición. De esa zona puede nacer, luego, un dialecto propio. Pero también puede haber una migración de poblaciones procedentes de un área dialectal unitaria —en la medida en que son unitarias las áreas dialectales—. Si estas poblacio-

nes se instalan al lado de los hablantes de otro dialecto, los límites dialectales serán «limpios», sin transiciones. Así, por ejemplo, los del castellano y el francés: lenguas venidas de lejos una y otra, la primera de Castilla, la segunda de la Isla de Francia. Ese «corte limpio» es siempre la garantía de que ha habido una migración, de que el o los dialectos que estudiamos no se han desarrollado *in situ*. Al contrario, una lengua que comparte ciertos rasgos con una vecina y otras con otra también vecina, es verosímil que proceda de una zona de transición entre ambas. Aunque no es de desdeñar la posibilidad de que todas estas lenguas hayan simplificado en sentidos diferentes una situación de alomorfismo libre.

3. Así, un dialecto representa una zona de unificación dominada por la influencia de una zona especialmente prestigiosa y limitada por una frontera. Las ondas innovadoras tienden a extenderse uniformemente por todo el territorio, pero llegan más o menos cerca de esa frontera cada una. Pero esa unificación tiene un reverso: la escisión respecto a otro u otros dialectos separados por fronteras lingüísticas —que en un principio respondían a barreras políticas, culturales, etc., geográficas a veces.

Una lengua que se fragmenta dialectalmente *in situ* lo hace escalonadamente. Si postulamos dos primeros dialectos *A* y *B*, en una fecha posterior *A* puede a su vez fragmentarse en *a* y *b* y así sucesivamente. Los rasgos diferenciales alcanzan cada vez una difusión menos amplia. Dicho de otro modo: cuanto mayor extensión tenga uno de estos rasgos comunes, mayor es su antigüedad; e inversamente.

Esto no debe entenderse en el sentido de la antigua teoría que hablaba de lenguas hijas, lenguas madres, lenguas hermanas, etc.; es decir, del esquema del árbol genealógico.

Las lenguas no son entidades físicas aisladas, sino sistemas que se diferencian lentamente, en el tiempo y en el espacio: sólo en un momento dado es captable su diferencia. Por otro lado, en el dialecto *A* pueden encontrarse elementos del *B*: sean arcaísmos, sean formas en alomorfismo libre con otras, sean desarrollos paralelos. Y hay, lo hemos dicho, zonas que desde los puntos de vista del dialecto *A* y el *B* son de transición, aunque desde el propio constituyan dialectos independientes. A su vez, entre *A* y *a* hay rasgos comunes; otras veces *a* hace alternar (como alomorfos libres o condicionados) los rasgos de *A* y otros diferentes, o bien usa los rasgos de *A* en una nueva función.

4. No siempre es verdad, sin embargo, que los rasgos lingüísticos que afectan a una mayor extensión geográfica son los más antiguos. Pues a veces la extensión es secundaria. No puede decirse que la flexión verbal temática sea más antigua que la atemática o la semitemática, por ejemplo. Y, sobre todo: junto al proceso diferenciador de las lenguas hay otro unificador, en el cual los rasgos comunes son de fecha reciente.

La creación de un dialecto es un proceso unificador (pues la lengua base no es nunca del todo homogénea), sólo que opuesto a otros de igual signo y que, por tanto, en definitiva produce diferenciación. Este proceso se repite a veces, secundariamente, abarcando a todos los dialectos de una rama lingüística o a un cierto número de ellos. A partir de un dialecto de más prestigio, una serie de innovaciones se difunden a una serie de dialectos próximos geográficamente y no muy alejados lingüísticamente. Se imita al dialecto de más prestigio articulando de una determinada manera un fonema o grupo de fonemas, sustituyendo tal sufijo por tal otro o tal palabra por tal otra, usando en un sentido dife-

rente tal o cual elemento formal. El resultado es la unificación de los varios dialectos en una lengua.

Esto sucede históricamente ante nuestra vista en diversas ocasiones: cuando, por ejemplo, el Ático unifica los varios dialectos griegos creando la koiné, o el castellano absorbe el mozárabe, el leonés y el aragonés, o el francés de la Isla de Francia otros varios dialectos y lenguas. Se trata de procesos ya históricos, en que la superioridad cultural o política o militar de los hablantes de un dialecto logra la unificación lingüística (a veces también política) de un área amplia.

Llevando esta problemática al indoeuropeo, cabe pensar que, a veces, tal rasgo común a un área muy extensa proceda de un determinado dialecto o lengua de la misma. Se ha postulado, por ejemplo, que la palatalización de las guturales en una cierta área indoeuropea, la de las llamadas lenguas *satəm* (por el nombre de 'ciento' en avéstico, derivado de **k̥n̥tom*), ha recibido esta innovación del sánscrito. Es, posiblemente, más justo decir que esta innovación procede del área dialectal de que nació el sánscrito: el sánscrito no existe, propiamente, hasta que confluyen unas cuantas innovaciones decisivas, ésta entre otras.

Sin embargo, es claro que existe un problema muy grave, un problema de cronología relativa, en el caso de muchas innovaciones. Hay que tratar de establecer la antigüedad de cada una y sólo así podrán definirse, al menos parcialmente, los distintos estadios y dialectos del indoeuropeo.

Pero no sólo en innovaciones (de diversas fechas) y arcaísmos deben clasificarse los rasgos comunes de los diversos dialectos, siendo las innovaciones el más claro testimonio de antigua unidad. Hay también las elecciones. A veces, lo hemos dicho, una lengua satisface una necesidad mediante soluciones alternativas (alomorfos libres) entre las que luego

eligen las lenguas derivadas (a veces las conservan todas, pero con carácter de alomorfos complementarios). La voz media tendía a marcarse en un área indoeuropea con *-o* añadida a la desinencia, en otra con *-r*; pero ambas soluciones han debido coexistir, puesto que en ciertas lenguas como el hetita, el lat., el osco-umbro y el celta, a veces se han contaminado o se han, por el contrario, hecho complementarias distribucionalmente.

5. Existe, pues, una fragmentación sucesiva del indoeuropeo, en la cual ha debido de haber estadios y zonas de transición, mientras que las diversas lenguas han tendido a eliminar el alomorfismo libre y a sistematizar la relación expresión/contenido, sin lograrlo nunca del todo e introduciendo a veces nuevos elementos innovadores, discordantes. Hemos de imaginárnoslo en su origen como un pequeño dialecto escindido más o menos por isoglosas, con ciertas tendencias evolutivas que se cumplían, al menos potencialmente, de varias maneras. Esas diferencias se han agrandado una y otra vez, no sin contragolpes de las tendencias unificadoras.

La existencia de movimientos de pueblos ha complicado grandemente el proceso. No sólo creaban las «fronteras limpias» de que hemos hablado, sino que descomponían el cuadro de relaciones entre lenguas vecinas, haciendo más difícil la reconstrucción. Por otra parte, dado que esas migraciones proceden de fechas diferentes y también, sin duda, de zonas dialectales diferentes del indoeuropeo, llevaban consigo lenguas indoeuropeas diferentes. Reconstruir «el» indoeuropeo con estos testigos de fases diversas del mismo, es imposible. Podemos trazar algunas líneas generales del dialecto indoeuropeo en que se basan; y, utilizando sus

datos conjuntamente con otros, trazar otras más esquemáticas todavía referentes a períodos anteriores.

Así, es claro que el anatolio arranca de una etapa del indoeuropeo que no conocía todavía, en el adjetivo ni en el verbo, los sistemas de segundo y tercer nivel (cf. VI.VI.3) ni las categorías y funciones que expresan, mientras que todas las demás lenguas presuponen ese desarrollo. Dentro de ellas, el griego e indo-iranio suponen una zona que, entre otras cosas, había eliminado la flexión semitemática y conocía el aumento; el latín, celta, eslavo, etc., de una, posterior, que confundía perfecto y aoristo.

6. El hecho de que los elementos que unifican lenguas indoeuropeas diversas son de varias edades y no siempre los más difundidos son los más antiguos, debe ser tenido muy en cuenta en la reconstrucción de los distintos estadios del indoeuropeo.

Es sabido que la reconstrucción tradicional establece un grupo de lenguas *centum*, que conservan las guturales, y otro de lenguas *satəm*, que las palatalizan (indo-iranio, armenio, báltico, eslavo, traco-frigio). Con estos rasgos hay otros paralelos: las lenguas *satəm* confunden *a* y *o*, transforman *tt* en *st* (y no en *ss* como las *centum*).

Pero, en primer lugar, esto es aproximado. La palatalización es una innovación relativamente reciente, no compartida por el anatolio ni el tocario. La *a* y la *ọ* se confunden en una lengua *centum*, el germánico, lengua fronteriza, pero también en anatolio (aunque puede ser que se trate de una confusión sólo gráfica); una lengua *satəm*, el armenio, las distingue. El griego presenta *tt* > *st*, como si fuera una lengua *satəm*. Son, pues, innovaciones diversas, sólo en parte y secundariamente convergentes.

Pero, sobre todo, hay otros rasgos comunes que se rigen por esquemas completamente diferentes.

En primer lugar, los arcaísmos, a que hemos hecho referencia en diversas ocasiones. Pueden surgir aquí y allá, en los lugares más inesperados: son testimonio de antiguas etapas, de la antigua unidad (más o menos completa) indoeuropea o de dialectos sucesivos.

Pero también las innovaciones. Los rasgos morfológicos que unifican al indoeuropeo no anatolio y a los cuales hemos hecho referencia nos llevan a un antiguo dialecto indoeuropeo anterior a la oposición lenguas *centum* / lenguas *satəm*. Las coincidencias del griego (una lengua *centum*) y el indoiranio y armenio (lenguas *satəm*), presuponen un dialecto posterior al primero, pero anterior a dicha escisión. No es de creer, por otra parte, que fuera un dialecto unificado totalmente. Algunas de las lenguas integrantes presentan coincidencias con otras extrañas a ellas: coincidencias a veces difíciles de fechar, pero en ocasiones, sin duda, anteriores todavía a dicha oposición, así, la conversión del desiderativo en futuro en griego, indo-iranio y báltico. Otras son, tal vez, posteriores: así el uso por el griego y las lenguas occidentales de un tiempo compuesto de pasado. Las fronteras lingüísticas permanecieron con frecuencia permeables para determinadas innovaciones. Los problemas de cronología relativa son, como decimos, difíciles. Muchas veces nos vemos conducidos a postular para fecha prehistórica situaciones de alomorfismo libre, luego desaparecidas. Pero no siempre es fácil circunscribirlo local o temporalmente.

7. Por otra parte, hay que insistir en la dificultad de enlazar en un sistema lingüístico rasgos deducidos de estudios parciales, sobre todo los fonológicos y los morfosintácticos. Así, si el ideal es reconstruir dialectos locales y

temporales, junto con sus zonas de transición y sus alomorfismos y dificultades internas, con frecuencia hemos de limitarnos a un estudio estructural, pero parcial, de los distintos elementos. Pues nadie ha logrado todavía demostrar una coherencia estructural de la totalidad de los elementos de una lengua o dialecto, que nos permitiría reconstruirlo eligiendo con este criterio entre los elementos que estudiamos. De todas formas, el punto de vista de la totalidad de las lenguas y dialectos no será abandonado en el curso del libro ni en la Parte final dedicada a este tema.

II

LAS PRINCIPALES LENGUAS INDOEUROPEAS

1. CONSIDERACIONES GENERALES

1. La reconstrucción del indoeuropeo en sus diferentes fases y ramas se realiza sobre una serie de lenguas que nos son conocidas en fechas diferentes y con diferente detalle. Ciertamente, las lenguas que mejor conocemos son las habladas actualmente en Europa (donde sólo el vasco, húngaro y finés hacen excepción como lenguas no indoeuropeas), el Oeste de Asia (Irán, Pakistán, India, Ceilán) y en las zonas de expansión del español, portugués, francés, inglés, holandés y ruso en Amérca, Asia, África, Oceanía. Pero la reconstrucción se basa fundamentalmente en las fases más antiguas de estas mismas lenguas, en la medida en que nos son conocidas documentalmente.

Esta documentación es muy variable. En los casos más favorables consiste en textos literarios propiamente dichos, incluidas crónicas, textos religiosos, inscripciones. Pero esto sólo se da, para las lenguas conocidas en fecha anterior a Cristo, en el caso del hetita y otras lenguas de Anatolia, de las lenguas de la India y el Irán, del griego y las lenguas

de Italia (latín, osco y umbro); las excepciones a esta regla son insignificantes.

Otras veces, los textos literarios propiamente dichos son precedidos por traducciones. Ha sido el proselitismo de los grandes movimientos religiosos el que ha llevado por primera vez a poner por escrito una serie de lenguas. A la difusión del Cristianismo hay que atribuir la fijación por escrito de varias de ellas, a las que se traducían los textos sagrados. Así en el caso del armenio (desde el siglo v d. C.), en el del germánico (traducción de la *Biblia* al gótico, por el obispo Ulfilas, en el siglo IV), el eslavo (traducción del *Evangelio* al antiguo eslavo por los monjes Cirilo y Metodio, en el siglo IX); el caso del celta es poco diferente, aunque se comienza, tras algunas inscripciones, por escribir glosas a textos latinos desde el siglo VII. De un modo paralelo, los escritos tocarios se deben a la propagación del budismo: son textos traducidos casi siempre, procedentes aproximadamente del siglo VII. Por otra parte, los primeros textos seguidos del báltico, en el siglo XVI d. C., son traducciones de textos primero protestantes y luego católicos. Claro está, los datos procedentes de las antiguas traducciones pueden completarse con textos literarios posteriores en las mismas lenguas y aun con el conocimiento de las formas actuales de las mismas (no en el caso del tocario).

Pero otras veces la situación es más desfavorable: sólo quedan, de fecha antigua, pequeñas inscripciones, más un cierto conocimiento de la toponimia y la onomástica y a veces, incluso, sólo este último. Así en el caso del ilirio, el traco-frigio, el lidio, el licio, el celta más antiguo, etc. Estos materiales permiten un cierto conocimiento de la Fonología de las lenguas, uno menor de la flexión nominal y uno escasísimo de la flexión verbal. Es difícil, en tales circunstan-

cias, establecer conclusiones sobre el parentesco de lenguas o sobre los estadios más antiguos.

Claro está, peor es todavía la situación cuando carecemos de toda documentación y la existencia misma de ciertos dialectos indoeuropeos ha de ser establecida por comparación. Así en el caso de lenguas indoeuropeas que se han postulado, como el llamado «pelásgico», reconstruido a partir de ciertos datos que habría dejado en griego, o el «antiguo europeo», reconocible, según algunos, por ciertos topónimos, sobre todo hidrónimos. Aquí prescindimos de estas lenguas.

2. Las lenguas indoeuropeas, tan desigualmente conocidas en sus fases antiguas (y a veces desaparecidas luego), nos han llegado transmitidas con diversas grafías, algunas de las cuales presentan problemas difíciles.

Tenemos escrituras silábicas en el caso del anatolio (hetita, palaico y luvita), del persa antiguo, del griego micénico, de diversas lenguas de la India. Son silabarios de origen diferente: los usados por el anatolio y el persa son de tipo cuneiforme, heredados de las lenguas semíticas del Asia anterior; el silabario micénico fue tomado por el griego de la lengua minoica, preindoeuropea, todavía no descifrada; los silabarios usados en la India (y usados también para notar el tocario y lenguas no indoeuropeas como el tibetano), la escritura *bhrahmī* y luego la *devanagarī*, son quizá de origen indígena. Habría que añadir el celta de España, en inscripciones con «alfabeto ibérico», semisilábico y derivado de escrituras del Mediterráneo oriental.

Pero no son los problemas de orígenes los que nos interesan aquí, sino los de la adecuación de las distintas escrituras a las lenguas respectivas. Esta adecuación es especialmente deficiente en los silabarios anatólico y micénico, que

presentan vocales puramente gráficas (a veces difíciles de distinguir de las fonéticas), no marcan la cantidad de las vocales ni (a veces) la sonoridad de las consonantes, etc. Por otra parte, hay que notar que en anatolio y en micénico la escritura silábica está combinada con el uso de ideogramas, que con frecuencia no somos capaces de «traducir» a una notación fonológica. Por otra parte, también en una escritura alfabética como la del Avesta, la llamada escritura pehlevi derivada del arameo, encontramos problemas de interpretación de la grafía.

En definitiva, y prescindiendo de los silabarios usados en la India, que continúan vivos hasta el día de hoy, las lenguas indoeuropeas han acabado por adoptar alfabetos derivados del griego, que, a su vez, deriva de la escritura fenicia una vez modificada, sobre todo con la inclusión de las vocales. La excepción principal está constituida por algunas lenguas indoeuropeas que han pasado en un momento dado a ser transcritas con la grafía árabe (el persa, el urdú, etcétera; en un momento dado, el mozárabe en España).

Dentro de los varios alfabetos griegos, es el jónico el que se ha impuesto. De él derivan, a su vez, los alfabetos eslavos, cuyas formas antiguas son el cirílico y el glagolítico; también, el alfabeto utilizado por Ulfilas. Representan adaptaciones útiles para notar las lenguas respectivas.

Pero más éxito ha tenido el alfabeto latino, derivado de un alfabeto griego de tipo occidental. Incluso el germánico y algunas lenguas eslavas (el polaco y el checo) se han notado con él.

Con la excepción de los silabarios indios, rigurosamente fonéticos, son los alfabetos griego y latino y sus formas derivadas los que mejor permiten conocer las lenguas respectivas. En ellas, con escasas excepciones, nos hallamos ante sistemas en que cada signo corresponde a un fonema.

Desdichadamente, esto sólo puede decirse, sin embargo, para las fases antiguas del uso de los mismos. Todavía en una lengua como el español ello es aproximadamente cierto. Pero deja de serlo para lenguas como el francés o el inglés. Por ello el conocimiento fonético de ciertas lenguas de los grupos latino, germánico y céltico es deficiente cuando hemos de atenernos, para las fases antiguas, simplemente a la notación gráfica.

3. Prescindiendo del problema de la variable documentación y del de las grafías, otra dificultad para la reconstrucción procedente de nuestros datos de partida es que, como dijimos antes, cada lengua es testigo, por así decirlo, de una distinta fase del Indoeuropeo; y está testimoniada, por otra parte, desde una fecha diferente. Entre el hetita, documentado desde el siglo XVII a. C., y el albanés, documentado desde el siglo XV d. C., y el lituano desde el XVI d. C., hay una gran diferencia. Sucede así que no solamente cada lengua es testigo de una fase diferente del Indoeuropeo, sino que las conocemos en una fase de evolución interna diferente.

Se practica comúnmente, por ello, el poner como testigo de cada rama la lengua mejor y más antiguamente documentada del grupo: así hacemos nosotros también. Por ejemplo, dentro del indio se prefiere el védico, dentro del anatolio el hetita (aquí no por su mayor antigüedad, sino por su mayor documentación), dentro del germánico el gótico, dentro del celta el antiguo irlandés, dentro del eslavo el antiguo eslavo (antiguo búlgaro).

Hay que hacer, sin embargo, algunas observaciones al respecto. El que una lengua esté documentada en fecha más antigua o en forma más completa, no implica que su testimonio haga inútil el de todas las demás. El sánscrito clásico,

más reciente que el védico y en general más evolucionado, procede de un área dialectal diferente y presenta a veces arcaísmos respecto al védico (así, la distinción entre *r* y *l*) o al menos rasgos diferenciales dignos de tenerse en cuenta. No es diferente lo que ocurre en otras ramas: ocasionalmente conviene aducir el aaa. y otros dialectos germánicos en vez del gótico, el galés en vez del antiguo irlandés, el letón en vez del lituano, etc. Otras veces, inversamente, junto al testimonio de la lengua o dialecto mejor documentados, hay que dar el de otros anteriores, peor documentados: el celta de las inscripciones de las Galias o Hispania al lado del antiguo irlandés, el micénico en vez del griego posterior.

Un manual sobre indoeuropeo en general no puede penetrar profundamente en los problemas de las relaciones internas de los distintos grupos. Pero, dado que el principio del árbol genealógico se ha revelado como insuficiente y que datos de unos y otros dialectos pueden ser útiles para la reconstrucción de los diferentes estadios del indoeuropeo y de las relaciones entre los grupos, si bien en los cuadros y en las exposiciones generales se dan los datos de las lenguas en general más útiles, en segundo término se utilizan aquí y allá otros más, discrepantes o complementarios, procedentes de las demás. Es por ello útil presentar un panorama simplificado de las principales lenguas indoeuropeas, panorama en el que se exponen algunas cosas sobre sus relaciones internas dentro de los distintos grupos, así como sobre su documentación.

2. PRINCIPALES LENGUAS INDOEUROPEAS

a) *El grupo anatolio*

1. Representa, como hemos dicho, un tipo arcaico de indoeuropeo, carente todavía de una serie de categorías y funciones del nombre y el verbo y ajeno al procedimiento de oponer temas con distinto significado dentro de una misma palabra. Comprende las lenguas de un grupo de poblaciones que debieron penetrar en Asia Menor a través del Cáucaso a fines del tercer milenio a. C. y que fueron muy influenciadas culturalmente por los pueblos semitas allí establecidos, así como por otros no indoeuropeos (mitanni, hurrita).

Los documentos pertenecen a tres tipos: inscripciones jeroglíficas, conocidas ya por los griegos y vueltas a estudiar desde 1870, en diferentes zonas del Asia Menor; otras en alfabeto griego o cuasi griego, que responden al licio (desde el siglo v a. C.) y al lidio (desde el IV); pero, sobre todo, inscripciones en cuneiforme procedentes de Boghazkoy, la antigua capital del imperio hetita, cerca de Ankara, y que se han revelado como correspondiendo, aparte de a lenguas no indoeuropeas, a tres indoeuropeas, el hetita, el palaico y el luvita, aunque la masa principal de las alrededor de las 25.000 tablillas está en hetita. Tras las excavaciones comenzadas por Winckler en 1906, fue Hrozny quien a partir de 1915 fue descifrando el hetita como una lengua indoeuropea, aprovechando el conocimiento de la grafía cuneiforme y de los ideogramas. El desciframiento ha tardado en imponerse, y aún hoy no está aprovechado suficientemente el hetita para la reconstrucción del indoeuropeo por las razones que hemos dado en otro lugar. Pero a poco se fue-

ron reconociendo como diferentes los escasísimos textos palaicos y los escasos textos luvitas. Y ha progresado también el desciframiento de las inscripciones jeroglíficas, que se han reconocido como luvitas. El licio y lidio, antes considerados como no indoeuropeos, se han adscrito al mismo grupo anatolio, aunque son conocidos muy insuficientemente.

La lengua fundamental del grupo es para nosotros el hetita, cuyos textos cuneiformes se extienden desde el siglo XVII al XIII, estando sin publicar, desgraciadamente, la mayor parte de los más antiguos, descubiertos a partir de 1952. Es la lengua de la región de la capital del Imperio hetita Hatti o Hattuśas (junto a Boghazkoy). Los escasos textos del palaico representan el dialecto de Pala, al NO. de Hatti; son de un tipo lingüístico comparable al Hetita arcaico, con el que son contemporáneos. Los textos luvitas representan claramente un dialecto diferente del hetita, aunque sólo los conocemos desde el 1400 aproximadamente; es el dialecto de Arzawa, en la Cilicia occidental. En este dialecto se tiende a englobar el licio, mientras que las cosas son menos claras para el palaico (coincidente más bien con el luvita, pero en arcaísmos) y el lidio: licio y lidio, conocidos por pequeños textos en alfabeto griego, representan la lengua de las poblaciones herederas del Imperio hetita; y también la masa de las inscripciones en luvita jeroglífico, que se extienden por los siglos IX y VIII (aunque arrancan desde el XVI).

b) *El grupo indo-iranio*

2. Este grupo está dividido en dos tipos, el indio y el iranio, que presentan una comunidad de rasgos muy acentuada. Son lenguas *satəm* de tipo muy arcaico dentro de las lenguas no anatolias; ya hemos dicho que contienen, por lo

demás, innovaciones comunes con el griego y, a veces, el armenio.

En el Asia anterior, en Capadocia y en el país de Mitanni hay desde el siglo XIV a. C. datos que hablan a favor de la presencia allí de poblaciones de lengua india: nombres de número en el primer lugar, de dioses y personas en el segundo. En una fecha posterior encontramos a los indios asentados ya en la India: el texto más antiguo, el Rg-Veda, colección de himnos cultuales, nos los presenta en las llanuras del NO. del país, en el valle del Indo. El Veda ha sido transmitido fielmente por tradición oral; la lengua del más antiguo, el Rg-Veda, a que acabamos de aludir, remonta al menos al año 1000 a. C. Además de los cuatro Vedas, la literatura védica comprende obras en prosa posteriores (Brāhmaṇas, Araṇyakas, Upaniṣad), con contenidos de tipo religioso, mítico y filosófico.

En el siglo IV a. C., en que escribe el gramático Pāṇini, ya no es el védico, sino el sánscrito, la lengua hablada, y ello sin duda desde fecha anterior. El sánscrito posee una rica literatura, en buena parte de época posterior al siglo III a. C., en que ya era una lengua literaria y religiosa no hablada: épica, lírica, teatro, etc. En gramática comparada se utiliza principalmente el védico, pero también a veces el sánscrito, que procede de dialectos más orientales y contiene algunos arcaísmos que no están en védico (aunque no es el caso corriente).

Estas dos lenguas reciben en conjunto el nombre de indio antiguo (ai.). Aquí nos interesan menos las del indio medio, testimoniado en las inscripciones de Aśoka en el siglo III a. C.: aparte de la lengua de estas inscripciones, los distintos prácritos y el pali de los budistas de Ceilán (procedente del continente). En India, Ceilán y Pakistán continúan

hablándose numerosas lenguas de origen indoeuropeo (hindi, gujarati, bengalí, singalés, etc.).

3. En cuanto al iranio antiguo, nuestra documentación es doble. De un lado están las inscripciones, escritas en cuneiforme, de los reyes Aqueménidas a partir de Darío (fue precisamente en estas inscripciones donde se interpretó la cuneiforme); de otra el Avesta, libro sagrado de la religión zoroástrica, escrito en el alfabeto pehlevi. Son lenguas semejantes, aunque el persa antiguo viene de un dialecto del SO. y el avéstico del E.; por otra parte, la notación gráfica de éste es más deficiente. El Avesta comprende dos partes diferentes: los «cantos» o *gāthās*, cuyo arcaísmo compite a veces con el del Veda y que remontan al siglo VIII por lo menos; y el resto, compilación de himnos y de normas rituales de fechas variadas, realizada en el período sasánida.

Otras lenguas iranias antiguas como el medo y el escita son apenas conocidas; pero de dialectos escitas derivan dialectos del iranio medio como el sogdiano y el kotanés (en el Turquestán). El persa, por su parte, continuó hablándose hasta la actualidad, a través de lenguas como el pehlevi, lengua de partos y sasánidas.

c) *El armenio. El tracio y el frigio*

4. El armenio, lengua *satəm* como el indo-iranio y emparentado estrechamente, al igual que éste, con una lengua *centum*, el griego, es conocido por manuscritos del siglo IX en adelante, pero cuyo contenido remonta, según la tradición, al siglo V: es literatura de traducción principalmente. Están en un alfabeto que parece proceder principalmente del griego. Es lengua que continúa hablándose todavía en

la actualidad, aunque nunca haya logrado aglutinar una nacionalidad independiente.

Según algunos, el armenio deriva del tracio y el frigio, lenguas muy próximas entre sí, documentadas muy escasamente por inscripciones, topónimos y onomásticos en fecha anterior a Cristo (del VII al III a. C.). El tracio se hablaba en Europa, en lo que hoy es Turquía europea, N. de Grecia y Bulgaria; el frigio en Asia, al otro lado de los Estrechos. Se trata propiamente de una sola lengua, de tipo *satəm*, muy mal conocida.

También el macedonio suele relacionarse con este tipo lingüístico, aunque hay quien ha querido hacer de él un dialecto griego. Es igualmente mal conocido.

El parentesco de estas lenguas con el armenio es problemático. Será éste el utilizado por nosotros en la comparación.

d) *El tocario*

5. Se llama más bien convencionalmente tocario (por una identificación con el pueblo que los griegos llamaban Τοχάροι) a una o, por mejor decir, dos lenguas en que están redactados una serie de manuscritos hallados en el Turquestán chino y que contienen textos budistas, principalmente traducciones del sánscrito. Como la escritura (la *brahmī*) era conocida y los originales sánscritos casi siempre también, la interpretación no resultó difícil. Se trata de dos dialectos indoeuropeos, llamados tocario A y B, y los textos en cuestión proceden de los siglos del V al IX d. C. No están aún íntegramente publicados y falta mucho que hacer todavía en el estudio gramatical de la lengua y, sobre todo, en la comparación con el indoeuropeo, por más que el descubrimiento date de comienzos de siglo. En realidad, el toca-

rio es de enorme utilidad en la comparación: no sólo presenta el arcaísmo de ser una lengua *centum* en el corazón de Asia, sino también otros como su formación del subjuntivo.

e) *El grupo del griego*

6. El griego, muy bien documentado, ha sido siempre uno de los pilares esenciales de la reconstrucción del Indoeuropeo. Ello es justo, siempre que se reconozca que procede de un tipo de indoeuropeo posterior al del anatolio y que, de otra parte, no siempre sus coincidencias con el indo-iranio remontan a fecha más arcaica que los datos diferentes del latín, germánico, etc. Los dos más antiguos documentos del griego son el micénico y Homero. El micénico es el dialecto escrito en el silabario de las tablillas de arcilla halladas en los palacios de Gnosos, Pilos y Micenas, sobre todo, y que fueron interpretadas a partir de 1953 (por Ventris) como conteniendo textos griegos de tipo administrativo. Remontan al siglo XIII a. C. (las de Gnosos suelen datarse en el XV), al año anterior a la caída de los reinos micénicos ante el empuje de los invasores dorios. El interés de estos textos es grande, pero también tienen sus limitaciones, debidas tanto a la imperfección del silabario para notar el griego (cf. I.II.1.2), como al hecho de tratarse de textos administrativos (inventarios, retribuciones, impuestos, ofrendas, listas de personal, etc.) que comportan multitud de presupuestos que nos es difícil reconstruir. Además, el sistema verbal está poco representado.

El texto homérico procede seguramente del siglo VIII a. C., pero su lengua es mucho más antigua: se trata de la culminación de un estilo oral de poesía que viene desde la época micénica. Pero también Homero tiene sus problemas:

hay en su texto una estratificación de influencias dialectales sucesivas; formas artificiosas; y no siempre es fácil establecer la antigüedad o la procedencia dialectal de cada forma.

De todas maneras, junto a arcaísmos que no hay por qué atribuir a ningún dialecto concreto de los posteriores, el texto homérico contiene elementos que se reencuentran en micénico y en los dialectos posteriores de tipo aqueo (arcadio y chipriota), más o menos emparentados con el primero; otros de tipo eolio (aunque a veces son puestos en duda); y otros, sin duda más recientes, jónicos.

7. En realidad, hay que distinguir dos tipos de griego, ambos procedentes de oleadas migratorias venidas del Norte: el griego del segundo milenio, al cual pertenecen el micénico, los orígenes del dialecto homérico y los de los dialectos posteriores eolios y jónicos; y el del primer milenio, a saber, el dorio (aunque su entrada en Grecia se fija en el siglo XIII a. C., según queda dicho). Ha habido, pues, una creación del griego y una fragmentación dialectal del mismo fuera de Grecia, si bien algunos dialectos presentan isoglosas comunes con lenguas no griegas (sobre todo el eolio). El problema mayor es el presentado por el griego del segundo milenio. A la teoría según la cual ha habido dos oleadas migratorias principales, a saber, el jonio y el eolio (representando el aqueo una especie de transición entre ambos), se opone la que considera el griego del segundo milenio como fundamentalmente unitario, habiéndose escindido luego en jonio y aqueo y representando el micénico todavía, prácticamente, una lengua unitaria previa a la escisión. Los dialectos ya escindidos nos son conocidos sólo, sin embargo, a partir del siglo VII a. C., cuando más.

El aqueo comprende, a más del arcadio (conservado en el centro del Peloponeso) y el chipriota (que demuestra que

en tiempos se habló la misma lengua en las costas del Peloponeso, previamente a la invasión doria), el panfilio, en la costa vecina de Asia Menor. Dialectos eolios son el tesalio y beocio (aunque con elementos dorios: bien por influjo posterior, bien por tratarse de zonas de transición), así como el lesbio y eolio de Asia. Dialectos jonios son los de las islas del Egeo y colonias de Asia Menor, Tracia y otros lugares; el Ático es una variante del jonio. Dialectos dorios son, entre otros, el argivo, el laconio y el eleo; está emparentado con ellos el llamado griego del NO.

En época helenística los antiguos dialectos van desapareciendo (aunque han quedado huellas hasta época moderna). Se crea un nuevo dialecto, la koiné, que es ático con ciertos influjos jónicos y de otros dialectos: el ático ha absorbido los demás dialectos, experimentando ciertas modificaciones. De la koiné proceden, salvo ciertas excepciones, los dialectos griegos modernos.

f) *El ilirio. El albanés. El venético*

8. Se llama ilirio a la lengua del antiguo Illyricum de los romanos y de otras zonas vecinas como Panonia. Es conocido —muy mal— sobre todo por topónimos e inscripciones. Por toda Europa, incluso en España, se encuentran topónimos de tipo ilirio, que han sido en algunas ocasiones atribuidos a una supuesta expansión de los pueblos ilirios en fecha prehistórica; hoy día se piensa más bien que no deben atribuirse a la lengua iliria, sino a un «antiguo europeo», también llamado precelta, no diferenciado todavía en las ramas lingüísticas que conocemos. Pues la diferenciación dialectal es en Europa más reciente (con excepción de la del griego) que en Asia: pertenece ya al primer milenio.

A veces se hace descender del ilirio al albanés, documentado desde el siglo XV d. C. Pero ello es dudoso, se trata de una lengua *satəm*, mientras que el ilirio es *centum*. En realidad, no hay más razón que la coincidencia del área geográfica.

Conocemos un dialecto del ilirio, el mesapio, hablado en el S. de Italia desde el siglo VIII a. C. y conocido por inscripciones del siglo IV a. C. en alfabeto griego.

En cambio, el venético, conocido por inscripciones en escritura etrusca que datan del siglo VI al I a. C. y se encuentran en la región que va de Trieste al lago de Como, se reconoce hoy como una lengua independiente, en ciertos respectos emparentada con las lenguas indoeuropeas de Italia.

g) *El latín y el osco-umbro*

9. Tradicionalmente se consideraba que formaban un grupo, el itálico, emparentado con el celta; pero los lingüistas italianos han negado esta hipótesis, atribuyendo las coincidencias del osco y el umbro con el latín a una aproximación ocurrida dentro de Italia. Sin negar lo que en ello puede haber de verdad, algunas isoglosas de las tres lenguas las comparten otras como el germánico y el celta. Cuando los hablantes de estas lenguas penetraron en la Península Italiana a partir del año 1000 a. C., las mismas debían de presentar una serie de innovaciones comunes.

El latín es la lengua del Lacio, que originariamente comportaba varios dialectos, de algunos de los cuales tenemos algunos datos para fecha antigua; precisamente de Preneste procede la fíbula del siglo VI a. C. que es tenida por el más antiguo documento del latín. Su texto *Manios med fhefhaked*

Numasioi se interpreta como *Manius me fecit Numerio* 'Manio me hizo para Numerio'.

Roma impuso pronto su superioridad, por lo que es el latín de Roma el único que nos es bien conocido; con excepción de inscripciones esporádicas, la masa de la documentación (inscripciones y textos literarios) arranca del siglo II a. C.

El latín constituye una lengua muy unificada, aunque con diferencia de niveles de lengua y cronológicos: luego se convierte, como el sánscrito en la India, en una lengua religiosa que coexiste con las lenguas vulgares. De otra parte del latín hablado del fin de la Antigüedad, llamado latín vulgar (término que en realidad es una abstracción que comprende la suma de las desviaciones respecto al latín clásico), surgen las lenguas románicas, entre ellas el español, que llegan hasta nuestros días. No es necesario normalmente utilizarlas en la reconstrucción del indoeuropeo.

Pero el latín ocupaba solamente, en un principio, una pequeña extensión en la Península Italiana: estaba rodeado por el dominio del umbro, al N., y del osco, al E. y el S. Luego con la expansión de Roma por la Península estas lenguas, así como el venético, mesapio y etrusco (no indoeuropeo, aunque últimamente se ha propuesto que lo es) fueron desapareciendo poco a poco. Nos han quedado, sin embargo, textos epigráficos importantes de las mismas, ya en el alfabeto latino, ya a veces en un alfabeto local.

Las tablas iguvinas (de Iguvium, hoy Gobbio), que contienen el reglamento de una cofradía sacerdotal en parte en alfabeto latino y en parte en uno derivado del etrusco (éste, a su vez, del griego), son nuestro casi único testimonio del umbro. Proceden de los siglos entre III y el I a. C. En cambio, hay numerosas inscripciones oscas, bien que menos importantes: en alfabeto latino o (las menos) griego, inclu-

yéndose algunas bilingües. El osco se hablaba sobre todo en Campania, así como en Calabria y Sicilia; son también de este tipo los dialectos sabélicos, en el centro de Italia.

Osco y umbro están muy próximos entre sí, suelen llamarse lenguas itálicas.

h) *Báltico y eslavo*

10. Volviendo a la zona de la llanura europea, de la que en definitiva proceden todas las lenguas indoeuropeas, hallamos el báltico, eslavo, germánico y celta: lenguas que se diferenciaron, como queda dicho, en época relativamente reciente y de las cuales el eslavo se corrió hacia el E. y el celta y más tarde el germánico hacia el O. y el S. Presentan características comunes con el latín y el itálico, aunque el báltico y eslavo sean lenguas *satəm* (las demás *centum*).

El báltico y el eslavo están bastante próximos, sobre todo en Fonología y en el sistema del nombre: a veces se habla de un grupo balto-eslavo. Pero no hay por qué suponer una unidad previa, aunque sí isoglosas antiguas comunes. El báltico y el eslavo tienen, por lo demás, relaciones independientes: el primero con el tocario y el segundo con el iranio, por ejemplo.

El grupo báltico, pese a estar testimoniado desde época muy reciente, es particularmente útil en la comparación por su arcaísmo. Conocemos por un manuscrito del siglo XV un vocabulario del antiguo prusiano, del siglo XIV; hay un segundo vocabulario que data del siglo XVI y la lengua se extinguió en el XVII.

Desde el XVI se conocen el lituano y el letón, que continúan hablándose hoy en día, con varios dialectos. Es el lituano la lengua que principalmente se usa en la compa-

ración, pero el letón es más arcaico en algunos respectos, por ejemplo, la acentuación.

11. Las lenguas eslavas las conocemos desde fechas varias, a partir del siglo IX, de que datan las traducciones del *Evangelio* al antiguo búlgaro, llamado también antiguo eslavo o eslavo eclesiástico: lengua que es la utilizada con mayor frecuencia en la comparación por su arcaísmo y que, por otra parte, ha influido poderosamente en la mayoría de las demás, por haberse convertido en lengua oficial de la Iglesia ortodoxa. Pero su testimonio debe completarse, con frecuencia, con el de las otras lenguas: así, por ejemplo, en el dominio del acento, que el antiguo búlgaro no nota.

Esta lengua pertenece, dentro del eslavo, al grupo meridional; más o menos evolucionada, continúa siendo la lengua nacional de Bulgaria. Al mismo grupo pertenecen el esloveno (hay textos desde el siglo XVIII) y el servo-cróata, con diferentes dialectos y textos desde el siglo XV.

El eslavo occidental comprende los dialectos checos y eslovacos, escritos en caracteres latinos desde el siglo XIII, y el polaco, asimismo en alfabeto latino, conocido desde el siglo XIV; también el grupo de los dialectos lekhitas, con el sorabo (en Lusacia), el polabo (hoy perdido), el eslovincio (casi extinguido) y el kachubo (hablado junto a Dantzig).

Finalmente, queda el grupo del eslavo oriental, el del ruso, con sus dialectos el gran ruso, el ruso blanco y el pequeño ruso o ucraniano. La fijación del ruso como lengua literaria data del siglo XVIII.

i) *El germánico*

12. Con excepción de algunas brevísimas inscripciones (sobre todo las rúnicas, del nórdico, desde el siglo II d. C.),

el germánico nos es conocido a partir de la traducción de la *Biblia* por Ulfilas en el siglo IV d. C., según queda dicho. El gótico está emparentado con el grupo del nórdico: posiblemente procede de la isla de Gotland, luego este pueblo vivió en contacto con el Imperio de Oriente, para pasar a continuación al Occidente (los ostrogodos a Italia, los visigodos a las Galias y España). Quedan, a más de la *Biblia* de Ulfilas, algunos datos sobre su lengua (topónimos, onomásticos, una lista de palabras de poblaciones godas de Crimea del siglo XVI).

Como decimos, el más próximo parentesco del gótico se encuentra en el nórdico: por eso suele hablarse de un grupo goto-nórdico. Tras las runas, escritas en un alfabeto especial, así como ciertas palabras tomadas en préstamo por el finés, sólo a partir del siglo X tenemos datos verdaderamente importantes sobre el nórdico. Se refieren sobre todo, primeramente, al antiguo islandés, derivado del noruego, que a partir de dicha fecha produce una literatura importante, sobre todo poesía mítica y heroica (*edda, sagas*). Conocemos también, desde la misma fecha, el noruego; y también, desde el XIII, el danés y el sueco.

Junto a este grupo está el del germánico occidental, que a su vez distingue el alto alemán, el bajo alemán y el grupo del frisón e inglés. Así como todo el germánico se caracteriza, entre otras cosas, por haber sufrido una mutación consonántica que ha alterado todo su sistema de oclusivas, el alto alemán ha sufrido una segunda mutación, que le ha diferenciado dentro del grupo. El alto alemán, sobre el que se basa el alemán literario actual, es conocido, fragmentado en varios dialectos, a partir del siglo VIII: bávaro, alemánico, franconio, etc. Hay luego el medio alemán; el alemán moderno es sustancialmente la lengua de la traducción de la *Biblia* por Lutero. Desde el antiguo alto alemán y a través

del medio alemán hay una rica literatura (*Poemas de Hildebrando, Nibelungos,* etc.; obras en prosa teológicas y de otro tipo).

El bajó alemán, sin la segunda mutación consonántica, está testimoniado en su forma antigua por el antiguo sajón y el antiguo bajo franco, desde el siglo IX, con obras como el poema *Heliand* en antiguo sajón; a este tipo lingüístico pertenecen, hoy día, el holandés y el flamenco, así como los dialectos alemanes llamados *plattdeutsch,* hablados en la costa del Mar del Norte y del Báltico. Este grupo forma una especie de transición con el siguiente.

Es el grupo del frisón y del anglosajón, que pasó a Inglaterra y se llamó inglés: las denominaciones antiguo anglosajón y antiguo inglés son equivalentes. Tampoco aquí hay segunda mutación consonántica. Es conocido desde el siglo IX, época de Alfredo el Grande, y su texto literario más importante es el poema *Beowulf.*

Varias de estas lenguas son citadas en la comparación con frecuencia para completar el testimonio del gótico (o rectificarlo, cuando aquél innova).

j) *El céltico*

13. Finalmente, las lenguas celtas, procedentes del centro de Europa, pero establecidas ya en el siglo V a. C. en las Galias, Hispania y Britania (aparte de lo que hoy es el S. de Alemania), nos son mal conocidas en época antigua: tenemos, ciertamente, inscripciones en alfabeto latino en las Galias y en Hispania (salvo el litoral mediterráneo) y algunas en alfabeto ibérico también, pero los datos que suministran son bastante escasos. En época romana debían representar un tipo lingüístico bastante conservador, dentro

del general de las lenguas europeas. Cuando conocemos mejor las lenguas célticas, sin embargo, a través de la tradición manuscrita medieval, el cuadro ha cambiado: incluso el antiguo irlandés, la lengua más arcaica de todas, está muy innovado. Por ello el testimonio del celta medieval y moderno es de importancia relativamente secundaria en la reconstrucción.

Salvo las antiguas inscripciones a que acabamos de aludir, todo lo que conocemos del celta se refiere al celta insular: incluso el bretón, que proviene de una emigración desde Inglaterra en el momento de la conquista de la Isla por los anglosajones.

Hay dos grupos, el gaélico y el británico. En el gaélico se integra el irlandés, la lengua más arcaizante, según decimos. La conocemos desde el siglo v por las inscripciones ogámicas (en un alfabeto especial), luego por glosas y textos breves de transmisión manuscrita desde el siglo VIII y, finalmente y sobre todo, por una importante literatura desde el siglo XI. El irlandés se habla todavía en Irlanda; y hay dialectos de este tipo, hablados por pocas personas, en Escocia y en la isla de Man. Proceden de Irlanda.

El otro grupo, el del británico, es resto del celta hablado en Gran Bretaña antes de la conquista romana. Presenta diferencias importantes. La lengua más importante es el galés o címrico, conocido desde el siglo VIII y sobre todo a partir del XVI. Se habla todavía, a diferencia del córnico, conocido desde el siglo IX y sobre todo en el XVI. Hay que añadir el bretón, de que ya hemos hablado, conocido desde el siglo XIV y hablado todavía.

El testimonio del antiguo irlandés es completado, cuando ello es preciso, por el de algún dialecto del grupo británico, sobre todo el galés. A veces tiene interés también añadir testimonios del antiguo celta continental. Lo que es arries-

gado es tratar de reencontrar en el celta continental divisiones de dialectos correspondientes a los dos grupos mencionados, incluso en el caso de que tal o cual fenómeno fonético de uno u otro de ellos se reencuentre aquí o allá. Los rasgos sueltos nada prueban: sólo su organización en dialectos. Nada indica que en el Continente se haya creado una diferenciación correspondiente a la que surgió entre los dialectos de Irlanda y los de Gran Bretaña.

3. PROBLEMAS DE GRAFÍA

1. Aunque en la Parte II, dedicada a la Fonología, se resuelven caso a caso los problemas que se plantean, conviene hacer aquí algunas consideraciones generales y dar algunas indicaciones lengua tras lengua.

Aparte del griego y las lenguas escritas en griego y del latín y las lenguas escritas en latín, las demás lenguas son dadas en transcripción en alfabeto latino acompañado a veces de signos especiales. Dado que los sistemas de transcripción no se han creado de una manera unitaria, suele suceder que un mismo signo tenga valores diferentes en lenguas también diferentes: conviene, pues, hacer algunas aclaraciones sobre ellos. En otras ocasiones el valor de un signo ha variado en el curso de la historia de la lengua y puede suceder que para la fecha más antigua no sea factible dar una definición fonética rigurosa.

Anatolio. Como explicamos más adelante, hay duda de en qué medida la grafía refleja hechos fonéticos o hechos puramente gráficos. Así, ciertas *a* pueden ser gráficas, aparte de que la *a* en general no sabemos si equivale a /a/ o confunde en su grafía /a/ y /o/. La cantidad de las vocales se propone a veces que es notada por la geminación (*a-a* = /ā/):

en todo caso, éste era un sistema vacilante. Hay vacilaciones entre la escritura de las oclusivas como sordas o sonoras, lo que puede justificarse pensando que la oposición de sonoridad no es relevante: a veces se procede a una grafía regularizada con unas u otras. Sobre todo es de notar que en ocasiones se da una transcripción silábica, con las sílabas separadas por guiones, y otras una puramente alfabética, en que tentativamente se reconstruye el aspecto fonético de la lengua. La *š* es la silbante normal, como la *ḫ* representa una laringal cuyo detalle fonético es por lo demás impreciso. En esto se siguen simplemente las normas usuales de transcripción de la cuneiforme (en babilonio hay *s* y *š*, aquí en cambio la *š*, al ser única, es la silbante normal). La *z* es la fricativa interdental (como esp. *z*).

2. *Indo-iranio.* En la transcripción del ai. hay que anotar, como peculiaridades susceptibles de llamar la atención, las siguientes:

r̥, *l̥* son sonantes vocálicas, centro de sílaba.
ṭ, *ṭh*, *ḍ*, *ḍh*, *ṇ* son consonantes cerebrales o cacuminales (pronunciadas con la punta de la lengua en el paladar, hacia arriba).
ph, *dh* y demás formas con *h* son fonemas unitarios, sordos o sonoros.
ṅ es la nasal gutural.
c es africada sorda (esp. *ch*); *j* africada sonora (fr. *j*).
ś es silbante fricativa palatal sorda (ingl. *sh*).

En antiguo persa y avéstico se encuentra la notación de fricativas sordas como *f*, θ, *x* en av., *f*, *þ*, *ḫ* en pers.; en av. se halla también notación de fricativas sonoras (*w*, δ, γ), mientras que en apers. hay solamente *v*, *d*.

Para las silbantes tenemos *s* y *z* (sorda y sonora); además, existe la fricativa *š* (y en av. una sonora *ž*); y las africadas *č* y *ǰ* (sorda y sonora).

En avéstico hay una especie de *e* muda notada *ə*.

Armenio. Las oclusivas sordas aspiradas se transcriben *p', t', k'*.

Hay fricativas sordas *c* y *c̣* (ésta aspirada) y una fricativa sonora *j*; las primeras interdentales, la última alveolar. Además, *x* es fricativa gutural sorda, *v* fricativa sonora labiodental.

Las africadas son *č* y *č̣* (ésta aspirada) y *ǰ* (sonora).

En cuanto a las silbantes, las normales son *s* y *z* (sorda y sonora) y las palatales fricativas *š* y *ž*.

Hay que añadir todavía que junto a *l* hay *ł* (velar), junto a *r*, *ṙ* (con más vibraciones); una *ə* muda; *w*, *y*, semiconsonantes o consonantes.

Tocario. Lo más notable es la existencia de una *ś* (silvante fricativa palatal sorda) y una vocal reducida *ä*.

Latín y osco-umbro. Escribimos, siguiendo la ortografía antigua, *i* y *u* tanto para las vocales como para las semivocales. *c* marca siempre la oclusiva gutural sorda. Las palabras umbras provenientes de inscripciones en alfabeto local están escritas en negrita.

3. *Báltico y eslavo.* Aparte de lo relativo a los acentos, para lo que remitimos al lugar oportuno, hacemos algunas indicaciones.

Lituano. Notamos como *š* y *ž* las fricativas palatales sorda y sonora, respectivamente; como *č*, la africada sorda correspondiente; es la ortografía moderna del lituano. En cuanto a las vocales, merecen una observación *y* (*i* larga) y *ė* (*e* larga y cerrada). Siguiendo la ortografía moderna, escribimos *ie, uo* en vez de *ë, ů*.

Antiguo eslavo. Las silbantes son *s* y *z* (sorda y sonora), junto a las cuales hay *š*, que es la silbante fricativa palatal sorda, y *ž* (la sonora).

Otras fricativas son *c* (interdental sorda), *x* (gutural sorda), *dz* (alveolar sonora).

Africada: *č* (alveolar o palatal).

El eslavo posee una serie de consonantes palatalizadas, que se notan, bien añadiendo un apóstrofo (*l'*), bien una *j* (*lj*).

En cuanto a las vocales, hay que llamar la atención sobre los dos yers, las vocales ultrabreves de timbre palatal y velar, respectivamente, notadas ь y ъ; junto a ellas, *y* e *i* son las vocales plenas correspondientes. También conviene mencionar una *e* larga, *ě*; y las vocales nasalizadas *ę*, *ǫ*. Esto no sustituye a una definición fonética completa de estas vocales, que sólo puede hacerse dentro del sistema del eslavo.

Germánico. El alfabeto gótico presenta unas pocas cosas notables.

Fricativas: *f*, *þ*, *h*, *ƕ* (labiovelar). Oclusivas: *g* es labiovelar sorda.

Vocales: *ei* es *i*, *aí*, *aú* notan *e*, *o* en determinadas circunstancias. En otros dialectos hay que llamar la atención sobre todo sobre *b*, *d* (fricativas sonoras, alguna vez sordas) y sobre la africada *z* del alemán.

La *w* y la *j* transcriben, según los casos, semivocales o formas ya consonantizadas de las mismas.

Celta. Hay que notar la grafía de las oclusivas fricativas sordas como *ph* (también *f*), *th*, *ch* en air.

PARTE II

FONOLOGÍA

I

LOS SISTEMAS FONOLÓGICOS DEL INDOEUROPEO, LÍNEAS GENERALES

1. EL SISTEMA CENTRAL: FONEMAS CONSONÁNTICOS Y SUS ALÓFONOS

1. El sistema indoeuropeo más arcaico, según se reconstruye, está formado por una serie importante de consonantes, todas ellas oclusivas, salvo la *s*; por sólo dos vocales: *e/o*; y por una larga serie de sonantes que pueden desempeñar, según su posición en la sílaba, función consonántica o vocálica.

Las oclusivas indoeuropeas se organizan en tres haces de correlaciones, uno dental, otro labial y un tercero gutural; este último tiene una variante con apéndice labial. Cada uno de estos haces está integrado por tres fonemas, uno sordo, uno sonoro y uno aspirado, este último indiferente a la oposición de sonoridad, pese a la grafía tradicional. Sin embargo, hay una rectificación a hacer: el haz labial es irregular, pues presenta una casilla vacía, la de la sonora *b*; ésta existe en el sistema expresivo, pero no en el sistema normal de la lengua. Tenemos, pues:

$$\begin{array}{ccc} t \text{ --- } d & p \text{ --- } \emptyset & k \text{ --- } g \\ \searrow dh \nearrow & \searrow bh \nearrow & \searrow gh \nearrow \\ & & k^{u} \text{ --- } g^{u} \\ & & \searrow g^{u}h \nearrow \end{array}$$

2. En este sistema, la casilla vacía de la *b* y la mala integración de las labiovelares, que son guturales pronunciadas con la lengua y los labios colocados en posición para pronunciar una *u*, son evidentes. El primer rasgo de la evolución del sistema de las oclusivas indoeuropeas consiste, en consecuencia, en llenar la referida casilla vacía y en hacer desaparecer las labiovelares.

La casilla vacía de la *b* se rellena a partir del punto de apoyo consistente en la existencia de una *b* en el sistema fonológico expresivo del propio indoeuropeo. Pero además confluyen en ella otros fonemas, fundamentalmente *bh*, convertido en *b* en casi todas partes, con las excepciones del indio (donde se conserva), el griego (donde se ensordece) y las lenguas itálicas (donde se ensordece y luego se hace fricativa, si bien en latín en posición intervocálica ésta se sonoriza en *b*); y g^{u}, que en las lenguas *centum*, en la medida en que no se conserva, tiende a convertirse precisamente en *b*: así en griego, en itálico, en parte en celta.

En cuanto a las labiovelares, hay que partir del hecho de que su oposición a las guturales es privativa: en caso de neutralización, el archifonema estaba representado por el término negativo, a saber, la gutural. Concretamente, ante consonantes, ante *i̯* y *u̯*, incluso ante *u*, aparecen solamente *k*, *g*, *gh*, no k^{u}, g^{u}, $g^{u}h$; además, otras veces el apéndice labial se disimilaba con igual resultado. Esta deslabialización, propia de posiciones de neutralización y de formas con disimilación, se hizo general en todas las posiciones en las lenguas *satəm*. Esto llevaba a la fusión de los fone-

mas labiovelares con los guturales; pero como en el grupo *satəm* las guturales, a su vez, sufrían una evolución que daba paso a nuevos fonemas (silbantes y fricativas), esa fusión se evitó, salvo en algunos casos excepcionales que estudiaremos de mantenimiento de las guturales. Gracias a ello, se evitaban los graves problemas léxicos y morfológicos (léxicos sobre todo, por lo que se dirá) resultantes de la fusión.

En el resto del indoeuropeo la deslabialización no se encuentra en general más que en los casos ya indicados de neutralización o disimilación. Fuera de ellos, o bien se conservó la labiovelar, como en forma más o menos completa sucedió en hetita, latín, germánico, irlandés antiguo (en alfabeto ogámico), micénico, o bien predominó el elemento labial, que se hizo oclusivo. El resultado de esto fue una labialización, es decir, *p, b, bh* en el caso en que fue llevada más lejos, el del itálico; en él la *bh* siguió la suerte de la antigua *bh,* haciéndose *f.* Hay también labialización parcial en celta (no de $g^{u}h$ que da *g* ni de k^{u} en gaélico, donde da *c*); y en griego, donde en ciertos dialectos ante *e, i,* sin gran regularidad, hay un resultado dental. También hay labialización en parte del románico: sardo *abba,* rum. *apă* de *aqua;* sardo *limba,* rum. *limbă* de *lingua.*

3. Conviene llamar la atención más de cerca sobre la mala integración del haz labiovelar. Para comprenderla mejor hay que llamar la atención sobre dos puntos:

a) En diversas lenguas existen no sólo guturales, sino también labiales y dentales con apéndice labial. En indoeuropeo las formas con apéndice labial están reducidas a las guturales (labiovelares) y a una serie laringal (cf. *infra*).

b) En diversas lenguas existe una serie palatal; las oclusivas pueden en ellas estar palatalizadas o no. Así en

eslavo. En indoeuropeo la serie palatal falta en las oclusivas, pero no en las laringales (cf. II.I.2.1 y 5). Sin embargo, existen algunas correlaciones entre las lenguas, del tipo *kt/ks* (y otras paralelas que presuponen sonora y aspirada), para las que tentativamente se ha propuesto la existencia de una gutural palatal (*kⁱ, gⁱ, ghⁱ*). Sería un fonema raro en todo caso. Cf. II.II.4.12.

Las labiovelares, por otra parte, son un fonema de frecuencia relativamente escasa y no utilizado en la morfología indoeuropea. En el léxico su rendimiento funcional es bajo: es raro que dos raíces de distinto sentido se distingan por el sólo hecho de que una lleve una gutural y la otra, la correspondiente, una labiovelar. Se ha propuesto que las labiovelares sean recientes en indoeuropeo y provengan de grupos de gutural + *u̯*. Ello es posible. Pero en el indoeuropeo que es accesible a nosotros el grupo en cuestión es muy diferente de la labiovelar:

a) La labiovelar es un fonema único: no alarga (como el grupo *ku̯*) la cantidad de la sílaba precedente ni el apéndice tiene cantidad.

b) La labiovelar tiene evolución independiente del grupo, salvo algunas coincidencias en ciertas lenguas.

4. La reducción del sistema de las labiovelares no produjo, en lo que llevamos visto hasta aquí, la creación de nuevos fonemas. Pero ello no siempre es verdad. En indo-iranio, armenio, eslavo y tocario la labiovelar convertida en gutural pasa a fricativa o africada ante antiguas vocales *e, i, i̯*, incluso en eslavo ante *oi*. El románico presenta un fenómeno idéntico: cf. esp. *cinco* de lat. *quinque*. Ésta es la llamada segunda palatalización, siendo la primera la que en las lenguas *satəm* convierte en silbantes y fricativas (*s, z, š*, etc.) las antiguas guturales indoeuropeas. La segunda

palatalización, evidentemente más reciente, pues presupone la previa deslabialización de las labiovelares, ha tenido una intensidad menor que la primera: sólo se da, según queda dicho, ante vocales anteriores; además, no pasa en general del estadio africado, sin llegar a dar africadas ni silbantes. Sin embargo, en románico la primera palatalización tiene también límites estrechos: en esp. ante *e, i* (*ciento* de lat. *centum*), en fr. también ante *a* (*chez* de *casam*).

En definitiva, sumando la primera palatalización y la segunda y añadiendo la creación de diversas fricativas palatales o no de diversos orígenes que se crean en las distintas lenguas indoeuropeas, se hace patente una tendencia a, una vez reducido el sistema de las oclusivas indoeuropeas con la desaparición de las labiovelares, e incluso antes de su desaparición a veces, completarlo con diversas fricativas y africadas de los tres puntos de articulación. A más de las fricativas alveolares /š/ y /ž/, sorda y sonora respectivamente, y de las africadas de igual punto de articulación /č/ y /ǰ/, podemos contar con la fricativa interdental /θ/, procedente de *t* en germánico y avéstico (aquí ante *i̯*) y escrita *þ*, procedente de *k* en esp. y escrita *c*; con la fricativa labial sorda *f*, de varios orígenes, en diversas lenguas; con alófonos fricativos, en varias lenguas también, de /d/ y /b/; con un fonema labial fricativo sonoro tal como la *w* del alemán o la *v* del francés y el italiano; con uno gutural fricativo sordo, del tipo de la *j* española.

Ésta no pretende en modo alguno ser una lista completa: sólo una selección. Comprende resultados procedentes no sólo de las guturales y labiovelares, sino también de otros fonemas: incluso en el caso de las fricativas y africadas alveolares, que pueden venir de *i̯* o de grupos con *i̯*. Por otra parte, la silbante *s*, surgida a veces de una gutural, pasa a incrementar la frecuencia de una *s* ya existente; pero mu-

chas veces en las lenguas indoeuropeas se pasa de la silbante única, sin rasgo relevante de sonoridad, a dos silbantes /s/ y /z/, sorda y sonora. La sonora procede a veces de la gutural sonora, pero también puede tener otros orígenes. Hay que añadir en varias lenguas una *b* de varios orígenes.

5. Tras esta digresión comparativa entre el sistema de las oclusivas indoeuropeas y el de las de las lenguas indoeuropeas posteriores, volvamos a la evolución de los tres haces correlativos de las oclusivas del indoeuropeo más antiguo, haciendo abstracción de la casilla vacía /b/ y del haz labiovelar mal integrado, a cuya rectificación hemos hecho referencia.

En estos haces se echa de ver fácilmente que la correlación de sonoridad funciona de una manera irregular: se oponen, según decíamos, una sonora y una sorda sin aspirar (oposición privativa, con la sonora como término positivo), mientras que la aspirada añade el rasgo de aspiración, pero neutraliza la oposición de sonoridad. A esta situación de desequilibrio se le han dado cuatro salidas principales:

a) Eliminación de la correlación de aspiración: la aspirada pierde la aspiración y se integra en la sonora correspondiente. Es la solución más frecuente: se da en iranio, armenio, báltico, eslavo, ilirio, albanés, germánico, celta. Sin embargo, en germánico y armenio no se llega a confundir la nueva sonora (se ha propuesto que *b, d, g, j* armenio continúan siendo aspiradas) con la antigua, indoeuropea, que se convierte en sorda por el fenómeno de la mutación consonántica (cf. *infra,* 7). Y como en germánico las antiguas sordas se han hecho fricativas, aquí los haces se integran con las oclusivas sorda y sonora y la fricativa sorda. De todas formas, hay que advertir que existe una teoría según la cual la aspirada no es un fonema indoeuropeo original,

sino una creación de un área dialectal: en ese caso, las lenguas que presentan sonora en vez de aspirada, indicadas arriba, lo que harían sería conservar un arcaísmo.

b) Extensión a la correlación de aspiración del rasgo «sorda»: es lo que ocurre en griego, en latín y en itálico, donde la aspirada es precisamente sorda: así en griego clásico φ, θ, χ (es decir, *ph, th, kh*) y en latín e itálico en época prehistórica. Luego estas sordas aspiradas, en griego tardío y en latín e itálico desde que nos son conocidos, se han convertido en fricativas sordas; en latín en la intervocálica en fricativas sonoras (alófonos de /d/ y /b/, luego hechos oclusivos).

c) Entrecruzamiento total de las dos correlaciones, sonora/sorda y aspirada/no aspirada, de forma que hay una aspirada sonora y otra sorda. Es lo que ocurre en ai., donde *bh, dh, jh* (de *gh*; luego *h*) se han convertido en sonoras, por oposición a las sordas *ph, th, kh* que se crean a partir de determinados alófonos de las sordas no aspiradas. Estas sordas aspiradas se han creado también en otras lenguas, pero, o bien se han fundido con ellas otras procedentes de las antiguas aspiradas (caso del griego, cf. *supra*), o bien se han mantenido como sordas aspiradas al tiempo que se desaspiraban las antiguas aspiradas (caso del armenio, pero el proceso es más complejo, aquí se esboza solamente), o bien se hacían fricativas, desaspirándose también las antiguas aspiradas (caso del iranio). En todos estos casos, en definitiva, la creación de sordas aspiradas no ha producido una oposición con una serie de sonoras aspiradas: o hay sólo, asimétricamente, sordas aspiradas, o ni siquiera las hay, al hacerse fricativas.

d) Desaparición de las dos correlaciones de sonoridad y aspiración. En tocario, *p, t* y *k* son los resultados de cada uno de los tres haces correlativos labial, dental y gutural;

existen además, en determinadas circunstancias, fonemas palatalizados fricativos o africados; también existe, en posición medial, *w* en vez de la antigua *p*. Pero el sistema de las oclusivas es claro: sólo el punto de articulación es relevante. El que se escriban con el signo de la sorda no quiere decir que haya un rasgo «sorda» con relevancia fonológica.

No sabemos si en hetita, donde las tres series están representadas alternativamente por *p/b*, *t/d* y *k/g*, existe un proceso semejante o si se trata de una insuficiencia del sistema gráfico. Pero más bien parece lo primero: la vacilación *p/b*, etc., revela la falta de relevancia de la oposición de sonoridad.

En consecuencia, y prescindiendo de la persistencia del sistema de las labiovelares en algunas lenguas y de la aparición en otras y aun en ellas mismas de diversas silbantes, fricativas o africadas, junto al sistema de las oclusivas propio del indoeuropeo encontramos en las diversas lenguas otros cuatro sistemas.

Ejemplificamos el sistema indoeuropeo y los otros con el caso de la dental:

t —— *d* \ *dh* /	*t* —— *d*	*t* —— *d* | / *th*	*t* —— *d* | | *th* —— *dh*	*t*
Sist. ide.	Sist. *a*)	Sist. *b*)	Sist. *c*)	Sist. *d*)

6. Prescindiendo ahora de las aspiradas, la oposición de la sorda y la sonora de cada haz correlativo se ha mantenido, según se ve, en indoeuropeo, con la excepción del tocario y posiblemente del hetita, en que se ha neutralizado. La regla general es, efectivamente, el mantenimiento de los cinco fonemas *p*, *t*, *d*, *k*, *g* e incluso el aumento en la frecuencia de algunos de ellos por obra de diversas evolu-

ciones de otros fonemas, algunas de las cuales hemos apuntado. Una excepción es el caso del celta, que pierde la *p* (si bien la hay de origen secundario o tomada prestada del latín). Y hay, además, dos grandes excepciones, de las que hemos de ocuparnos más despacio, aunque ya hemos hecho referencia a una y otra: la mutación consonántica del germánico y del armenio, que trastorna todo el sistema original de las oclusivas indoeuropeas; y la conversión de las guturales o de la mayor parte de las guturales, en el área dialectal *satəm*, en silbantes o en fricativas palatales. De todas formas, hay que recordar que uno y otro fenómeno no estorban la existencia en todas partes de las oposiciones *p/b*, *t/d*, *k/g*. Pues si la *p*, *t*, *d*, *k*, *g* indoeuropeas dan en las lenguas con mutación fonemas diferentes, existen fonemas indoeuropeos que, en virtud precisamente de la mutación, vienen a ocupar el hueco que dejan y llenan el de la *b*, vacío en el origen salvo en raros ejemplos; y la palatalización de *k*, *g* en lenguas *satəm* no hace desaparecer la oposición *k/g* en las mismas: en parte, por conservación parcial de *k*, *g*, que escapan a la palatalización; en parte, por creación de nuevas *k*, *g* a partir de las labiovelares, según ha sido expuesto.

7. La mutación consonántica del germánico tiene como resultado la sustitución de los haces correlativos sorda/sonora/aspirada por otros sorda/sonora (primero, se cree, fricativa y no oclusiva)/fricativa sorda. Pero, diacrónicamente, la sorda germánica no continúa la sorda, sino la sonora indoeuropea; la sonora germánica continúa la aspirada indoeuropea, mientras que la fricativa procede de la sorda. Ésta es la llamada ley de Grimm, según la cual tenemos las siguientes evoluciones:

p > f	*b > p*	*bh > b*
t > þ	*d > t*	*dh > d*
k > h	*g > k*	*gh > g*

Esta ley se completa con la de Verner: si el acento no precede inmediatamente a la oclusiva sorda, la evolución de ésta hasta hacerse fricativa sorda, continúa, pasando a fricativa sonora (*ƀ, đ, ǥ*, escritas *b, d, g*) y, finalmente, a oclusiva sonora. Todo ello no afecta, en definitiva, al sistema fonológico, salvo en cuanto aumenta la frecuencia de las oclusivas sonoras.

Ambas leyes afectan también a las labiovelares, que en principio dan los mismos resultados, en cuanto a su elemento inicial, que las guturales correspondientes; véase el detalle *infra*.

Por otra parte, el grupo alemán del germánico presenta la llamada segunda mutación consonántica, en virtud de la cual las oclusivas sordas germánicas se hacen fricativas geminadas también sordas (en inicial y tras consonante, africadas); las oclusivas sonoras germánicas se convierten a su vez en las oclusivas sordas correspondientes, en términos generales.

La mutación consonántica germánica se ha explicado por un retraso en el cierre de la glotis, el cual provoca la existencia entre la oclusiva sorda y el fonema sonoro siguiente de un soplo de aire sordo: la sorda aspirada así nacida se convierte luego en fricativa. A su vez, dicho retraso tiende a ensordecer el comienzo de las oclusivas sonoras, que acaban por convertirse totalmente en sordas. Dicho hábito articulatorio, al persistir, ha provocado en alemán la segunda mutación consonántica y provoca en todas las lenguas germánicas determinadas características fonéticas de las oclu-

sivas. A veces se ha atribuido al influjo de un sustrato no indoeuropeo.

Ésta es la explicación que comúnmente se da a la mutación consonántica del armenio, más o menos semejante a la del germánico. Aquí en las series labial y dental encontramos, entre otros resultados, *p* > *h*; *b* > *p*, *bh* > *b*, *d* > *t*, *dh* > *d*. En cuanto al pelásgico, cuya existencia como sustrato indoeuropeo pre-griego se ha propuesto, tendría también una mutación consonántica que habría cambiado la sorda en sorda aspirada, la sonora en sorda, la aspirada en sonora: serían en griego términos pelásgicos, por ejemplo, ἀλείφω junto λίπος, φύλαξ junto a πόλη, ἄμβων junto a ὀμφαλός, etc.

8. La palatalización de las guturales hasta convertirlas en silbantes o fricativas alveolares es un fenómeno relativamente reciente que se produce en las lenguas llamadas *satəm*, es decir, en el grupo del indo-iranio, armenio, traco-frigio, báltico y eslavo. Puede decirse que el tocario participa de él en cierta medida: en esta lengua las guturales dan *k*, que se convierte en *ś* ante vocales palatales e incluso, por analogía, en otras posiciones; el fenómeno es paralelo a la palatalización de *t*, *nt*, *n*, *l*, *w*, *s*, *ts* en las mismas circunstancias. Como decíamos arriba, hay comportamientos románicos semejantes.

Aun prescindiendo del tocario (y del fenómeno paralelo, pero totalmente independiente, del románico), hay que hacer constar que en las lenguas *satəm* la palatalización de las guturales ha tenido lugar con mucha irregularidad. Admite pocas excepciones en indo-iranio, que procede del foco original de la innovación; éstas son más frecuentes en las demás ramas, sobre todo cuando a la gutural no la siguen *e*, *i*, *i̯* ni *u̯*, *r*, *l*, *m*, *n*, *ku̯*, *gu̯* seguidas de las vocales mencionadas.

Es bien claro que la palatalización es una innovación que ha fonologizado los alófonos *k'*, *g'*, *gh'* de las guturales, propios de la posición ante *e*, *i*, *i̯* e incluso cuando había una sonante y hasta una consonante intermedia. En el principio debió de ser un fenómeno semejante a los del tocario y románico que hemos mencionado o a la segunda palatalización, que afecta en ciertas lenguas *satəm* a las labiovelares sólo ante *e*, *i* (cf. II.II.4.6). Pero, a partir de ese comienzo, la palatalización antigua de las guturales fue más lejos, tendiendo a afectar a todas ellas: bien para restablecer la unidad de raíces y sufijos, comprometida por su doble tratamiento según el fonema siguiente, bien porque se tendía a un tratamiento unificado de las guturales a fin de evitar la fusión con las labiovelares que en las lenguas *satəm* se convertían, según sabemos, en guturales.

9. Ahora bien, la ola palatalizadora afectó menos fuertemente a los márgenes que al centro del dominio *satəm*: de ahí que a ide. **akmōn* responda en ai. *aśmā*, pero en lit. tengamos *akmuõ* y en aesl. *kamy*. Hay muchos ejemplos paralelos, que invalidan la tesis de Ascoli de que en indoeuropeo había dos series guturales: una velar, que se man tenía intacta en todo el dominio, y otra palatal, que era la que en lenguas *satəm* producía la evolución que sabemos. Más bien hay que pensar que, cuando en lenguas *satəm* hallamos *k*, *g*, *gh* en vez de las silbantes o africadas alveolares, se trata de un arcaísmo: la ola palatalizadora no alcanzó a determinadas palabras en determinadas lenguas: sobre todo, a palabras en que la gutural no era seguida de vocal anterior y en lenguas del margen del dominio *satəm*. En un momento dado, a saber, cuando se crearon las nuevas guturales derivadas de las labiovelares, las antiguas guturales que por la razón que fuera habían resistido más que

las demás, se mantuvieron ya. La evolución quedó cortada: ahora bien, las guturales antiguas o recientes sufrieron, en ciertas lenguas, la segunda palatalización ante *e, i.*

Existe un pequeño grupo de raíces en que la gutural se conservó en todo el dominio *satəm.* En ellas la gutural, no seguida de *e, i,* resistió a la palatalización incluso en indoiranio: tipo ai. *kravís* 'carne', lit. *kraûjas* 'sangre', aesl. *krъvь* 'id' (cf. gr. κρέας); nada tiene de extraño. Incluso existen casos en que hallamos en ai. formas con gutural de raíces de las que en báltico y eslavo sólo se conservan las palatalizadas.

10. Junto a los tres haces correlativos de oclusivas, completados con el haz labiovelar, opuesto al gutural, el indoeuropeo sólo presenta una consonante propiamente dicha más: la *s.* Aunque, a lo que podemos juzgar por las lenguas derivadas, su alófono principal es sordo, resulta evidente que en indoeuropeo la sonoridad no era rasgo relevante de la *s*: junto al alófono sordo había, en contacto con sonoras, un alófono sonoro. Precisamente la mala integración de la *s* por lo que respecta a sonoridad tendía a llevarla a los mismos resultados que hemos visto en lo relativo a otros fonemas sin correlación de sonoridad, a saber, *bh, dh, gh.* Antes o después, estos fonemas o los de ellos descendientes fueron clasificados en cada lengua como sordos o sonoros. Por lo que respecta a la *s,* su indefinición respecto a la sonoridad se mantuvo en la mayoría de las lenguas: pero en algunas se creó, a partir de sus alófonos sonoros, o bien de otras consonantes o grupos consonánticos, una *z* sonora, lo que covirtió a la *s* en sorda.

Éste es el caso del aesl. y del iranio, donde *g, gh* dan *z,* que se opone a *s* procedente de *s* o *ka*; el del gótico, donde el alófono *z,* resultado de *s* ante el acento según la ley de

Verner, se convirtió en fonema una vez que el acento germánico pasó a ocupar la primera sílaba, con lo que *s* y *z* aparecen en posiciones idénticas, por ejemplo, en la intervocálica; quizá el del osco, con su *z* intervocálica procedente de *s*; desde luego, el del griego de la koiné, en que la ζ, procedente ya de *i̯-*, ya de *-gi̯-*, *di̯-*, ya de *-sd-*, se convirtió en una silbante sonora, por oposición a la *s* procedente de la *s* indoeuropea o de otros orígenes.

No es, sin embargo, la falta del rasgo sonoridad la sola causa de la mala integración de la *s*, única continua del sistema de las consonantes indoeuropeas. Este aislamiento no llevó, sin embargo, en ninguna lengua a su pérdida: al contrario, la *s*, ya sin rasgo relevante de sonoridad, ya escindida en una sorda y una sonora, se mantuvo en todas ellas; si es verdad que sufrió pérdida, sobre todo por aspiración en *h*, a veces desaparecida luego a su vez, en una serie de lenguas, no lo es menos que también tuvo ganancias. La gutural *k* se hace *s* en iranio y eslavo; los grupos de dental + dental convierten la primera en *s* en algunas lenguas como el griego (cf. ἄιστος de **-uid-tós* y el av. *visto*), o convierten el grupo en *ss* como en lat. *uīsus* (con simplificación tras larga), air. *ro-fess* 'conocido', aaa. *giwiss* 'cierto'. Incluso cuando en una determinada distribución *s* desaparece, puede luego volver a aparecer en ella: en lat. la *-s-* intervocálica da *-r-* a través del alófono *-z-*, pero luego hay una *-s-* intervocálica reciente por simplificación de *-ss-* geminada; en griego, en que *-s-* intervocálica se hace *-h-* y cae, hay luego una *-s-* intervocálica analógica.

Hay que anotar, sin embargo, que con la mala integración de la *s* está sin duda en relación el hecho de que la *s-* inicial anteconsonántica pueda faltar de modo arbitrario: es la llamada «*s* móvil», cf. gr. στέγος/τέγος, σμικρός/μικρός, ai. *tányati/stanayitnús*.

11. La mala integración en el sistema se corrigió en varias lenguas mediante diferentes recursos. La creación en muchas lenguas indoeuropeas de series fricativas y africadas, entre ellas de tipo alveolar o prepalatal, las llamadas chuintantes, llevó con frecuencia a integrar la *s* en una correlación con ellas; a veces, entrando cada uno de estos fonemas en uno de los haces tradicionales.

Así, en ai. la *s* forma sistema con la *ś*, procedente de *k*, y la *ṣ* (cerebral), procedente de *s* tras *i, u, r, k* y de grupos consonánticos. Muy distinta es la solución del aesl., que difiere del ai. en tener dos silbantes con oposición de sonoridad. Aquí la llamada segunda palatalización eslava creó, junto a *s* y *z*, las chuintantes *š* y *ž* (principalmente, de *si̯*, *zi̯*, respectivamente), con lo que vino a resultar un sistema (también iranio)



Este sistema encuentra un cierto paralelismo en los otros haces: sólo un cierto paralelismo, pues junto a *p - b* sólo hay una fricativa *v* y junto a *k - g* hay, inversamente, una única fricativa sorda, la *x* (que originariamente es un alófono de la *s*, tras *i, u, r, k*).

En realidad, en la región dental, alveolar y prepalatal hay en general un mayor número de fonemas continuos que en la labial y la gutural, lo que produce desequilibrios como el indicado del eslavo. Este desequilibrio se mantiene en germánico, donde a la dualidad *s*/*þ* (de *t*) responden los fonemas únicos *f* y *h* en los otros dos puntos de articulación; esto para las sordas, en las sonoras el desequilibrio consiste en que *z* es un fonema, mientras que *ƀ*, *đ*, *ǥ*, que eran fonemas en germánico común, ya no existen.

Otras lenguas buscaron salidas a esta mala integración. Así, el antiguo persa, donde, para hablar sólo de las sordas, existen, a más de *s*, *š* (de *s* tras *i*, *u*, *r* y de varios grupos) y *þ* (de *t* ante *i̯*, *u̯* y originariamente ante *n*). Aquí lo que sucede es que la *s* sólo se ha conservado ante oclusiva sorda: en otras posiciones se hace *š* o *h*: se ha convertido en un alófono de la *s*. En latín la solución al problema de la dualidad *s*/*þ*, procedente ésta de *dh*, es otra: la *þ* se ha confundido en inicial con el resultado de *bh*, dando *f*; en medial se ha sonorizado, dando *đ* y luego *d*. Así, la serie dental sólo tiene una fricativa, la *s*, como la labial tiene la *f* y la gutural la *h*. De un modo más o menos paralelo, ciertos dialectos del español (en Andalucía y América) han resuelto la dualidad *s*/*c* (procedente ésta de *k* ante *e*, *i*), ya a favor de la *s*, ya a favor de la *c*: en Sevilla ambos fonemas se unifican en *s*, en Málaga en *c*.

2. EL SISTEMA CENTRAL: SONANTES Y SUS ALÓFONOS

1. En lo relativo al sistema de las vocales y sonantes del indoeuropeo hay que establecer claramente la existencia de dos sistemas de fecha diferente, de los cuales el más antiguo presenta solamente dos vocales, *e* y *o*, sin rasgo relevante de cantidad; y seis laringales en que se entrecruzan dos oposiciones, la de labialidad/palatalización y la gradual de timbre (*e*/*a*/*o*), es decir, H^{i}_{1}, H^{i}_{2}, H^{i}_{3}, H^{u}_{1}, H^{u}_{2}, H^{u}_{3}. Esta denominación de «laringales» es tradicional, procedente de la comparación con el semítico: lo único que podemos decir es que son fonemas articulados profundamente en la garganta y que presentan los rasgos en cuestión. El nuevo sistema carece ya de laringales, que se han perdido, dejando como

huella ciertos cambios de timbre y alargamientos de las vocales contiguas, vocalizaciones en las vocales *a, i, u* sobre todo, determinados efectos sobre las consonantes. En cambio, el nuevo sistema presenta seis vocales: *a/e/o* breves, procedentes de las antiguas *e/o*, la *a* del sistema marginal (cf. *infra,* II.I.4.1) y vocalizaciones de las laringales, sonantes y otras más; y *ā, ē, ō* largas, procedentes de vocal + laringal unas veces, de alargamientos de origen morfológico otras. Hay, pues, un sistema vocálico doble, constituido por dos triángulos que distinguen dos grados de abertura y tres localizaciones cada uno:



Fuera de estos dos puntos, el sistema arcaico y el moderno coinciden: presentan en común un sistema de sonantes no laringales constituido por los fonemas *i, u, r, l, m, n.*

A partir de un momento que varía de lengua a lengua, existen también las vocales breves *ĭ, ŭ* y las largas *ī, ū,* procedentes de alófonos vocálicos de las sonantes *i̯, u̯* y de vocalizaciones de las laringales y sonantes, más un proceso de escisión en fonemas largos y breves, procedentes, como en el caso anterior, de los alargamientos provocados por las laringales consonánticas en las vocales *i, u* antiguas.

2. La comprensión de todo el sistema, tanto el arcaico como el más reciente, depende de la del papel en el mismo de las sonantes. Tanto las seis laringales como las otras seis sonantes pueden desempeñar en la sílaba el doble papel de vocales y consonantes. Representando por *C* a las consonantes, por *V* a las vocales y por *S* a las sonantes, el indoeuropeo presentaba una serie de modelos de raíz mono-

silábica, en los cuales distinguimos tres posiciones posibles de los fonemas: inicial o final, central e intermedia. Veamos:

a) La posición inicial o final es propia, indiferentemente, de las consonantes y de las sonantes: hay los tipos *C-V-C, S-V-C, C-V-S, S-V-S, C-V-S-C, S-V-S-C, C-S-V-C, C-S-V-S.* Como puede observarse, esta indiferencia no existe para la posición intermedia: a veces la raíz empieza con *C-S-* o termina por *S-C* (cf. también el tipo *C-S-V-S-C*); excepcionalmente, hay raíces que comienzan o terminan por dos sonantes, tipo **u̯reH₁g* 'romper' (gr. ῥήγνυμι, lat. *frango*).

b) La posición central es propia exclusivamente de las vocales, como se ve en los tipos recién mencionados, y en el *V-C*. Pero cf. lo que sigue.

c) Como las vocales pueden alternar con ∅, lo cual tiene repercusión en el significado lexical o gramatical, las raíces *C-V-S-C, S-V-S-C, C-S-V-C, C-S-V-S, C-S-V-S-C* tienen variantes en las cuales la sonante ocupa el lugar central: respectivamente, *C-S-C, S-S-C, C-S-C, C-S-S, C-S-S-C*. Fonéticamente, estas sílabas son equivalentes a las *C-V-C, S-V-S, C-V-S, C-V-S, C-V-S-C* y *C-S-V-C*. Como se ve, el grupo *C-S-C* corresponde a dos tipos con vocal; y no hay, naturalmente, correspondiente a *S-V-S* con sonante central. Por otra parte, junto a un tipo de raíz y otros elementos morfológicos *V-S-C*, hay la variante *S-C* en que la sonante hace el papel de vocal: hay el tipo *V-C* con variante *S-C*.

Nótese que, si bien las sonantes equivalen fonéticamente ya a una consonante, ya a una vocal, según decíamos, teniendo además una distribución propia, el lugar intermedio en la sílaba, aparte de la común con las consonantes, morfológicamente existe una gran diferencia. Las sonantes son consonantes como otras cualesquiera, fonemas con valor simplemente distintivo; pero como vocales están condicionadas por un grado ∅ lexical o morfológico: condicionadas

por una función morfológica propia de las alternacias vocálicas. Las sonantes no tienen, pues, función morfológica, como tampoco las consonantes. Son, simplemente, consonantes que admiten el lugar intermedio y son aptas para ocupar excepcionalmente el centro de sílaba, lo que lleva en ocasiones al desarrollo de alófonos especiales. Pero, en realidad, las sílabas del tipo *C-V-C* también pueden presentar variantes *C-C*, a veces igualmente con desarrollo de alófonos: tipo *C-ºC* en que la vocal de apoyo acaba haciéndose plena. Por otra parte, la *s* acaba por adquirir la función intermedia a lo largo del desarrollo del indoeuropeo: *C-V-s-C*.

3. Todo esto quiere decir que, gracias a las especiales características fonéticas de las sonantes, se hicieron posibles ciertos desarrollos de la morfología indoeuropea de que nos hemos de ocupar en otro lugar de este libro. Esta serie de consonantes de gran abertura posibilitó su funcionamiento ocasional como centro de sílaba, lo cual confería a ésta un significado especial. Estas características fonéticas merecen ser precisadas más exactamente. La *i̯* y la *u̯*, que suelen llamarse semiconsonantes o semivocales, son fonemas de una abertura intermedia entre la de las vocales y la de las fricativas. La *r* comporta una serie de vibraciones de la punta de la lengua, que abren y cierran alternativamente el paso del aire. La *l* se pronuncia mediante una oclusión, pero simultáneamente queda abierto el paso del aire por un canal al lado de la lengua: de ahí su nombre de lateral. Las nasales *m, n* tienen oclusión bucal, pero el aire sale por la nariz gracias a que el velo del paladar permanece caído. En cuanto a las laringales, no conocemos el detalle exacto de su articulación, pero es claro que son continuas de gran abertura. Debido a estas características de las sonantes, era

posible usarlas como centro de sílaba cuando faltaba la vocal, haciendo aquélla pronunciable. Téngase en cuenta que son las únicas continuas del indoeuropeo, con excepción de la *s*. La falta de inclusión de la *s* en el grupo de las sonantes responde a la no existencia, en el indoeuropeo más antiguo, de tipos silábicos *C-V-s-C* y demás.

Debido a estas características fonéticas de las sonantes, su comportamiento en indoeuropeo es muy diferente según cual sea su posición en la sílaba. A la larga, se escinden en alófonos muy diferentes, que evolucionan independientemente, según cual sea esa función: y esa evolución lleva, en definitiva, a reconstruir la oposición entre simples consonantes y simples vocales, eliminando la posibilidad de que un fonema desempeñe alternativamente ambas funciones, aunque sea, como hemos visto, con un condicionamiento morfológico. Conviene precisar más detalles.

4. En las posiciones inicial, final e intermedia las sonantes son simplemente consonantes, aunque consonantes especiales en el sentido de que sólo ellas son capaces de ocupar esta última posición. El único problema que presenta su evolución es la tendencia a aumentar la diferencia de aberturas entre los distintos elementos de la sílaba, reforzando el carácter consonántico de las sonantes (esto es, cerrándolas), o bien al contrario, haciéndolas desaparecer; aparte de ello, cuando forman parte de los grupos *C-S* o *S-C* pueden surgir problemas especiales de orden asimilatorio o disimilatorio.

Concretamente, la *r*, *l*, *m*, *n* en función consonántica son muy estables en todas las lenguas indoeuropeas. La *i̯* y la *u̯* están expuestas a las dos tendencias contrapuestas de que hemos hablado. Hay una serie de lenguas que las convierten en fricativas o africadas, incluso en oclusivas: los resultados

suelen escribirse *y* o *j* en el caso de *i̯* (pero también hay ζ- en griego), *v* o *w* en el caso de *u̯* (ϝ en griego). Todo esto ha contribuido a crear el sistema de fricativas y africadas, a que ya nos hemos referido, en las diversas lenguas, y a modificar incluso, al menos en cuanto a las frecuencias, el de las oclusivas: la /b/ española procede a veces de *u.* Pero otras veces estas sonantes caen, con lo que se llega a esquemas silábicos *V-C, C-V,* etc. Es notable la caída de *i̯* y *u̯* inicial en griego (la primera, a través de *h-*, a veces conservado); de *i̯* intervocálica en griego, latín, armenio e irlandés, donde también cae la *i̯* inicial; de *u̯* intervocálica en griego otra vez. Finalmente, las laringales en función consonántica pertenecen, como hemos dicho, al indoeuropeo más antiguo: se conservan solamente en hetita, bajo la forma de *ḫ, ḫw, ḫy,* con algunas pocas excepciones en otras lenguas. Pero incluso en el hetita que nos es accesible las laringales estaban en trance de perderse: a veces faltan allí donde las esperaríamos o su pérdida o conservación se ha regularizado de acuerdo con criterios lexicales o morfológicos. El hetita de nuestros textos presenta a este respecto el típico aspecto de una lengua sorprendida en pleno desarrollo de un proceso fonético, con múltiples vacilaciones, irregularidades y regularizaciones secundarias.

5. Ahora bien, la caída de la laringal consonántica no quiere decir que no haya dejado huellas. Conviene que estudiemos, en líneas generales, anticipando cosas de nuestro tratamiento posterior, lo que ha sido el proceso de caída de las laringales consonánticas.

Lo mismo que sucedía con las labiovelares, frente a las guturales, las laringales labiales y palatales neutralizan su oposición en ciertas posiciones, siendo su archifonema carente de apéndice. Esta neutralización tiene lugar en inicial;

ante fonemas consonánticos; y ante las sonantes todas, incluyendo los alófonos *i, u*. Un grupo inicial $H^{u̯}$*-V* o $H^{i̯}$*-V* se reduce a *H-V*; un grupo $H^{u̯}$*-i/u*, $H^{i̯}$*-i/u* se reduce a *Hi/u*; un grupo *C-*$H^{u̯}$*-C*, *C-*$H^{i̯}$*-C* puede reducirse a *C-H-C*: decimos puede reducirse porque en este último caso puede haber una solución diferente, el tratamiento vocálico de la laringal, del que hablamos más adelante. Prescindiendo ahora de la existencia de laringales de diferentes timbres y prescindiendo también de las labiovelares sonoras y aspiradas, se llega de esta manera, y sobre todo después que la *H* sin apéndice en virtud de adquirir por vía analógica nuevas distribuciones es sentida como un fonema independiente, al siguiente cuadro de correlaciones:

$$\begin{matrix} k & — & k^{u̯} & — & \emptyset \\ H & — & H^{u̯} & — & H^{i̯} \end{matrix}$$

El sistema de las laringales se ha hecho paralelo al de las guturales, con la diferencia de que falta $k^{i̯}$: pero, prescindiendo de que su existencia en ide. no está completamente excluida (cf. II.II.4.12), hay que anotar el hecho de la palatalización de guturales ante *e, i* en lenguas *satəm* y tocario, así como la nueva palatalización, en estas lenguas, de la gutural procedente de la antigua, en casos de conservación, o bien de la labiovelar: siempre ante *e, i*. A esa palatalización se suma, en griego, la dentalización de labiovelares ante *e, i*. Se tendía, en definitiva, a crear un correlato palatal a la gutural labial y luego, simplemente, a la gutural. Bien que todo esto en una fecha en que la laringal palatal había desaparecido ya.

En cuanto a la $H^{u̯}$ y $H^{i̯}$ conservadas ante vocal, en hetita se mantienen como *ḫw, ḫy* (cf. II.II.2.6); en las demás lenguas (y en hetita ya algunas veces) dan *u̯, i̯*, confundiéndose

así sus resultados con las antiguas u̯, i̯, cuya frecuencia aumentan y cuya evolución siguen en cada lengua. Tanto es así, que llega a presentarse el problema de si realmente han existido las sonantes i̯, u̯ y sus alófonos vocálicos *i*, *u* o si se trata siempre del resultado de los tratamientos consonánticos y vocálicos, respectivamente, de las laringales H^{i}, $H^{u̯}$. Veremos que existe una base para admitir una i̯ y una u̯ originarias, junto con sus alófonos más frecuentes en tanto que elementos radicales. Su uso como elementos derivativos y flexionales existe, al menos, en el caso de los alargamientos *i*, *u* de las raíces pronominal-adverbiales, que a veces se han corrido a las nominal-verbales (cf. V.I.1.4); pero es un alargamiento vocálico junto al cual no hay huellas de un alófono consonántico. En cuanto a *-i̯eH_2, indicio relacionador y femenino (cf. III.VII.1.7), y *-i̯eH_1, indicio de optativo (cf. IV.VI.3.2), parecen más bien originalmente partículas aglutinadas.

6. La laringal reducida a *H* se ha conservado en hetita, aunque con las vacilaciones a que hemos hecho referencia; en las demás lenguas ha caído, con pocas excepciones, o bien ha evolucionado variamente.

El más considerable resto consonántico que ha dejado la *H* fuera del hetita es el espíritu áspero que se halla en griego como resultado de un antiguo grupo inicial *Hu̯-*. Pero también hay que anotar un resultado *-Hs* > *-ks* en ejemplos de diferentes lenguas, así como otros resultados con gutural oclusiva aquí y allá, incluida la llamada «Verschärfung» del germánico. También llamamos la atención sobre el resultado *H-H* > κ en el perfecto débil del griego. Cf., sobre todo esto, *infra*, II.II.2.13.

La caída de *H* ha dejado, otras veces, su huella en las consonantes vecinas. Tras *H* la *s* se convierte en aesl. en

x, como tras *i, u, r, k*; en arm. en *ç̣*; en el grupo *V-H-s-V* la *s* se mantiene en griego y celta, en vez de perderse, como es de regla en el grupo *V-s-V*. Otra huella importante, en el grupo del indo-iranio, armenio y griego y en cierta medida en eslavo y latín, es que el alófono aspirado de las oclusivas que se desarrollaba, entre otras posiciones, ante *H*, se fonologizó al caer la *H*, dando una sorda aspirada, de la que a su vez salió finalmente una fricativa; fonologización, por otra parte, en cierta medida incompleta por la competencia de los alófonos no aspirados. Pero que tuvo importancia en la reestructuración del sistema de las oclusivas en las lenguas mencionadas. Frente a las sordas aspiradas, las antiguas aspiradas indoeuropeas sufren varias suertes: en indio pasan a sonoras aspiradas, proceso que está seguramente en la base de su conversión en iranio y armenio en sonoras sin aspirar; en griego, por el contrario, son las oclusivas aspiradas las que pasan a aspiradas sordas, asimilándose a la nueva serie, y lo mismo ocurre en latín en la pequeña medida en que hay huellas de antiguas sordas aspiradas. Fuera de estas lenguas, los alófonos aspirados de las sordas vuelven a desaspirarse, con una pequeña excepción en eslavo, donde la gutural aspirada sorda pasa a incrementar la frecuencia de *x*. Cf. más detalles *infra*, II.II.4.11.

7. Pero la huella más importante de las laringales consonánticas es la consistente en las alteraciones del timbre de las vocales en contacto; y de su alargamiento de las mismas, cuando precedían a las laringales. Operamos ahora con tres laringales de cada serie, indicadas con los subíndices 1, 2, 3, referentes, respectivamente, a los timbres *e, a, o*: téngase en cuenta que cuando, hasta el momento presente, hemos operado con *H* sin subíndice esto no se refería

a un fonema aparte, sino a cualquier laringal en cuanto el timbre no nos interesaba. Hay que distinguir dos casos:

a) Laringal + Vocal. Se trata del caso de la laringal sin apéndice, pues conservando éstos no afectaba al timbre de las vocales siguientes. Por tanto, nos referimos a los grupos iniciales *He-*, *Ho-*, pues en esa posición ya hemos dicho que no aparecen los apéndices; y a casos interiores secundarios, en que una $H^{u̯}$ o $H^{i̯}$ que en las distribuciones ya indicadas han perdido sus apéndices, entran secundariamente en contacto con *e* u *o*. Por ejemplo, la desinencia de 1.ª sg. de perf. *-a* procede de *$*$-H_2o$*, donde *o*, que se utilizó como característica de voz media y de perfecto, se añadía a una H_2 que perdía su apéndice en la forma activa con *-i*. Es decir: $-H^{u̯}i$, $-H^{i̯}i > -Hi$; y $-Ho > -a$. Cf. en het. 1.ª sg. act. *-ḫi*, med. *-ḫa*; otras lenguas 1.ª sg. perf. *-a*.

Prescindiendo de determinados hechos analógicos y de casos en que *H* y la *e* u *o* siguientes formaban parte de sílabas diferentes, la evolución fonética es la siguiente:

$$H_1e,\ H_1o > e$$
$$H_2e,\ H_2o > a$$
$$H_3e,\ H_3o > o$$

Esta evolución se refiere al indoeuropeo no anatolio. En las lenguas anatolias encontramos todavía *he* al lado de *e*; y *ha* al lado de *a*, **o*. Hay que tener en cuenta que la *a* del anatolio representa tanto a *a* como a *o*, bien sea como resultado de un proceso fonético, bien sea la consecuencia de una insuficiencia gráfica. Por tanto, hay que establecer cronológicamente dos etapas: alteración del timbre de la vocal siguiente y caída de la laringal. De ellas, el hetita ha experimentado la primera y está en trance de experimentar la segunda; el restante indoeuropeo, ambas. Anterior todavía

es la etapa consistente en la pérdida en ciertas posiciones del apéndice, con alteración posterior de la distribución originaria del fenómeno.

8. *b*) El segundo caso es el de Vocal + Laringal. Con las mismas excepciones antes apuntadas —resultados analógicos y casos en que hay una frontera silábica entre los dos fonemas—, el timbre de la vocal es afectado por el de la laringal del modo ya indicado; pero, además, la vocal es alargada por las vibraciones de la laringal, que cae, del mismo modo que en diversas lenguas una vocal es alargada por una *h* siguiente, procedente de *s*. Por tanto, es indiferente al respecto que nos interesa si la laringal tiene uno u otro apéndice o si lo ha perdido en alguna de las distribuciones ya indicadas; en caso de que lo conserve, da *i̯*, *u̯* ante vocal, caso ya tratado, y puede también vocalizar, caso que trataremos. Aquí nos despreocupamos de estos problemas y nos limitamos a indicar la laringal con el signo *H*, que no quiere decir otra cosa sino que la existencia o no del apéndice es indiferente:

$$eH_1,\ oH_1 > \bar{e}$$
$$eH_2,\ oH_2 > \bar{a}$$
$$eH_3,\ oH_3 > \bar{o}.$$

El hetita, paralelamente al caso anterior, presenta a veces las grafías *eḫ*, *aḫ* y otras simplemente *e*, *a*: en este caso, por caída de la *ḫ*, la vocal es ya seguramente larga e incluso hay grafías con vocal geminada que se ha propuesto interpretar como notación de la larga.

Todas estas evoluciones han hecho pasar del antiguo sistema indoeuropeo con dos vocales sin diferencias de cantidad, *e* y *o*, al nuevo con tres vocales largas, *ē*, *ā*, *ō*, junto

a las cuales las antiguas vocales indiferentes *e, o,* así como la *a* del sistema marginal y la procedente de H_2*e/o,* se han polarizado como breves. Pero no sólo esto, sino que, sobre este modelo, otras vocales que no estaban en contacto con laringal se han escindido por razones morfológicas en dos fonemas, uno largo y otro breve. Por otra parte, tanto la serie larga como la breve han variado su frecuencia gracias a varios procesos fonéticos. Y los alófonos vocálicos de *i̯, u̯* han aportado dos nuevas vocales, *i* y *u.* De todo esto hablaremos más detenidamente *infra,* II.I.3.1 ss. Por el momento, continuamos con el estudio de las sonantes.

9. Hasta este momento hemos tratado como posiciones equivalentes a efectos de evolución fonética de las sonantes la inicial y final de sílaba y la intermedia, con ciertas correcciones que afectan a diferencias de tratamientos según las posiciones, en algunas lenguas, de la *i̯* y la *u̯.* Sin embargo, hay que hacer constar que en la segunda posición intermedia y en la final las sonantes pueden constituir diptongo con la vocal precedente y que ese diptongo evoluciona en conjunto, no fonema a fonema.

Esto no se aplica a las laringales, cuya evolución en el grupo *V-H* acabamos de estudiar; cf., sin embargo, lo que decimos más adelante. Se aplica en un grado reducido a las sonantes *l, r, n, m.* Aquí la acentuación del griego y del lituano (cf. II.II.6.17) hace ver que el grupo *V-S* es considerado de una manera diferente cuando forma sílaba y cuando no la forma; y que en el primer caso no sólo *V-i, u* son considerados diptongos, sino también *V-l, r, n, m.* En definitiva, el diptongo es considerado como una unidad articulatoria, aunque se discute si mono o bifonemática. A efectos acentuales, el diptongo es tratado como una vocal. En eslavo ocurre incluso que los grupos *V-l, r, n, m* tienen

tratamientos fonéticos especiales, es decir, que su resultado fonético no es la suma del de la vocal más el de la sonante. Estos resultados consisten, en definitiva, ya en la absorción de la nasal por la vocal, con lo que se obtienen en aesl. vocales nasalizadas (*on* > *ǫ*, etc), ya en la penetración del elemento vocálico en la articulación de la líquida, con posibilidad incluso de una metátesis total de dicho elemento: *or* > ruso *oro*, aesl. *rō* > *ra*.

10. Sin embargo, los diptongos típicos son aquellos que comportan la articulación de la vocal y una *i*, *u* siguiente en una misma sílaba. Se trata en cierto modo, aunque se los considere como bifonemáticos, de una vocal que cambia de timbre y abertura en el curso de su emisión; el conjunto funciona, en cuanto a la cantidad, como una vocal larga. Ahora bien, estos diptongos tienden a mejorar su posición dentro de la estructura silábica mediante dos evoluciones típicas, que no excluyen la conservación de tal o cual diptongo durante largos períodos de tiempo en determinadas lenguas. A ambas evoluciones les es común que se trata de evoluciones del diptongo en su conjunto: en algunas fases equivale a la suma de las evoluciones de sus elementos, pero en otras no. Hay que advertir que en la articulación de un diptongo en *i*, *u*, la *i* o la *u* no son articuladas exactamente en la forma consonántica propia de un grupo *i̯*, *u̯-V*: como segundo elemento de diptongo su abertura es algo menor, intermedia entre la propia de la posición consonántica antevocálica y la vocálica propiamente dicha. Esto no obsta para que, a todos los efectos, un diptongo en *-i*, *-u*, y en realidad un diptongo en general, incluidos los anteriormente tratados terminados en otras sonantes, deba considerarse como una vocal que cambia de timbre y abertura en el curso de su emisión, que se efectúa con una tensión decre-

ciente: de donde la evolución conjunta de los dos elementos de los diptongos. Esta evolución conjunta discurre, como decíamos, por dos caminos diferentes, que no excluyen la eventual conservación del diptongo en determinados casos.

11. *a*) El diptongo se reduce a una vocal por asimilación de uno de los dos elementos por el otro o asimilación recíproca de ambos. En el detalle hay bastantes posibilidades diferentes: por ejemplo, *ei*, a más de conservarse, puede reducirse a *i* (en latín, griego tardío, germánico, eslavo) o *e* (en celta); *ai*, si no se conserva o se mantiene en un estadio intermedio *ae* (en avéstico, latín, irl.), da normalmente *e*, que representa el punto medio entre los dos elementos, pero *au*, a más de soluciones intermedias y de la monoptongación en *o*, paralela a la en *e* de *ai*, presenta una solución *u* en aesl. En general, hay una primera fase en la cual la vocal evoluciona conforme a lo que es regular en la lengua respectiva en otras posiciones; en una segunda, se avanza por el camino de la monoptongación, que se alcanza en determinadas fases. Por otra parte, la vocal resultante entra en el sistema vocálico de la lengua respectiva: por ejemplo, en un estadio lingüístico que preserva la oposición de vocales largas y breves, la vocal resultante del diptongo es larga si encuentra enfrentada una breve: así, *ei* da *ī* en lat., donde hay también *ĭ*; pero *e*, *o* resultantes de los diptongos en ai., donde no hay *e*, *o*, no pueden considerarse incluidas en la correlación de cantidad. En otras lenguas se incorporan a sistemas vocálicos edificados sobre otros principios: al hablar de las vocales volveremos sobre este punto.

b) Otra manera de resolver los diptongos dando a la sílaba una mayor claridad consiste en consonantizar el elemento *i̯*, *u̯*, con lo que resulta un grupo *V-C*. Es lo que

ocurre, por ejemplo, en griego moderno, donde *eu* da *ef* o *ev* (según el fonema siguiente). En cierto modo análogo es el recurso del lit. y esl. cuando obtienen de *eu,* respectivamente, *jaû* y *ju* (es decir, *u* siguiendo a una palatalización). El lituano llega a invertir, en ciertas soluciones, el orden de los elementos, resultando *ie* de *ei, oi, ai.* En todos estos casos, resulta una vocal que encuentra su lugar en el sistema vocálico de la lengua respectiva.

Hay que advertir que los dos tipos de evolución a que acabamos de referirnos no implican que a partir de un momento dado no existan diptongos en las lenguas indoeuropeas. Prescindiendo de la conservación, a veces, de determinados diptongos, junto al fenómeno de la eliminación de los diptongos existe el de la creación de otros nuevos al ponerse secundariamente en contacto las vocales con *i, u*: bien por caída de elementos consonánticos o sonánticos intermedios (*s, i̯, u̯* sobre todo, pero también, a partir de un determinado momento, oclusivas y fricativas), bien por fenómenos de base morfológica (extensión de sufijos, etc.).

12. El concepto de diptongo largo *ēm, ēi,* etc. como opuesto a diptongo breve *ĕm, ĕi,* etc. no se basa en la cantidad total del diptongo, sino en la distribución cuantitativa de los dos elementos: en los diptongos llamados largos el elemento sonántico ocupa una proporción menor dentro de la cantidad total. Estos diptongos largos, en definitiva, no son estables: o bien se reducen a diptongos normales (los llamados breves, que desde el momento en que ya no los hay largos dejan de merecer este calificativo), o bien pierden el elemento sonántico, quedando reducidos a una vocal larga, que evoluciona conforme a las reglas propias de éstas.

En realidad, es difícil comprender el desarrollo de estos diptongos si no se conoce su prehistoria, la cual está ínti-

mamente ligada a la de las laringales y a la de la creación de alternancias de cantidad de finalidad morfológica. Así como en los diptongos breves la *-i, -u* final puede provenir de *-Hi̯, -Hu̯*, sin que este hecho implique ninguna diferencia de evolución respecto a aquellos otros diptongos breves cuyas *-i, -u* finales proceden de *-i, -u* indoeuropeas, en cambio las *-i, -u* finales de los diptongos largos provienen sin excepción de las laringales mencionadas, a lo que podemos ver; también proviene de ellas la cantidad de la vocal. Los detalles de cómo a partir del grupo *V-H* se obtiene ya un diptongo breve, ya uno largo, pueden verse *infra*, II.I.4.8. Pero la irregularidad de la evolución en cuanto a la presencia o ausencia de la *-i, -u* en las lenguas históricas no se explica partiendo de diptongos originales del tipo *āi, āu*, luego reducidos a *ā* en circunstancias que resultan misteriosas. En realidad, hay que partir de una dualidad de resultados *ā/āi, ā/āu* de los grupos *V-H* (ejemplificando con H^{i}_{2} y H^{u}_{2}). Cf. detalles *infra*, II.II.2.13 ss. En cambio, la abreviación de estos diptongos largos o su reducción a normales en algunas lenguas es un fenómeno histórico de la época postlaringal, fenómeno estudiable en las lenguas particulares con arreglo a una regularidad fonética propia de las mismas.

Sin embargo, así como no todas las vocales largas provienen de *V-H*, como veremos, tampoco todos los diptongos largos provienen de *V-H*. Concretamente, los diptongos largos en *l, r, n, m* presentan habitualmente una vocal larga de origen morfológico: para marcar, por ejemplo, el N. sg. de los animados. La abreviación de estos diptongos, cuando son interiores, o bien su conservación; y la caída o conservación de la sonante, cuando son finales, así como diversas alteraciones de la vocal, son fenómenos propios de las lenguas particulares y que transcurren igualmente de acuerdo

con las regularidades propias de las mismas. Por ejemplo, en ai. *-ōn, -ēn* y *-ōr, -ēr* pierden la sonante (cf. *rājā, pitā*), pero en lat. ello ocurre en el caso de *-n*, no en el de *-r* (*homo* pero *pater*) y en griego no ocurre ni en un caso ni en otro (λειμών, πατήρ). En cuanto a los diptongos largos en *-i, -u* podría pensarse en algunos casos que, incluso viniendo de *V-H*, eran antiguos diptongos breves con larga morfológica: pero ello no es demostrable.

13. Pasando a ocuparnos de los tratamientos vocálicos de las sonantes, lo primero que hay que hacer constar es una situación diferente de *i̯, u̯* y de las demás sonantes: situación diferente que hay que atribuir a sus características fonéticas también diferentes, pues desde el punto de vista del sistema todas las sonantes son igualmente fonemas consonánticos con posibilidad de formar sílaba en determinadas distribuciones de fonemas condicionadas por hechos morfológicos.

Una *i̯* o *u̯* situadas en posición vocálica, es decir, entre consonantes o sonantes o precediendo o siguiendo a consonante o sonante, se realizan automáticamente por medio de un alófono *i, u*. La abertura del fonema se aumenta y con ello resulta lo que será, dentro del sistema posterior de las lenguas indoeuropeas, una vocal, que incluso en un momento dado encontrará una contrapartida larga *ī, ū* (cf. II.I.3.1) y se sentirá como breve. Basta para ello que el alófono principal de estos fonemas *i̯, u̯* evolucione consonantizándose o desapareciendo; incluso si se mantiene, desde el momento en que deja de haber una alternancia viva *i/i̯, u/u̯* condicionada distribucionalmente en las mismas raíces, se considera que se trata ya de fonemas diferentes.

El único caso dudoso en que se admite una vacilación, luego regularizada variamente, es el de *i̯, u̯* en contacto con

otras sonantes, o ambas en contacto entre sí. En definitiva, en el grupo *S-S* lo mismo puede la primera ser tratada como consonante y la segunda como vocal que al revés. Por ejemplo, junto a **u̯l̥kᵘ̯os* 'lobo' (cf. ai. *vr̥kas*, gót. *wulfs*, aesl. *vlъkъ*, lit. *vil̃kas*), ha existido **ulkᵘ̯os*, de donde **lukᵘ̯os* con metátesis (cf. gr. λύκος, lat. *lupus*). Aquí nos hallamos ante un problema de silabación, que será tratado junto con los demás a propósito de los hechos marginales y los alófonos libres (II.I.4.4 ss.).

14. La situación de las demás sonantes es, como decimos, diferente. En ellas no es posible fonéticamente la doble posibilidad de una mayor o menor abertura. Por ello, sucede una de estas dos cosas: o bien la sonante funciona como centro de sílaba sin variación alofónica alguna, o bien desarrolla un alófono consistente en ir precedida o seguida (o precedida y seguida) de una vocal de apoyo: es decir, de una vocal ultrabreve, de timbre indefinido, no un fonema, sino parte, insistimos, del alófono vocálico de las sonantes. Una y otra de estas dos soluciones prejuzga la evolución posterior.

El uso de la sonante no modificada en posición silábica es posible gracias a su calidad de fonema continuo, pero produce una sílaba con poca diferenciación de abertura entre los márgenes (elemento inicial y/o final) y el centro (en el que la sonante es, en definitiva, una consonante en una distribución anormal debida a motivos morfológicos). De ahí la poca estabilidad de las sonantes en estas circunstancias.

Muy concretamente, la *r̥*, *l̥*, o sea, la *r*, *l* usadas como contro de sílaba, están testimoniadas solamente, en las lenguas históricas, por el ai., y aun aquí la métrica del Veda hace ver en ocasiones que llevaban incluso dos elementos

vocálicos, delante y detrás (como en av. *ərə*). En el indio posterior hay una vocalización, es decir, un tratamiento del segundo tipo; y esto sucede en todas las ramas del indoeuropeo. La existencia de *r̥* y *l̥* silábicas se demuestra para el indoeuropeo más antiguo por una reconstrucción; en el ai. se han conservado, pero la grafía no excluye la presencia ocasional de vocales de apoyo. Por otra parte, en algunas lenguas indoeuropeas recientes se ha vuelto a crear una *r̥*, *l̥* silábica por caída de las vocales en contacto: así en checo, en ciertas formas del inglés, etc.

15. La *n̥*, *m̥* silábicas se reconstruyen por comparación: sólo una forma licia *mñti* nos permite reencontrar la *n̥* silábica en una lengua histórica, si la grafía realmente excluye la pronunciación con vocal de apoyo. En fecha reciente ha podido volverse a una nasal silábica: cf. al. *haben, leben* pronunciados con *-n̥*.

En cuanto a las laringales, en hetita en posición silábica encontramos a veces la desaparición de las mismas sin haber dejado rastro: se trata de un caso más de caída de la *H* consonántica, comparable a su caída casi regular en sílaba interior en lenguas como el germánico, báltico y eslavo y a su caída ocasional en otras como el iranio. Por ejemplo, en hetita tenemos junto a *ešhar* 'sangre' un G. *ešnaš*; junto a *daḫḫi*, un iterativo *tikkizzi*, es decir, **d-sketi*. Fuera del hetita pueden citarse junto a gr. θυγάτηρ 'hija', con α procedente de la vocalización, lit. *duktė̃*, gót. *daúhtar*, aesl. *dъsti*; en av. hay *ptā* 'padre' junto a apers. *pitā*, en ai. hay *dadhmás* (< **dedh-mós*) de *dadhāti*, pese a la normal vocalización de *H* en *i*. La regularidad es menor de la que se ha propuesto, cf. II.II.2.20.

Ahora bien, dado que en het. es normal la vacilación *ḫ*/∅ como resultado de la laringal, también entre consonan-

tes debemos esperar una conservación ocasional de *ḫ*. Y así ocurre: formas como *tar-aḫ-zi, wa-al-aḫ-zi* se leen como *tarḫzi, walḫzi* con una *a* puramente gráfica junto a la *ḫ*. En otras ocasiones, sin embargo, la *a* puede ser fonética, indicar una vocal de apoyo o incluso la vocal plena *a*. Veremos casos en que en het. hallamos ya *a* como solución de *H*, por previa caída de *ḫ* (cf. II.II.2.16).

16. El segundo tratamiento consiste, decíamos, en la vocalización de la sonante, que admite junto a sí un breve soplo de aire, la vocal de apoyo, para facilitar su pronunciación, aumentando la abertura del elemento central de la sílaba. Sin embargo, desde otro punto de vista la vocalización puede considerarse como un estadio posterior al del simple uso silábico o vocálico de la forma consonántica de la sonante. En una primera fase la sonante consonática y la sonante con vocal de apoyo han podido usarse alternativamente, con progresiva invasión del campo por la onda innovadora, a saber, el uso de la sonante con vocal de apoyo. En lo que concierne a la laringal, logramos alcanzar, gracias a los datos del hetita y a los de las demás lenguas en que ha caído como sonante interconsonántica, este estadio; en lo que concierne a la *l̥*, *r̥* en ai. había sin duda igual dualidad. Ahora bien, si durante el período de vacilación en que la nueva regularidad todavía no se ha impuesto la sonante consonántica desaparece, sucede entonces que en los casos en que así sucede ya no puede haber vocalización. El tratamiento de la laringal silábica queda así irremediablemente escindido: cuando desaparece sin haber admitido vocal de apoyo, el resultado es *Ø*; cuando desaparece después de haberla admitido y de haber pasado a vocal plena, el resultado es la vocal plena. Simbolizando con *a* la vocal plena derivada de la de apoyo (en realidad es *a* el timbre normal-

mente resultante ante laringal), y notando en hetita la *a* pronunciada, no la sólo gráfica, tenemos:

Ide.	*Hetita*	*Indoeuropeo postlaringal*
H / *°H*	*ḫ* / *aḫ*	
	∅ / *a*	∅ / *a*

Las dos etapas sucesivas del hetita están testimoniadas en nuestros documentos, debido a la vacilación en la pérdida de la *ḫ*, a veces conservada todavía. En cambio, en el resto del Indoeuropeo sólo se conserva la segunda etapa. De sus dos soluciones, ∅ y *a*, tiende a imponerse *a*, pero en germánico, eslavo y lituano es más frecuente ∅, según decíamos. De todas maneras, la imposición regular de una de las dos formas, tendencia de todas las lenguas, no siempre se ha logrado.

17. Limitándonos ahora a la segunda solución, la vocalización de las sonantes, que es la que se impuso universalmente, con las excepciones anotadas relativas a las laringales, conviene añadir algunas precisiones sobre el lugar de las vocalizaciones y su timbre.

Con fines de simplificación, hemos presentado la vocal de apoyo como precediendo a la consonante, y ello es evidentemente lo más frecuente. Son típicas series como la de la *r̥* que da normalmente αρ en gr., *or* en lat., *ur* en germ., *ir̃*/*ur̃* en lit., etc.: la vocal anterior testimonia un antiguo estado *°r*. Pero la vocalización anterior no es la única: otras veces, las soluciones de las lenguas históricas se basan en *r°* (gr. ρα, aesl. *rъ*/*rь*). E incluso existen casos de doble vocalización *°r°*: los gramáticos indios la implican al describir la articulación de la *r̥* y está garantizada también por

el av. *ərə́*, a más de por otros datos que expondremos más adelante.

En realidad, en ciertas distribuciones al menos, el punto de máxima abertura de la sílaba, es decir, la vocal de apoyo, puede colocarse ya antes, ya después de la sonante: *C-°S-C* o *C-S°-C*; se puede incluso llegar a una articulación disilábica *C-°S°-C*. Fonéticamente, todas estas posibilidades están abiertas; todas aclaran igualmente la estructura silábica. Ha sucedido, simplemente, que las lenguas han tendido, como siempre, a favorecer una sola solución, introduciendo una regularización secundaria; pero siempre quedan huellas de la irregularidad.

Sin embargo, la opcionalidad inicial en la colocación de la vocal de apoyo no siempre es admisible. Hay al menos dos distribuciones en las cuales parece que en el origen existía un lugar fijo para la colocación de la vocal de apoyo:

a) El grupo *-C-S* final da *-C-°S*, pudiendo ser la consonante una sonante consonántica. Por ejemplo, los neutros en *-mn̥* vocalizan *-m°n*: lat. *sēmen*, aesl. *sěmę*, viniendo la *-ǎ* de gr. ὄνομα, ai. *nāma* de *-an* > *-ą* > *-a*. El Ac. sg. en *-m̥* hace igualmente *-°m*: lat. *ferentem*, gót. *fōtu* 'pie', lit. *vẽżanti*, explicándose la *-a* del gr. de igual modo; sobre ai. *-am* cf. p. III.III.1.2. Con *-r̥*: cf. gr. ἧπαρ, lat. *iecur*, donde no hay por qué suponer caída de *-t*.

18. *b*) El grupo *V-H-C* puede tener dos soluciones. De una de ellas ya hemos hablado: la *H* consonántica alarga la vocal precedente y el apéndice de la laringal cae ante la consonante que sigue. Corresponde al tratamiento consonántico normal de las demás sonantes, que se convierten en segundo elemento de diptongo. Pero otras veces se introduce una nueva silabación: se crea una nueva sílaba articulándose la laringal con vocal de apoyo que lógicamente va

detrás de la misma. Esta vocalización es de distinto timbre de la estudiada más arriba en que precedía a la laringal y daba *a*: *V-H^uo-C* > *V-H-u-C* > *V-u-C*; y *V-H^io-C* > *V-H-i-C* > *V-i-C*. De esta manera paralela, la vocal de apoyo que a veces surge entre labiovelar y consonante da *u*: gr. γυνή de **g^uonē*, lat. *secutus* de **sek^uotos*. Por ejemplo, de la raíz **seH^u* de que procede lat. *sēmen*, etc. tenemos en het. *seḫur*.

Esta dualidad entre tratamiento consonántico / íd. con vocalización no es exactamente idéntica a la dualidad anterior *r*/*°r*, *H*/*°H*. Aquélla no altera la estructura silábica —una sola sílaba— y supone dos estadios sucesivos de un proceso, con rara conservación del primero. Ésta, en cambio, supone dos silabaciones diferentes, alternativas: un acto de elección. Sobre su fundamento en el sistema de los alófonos libres, cf. *infra*, II.I.4.16 ss. Aquí conviene anticipar que en las diversas palabras o categorías morfológicas suele tenderse a extender, dentro de cada lengua, una sola solución; pero que subsisten múltiples irregularidades. Cf. el tipo gr. πλεύσομαι/ἔπλωσα, *infra*, II.I.4.4. Aquí está la raíz, también, de la oscilación entre diptongo largo (procedente de geminación de la *H* y vocalización, cf. II.I.4.4) y vocal larga: ai. *dyaus* / ac. *dyām*, gr. Ζεύς / Ζῆν (pero lat. *diēs* / *diēm*). No se trata, pues, de la evolución de un diptongo largo, sino de que en el origen pudo crearse o no, según la silabación, un diptongo largo. Cf. II.II.2.14.

19. Hemos visto que en la distribución *C-S-C* podía haber tanto una vocalización a partir de *C-°S-C* como a partir de *C-S°-C*. Lo mismo sucede en el grupo inicial *S-C*: por ejemplo, junto a ai. *ṛkṣas* 'oso' hay gr. ἄρκτος, lat. *ursus*, mir. *art*, pero también hay la solución contraria. Así, junto a gr. μέγας el lat. tiene un grado ∅ *magnus*, cf. junto a λέπας, *lapis*, etc.

La fijación final del lugar de la vocal que surge tiene lugar en cada lengua, ya con carácter general, ya caso a caso: por razones ya morfológicas (vocalización en el lugar correspondiente al de la vocal del grado pleno), ya léxicas, palabra a palabra. Pero hay que admitir, en el principio, una entera libertad de elección en la colocación del punto silábico delante o detrás de la sonante.

Por lo que se refiere a la laringal, la unificación ha sido menor que en lo concerniente a las demás sonantes. La regla que se suele dar consiste en que el resultado es *a* (convertida en *o* en esl.), salvo en indo-iranio, donde es *i*: tipo ai. *pitā*, gr. πατήρ, lat. *pater*, gót. *fadar*, etc. Esto supondría una generalización del resultado ^{o}H, salvo en i.-i., donde se ha generalizado el resultado de $H^{i̯o}$. Pero existen en todas las lenguas restos clarísimos de $u < H^{u̯o}$ y de $i < H^{i̯o}$. Con frecuencia se ha llegado a regularizaciones secundarias de base morfológica, en las cuales al grado pleno $eu < eH^{u̯}$ (cf. II.I.4.8) responde un grado Ø $u < H^{u̯o}$, al *ei* responde $i < H^{io}$ y cuando hay un grado pleno *ē*, *ā*, *ō* responde, en cambio, *a*, con generalización de ^{o}H. Cf. los datos en II.II.2.18. Pero hay numerosísimas asimetrías en el sistema, las cuales hacen ver que es secundario. En het. encontramos *ḫu*, *u* y *ḫi*, *i* en formas aisladas como *aruna-*, *kaluti-*, *dalugi-*, *palḫi-*; y también en ciertos condicionamientos fonéticos, por ejemplo hay *u* ante desinencias con *-m* (*tumeni* de *daḫḫi*) e *i* ante desinencias con *-š* (*memišta* junto a *memaḫḫi*): en este caso hay que suponer que incluso H^{i} puede dar *u* y $H^{u̯}$ pude dar *i*, por asimilación al fonema siguiente. A veces basta comparar las diferentes lenguas para detectar las fluctuaciones *a/u* y *a/i*. Cf., por ejemplo, aaa. *anut* / lat. *anas*, gót. *miluks* 'leche' / gr. γάλα, aaa. *hiruz* 'ciervo' / gr. κέρας; o hay fluctuaciones dentro de una mis-

ma lengua, cf. aaa. *skiluf* / *skilaf* 'barco', *maruwi* / *marawi* 'blando', gr. φάραγξ/φάρυγξ, etc.

Pero son las irregularidades en el sistema de alternancias la mayor prueba de la existencia de estas vocalizaciones. Existen alternancias P / Ø del tipo vocal larga / *u* y vocal larga / *i*, por ejemplo gr. ζώννυμι/ζυγόν, ἔπλωσα/πλυτός, νᾱ́χω / ai. *snutás*, siempre con paralelos de los dos grados en otras lenguas; lat. *rēri* / lat. *rătus*, pero gr. ἀραρίσκω, ἀριθμός. La morfología nos presenta, por su parte, hermosos ejemplos. La *u* de ai. *sanumás*, gr. ἄνυσις procede a todas luces de una laringal, testimoniada por el het. *šanḫmi* y por el part. pas. del ai. *sātás* 'ganado' (< **sn̥H-*). Cf. más datos en II.II.2.17. Esto hace ver que el ai., pese a su generalización de *i*, conserva huellas de *u*, como también las tiene de *a*: cf. *haṃsás* 'cisne' junto a gr. χήν, *vagnús* 'tono' junto a lat. *vāgire*, *svadávati* junto a *svādús* 'dulce' representan grados Ø con *a*.

20. Incluso, decíamos, existe doble vocalización testimoniada en indio e iranio. Cuando intervienen las laringales hay huella de esta doble vocalización en un dominio mucho más amplio:

a) En el grupo *C-S-H-C* es una solución normal *C-ºSº-H-C*. El resultado son soluciones *ara*, *ana*, etc. visibles sobre todo en griego: ταράσσω, θάνατος, παλάμη, cf. lat. *palma* (con síncopa), *calamus*, *anas* < **ºnºH-*. Junto a la tendencia a convertir las dos vocales de apoyo en dos plenas, hay otra, el alargamiento de una de ellas: gr. θρᾱ́σσω, lat. *strātus* < **stºrºHtos*, ai. *īrmás* 'brazo' (cf. lat. *armus*), etc. En lit. el acento testimonia a veces la antigua presencia de la laringal: *n̥H* > *ìn* (no *iñ*), cf. por ej. *gìrtas* 'borracho' junto a ai. *gīrṇás*, gr. βάραθρον, de **g^ṷºrºH^ṷ₃*; en servio hay hechos paralelos, cf. II.II.6.16.

A veces hay regularizaciones en el sentido de una u otra solución, otras aparecen la una al lado de la otra. Cf. datos más de detalle *infra,* II.II.6.16, donde se habla también de los resultados *rāu* < *$rH^{u̯}$, *rāi* < *$rH^{i̯}$ ante vocal. De todos modos, hay que advertir que también son posibles vocalizaciones *C-S^{o}-H-C,* cf. gr. τέτλᾰθι junto a τάλας y τλᾱτός. Cuando la *H* es antevocálica, da resultado consonántico o cae (fenómeno secundario, cf. II.II.2.8), con lo que se obtiene *$C^{-o}S$-H-*, cf. gr. βάλλω < *$g^{u̯o}l^{o}H^{i̯}ō$.

b) En el grupo *C-H-C* no son las únicas las soluciones *C-a-C,* procedente de *$C^{-o}H$-C,* y *C-u-C, C-i-C,* a su vez procedentes respectivamente de *C-$H^{u̯o}C$* y *C-$H^{i̯o}$-C,* que hemos estudiado. Existe también *$C^{-o}H^{u̯o}$-C, $C^{-o}H^{i̯o}$-C,* con resultados, respectivamente, *C-au-C, C-ai-C.* Algunos ejemplos de *au* y *ai* en grado cero:

Gr. πιφαύσκω, germ. *baukna-* (en as. *bōkan* 'mostrar'), de *$bheH^{u̯}_2$ (otro grado Ø en gr. φᾰνερός); lat. *claudo* (*u* en gr. καλύπτω); gr. δαίνυμαι (ᾰ en ἄδᾰτος). Pero existen todavía otras posibilidades: *$C^{-o}H^{u̯o}$-C, $C^{-o}H^{i̯o}$-C* pueden resolverse con ayuda de un alargamiento compensatorio que produce, respectivamente, *C-ū-C, C-ī-C*: cf. gr. πῦρ, aisl. *fūrr* 'fuego' junto a het. *paḫḫur*; gr. ἕστῡκα, ai. *sthūrás* 'áspero', de la raíz *$steH^{u̯}_2$ (pleno *stā-, stāu-*); air. *dīnu* 'cordero', lat. *filius,* de *$dheH^{i̯}_1$ (pleno *dhē en gr. θήσατο, *dhēi en ai. *dhāyús* 'sediento'). Por otra parte, junto a las soluciones *au, ai* hay otras con asimilación de los timbres, es decir, *aHa* (de $H^{u̯}$ y $H^{i̯}$), *uHu* (de $H^{u̯}$) y *iHi* (de $H^{i̯}$), cf. II.II.2.15.

21. De todas maneras y en definitiva, exceptuando los casos con laringal, son las soluciones monosilábicas las que se han generalizado y entre ellas se ha establecido una cierta regularidad, a favor, según las lenguas y las sonantes, ya de la posición de la vocal ante la sonante, ya detrás. Un segundo

paso en la evolución ha sido, a veces, la caída de la sonante: ya lo hemos dicho para la laringal y diremos algo para las demás.

El resultado *ę* de *°n, °m* en aesl. da la solución al problema del origen de *a* a partir de las sonantes nasales en función silábica en ai. y gr. Es evidente que hay que postular que una vocal de apoyo precedente se vocaliza en *a*, que al relajarse la articulación de la nasal y desaparecer finalmente queda nasalizada; posteriormente, la nasalización se pierde y queda una simple *a*. El resultado *am* del tratamiento *C-m-C* (generalizado en el *-am* del Ac. sg. del ai., incluso anteconsonántico) hace ver que ésta ha sido la vía. En lituano encontramos todavía soluciones con nasalización *į* de *n̥, m̥*. Y hay que postularlas para época prehistórica allí donde el resultado de la nasal silábica es una simple vocal, por ejemplo en la solución ъ del aesl.

El mismo camino estaba abierto también para las líquidas. En indio medio, por ejemplo, se dan evoluciones del tipo *r̥* > *ar* > *a*: una palabra como *gaṇas* (de ide. **gr̥nos* 'reunión') es un pracritismo del sánscrito. La reducción del grupo *V-r* a vocal la conocemos perfectamente en inglés.

Así, pues, todas las soluciones de las sonantes en posición silábica, prescindiendo de la *i̯* y la *u̯*, consisten en el grupo *V-S* o *S-V* y, en casos excepcionales, *V-S-V*. Lo que llevó a Saussure al descubrimiento del antiguo valor sonántico, apto para la posición consonántica y la vocálica, de *l, r, n, m, H,* fue que aparecen en distribuciones morfológicamente condicionadas en las cuales también son posibles *i, u,* variantes vocálicas de *i̯, u̯*. Por tanto, si junto a ai. *śráyati* hay *śritás*, junto a lat. *dīco* (de *-ei-*, cf. gr. δείκνυμι) hay *dictus*, si junto a gr. ῥέϝω (de **sreu̯ō*) hay ῥῠτός, es decir, si a un grado pleno *eu, ei* responde un grado Ø *u, i,* de igual modo debe explicarse en ai. *bhr̥tás* junto a *bhárati.*

Paralelamente, si junto a una forma **ten* (ai. *tanóti,* gr. τείνω, lat. *tendo*) hay en ai. *tatás,* lat. *tentus,* etc., es lógico postular **tn̥tós.* Así se ha reconstruido todo el sistema de las sonantes.

22. En definitiva, lo que han hecho las vocales de apoyo surgidas junto a las laringales es continuar la tendencia fonológica a dar una diferencia de abertura cada vez mayor a los elementos marginales y central de la sílaba hasta llegar a convertirse éste en una vocal propia. En realidad, no conservamos testimonio directo de las vocales de apoyo: la *ə* del avéstico, la ь y ъ del eslavo (cf. II.II.6.6) son vocales ultrabreves, pero ya fonologizadas. Lo que sucede es lo siguiente: el alófono constituido por una sonante y la vocal de apoyo precedente o siguiente se reinterpreta como un grupo de fonemas, uno de ellos, por supuesto, la sonante y el otro un fonema vocálico. Pueden, en los ejemplos aludidos, crearse a partir de la vocal de apoyo vocales especiales: pero lo normal es, al contrario, que las vocales de apoyo sean reinterpretadas como vocales del sistema vocálico ya existente en ese momento: el de las vocales breves, *a, e, i, o, u.* Con ello aumenta la frecuencia de las vocales y desaparecen propiamente hablando las sonantes: no solamente sus variantes alofónicas, sino la misma posibilidad de que *l, r, n, m, H* puedan usarse en posición silábica. Son, desde ahora, consonantes como las demás. En cuanto a *i̯, u̯* ya hemos dicho que se alejan, como fonemas independientes, de sus antiguos alófonos *i, u,* convertidos en vocales. Todo esto tiene graves repercusiones en el sistema morfológico indoeuropeo. Desde el momento, en efecto, en que no existe una simetría entre los distintos grados vocálicos, en que, por ejemplo, *en* de grado pleno se confunde en lat. con *en* (< *n̥*) de grado Ø, el papel de las alternancias

vocálicas en la Morfología decrece. En realidad, llega un momento en que las alternancias constituyen, en cuanto elemento morfológico, un residuo que se conserva principalmente en algunos temas verbales irregulares, tales los de la conjugación fuerte de las lenguas germánicas; y fuera de ahí son consideradas como hechos puramente lexicales.

23. El timbre de la vocal de apoyo tiende a fijarse en cada lengua, según hemos dicho, de una manera diferente; a veces varía según se trate de una u otra sonante. Y también puede ocurrir que la fijación o fijaciones del timbre varíe de dialecto a dialecto. Todo esto hace pensar que la fijación del timbre de la vocal es un proceso reciente, una regularización simplemente.

En realidad, las cosas discurren de manera diferente para la laringal y para las demás sonantes. La vocal desarrollada delante de la laringal es *a*, lo cual depende de ser las laringales fonemas especialmente abiertos. En cambio, la vocal que se desarrolla detrás de las laringales toma el timbre *u* tras las labiales y el timbre *i* tras las palatales: cosa nada extraña, el timbre es atraído por el carácter labial o palatal, respectivamente. Todo lo anterior se aplica igualmente a los grados Ø *au, ai*: la *a* se ha desarrollado delante, la *u* o *i* detrás; y a los grados Ø *ū, ī*: la *u* y la *i* se han alargado por la metátesis de cantidad, al desaparecer la vocal de apoyo que precedía a la laringal.

La única excepción a estas reglas es la basada en la existencia de algunas asimilaciones: en hetita encontramos una asimilación progresiva *aḫa* y asimilaciones regresivas *uḫu, iḫi*. Tenemos, por ejemplo, *pa-aḫ-ḫa-aš-mi* de la raíz *peH^{u}_{2} 'proteger', *tuḫ-ḫu-uš-zi* 'se lleva', de *$dheH^{u}$. Fuera del het. puede citarse quizá ai. *muhúr* 'al momento', de *meH^{u}_{1}, cf. en grado pleno het. *meḫur* 'tiempo', lat. *pāsco* con contrac-

ción *aHa* > *aa* > *ā* (si no es analógico del grado pleno *pāui*).

Las demás sonantes no afectan al timbre de la vocal de apoyo: con cualquiera de ellas se encuentran todos los timbres en unas u otras lenguas. En realidad, existían desde el principio dos tendencias diferentes a la fijación de los timbres:

a) Una tendencia es al timbre *a*, es decir, a la vocal más abierta, la que proporciona una sílaba más estable. Es la tendencia que ha triunfado en ai. (para *n̥*, *m̥*), griego (con ciertas excepciones), en parte en celta, hetita, tocario; hay ejemplos sueltos en latín y germánico.

b) Otra tendencia es al timbre de las consonantes en contacto: a timbres abiertos (*i*, *e*) junto a dentales y *s*, a timbres cerrados (*u*, *o*) junto a guturales y labiales. Pero existían demasiadas dificultades para que una ley fonética de este tipo triunfara. Aparte de la tendencia a *a*, sucede que no sólo la consonante inmediata a la vocal de apoyo influye, sino también otra más separada, por ejemplo, en el grupo *C-°S-C* no sólo la primera, sino también la segunda consonante puede influir. Además, en el curso de la flexión puede variar la consonante en contacto. Se ha llegado, así, a la unificación de los timbres, al menos en una determinada medida.

24. En efecto, la unificación de los timbres no es absoluta. Ello es tolerado por el sistema fonológico, dado que en él se encuentran todas las vocales; incluso cuando éstas no son las antiguas *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, si a partir de la vocalización de las sonantes se han creado, como ocurre en eslavo, los fonemas vocálicos ь y ъ, al existir los dos puede haber fluctuación entre ambos.

Las excepciones a la regla que fija el timbre de las vocales desarrolladas junto a las sonantes, en forma diferente para las distintas lenguas y, a veces, para las distintas sonantes, son, en definitiva, restos de antiguas evoluciones que tendían a su vez a una regularidad fonética. La nueva regularidad ha permitido la subsistencia de restos de las otras regularidades que en un momento se repartían el campo: sencillamente, en lugar de determinarse el timbre de las vocales según las consonantes en contacto, ahora se determina sobre el único dato de que se trata de tal sonante silábica; y si se admitía la existencia de alófonos de timbre libre, ahora la misma se restringe o elimina.

Las excepciones son de los siguientes tipos:

a) Aparece *a* en lenguas o dialectos con otro timbre, en cualquier distribución. Por ejemplo, el lat., que tiene r̥ > *or*, presenta ocasionalmente *ar*, *ra*: *frango, carpo, flagro, gradior, magnus, partus,* etc. En het. hay frecuentemente *ur*, pero también *ar*: *ešḫar* 'sangre', cf. ai. *asṛk*. Lo mismo en germánico, cf. aisl. *ganga* 'ir' junto a afris. *gunga*, gót. aaa. *graban* 'cavar' junto a aaa. *grubilon.* En eolio, en griego, donde lo normal es *o*, hallamos a veces *a*: beoc. πετράτη, arc. δαρχμά, etc., también hay ejemplos micénicos. En celta hay igualmente formas con *a* sin contexto fónico determinado: galo *magios* en *Magiodunum, vertragus* 'perro veloz'.

25. *b*) Los otros timbres aparecen a veces en las distribuciones a que hemos aludido en lenguas que normalmente presentan otros. Por ejemplo, el griego en general, que es una lengua con *a*, presenta *u* en γυνή, γλυκύς, τρύξ, etcétera; *i* en ῥίζα (< **u̯r̥di̯ə*). Basta sencillamente con que se pierda el sentido de la raíz o con que a dos timbres distintos se atribuyan dos sentidos diferentes, para que la ten-

dencia regularizadora fracase: cf. ἄγυρις junto a ἀγείρω, βρόγχος 'tráquea' junto a βράγχος 'ronquera'. En otras lenguas ocurren cosas semejantes. Cf. en lat. formas con *ur, ul* en vez de *or, ol*: *currus, furfur* (cf. *farina*), *curtus* (cf. *caro*), *furnus* (cf. *fornax*). En het. suele haber *ur, ul* junto a gutural y laringal: *ḫurkel, ḫurtaiš, ḫurnai-*, etc., siempre con °*r*. Ejemplos del irlandés: *dluigim* 'parto', *totluch* 'pedir', etc. (el tratamiento normal es *li*).

c) En ai., báltico y eslavo alternan los timbres *i* e *u*, sin reglas claras de distribución, aunque en relación con la consonante precedente. Al *il, ul* del lit. responde en aesl. *l*ь, *l*ъ, seguramente de ь*l*, ъ*l*. Posiblemente, la *i* y *u* antiguas, más breves que las ordinarias, se han hecho vocales normales en báltico y, por razones desconocidas, han permanecido ultrabreves en eslavo, pero ya fonologizadas. En todo caso, dos tendencias contrapuestas a extender los timbres contrarios han encontrado el equilibrio al admitirse ambos timbres con repartos secundarios. También para *n̥, m̥*: hay una fluctuación en aesl.: ę/ъ.

Puede verse, en suma, que la regularidad en el tratamiento de las sonantes vocálicas es menor de lo que se suele postular. A veces hay repartos, como los que regulan las soluciones del airl.; o un dialecto generaliza un timbre especial, caso del eolio, aqueo y micénico en griego (cf. II. II.6.12). Pero aun en estos casos las excepciones son frecuentes.

26. Conviene hacer referencia, finalmente, a otra distribución: el grupo *C-S-V*. Aquí hay que aludir, otra vez, a cuestiones de silabación.

El tratamiento normal es evidentemente el monosilábico: tras la consonante, la sonante mantiene su forma consonántica, es decir, *l, r, m, n, i, u*, H^{i}, H^{u}. Esta forma consonán-

tica permanece inalterada en las distintas lenguas indoeuropeas en el caso de líquidas y nasales (con excepción de la conversión de *l* en *r* en sánscrito); *i̯*, *u̯* evolucionan en cada lengua según las leyes propias, que ya hemos indicado, pero añadiéndose determinadas evoluciones de los grupos *C-i̯* y *C-u̯*; H^{i}, H^{u} consonánticas dan, como ya sabemos, *i̯* y *u̯* respectivamente, las cuales a su vez siguen la suerte de estas sonantes consonánticas. Hemos indicado, de todos modos, que la citada evolución de H^{i}, H^{u} no se da ante *i*, *i̯*, *u*, *u̯*, distribuciones en las cuales tiene lugar la caída del apéndice, con lo que fuera del anatolio, una vez caída *H* (testimoniada en hetita por *ḫ*), no queda huella de la laringal. Y veremos que incluso ante *e*, *o* la laringal cae a veces sin dejar rastro, por efecto de hechos analógicos (cf. II. II.2.8).

El mantenimiento de las sonantes consonánticas *l*, *r*, *m*, *n* está bien testimoniado: cf. II.II.6.10. El de *i̯*, *u̯* es por el momento teórico, en espera de decidir si algunas de las *i̯*, *u̯* a que nos referimos no proceden realmente de H^{i}, H^{u}. Conviene, por ello, insistir más en el tratamiento de las laringales consonánticas citadas.

H^{u} > *u̯* tras consonante lo encontramos en una serie de casos en que otras formas de las mismas raíces nos testimonian la antigua presencia de la H^{u}: gr. δέρϝα 'cuello' de *$g^{u}erH^{u}_{3}$* 'tragar' (cf. Ø/P gr. ἔβρων, Ø/Ø gr. βάραθρον, ai. *gariṣyáti*); lat. *aruum*, galés *erw* 'campo' de *$H_{2}erH^{u}_{2}$* 'arar' (cf. lat. *arātrum*); lat. *ceruus* de *$kerH^{u}_{3}$* 'cabeza', 'cuerno' (cf. Ø/P gr. κρώβυλον, P/Ø gr. κέρας). Del mismo modo la H^{i} > *i* tras consonante: gr. βάλλω < -i̯ω, lit. *gurliù* de *$g^{u}elH^{i}$* 'arrojar'; gr. μαίνομαι, aesl. *мьnję*, ai. *manyate* 'pensar' de *$menH^{i}$* (Ø/P en gr. ἐμάνην, aesl. *мьnĕxъ*). Formas como lit. *žélvas* 'verdoso', *kálvis* 'herrero' de *$ghelH^{u}_{3}$* y *$kerH^{u}_{3}$*, respectivamente, llevan la misma acentuación pro-

pia de los grupos *V-S-H-C* (II.II.6.17), que es testimonio de una antigua vocalización *V-S-°H*.

27. Existen, junto a estos tratamientos, otros disilábicos, testimoniados para *l, r, n, m,* $H^{u̯}$, $H^{i̯}$. Consisten en un desplazamiento del límite silábico: en el grupo *C-S-V* se introduce ante la sonante una vocal de apoyo, luego convertida en plena, tras la cual está dicho límite. Nos hallamos, pues, ante un caso de vocalización, en parte diferente del anteriormente tratado de *C-S-C*.

La diferencia radica, naturalmente, en que aquí es forzoso que la vocalización se produzca delante de la sonante. Al quedar así la sonante como intervocálica y no ser, por tanto, segundo elemento de diptongo, su evolución es la propia de la posición intervocálica: o sea, un tratamiento consonántico normal. La *l, r, n, m* se mantienen; $H^{u̯}$ da *u̯*, $H^{i̯}$ da *i̯*, que siguen la evolución propia de estos fonemas en cada lengua; *u̯, i̯* indoeuropeos han debido confluir con estos otros *u̯, i̯*. Por tanto, no son admisibles los resultados con pérdida de las líquidas y nasales, como los que hemos visto en el grupo *C-S-V*. Así en gr. a una solución *n̥, m̥* > *a* en dicho grupo, responden soluciones αν, αμ en el *C-S-V*. Cf. los detalles *infra,* II.II.6.13.

Por otra parte, hay una diferencia de cronología entre los dos tipos de vocalización. En ai., que presenta todavía *l̥, r̥* en el grupo *C-S-V*, da ya *il, ul* e *ir, ur* en el grupo *C-S-V*: cf., por ej., *tiráti,* con grado Ø de la raíz, junto a *taráti,* con grado P. La vocalización es, evidentemente, más antigua en el caso que estamos ahora estudiando.

Esto, más el hecho de que la distribución es diferente, tiene una segunda consecuencia: no siempre coincide el timbre de los dos tipos de vocalización en la misma lengua, aunque sea desde luego lo más frecuente. Por ejemplo, en

lat. hay *n̥* > *en* en el grupo *C-S-C*, pero *an* en el *C-S-V* (*manēre* de *m^on-, cf. el grado P en gr. μένω); en aesl. *n̥* > *ę*, ъ en el *C-S-C*, pero ьn en el *C-S-V* (*mьněti* junto a gr. μανῆναι). Por lo demás, hay que recordar que, una vez más, los timbres son el resultado de un proceso regularizador, habiendo quedado huellas de las diversas soluciones antiguas. Los dos timbres *i, u* del ai., báltico y eslavo conservan una cierta relación con las consonantes precedentes, aunque el asunto no está completamente aclarado. Por otra parte, sucede a veces que se han mantenido en una misma palabra dos timbres diferentes, lográndose un doblete con diferencia lexical: gr. κάλιξ/κόλιξ.

28. La solución esperada del grupo *C-H-V* es evidentemente con vocalización *a*: $C\text{-}^oH^{u̯}\text{-}V$ > *C-au-V*, $C\text{-}^oH^{i̯}\text{-}V$ > *C-ai-V*. Es decir, esperamos, y los datos confirman esta espera, resultados *au̯, ai̯*; junto a ellos hallamos en hetita *aḫu, aḫi*. Cf., por ej., gr. κεραϜός junto a κέρας y lat. *ceruus*; ταναϜός junto a gr. τανός y lit. *tìnti* (que testimonia **tn̥H-*); lat. *lauo* (cf. het. *laḫuzzi* 'vierte'); aesl. *krovъ* 'techo', cf. gót. *hrōt* 'íd.'; gr. δαίομαι, junto a ai. *dắti* 'el parte'; gr. σκαιός, cf. σκηνή.

Sin embargo, nos encontramos también ante una solución *uu̯, ii̯*. Aquí podría pensarse en un influjo analógico del timbre de la *u, i* sobre la *a* y no es imposible que a veces haya sucedido así, cf. *supra* sobre el grupo $C\text{-}^oH^o\text{-}C$; pero es más probable otra solución, a saber, que se trate de una nueva silabación que puede introducirse en cualquier momento desde que existe tras *C* una *u, i* consonántica (procedente de $H^{u̯}$, $H^{i̯}$ o de *u, i*). De igual manera, en cualquier momento pueden crearse nuevas anaptixis ante *l, r, n, m*: tipo español *corónica, Ingalaterra*. Son constantes que se

basan en la explotación de posibilidades de silabación alternativas.

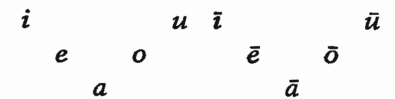
Encontramos, efectivamente, *H*$^{u̯}$ > *uu̯* y *H*$^{i̯}$ > *ii̯* en casos numerosos. Cf., por ej., ai. *dúvas* 'regalo', lat. *duam* de **deH*$^{u̯}_{3}$ 'dar' (cf. gr. δίδωμι); aesl. *zlъva* 'cuñada' junto a lat. *glōs*; lat. *genui, ingenuus* junto al grado Ø/P de gr. κασίγνητος y al Ø/Ø de lat. *nātus*; lat. *hiāre*, aesl. *zijajǫ* junto a P *ē* en maa. *gāgel* 'paladar'; aesl. *sijati* 'orillar' junto a P en gr. σκηνή. Los sufijos con *i̯* derivados de aquí y morfologizados conservan en algunas lenguas la posibilidad de los dos tratamientos: cf., por ej., en gr. ἅζομαι/ἅγιος. Aquí ya no hay recuerdo de la laringal, solamente una capacidad de la *i̯* de ella resultante para el doble tratamiento. Pero otras lenguas regularizan en uno y otro sentido; por ej., el lat., bált. y esl. extienden la solución disilábica, el ai. y gr. las más veces la monosilábica. En ocasiones hay huellas de regularización puramente secundaria, cf. así en gr. δύω/δώδεκα. No hay que decir que la *i̯*, *u̯* intervocálicas corren en cada lengua la suerte que es propia de las mismas: por ej., en gr. y lat. caen entre *i* y *V*.

Conviene no confundir la *uu̯*, *ii̯* de que estamos hablando con la resultante de *uH*$^{u̯}$, *iH*$^{i̯}$. Existe, sobre todo, un modelo de declinación *-uH*$^{u̯}$ > *-ū* / *-uH*$^{u̯}$*-V* > *uu̯V*, *iH*$^{i̯}$ > *-ī* / *-iH*$^{i̯}$*V* > *ii̯V*: ai. *bhrū́ṣ* / *bhrúvas* 'ceja', gr. ὀφρῦς / ὀφρύος, ai. *dhī́ṣ* / *dhíyas* 'pensamiento', gr. κίς / κιός. Tampoco hay que confundir con *i̯i̯*, *u̯u̯*, sobre los cuales cf. II.II.6.3-4.

3. EL SISTEMA CENTRAL: FONEMAS VOCÁLICOS Y SUS ALÓFONOS

1. Hemos dejado claro que consideramos que el vocalismo indoeuropeo presenta dos etapas, una más antigua

en que sólo dispone de una oposición *e/o*, no siendo la cantidad rasgo relevante, y otra más reciente en que existían cinco vocales breves y otras cinco largas:



Se trata de un sistema con tres grados de abertura y con tres localizaciones, existiendo en cada intersección de estos dos rasgos dos fonemas, uno largo y uno breve. Es un sistema muy diferente del arcaico, en el que existían solamente dos localizaciones y una sola abertura, no siendo relevante la cantidad. En este sistema hemos de admitir, ciertamente, la presencia ocasional de la *a* como fonema expresivo, cf. II.I.4.1.

El sistema arcaico no se conserva íntegro en parte alguna y hemos de reconstruirlo a partir del más reciente. Dicha reconstrucción se basa en los siguientes hechos:

a) Las vocales *i, u* del sistema reciente no son otra cosa que los alófonos vocálicos de las antiguas *i̯, u̯*, o bien de *i̯, u̯* más recientes, derivadas a su vez de *H*$^{i̯}$, *H*$^{u̯}$. Su fonologización se ha producido cuando, al desaparecer el sistema de las sonantes, los fonemas *i̯, u̯* son incluidos en el sistema de las consonantes. Pero esto ha debido de suceder en forma y fecha independiente según las lenguas: mientras había *i/i̯, u/u̯* en distribución complementaria, se sentían como alófonos; y las evoluciones fonéticas de que hablamos en II.II.6.5 se refieren lo mismo a vocales que a alófonos vocálicos de sonantes.

b) Las largas *ī, ū* proceden en muchos casos de *iH, uH*: cf., por ej., lat. *uīuos*, lit. *gývas*, aesl. *zivъ*, ai. *jīvas* < **g*$^{u̯}$*iH*$^{u̯}_{3}$ (cf. el grado P **g*$^{u̯}$*eH*$^{u̯}_{3}$ en gr. ζῷον); ai. *dhūmós*, lat. *fūmus*,

gr. θῡμός de *$^*dhuH^{u̯}$*, cf. het. *tuḫḫueššar/tuḫš-*. Otras veces, *ī, ū* vienen de *$^{*o}H^{i̯o}$, $^{o}H^{u̯o}$*, cf. *infra*, II.I.4.27. Pero también las largas *ē, ā, ō* proceden del grupo *V-H*: cualquiera de las dos vocales *e* y *o* se alargaba por efecto de una laringal y tomaba el timbre de ésta.

c) Las largas que no proceden de *V-H* tienen funciones propiamente morfológicas: marcan el N. sg. animado, la des. de N. pl., ciertos perfectos y ciertos causativos, etc. Otras veces diferencian palabras, pero su función morfológica es predominante.

De todo esto se obtienen las siguientes conclusiones. Es el alargamiento de una vocal por efecto de la laringal siguiente el que ha creado las vocales largas, de igual modo en que diversas lenguas una aspiración que sigue a una vocal la alarga al desaparecer. Frente a estas largas, las antiguas *e, o* indiferentes se han sentido como breves: la oposición breve/larga se crea así por una polarización que nace del grupo *V-H*. Pero, una vez creada, la oposición se ha explotado para introducir una diferencia formal allí donde se sentía muy claramente la existencia de funciones diferentes de una misma forma: para oponer, por ejemplo, un N. a un V. sg., un perfecto a un presente, incluso dos acepciones de una misma palabra (con lo cual se crean dos palabras diferentes).

2. Hemos dicho que el sistema arcaico no se conserva puro en ninguna lengua testimoniada históricamente. En hetita, concretamente, encontramos el siguiente panorama:

a) Hallamos las vocales *e* y *a*; bajo esta última se ocultan ya la antigua *o*, ya una *a* del sistema marginal o procedente de vocalizaciones de sonantes (incluida la vocalización de laringal), o bien del grupo *H-V* o *V-H*. En resumen, el sistema vocálico ha pasado de ser *e/o* a ser *e/a*;

pero ignoramos si realmente se trata de un proceso fonético, pues quizá haya que ver en la transcripción uniforme por *a* de las antiguas *o* y las antiguas y nuevas *a* un hecho puramente gráfico, al carecer el silabario cuneiforme usado por el hetita de signos que noten la *o*. Si esta última fuera la explicación, el sistema vocálico hetita sería *e/a/o*.

b) Dado que no podemos establecer la cantidad de las vocales con ayuda del imperfecto sistema gráfico del hetita, no resulta claro en qué medida el sistema *e/a*, o bien *e/a/o*, encubre dos sistemas, uno de vocales breves y otro de largas. Ahora bien, si tenemos en cuenta que los documentos hetitas presentan *eḫ, aḫ* ante consonante y en final, pero también simplemente *e, a* (notado a veces con grafía doble), parece lógico postular que en este último caso tengamos que habérnoslas con vocales largas. Es posible que grafías como *la-a-ma-an* 'nombre' (cf. lat. *nōmen*), *pa-a-aš-zi* 'él bebe' (cf. gr. πώνω) y otras testimonien la vocal larga, si bien otras veces la vocal se escribe simple (*e-ša-ri* 'se sienta', cf. gr. ἧμαι). El doblete *na-aḫ-ḫu-un* / *na-a-ḫu-un* 'reverencié' lo he interpretado en otro lugar como indicando la segunda forma alargamiento de la vocal por caída de la primera *ḫ*. De todas maneras, el sistema de oposiciones breve/larga debía estar apenas iniciado: es claro que no existe oposición morfológica breve/larga, como en indoeuropeo posterior. Esta oposición se crea, sobre el modelo de las distribuciones con laringal, para marcar ciertas oposiciones morfológicas que en anatolio no existían o tenían una existencia funcional, no formal. Cf. más detalles en Parte VI.

c) Aunque *i, u* se marquen con signos diferentes de las formas consonánticas que en nuestra transcripción notamos *y, w*, no es fácil sacar conclusiones sobre la pronunciación de éstas ni sobre si las primeras eran sentidas como alófonos o ya como vocales. En cuanto a la cantidad de la *i, u*,

pueden decirse cosas análogas a las dichas a propósito de *e*, *a*. Tras ellas se conserva con frecuencia la *ḫ*.

El indoeuropeo posterior conserva huellas de un antiguo empleo prefonológico de la cantidad al servicio de la expresividad: en diferentes palabras expresivas, en adverbios y pronombres de origen deíctico y en otros casos más se encuentran, efectivamente, vacilaciones de cantidad que sólo como fijaciones secundarias a partir de un estadio en que la cantidad no era relevante fonológicamente son explicables. Cf. II.I.4.3.

3. Por tanto, el sistema vocálico *e/o* solamente en una época anterior a la diferenciación del anatolio se encuentra en su estado puro: en una época en que las laringales se conservaban intactas y en que, por supuesto, la Morfología no utilizaba la oposición pleno/alargado: sólo en el indoeuropeo posterior empezó a hacerlo.

Dado que la oposición *e/o* se utiliza en la Morfología indoeuropea para marcar diversas oposiciones, por ejemplo, para oponer verbo y nombre o ciertas personas del verbo a otras, se presenta la cuestión de si no habrá nacido junto con dichas oposiciones morfológicas: es decir, si no será un resultado de la creación de las mismas, como la oposición breve/larga hemos propuesto que es el resultado de la creación de diversas oposiciones, que reciben así una marca formal. Habría que postular en ese caso que en un estadio más antiguo todavía había una sola vocal que en determinadas distribuciones desarrollaba un alófono *e* y en otras un alófono *o*, alófonos fonologizados secundariamente de resultas de su morfologización. Y como no sólo *e* y *o*, sino también *Ø*, es decir, la falta de vocal en una distribución en que otras veces la hay, tiene valor morfológico, surge inmediatamente la hipótesis de que en deter-

minadas circunstancias ha caído la vocal y el grado Ø se ha morfologizado luego.

Concretamente, se han hecho varias propuestas en este sentido. Una de ellas consiste en postular que la caída de la vocal ocurre en posición átona en una época del indoeuropeo en que el acento era de intensidad; y que luego, siendo el acento ya musical, la vocal es *e* bajo el acento y *o* fuera de él. Esto explicaría, por ej., gr. ἔλιπον/λείπω/λέλοιπα.

Pero esta hipótesis y otras más comportan demasiadas dificultades. En nuestra exposición de la Morfología (cf. VI. IV.1.1 ss.) proponemos soluciones diferentes. Limitándonos ahora a la oposición *e/o*, pensamos que es el estadio más antiguo del Indoeuropeo que podemos alcanzar. Las dos vocales han sido evidentemente morfologizadas en varios sentidos, pero hay huellas de palabras en que una u otra vocal eran insustituibles: eran puros fonemas con valor solamente distintivo. Estas palabras representan el estrato más antiguo, anterior a las morfologizaciones de las dos vocales.

4. Pasando ahora al sistema reciente de cinco vocales breves y cinco largas, aunque, lo repetimos, la *i* y la *u* en algunos casos han continuado siendo simples alófonos, hemos de insistir en que representa un aumento considerable del elemento vocálico respecto al sistema más antiguo. A las antiguas vocales y sus resultados en contacto con laringal, así como a la *a* del sistema marginal, se han añadido numerosas vocales procedentes de las vocales de apoyo que surgían incluso en contacto con las sonantes, incluidas las laringales; y las que surgían incluso entre consonantes, cf. *infra*, II.I.4.22. Se han añadido también las formas vocálicas *i, u* de las antiguas *i̯, u̯*.

Pero la representación de un sistema vocálico con diez vocales, distribuido en dos sistemas simétricos, uno de vocales breves y otro de vocales largas, es insuficiente. Al lado de cada una de seis de estas vocales estaban dos variantes con cambio de timbre al final: una terminada en *-i* y otra en *-u*, es decir, dos diptongos. A los tres diptongos breves respondían los tres diptongos largos (*ai, ei, oi*; *āi, ēi, ōi*).

Sin embargo, este panorama, en el cual parte de los diptongos breves y la totalidad de los diptongos largos proviene de la evolución de grupos *V-H*, no fue de larga duración: en realidad, solamente en griego lo vemos funcionando ante nuestros ojos. Los diptongos largos, sobre cuyo origen hemos de insistir todavía, estaban particularmente mal integrados en el sistema. De un lado existía, efectivamente, la proporción vocal breve / diptongo breve // vocal larga / diptongo largo; pero, de otro, es claro que un diptongo breve equivalía a una vocal larga y hemos de suponer que un diptongo largo equivalía, en realidad, a una vocal más larga que las ordinarias. Sabemos, efectivamente, que en las lenguas que mantenían la oposición de cantidad, los diptongos llamados breves se contaban como una vocal larga. Pero en griego, única lengua, como decimos, que conserva diptongos largos, éstos se cuentan también como una larga ordinaria: no llegó a constituirse un sistema de tres cantidades. Es posible, ciertamente, que diptongos físicamente de cantidad diferente fueran contados en el sistema de oposiciones como equivalentes, opuestos simplemente a la cantidad breve. Pero esto les colocaba en un estado de tensión o desequilibrio. Y más dado que, desde siempre, los diptongos largos de tipo *āi, āu* alternaban libremente con las largas correspondientes, en nuestro ejemplo con *ā*.

Así, es claro que un diptongo *ei* procedente de *e-H*^{i} (cf. II.I.4.23) había de ser por fuerza en el origen más largo

que *ĕ*; y un diptongo *ēi*, procedente de *eH-H*^{i} (cf. lug. cit.) era a su vez más largo que *ē*, procedente de *eH*. Por ello, el paralelismo *e/ei // ē/ēi*, basado en la correspondencia de los primeros elementos, se rompía: los diptongos largos desaparecieron, bien perdiendo el último elemento, bien abreviando el primero. Y los breves quedaron colocados al lado de las vocales largas.

Pero estos diptongos breves, así como los largos abreviados, tendieron o bien a monoptongarse o bien a consonantizar el segundo elemento; según hemos expuesto ya, en el primer caso producían vocales que, si ello ocurría mientras se mantenía aún el sistema de oposiciones de cantidad, eran largas; en el segundo se creaban vocales breves. Esto no quiere decir que los diptongos desapareciesen: ya hemos dicho (II.I.2.11) que en cualquier momento pudieron crearse otros nuevos.

En definitiva, los diptongos quedaron integrados en el sistema de las vocales, en vez de ser formas mixtas de vocal y sonante; suministraron un sistema adicional al de las vocales largas, mientras éstas existieron, y al de las vocales en general, luego. Prescindimos ahora de ellos, salvo en la medida en que hemos de hacer alusión a algunas vocales resultantes de los mismos y a su inserción en el sistema vocálico propiamente dicho de algunas lenguas.

5. El sistema de las cinco vocales breves y las cinco largas sufrió en las diversas lenguas algunas evoluciones que se refieren a los timbres y otras que se refieren a la cantidad, que acabó por ser antes o después eliminada como rasgo relevante en casi todas partes. Ambas evoluciones están a veces en estrecha conexión.

La más importante evolución relativa a los timbres es la que hizo que un área importante del indoeuropeo confun-

diera *a* y *o*, lo mismo las breves que las largas, y otra área más reducida, la del indo-iranio, confundiera *a*, *o* y *e*. Concretamente:

a) El indo-iranio confunde *a*, *e*, *o* en *a* y *ā*, *ē*, *ō* en *ā*. En el distinto tratamiento de las labiovelares según la vocal que siguiera se percibe aún la antigua diferencia de timbres: cf. ai. *cakāra*, *jagāma* < **k^{u}ek^{u}ore*, **g^{u}eg^{u}ome*. El doble sistema de tres vocales se reduce así a una simple oposición *a*/*ā*. Pero en ai. los diptongos breves en *-i* monoptongan en *e* (larga) y los en *-u* en *o* (larga); evolución que en fecha posterior realizó también el iranio. Así resultó un sistema desequilibrado, con sólo una vocal breve *a* y tres vocales largas *ā*, *ē*, *ō*, a las cuales hay que sumar los diptongos *ai*, *au* (escritos a veces *āi*, *āu*), procedentes de los antiguos diptongos largos. Por otra parte, subsisten las oposiciones *ĭ*/*ī*, *ŭ*/*ū*.

b) En báltico, eslavo, germánico, quizá en hetita (cf. I.II. 3.1), *a* y *o* se confunden en *a* (que luego en eslavo dio *o*). En tocario la situación es compleja, hay huellas de confusión, pero también otras de distinción. Inversamente, en germánico *ā* y *ō* se confundieron en *ō*; en eslavo y báltico en *ā*, primeramente. Ahora bien, dado que el eslavo cambió luego la *a* en *o*, la nueva *ā* procedente de *ā*, *ō* indoeuropeas se escribe simplemente *a*, sin dejar por eso de ser larga. A su vez, el báltico mantiene a veces una *ā* que se opone a la *a* procedente de *a*, *o* breves, así en antiguo prusiano y letón; pero en lituano y en el mismo letón es más frecuente *uo* en las formaciones antiguas, mientras que en las recientes el lituano ha generalizado *o*, con lo que ha venido a coincidir con el germánico. En cuanto al hetita, de presentar las largas (cf. II.I.3.2), están confundidas, fonética y/o gráficamente, en *a*. En tocario, *ā* y *ō* parecen coincidir en *ā* (la *ō* del tocario procede de diptongos en *-u*). Continuó la

distinción de los timbres, *e, o, a* en gr., itálico, latín, celta, armenio, tocario; en las demás lenguas se reconstruyeron, a partir de diptongos o mediante determinadas evoluciones, los mismos timbres.

6. La cantidad se conservó como rasgo relevante para distinguir fonemas vocálicos de los timbres centrales en las fases antiguas del indo-iranio, griego, tocario, eslavo (donde ha continuado hasta hoy), báltico, germánico, latín, itálico y celta (en air. sólo en la primera sílaba, salvo excepción). Sólo en parte las diferencias de cantidad son marcadas por la ortografía. Por ejemplo, lo son sistemáticamente en ai. (silabario devanagarī) y en el tocario, cuyo sistema gráfico deriva del de aquél; también se marcan en iranio. Pero el alfabeto griego sólo ha encontrado modo de marcarlas para la *e* y la *o*, no para la *a*. Otras veces se marcan sin regularidad: es el caso del air., donde la larga se indica con un acento, procedente del *apex*. O, simplemente, no se marcan, como en latín.

Pero hay que notar que a veces, según hemos señalado, la distinción de cantidades se ha doblado con una distinción de timbres: en germ. antiguo la *a* es breve y la *o* larga y en eslavo al revés, por ejemplo. Por otra parte, hay numerosas innovaciones de las lenguas particulares que han creado nuevas largas: monoptongación de diptongos, contracciones, alargamientos de vocales breves en ai., gr., lat., celta, etcétera. Otras veces se han borrado las antiguas diferencias de cantidad para introducirse otras nuevas: así, la *ā* del tocario procede ya de *ē*, ya de *ā*, ya de *ō*, mientras que hay una *ā* que viene de diversas vocales breves o de una anaptixis.

Hay, luego, abreviaciones de vocales breves: de un lado, en posición final (cf. II.II.8.8); de otro, en sílabas átonas

en lenguas con acento ya de intensidad. Por ejemplo, ide. *ē* aparece en gót. en sílabas sin acento como *ă*; en air. se abrevian en sílaba interior todas las antiguas breves; en tocario el fenómeno de la abreviación de breves es frecuente. Por otra parte, hay múltiples fenómenos de cambio de timbre, sobre todo dentro de los diferentes dialectos, en determinados contextos. Nos referimos sobre todo al «Umlaut» de las vocales germánicas, que se dejan influir por una *i*, *j* o *u* de la sílaba siguiente y a fenómenos semejantes de alternación del timbre por obra de las vocales siguientes en los dialectos celtas. En términos generales, estas alteraciones secundarias no alteran el sistema, pues por medio de diversas compensaciones suele seguir manteniéndose intacto.

El eslavo añadió un tercer escalón a la oposición de cantidades, pero también ligado al timbre: hay una ь, ъ ultrabreves, en las que se unificaron las vocales de apoyo surgidas tras laringal y las antiguas *i*, *u* breves, al contrario de lo sucedido en las demás lenguas; junto a ellas hay *i*, *u* largas (procedentes de las largas indoeuropeas o de diptongo), faltando en estos timbres la cantidad breve.

La oposición *i*/*ī*, *u*/*ū* se conservó en general, fuera de este caso, como una oposición entre breve y larga: ya sin distinguirse en la ortografía, ya distinguiéndose (lit. *i*/*y*, gót. *i*/*ei* = *ĭ*/*ī*). A veces hay simultáneamente diferencias de timbre: en gót. hay *aí*, *aú* de *ĭ* (y *e*), *ŭ* ante *h*, *r* (en aaa. hay *e*, *o*), mientras que *ī*, *ū* dan siempre *ei*, *ū* respectivamente; en air. hay *i*, *e*, de *ĭ* y *u*, *o* de *ŭ*, pero sólo *í* de *ī* y *ú* de *ū*. En tocario no se distingue el carácter breve o largo de la *i* y la *u* procedentes de las *ĭ*, *ŭ* indoeuropeas.

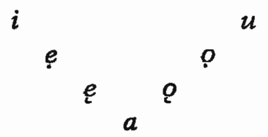
7. Pese a las alianzas de la cantidad vocálica con el timbre, resulta más usual que las lenguas que han conser-

vado las diferencias de cantidad hayan reconstruido de un modo u otro el antiguo sistema, de tal manera que haya vuelto a haber dos variantes, larga y breve, de cada una de las vocales. Por ejemplo, el gótico, que ha confundido *i* y *e*, los confunde en *i* en general, pero en las distribuciones ya mencionadas, en *aí* (es decir, *e*). El air., que confunde *ī* y *ē* en *í*, tiene sin embargo una *ē* procedente de *ai*. En tocario suceden cosas semejantes. En griego jónico-ático, donde *ā* pasa a *ē*, la *ā* se reconstruye a partir de alargamientos y contracciones, aparte de que en ático la *ē* vuelve a *ā* tras *i*, *e*, *r*. Otras veces, el sistema antiguo es conservado, pero ciertos fonemas aumentan su frecuencia: así, en latín hay nuevas *ū* procedentes de los diptongos *eu*, *ou*, *oi*.

Pero no siempre ocurren así las cosas: hay ocasiones en que el sistema se complica haciendo intervenir nuevos factores. En ciertos dialectos del griego, por ejemplo, el sistema de las vocales largas se organiza a base de cuatro aberturas en vez de tres: las nuevas *ē* y *ō* procedentes de alargamientos y contracciones son cerradas, lo que polariza a las antiguas convirtiéndolas en abiertas. Éste es el sistema del jónico-ático y de ciertos dialectos dorios. En eslavo la correlación de cantidad se entrecruza con otra que opone vocales postpalatales (*o* breve / *a*, *y*, *u* largas) y prepalatales (*e* breve / *ě*, *i*, *ju* largas), algunas procedentes de los diptongos. Por otra parte, las breves *e* y *o* son cerradas, las largas *a* y *ě* son abiertas; en báltico, en cambio, abren las breves y cierran las largas. Hay, además, en algunas lenguas correlación de labialización (la *u* se hace *ü* en jónico-ático) y de nasalización (más o menos completa, en eslavo y báltico, a partir de ciertas sonantes silábicas y en eslavo del diptongo *V-m*, *V-n*). Pero ha sido la conversión del acento musical indoeuropeo en acento de intensidad la que a corto o largo plazo ha acabado por arruinar el sistema de las dos

cantidades. Ha resistido en germánico, celta y latín, pese al acento de intensidad en la sílaba inicial que se reconstruye para la época prehistórica del latín y encontramos en celta y germánico en nuestros primeros documentos. Sin embargo, en estas mismas lenguas en las sílabas posttónicas ha habido grandes alteraciones: abreviaciones a las que ya hemos aludido; cambios de timbre también aludidos a propósito del germánico y celta y a los que hay que añadir la apofonía del latín (tipo *facio/perficio/perfectus*); síncopas de vocales breves. No entramos en el tema en detalle porque es propio del estudio pormenorizado de las distintas ramas indoeuropeas.

8. Más fuerte ha sido la alteración en el griego y el latín históricos. El griego presenta ejemplos, ya desde época helenística, de pérdida del sentido de las diferencias de cantidad; en Babrio (siglo II d. C.) se ve claramente que la métrica clásica, basada en la oposición de cantidades, es ya una pura convención. En definitiva, se llega a un sistema de cinco vocales sin diferencias de cantidad; dado que la *ẹ̄, ọ̄* se hacen *i, u,* se vuelve al sistema de tres aberturas (*i, u/e, o/a*). En latín tardío sucede un fenómeno diferente: la *e, o* tónicas se hacen abiertas, mientras que *ĭ* y *ē* coinciden en *ẹ* cerrada y *ŭ, ō* en *ọ* cerrada. Se llegó así a un sistema de cuatro aberturas, pero sin diferencias relevantes de cantidad:



Este sistema, a través de múltiples complejidades, subsiste en algunas lenguas como el italiano y el catalán, mien-

tras que en castellano se ha vuelto al de tres aberturas y en francés se ha llegado a uno más complicado, con diferencias de cantidad dentro de una asimetría de aberturas y con correlaciones de labialización y nasalización.

También el armenio ha abolido las diferencias de cantidad. Sin embargo, no ha habido confusión de las antiguas *e* y *o* largas y breves porque las primeras se han cerrado dando, respectivamente, *i* y *u*.

Otras ramas lingüísticas son más conservadoras: el indio, báltico y eslavo han conservado oposiciones de cantidad, hasta nuestros días, volviéndose a la simetría de los timbres (y a las dos cantidades, no tres como en aesl.).

También en lenguas germánicas ha resistido hasta hoy día el sistema de las cantidades, aunque complicado a veces, por ejemplo en inglés, hasta extremos que lo distancian enormemente del antiguo sistema indoeuropeo.

9. Así, en resumen, la evolución de las vocales presenta líneas menos claras que la de las consonantes, donde se llega a parar a tres haces correlativos, labial, dental y gutural, cada uno con oclusivas sonora y sorda y un número variable de fricativas y africadas; y que la de las sonantes, que en definitiva se convierten en puras consonantes (cuando no desaparecen) y crean al tiempo vocales que aumentan la frecuencia de las antiguas. Aquí el sistema de las cinco vocales en las dos cantidades es bastante resistente, pero a veces desaparece y otras se complica combinándose con otros rasgos en formas imprevisibles y muy variadas.

4. EL SISTEMA MARGINAL Y LOS ALÓFONOS LIBRES

a) *Fonemas marginales*

1. El sistema marginal del indoeuropeo comprende dos fonemas y una larga serie de realizaciones alofónicas de otros, en conexión siempre con el desplazamiento del límite silábico, el cual a su vez depende de razones de *tempo* y expresividad.

Los dos fonemas del sistema marginal, ya citados, son una vocal, *a*, y una oclusiva sonora, *b*.

Lo vocal *a*, que sigue en todas las lenguas la misma evolución que *a* procedente de *H-C* o de vocalización de sonantes, se encuentra en una serie de palabras de tipo expresivo. Por ejemplo, en palabras que designan algo que se quiere destacar, como lat. *cacūmen*, ai. *kakúd* 'cima'; en palabras que designan enfermedades o defectos como lat. *caecus*, air. *caech* 'tuerto', gót. *haíhs* 'íd.', gr. καικίας 'viento del NO.' (que oscurece el cielo al acumular nubes); en las palabras que significan 'la izquierda', gr. λαιϝός, lat. *laeuus*, aesl. *lěvъ*; en las onomatopéyicas como gr. βάρβαρος 'extranjero', lat. *balbus* 'tartamudo', las del lenguaje infantil y derivadas de él como gr. ἀπφῦς, πάππα 'papá', cf. lat. *pappa* 'íd.' y *pappo* 'comer', aaa. *pappen* 'comer'; ai. *attā* 'madre', gr. ἄττα, lat. *atta*, gót. *atta*, aesl. *otьcь* 'padre', gr. ἀταλός 'infantil', ἀτάλλω 'criar'. Como se ve, en algunas de estas palabras hay, a más de *a*, otras características del lenguaje expresivo: la *b* y las geminadas. Subsisten rastros, de otra parte, de la antigua indiferencia de esta *a* a la cantidad: en lat. *pāpa* junto a *pappa*, en huellas de *ā* en anord. *ōđal* 'paterno' (*a* en naa. *Adel* 'nobleza'). Cuando una palabra

comienza por *a* es difícil precisar, a veces, si viene de esta *a* o del grupo H_2-*V*. La *a* no aparece usada como elemento morfológico.

Al carácter expresivo de la antigua *b* nos hemos referido en varias ocasiones. Junto a gr. βάρβαρος y lat. *balbus*, recién citados, pueden colocarse otras palabras: ai. *barbaras* 'tartamudo, bárbaro', *balbalā kr̥-* 'tartamudear', bulg. *blabol* 'charlar', aaa. *babblen* 'íd.', etc. Otros ejemplos: lat. *bucca, bucina,* ai. *búkkāras* 'rugido del león', sueco *pus* 'beso'; gr. βουβών 'hinchazón de la ingle', lit. *bubsù* 'echar burbujas' (del agua que hierve); etc. Incluso una palabra como la de la 'fuerza': ai. *bálam,* cf. gr. βελτίων 'más fuerte', aesl. *bolje* 'más mejor', pertenece a este grupo; e igual 'beber': lat. *bibo,* aesl. *ibim.* En esta palabra hay variantes con *p* como gr. πίνω, cf. una forma mixta en ai. *píbati*: ello quiere decir que, originariamente, *b* era una variante expresiva de las labiales. La propuesta de que viene de *pH_3- no tiene apoyo sólido. También con *bh*; cf. ai. *bhū́ris* 'rico, poderoso', gr. φωΐδες 'ampollas', junto a palabras indicadas arriba. La *b* a veces se mantiene, por su valor expresivo, sin seguir la evolución normal (aunque no es lo corriente: naa. *bus* 'beso', cf. *pus* en sueco). Por otra parte, como fonema expresivo la *b* alterna con un alófono *p'* que en algunas lenguas da *ph*; cf. a continuación sobre **phu* en ai. y gr. con el sentido de 'soplar'. En estas palabras hay huellas claras de oscilación libre entre *ŭ* y *ū*: evidentemente, una vez creado el sistema de oposiciones breve/larga, una vocal cuya cantidad dependía de factores de expresividad hubo de fijarse ya como breve, ya como larga.

b) *Aspiración expresiva*

2. El primero de los alófonos expresivos de que hemos de ocuparnos es la ocasional aspiración de ciertas oclusivas. Hemos de imaginarnos un período en que podían ser alófonos libres *p/p', t/t', k/k'*, usándose el segundo de cada par con fines de expresividad. Existían, por otra parte, alófonos *p', t', k'* de orígenes completamente diferentes: ya nacidos en el grupo *C-H* (es decir, *k-H*, etc.), ya en el grupo *s-C* (*s-k*, etc.). Esto quitaba nitidez al sistema de la expresividad notada por los alófonos sordos aspirados. Por otra parte, desde el punto de vista del sistema se creaba una situación difícil, que tendió a ser solucionada de las diversas maneras que hemos considerado en II.I.1.5. En definitiva, cuando los alófonos aspirados no perdieron su aspiración y volvieron a ser simples oclusivas sordas, se fonologizaron, ya como oclusivas aspiradas, ya como fricativas sordas, ya sin valor expresivo. En indo-iranio, griego, armenio e incluso en eslavo y en latín (en menor medida) hay huellas de esta evolución, que será descrita más en detalle en II.II.4.10. Aquí nos limitamos a señalar algunas palabras para las que las citadas lenguas testimonian una antigua forma con *p', t', k'* de origen expresivo, no en relación con una laringal o *s* en contacto.

Cf., por ejemplo, ai. *kakhati*, gr. καχάζω 'reír a carcajadas', arm. *xaxankh*, aesl. *xoxotъ* 'risa'; ai. *phŭt-karas* 'acción de soplar o silbar', arm. *phukh* 'soplo', gr. φῦσα 'íd.': al lado hay formas con *p*, como ai. *poṣati*, lit. *pūsti* 'soplar'. Pero las formas con y sin huella de aspiración pueden encontrarse incluso en la misma lengua, lo que testimonia el antiguo carácter expresivo de las primeras. Así, en gr. tenemos, junto a καρχαρόδων 'de dientes agudos', καρχαλέος 'seco, áspero' (cf. ai. *kháras* 'duro, agudo'), formas con *k*:

κάρκαροι· τραχεῖς Hesiquio, καρκαίρω, 'estremecerse'. En hetita hay formas con *h* que sin duda dependen de la forma **k'ar-*: *ḫaḫḫari* 'seco', *ḫarš-* 'desgarrar', etc.

Por otra parte, en palabras con el grupo inicial *s-C* la aspiración de la oclusiva puede atribuirse tanto a la *s-* como al carácter expresivo de la palabra: así, por ejemplo, en ai. *sphuráti* 'hacer un movimiento rápido', arm. *spirkh* 'dispersión'; gr. σφάλλω, ai. *phálati* 'se abre', gr. σφάλαξ 'espina' y ἀσπάλαθος 'zarza'.

c) *Fluctuaciones en las raíces pronominal-adverbiales*

3. Como explicaremos en la parte morfológica, al lado de las raíces nominal-verbales y de los sufijos y desinencias correspondientes existe una serie de raíces de valor adverbial-deíctico, de las que también salieron los pronombres. Estas raíces tienen características fonéticas que las alejan del sistema común del indoeuropeo y que deben atribuirse a que se trata en principio de partículas deícticas, expresivas (cf. *supra,* II.I.4.2, fenómenos semejantes en las raíces nominal-verbales en uso expresivo):

a) Hay una fluctuación entre las consonantes sorda/sonora/aspirada. Por ejemplo, el pronombre personal de 1.ª sg. aparece, ya con *g* (gr. ἐγώ, lat. *ego*), ya con *gh* (ai. *ahám*), ya con *k* (lit. *àš, èš*); la partícula **ge* (gr. γε, gót. *-k*) aparece también como **ke* (en lat. *ecce,* cf. gr. *κεῖνος < *κε-ενος).

b) Hay una fluctuación de cantidades de las vocales, sin relación alguna con la morfología. Esto nos remonta a un estadio en que no había oposiciones de cantidad en las vocales, pero podían alargarse con fines expresivos. Cf., por ejemplo, para el pronombre personal de 2.ª gr. σέ / ai. *tvā* (con fijación secundaria en las dos lenguas), las fluctuaciones

entre **tŭ/tū* en el N. sg., **nŭ/nū* 'ahora', **uĕ/uē* 'o', etc. A veces en fecha posterior ha habido un reparto secundario, atribuyéndose distintos sentidos a las formas breve y larga: cf., por ejemplo, gr. δέ/δή, lat. *nĕ* (negación objetiva) / *nē* (íd. subjetiva).

Sobre todo esto pueden verse más datos y detalles en los capítulos relativos a pronombres y adverbios.

d) *Geminación de consonantes y otros desplazamientos del límite silábico*

4. La geminación de consonantes es un fenómeno expresivo muy conocido, del cual hemos suministrado ya algunos ejemplos al citar palabras expresivas del indoeuropeo. A veces va ligado a una alternancia de cantidad: breve + cons. geminada/larga + cons. simple, cf. lat. *pappa/pāpa, bucca/būcina, cuppa/cūpa* (testimoniado por el románico). En hetita encontramos hechos semejantes: hallamos dobletes del tipo *iš-tap-pi/iš-da-a-pi, ḫa-aš-ša-an-zi/ḫa-a-ši* que parecen responder al tipo breve + geminada/larga + simple; en el tipo *na-a-ḫu-un* hemos interpretado, cf. II.I.3.2, que la *ḫ* había producido alargamiento y luego caído. Se trata de un principio de equilibrio silábico, que se refleja en hechos como la simplificación de geminadas (sobre todo de las procedentes de grupos) tras larga en varias lenguas o la abreviación de largas al producirse la geminación (lat. *Iŭppiter* junto a *Iūpiter*, siendo la *ū* etimológica, de *eu*). Pero estos fenómenos no son automáticos: cf. en lat. la conservación de la breve en simplificaciones de geminadas en polisílabos como *ŏfella* junto a *offa*.

Lo que interesa es hacer ver que la geminación de consonantes, incluidas desde luego la *s* y las sonantes (pero sobre *i̯, u̯* cf. más especialmente *infra*, II.II.6.3), es un fenó-

meno desde luego indoeuropeo, pero recurrente en todas las lenguas y en todas las épocas; a veces hay datos fonéticos para distinguir la cronología de las geminaciones. Dentro de este principio general, hay lenguas que favorecen más la geminación y lenguas que la favorecen menos. Por ejemplo, entre las lenguas indoeuropeas modernas es notoria la tendencia del italiano a la geminación: a la conservación de la geminación latino-vulgar, por ejemplo en *tutti,* se añade el favorecerla en la evolución de sordas y sonoras simples, sobre todo en determinadas distribuciones: *seppi, ebbi* de *sapui, habui,* donde se fijó como solución fonética una geminación en principio expresiva, pues como expresiva y solamente en algunas palabras se impuso en otras lenguas románicas (por ej., fr. *foutre* de un *futtere* derivado de lat. *futuere*).

5. Tiene importancia señalar que, entre las lenguas indoeuropeas antiguas, es el hetita la que más favorece la geminación, hasta el punto de haberse constituido las geminadas en simple variante de las sordas. Así desde luego para las oclusivas, donde es normal que alternen, como representantes del haz dental, *t/tt/d/dd,* respondiendo indistintamente (según se piensa hoy frente a una propuesta anterior) a la sorda, sonora y aspirada; e igual en el caso de los demás haces. De la misma manera hallamos en las mismas raíces y palabras constantes alternancias del tipo *s/ss, m/mm, n/nn, l/ll, r/rr* y, desde luego, *h/hh.* Frecuentemente estas alternancias van ligadas a las de las cantidades de las vocales, aludidas antes. Todo esto tiene un gran interés para juzgar la relación entre *h* simple y geminada, que algunos han propuesto que procedan de fonemas diferentes, siendo así que alternan libremente en las mismas palabras.

Hay que suponer que, si bien en hetita la alternancia simple/geminada ha perdido, por el hecho mismo de su difusión, valor expresivo, este valor expresivo debió de ser el propio de la geminada en el origen. Una palabra como *ḫannas* 'abuela' es, en efecto, igual que gr. ἀννίς, la forma expresiva correspondiente a lat. *anus*, aaa. *ana*, de igual sentido. De la raíz *ḫar*, *ḫarš* arriba citada encontramos abundantes formas con geminadas: hay formas *ḫaḫḫara-* 'rastrillo', *ḫaḫḫari-* 'seco', *ḫaḫḫariya-* 'arañar' y al lado variantes del tipo *ḫaḫra-*, *ḫaḫriya-*.

Lo que ha sucedido en hetita es que se ha desarrollado una tendencia a dar al grupo *V-C-V* (*V-S-V*) una variante *V-C-C-V* (*V-S-S-V*). La existencia de formas geminadas se ha utilizado para suministrar a las sílabas abiertas una variante cerrada; a que se pudiera, facultativamente, elegir entre una sílaba abierta (eventualmente con vocal larga) y una cerrada. Al menos en el caso de las laringales, la simplificación secundaria de las mismas traía consigo el alargamiento de la vocal precedente. Puede admitirse, quizá, que en la alternancia simple/geminada intervienen a veces motivos gráficos, pero no cabe duda de que el fenómeno tiene en general un alcance fonético: se elige entre dos tipos de sílaba, en principio al menos por motivos de expresividad, puesto que todo el sistema arranca de la expresividad de las consonantes geminadas.

6. Antes de volver al tema de las laringales geminadas en hetita, hemos de añadir algunos datos del resto del indoeuropeo, donde la geminación está, en general, reducida a sus más antiguos límites de fenómeno expresivo.

Un caso típico es el de los nombres propios llamados hipocorísticos, en que la limitación a la parte inicial va acompañada de una geminación de este tipo: gr. Βίοττος

de Βιοτέλης, Πόλυττος de Πολύτιμος, Στράττις de Στράτιππος; lat. *Agrippa* de **agrei-peds* 'nacido con los pies delante', *Appius, Attius, Accius*; galo *Eppo* de *Epo-redo-rix*; aaa. *Sicco* de *Sigerich* o *Sigfrid, Itta* de *Itaberga*. En eslavo el tipo no aparece por un fenómeno secundario de simplificación.

Otras veces la geminación se encuentra en adjetivos intensivos, epítetos despectivos, insultos como lat. *lippus, flaccus,* an. *grimmr* 'rabioso', gr. γύννις 'afeminado' (junto a γυνή); en nombres de animales como an. *krabbe* 'cangrejo'; en un vocativo como lat. *Iuppiter*; en palabras onomatopéyicas como *bucca,* ya mencionada, y gr. πιππίζω, lat. *hinnio,* etc. Por otra parte, la geminación ha debido de tener mucha más importancia de lo que demuestran los testimonios escritos y renovarse constantemente: para el latín el testimonio de las lenguas románicas es terminante en este sentido.

A partir de este panorama hay que comprender el uso de la fluctuación simple/geminada para variar libremente la estructura silábica, tal como la vemos en hetita; y también fenómenos de morfologización, en que la geminada se emplea para marcar tal o cual función o categoría: baste recordar las formas verbales con *-ss-* del latín (*amauissem, amasso,* etc.) y la 1.ª sg. con *ḫḫ* tras vocal en hetita (*daḫḫi, daḫḫun, iyaḫḫari*), junto a la cual la forma con caída de *ḫ* se morfologiza como 3.ª sg. en pres. act. (*dai*).

La geminación, por otra parte, tiende a veces a perder su carácter expresivo por juntarse a la geminación expresiva otra procedente de resultados fonéticos de grupos consonánticos. Una y otra geminación, finalmente, desaparece con frecuencia en el curso de la evolución fonética, siendo sustituidas por nuevas geminaciones.

Hay que notar, finalmente, que la geminación se combina con frecuencia con los otros rasgos del sistema expresivo del ide. que ya hemos mencionado: hemos visto ejemplos en que se acompaña de la *a*, la *b* y también la reduplicación (cf. II.I.4.1). Además, se acompaña a veces de la aspiración: cf. en gr. ἀπφῦς 'papá', λεκχώ (junto a λέχος) 'mujer que ha dado a luz', τίτθη 'nodriza'.

7. Con esto podemos pasar al estudio más pormenorizado de la geminación de laringal. No sólo el hetita, con su alternancia *ḫ/ḫḫ* (y a veces, también *∅/ḫ*, por el fenómeno de pérdida de la laringal consonántica que estaba en pleno desarrollo en esta lengua), testimonia el aprovechamiento sistemático de la oposición *H/HH* para lograr dos tipos de silabación opcionales, alófonos libres, sino que el resto del indoeuropeo testimonia que éste era un estado normal en todo él. Hemos de suponer, pues, en el tratamiento de las geminadas tres estadios diferentes:

Protoindoeuropeo. 1) La geminada tiene valor puramente expresivo.

2) Al menos *HH* se usa masivamente para sustituir las sílabas abiertas por otras cerradas. El apéndice de la primera laringal se pierde siempre; el otro sigue las reglas ya conocidas.

Anatolio. Se generaliza el mismo procedimiento en las demás consonantes.

Indoeuropeo. Al eliminarse fonéticamente la laringal, se vuelve al estadio protoindoeuropeo, en que las geminadas son puramente expresivas. El recurso se renueva constantemente.

Efectivamente, el cuadro que encontramos en lo relativo a la *H* es el siguiente:

a) *Hetita.* Hay alternancia *ḫ*/*ḫḫ* entre vocales, aparte de la caída ocasional de *ḫ* (morfologizada en *dai,* escrito *da-a-i,* cf. *supra*). Pero la *ḫ* intervocálica del hetita debe juzgarse doblemente: ya es una *H* antigua, ya el resultado de geminar *HH* y simplificarla luego en *H* con alargamiento de la vocal precedente; si se trata de H_1, la *e* anterior mantiene su timbre; si de H_2 o H_3, se cambia en *a.* Así hemos interpretado más arriba *na-a-ḫu-un* frente a *na-aḫ-ḫun.* Nótese que hablamos de *H* para reducir todos los casos existentes a un denominador común; pero que en realidad en hetita encontramos ya *ḫu* (de $H^{u̯}$ o de cualquier laringal ante *-m*); ya *ḫi̯* (de $H^{i̯}$ o de cualquier laringal ante *-s, -t*); ya *ḫ* (de cualquier laringal en inicial, ante *i, i̯, u, u̯* y en casos analógicos). Téngase en cuenta que nos referimos a distribuciones intervocálicas (*V-H-V* / *V-H-H-V*), bien porque siga una vocal antigua, bien porque $H^{u̯}$ o $H^{i̯}$ vocalicen, habitualmente, en *u* e *i* respectivamente.

8. b) *Indoeuropeo.* Limitándonos igualmente a los grupos *V-H-V* y *V-H-H-V*, en que la segunda vocal viene de $H^{u̯}$, $H^{i̯}$ vocalizadas, tenemos:

α) *V-H-V.* Ejemplificando con *e,* *e-*$H^{u̯}$ > *e-u̯,* sea cualquiera el timbre de la laringal; *e-*$H^{i̯}$ > *e-i̯,* también con cualquier laringal. El timbre de ésta no influye, precisamente por caer en medio el corte silábico. Así se explica la existencia de formas como *pleu-* (gr. πλέϝω, aesl. *plovǫ,* ai. *plavati,* etcétera) de una raíz con H_3 (cf. gr. ἔπλων, aisl. *flōđ* 'marea', etc.); (*s*)*neu̯-* (gr. νέϝω, lat. *nūtrio*) de una raíz con H_2 (cf. gr. νᾱ́χω, aisl. *nōr* 'barco'); *gei̯-* (cf. lit. *gìedu* 'cantar') de una con H_3 (cf. ai. *gā̆ti* 'cantar', toc. A. *kāk* 'grito'; etc. Cf. en het. *meḫueni,* D. de *meḫur*).

β) *V-H-H-V.* Dado que la primera laringal hace sílaba con la vocal precedente, el timbre de ésta es afectado en

todos los casos por el de la laringal. Por tanto, ejemplificando con *e*, de $eH_2H^{u̯}_2$ tendremos *āu̯*, de $eH_3H^{u̯}_3$ tendremos *ōu̯*, de $eH_2H^{i̯}_2$ tendremos *āi̯*, de $eH_3H^{i̯}_3$ tendremos *ōi̯*. Habrá, pues, en la misma raíz y en el mismo grado vocálico pleno fluctuaciones *eu̯/āu̯*, *eu̯/ōu̯*, *ei̯/āi̯*, *ei̯/ōi̯* ante vocal; ante consonante hay *ā* (< eH_2) y *ō* (< eH_3), cf. II.II.2.11. Más en general tendremos los siguientes resultados de *V-H-V*:

$eH^{u̯}_1$ > *eu̯* / $eH_1H^{u̯}_1$ > *ēu̯*	$oH^{u̯}_1$ > *ou̯* / $oH_1H^{u̯}_1$ > *ēu̯*
$eH^{u̯}_2$ > *eu̯* / $eH_2H^{u̯}_2$ > *āu̯*	$oH^{u̯}_2$ > *ou̯* / $oH_2H^{u̯}_2$ > *āu̯*
$eH^{u̯}_3$ > *eu̯* / $eH_3H^{u̯}_3$ > *ōu̯*	$oH^{u̯}_3$ > *ou̯* / $oH_3H^{u̯}_3$ > *ōu̯*

Éstos son los resultados teóricos, aunque a veces puede dudarse si debajo de *ēu̯*, *āu̯* y *ōu̯* hay timbre *e* u *o* de la vocal; efectivamente, no es seguro que la alternancia *e/o* se hubiera usado para distinguir ciertas categorías morfológicas antes de la acción del timbre de la laringal. Por otra parte, hay soluciones de timbre analógico, cf. *infra*, II.II.2.11.

Por supuesto, hay que establecer un cuadro absolutamente paralelo para $H^{i̯}$. De $eH^{i̯}$ hay, ya *ei̯*, ya (según los timbres de las laringales) *ēi̯*, *āi̯*, *ōi̯*; de $oH^{i̯}$ hay, ya *oi̯*, ya (igualmente según los timbres) *ēi̯*, *āi̯*, *ōi̯*.

Basta tomar los ejemplos utilizados arriba en α) para ver que junto a *eu̯* encontramos, según la laringal, *ēu̯*, *āu̯* o *ōu̯*; y junto a *ei̯* igualmente, según la laringal, *ēi̯*, *āi̯* o *ōi̯*. Así, junto a *pleu̯* (y *plō*) hay *plōu̯*: gr. πλώϝω, ags. *flōwan*; junto a (*s*)*neu̯* (y *nā*) hay *nāu̯*: eol. ναύω, lat. *nāuis*, gr. G. νᾱϝός, ags. *nōwend* 'marinero'; junto a *gei̯* (y *gō*) hay *gōi̯*: ai. *gā́yati* 'cantar', arus. *gaju* 'cantar el gallo'. Por alternancia vocálica hay junto a esas formas con *eu̯*, *ei̯* otras con *ou̯*, *oi̯*, cf., por ej., gr. πλόϝιον 'barco'; algunas de las formas con *āu̯*, *ōu̯*, etc. pueden venir de *o* con la laringal geminada. Así, por ejemplo, las de causativo, tal ai. causa-

tivo *plāvayati* (que ha dado el modelo para otros alargamientos) y perfectos como *paprāu, dadāu,* etc. (el primero con $H^{u̯}_1$, el segundo con $H^{u̯}_3$), en griego τετλᾱϜώς con $H^{u̯}_2$, etc. Como podrá observarse, en algunos ejemplos, igual que en muchísimos otros, *u̯* e *i̯* se han morfologizado, pasando a caracterizar diversas categorías; pero fluctuaciones como las que presentamos demuestran que su origen es fonético, no morfológico, bien que luego se hayan extendido fuera de sus lugares originales, ya en función puramente morfológica.

9. Conviene notar, de otra parte, que la diferencia entre *H* simple y geminada no es más que uno de los varios casos en que hay un desplazamiento opcional del límite silábico en las inmediaciones de una laringal. Vamos a poner otros ejemplos en casos de laringal con apéndice y luego otros en que la laringal, por alguna de las razones a que ya hemos hecho referencia, ha perdido el apéndice.

Existen, efectivamente, casos en que $iH^{i̯}$, $uH^{u̯}$ dan, respectivamente, *ii̯, uu̯,* sin alargar la *i* o *u* precedente. Así, en el tipo ya aludido arriba (II.I.2.28), ai. *bhrū́s/bhruvás,* gr. σῦς/σῠός, ai. *dhī́s/dhíyas.* Aquí es absolutamente evidente que el que haya o no alargamiento depende de que la laringal esté en la misma sílaba o en la siguiente. Lo mismo en el G. ai. *divás,* gr. ΔιϜός frente a un N. ai. *dyáus,* gr. Ζεύς (abreviado de *ēu*), que representa un grado pleno *$di̯eHH^{u̯o}$ frente al Ø *$di̯H^{u̯}$-; y en muchísimos casos más.

Con caída del apéndice ante consonante (o *i, i̯, u, u̯*) la *H* puede igualmente cambiar de sílaba, por desplazamiento del corte silábico, no alargando la vocal precedente. Hay dos casos:

a) En interior de palabra encontramos con frecuencia oscilaciones entre una larga y una breve en posición ante

laringal que pueden explicarse de este modo. Por ejemplo, gr. θῠμός junto a θῡμός, τῦφος, de **dheuH*ᵘ̯; gr. μέδομαι junto a μήδομαι; gr. μέτρον junto a ai. *mātram*; etc. Que se trata de una *H* heterosilábica no es sólo una conclusión lógica tratándose de raíces con *H*, sino que a veces, cuando hay metátesis, es demostrable concretamente. Así cuando se oponen ai. *svādús* 'dulce' y *svadhā́* 'licor' (sobre *dh* < *dH* cf. II.II.2.21); lat. *āter*, av. *ātarš* 'fuego' y ai. *ắtharvan-* 'sacerdote del fuego'. El hetita testimonia también directamente estos desplazamientos mediante metátesis como *erḫas* > *arḫas* 'frontera' (cf. lat. *ōra*; en la segunda palabra el desplazamiento ha tenido lugar tras el cambio de timbre), *išḫar* 'sangre'.

b) Una laringal final de palabra puede pronunciarse con la siguiente, con lo que no alarga la vocal precedente. Así en el Rg-Veda I 40 se lee *deví etu* con *ĭ*; en estos femeninos el sufijo es *-iH*, de donde normalmente sale *ī*, de modo que es claro que en este pasaje se leía *deví Hetu* o, mejor, que dependía de una tradición condicionada por asimilaciones antiguas de este tipo. Hay en védico toda una serie de abreviaciones de vocales largas finales que se explican así.

10. Como decíamos al principio, la geminación de *HH* ha estado muy difundida en todo el indoeuropeo desde una época anterior a la escisión del anatolio. Pero los restos de la misma en la otra rama no son solamente los constituidos por el alargamiento de vocales.

En gótico y nórdico, concretamente, existe el fenómeno conocido como «Verschärfung»: responden con gót. *ddj* (nórd. *ggj*) y *ggw* (nórd. *ggv*) a antiguas formas con *HH*ⁱ̯ y *HH*ᵘ̯, respectivamente. En otros dialectos germánicos las correspondencias son, respectivamente, *i̯i̯*, *u̯u̯*, derivado se-

cundario de la *i̯* y la *u̯* resultantes de las laringales, como hemos adelantado y explicaremos más en detalle. Pero en germ. occidental hay también huellas de «Verschärfung» tras *i*, *u* indoeuropeas, que otras veces aparecen simplemente alargadas por la laringal, según la silabación. Más concretamente:

a) *V-H* da, ya vocal larga, ya vocal breve + «Verschärfung»: cf., por ej., aaa. *būan* 'habitar' / aisl. *byggja*; an. *mȳ* 'mosca' / as. *muggia* 'íd.'.

b) En aisl. *trū* 'fe' / *trygva* 'afirmar' hay que partir de *dhrH*$^{\text{u̯}}$: en el primer caso hay que partir de una vocalización con *ū* (cf. II.II.2.19), en el segundo, de una *uH*$^{\text{u̯}}$ (cf. II.II.2.22). Pero también hay vocalización con *a*: gót. *daddjan* 'amamantar' junto a gr. θηλή, gót. *sauil* junto a *sugil* 'sol'.

El hecho de que haya formas con y sin «Verschärfung» tanto en gótico y nórdico como en germánico occidental (aunque aquí son más frecuentes las segundas) prueba que se trata de realizaciones alofónicas, con regularizaciones secundarias nunca completadas.

Por otra parte, fuera del germánico encontramos huellas ocasionales de *HH* a través de un resultado oclusivo del grupo, resultado que también conocemos en grupos *HH* morfológicos, no de geminación (cf. II.II.2.13) y en el grupo *Hs* (cf. II.II.2.12) y *sH* (cf. II.II.2.21). Me refiero a la palabra ʼΑχαιϜοί del griego que sólo así podría compararse útilmente con el het. *Aḫḫiyawa*; sería una disimilación ocasional, si no es, inversamente, *Aḫḫiyawa* una asimilación como *ḫaḫḫarš-* 'reír' junto a gr. καρχαρόδων, cf. *supra*. Cf. también het. *nakkeš* / luv. *naḫḫuwa-* 'cielo'.

11. El hecho de que en germánico, cuando no hay «Verschärfung» ni alargamiento de la vocal precedente por la laringal, encontremos normalmente formas que remontan

a *u̯u̯*, *i̯i̯*, nos vuelve por un rodeo al problema de la existencia de huellas de estas geminadas en diversas lenguas indoeuropeas. Allí donde tenemos que habérnoslas con verdaderas *u̯*, *i̯* indoeuropeas su geminación entre vocales es esperable desde el indoeuropeo mismo; pero la geminación $HH^{u̯}$, $HH^{i̯}$ no es esperable que produzca estos resultados: la primera *H* sólo desaparece para alargar una vocal anterior. Estas geminaciones no son concebibles ni tras consonante ni en inicial; todo lo más, tras consonante, ha habido formas $C\text{-}^{o}H\text{-}V$ (cf. II.II.4.18); hasta, ocasionalmente, $C\text{-}^{o}H\text{-}H^{o}\text{-}C$ (het. *paḫḫur* junto a gr. πῦρ). De la primera forma, mediante una asimilación del timbre, pueden deducirse ejemplos ocasionales con *uHu*, *iHi* (lo normal es *aḫu*, *aḫi*); de la segunda, quizá, un diptongo largo, aunque es una posibilidad más bien teórica.

Por eso hemos postulado que *u̯u̯*, *i̯i̯* representen, sí, geminaciones de las sonantes respectivas, pero sólo desde el momento en que esas sonantes existen: desde el protoindoeuropeo en el caso de *u̯*, *i̯* antiguas, pero sólo después de la desaparición del elemento aspirado de las laringales y su reducción a *u̯*, *i̯* en el caso de éstas. Por supuesto, el fenómeno ha podido repetirse en diversas fechas mientras continuaban existiendo las sonantes *u̯*, *i̯*.

Ahora bien, la posibilidad de una *i̯* o *u̯* ide. que geminara entre vocales se revela a un estudio más detenido como más bien teórica. Se encontraría en raíces terminadas en *i̯* o *u̯* seguidas de un sufijo o alargamiento de comienzo vocálico. Pero en la época a que se refiere la Morfología indoeuropea que aquí reconstruimos, incluso la más antigua, no encontramos raíces del tipo *C-V-i* (*C-V-u*): todas han sido alargadas variamente, cf. por ej. el tipo $leik^{u̯}$ 'dejar' (con sólo grado P/Ø) o el $g^{u̯}eiH^{u̯}_{3}$ citado (con grados P/Ø, Ø/P, Ø/Ø). Raíces aparentemente de dicho tipo, por ej. $k^{u̯}ei$ en gr.

ἔτεισα, ai. *cā̆yati*, se revelan si se las mira más de cerca como reducible a raíces con laringal: en este caso a $k^{u}eH^{i}_{1}$ (cf. gr. τηρέω). Puede ser una excepción *ei* 'ir'. Por otra parte, no es antiguo el grado P/P, que sería el exigible para que la *i̯* o la *u̯* fuera precedida y seguida de *V*. Por otra aún, tampoco puede pensarse que sea antiguo un sufijo comenzando por *-i̯o*, *-u̯o* en que *i̯*, *u̯* no provengan de laringal: no se encuentran datos en este sentido. Ni podría añadirse a una raíz con *C-V* que fuera antigua: veremos que este tipo de raíces sólo se dan en el pronombre y adverbio (cf. VI.II.7). Encontraremos en cambio, eso sí, una *i̯* y una *u̯* antiguas en grupos *C-i/u-V* y *V-i/u-C*, incluso en el grupo final *C-V-i/u* (esto, en raíces pronominal-adverbiales, en las otras por extensión analógica). Cf. lug. cit.

12. Por tanto, *i̯i̯*, *u̯u̯* entre vocales debe ser concedido siempre como resultado de una geminación secundaria de una *i̯* o *u̯* derivadas, respectivamente, de *Hi̯* o H^{u}. Estas geminaciones tienen como apoyo los dobletes *i̯/i̯i̯*, *u̯/u̯u̯*, también secundarios, que se dan tras consonante (cf. II. II.6.1). Y, también, resultados de diversos grupos, por ej., en gr. hay *-si̯o* > *-i̯i̯o/-i̯o* en el G. sg.

Hemos visto que *i̯i̯*, *u̯u̯* se encuentran en lenguas germánicas allí donde en otras de entre ellas aparece la «Verschärfung»; sobre todo, en germánico occidental, cf. por ejemplo aa. *houwan* 'golpear' frente an. *hǫggva*. Resulta claro que aquí un $^{o}H^{u}$ ha dado ya $^{o}HH^{u}$ > *aggv*, ya *au̯*, luego geminado.

Fuera del germánico, este tratamiento con geminación secundaria se encuentra esporádicamente. Cf. por ej. ai. *sabhéyas* de *sabhā́* y gr. -αῖος de -ᾱ (por ej. γυναῖος junto a γυνᾱ́). Quizá formas del opt. ai. que se reputan analógicas, *bháreyam* y *bhareyur*, procedentes de *o-i-V*, se expli-

quen simplemente por la geminación en cuestión: *o i̯ i̯-V*. Cf. en gr. φεροίην, donde la conservación de la i̯ responde a una geminación de la misma; y también θείην junto a ai. *dheyām*. Por otra parte, hay fluctuaciones, ya entre el griego y otras lenguas (δοιός / ai. *dvayás*), ya dentro del griego mismo (χρύσειος/χρύσεος). En lo relativo a la u̯ pueden presentarse casos paralelos: así, en griego otra vez, en hipocorísticos expresivos como tesalio Κλεύᾱς de *Κλέϝϝᾱς (de nombres con Κλεϝο-) y en formas aisladas como chipr. κενευϝός por κενεϝϝός al lado de κενεϝός (cf. hom. κενεός). Es precisamente la evolución griega, que lleva a la caída de i̯, u̯ entre vocales, la que hace que ocasionalmente se favorezca un refuerzo de las mismas a fin de conservarlas en ciertos casos (búsqueda de la expresividad, conservación de características morfológicas, de formas cómodas métricamente, etc.).

e) *Desarrollo de vocales de apoyo*

13. El desarrollo de una vocal de apoyo aparece en indoeuropeo, ya como un rasgo de la evolución regular de su Fonología, ya como un desarrollo alofónico.

El primer caso lo hemos estudiado ya: en los grupos *C-S-V*, *S-C* y *C-S*, decíamos, exceptuando las sonantes i̯ y u̯, las demás han admitido junto a sí una vocal de apoyo que acaba por convertirse en vocal plena. Éste es un fenómeno general y sin excepciones: solamente, durante el período en que la evolución estaba en trance de cumplirse, las sonantes pertenecientes al grupo de las laringales estaban en trance de caer, y a veces cayeron antes de vocalizar, de donde la presencia en algunas lenguas de formas con Ø al lado de las formas con vocal; en hetita aparecen aún, además, formas con *ḫ*.

Se trata de un fenómeno de abertura de sílaba, no de un cambio de silabación.

En él se han introducido, mediante regularizaciones secundarias más o menos completas, algunos fenómenos alofónicos, sin embargo: la fijación ya de un timbre *a*, de máxima abertura, ya de uno de abertura mínima condicionado por los fonemas vecinos; la fijación de la vocal de apoyo, ya antes, ya detrás, ya, excepcionalmente, antes y detrás de la sonante. Incluso entre los timbres distintos de la *a* debía poderse fluctuar en un período dado, puesto que los condicionamientos de los fonemas vecinos podían diferir. Aunque, en términos generales, lo que ha ocurrido es que las tendencias fonéticas que condicionaban los timbres a los fonemas vecinos han sido abolidas, implantándose un timbre regular, aunque con excepciones que son resto del antiguo estado de cosas. Por otra parte, en el principio, hemos de admitir una variación alofónica entre la pronunciación con sonante consonántica o con la misma acompañada de vocal de apoyo: pero es claro que fue la segunda alternativa la que triunfó, salvo donde la sonante ya había caído en el momento de la generalización de dicha alternativa.

Así, aunque la vocalización de las sonantes consonánticas haya tenido en cierto sentido un condicionamiento alofónico —como, en un principio, todo cambio fonético, sólo que aquí se trasluce más por los restos de irregularidades—, en definitiva ha ido a parar a lo que hemos dado en llamar evoluciones normales de la lengua. No así, muchísimas veces, en aquellos otros casos en que la vocalización modifica la estructura silábica, creando una sílaba nueva: concretamente, en el caso *C-S-V*, en que han subsistido mucho tiempo una al lado de otra la solución monosilábica, con sonante consonántica, y la disilábica, con la introducción ante la

sonante de una vocal. Aquí no sólo se desplaza el corte silábico, como en el caso de la geminación de sonantes: se crea una sílaba de más. Ello estaba al servicio, evidentemente, del *tempo* y de razones de expresividad. Y es un fenómeno, como hemos hecho constar en el capítulo anterior, que es general, no se localiza en un sólo momento del indoeuropeo: igual que la geminación. Efectivamente, hallamos vocalizaciones de este tipo de épocas muy diferentes; y vuelven a crearse a diario en la lengua vulgar, por ejemplo en grafías griegas como Ἀφοροδίτη, Βάραγχος o en pronunciaciones españolas como *corónica, Ingalaterra.*

14. El tratamiento de las distintas sonantes presenta el rasgo común de la alternancia de las dos formas, pero hay diferencias respecto a la vocal. En esquema sucede lo siguiente:

1) *C-i̯-V* > *C-i̯-V* / *C-ii̯-V* (en el caso de *u̯* igual: *u̯*/*uu̯*).
2) *C-*$H^{i̯}$*-V* > *C-i̯-V* / *C-ai̯-V* (en el caso de $H^{u̯}$ igual: *u̯*/*au̯*).

Las formas con *ii̯, uu̯* que con frecuencia se encuentran deben entenderse como el resultado de la reproducción del fenómeno de la creación de una nueva sílaba en muy diversos momentos de la evolución de las distintas lenguas.

3) *C-r-V* > *C-r-V* / *C-°r-V* (igual en el caso de *l, n, m*).

En cuanto al timbre de la vocal que se deduce de °, está sometido a las mismas tensiones que en el caso *C-S-C*: la que busca la máxima abertura (es decir, *a*) y las provocadas por el influjo del timbre de los fonemas vecinos. Ya hemos dicho que debido a la mayor antigüedad de esta vocalización respecto a *C-S-C* y a que la distribución no es la mis-

ma, no siempre el timbre de la vocalización es en cada lengua el mismo del caso *C-S-C*. Cf. II.II.6.13.

15. Ejemplos de evolución de la *i̯* y *u̯* originarias en esta distribución pueden encontrarse fácilmente. Por ejemplo, en posición inicial, pese a que lo normal es que ante vocal haya *i̯, u̯*, encontramos ejemplos con *ii̯, uu̯*, sin duda nacidos tras *C* final: formas griegas como ῐατρός (cf. chip. ι̯ατε̄ραν), del ai. como *iyāya* de *i* 'ir', del het. como *uwa-* 'venir', *uwate-* 'traer', *ḫuwa-* (junto a *ḫwa-*) 'viento, soplar', de *Hu̯-*. En interior ofrecen un material cómodo las raíces disilábicas con laringal: así de **g^{u}eiH$^{u}_{2}$* 'vencer' en el grado Ø/P tenemos *i̯* en ai. *jyā̆* 'superioridad', pero *ii̯* en gr. βία 'violencia' (pero *i̯* en gr. en ζάει· βι̯ᾷ); de **g^{u}eiH$^{u}_{3}$* 'vivir' hay *i̯* en gr. ζώω, av. *-ǰyaiti-* 'vida', pero *ii̯* en gr. βίος; de **kreuH^{u}* 'sangre' hay *uu̯* en gr. κρῠερός, lat. *crŭor*, lit. *krùvinas*. También los pronombres y numerales suministran buenos ejemplos: así de **su̯ós* 'de él, de ellos' el ai. tiene **su̯ós* (*svás*), pero el lat. **suu̯ós* (*suus*); del numeral 'dos' hay formas con *du̯-* y con *duu̯* (cf. V.IV.2.2). Y los pocos sufijos con *i̯*: cf. lat. *siem* < *sii̯ēm* junto a ai. *syā̆m*.

Cuando la sonante es una laringal, es claro que la vocalización, de haberla, ha de ser con *a*, por preceder a la misma. Efectivamente, junto a los resultados *i̯, u̯*, a los que ya nos hemos referido, aparecen *ai̯, au̯*. En realidad, estas soluciones son paralelas a las de II.I.2.2, relativas a vocalizaciones *au, ai* en grados Ø. Aquí se trata, solamente, de *au̯, ai̯* ante vocal: hemos dado algunos ejemplos en II.I.4.15. Y también hemos dado allí ejemplos de las soluciones *ii̯, uu̯*, que sólo como secundarias a partir de *i̯, u̯* pueden ser interpretadas. Piénsese que incluso una *i* o *u* procedentes de vocalización pueden dar *ii̯, uu̯*: por ejemplo, en het. *paḫḫuwar* junto *a paḫḫur* (es decir, *u̯°* > *uu̯°* > *uu̯a*). Y que

como modelos para la fluctuación *i̯/ii̯, u̯/uu̯* hay que considerar no sólo el caso de *i̯, u̯* originarias, sino también *ii̯, uu̯* procedentes de *iH*$^{i̯}$, *uH*$^{u̯}$ (*supra*, II.I.2.28).

Para lo relativo a *l, r, n, m* enviamos para el detalle de los timbres de las vocalizaciones a II.II.6.13. Interesa notar la existencia de dobletes en que las dos formas han tomado sentido diferentes: gr. πρός/πάρος convertidos en preposición y adverbio respectivamente, proceden del mismo **pro-* (cf. ai. *prati* y *purás*); ai. *krāṇá-* (part. de *ker*) / *kiráṇa-* 'grano' también de la misma raíz.

16. Así, en definitiva, en estos casos no se ha llegado a establecer una regularidad, aunque determinadas lenguas han tendido a generalizar uno de los dos tratamientos y, dentro del disilábico con *l, r, n, m,* determinados timbres. Se ve mucho mejor hasta qué punto esta semirregularidad es secundaria si se encuadra el fenómeno de las vocalizaciones de las sonantes en el grupo *C-S-V* dentro de un panorama mucho más amplio: no sólo el del grupo *C-S-C,* ya visto, sino, sobre todo, el de otras vocalizaciones diversas que surgen junto a sonantes en otras distribuciones e incluso junto a consonantes. Estas vocalizaciones tienen una regularidad todavía menor.

El grupo inicial *S-C* ha sido estudiado ya, cf. II.I.2.19: en él la vocalización puede preceder o seguir a la sonante; es de timbre idéntico al de la vocalización de la sonante interconsonántica cuando aparece en el mismo lugar respecto a la consonante, pero puede variar cuando aparece en distinto lugar. Por ejemplo, en lat. hay *ursus* < **orksos* < **r̥k*$^{i̯}$*os,* pero en cambio en *magnus* < **m*^{o}*gnos* la vocalización es con *a,* no con *e* como sería si precediera a la *m*; bien es verdad que tras *r* la vocalización suele ser igualmente *a* incluso en el grupo *C-S-C,* cf. *gradior,* II.I.2.24.

Lo que hace que nos detengamos aquí en este grupo es el caso especial de *H-S-V*. Aquí encontramos soluciones diferentes:

a) Hay una vocalización *°H*, de donde ide. *a-*. Concretamente, existe una serie de raíces en que a het. *ḫw-* o *ḫuw-* (cf. *supra,* 18) o *w-* (ante *C ḫu-*, con vocalización) responde en otras lenguas *au̯-* o *u̯-* (también *au-* o *u-*, ante consonante). Por ejemplo: cf. het. *ḫweš-* 'vivir' / gr. ἄεσα < **°Hu̯es-* y al lado lat. *Vesta,* ai. *vásati,* gót. *wisan* 'ser'; het. *ḫwanteš* 'vientos' / gr. ἄελλα, acorn. *auhel* 'aura', cf. lat. *uentus,* ai. *vā́tas* 'viento', etc.; het. *ḫuḫḫaš* 'abuelo' / lat. *auus,* arm. *hav* 'íd.' (de **°Hu̯-*); también puede faltar la forma hetita, cf. gr. ἀϝέξω junto a gót. *wahsjan,* ai. *vákṣyati* 'crecer', todos de **Hu̯eg-*, y al lado lat. *augeo,* gót. *aukan* 'íd.', de **°Hug-*, en grado cero. Se ha supuesto que también a otras sonantes les precedía una laringal cuando producen prótesis: así gr. ἀλέξω < **°Hlek,* cf. ἀλκή del grado P **H_2elk-*; paralelamente, ἀλέγω junto a ἄλγος; análogamente, los perfectos ai. *jāgara,* gr. ἐγρήγορα < ἐγήγορα parecen testimoniar con su vocal larga una raíz **Hger,* que explicaría la prótesis de ἐγείρω. En cuanto al timbre de las prótesis, cf. *infra,* 21.

b) Pero el mencionado grupo *H-C-V* puede igualmente permanecer sin vocalizar, con caída de la *ḫ*. En el apartado anterior se han visto, en efecto, las formas hetitas con *Hw-*, *Huw-*, *w-* seguidas de vocal, así como algunas de otras lenguas. Sólo el hetita parece haber tenido una regularización en el sentido de eliminar las formas con vocalización; fuera de él existen unas y otras. Parece que en griego la solución regular para *Hu̯-e* es *hϝ-e,* de donde grafías con ϝ*h* (en beoc. ϝhεκαδᾱμος, raíz **Hu̯ek,* cf. het. *wekmi* 'deseo', ai. *váśmi*) y otras con espíritu áspero (ἕννυμι, ἑστία, etc.); pero también hay formas con prótesis que no presentan huella de aspiración. Por otra parte, se han hecho propues-

tas a favor de la existencia de un grupo inicial *Hi̯-*, que habría dado en griego un tratamiento especial, y también otro especial en albanés; por otra parte, dobletes como lat. *aequus/iniquus*, gr. αἰχμή / lat. *ico* pueden explicarse por *°Hi-/Hi-*. Finalmente, se ha propuesto varias veces la existencia de *H-* ante las sonantes de diversas raíces, con *H-* caída luego y a la que se atribuye la prótesis. Realmente, la *H* no es necesaria para explicar la prótesis, pero su presencia antigua es verosímil a veces. La cuestión merece ulterior estudio. No hay correspondencias claras de formas del indoeuropeo posterior comenzando por sonante y formas hetitas de inicial *ḫ*; pero existe el problema de que en el het. *ḫa-* se confunden en la grafía *ḫ-*, *ḫo-* y *ḫa-*.

17. El grupo inicial *H-S-C* también merece atención. Cuando se trata de la laringal *Hᵘ* y la sonante *u̯* encontramos dos soluciones: *°Hu-C > au-C* y *Hu-C > uC*. Ambas suelen hallarse en lenguas indoeuropeas en las mismas raíces mencionadas arriba y en otras semejantes; a veces hay huella de aspiración, concretamente, en gr. hay αὑ- y en lat. y arm. *hau, hav*, sin duda por metátesis de *aHu-*: cf. arm. *hav* 'pájaro' < **Hu̯i-* (lat. *auis*, gr. αἰετός), lat. *haurio* < **Hus-* (gr. αὕω) (cf. una metátesis semejante en gr. εὕω < **euhō* < **eusō*); en gr. hay ὑ-, aunque puede tratarse de una analogía de los tipos *i̯u-, su-*. Como ejemplo del tipo con vocalización *°H* podemos poner *aug-* citado arriba (lat. *augeo*, etc.); falta, por ejemplo, en formas hetitas como *ḫurtaiš* 'maldición' (con otro grado, *ḫwardaḫḫi* 'maldigo', lat. *uerbum*) o de otras lenguas en formas como ai. *uṣās* 'aurora' junto a lit. *aušrà* 'la aurora', gr. αὔριον, lat. *auster* (de *Hu̯-*, cf. P. en gr. ἕσπερος, lat. *uesper*) o como lat. *ūrina*, anord. *ūr* 'llovizna' (quizá con larga por metátesis *Hu- > uH-*) junto a anord. *aurr* 'agua', gr. *αὕρα 'agua' en ἄναυρος.

Otros grupos iniciales que merecen estudio desde nuestro punto de vista son los *S-V* y *C-V*. Aquí encontramos que en algunas lenguas se ha llegado a fijar en algunos casos una prótesis vocálica, aunque mucho más frecuentemente no la haya; y en un caso, el del griego, se ha constituido en ley sin excepción que una *r-* indoeuropea toma siempre una vocal protética. Evidentemente, en principio se trataba de una vocal de apoyo que podía pronunciarse facultativamente delante de toda sonante y aun de toda consonante inicial, sin duda tras palabra terminada en consonante. Iba acompañada de una pronunciación implosiva de la sonante o consonante, que se constituía así en final de sílaba en vez de en comienzo de una. En definitiva, se trata del mismo fenómeno que tiene lugar con regularidad en el grupo interior *C-S-C* y con ciertas diferencias en el inicial *S-C*; pero aquí no se llegó, salvo en el caso indicado, a una fijación del alófono libre en una regularidad fonética. En esta no fijación se incluye la no fijación del timbre, que suele ser o bien *a* o bien determinado por el influjo de la vocal que seguía a la sonante o consonante; en ciertos casos, influía también la sonante o consonante.

Nótese que existe riesgo de confundir este caso con el anterior en que precedía a la sonante o consonante una laringal. Es claro, de todos modos, que la laringal no es imprescindible para que haya prótesis.

18. Distinguimos tres casos:

a) *S-V*. Hay huella de prótesis en griego, armenio y albanés; en el primero, es obligatoria ante *r-*. En gr. ante *n-*, *m-* hay casi siempre *o*: ὄνειδος (cf. naa. *Neid*), ὀμίχλη (cf. ai. *meghás* 'nube'); pero también un timbre neutro *a*, así en ἀνεψιός (cf. lat. *nepos*), ἀμῖξαι (de la raíz de ὀμίχλη). Ante *r-*, *l-* hay ya el timbre neutro *a* (ἀρήγω junto a as.

rōkian 'socorrer') o el de la vocal siguiente (ἐρέφω/ὄροφος, cf. aaa. *-reba*; ἔρεβος, cf. gót. *rigis*), con pocas excepciones como ἐλαχύς junto a λαχεῖα. Nótese que incluso en raíces con *Hu̯-* puede haber *e* en vez de *a* por analogía de la vocal siguiente (hom. ἐέρση junto a cret. ἄερσα, de la raíz **Hu̯er* 'agua' ya mencionada). En armenio encontramos también neutro *a* (*amis* 'mes', cf. gr. μήν; *anun* 'nombre', cf. gr. ὄνομα, lat. *nōmen*) o el de la vocal siguiente (*erek* 'tarde' junto a gr. ἔρεβος; *ołork* junto a *lerk* 'liso'). En albanés, pese a lo escaso del material, se nota una tendencia semejante.

b) *C-V*. La prótesis es un fenómeno principalmente griego tanto ante *C* seguida de vocal como ante grupo consonántico; sólo ante un grupo de *s-C* tiene mayor extensión. Ante *C-V* hallamos timbre neutro *a* (ἄπιον junto a lat. *pirum*, ἀκούω junto a gót. *hausjan*); timbre *e* ante dental (eól. ἔδοντες 'dientes', gr. ἐθέλω junto a θέλω); *o* ante gutural y labial (ὀκέλλω/κέλλω, ὀφέλλω, cf. ai. *phálati*).

c) Tenemos timbre neutro *a* (ἀτραπός junto a τραπέω, Ἄτλας de τλα-); *i* ante grupo con dental o *s* (ἰκτῖνος, cf. ai. *śyenas*; ἴσθι, cf. av. *zdī*; ἰχθῦς, cf. lit. *žuvìs*); *o* ante grupo con labial o gutural (ὄβριμος junto a βριμός; ὀφρῦς, cf. ai. *bhrū́s*). Pero el timbre puede depender también de la vocal siguiente: hay ὄτλος junto a Ἄτλας, ὀτρύνω junto a τορύνω. Este último ejemplo hace ver que, en definitiva, la vocalización ante oclusiva viene a ser una alternativa a la que tiene lugar entre la oclusiva y una sonante siguiente.

En el grupo *s-C* la prótesis está bastante difundida: cf., junto al gr. ἄστρον, arm. *astł* 'astro' y el mismo esp. *estrella*, que continúa un fenómeno difundido ya desde el lat. vulgar.

19. Finalmente, en interior de palabra encontramos un poco en todas las lenguas vocalizaciones en el grupo *C-C*; si ello ocurre con relativamente poca frecuencia, es porque el grupo se hace pronunciable muchas veces distribuyendo las consonantes entre dos sílabas o bien manteniendo entre ellas un grado pleno, cf. VI.IV.1.7.

Encontramos tres timbres: el *a*, neutro, no condicionado, y el *i* y *u* condicionado:

a) Timbre *a*. Cf. gr. σκάπτω junto a σκέπας, ἄστυ junto a ἄεσα; lat. *pateo* de *pet-*, *quattuor* junto a gr. τέσσαρες, het. *ašanzi, appanzi* 3.as pl. en grado Ø frente al P. de las 3.as sg. *ešzi, epzi*; arm. *t'akn* 'palo' junto a lat. *tignum*; ir. *gataim* 'tomo', cf. aisl. *geta* 'consigo'.

b) Timbre *i*. Hay ejemplos ante dental y *s*. En griego: πίτνημι de **p°t-*, eol. πίσυρες < **k^{w}°t-*, ἱδρύω < **s°d-*. En báltico: *pisù* 'joder' junto a gr. πέος < **pesos*.

c) Timbre *u*. Lo hay en contacto con labiovelar, gutural y labial. Así en gr. κύκλος < **k^{w}°klos*, cf. toc. A *kukäl*; lat. *cur, secutus*, ai. *kuha*, u. *pufe* y demás ejemplos con labiovelares que son alternativos con la falta de vocalización y caída del apéndice (cf. II.II.4.6-7): la vocalización se ve favorecida a veces por la analogía de formas antevocálicas como lat. *sequor* o por evitarse con ella una acumulación de consonantes. Junto a gutural y labial encontramos ejemplos en germánico: aaa. *-zug* en los nombres de decenas (del grado Ø **dk-* de **dekm̥*); aisl. *stofn* < **stuba* 'tronco', junto a *stafn* 'íd.'; etc.

En general, decimos, el ide. tiene recursos para evitar los grupos en que surge la vocal de apoyo entre consonantes; entre otras cosas, no utiliza alternancias P/Ø que impliquen grupos *C-C-C*. Pero fonéticamente se trata siempre del mismo fenómeno. Lo que hemos hecho exponiendo y explicando los fenómenos de vocalización menos regular es,

aparte de aportar datos relativos a estos mismos hechos, explicar el nacimiento de las evoluciones más regulares, en que intervienen las sonantes. No son más que la culminación, en unas circunstancias favorables, de tendencias mucho más amplias y que pueden explicarse perfectamente. Es una larga historia que sólo termina en los dialectos particulares de cada lengua, y aun aquí sin regularidad completa.

20. Merece particular atención el fenómeno de las vocalizaciones esporádicas en el grupo *V-H-C*. La causa de que haya soluciones de este tipo (*V-H*^{o}*-C*) y no ocurra lo mismo, en cambio, con los grupos *V-S-C* (llamando aquí *S* a *l, r, n, m*) está en relación sin duda con el hecho de que en el grupo *C-H-C* sea frecuente la doble vocalización, delante y detrás de la *H* (cf. II.I.2.20), mientras que en el *C-S-C* lo normal es vocalización única. Así resulta que en el grupo *V-S-C* sólo hay una solución, el mantenimiento de la sonante consonántica, mientras que en el *V-H-C* el mantenimiento de la *H* con pérdida del apéndice y su ulterior eliminación con alargamiento de la vocal es lo normal, pero también se dan ejemplos, según decimos, de *V-H*^{o}*-C*. Nótese, por otra parte, que en contacto con *H* hay doble vocalización de las consonantes: tipo *C-*^{o}*S*^{o}*-H* (tipo *r̥H* > *ara* y otros resultados, cf. lug. cit.), es decir, que la vocalización en sí es posible; en eslavo se ha producido incluso sin presencia de sonante, cf. II.II.6.17 sobre los diptongos de tipo *V-S-C* con sus resultados rusos *oro, olo*. Nótese, finalmente, que esta vocalización es idéntica a la del grupo *V-C-C*, que acabamos de estudiar.

Tan idéntica es que el resultado de *V-H*$^{u̯}$*-C* > *V-Hu-C* (de donde luego *V-u-C*) es perfectamente comparable al de los grupos con labiovelar, que hemos mencionado, en que ésta

queda reducida a *ku* (en el caso de la sorda) en vez de perder el apéndice, como es lo regular, y reducirse a *k*.

Tenemos de esta manera, en lo que se refiere a las laringales, una variante a las soluciones que alargan la vocal precedente por caída del apéndice y pérdida posterior de la laringal: la variante con vocal breve seguida de *u* o de *i*, según cuál sea la laringal. El timbre de la vocal no es afectado, puesto que la laringal pertenecía a una sílaba diferente. Pero hay una segunda variante: una vez producida la vocalización, la laringal podía geminarse entre vocales, con el resultado de alargar la vocal precedente y comunicarle su timbre; después caía también la segunda laringal del grupo geminado. Las variantes son, pues, las siguientes (indicando con *H* la laringal anteconsonántica que ha perdido el apéndice y no vocaliza):

$eH_1 > \bar{e} / eH^{\underset{\frown}{u}o}{}_1 > eu / eH_1H^{\underset{\frown}{u}o}{}_1 > \bar{e}u \quad oH_1 > \bar{e} / oH^{\underset{\frown}{u}o}{}_1 > ou / oH_1H^{\underset{\frown}{u}o}{}_1 > \bar{e}u$
$eH_2 > \bar{a} / eH^{\underset{\frown}{u}o}{}_2 > eu / eH_2H^{\underset{\frown}{u}o}{}_2 > \bar{a}u \quad oH_2 > \bar{a} / oH^{\underset{\frown}{u}o}{}_2 > ou / oH_2H^{\underset{\frown}{u}o}{}_2 > \bar{a}u$
$eH_3 > \bar{o} / eH^{\underset{\frown}{u}o}{}_3 > eu / eH_3H^{\underset{\frown}{u}o}{}_3 > \bar{o}u \quad oH_3 > \bar{o} / oH^{\underset{\frown}{u}o}{}_3 > ou / oH_3H^{\underset{\frown}{u}o}{}_3 > \bar{o}u$

Con $H^{\underset{\frown}{i}}$ existen resultados absolutamente paralelos: cuando no vocaliza, *ē, ā, ō*, esto es, indistinguibles de los de $H^{\underset{\frown}{u}}$, puesto que caen los apéndices; cuando vocaliza, *ei* sea cualquiera el timbre de la laringal (*oi* si se añade a *o*) o, con geminación de la misma, *ēi, āi, ōi*, según cual sea el timbre de la misma (los resultados son idénticos si se parte de *o*). Sobre algunos timbres analógicos cf. *infra*, II.II.2.11.

21. Los resultados anteriores recuerdan inmediatamente los expuestos en II.I.4.8 para el grupo *V-H-V*: también allí hay en unos casos pronunciación heterosilábica de la *H* (resultados *ei̯, oi̯*) y en otros geminación de la misma, afec-

tando la primera al timbre de la vocal anterior (resultados *ēi̯, āi̯, ōi̯*). Pero las diferencias son palmarias.

Efectivamente, en el grupo *V-H-C* que ahora estudiamos el resultado normal es el del simple alargamiento de la vocal por obra de la laringal una vez perdido el apéndice, situación que se ve aún en hetita, donde encontramos frecuentemente *eḫ, aḫ,* pero también ya a veces *e, a* (*e-e, a-a*) que hemos de interpretar como *ē, ā*: cf. por ejemplo los verbos en *-aḫmi* (cf. gr. eól. -ᾱμι), *weḫmi, naḫmi,* etc., formas con metátesis como *erḫaš* y *arḫaš* (lat. *ōra*), *išḫar* 'sangre' (cf. lat. *aser*); y al lado los verbos en *-ami,* otros sueltos como *temi* 'decir', palabras como *la-a-man* 'nombre'. En cuanto a los resultados *ē, ā, ō* del postanatolio, no hace falta insistir sobre ellos, cf. II.I.2.8, pero véanse más ejemplos *infra,* II.II.2.11. Este resultado con simple alargamiento figura también en final de palabra, sin duda en principio ante palabra que comenzaba por consonante; alterna en esta posición con *-eu̯, -āu̯, -ōu̯* ante vocal. Todavía en védico la regla es que, por ejemplo, el dual en *-ā* es una forma anteconsonántica y el en *-āu* una forma antevocálica que, en consecuencia, se escribe y pronuncia *-āv,* según las reglas de la fonética sintáctica de dicha lengua.

En cambio, en el grupo *V-H-V* el resultado normal es el con *-u̯, -i̯* pertenecientes a la sílaba siguiente. La única oscilación es la de tipo alofónico entre *eu̯/ēu̯, āu̯, ōu̯* y *ei̯/ēi̯, āi̯, ōi̯,* dependiente, como sabemos, de una geminación facultativa de la *H* que se traduce en alargamiento y cambio de la vocal.

22. Junto a estos dos tratamientos normales tenemos dos tratamientos excepcionales, que son perfectamente justificables:

a) En el grupo *V-H-C* se dan, junto al simple alargamiento, soluciones *eu/ēu, āu, ōu* y *ei/ēi, āi, ōi* procedentes de vocalizaciones esporádicas, a veces acompañadas de geminación. Hemos explicado así las vacilaciones del tipo *di̯ēu-/di̯ē-* en el caso de los diptongos largos (cf. II.I.2.18), cf. más datos en nuestro tratamiento morfológico de estos temas, *infra,* III.II.3.13. Allí podrá verse que no solamente hay diptongos largos, sino también diptongos breves inexplicables por abreviaciones secundarias: cf. por ejemplo βοῦς junto a ai. *gaus* (al lado, gr. βῶς y ai. Ac. *gâm*). Es absolutamente seguro que a la difusión de los diptongos ha contribuido la acción analógica de los resultados antevocálicos: gr. G. sg. βοϝός, cf. lat. *bouis* con breve, ai. N. pl. *gâvas* con larga. Por otra parte, unas y otras formas con *-u* o *-i* han contribuido a su vez a favorecer, en las series correspondientes etimológicamente, los grados *Ø*, *u* e *i,* respectivamente, cf. *infra,* II.II.2.17.

Naturalmente, no se trata sólo de las palabras raíces con diptongo largo. Es absolutamente normal que junto a formas *V-H-V* con solución *-u̯, -i̯* haya otras *V-H-C* con diptongos en *-u, -i.* Bástenos ejemplificar brevemente con las raíces de II.I.2.18, en las que ya mostramos la existencia, junto a las formas antevocálicas con *-u̯, -i̯,* de otras anteconsonánticas con vocal larga. Pues bien, las hay igualmente anteconsonánticas con diptongo: cf. de **pleH*$^{\text{u̯}}_{3}$ gr. πλεύσω, ai. *ploṣyati,* ags. *flēotan* 'huir', aaa. *fliogan* 'volar', con *eu,* y lit. *pláuti* 'lava' con *ōu*; de *(*s*)*neH*$^{\text{u̯}}_{2}$, lat. *nūtrio* con *eu,* y ai. *snáuti* 'gotear' con *āu*; de **geH*$^{\text{i̯}}_{3}$ lit. *gìedu* 'cantar' con *eu.*

El hecho de que estos diptongos provengan de *V-H* y de que ésta aparezca geminada en los casos en que se origina un diptongo largo, no solamente se deduce de una combinación de los datos disponibles, sino también de tes-

timonios directos del hetita. Allí encontramos palabras como *meḫur* 'tiempo', *šeḫur* 'orina', *eḫur* 'oído', respectivamente de las raíces **meH*$^{u̯}_{1}$ (cf. lat. *mētior*), **seH*$^{u̯}_{1}$ (cf. lat. *sēmen, sēui*), **eH*$^{u̯}_{3}$ (cf. gr. ὦς y οὖς); y hemos aludido también a las geminaciones del tipo *na-aḫ-ḫu-un* y al alargamiento de la vocal precedente por caída de la primera laringal (*na-a-ḫu-un*, cf. II.I.3.2).

b) Inversamente, podemos imaginar un grupo *V-H-V* en el cual se pierda el apéndice, con lo que el resultado sería el mantenimiento de la vocal precedente; en caso de geminación de la *H*, alargamiento y cambio de timbre de la misma. Ahora bien, solamente ante *i* y ante *u* hay pérdida del apéndice ante una vocal. La *i* antigua indoeuropea tiene poco papel morfológico fuera de los pronombres (donde no se encuentran laringales); en resumen, sólo en las desinencias del verbo encontramos una *-i* tras laringal. En *da-aḫ-ḫi* hemos de suponer, efectivamente, que ha habido una evolución **deH*$^{u̯}_{3}$*i* > **deH*$_{3}$*H*$_{3}$*i* > **doHHi*, de donde habría que esperar en indoeuropeo *dōi*. Pero no existe esta forma: en 1.ª sg. pres. los verbos en laringal, o han sido provistos de la desinencia *-mi*, o aparecen con el tema puro, cf. por ejemplo gót. *salbo* / lit. *daraũ* (y otros paralelos en toc.), formas respectivamente anteconsonánticas y antevocálicas en el origen, comparables a otras de pretérito. En resumen, no podemos ejemplificar en el indoeuropeo una larga antevocálica procedente de *V-H*.

f) *Alargamientos compensatorios*

23. Finalmente, entre los fenómenos alofónicos relacionados con alteraciones opcionales de la estructura silábica nos referimos a los alargamientos compensatorios. Son, igual que todos los demás, un fenómeno general, no estrictamente

de fecha indoeuropea solamente. Ahora bien, los alargamientos indoeuropeos de vocales de apoyo desarrolladas en contacto con laringal no son repetibles por el simple hecho de que las laringales desaparecieron en fecha temprana, como sabemos. Sin embargo, conviene que añadamos algunas palabras para precisar su carácter de fenómenos de orden general, no sólo indoeuropeos.

El paralelo más próximo a estos alargamientos compensatorios del antiguo indoeuropeo no es la metátesis de cantidad del ático, donde *āo* > *ēo* > *eō* y *ēa* > *eā* (βασιλέως, βασιλέᾱ). El paralelo más próximo está en el tratamiento de los diptongos en *r*, *l* del eslavo, al cual hicimos referencia más arriba (cf. 23). Aquí un grupo *ort*, por ejemplo, daba en eslavo antiguo *or°t*, que, o bien pasaba a llevar dos vocales plenas (ruso *orot*), o bien sufría una metátesis de cantidad de las vocales. La primera *o* desaparece y la vocal de apoyo se convierte en vocal larga: ello bien en fecha antigua, en eslavo del Sur, donde resulta *rōt* > aesl. *rat*, bien en otra más reciente en polaco, de donde resulta un *rōt* que se conserva. Este fenómeno eslavo tiene, como se ve, dos fases: en una, se elimina una sílaba cerrada, por ejemplo *tort*, pasándose a dos sílabas (*tor-°t*). En la segunda, se vuelve a la sílaba única, pero abierta (*C-S-V-C*); ahora bien, dicha sílaba sigue siendo, como lo era al comienzo, una sílaba larga, solamente que por efecto de la cantidad de la vocal y no por posición.

24. Esto es exactamente lo que sucede en el tipo más frecuente de alargamientos compensatorios de vocales de apoyo en el indoeuropeo: el tipo *C-°r°-H-C* > *C-rā-C*, tipo al que ya hemos hecho referencia en II.I.2.19 y que en nada difiere del mismo grupo con final vocálico salvo que aquí, naturalmente, resulta *rāu̯* o *rāi̯*, según el apéndice de la

laringal. La fluctuación en griego y otras lenguas entre *ara* y *rā* es, efectivamente, idéntica a la de ruso *oro* / aesl. *ra* (es decir, en fecha más antigua *ara/rā*).

Otras veces, los efectos del alargamiento compensatorio no son idénticos: puede suceder que sea la vocal de apoyo que precede a la sonante la alargada, así en ai. *īr* o *ūr* del mismo grupo mencionado. En cuanto a los resultados del lit. con *ìr*, paralelos a éstos, deben igualmente atribuirse a un alargamiento compensatorio: cf. *infra*, II.II.6.14. En otras lenguas la *H* cae simplemente sin dejar rastro: así en gót. o en aesl. Todos estos tratamientos serán estudiados en conjunto en II.II.6.16: aquí nos limitamos a explicar su diferente naturaleza, por más que se trate del mismo grupo de fonemas.

En II.I.2.20 nos hemos referido, finalmente, a otro tipo de alargamiento compensatorio indoeuropeo también en contacto con laringal. Hemos atribuido la vocalización en *ū* e *ī* de los grupos $C\text{-}H^{u̯}\text{-}C$ y $C\text{-}H^{i̯}\text{-}C$ al desarrollo de una doble vocal de apoyo ($C\text{-}^{o}H^{u̯o}\text{-}C$ y $C\text{-}^{o}H^{i̯o}\text{-}C$), pero sin llegarse a la estabilización de las dos como vocales plenas (es decir, a *au* y *ai*). En un momento dado se ha producido la desaparición de la primera vocal de apoyo, con conversión de la segunda en vocal larga, es decir, en *ū* e *ī* respectivamente. Esto quiere decir que en estos grupos eran en principio posibles tres silabaciones, que calificamos de alófonos libres:

1) Monosilábica, con el punto vocálico precediendo a *H*: $C\text{-}^{o}H\text{-}C$.
2) Monosilábica, con el punto vocálico siguiendo a *H*: $C\text{-}H^{u̯o}\text{-}C$, $C\text{-}H^{i̯o}\text{-}C$.
3) Disilábica: $C\text{-}^{o}H^{u̯o}\text{-}C$, $C\text{-}^{o}H^{i̯o}\text{-}C$.

Pero en lenguas indoeuropeas diversas, de la silabación 1 se deducía *C-aH-C* > *C-a-C*; de la 2, *C-Hu-C, C-Hi-C* > *C-u-C, C-i-C*; mientras que de la 3 había dos soluciones, que a su vez hay que calificar de alófonos libres de fecha posterior. Una de ellas era la solución *C-aHu-C, C-aHi-C* > *C-au-C, C-ai-C*; la segunda era, con alargamiento compensatorio, *C-ū-C, C-ī-C*. Dado que en hetita no podemos decidir si una *a* representa aún una vocal de apoyo o ya una *a* (si es que no es simplemente gráfica), ni si una *u* o *i* representan una larga o una breve, es imposible decidir si el alargamiento compensatorio a que nos referimos está ya en el anatolio o sólo en indoeuropeo posterior. Ejemplos de éste pueden encontrarse en II.II.2.19. Las formas con *ū, ī* son excepcionales y también las con *au, ai*; las vocalizaciones normales son de un lado *a*, de otro *u, i*, tendiendo a generalizarse las primeras junto a los grados plenos *ē, ā, ō* y las segundas junto a los grados plenos en diptongo, cf. *infra*, II.II.2.18.

II

DETALLES SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LOS FONEMAS Y GRUPOS DE FONEMAS INDOEUROPEOS

1. CONSIDERACIONES GENERALES

1. Tras la exposición de las tendencias que actúan en la evolución del sistema fonológico indoeuropeo podemos pasar a describir sintéticamente la evolución de los diferentes fonemas en las diversas distribuciones en que se encuentran, añadiendo datos y ejemplos, donde ello sea necesario, sobre las lenguas particulares. Podremos ahora distinguir entre aquellas evoluciones que han sido llevadas hasta el final sin excepciones, las que son sorprendidas en tal o cual lengua en la fase de su realización, o bien por alguna razón no han llegado a completarse, y las que responden a posibilidades de elección, es decir, proporcionan alófonos libres, relacionados con la expresividad o con la estructura silábica o con ambas cosas a la vez.

Vamos a proceder ahora con ayuda de dos escalones cronológicos. El primero es el protoindoeuropeo: con las seis laringales, las vocales *e* y *o* de cantidad indiferenciada, la *s*, las tres series de sordas, sonoras y aspiradas (éstas, como

la *s*, sin rasgo relevante de sonoridad) en las tres articulaciones, contando la articulación gutural con una variante labiovelar. Este indoeuropeo lo conocemos sólo por reconstrucción: el anatolio está más próximo, sin embargo, porque se conservan parcialmente en él las laringales consonánticas (que ya han afectado a los timbres de las vocales), y las vocales, en parte al menos, han conservado la antigua indefinición de cantidades. Vamos a dar los resultados de sus fonemas y sus grupos de fonemas tanto en anatolio como en el indoeuropeo posterior antes de la diferenciación de esta rama. Y como algunos fonemas quedaron intactos tanto en indoeuropeo como, suponemos, en una fase del anatolio anterior al hetita (anterior a la fusión de *a* y *o*, a la confusión de las tres series de oclusivas y a la evolución de las labiovelares), vamos a limitar la exposición del protoindoeuropeo a aquellos fonemas o grupos que pasan ya alterados a la fase siguiente, mientras que la evolución de los demás será incluida en el estudio del indoeuropeo posterior.

Estudiaremos, pues, en primer lugar la evolución de las laringales, así como de los grupos de laringales y otros fonemas, llegando a la desaparición de las primeras, aunque su caída no se haya completado todavía en hetita e incluso queden huellas en otras lenguas. Estudiaremos después todos los fonemas, bien antiguos, bien resultado del encuentro de los antiguos con las laringales, que se encuentran en el indoeuropeo postlaringal e incluso en las últimas fases de éste, cuando los timbres de las vocales ya se habían alterado. En cuanto a las vocalizaciones de las sonantes y consonantes, reservaremos su estudio a la segunda fase en gracia a que a ella pasan dichas sonantes y consonantes, aunque es bien seguro que las vocales de apoyo existían ya en la época más antigua. Más convencional aún es reservar para esta segunda parte el estudio de la vocalización

del grupo *S-H*. Como se ve, es imposible hacer separaciones tajantes, ya que los procesos de la época prelaringal se continúan en la postlaringal y los de ésta estaban ya iniciados en la primera. Es forzoso hacer cortes arbitrarios, tendentes a la mejor exposición, simplemente.

2. De todas maneras, pensamos que es útil adelantar lo relativo a las laringales y sus grupos: en realidad, lo que hacemos con ello es exponer la prehistoria del sistema indoeuropeo de la reconstrucción tradicional, del que nos ocupamos después. Hablamos también de otro resto del sistema antiguo, como son las vocales de cantidad indiferenciada. Solamente después de las exposiciones anteriores podemos reunir ahora todos los datos y comprender no sólo toda la compleja serie de fenómenos que se dan en la evolución de las laringales, sino también los hechos marginales de la misma y los fenómenos de orden analógico que regularizan las distintas evoluciones, y las extienden, circunscriben o reducen. El todo forma un sistema coherente, que encaja perfectamente dentro de una concepción moderna de la evolución fonética.

Tras esto, expondremos brevemente el inventario de fonemas y alófonos del protoindoeuropeo, sintetizando las ganancias obtenidas. Y justificaremos la existencia en dicha fase de *i̯*, *u̯* autónomas, no procedentes de las laringales: justificación que no puede hacerse hasta el momento en que se ha terminado el estudio de éstas y de sus múltiples evoluciones.

Hecha esta exposición podremos, al estudiar los fonemas del indoeuropeo posterior, indicar el origen de cada uno, bien en el protoindoeuropeo, bien en evoluciones posteriores en relación con laringales o sonantes o vocalizaciones en general, bien en el sistema marginal. Y podremos añadir

detalles sobre la evolución de los mismos, así como ejemplificaciones.

Sin embargo, con frecuencia lo que haremos es referirnos a las exposiciones anteriores, así como a la ejemplificación allí consignada. Pero esas exposiciones no nos ahorraban esta síntesis referida no al sistema y los subsistemas ni a principios de orden general, sino a cada fonema aislado, de por sí. Por lo demás, esta exposición que ahora hacemos se limita a las lenguas más importantes y cuya exposición en forma de cuadros es más fácil de hacer.

También añadiremos algunos datos relativos al uso de cada fonema en Morfología.

Independientemente del tratamiento de cada fonema en términos generales, prescindiendo por supuesto de evoluciones propias ya de las diferentes lenguas en el curso de su historia, hemos de ocuparnos de los tratamientos especiales en sílaba final, tema no tocado hasta aquí. Esto nos llevará a hablar del uso de los fonemas, en indoeuropeo y en las diferentes lenguas, con valor demarcativo: no sólo del final de la palabra, sino también del comienzo.

2. EXPOSICIÓN ESQUEMÁTICA DE LA EVOLUCIÓN DE LAS LARINGALES INDOEUROPEAS

a) *Grupo H-V*

1. En posición inicial $H^{u̯}$ y $H^{i̯}$ pierden su apéndice ante vocal, pero no su timbre; en otras posiciones sólo está testimoniado este fenómeno ante *-i* y *-u*, cf. het. 1.ª sg. pres. *daḫḫi*, 3.ª sg. impv. *dau*. Pero cf. *infra* sobre fenómenos analógicos.

Caídos los apéndices, las vocales *e*, *o* y *a* (del sistema marginal) se convierten en *e* tras H_1, en *a* tras H_2, en *o* tras H_3. En hetita se conserva todavía parcialmente la laringal en forma de *ḫ*, pero habiendo ocasionado ya el cambio de timbre.

Los ejemplos pueden encontrarse en todos aquellos casos en que consideraciones morfológicas hacen pensar que una *a* del postanatolio proviene de una *e* u *o* más antigua; la laringal precedente se conserva a veces en hetita en forma de *ḫ*. En cambio, la posibilidad de que una *e* provenga de H_1e o H_1o, aunque existe teóricamente, es más difícil de probar. Tenemos, pues:

H_2e > *a*: así en el presente de verbos como gr. ἄγω, lat. *ago*, an. *aka* (corresponden al tipo con *e*, cf. **bhérō*); en temas nominales en *-es*, tales gr. ἄνθος o lat. *aes*, gót. *aiz*; en nombres en *-mō̆n* como gr. ἄκμων, lit. *akmuõ*; etc.

H_2o > *a*: de la misma raíz de *agō* tenemos H_2*ogros* en gr. ἀγρός, lat. *ager*; de *H_2*okros* > gr. ἄκρος, ἄκρις, lat. *acia*.

La *-a* de *-a*, *-tha* de 1.ª 2.ª sg. perf. (*-ḫa*, *-ta* en 1.ª sg. pres. med. hetita) se explican por *-*H_2o, con caída del apéndice por analogía con otras formas, por ejemplo las formas activas con *-i* (het. *-ḫi*, *-ti* < *-tHi*).

H_3e > *o*: de *H_3*ed-* tenemos gr. ὄζω, lat. *odor*; de *H_3*er* hay ὄρνις en gr. y formas con *o* también en germ. y esl.

H_3o > *o*: de la raíz de ὄζω tenemos en gr. ὀδμή de *H_3*odmā̆*; de *H_3*ok*, gr. ὄκνος 'alcaraván', lat. *unco*, aesl. *jačati* 'gemir'.

Junto a estas soluciones en que se impone el timbre de la laringal hasta el punto de ser dudoso si se trata de *e* u *o* originarias, hay otras en que se impone el timbre de la vocal. Son soluciones analógicas. Por ejemplo, *H_2*og-* > **og-* en gr. ἀγωγή, ὤγανα; de *H_2*ok* > alat. *ocris*; de *H_3*eg*

hay tanto **ognis* (fonético, cf. aesl. *ognъ*) como **egnis* (analógico, cf. lat. *ignis*); de *$*H_2eg^{u}$*, *$*H_2egh$* hay tanto *a* (lat. *anguis*) como *e* (gr. ἔχις, ἔχιδνα, habiendo también *$*H_2og^{u}h$* con la solución analógica *o* en gr. ὄφις.

Evidentemente, mientras la laringal se conservó y el timbre de la vocal siguiente no se alteró, el vocalismo *e* u *o* de estas formas desempeñó el mismo papel morfológico que en otras palabras en que no estaba al lado de laringal. El influjo analógico de dichas formas desarrollaba una fuerte tendencia a que la vocal original se mantuviera intacta tras la laringal. Hay raíces en que han resultado, así, vacilaciones; otras en que se ha impuesto completamente, en todo el indoeuropeo o en ciertas lenguas, el timbre de la laringal. Pero también es posible que otras veces el timbre original de la vocal haya triunfado totalmente y no haya quedado huella de la laringal: así tal vez en raíces como **ed* 'comer', **ep* 'conseguir', etc.

Pero también ha podido intervenir otro factor a favor de la conservación del timbre original de la vocal inicial: una silabación *H-V* articulándose la laringal con la sílaba final de la palabra precedente terminada en vocal. El hetita presenta datos a favor de esta explicación, que, por otra parte, coincide con diferencias de silabación en sílaba interior. Pero para ello hemos de detenernos en el problema de la *ḫ* hetita.

2. En las posiciones indicadas esperamos encontrar en hetita una *ḫ*, herencia de la antigua laringal una vez que ha perdido su apéndice; tras esta *ḫ*, en caso de venir de H_2 o H_3, esperamos *a*, vocal en que han confluido (fonética o gráficamente) *a* y *o*.

Así es, en efecto, en numerosas ocasiones. Cf. por ejemplo gr. ἀντί, het. *ḫanti*; gr. ὄρνις, het. *ḫaraš* 'águila'; gr.

ὄστεον y het. *ḫaštai-*; lat. *ouis* y het. *ḫavis*; lat. *anus* y het. *ḫannaš*; etc. Pero en otras hallamos het. *ḫe* < H_2e o H_3e, es decir, allí donde esperaríamos *ḫa*: cf. het. *ḫenkan* 'muerte', cf. gr. ἀνάγκη, galés *angen* 'necesidad'; *ḫekur* 'pico', de la raíz *H_2ek arriba citada; *ḫenktzi* 'dobla', cf. gr. ὄγκος/ ἀγκών; *-ḫa* junto a *-a*, cf. *supra*. La interpretación no puede ser otra que la propuesta arriba: si la *e* se mantiene intacta, es por efecto, bien de la analogía, bien de la pronunciación heterosilábica de la *H*, bien por ambas cosas.

Ahora bien, en hetita falta con frecuencia la *ḫ* allí donde la esperaríamos. Y no solamente en los casos tratados hasta el momento, sino en todos los demás: los de *ḫ* con caída del apéndice analógica y no fonética (cf. *infra*), los de *ḫ* seguida de vocalización (*ḫu*, *ḫi*), los de *ḫ* con caída del apéndice ante consonante, los de *ḫ* seguida de *w*, *uw* o *y*, *iy*, resultados del apéndice. En todos estos casos encontramos, sin razones que la expliquen distribucionalmente, una vacilación entre *ḫ* y Ø. Por ejemplo, en el caso que ahora estudiamos, encontramos correspondencias como het. *alpaš* 'nube' / gr. ἀλφός, het. *aruwai* 'pide' / gr. ἀράομαι, het. *arraš* 'ano' / gr. ὄρρος, het. *arkuwanun* 'oré' / lat. *arguo*, het. *anda* 'centro' / lat. *endo*, que suponen la caída de una *ḫ-*; y junto a la 1.ª pres. med. *-ḫa*, la 2.ª *-ta* supone igualmente la caída de la laringal, cf. IV.III.3.2. Como en otras posiciones supone lo mismo, conviene estudiar el fenómeno en su conjunto.

3. La conclusión no puede ser otra que la siguiente: nuestros textos hetitas pertenecen a una época en que la *ḫ* estaba en trance de perderse, en realidad se había perdido ya muchas veces. Por ejemplo, en la flexión nominal prácticamente no se encuentra ya, sólo quedan las formas en *i*, *u* y diptongo resultantes de la laringal o el grupo que formaba con una vocal: igual que en el postanatolio. Se ha

conservado en algunas palabras sueltas como las que hemos citado, pero otras veces aparece ya fluctuando con la forma *Ø*, ya en varias regularizaciones::

a) Fluctuación libre: *šan-zi/šan-aḫ-zi, tuḫš-/tu-wa, e-eš-ḫa-na-aš/e-eš-na-aš*.

b) Regularizaciones diversas:

α) Dialectal: luvita *para-* / het. *parḫ-, paraḫḫ-*.

β) Morfológica: se opone un tipo de verbos como *ḫatrami* a uno denominativo en *-aḫmi*; una 1.ª sg. en *-ḫi* (med. *-ḫa*; tras vocal, *-ḫḫi* y *-ḫḫa*) a una 3.ª en *-i* (med. *-a*), siendo formas etimológicamente idénticas (cf. IV.III.2.5).

γ) Léxica: *ant-* 'caliente' / *ḫandaiš* 'calor'; *ma-aḫ-ḫa-an* 'como' / *ma-a-an* 'si'; *damašzi* 'oprime' / *dammešḫaš* 'poder', etcétera.

Otras veces, la falta de la *ḫ* debe atribuirse a fenómenos fonéticos esporádicos, asimilaciones o disimilaciones. Cf. por ejemplo *šakki* al lado de *šakḫi, idalawatti* al lado de *idalawaḫti*, etc. En otras lenguas indoeuropeas se dan cosas comparables: aparte de la «Verschärfung» del germánico (II.I. 4.13), de la evolución $H\text{-}H_2 > \kappa$ en griego (II.II.2.13) y de la $Hs > x$ sobre todo en lat. (cf. II.II.2.12), pueden citarse fenómenos esporádicos como aesl. *kostь* 'hueso', lat. *costa* junto a het. *ḫastai*; aesl. *koza* 'cabra' junto a ai. *ajas*; quizá gr. καυλός junto a αὐλός; gr. κάπρος junto a lat. *aper*; etc. La disimilación se ha producido, sin duda, tras consonante final de la palabra precedente.

4. Volviendo a limitarnos al grupo *H-V*, hay que señalar un segundo tratamiento del mismo: el apéndice de H^{u} da *u* y el de H^{i} da *i*, no resultando afectado el timbre de la vocal siguiente. Éste es el tratamiento regular ante *e* y *o*. En hetita se mantiene a veces la laringal en forma de *ḫ*, pero otras ha caído, o bien, por el contrario, aparece gemi-

nada. No insistimos sobre este punto, suficientemente elucidado ya.

Existen cuatro casos de *H-e/o*:

a) Tras vocal, sin geminación de la *H*. El resultado, ejemplificando las vocales con *e*, es *e-u̯e* para $H^{u̯}$, *e-i̯e* para $H^{i̯}$; ello indiferentemente del timbre de la laringal, que no afecta a una vocal de la sílaba anterior. Cf. detalles *supra*, II.I.4.8.

b) Tras vocal, con geminación de la *H*. Ejemplificando siempre las vocales con *e*, los resultados dependen ahora del timbre de las laringales: la vocal precedente se alarga y cambia de timbre. Así, de $eH_2H^{u̯}_2e$ se obtiene *ā-u̯e*, de $eH_3H^{i̯}_3e$ se obtiene *ō-i̯e*, etc. Cf. los detalles *supra*, II.I.4.8. Es la solución menos regular, que aparece en formas verbales y nominales aparte del sistema normal. No deja de haberse utilizado, sin embargo, para algunos tipos morfológicos como los verbos del lit. en *-áuti*, los del germánico en *-ēwan* (aaa. *-āwan*), los del gr. en -ηϝι̯ων > -είω.

c) Tras consonante o sonante, sin vocalización. Los resultados son del tipo *n-*$H^{u̯}$*e* > *nu̯e*, *r-*$H^{i̯}$*-e* > *ri̯e*, etc.; en hetita hay ya *w*, *y*, ya *hw*, *hy*, cf. *supra*. En ocasiones encontramos en las diversas lenguas *uu̯*, *ii̯* (het. *ḫuw*, *ḫiy*), pero ya hemos explicado (II.I.2.28) que se trata de resultados secundarios de cualquier *u̯* o *i̯* tras consonante, sea de origen laringal o no; volveremos a ocuparnos del tema a propósito de la fonética de la época postlaringal. Ejemplos de *u̯*, *i̯* tras consonante o sonante ante *e/o* pueden encontrarse *supra*, II.I.2.26.

d) Tras consonante o sonante, con vocalización. Los resultados fonéticos son, según ha quedado ya aclarado, *au*, *ai*, según se trate de $H^{u̯}$ o $H^{i̯}$. Pueden verse ejemplos en II.I.2.28.

5. Prescindiendo de la eventual caída de la *ḫ* en hetita y de los fenómenos secundarios de desdoblamiento *u̯* > *uu̯*, *i̯* > *ii̯*, fenómenos ya explicados, queda todavía un problema fonético, relativo al punto 3. Me refiero a que en ocasiones entre consonante o sonante y vocal no encontramos huella de *u̯* o *i̯* pese a que suponemos que etimológicamente se piensa que en aquel lugar ha habido una laringal. Es decir: en hetita encontramos *ḫ* o Ø en vez de *ḫw*, *ḫy* o *wy*; en indoeuropeo encontramos Ø en vez de *u̯*, *i̯*. Todo sucede como si hubiera una pérdida del apéndice, al igual que en posición inicial, ante *i*, *u* y, según veremos, ante consonante. La pérdida del apéndice es innegable, pero no pueden encontrarse razones fonéticas que la justifiquen. Hay que contar con que han intervenido toda clase de regularizaciones, provocadas por el hecho de que en un momento dado en determinadas distribuciones aparecían las formas con apéndice *H*$^{u̯}$, *H*^{i} y en otras la forma sin él, *H*.

Concretamente, ya hemos indicado que a la caída del apéndice ante *-i* en 1.ª sg. de los verbos en *-ḫi* (*da-aḫ-ḫi* de **deH*$_3$*H*$^{u̯}_3$*i*, cf. lat. *do, duis*, gr. δoϝέναι, ai. *dadáu, dadúr*) debe atribuirse su pérdida en 1.ª sg. med. *-ḫa*, en que a la *-H*$^{u̯}$ (o *H*^{i}, según los verbos) se añadía *-o*, cf. IV.III.3. Hay que añadir que la caída del apéndice era fonética igualmente en 2.ª sg. pres. (het. *-ti* de *-tHi*, de donde en voz med. het. *-ta*, otras lenguas *-tha*) y en 3.ª (het. *-i* de *-H-i*, de donde 3.ª med. *-a*); que en het. la 1.ª sg. pret. *-ḫun* < *-H*$^{u̯o}$*m*, *-H*^{io}*m* es una forma vocalizada que hace ver otra vez una simple *ḫ*. Existía además en los verbos la presión de las formas con *H* anteconsonántica: verbos en *-aḫmi* y *-ami*, entre otros. Lo cual no quiere decir que no haya en los verbos hetitas huellas de los apéndices de las laringales: hay formas con vocal temática tras *i̯* (*tiyanzi* junto a *teḫḫi*) y vocalizaciones *i* (*daitti*) y *u* (*arnumi*).

Pero no sólo se trata de las desinencias verbales indicadas, en las cuales la vocal siguiente aceptó el timbre *a* de la laringal H_2, timbre que se generalizó incluso en las raíces con otras laringales (cf. VI.III.3.1 ss.). Encontramos fuera del hetita y en hetita casos de *e/o* tras laringal, cuyo timbre no ha sido afectado.

6. En realidad, en estos casos hay dos posibilidades: *a*) que el apéndice se haya perdido por un fenómeno de regularización analógica, pero las vocales *e/o* no hayan sido afectadas porque su timbre tiene un valor morfológico, está integrado en una determinada conjugación o declinación; *b*) que ni siquiera haya existido nunca una laringal en la forma dudosa. Efectivamente, el hecho de que existan formas que testimonien, por ejemplo, **genH*$^{u̯}_{1}$ 'nacer' no impide que en algunos casos haya podido conservarse la antigua raíz **gen* sin alargar. Estos alargamientos son secundarios en indoeuropeo, cf. VI.II.5.

A veces es difícil decidir entre la primera y la segunda explicación. Por ejemplo, en ai. es regular obtener de *sunomi* una 3.ª pl. *sunvanti*: $H^{u̯}$ ante vocal da *u̯*, tratamiento regular (cf. gr. ὀμνύουσι < *-uu̯onti*: como se ve, el timbre de la vocal no es afectado). Pero en ai. es no menos regular obtener de *mṛṇāmi* una 3.ª pl. *mṛṇanti*: aquí todo sucede como si $H^{u̯}$ se hubiera reducido a *H* y *H* hubiera caído. Pero se trata de un hecho analógico. Así como junto a un grado P *e*$H^{u̯}_{2}$ > *eu* > *o* se generaliza en el ∅ *u* ante consonante ($H^{u̯o}$ > *u*) y *u̯* ante vocal ($H^{u̯}$ > *u̯*), al grado P *e*$H^{u̯}_{2}$ > *ā* (cf. II.I.4.23) responde un grado ∅ *ī* (en gr. ᾰ) ante consonante y pérdida de la *u̯* ante vocal: un pl. **mṛṇumás*, **mṛṇuthá*, **mṛṇvánti* sería confuso, las formas con *u̯*, *u* se han hecho características de la otra flexión.

Piénsese de otra parte que, por lo que se refiere a la flexión en general, las formas con *H^u̯-V*, *H^i̯-V* estaban en un intercambio constante con formas *H-C*, según haremos ver en la parte morfológica al hablar de la antigüedad de la flexión semitemática, tanto en el nombre como en el verbo. Formas como lat. *es-t* junto a **s-o-mos* (*sumus*), *fert* junto a ai. *bharati*, gr. γέντο junto a ἐγένετο, son recuerdo de este estado de cosas: concretamente, el tipo verbal y nominal con dos vocales plenas es secundario. Fluctuaciones del tipo *H^u̯et/Ht* hubieron por fuerza de llevar a una igualación, es decir, a *-Het*. Alterar aquí el timbre según la laringal habría sido arruinar todo el sistema de las alternancias y toda la flexión temática: hacer terminar un N. sg. de esta flexión ya en *-os*, ya en *-es*, ya en *-as*, por ejemplo. De aquí la extensión de las regularizaciones, apoyadas sin duda por una articulación heterosilábica de *H-e/o*. Pero no puede postularse una ley según la cual la laringal pierde su apéndice ante vocal, pues esto está contradicho por las evoluciones 1, 2 y 4 de arriba (II.II.2.5) y por la misma 3, de que nos ocupamos ahora, por ejemplos múltiples. Ejemplos que aparecen precisamente, con frecuencia, en palabras aisladas, mientras que la pérdida del apéndice se da generalmente dentro de la flexión temática o de otras en que la oposición de timbres *e/o* tiene igualmente valor morfológico (así en los nombres de tema en *-e/-os*).

7. Por lo demás, insistimos en que otras veces la solución del problema puede estar en que las raíces disilábicas en laringal pueden haber presentado a veces formas arcaicas, sin el alargamiento laringal. Por ejemplo, una palabra tan extendida como **génos* (gr. γένος, lat. *genus*, ai. *jánas*, etcétera) puede quizá venir de *gen* simplemente; aunque también, quizá de *genH^u̯₁*, con caída del apéndice por ana-

logía con las formas verbales (pero cf. restos como lat. *genui*, el adj. *ingenuus*) y mantenimiento del timbre sobre el modelo de la flexión neutra en *-es/-os*.

El fondo de la cuestión es el siguiente. Junto a las raíces de tipo *C-V-C*, que sólo en un caso (*$petH_1$) aparecen alargadas sistemáticamente con laringal, las de tipo *C-V-S* forman dos grupos: uno, el de las que no llevan alargamiento laringal; otro, el de las que lo llevan. Ahora bien, el alargamiento laringal es sin duda en estas raíces un añadido analógico sobre las raíces de tipo *C-V-H* (cf. VI.VI.9). Por ello es verosímil que la partición tajante a que nos hemos referido sea falsa: que haya raíces en sonante que nunca tomaron alargamiento laringal, otras que lo tomaron siempre y otras todavía que en las lenguas históricas aparecen ya con él, ya sin él. A este grupo puede pertenecer **gen*, como pertenece, por ejemplo, **ter*: junto a las formas de tipo *$terH_2$ (lat. *intrāre*) las hay de tipo **ter* (cf. gr. τέρμα) o *$t^o r$ (cf. ai. *tiráti*). Así, pues, el problema de por qué falta *u̯* o *i̯* allí donde en principio la esperaríamos, debe resolverse en cada caso de un modo diferente, tras un estudio minucioso de los datos.

Lo que más nos inclina a pensar que a veces pudo, simplemente, no haber existido la laringal, es lo que ocurre en las raíces de tipo *C-V-C*. Aquí existen formas con laringal junto a otras que indudablemente nunca la tuvieron: el que haya gr. ἐλίπη, lit. *likaũ* (∅/P) no quiere decir que en gr. λείπω, lit. *liekù* haya que ver un grado P/∅ con caída de la laringal. Más bien, en estas raíces la laringal fue añadida en fecha posterior, y lo fue en unos casos sí, en otros no.

8. Téngase en cuenta que los elementos *u̯*, *i̯* que intervienen en la Morfología y que hemos caracterizado como de origen laringal, a partir de un cierto momento se difundie-

ron como características morfológicas, en fecha en que las laringales habían desaparecido ya. El que haya un pres. con i̯ de tal raíz no quiere decir en todos los casos que fuera una raíz en H^{i}: puede ser con $H^{u̯}$ o sin laringal, cf. IV. IV.1.6. Inversamente, la falta de i̯ en un presente no debe interpretarse como resultado de la caída de una H^{i} radical. En germánico se llega a encontrar, en la cl. III, diferencias de lengua a lengua en la flexión del presente. Mientras en aaa. hay *ē* ($< eH_1$) en todas las personas, en gótico y antiguo sajón sólo hay el equivalente (gót. *ai,* cf. IV.IV.1.12, as. *e*) en las atemáticas. En las temáticas el gót. presenta Ø ante la des. (*haba* frente a *habais*), pero en as. hay i̯ (*hebbiu* frente a *habes*) y lo mismo en otros dialectos. Ante esta situación puede pensarse en influjos secundarios de la flexión totalmente en i̯ o la que nunca lo presenta, pero es más fácil suponer que la i̯ previa a la vocal temática, derivada en último término de H^{i}, en algunos dialectos no se ha extendido simplemente a estos verbos. Inventar una ley según la cual H^{i} cae en gótico ante vocal es chocar con muchos datos. Por otra parte, formas como aaa. pret. *hapta* junto a *habēta* hablan en el mismo sentido.

De una manera o de otra, es claro que ha habido regularizaciones morfológicas: hay verbos en *-u̯e/o,* en *-i̯e/o* y, al lado, otros en *e/o* (no en *a* u otra vocal fija, salvo excepciones que nada tienen que ver con las laringales); hay nombres y adjetivos temáticos en *-u̯e/o, -i̯e/o, e/o,* otros en *-e/os* y también en *-as, -us* e *-is,* con vocalizaciones generalizadas. Luego dentro de los verbos resultaron a veces morfologizaciones, cobrando sentidos especiales las formas con *u̯* o *i̯;* otras veces éstas se convirtieron en desinenciales. En el nombre se morfologizaron como desinencias las varias soluciones con *u, i,* sobre todo estas últimas. De todo esto nos ocupamos en detalle en la parte morfógica.

b) *Grupos V-H y V-H-C*

9. El tratamiento monosilábico *V-H*, tanto si sigue consonante (o sonante consonántica) como si no, comprende dos fases:

a) La *H* pierde el apéndice labial o palatal y queda reducida a *H*. Esto vale también, en el grupo *V-H-V*, para el alófono geminado *V-H-H-V*, donde la segunda laringal es H^{u} o H^{i}, cayendo el apéndice solamente en los casos señalados en el apartado anterior, pero la primera aparece solamente como *H*: en hetita hay, pues, ya *ḫḫ*, ya *ḫḫw* o *ḫḫy*.

b) La *H* del grupo *V-H-C* o la primera *H* del *V-H-H-V* cae alargando la vocal precedente y comunicándole su timbre.

Se producen, por tanto, los siguientes resultados:

$$e/oH_1 > \bar{e}$$
$$e/oH_2 > \bar{a}$$
$$e/oH_3 > \bar{o}.$$

Pero, paralelamente a lo que veíamos en los grupos *H-V*, existen resultados analógicos. En los grupos *V-H* consisten en que la vocal se alarga, pero su timbre se mantiene intacto por el efecto analógico de formas paralelas sin laringal. He aquí algunos ejemplos:

Los verbos radicales atemáticos cuyo sg. lleva grado *e* suministran un buen ejemplo de la evolución fonética normal: $eH_1 > \bar{e}$ en ai. *dadhāti*, gr. τίθημι, lat. *fēci*, aesl. *děti* 'poner', de *deH^{u}_1; $eH_2 > \bar{a}$ en gr. ἵστᾱμι, lat. *stās*, de *$steH^{u}_2$; $eH^{u}_3 > \bar{o}$ en ai. *dadāti*, gr. δίδωμι, lat. *dō*, cf. también air. *dān*, aesl. *danъ* 'don', cf. en II.I.10.18 algunos ejemplos en que estas soluciones alternan con *ēu, āu, ōu* ante vocal y con otras más con huella del apéndice. También

para las raíces citadas las hay: ai. *dadháu, tastháu, dadáu*; ai. *sthāvarás* 'grueso', lit. *stóviu* 'estar de pie', gr. ἑστᾱϝώς; ai. *dāvane*, lat. *duim* < **douim*, etc. De laringales con apéndice palatal se pueden citar igualmente numerosos casos. Cf. por ejemplo de **deH*$^{i̯}_{2}$ ai. *dā̆ti* 'partir', gr. δᾶμος; de **dheH*$^{i̯}_{1}$ 'mamar', gr. θηλή, lat. *fēmina* (y al lado ai. *dhāyús* 'sediento', let. *dêju* 'mamar').

En estos y otros casos hay que partir de *e*, a juzgar por lo que sabemos de la Morfología del indoeuropeo; pero otras veces se parte de *o*, con iguales resultados. Por ejemplo, los perfectos τέθηκα, ἕστᾱκα, δέδωκα presentan, respectivamente, *oH*$^{u̯}_{1}$, *oH*$^{u̯}_{2}$, *oH*$^{u̯}_{3}$; nombres como πλᾱγά́, λά́θᾱ, πᾱγά́ deben proceder también de formas con *o*.

Ahora bien, en griego al menos hallamos formas analógicas en las que *oH* > *ō*, indiferentemente de cuál sea el timbre de la laringal. Tenemos, por ejemplo, ἀρωγός, ἀρωγή junto a ἀρήγω; θωμός junto a τίθημι; perf. ἔρρωγα junto a pres. ῥήγνυμι, εἴωθα junto a ἦθος, etc. El modelo han sido, sin duda, palabras como ἀοιδή, ἀνατολή, τροχός, σκοπός, οἶδα, etc.

Cuando la vocal precedente es *u* o *i*, se alarga en *ū* o *ī* respectivamente, sea cual sea el timbre de la laringal. Cf. ejemplos en II.I.2.28. Pero resulta notable que a veces la *i, u* alargada por *H* procede a su vez de una *H*$^{i̯o}$ o *H*$^{u̯o}$: así en el dual de temas en *-i, -u* (cf. III.IV.5.2). Evidentemente, ciertas *H* de uso morfológico se mantenían después que la *H* en general había vocalizado o caído.

En cuanto al hetita, ya hemos hecho constar que presenta formas con *aḫC* (verbos en *-aḫmi*, el verbo *weḫ-/waḫ-* en todas sus formas, *ḫaḫriya-, tuḫš-*, etc.) y formas con *V-ḫḫ-V*, pero que igualmente hay otras con pérdida de la *ḫ* anteconsonántica (tipo *la-a-ma-an* 'nombre') o con simplificación de la geminada (*na-a-ḫu-un*). Hemos propuesto que en

estos últimos casos había ya, probablemente, alargamiento de la vocal. El hetita estaba, pues, en plena pérdida de la laringal consonántica; en la otra rama el proceso está ya terminado.

A tratamientos especiales de la *s* tras laringal que alarga la vocal anterior hemos aludido en ἔστᾶκα: cf. gr. ἔλυσα (con mantenimiento de la *-s-*), aesl. *dělaxъ*, los aor. armenios en *-ç-* y los sigmáticos del celta con conservación de la *-s-* como en griego.

10. Así como los tratamientos monosilábicos de *V-H*, que son los normales, son idénticos con independencia del fonema que siga o de si se trata de un grupo en final absoluto, no puede decirse lo mismo de los tratamientos disilábicos. Distinguimos cuatro casos:

a) *V-H* en final absoluto. Eventualmente podía colocarse el límite silábico entre la vocal y la laringal, lo que impedía el alargamiento y el cambio de timbre de la primera. Cf. II.I.4.9 sobre ai. *devī*.

b) *V-H-V*. Cuando el límite silábico pasaba a colocarse entre la primera vocal y la laringal, ésta, ante vocal, daba los resultados *u̯* o *i̯* (según fuera H^{u} o H^{i}), resultados ya conocidos por nosotros, cf. II.I.48, II.I.4.24.

c) *V-H-C*. Hemos dado ejemplos en que alternan en la misma posición *ĕ/ē* allí donde la etimología presenta eH_1 y los hemos atribuido a la diferencia de silabación, cf. II.I.4.9. En este mismo lugar se citan ejemplos de metátesis de la *ḫ* hetita, que patentizan el heterosilabismo (aunque en *arḫš* antes de la metátesis el timbre de la vocal se había alterado ya). Incluso en ai. hallamos una alternancia *āt/ath* y *ād/adh* que se explica igual.

Hay que hacer observar que la *H* heterosilábica no siempre cae simplemente. Hemos observado (II.II.2.5) un ejem-

plo de asimilación, en hetita, de *ḫt* en *tt* y también la hay regresiva: *antuḫḫaš* y *antuḫšaš*. En latín al menos se ha reconocido una evolución *-a-Hs* > *-ex*, cf. *senex* frente a *senātus*: la H_2 en pronunciación heterosilábica no altera la vocal y se hace *o* ante *s*, en pronunciación tautosilábica alarga la *e* en *ā*. Cf. también formas verbales del tipo de *uīxi* junto a *uīuo*: _*uiH$^{ṷ}_{3}$-sai_ > _*uiH-sai_ > _*uīxi_ (la *ī* es analógica del presente). Se han sugerido algunos paralelos en otras lenguas, pero no son igualmente convincentes (gr. πίναξ junto a ai. *piṇākam*, κόραξ junto a lat. *coruus*).

d) *V-H°-C*. Es una variante alofónica del tratamiento anterior: la *H* heterosilábica vocaliza en *u* (si se trata de *H*^{ṷ}) o en *i* (si se trata de *H*$^{i̯}$). Por tanto, ejemplificando con la vocal precedente *e*, los resultados serán, respectivamente, *e-u*, *e-i*, de donde los diptongos *eu*, *ei*. En hetita encontramos, como era de esperar, *eḫu*: *seḫur* de *se-H*$^{ṷ}_{1}$°- (cf. lat. *sēmen*), *meḫur* de *me-H*$^{ṷ}_{1}$°-, cf. lat. *mētior*.

Claro está, la solución *eu*, *ei* (y *ou*, *oi*) es excepcional, frente a la de vocal larga (*ē*, *ā*, *ō*, respondiendo a cualquiera de las dos) y a la con vocal larga y vocalización (*eu*, *au*, *ou*; *ei*, *ai*, *oi*), sobre la que hemos de volver. En realidad, estas soluciones de tipo *eu* aparecen al lado de la de vocal larga, en general, en formas morfológicas aisladas, tales como gr. βοῦς citado más arriba, un G. sg. ai. *dyós* de _*dyáus_, etc. Sin embargo, se ha constituido toda una clase verbal de este tipo, los verbos en *-neumi*, que se han distinguido de los en *-nāmi* (con generalización del timbre H_2): una ulterior regularización ha asignado a las formas de grado Ø de los primeros una *u*, mientras que las de los segundos llevan *a* (en ai. *ī*).

En gót. hallamos *ai* allí donde esperaríamos *ei* (cf. gót. *habais* / aaa. *habēs*). Puede tratarse de un influjo analógico de verbos con alargamiento laringal *eH*$_2$ (cf. IV.IV.1.12); pero también es posible que se trate de un grado Ø, con

vocalización *ai* (comparable, por tanto, a *-is*, *-īs* en latín y a formas paralelas del germ., báltico y eslavo).

11. Habría que añadir los tratamientos en que la *H* gemina: son monosilábicos en el sentido de que la primera *H* alarga la vocal precedente en la forma que sabemos, pero disilábicos en el de que la segunda pertenece a la sílaba siguiente. Hay dos casos:

a) *V-H-H-V*: la vocal precedente se alarga según decimos en *ē*, *ā* u *ō*, según el timbre de la laringal; y la segunda laringal deja ante vocal como rastro de su antigua presencia una *u̯* o una *i̯*, según la laringal fuera $H^{u̯}$ o $H^{i̯}$. Por supuesto, si la vocal precedente era *u* o *i*, se alargan en *ū* e *ī* respectivamente, cf. por ejemplo de *$g^{u̯}$ei$H^{u̯}_3$ 'vivir' en grado doble ø *$g^{u̯}$i$HH^{u̯}$os > ai.*jīvas*, lat. *uīuus*, lit. *gývas*, etcétera. Cuando preceden *e/o* y los resultados son *ēu̯*, *āu̯*, *ōu̯* (*ēi̯*, *āi̯*, *ōi̯*), estas formas antevocálicas aparecen frecuentemente al lado de las anteconsonánticas *-ē*, *-ā*, *-ō*: aunque también existen las formas antevocálicas *eu̯*, *ei̯*, que acabamos de ver, hay una tendencia analógica que lleva a oponer *-ā/āu̯*, etc. De ahí que en posición final en un doblete como el de los duales del véd. en *-ā/-au* se tiende a ver simples variantes y, efectivamente, las distintas lenguas han elegido en palabras como 'ocho' y 'dos', ya una, ya otra de estas formas.

Lo mismo ocurre con las desinencias en *-āi* y *-ōi*, junto a las cuales existen otras en *-ā* y *-ō* y en *-ei*, que luego se reparten según las lenguas y los casos a los que se las asigna, como explicaremos en la Morfología. En cambio, cuando la posición no es final, en una oposición del tipo lat. *amāui/amāsti*, ai. *jajñáu/jajñā́tha*, toc. *kälpāwa/kälpāsta*, lit. *daraũ* (1.ª sg. pres.) / *dãro* (3.ª), la *-u* se entiende como una des. personal, morfologizándose así. Pero hay una ten-

dencia contraria a extenderla a todo el tema (lat. *amāui, amāuisti*, etc.), con lo que se morfologiza como característica de tema: morfologización que, por lo demás, estaba ya comenzada cuando marcaba 1.ª (y a veces 3.ª) sg. en pretérito y no en presente, por ejemplo. Por otra parte, cuando no había al lado formas con *ē, ā, ō*, tendían a imponerse las soluciones regulares antevocálicas *eu̯, ei̯*: así en verbos del tipo de **pleu̯ō*, en los que lo anómalo es encontrar una forma **plō* (cf. *infra*, II.II.2.18).

Conviene notar un tratamiento especial de los grupos *V-HH*$^{\text{u̯}}$*-V* y *V-HH*$^{\text{i̯}}$*-V* en ciertos dialectos germánicos: la llamada «Verschärfung», de que nos hemos ocupado en I.II. 4.10. Recordamos que los resultados del gótico son, respectivamente, *ggw* y *ddj* (en nórdico *ggv* y *ggj*).

En hetita tenemos testimonio de formas del tipo *aḫḫa*: así *laḫḫa* 'ejército', con caída secundaria del apéndice; en el postanatolio, si han existido, han debido desaparecer, pues al caer la laringal resultaba un hiato inadmisible. Pero en het. también hay huella de *V-ḫḫw-V*, cf. por ej. *tuḫḫueššar*.

Un caso especial de *V-H-H-V* es el representado por el encuentro de una *H* final de raíz y una H_2 característica de perfecto en griego: el resultado es κ, cf. **se-stoH*$^{\text{u̯}}_2$*H*$_2$*o* > ἕστᾱκα; de estas formas ha nacido el perf. gr. en -κα, pero cf. también el aoristo de tipo ἔθηκα y el lat. *fēci, iēci*. Este tipo es sin duda más antiguo que el de lat. *amāui*, rehecho secundariamente sobre **amāu* a partir de *cecini*, etc.

12. b) *V-HH°C*: la vocal precedente se alarga en la forma que sabemos, dependiendo del timbre de la laringal; y la segunda laringal vocaliza en *u* o *i* según se trata de *H*$^{\text{u̯}}$ o *H*$^{\text{i̯}}$. Resultan, pues, *ēu, āu, ōu* y *ēi, āi, ōi*. Se trata, desde luego, de soluciones poco frecuentes, de las que ya hemos dado ejemplos sobre todo en raíces de las llamadas

en diptongo largo (cf. II.I.4.25). De todas maneras, se hace un cierto uso de estas soluciones cuando hay al lado formas con la solución fonética más regular, a saber, *ē, ā, ō*: tipo ai. *dyáus* / ac. *dyā̆m.* Pero aun aquí encontramos a veces la otra solución alofónica, *eu* o *ei* (y las variantes apofónicas *ou, oi*). Y ésta es frecuente, según hemos indicado, en categorías morfológicas en que alterna con un grado Ø *u* o *i* (cf. II.II.2.18).

En hetita encontramos la forma esperada *V-HHu-C, V-HHi-C.* Cf. formas como *waḫḫuzi, laḫḫuzzi,* etc., aunque cabe la duda de que se trate de dobles vocalizaciones de la *H* interconsonántica, es decir, del grupo *C-°HH°-C,* del que nos ocupamos a continuación.

c) *Grupo C-H-C*

13. De este grupo separamos, como anunciamos antes, un caso especial, el *C-S-H-C,* cuyo resultado es la doble vocalización de la sonante: lo estudiaremos con los demás resultados de las sonantes *infra,* II.II.6.14.

Por lo demás, el grupo *C-H-C* debe entenderse como pudiendo contener una sonante consonántica, no sólo una consonante. El resultado es, según ha sido expuesto en el capítulo anterior, cuádruple; se trata de variantes alofónicas relacionadas con hechos de silabación. Resumiendo:

a) *C-°H-C*: la laringal vocaliza en *a* por su cara anterior, perdiendo al tiempo el apéndice y perdiéndose luego.

b) *C-*$H^{u̯o}$*-C, C-*$H^{i̯o}$*-C*: la laringal vocaliza por su cara posterior, en *u* si se trata de $H^{u̯}$, en *i* si se trata de $H^{i̯}$.

c) Hay una doble vocalización: *C-°*$H^{u̯o}$*-C* > *au, C-°*$H^{i̯o}$*-C* > *ai.*

d) Esta doble vocalización puede resolverse, mediante un alargamiento compensatorio, en *ū* e *ī,* respectivamente.

Respecto al hetita hay que hacer algunas puntualizaciones, en las que recogemos igualmente conclusiones ya establecidas:

a) Subsisten formas en que la grafía *aḫ* posiblemente refleja una *ḫ* consonántica conservada entre consonantes, sin vocalizar por tanto; y otras con ∅, en que la misma *ḫ* consonántica ha caído.

b) A la solución 1 responden en hetita tanto *aḫ* como *a*; a la 2, tanto *ḫu* como *u* (y tanto *ḫi* como *i*); a la 3, tanto *aḫu* como *au* (y tanto *aḫi* como *ai*). La *ḫ* se gemina ocasionalmente.

Por otra parte, hay huella de *aḫa, uḫu* e *iḫi,* es decir, de formas con el timbre de una de las dos vocales asimilado al de la otra. Estas formas son difíciles de identificar en el indoeuropeo posterior, de resultas de la caída de la laringal. Inversamente, es difícil decidir si en hetita existen *ū, ī* con alargamiento compensatorio; posiblemente se trata de un fenómeno posterior al hetita.

A continuación daremos algunos ejemplos de las soluciones que lo precisan y, sobre todo, veremos cómo las distintas soluciones se han repartido el campo en las diversas lenguas, generalmente por criterios de analogía con los grados plenos y de regularidad morfológica.

14. La vocalización *ă* de las laringales es la que aparece más frecuentemente en palabras aisladas, fuera de sistema: así de **pᵒHtēr* tenemos gr. πατήρ, lat. *pater,* gót. *fadar,* air. *athir.* Y es la que normalmente aparece en el grado ∅ cuando frente a él el P lleva vocal larga procedente de *V-H*: cf. por ejemplo junto a las formas **stā* a que antes nos hemos referido (II.II.2.11) las de grado ∅ **stă*: gr. στᾰτός, lat. *status,* lit. *stataû* 'yo coloco', aesl. *stojǫ* (< *ai* ante vocal) 'estoy de pie'. Esta vocalización es propia de todas las larin-

gales con uno u otro apéndice y con cualquiera de los tres timbres, de donde correspondencias P/Ø como lat. *dōnum/dătus*, gr. ῥήγνυμι/ῥᾰγῆναι, γλῶσσα/γλᾰσσα. Evidentemente, ha habido una regularización que favorecía *a* frente a vocal larga, *u* frente a diptongos en *u*, *i* frente a diptongos en *i*.

Pero conviene llamar la atención sobre dos fenómenos particulares del i.-i. y del griego:

a) En i.-i. la *ă* ha quedado reducida a una extensión muy pequeña. En II.I.2.19 hemos dado algunos ejemplos del ai. En cambio, se ha generalizado la solución *ĭ*: cf., de las raíces arriba citadas, ai. *pitā́*, *sthitás*. Y también, en ocasiones, la *ī*, así en los grados Ø de los verbos en *-nāmi*, cf. ai. *mṛṇīmás* / gr. μάρνᾰμεν.

b) En griego ha prosperado una tendencia a que la vocal de apoyo enfrentada a un grado P *ē* vocalice en *ĕ*, la enfrentada a un grado *ō* vocalice en *ŏ*: cf. por ejemplo τίθημι/τίθεμεν, δίδωμι/δίδομεν. Pero en formas menos claramente incluidas en sistema se conservan huellas del tratamiento general, Ø *ă* frente a cualquier grado P, cf. *supra*.

Respecto al hetita hay que observar que, si bien es normal una vocalización *aḫ*, junto a ella encontramos ya una forma *a*, con caída de la laringal; y que, por otra parte, *aḫ* y aun *ḫa* pueden ser en ocasiones meras grafías por *ḫ* interconsonántica sin vocalizar (en *tar-aḫ-zi, eš-ḫa-na-aš*). Formas con *aḫ* con vocalización de la laringal son *laḫmi* (cf. lat. *lauo*), *paḫš, peḫšanu-* (donde el sufijo exige el grado Ø de la raíz) 'proteger' (de la raíz de lat. *pāstor*). Y como formas con *a*, con caída de la *ḫ*, podemos citar *damašzi* 'dominar' (cf. gr. δαμάσαι < **d°mH*), *tittanuzzi* 'poner', de la raíz **stā* antes mencionada, pero en grado Ø.

15. Las vocalizaciones $H^{uo} > u$ e $H^{io} > i$ han sido ejemplificadas ya en II.I.2.19, donde se ha hecho ver que con

cierta frecuencia aparecen en palabras aisladas o bien opuestas a grados P largos (P *ē, ā, ō* / *∅, u* o *i*). Estos ejemplos son los más demostrativos; demostrativo es también que en hetita encontremos no solamente *u, i,* sino también *ḫu* (*meḫur, šeḫur,* ya citados, también *da-aḫ-ḫu-un,* etc.) y *ḫi* (*palḫiš* 'ancho', de la raíz de gr. πλατύς). Formas con *hu* y *hi* se encuentran incluso en ai.: *asthur* de *tiṣṭhati,* es decir, **e-stH*$^{u̯o}$*-r* (*tasthimás,* etc. presentan la forma con *i* generalizada del ai.); *pṛthús* 'ancho', con metátesis de la *H*; *asthi* 'hueso', *sakhibhis,* I. pl. de *sakhā* (donde la *h* es analógica). Aunque en realidad en ai. no hay *h,* lo que sí hay es la sorda aspirada de que ya hemos hablado, condicionada por lo demás por la antigua presencia de la laringal consonántica.

También es demostrativo del hecho de que *u* e *i* son en estas formas vocalizaciones de las laringales el que en hetita hallemos ya *ḫu* ya *ḫ* ante consonante: por ejemplo, hay fluctuaciones *taraḫzi* / *tarḫudu, weḫ-zi* / *waḫ-ḫu-zi, tuḫkanzi* / *tuḫukanzi, tuḫš-* / *tuḫḫuš-,* etc. También aparece, otras veces, sólo la forma vocalizada: *išḫunau-* 'tendón', seguramente metátesis de **sneH*$^{u̯}$ (ai. *snāvan-*).

Podrían ponerse, de otra parte, numerosísimos ejemplos en que *u* alterna en los grados ∅ con *a* (y con *au, ū*); *i* con *a* (y con *ai, ī*). He aquí unos pocos: con frecuencia aparecen al lado grados plenos con vocal larga, que no recogemos ahora (cf. algunos en II.I.2.19):

**dherH*$^{u̯}_{2}$ 'turbar': gr. θρῦπτω, let. *druskà* 'kumel' / lat. *fraces.*

**gelH*$^{u̯}$ 'helar': lat. *gelŭs* / gr. γέλανδρον, lat. *glăcies.*

**genH*$^{u̯}$ 'mejilla': ai. *hanus,* gr. γένυς, gót. *kinnus* / gr. γνᾰθος.

**gerH*$^{u̯}_{2}$ 'graznar': arm. *kʻrunk* 'grulla' / aaa. *kranoh,* gr. γέρανος.

**kerH*$^{\text{u̯}}_{3}$ 'ruido ronco': gr. κῆρυξ/κόραξ.
**k*$^{\text{u̯}}$*erH*$^{\text{u̯}}$ 'hacer': air. *cruth* 'forma' / gr. τέρας.
*(*s*)*neH*$^{\text{u̯}}_{2}$ 'fluir': ai. *snutás* 'goteado' / lat. *nā̆to.*
*(*H*)*erH*$^{\text{i̯}}$ 'ajustar': gr. ἀριθμός / lat. *rā̆tus.*
**kemH*$^{\text{i̯}}$ 'esforzarse': gr. κομίζω/κάματος.
**leH*$^{\text{i̯}}_{2}$*-p* 'brillar': lit. *lipst* 'arde' / gr. λᾱ́μπω.
**speH*$^{\text{i̯}}_{1}$ 'crecer': gr. σπιθάμη / lat. *spā̆tium.*

Otro dato que es igualmente interesante para reducir *u* e *i,* en ocasiones, a una antigua laringal, es el hecho de que a formas con estas vocales en otras lenguas correspondan en hetita formas con *ḫ*. Es particularmente interesante lo que ocurre con los verbos de alargamiento nasal. Frente a las conjugaciones del postanatolio en *-neumi* y *-nā̆mi,* de las que ya hemos hablado considerándolas como especializaciones de temas en *-neH-,* el hetita presenta una conjugación en *-numi* (*arnumi* 'llevo'), otra en *-naḫḫi* (*tarnaḫḫi* 'dejo') y una tercera en *-naḫmi* (*šanaḫmi* 'busco'). Ahora bien, sucede que una de estas dos flexiones puede equivaler a la flexión en *-nāmi* del postanatolio: cf. junto a *šanaḫmi* ai. *sanóti,* gr. ἀνύω. Otras veces el grado Ø de la flexión en *-neu* deja ver en el mismo postanatolio la antigua presencia de una laringal: del verbo citado el ai. tiene un part. pas. *sātás,* es decir, **sn̥Htós* (cf. IV.IV.1.18), cf. de igual modo *vanóti/vātás.* También son de notar las vacilaciones entre los dos tipos de conjugación ai. *stṛṇóti* y *stṛṇā̆ti,* ai. *kṛṇā̆ti* y arus. *krьnuti* 'hacer', etc.

16. Conviene añadir dos precisiones a lo dicho anteriormente, en relación ambas con la distribución de los timbres:

a) Pese a estar los timbres, en principio, estrictamente condicionados por el apéndice de la laringal precedente, en

ocasiones se ha impuesto el de la consonante siguiente. Concretamente, en hetita tenemos *u* como resultado de toda clase de laringales ante desinencias o sufijos verbales con *-m*. Por ejemplo, de un verbo *daḫḫi* < **deH*$^{u̯}$, tenemos en 2.ª pl. un grado ∅ *a* (*datteni*), pero en 1.ª pl. la forma correspondiente es *dummeni* (también *daweni*, con *au̯*); en 1.ª pl. pret. tenemos *daḫḫun*. Estas formas las reencontramos en todos los verbos con laringal, sea cualquiera ésta.

Inversamente, ante *-s* y *-t* la vocalización es *i*, sea cualquiera la laringal: por ej., de *teḫḫi* 'poner' podemos citar 2.ª sg. pres. *daitti*, 3.ª pl. pret. *daiš*, *daišta*; pero también hay la vocalización neutra *a*: de *tarnaḫḫi*, 2.ª pl. *tarnatteni*, 3.ª sg. prét. *tarnaš* (3.ª también *tarnešta*). Tanto es así que se ha llegado a constituir una des. *-iš*, *-išta* en el prét. del hetita. Y esto sucede igualmente en otras lenguas indoeuropeas. Hemos de ver que existe una forma comparable en latín (2.ª sg. pret. *-isti*) y que se ha generalizado un sufijo *-is* en diversas formas verbales del ai. y del latín: siempre a partir de temas en laringal, pero de los más diversos. En griego se ha difundido, al contrario, -σ (en los futuros); y también hay *-es* en osco-umbro.

b) Se ha tendido en todas las lenguas, como ya ha sido anticipado, a un sistema de alternancias en que *u*, *i* son los grados ∅ de, respectivamente, *eu* y *ei*: tipo ai. *plávati*/ *plutás*, gr. χέϝω / χυτός, ai. *śráyati* / *śritás*, cf. también los verbos ya estudiados en *-neu*/*-nu*. Es un sistema paralelo al que opone (salvo en i.-i.) *a* a vocal larga. Son precisamente las formas, plenas o ∅, que aparecen aisladas, así como los entrecruzamientos de los dos sistemas, lo que hace ver que éstos no son otra cosa que regularizaciones secundarias. En II.I.2.19 hemos visto, efectivamente, formas en *u*, *i* junto a vocales largas, como también hemos visto la fluctuación entre vocal larga/diptongo largo y el grado ∅ *ŭ* (o *ĭ*)

y también *ă*; e, igualmente, en los grados plenos la fluctuación entre los diptongos breves, los largos y la vocal larga, con unos u otros grados ∅. También hemos aludido a las diversas morfologizaciones de unos u otros grados plenos. Las hay igualmente de los ∅: mientras en ai. el grado ∅ normal de la vocal larga es *i* (*dadhāti/ádhita*), en la 3.ª pl. de aor. y perf. se extiende *u*, sin duda en conexión con el grado P de otras personas (*dadháu/dadhúr*). Por otra parte, en todo el indoeuropeo se generaliza un tipo de flexión nominal en *-eH*$^{i̯}$ > *-ei* y *-H*$^{i̯o}$ > *-i*, la de los temas en *-i*, flexión en la cual las formas en *-i* son de vocativo o locativo. Pero en el origen esta flexión no es diferente de la primera declinación, en *-ā*, que presenta formas de des. en grado ∅ con *-a* y también con *-ai* (V. gr. γύναι). Por otra parte, en het. todavía se encuentra como D.-L. tanto *-i* como *ai* y *-a* (aunque no es seguro que sean grados ∅, pueden serlo P equivalente a *-ā*, *-āi* o *-ō*, *-ōi*).

17. Las vocalizaciones $^{o}H^{u̯o}$ > *au* y $^{o}H^{i̯o}$ > *ai* han sido ejemplificadas en II.I.2.20: aparecen al lado de formas con *a* o *u* (*i*). Es facilísimo añadir más ejemplos:

**gheH*$^{u̯}_{3}$ 'bostezar': gr. χαῦνος / χάσκω.
**peH*$^{u̯}_{3}$ 'pequeño': lat. *paucus* / ai. *putrás* 'hijo' (cf. P. gr. πῶλος).
**gheH*$^{u̯}_{3}$ 'verter': aisl. *gaus*, lit. *gausùs* 'abundantemente' / gr. χῠ́τρα, lat. *fundo* (cf. P. en gr. ἔχωσα).
**keH*$^{i̯}_{1}$ 'afilar': *ai* en aisl. *hein* / lat. *cătus* / ai. *śitás* (P. en ai. *śíśāti*).

En hetita encontramos como formas correspondientes tanto *au*, *ai* como *aḫu*, *aḫi*; y también encontramos formas con *ḫḫ* geminada, sin duda secundarias. Cf. por ejemplo

het. *paḫur* y *paḫḫur* '*fuego*' (de $*pH^{u̯}_3r$), junto a *u* en gót. G. *funins*, *a* en apr. *panno*, *ū* en gr. πῦρ. Otro ejemplo del hetita: *laḫuzzi*, *laḫḫutin* de $*leH^{u̯}_2$ 'lavar', cf. galo *lautro* 'baño', gr. λῦτρον.

Respecto a asimilaciones analógicas que producen *uḫu*, *iḫi*, *aḫa*, cf. *supra*, 15.

Finalmente, para las vocalizaciones *ū*, *ī* mandamos otra vez a II.I.2.20, donde se dan ejemplos que podrían ser fácilmente aumentados. Y también a II.I.4.27, donde se interpreta la larga como resultado de un alargamiento compensatorio: $^{o}H^{u̯o} > {}^{o}Hu > \bar{u}$, $^{o}H^{i̯o} > {}^{o}H^{i̯} > \bar{\imath}$; alargamiento que es seguramente postanatolio, no compartido por el hetita.

Hay que notar que estas vocalizaciones se usan de modo más bien esporádico, sin incluirse en sistemas regularizados como los que acabamos de describir. Hay que tener en cuenta que no se ha llegado a desarrollar oposiciones *ū*/*ŭ*, *ī*/*ĭ* en ausencia de laringal y con finalidades morfológicas, como *ē*/*ĕ* y *ō*/*ŏ*: las *ū* e *ī* largas son, bien el resultado de *u*, *i* + *H*, bien el de las vocalizaciones de que hablamos, bien el de fijaciones secundarias de cantidad en antiguas *u* e *i* indiferentes a este rasgo: en cambio, cuando hallamos *u*, *i* formando sistema con un diptongo, provienen de la laringal en grado Ø opuesto a la misma en grado P. En resumen, la *ū* e *ī* son, como las consonantes, usadas fonemáticamente, con valor distintivo, pero no morfológicamente: no se ha llegado a una distribución de las mismas con esta finalidad.

Sin embargo, hay dos casos en los cuales, excepcionalmente, la diferencia *ī*/*ĭ* da lugar a dos clases morfológicas diferentes:

a) En ai. se ha extendido la vocalización *ĭ* a expensas de la *ă*, pero hay también, con cierta frecuencia, *ī*. Aparte de su uso esporádico, esta *ī* se ha especializado en marcar

los grados Ø de los verbos en *-nāmi*, como ya hemos indicado: hay, por ejemplo, *mṛṇīmás* frente a formas como *ádhita* (de *dadhāti*). También existen una 2.ª y 3.ª sg. en *-īs, -īt* (incluso, analógicamente, la ī penetra en otras personas) de aoristos que en las demás personas son sigmáticos.

b) Las dos conjugaciones semitemáticas del latín se distinguen porque llevan en sus formas atemáticas la una ĭ y la otra ī: *capĭs* pero *uincīs, audīs.* Suele explicarse —describirse más bien— este hecho con ayuda de la llamada ley de Sievers, que dice que la breve va tras sílaba breve y la larga tras sílaba larga. En todo caso, se trata de una tendencia a establecer una regularidad de acuerdo con la cantidad de la sílaba precedente; pero sólo de una tendencia, pues hay diversas excepciones, así como fluctuaciones del tipo *potĭtur/potītur,* y formas arcaicas con ī en vez de ĭ (*morīrī, fodīrī,* etc.). En gótico la ley funciona más o menos aproximadamente: *hafjis* (por *hafis* sin duda), pero *sokeis,* pero no en germánico occidental (siempre ĭ), ni en báltico (ĭ, con excepciones) ni en eslavo (ī).

El carácter esporádico de estos alargamientos es comparable al de los resultados *rā,* etc. de *rH,* también procedentes de doble vocalización y alargamiento compensatorio; cf. sobre ellos *supra,* II.I.2.19 e *infra,* II.II.6.16.

18. Hay que recordar, finalmente, que, como ya se advirtió, la vocalización de las sonantes en grado Ø ha seguido a un estadio en que éstas se mantenían en dicha distribución con su pronunciación consonántica; y que, en lo relativo a las laringales, ha sucedido a veces que tengamos testimonio de ellas mediante la presencia de una ḫ consonántica en hetita o la caída de la misma tanto en hetita como en indoeuropeo posterior.

En II.II.2.4 ss. dimos, efectivamente, algunos ejemplos de *ḫ* (escrita *aḫ* o *ḫa*) en hetita y también de ∅ por caída de dicha *ḫ*; y unos pocos ejemplos del indo-iranio, donde el fenómeno es esporádico, y del báltico, eslavo y germánico, donde es aproximadamente regular en sílaba interior.

En realidad, lo mismo que hay fluctuaciones en i.-i. (av. *ptā* / apers. *pitā*, ai. *dadhmás*/*ádhita*), las encontramos también en griego: cf. formas como τέρμων, τόλμα, etc. Bien es verdad que puede pensarse, también, que se trata de las antiguas raíces sin alargamiento laringal. Por otra parte, inversamente, las lenguas que normalmente han hecho caer la laringal interconsonántica interior presentan a veces huella de vocalización. En II.I.2.19 hemos presentado algunas, con *a* y *u*, en germánico. En lituano, donde la caída de la laringal se refleja en el acento rudo de la sílaba precedente (*vémti* junto a ai. *vámiti* 'vomitar', *šérti* 'llenar' junto a gr. ἐκόρεσσα, etc.), a veces la presencia del circunflejo demuestra circunstancias diferentes (así en *meñkas* junto a *ménkė*, *kañdis* junto a *kándis*). En realidad, las formas del tipo *vémti*, con acentuación que antiguamente era ascendente (y que se conservó así en letón), lo que testimonian es una antigua vocalización *°H*, con alargamiento de la vocal precedente en fecha antigua; el ruso *r̥H* > *oró* (frente a *r̥* > *óro*) testimonia la antigua vocalización. Por tanto, las formas lituanas con circunflejo (y otras correspondientes en letón y servo-croata, con acento todavía descendente) pueden testimoniar tanto la ausencia originaria de la laringal como su caída tras una vocalización de fecha tardía (cf. II. II.6.17 ss.).

En definitiva, todo este panorama apoya las conclusiones sacadas del estudio del hetita, donde la laringal interconsonántica se mantuvo sin vocalizar en unas formas al tiempo que vocalizaba en otras. Luego, en hetita y en todas partes,

la laringal consonántica se perdió. Lo notable es que esa pérdida ya había comenzado en el momento en que la laringal seguía vocalizando: las fluctuaciones reseñadas son buen testimonio de ello.

d) *Grupos C-H y H-C*

19. En realidad, hemos encontrado ya *C-H* tanto al ocuparnos de *V-H*, caso en que la *V*, si no es inicial, normalmente sigue a una *C*, como en el caso *C-H-C*. Pero aquí queremos hacer referencia a fenómenos comunes a ambos grupos y que, por ello, no fueron tratados en los lugares correspondientes, aunque se hizo alusión a ellos en la parte general.

El grupo *C-H*, que normalmente se mantiene y a veces, según sabemos, es separado por una vocal de apoyo luego vocalizada en *a*, sufre determinados fenómenos asimilatorios de tipo esporádico; cuando esto no es así, la *C* desarrolla sistemáticamente un alófono aspirado. Todo ello, naturalmente, en el caso de que no se introduzca entre ambos fonemas la vocal de apoyo referida. Más en detalle:

a) Más frecuente que la asimilación, progresiva o regresiva, del grupo *H-C* es la del grupo *C-H*. En hetita podemos señalar una serie de ejemplos. Hemos citado *šakki* por *šakḫi* y se puede añadir *makkiš* 'grande' (cf. gr. μακρός), *ḫulla-* frente a *walḫ-*, *iešš̌ar* de *iešḫar*, entre varios casos más. Pero junto a estas asimilaciones puede reseñarse una serie de disimilaciones: hay *ḫameškant* junto a *hamešḫant*, *iškišaẓa* junto a *išḫišaẓa*, *tetḫeššar* junto a *tetkeššar*. Estas asimilaciones y disimilaciones no están investigadas en otras lenguas, pero son altamente probables en ellas. Tal vez pudieran aducirse fenómenos como la geminación de *n* ante *u̯* en germánico (gót. *kinnus* 'mejilla' < **genH*$^{u̯o}$*s*) y la geminación

de consonantes ante *i̯* en varios dialectos germánicos (as. *hebbiu,* etc.). Pero más bien se trata de evoluciones, como otras tantas, ante las sonantes salidas de las laringales.

b) Una sorda seguida de laringal desarrollaba un alófono aspirado que en determinadas lenguas provocaba la aparición de una sorda aspirada y otras veces desaparecía. Cf. indicaciones más arriba, II.I.4.2, y ulteriores detalles *infra,* II.II.4.10. Añádase que tras sonora hay huella de que también se desarrolló dicho alófono, a juzgar por la confusión con las sonoras aspiradas de determinadas sonoras que precedían a laringal en ai.: *mahi* 'grande', de **megH*^{io}, cf. het. *makkiš,* gr. μέγας; y las palabras con *dh* resultado de una metátesis de *Hd,* cf. *supra,* II.I.4.9. Nótese que el grupo sorda + *-H* procede a veces también de metátesis, así en ai. *ătharvan-* junto a lat. *āter* o en *pr̥thús* 'ancho' de la raíz *pelH*$^{u̯}_{1}$ de lat. *plēnus.*

20. En cuanto al grupo *H-C,* en II.II.2.12 nos hemos ocupado de sus resultados cuando sigue a *V,* señalando que, en caso de pertenecer la *H* y la *C* a la misma sílaba, pierde el apéndice y está sujeta a metátesis y a convertirse en *k*: fenómeno éste testimoniado en latín y en el caso de *H-H* con mayor ampliutd. Pero no hemos hablado allí del grupo *H-C* cuando es inicial.

Este caso existe solamente cuando la consonante que sigue a la laringal es una sonante, evidentemente en su forma consonántica. Podemos señalar varios casos:

a) El grupo *H*$^{u̯}$ o *H*^{i} + *u̯* se reduce, como sabemos, a *Hu̯-*. De él nos hemos ocupado en II.I.4.19 a propósito de las vocales protéticas. Los resultados teóricos son los siguientes:

H-u̯-C > *HuC/°HuC* { 1) *HuC* > het. *ḫuC/uC*, ide. *uC*.
2) *°Huc* > het. *aḫuC/auC*, ide. *auC*.

H-u̯-V > *Hu̯V/°Hu̯V* { 3) *Hu̯V* > het. *ḫwV/wV*, ide. *uV*.
4) *°Hu̯V* > het. *aḫwV/awV*, ide. *auV*.

Buena parte de estos resultados teóricos se reencuentran en la práctica (a más de, para 3, het. *huw-*, ide. *uu̯*, por evolución secundaria de *u̯*, cf. los datos de II.II.6.1 ss.; si bien en este caso puede admitirse quizá una evolución *H*$^{u̯o}$*u̯- Huu̯-*). Es notable la falta en hetita de formas *aḫw-*, *aḫu-*, con prótesis; notable también la conservación de la aspiración en lenguas que tienen aspiraciones de otros orígenes: casi regularmente en griego en *Hu̯e* (pero cf. ἔαρ junto a ἕσπερος), esporádicamente en lat. y arm. en *hau̯-* por metátesis de *aHu̯-*. A los datos del lugar citado hay que añadir alguno del het. con pérdida de *ḫ*: por ejemplo, *weš* 'vestir' junto a gr. ἕννυμι, etc. (ya citado *wek-* 'pedir' junto a gr. ἑκών).

b) Cuando a la laringal sigue *i̯* hay que postular soluciones paralelas, cf. algunos ejemplos en el lugar citado (con *i̯*, *i* en vez de *u̯*, *u*). En anatolio es frecuente una solución *ḫiy* ante vocal: luv. *ḫi-iš-ḫi-ya-an-ti* de la raíz 'atar' de ai. *syáti*, aor. *ásāt*. Por otra parte, el grupo consonántico *Hi̯-* se ha propuesto que ha dado soluciones especiales en gr. (ζ-: ζευγ- vendría de **Hi̯eug-*) y albanés, cf. II.II.6.2.

c) El grupo *H-S*, en que la sonante ha perdido el apéndice, se ha resuelto con caída de la misma y, a veces, prótesis, cf. II.I.4.19; pero precisamente por la universalidad de su caída es difícil demostrar su existencia, incluso en caso de prótesis, que puede haberse producido también ante la simple sonante. El hetita ofrece algunas palabras con inicial *ḫu-*, pero parecen responder todas a *Hu̯-*: *ḫulana-*

'lana' junto a lat. *lāna* y *uellus* (P/∅ de *H^u̯elH^u̯*), *ḫulali-* 'rueca' de *Hu̯elH^u̯* 'hacer girar', cf. lat. *uoluo*.

e) *La H en la Morfología indoeuropea*

21. Terminamos el apartado sobre las laringales indoeuropeas con una breve referencia a su papel de la Morfología del indoeuropeo.

De su papel en las raíces puede decirse que, en cuanto que sonantes, las laringales desempeñan el mismo de éstas: aparecen como elementos marginales (*H-V-C, C-V-H, H-V-H, V-H, H-S-V-C, H-V-H-C*, etc.), y cuando falta la vocal, también como elementos centrales (*C-H-C*, etc.). Es especialmente frecuente el grupo *H-u̯*. Pero lo que es notable en ellas y lo que presagió, sin duda, su importante papel en la Morfología indoeuropea es que desde pronto raíces como las indicadas pudieron ser alargadas mediante laringal, siempre que terminaran en sonante. Se establecieron así tipos de raíces disilábicas que, empezando por *C, S* o ∅, comprendían un elemento *V-S-H*, forma con la que alternaba otra *S-V-H*, siendo la vocal en ambos casos *e* u *o*, las antiguas vocales indoeuropeas. El esquema de las posteriores alternancias P/∅ y ∅/P estaba así dado. Estas raíces alargadas, sin duda sobre el modelo de las terminadas en laringal, fueron consideradas como raíces unitarias, aunque es posible que en algunos casos les faltara la laringal; en cambio, cuando el alargamiento era con las otras sonantes o las oclusivas, no era sistemático y, por tanto, era sentido como tal alargamiento. Esto es precisamente lo que ocurría con el alargamiento laringal cuando la raíz terminaba en consonante: con la excepción de *pet*H_1 'volar', siempre se trata de alargamientos recientes, que pueden aparecer o faltar y que tienen un papel morfológico. Se trata, en realidad, de hechos

analógicos a partir de formas radicales de las raíces disilábicas en *S-H* que se interpretaban como marcando determinadas categorías o funciones. Es decir, podemos postular, de más antiguas a menos antiguas:

a) R. monosilábicas en *-H* (uso no morfológico o morfológico).
b) R. disilábicas en *-S-H* (íd., íd.).
c) R. alargadas en *-C-H* (uso morfológico).

Todo ello en términos muy generales solamente. Nótese que nos referimos a las raíces nominal-verbales: las adverbial-pronominales desconocen el uso de las laringales, que tampoco intervienen en su flexión (salvo hechos analógicos secundarios).

La conversión de las laringales, en grado P o Ø, en elemento importante de la morfología del nombre y el verbo comenzó ya en el protoindoeuropeo, según lo testimonia la coincidencia del indoeuropeo y el anatolio; pero el indoeuropeo fue mucho más lejos. En una y otra rama, formas en vocal larga o en diptongo con *-u* o *-i* procedentes de temas en laringal se morfologizaron como desinencias verbales o nominales. La *-u* se prefirió en el verbo, mientras que la morfología nominal hizo gran uso de las formas *-ā, -āi, -ō, -ōi, -ēi, -i*. También se difundieron ampliamente los temas derivados de temas en laringal: en el nombre, en *-i, -ī, -u, -ū, -ā,* que tienden a aislarse y clasificarse, si bien en hetita hallamos mucha mezcla de formas todavía (no hay temas en *-ā*, ni posiblemente en *-ī, -ū*); raramente, hay temas en *-ō* y *-ē*. El verbo en la etapa indoeuropea, en que opone temas diferentes para marcar tiempo, modo, aspecto, usa con frecuencia los temas en laringal: ya en *ā* o *ē* largas, ya en diptongo, ya (con grado Ø) en *-i, -u*; todo ello con

muy varias combinaciones y con morfologizaciones muy diversas. El proceso se continuó largamente después de desaparecer definitivamente las laringales, por lo que los sufijos laringales aparecen con frecuencia allí donde no son etimogicos.

3. EL SISTEMA FONOLÓGICO DEL PROTOINDOEUROPEO

1. Sistematizamos una serie de datos de la parte general, antes de pasar a la exposición de la evolución de los fonemas y alófonos en época postlaringal: tanto de los que continuaban desde antes, como de los creados en ella.

Insistimos en los siguientes puntos:

a) En cuanto a oclusivas, los tres haces de correlaciones labial, dental y gutural, así como el labiovelar, tenían solamente tres términos, sordo, sonoro y aspirado, este último sin rasgo relevante de sonoridad. Las oclusivas guturales tenían alófonos palatales ante las vocales anteriores; las sordas en general, y quizá también las sonoras, tenían alófonos aspirados ante las laringales.

b) En cuanto a las fricativas, sólo existía la *s*, sin rasgo relevante de sonoridad.

c) Las vocales eran solamente *e/o*, más *a* del sistema marginal. Las dos primeras tenían un papel morfológico, aunque no siempre; a juzgar por el hetita, mucho menor en todo caso que en el restante indoeuropeo. Las vocales no tenían rasgo relevante de cantidad: el alargamiento tenía valor expresivo, cf. II.I.4.3. No había, por tanto, empleo morfológico de las largas, que es posterior al anatolio, ni siquiera se da en hetita. En esta lengua, sin embargo, comenzaron a crearse vocales largas como resultado del grupo *V-H*. Huellas del estadio antiguo en que la cantidad no era

relevante fonemáticamente, se ven en fijaciones posteriores arbitrarias de la cantidad según las palabras derivadas de una misma raíz o según las lenguas. Hemos dado algunos ejemplos a propósito del estudio del sistema expresivo (cf. II.I.4.3) y los daremos de las raíces pronominal-adverbiales (cf. V.I.1.5). Pero pueden encontrarse muchos ejemplos más con simplemente ojear los diccionarios etimológicos y ver que una misma raíz aparece con oscilaciones de cantidad, según las lenguas o las palabras, oscilaciones no justificadas morfológicamente.

d) El sistema de las sonantes estaba constituido, prescindiendo de las laringales, por las formas consonánticas de la *l, r, n, m, i, u*. Dado que ya funcionaba el sistema morfológico que oponía los grados *e/o/Ø*, es claro que *i̯, u̯* presentaban los alófonos *i, u*; y no menos que *l, r, n, m* presentaban en las distribuciones que hemos indicado alófonos con vocal de apoyo.

e) Las laringales presentaban en diversas posiciones que hemos estudiado (inicial ante vocal, en cualquier posición ante *i, u, H,* sonante y consonante) alófonos sin apéndice; en otras posiciones que también hemos estudiado, presentaban formas con vocal de apoyo, ya delante, ya detrás, ya delante y detrás.

f) Finalmente, hay que atribuir al protoindoeuropeo no sólo las variantes alofónicas consistentes en vocalizar o no las sonantes y laringales consonánticas y en realizar esta vocalización en las diversas posiciones y aun teñir las vocales de apoyo, en forma cambiante, de acuerdo con el timbre de los fonemas vecinos y el timbre neutro *a,* sino también las demás que hemos estudiado: a saber, desplazamiento del corte silábico sobre todo en las inmediaciones de laringal; geminación expresiva de consonantes, sonantes y laringales, llegando a convertirse, al menos esta última, en un recurso

para variar la estructura silábica. No parece que deba atribuirse al protoindoeuropeo, en cambio, el alargamiento compensatorio.

2. Convendría precisar que la atribución al indoeuropeo laringal de los fonemas *i̯, u̯* (con sus alófonos *i, u*), a más de los *H*^{i}, *H*$^{u̯}$, se justifica por los siguientes hechos:

a) Existencia de raíces con *u̯-, i̯-* inicial y con el grupo *C-u̯-, C-i̯-* (sobre todo *Hu̯-*, cf. también, por ejemplo, *du̯eH*$^{u̯}_{3}$ 'dos').

b) Existencia de raíces del tipo *leik*$^{u̯}$ 'dejar', en que *ei/oi/i* (*eu/ou/u*) no alternan con vocal larga; si la hay, se trata de los diptongos *ēi*, etc., condicionados morfológicamente.

c) Existencia de raíces del tipo *g*$^{u̯}$*eiH*$^{u̯}_{3}$ 'vivir', en las que la laringal sigue a *i̯* o *u̯* irreductibles a laringal tanto por razones de cronología como por falta de alternancia *ei/ē*, etc.

d) Al menos hay una raíz monosilábica en *-i̯, ei* 'ir'; también, en los numerales, *trei* 'tres'.

e) Existencia de dos elementos morfológicos con *i*, a saber, *i̯eH*$_{2}$ (relacionador y femenino, cf. III.VII.1.7) y *i̯eH*$_{1}$ (de optativo cf. IV.VI.3.2).

f) Existencia de las dos raíces pronominal-adverbiales *i* y *u*, que funcionan también como alargamientos en dicho sistema e incluso entran secundariamente en la Morfología del nombre y el verbo. Los diptongos que forman no alternan con vocales largas, lo que excluye un origen laringal. El que demos sus alófonos vocálicos, que son los más frecuentes, no excluye la existencia de formas consonánticas de los mismos (**uē* 'o' por ejemplo).

Hay que añadir que los alófonos vocálicos de *i̯, u̯* eran en ide. laringal sin cantidad relevante. Sólo frente a la *ī, ū*

de varios orígenes (cf. II.II.6.5) las demás *i, u* se hicieron posteriormente breves, pero dejando huellas de vacilaciones. Por otra parte, no llegaron a emplearse como marcas morfológicas, como *e/o,* ya en esta época, y luego *ē/ō.*

4. LAS OCLUSIVAS DESDE EL PROTOINDOEUROPEO A LAS LENGUAS PARTICULARES

a) *Generalidades*

1. Desarrollamos a continuación en detalle, pero prescindiendo de explicaciones ya dadas en el capítulo primero, la evolución de los diferentes fonemas del protoindoeuropeo y los que a ellos se agregaron como consecuencia de los fonemas en contacto con laringal y de las vocalizaciones, tanto en anatolio como en indoeuropeo. Nos referimos a los fonemas y, cuando tienen un resultado especial en algunas lenguas, a las variantes alofónicas de los mismos que produjeron tales resultados. Pero, claro está, nos limitamos a las evoluciones más antiguas, no a aquellas otras que son atribuibles a dialectos particulares en su desarrollo posterior o que, en todo caso, afectan a distribuciones muy limitadas o condicionadas por hechos muy peculiares de una rama lingüística; es decir, dejamos de lado soluciones que, incluso si afectan a toda una rama lingüística, hemos de considerar secundarias y derivadas dentro de la misma. Por ejemplo, ciertos tratamientos de las vocales en sílaba interior en latín, germánico y celta están determinados por el acento de intensidad inicial, es decir, presuponen un condicionamiento secundario.

Debido a la complejidad de los hechos, hemos de limitarnos a exponer estos datos primarios en las lenguas de

mayor interés para la reconstrucción: citamos el gótico o el aesl., por ejemplo, como representantes de sus grupos, lo cual no se obstáculo para que a veces hagamos referencia a tratamientos de otras lenguas del grupo. Nuestra exposición no es, por tanto, completa. Las consideraciones generales del capítulo anterior, unidas a la ejemplificación que las acompaña, pueden perfeccionar la imagen de la evolución del indoeuropeo que aquí damos, aparte de que añade un punto de vista sistemático que ilumina todo el conjunto.

La exposición de la evolución de cada grupo de fonemas o alófonos va precedida de una rápida explicación sobre su historia dentro del indoeuropeo; y va seguida de algunas indicaciones sobre el uso morfológico de los mismos.

2. Las oclusivas del protoindoeuropeo, según ha quedado aclarado en II.I.1.1, constan de los cuatro haces correlativos de labiales, dentales, guturales y labiovelares, de los cuales los dos últimos forman una oposición que no encuentra simetría en el resto del sistema. Cada uno de estos haces presenta una correlación entre sorda, sonora y aspirada, no teniendo ésta rasgo relevante de sonoridad; pero la *b* procede del sistema marginal, expresivo, y a veces hay vacilaciones entre *p/b/bh* y, en las series paralelas, vacilaciones que eran propias también del sistema expresivo. Se ha propuesto un posible origen secundario de las aspiradas.

Exponemos a continuación en forma de cuadro las evoluciones de las doce oclusivas a que hacemos referencia; seguidamente nos ocuparemos de los alófonos aspirados de las sordas, que en algunas lenguas, según ya indicamos, tienen una evolución particular. Y también haremos referencia a las correspondencias del tipo *ks/kt*, que, evidentemente, se remontan a un fonema o alófono especial.

Hay que notar que, a diferencia de lo que sucede con las vocales y con las laringales, las oclusivas del protoindoeuropeo están en la base tanto de las del anatolio como de las del indoeuropeo: el anatolio no conserva aquí arcaísmos protoindoeuropeos desaparecidos del indoeuropeo posterior.

Todo lo anterior es igualmente válido para el fonema protoindoeuropeo *s*, sin sonoridad característica, que ha pasado tanto al anatolio como al indoeuropeo.

3. b) *Labiales.*

Pide.	Gr.	Lat.	Air.	Gót.	Arm.	Lit.	Aesl.	Ai.	Toc.	Het.
p	π	*p*	*ø*	*f, b*	*h, v*	*p*	*p*	*p*	*p*	*p, pp, b*
b	β	*b*	*b*	*p*	*p*	*b*	*b*	*b*	*p*	
bh	φ	*f, b*	*b*	*b*	*b, v*	*b*	*b*	*bh*	*p*	*p, pp, b*

Observaciones: Llamamos la atención sobre algunos hechos, la mayor parte ya aludidos en el capítulo anterior: la caída de *p* en celta; la mutación consonántica del germánico (*p* > *b* ante el acento solamente) y del armenio (*v* es intervocálica; hay otras soluciones); los dos tratamientos del latín *bh* (*f* en inicial, *b* en interior; pero en o.-u. siempre es *f*); las diferencias gráficas del hetita (aunque la geminada se refiere claramente a un hecho fonético alofónico). Sobre las líneas generales del tratamiento de *bh* cf. II.I.1.5: en ai. se hace sonora, en gr. y lat. sorda, luego en lat. fricativa (que entre sonoras se sonoriza). Recordamos que, según algunos, el armenio conserva las sonoras aspiradas bajo la grafía *b* (y *d, g, j*). También debe citarse la ley de Grassman, según la cual en ai. y gr. de dos sonoras consecutivas la primera pierde la aspiración: de ahí que de *bheudh* 'despertar' haya en ai. *bódhati,* en gr. πεύθομαι (< **pheuth-* < **bheudh-*).

Ejemplos: *P*: gr. πατήρ, lat. *pater*, air. *athir*, arm. *hair*, ai. *pitā́*, toc. B obl. *pātär* 'padre'; gr. πούς (y πέδον), lat. *pēs* 'pie', lit. *pedà* 'huella de un pie', aesl. *podъ* 'suelo', het. *pedan* 'lugar'; gr. ὑπέρ, ai. *upári*, aaa. *ubar* (con acento tras la *p*); ai. *ápi*, gr. ἐπί, arm. *ev* 'también'; ai. *pátis* 'esposo', gr. πόσις, toc. A *past* 'íd.'. En germ. la mutación no tiene lugar tras *s*, cf. lat. *spuo*, gót. *speiwan*.

B: gr. βελτίων, lat. *dē-bilis*, aesl. *bolьjь* 'mayor', ai. *bálam* 'fuerza'; ai. *ambu-* 'agua', gr. ὄμβρος, arm. *amp* 'nube'; gót. *diups* 'hondo', toc. A *top* 'mina'.

BH: gr. φεύγω, lat. *fūgio*, ai. *bhujáti* 'doblar'; gr. φέρω, lat. *fero*, air. *berim*, gót. *baíra*, ai. *bharati*, toc. A B *par-* 'llevar'; gr. ῥοφέω, lat. *sorbeo*, lit. *srėbiù*, arm. *surb* 'puro'; gr. νέφος, lat. *nubis*, het. *nepiš* 'cielo', lat. *sibi*, osc. *sífei*.

Uso morfológico: Dejamos aparte la *b*, sobre cuya rareza y proveniencia del sistema marginal expresivo ya se ha hablado. No aparece, por tanto, en sufijos y desinencias.

En cuanto a *p* y *bh* intervienen en las raíces en las posiciones consonánticas (cf. II.I.2.2) y con las restricciones que se indicarán (cf. VI.II.2). Igual que las demás oclusivas, se han unido como alargamiento a raíces del tipo *C-V-i/u* hasta el punto de que (salvo en los casos de infijo nasal, cf. VI. II.7) no se guarda ya recuerdo de la antigua raíz sin oclusiva. En cambio, añadidas a raíces de los tipos *C-V-H* o *C-V-i/u-H*, la *p* y la *bh* son alargamientos ocasionales, en general: frecuente *p*, raro *bh*.

El grado de morfologización de *p* y *bh* es extremadamente bajo. Puede citarse únicamente un sufijo nominal *-bho*, principalmente en nombres de animales (cf. VI.VI.2.7), y desinencias nominales con *-bh* en diversos casos oblicuos del lat., i.-i., gr., celta y armenio (cf. III.V.2.8).

P aparece en raíces pronominal-adverbiales.

4. c) *Dentales*

Pide.	Gr.	Lat.	Air.	Gót.	Arm.	Lit.	Aesl.	Ai.	Toc.	Het.
t	τ	*t*	*t*	*þ, d*	*t, y*	*t*	*t*	*t*	*t*	*t, tt, d, dd*
d	δ	*d*	*d*	*t*	*t*	*d*	*d*	*d*	*t*	*t, tt, d, dd*
dh	θ	*f, d, b*	*d*	*d*	*d*	*d*	*d*	*dh*	*t*	*t, tt, d, dd*

Observaciones: En el caso de las lenguas con mutación consonántica, germ. y arm., la *f* del primero es ante el acento, la *y* del segundo intervocálica. Respecto a la *dh,* cf. II.I.2.7: en ai. se hace sonora, en gr. e itálico sorda, pasando luego en itálico a *f*; pero en lat. hay *b* en interior de palabra, salvo en la inmediación de *r* o *u,* en que hay *b.* En las demás lenguas se pierde la aspiración. En circunstancias desconocidas, la *t* del toc. se hace *ts* y ésta se debilita en *o* ante vocales palatales (luego el fenómeno se ha extendido).

Ejemplos: *T*: cf. gr. τέκτων, lat. *texo* 'tejer', lit. *tašýti,* aesl. *tesati,* ai. *takṣati* 'trabajar la madera'; las correspondencias de gr. πατήρ, *supra;* gr. τέρσομαι 'me seco', lat. *torreo,* air. *tart* 'sed', gót. *þaúrsus* 'seco', arm. *taršamim* 'me marchito', ai. *tṛṣitás* 'sediento'.

D: cf. gr. δείκνυμι, lat. *dico,* gót. *teiha* 'mostrar', ai. *dideṣṭi* 'íd.', het. *teikuššami* 'íd.'; lat. *dies,* arm. *tiv* 'día', ai. *dyáus*; gr. ἕδος, lat. *sedēre,* air. *sa(i)did* 'se sienta', ai. *sádas* 'asiento'.

DH: cf. gr. ἔθηκε, lat. *fēcit,* gót. *-dēdun* (en los prets. compuestos), lit. *dëti,* aesl. *děti,* ai. *ádhāt,* toc. A B *tā-* 'poner', het. *teḫḫi* 'colocar'; lat. *medius,* osc. *mefiaí* 'in media', ai. *mádhyas*; gr. ἐρυθρός, lat. *rūber,* ai. *rudhirás* 'rojo'.

Uso morfológico: Su empleo en las raíces es el mismo de todas las oclusivas de los tres haces fundamentales. Se usan también como alargamientos, pero sólo *-t* tiene un

papel importante en la Morfología. Se usa con frecuencia, sobre todo seguida de *-i, -u, -o, -ā* o añadiéndose a diversos sufijos, para formar derivados nominales y adjetivales. En cuanto al verbo, sólo hay unos pocos temas de presente formados con *-t, -d* o *-dh* (tipos de lat. *pecto* junto a *pecus,* gr. ἄχθομαι junto a ἄχος, lat. *fundo* junto a gr. χέϝω); no son categorías morfológicas importantes, como tampoco los pretéritos en *-t* del o.-u. y celta. En cambio, es importante el uso desinencial de *d* y *t*. En los nombres *-d* aparece en casos oblicuos del sg. (Ab. en ai. y lat., I. en het.) y en los pronombres en el N.-Ac. n. (lat. *id,* etc.). En los verbos *-t* se usa en las des. de 2.ª y 3.ª sg.; en la flexión que más se difunde se especializa para la 3.ª, pero hay huellas claras de su uso en 2.ª igualmente. Además, forma parte de las desinencias de 2.ª y 3.ª pl. ampliada en *-te* y *-nt,* respectivamente. También aparece en raíces pronominal-adverbiales.

5. d) *Guturales*

Pide.	Gr.	Lat.	Air.	Gót.	Arm.	Lit.	Aesl.	Ai.	Toc.	Het.
k	κ	*c*	*c*	*h, g*	*s, k*	*š, k*	*s, k*	*ś, k*	*k, ś*	*k, kk, g, gg*
g	γ	*g*	*g*	*k*	*c, k*	*ž, g*	*z, g*	*j, g*	*k, ś*	*k, kk, g, gg*
gh	χ	*h, g*	*g*	*g*	*j, g*	*ž, g*	*z, g*	*h, gh*	*k, ś*	*k, kk, g, gg*

Observaciones: Recordamos lo ya dicho sobre el tratamiento de las aspiradas, así como sobre la mutación consonántica del germánico (la del arm. no se da aquí). Pero sobre todo remitimos a II.I.1.8 para lo relativo al doble tratamiento en las lenguas *satəm*: a veces se conserva, en todas o algunas de ellas, la antigua forma sin palatalizar, por razones ya explicadas. La *h* del ai. viene de *jh,* por disimilación. Igualmente, vimos que la palatalización del toc. (y románico) tiene lugar ante vocales anteriores. También hemos indicado que las guturales conservadas en ai. y

aisl. se palatalizan secundariamente ante *e*, *i* igual que las labiovelares. En cuanto al doble tratamiento del latín, la *g* se da en contacto con consonantes.

Ejemplos: *a*) Soluciones normales.

K: cf. gr. ἑκατόν, lat. *centum*, air. *cét*, gót. *hund*, lit. *šim̃tas*, aesl. *sъto*, ai. *śatám*; de **su̯ékuros* 'suegro', lat. *socer*, gr. ἑκυρός, ai. *śváśuras*, aaa. *swehur*, pero de **su̯ekrū́s* 'suegra', lat. *socrūs*, ai. *śvaśrū́s*, aaa. *swigar*; gr. κύων, lat. *canis*, gót. *hunds*, arm. *skund*, lit. *šuõ*, ai. *śvā̆*, toc. A B *ku*; gr. σκιά, gót. *skeinan* 'brillar'; gr. κατά, het. *kat-ta* 'con, a lo largo de'; gr. δείκνυμι y sus correspondencias.

C: cf. gr. γιγνώσκω, lat. *gnōsco*, air. *gnāth* 'conocido', lit. *žinóti*, aesl. *znati*, ai. *jānāti*, gót. *kunnan* 'conocer'; gr. γέρων, arm. *cer* 'viejo', ai. *járant-* 'íd.'.

GH: cf. lat. *ueho*, gr. ϝέχω 'conducir un carro', gót. *gawigan*, lit. *vežù*, aesl. *vezǫ*; lat. *hiems*, gr. χειμών, air. *gam* 'invierno', ai. *himás* 'íd.'; ai. *hárati* 'coge', arm. *jeṙn* 'mano'; lat. *ango*, gr. ἄγχω, ai. *aṃhas*, air. *cumung* 'estrecho'.

b) Falta de palatalización en *satəm* y palatalización en *centum*.

La conservación de la antigua gutural tiene lugar a veces, en lenguas *satəm*, en todas las formas en que está representada una palabra o raíz: cf. con *k* gr. κρέας y correspondencias (II.I.1.9), la serie gót. *weihan* 'luchar', lat. *uinco*, lit. *ap-veikiù* 'fuerzo', aesl. *věkъ* 'fuerza'; con *g* lit. *gaudžiù* 'lamentarse', ai. *gavate* 'sonar' junto a lat. *gaudeo*; con *gh* ai. *meghas* 'nube', arm. *mēg* 'niebla' junto a gr. ὀμείχω. Pero con mucha frecuencia las lenguas *satəm* discrepan entre sí a este respecto. Cf. II.I.1.9 el ejemplo de ai. *aśmā* y sus correspondencias y además, por ejemplo, lit. *akúotas* 'arista' frente a ai. *aśris* 'borde' y aesl. *ostrъ* 'agudo'; ai.

karaṭas 'rojo oscuro (?)' frente a arm. *sar̃n* 'hielo', lit. *šir̃vas* 'gris'; etc. Y sucede también que dentro de una misma lengua o grupo dialectal haya variaciones: frente a *akúotas* citado arriba en lit. hay también de la misma raíz *ašrus* 'cortante'; de *deik* hay en ai. *dik* 'indicación, país' y un L. *diśi*; etc. Nada de esto es extraño si en un principio la palatalización tenía lugar en determinadas distribuciones solamente, como hemos indicado. Por otra parte, ciertas palabras, evidentemente, resistieron mejor esta tendencia evolutiva; entre ellas, claramente, las expresivas, a veces con *a*. En cuanto a la palatalización secundaria de algunas de las guturales no alteradas en lenguas *satəm*, cf. *infra*, II.I.1.4.

Inversamente, en tocario y lenguas románicas hay palatalización, independiente de la anterior, ante vocales palatales. En toc., por ejemplo, el N. pl. de *lyäk* 'ladrón' es *lyśi*; para el románico ya hemos aludido a ejemplos del español y francés en II.I.1.4.

Uso morfológico: Aparte del empleo normal en las raíces de ambos tipos, hay un uso frecuente de *-k, -ko* como formativo de temas nominales y adjetivales; en los temas verbales su uso principal es añadido a *-s* (*-sk-*, con varias gramaticalizaciones). Raramente, hay temas verbales de presente en *-gh*. Ninguna de las tres guturales ha sido empleada en el sistema desinencial del nombre ni el verbo.

6. e) *Labiovelares*

Pide.	Gr.	Lat.	Air.	Gót.	Arm.	Lit.	Aesl.	Ai.	Toc.	Het.
$k^{u̯}$	π, τ	*qu*	*c*	*hw, g, w*	*k, ç*	*k*	*k, č, c*	*k, c*	*k, ś*	*kw*
$g^{u̯}$	β, δ	*gu, u*	*b*	*q*	*k*	*g*	*g, ž, dz*	*g, j*	*k, ś*	*kw*
$g^{u̯}h$	φ, θ	*f, gu, u*	*g*	*gw, g, w*	*g, j*	*g*	*g, ž, dz*	*gh, h*	*k, ś*	*kw*

Observaciones: Conviene hacerlas lengua por lengua, tratando juntas las *satəm*. No hay ninguna sobre el hetita. Cf. además las generalidades de II.I.1.2.

Hay que añadir que conviene llamar la atención sobre el hecho de que en ai. se ha llegado a una coincidencia entre los resultados de labiovelar ante vocal palatal y los de gutural, en el caso de las sonoras y aspiradas. En cambio, para las sordas hay la oposición *c/ś* (africada/fricativa). La distinción es general en aesl. (africadas y fricativas palatalizadas procedentes de labiovelar ante vocal palatal o diptongo *oi*/silbantes procedentes de gutural). La palatalización de las labiovelares es, según se ha dicho, más reciente: limitada en cuanto a la distribución, en cuanto a las lenguas afectadas y quedándose a veces en el estadio africado.

Griego. En micénico hay una serie especial de signos para designar las labiovelares, signos que transcribimos como *qe, qi, qo*, etc., por no marcar el micénico las diferencias de sonoridad y aspiración: pero no sabemos si esto quiere decir que se mantenía todavía la pronunciación labiovelar. En cuanto a las soluciones labial y dental del cuadro, responden a la totalidad del griego, salvo el dialecto citado y el eolio. La regla es: en eolio hay siempre labial, en el resto labial en general, pero dental ante *e, i*. Sin embargo, al lado de formas que siguen esta regla, como las que serán citadas abajo, hay excepciones: en todo el eolio hay τε, τίς, πέντε, etc. de formas con labiovelar.

Latín. La solución normal de g^{u} es *u*; *gu* sólo aparece tras nasal. De $g^{u}h$ sale *f* en inicial; en medial hay *u*, pero *gu* tras nasal. Hay que notar que las soluciones del latín —conservación de la labiovelar, con ciertas alteraciones secundarias— difieren de las del o.-u., que labializan (*p, b* y *f* son las soluciones respectivas de k^{u}, g^{u}, $g^{u}h$).

Air. En la escritura ogámica el resultado de $k^{u̯}$ es marcado con un signo especial que se transcribe con *q* y que a veces deja huella de su elemento labial (cf. *cruim* 'gusano' junto a ai. *kṛmis*). El grupo de dialectos británico tiene *p* en vez de *c* para $k^{u̯}$.

Gótico. A gót. *hw* responde lo mismo en el resto del germánico en inicial, pero en interior se hace *h*; *g, w* son los resultados propios de la ley de Verner ante el acento. La *q* del gót. equivale a un mantenimiento del apéndice, en otros dialectos se escribe *qu* o *kw*. En cuanto a *gw* de $g^{u̯}H$, sólo se da tras nasales; si no, hay *w* (ante *i, e, a*) o *g* (en las demás distribuciones).

Lenguas *satəm*. Las formas palatalizadas se dan en arm. y ai. ante antiguas vocales *i, e*. Para el aesl., la segunda de las tres soluciones del cuadro es también ante *i, e* (e *i̯*, también en arm.); la tercera, ante ide. *oi*. Téngase en cuenta que *e* ha dado *a* en ai., *oi* ha dado *ě* en aesl. En ai. *h* < *jh*.

Tocario. La palatalización tiene lugar en los casos antiguos ante *i, u*, igual que en los resultados *k* de las guturales.

A más de las anteriores observaciones, relativas al cuadro de arriba, hay que hacer algunas otras:

a) En todas las lenguas, tanto *centum* como *satəm*, las labiovelares se reducen a guturales, por caída del apéndice, ante consonantes, incluidas *i̯, u̯* (pero ante *i̯* en algunas palatalizan, cf. *supra*); y, por disimilación, en la proximidad de *u*.

b) El grupo *LV-C* (labiovelar-consonante) admite, sin embargo, otra solución: la vocalización en *u*, con reducción de la labiovelar a gutural. Sin embargo, a veces se da la vocalización *a*, por influjo de la consonante siguiente.

c) En las lenguas *satəm* las guturales que han permanecido intactas, respetadas por la palatalización, sufren la misma palatalización de las labiovelares.

7. *Ejemplos*: Damos sucesivamente los relativos al cuadro y los relativos a las observaciones *a*), *b*) y *c*).

Ejemplos del cuadro:

K^u: de *k^uo-* o *k^ui* gr. πο- en πότερος, etc., al lado de τίς, lat. *quod,* gót. *hwas,* lit. *hwas,* aesl. *kъto* 'que' (de *k^uo-*) frente a *cьto* '¿qué?' (de *k^ui-*), ai. *kas,* het. *kuiš* 'alguno'; de *ok^u* 'ver' gr. Ac. ὄπα, lit. *akìs* 'ojo', arm. *akn* 'íd.', toc. A *ak* 'íd.'; pero cf. aesl. *oči* (dual), arm. *ač̣k* (pl., analógico); de *k^uoi* 'pagar' cf. gr. ποινή, av. *kaēna* 'castigo', pero ai. *cáyate* 'castigar', aesl. *cěna* 'honor', gr. τίνω; de *sek^u* 'decir' eól. ἔννεπε, lat. *inseque,* lit. *sakýti* 'decir', an. *segia* 'decir'; de *k^uetur-* 'cuatro' gr. τέσσαρες (eól. πίσυρες de *k^{uo}tu-*), lat. *quattuor,* air. *cethir,* galo *petor-,* u. *petur-,* lit. *keturì,* aesl. *četyre,* toc. A *śtwar,* ai. *catvāras.*

G^u: de *g^uem,* *g^uom* 'venir' cf. gr. βαίνω, lat. *uenio,* u. *benust* 'uenerit', gót. *qiman* 'llegar', arm. *ekn* 'él llegó' lit. *gim̃ti* 'nacer', toc. B *käm* 'llegar', ai. *gámati* 'id'; de *g^uios* y de *g^uīuos* 'vivo' cf. gr. βίος, lat. *uiuus,* gót. *qius,* air. *beo,* toc. B *śau* 'vivir', lit. *gývas,* aesl. *živъ,* ai. *jīvas;* de *n̥g^u* 'glándula' gr. ἀδήν, lat. *inguen.*

G^uH: de *snig^{u}h* (con *ei, oi*) 'nieve' cf. gr. Ac. νίφα, lat. G. *niuis,* verbo *ninguit* 'nieva', air. *snigid* 'gotea', gót. *snaiws* 'nieve', lit. *sniẽgas,* aesl. *sněgъ;* de *g^uher* 'caliente' gr. θερμός, lat. *formus,* air. *fo·geir* 'él calienta', aaa. *warm,* aprus. *gorme* 'calor', aesl. *gorěti* 'quemar', arm. *ǰerm* 'caliente', ai. *gharmas* 'calor', toc. A *śärme* 'calor del sol'; de *g^uhen* 'herir, matar' cf. gr. θείνω y φόνος, lat. *of-fendo,* aaa. *gund-* 'lucha', lit. *genù* 'rechazar', ai. *hanti* 'él mata' pero perf. *jaghana,* het. *kuenzi* 'hiere, mata'; de *seng^{u}h* 'cantar' cf. gr. ὀμφή 'voz', gót. *siggwan* 'cantar'.

8. Observación *a*): La reducción a gutural de la labiovelar anteconsonántica en lenguas *satəm* no es de extrañar:

cf. por ejemplo ai. N. sg. *vāk* (por *vāks*, cf. II.II.8.9) de **u̯ekᵘ̯-s*, también *vākyam* 'palabra', part. pas. *dagdhás* < **daghtás* de **degᵘ̯h* 'arder', 3.ª pl. *ghnánti* de **gᵘ̯hen* (cf. *supra*); lit. *peñktas*, aesl. *pętъ* 'qüinto' de **penkᵘ̯-tos*. Pero ya advertimos que en arm. y aesl. hay palatalización ante *i̯*: cf. aesl. *tąča* 'fuerte lluvia' de **tonkᵘ̯i̯ā*. Más notable es el fenómeno en las lenguas *centum*. Por ejemplo, en gr. el resultado de *LV-i̯* es idéntico al de las guturales con *i̯*, por ejemplo **kᵘ̯-i̯* da σσ/ττ igual que *k-i̯* (por ej., en **pekᵘ̯-i̯o* > πέσσω 'cocer'); en cambio, son formas analógicas πεπτός, ἔπεψα. Cf. en lat. *relictus* de *relinquo*, *coctus* de *coquo*, etc.; *socius* de *sequor*, etc.; aaa. *siht* 'rostro' junto a gót. *saíhwan* 'ver'; etc. En cambio, formas como lat. *reliquus* deben ser interpretadas, más que como *kᵘ̯-u̯o*, como *kᵘ̯o*, a la manera de las laringales.

Por otra parte, en las inmediaciones de *u* a veces la labiovelar se disimila en gutural. En mic., por ej., hay *qo-u-ko-ro* como en gr. βουκόλος (frente a αἰπόλος, de **-kᵘ̯olos*). Cf. de **lukᵘ̯os* la disimilación λύκος (que, naturalmente, coincide con la *k* de las lenguas *satəm*, cf. ai. *vr̥kas*, etc.), ὑγιής de **su-gᵘ̯i-*. Hay también ejemplos del celta, germánico e itálico.

Observación *b*): El tratamiento *kᵘ̯ᵒC* > *kuC*, paralelo al de las laringales en igual distribución, lo encontramos esporádicamente en todas las lenguas. Cf. por ej., gr. γυνή < **gᵘ̯ᵒnā*, κύκλος de **kᵘ̯ᵒ-kᵘ̯los*; lat. *secutus*, *cur*, etc.; toc. A *kus* 'quién'; het. *kunanzi*, 3.ª pl. de *kuenzi*. Pero la vocalización puede ser también *a*, así en lat. *quattuor* y beoc. βανα o incluso *i* (eól. πίσυρες).

Observación *c*): La *kᵘ̯* se palataliza en ai. *cartanam* 'trenzado' junto a *kr̥nátti*, aesl. *pląčǫ* 'llorar' junto a *plakati*; etcétera.

9. *Uso morfológico.* Las labiovelares son usadas en las raíces en los lugares consonánticos, pero con una frecuencia muy inferior a las demás consonantes. Por otra parte, el rendimiento funcional de la oposición gutural/labiovelar en las raíces es bajo: son raras las raíces que sólo se distinguen en oponer una gutural a una labiovelar. Añadiéndose a esto la situación asimétrica de las labiovelares, debe suponerse que proceden de un desarrollo relativamente reciente del sistema de oclusivas, de la fonologización de algún alófono o grupo. Por otra parte, las labiovelares no se usaron como alargamiento en las raíces en consonante, sonante *l, r, n, m* ni laringal; aparecen sólo en inicial de raíz o en final tras *i, u.* No se han usado para formar sufijos, con la sola excepción de *-nkᵘ̯* (en lat. *longinquus,* gr. ποδαπός) ni para formar desinencias. Han sido siempre, pues, fonemas de uso muy marginal, eliminados al final en todas las lenguas indoeuropeas.

f) *Alófonos aspirados de las oclusivas*

10. Así como los alófonos palatalizados de las guturales fueron el origen de la palatalización de éstas, que en las lenguas *satəm* desbordó luego sus límites primitivos, y como ha habido otros alófonos palatales que también han sido el arranque de otras evoluciones (de las labiovelares en gr., tocario, lenguas *satəm* y románico; de las guturales no palatalizadas previamente en lenguas *satəm* y tocario; de las dentales en tocario y de las dentales y labiales en eslavo; y hay más casos todavía), de la misma manera hay que contar con la existencia de alófonos aspirados de las oclusivas del indoeuropeo que han sido el punto de arranque de la creación de nuevos fonemas en varias lenguas. En II.I.4.2 hemos dado noticia, efectivamente, de la existencia en griego, ar-

menio, indo-iranio y, parcialmente, en eslavo y latín, de sordas aspiradas, convertidas en algunas de estas lenguas en fricativas sordas, que corresponden a oclusivas sordas de otras lenguas y aun, a veces, de estas mismas, pero que representan tratamientos diferentes de los que hemos postulado para las oclusivas sordas. Hemos indicado, también, las varias integraciones de la serie sorda aspirada, o la fricativa sorda de ella derivada, en las lenguas mencionadas. Pues bien, la solución del problema consiste en que hay que partir de alófonos de las sordas sin aspirar en determinadas distribuciones: y, precisamente, de alófonos aspirados.

Estos alófonos aspirados tienen tres orígenes diferentes:

a) A veces se trata de variantes expresivas de los fonemas sordos sin aspirar, según ha quedado ejemplificado en II.I.4.2 ss. Es normal que al lado aparezcan las formas sin aspirar de las mismas oclusivas.

b) En otras ocasiones el alófono aspirado surgía ante laringal consonántica (cf. II.II.2.21); al caer ésta y hacerse idéntico por causa de la evolución fonética, en ocasiones, el resto de la raíz o palabra, la distinción alofónica se convierte en fonemática, creándose el fonema sordo aspirado. Ahora bien, en otras ocasiones el alófono aspirado se perdía, por no ser necesario para distinguir las distintas formas; o, por el contrario, se extendía analógicamente a formas de la misma raíz en que, por variar el grado vocálico, la laringal no seguía a la oclusiva.

c) Hay testimonio igualmente de la presencia de un alófono aspirado de las oclusivas sordas tras *s*. Pero como la *s* inicial podía faltar ante oclusiva (cf. VI.II.1.2), de ahí la irregularidad de la presencia de estos alófonos y, por tanto, de los tratamientos fonéticos ulteriores.

11. El cuadro de correspondencias es el siguiente:

Pide.	Ai.	Av.	Arm.	Aesl.	Gr.	Lat.
p^h	*ph*	*f*	*p'*	*p*	φ	*f, b*
t^h	*th*	θ	*t'*	*t*	θ	*f, d, b*
k^h	*kh*	*x*	*x*	*x*	χ	*h*

En definitiva, hallamos correspondencias especiales de sordas aspiradas en ai., gr. y en las labiales y dental del arm.; fricativas sordas en av., y en la gut. del aesl. y arm.; en lat. el resultado que se obtiene es el mismo de las sonoras aspiradas, ya que éstas se convierten en sordas aspiradas antes de seguir su evolución (cf. II.I.1.5).

En las demás lenguas la correspondencia es, como decimos, la sorda sin aspirar (solución única en aesl. para la lab. y dent. y posible en las demás del cuadro al lado de la solución aspirada o fricativa).

Hay que notar que en ai. no hay nada que corresponda a la gutural palatalizada; ni en ninguna parte nada que pueda remontarse a una labiovelar. Lo uno y lo otro es lógico: gutural ante *H* debe mantenerse en todo el ide., como gutural ante consonante en general; labiovelar ante *H* lógicamente debe perder el apéndice que, en tanto cae, impide la creación del alófono aspirado. Por otra parte, las guturales suelen mantenerse en lenguas *satəm* en palabras con valor expresivo.

En II.I.4.2 hemos dado una serie de ejemplos de aspiración de oclusivas sordas con finalidad expresiva, haciendo constar que también se encuentran formas sin aspiración. A continuación damos ejemplos de los otros dos grupos:

a) Alófono aspirado procedente del grupo ocl. sorda + *H*.

De $*steH_2/*stH_2$ se origina en ai. un doblete *stā/sth*: cf. *tíṣṭhati, ásthur*, etc., de donde formas analógicas como *ásthāt*, etc. En cambio, en gr. la vocalización $*st^oH$ > *stă*

(en gr. ἵστᾰμεν) ha impedido la aspiración. Análogo es el caso de ai. *ásthi* 'hueso' < *-tH^{io} junto a gr. ὄστεον < *-$teH^{i}on$ y het. *aštai*. En cambio, ai. y gr. coinciden en la des. ai. *-tha*, gr. -θα (ai. *véttha*, gr. οἶσθα), donde hay que suponer *-tH_2o, cf. IV.III.3.1; hay concordancia de ai. *pṛthukas* 'ternero' y arm. *ort'* 'íd.', pero no gr. (πόρτις); etc. En *sakhā* 'amigo', *pánthās* 'camino', el ai. toma la aspiración de los casos oblicuos con *-thi* < *-tH^{i}-. A veces la laringal proviene de metátesis, cf. por ejemplo ai. *pṛthús* 'ancho' (de la raíz de lat. *plēnus*), cf. gr. πλάθανος (pero también πλατύς). Respecto al lat., cf. *radius* < *-th-* al lado de ai. *ráthas* 'carro' y lat. *rota*; *folium* < *pH-* junto a gr. φύλλον; *hāmus* < *kH-* junto a gr. χαμός· καμπύλος, aaa. *hamo*.

b) Alófono aspirado de oclusiva sorda tras *s-*.

Suponemos que éste es el origen de aspiraciones del tipo de ai. *sphuráti* 'echa lejos' junto a arm. *sp'iṙk'* 'dispersión' gr. σφυρόν (y gr. ἀσπαίρω, lat. *sperno*); ai. *sthagati* 'cubre' junto a gr. στέγω, lat. *tego*; gr. σφήν, ai. *sphyás* 'rama'.

Existen huellas de algunas otras aspiradas sordas de este tipo sin los anteriores condicionamientos. Evidentemente, el alófono aspirado debió sentirse en un momento dado como una variante puramente facultativa.

Sobre sonoras aspiradas procedentes de sonora + *H* en ai., cf. II.II.2.21.

Los derivados de los alófonos aspirados a que estamos haciendo referencia no juegan papel alguno en la Morfología indoeuropea; sólo aparecen ocasionalmente en algunas raíces y ello sin rendimiento funcional apreciable respecto a raíces idénticas, pero con sorda. Todo ello prueba el carácter secundario y reciente de los fonemas a que nos referimos.

g) *Las correspondencias kt/ks*

12. Hay una serie de correspondencias en que a *kt* del gr., germ. y celta responde *ks* en lat. y ai., que presentan un problema difícil a la fonología indoeuropea: son casos como gr. ἄρκτος, mir. *art,* ai. *ṛ́kṣas,* lat. *ursus;* gr. τέκτων, lat. *texo,* aaa. *dehsala* 'lanza', ai. *takṣati;* etc. Pero en realidad éstas no son más que algunas de las correspondencias. Pues al gr. κτ corresponde en ai. *kṣ,* pero también *śy, hy;* y a estas formas del ai. corresponde en griego no sólo κτ, sino también χθ (ai. *kṣā́s* 'tierra' junto a gr. χθών y también toc. A *tkaṃ,* het. *tekan* (con metátesis, parece), así como φθ (cf. ai. *kṣiṇōti,* air. *tinaid* 'evanescit' y gr. φθίνω). No basta, parece, con acudir a un fonema o grupo de fonemas sordo y a otro aspirado. Pero la cosa es más complicada todavía, porque se encuentran en gr. formas con sólo la gutural (καίνω junto a κτείνω, cf. ai. *kṣaṇōti,* χαμαί junto a χθών). También en lat. encontramos *humus* para la raíz de la 'tierra', mientras que otras veces en inicial parece haber *s-;* en gr., por otra parte, hay *ks, ps* al lado de las otras soluciones: ξάνιον· κτένιον, ψίσις· φθίσις. En otras lenguas hay problemas más o menos parecidos.

Se han propuesto varias soluciones, pero ninguna enteramente convincente. La tradicional es postular grupos de gutural oclusiva y fricativa dental, lo cual, explicado fonológicamente, viene a equivaler a un fonema africado; también se ha propuesto la existencia de guturales con explosión silbante (k^s, etc.) y de guturales seguidas de una *i̯* o una laringal; de formas en que secundariamente una oclusiva ha pasado a fricativa; de, por el contrario, formas paralelas con diversos alargamientos; y hasta de préstamos de lenguas no indoeuropeas. Dada la irregularidad de los

tratamientos y la alternancia de formas con gutural y otras alargadas con *s*, *t* o *i̯*, más bien da la impresión de que nos hallamos ante casos en que al lado de las guturales se han desarrollado varios alófonos (k^s, k^t, $k^{i̯}$) en circunstancias desconocidas, los cuales luego se han fonologizado ya alternativamente, ya distribuyéndose las palabras y las lenguas diversas. El detalle es sumamente oscuro.

Una prueba más de que no nos hallamos ante derivados de fonemas indoeuropeos independientes de las guturales es que los grupos de consonantes a que nos referimos desempeñan un papel nulo en la Morfología indoeuropea. Aparecen solamente en las raíces, de un modo anómalo en su estructura (el indoeuropeo no permite el grupo *C-C* en una misma raíz) y sin rendimiento funcional apreciable en una oposición a raíces idénticas con gutural. Todo ello es paralelo a lo que sucede con las sordas aspiradas, lo que tiende a probar que también aquí nos hallamos ante resultados recientes, sometidos a toda clase de redistribuciones analógicas, de alófonos marginales del sistema central de las oclusivas. Las labiovelares también deben, en definitiva, provenir de alófonos de las mismas, pero se han estabilizado, pese a todo, en época más antigua.

5. LA SILBANTE S

1. Nos ocupamos de la *s* sólo en las distribuciones más habituales, sin entrar en los grupos en que, en cada lengua, experimenta evoluciones aparte. Sobre la situación de este fonema, carente del rasgo relevante de sonoridad, en el sistema fonológico indoeuropeo, remitimos a II.I.1.10, donde también hemos trazado su historia, en líneas generales, a

lo largo de la evolución de las principales ramas del indoeuropeo.

A juzgar por los paralelos de las diversas lenguas, el alófono principal de *s* era sordo, pero se hacía sonoro ante consonantes sonoras y en algunas lenguas en posición intervocálica. Este alófono sonoro estaba expuesto a aspirarse y perderse: la pérdida del mismo ante consonante sonora, generalmente con alargamiento de la vocal precedente, se da con mayor o menor extensión en ai., gr., lat.; en celta y parte del germ. se altera. Hay, de otra parte, diversas alteraciones en los grupos: la principal es el paso a *ṣ* en ai. tras *i, u, r, k,* y a *x* en eslavo tras estos mismos fonemas. Sobre *H* + *s* cf. II.II.2.12.

En inicial hay que distinguir dos casos: ante consonante la falta de *s* es esporádica y no debe en general atribuirse a pérdida, sino a la existencia de formas opcionales *s* + oclusiva/oclusiva en muchas raíces; hay, sin embargo, algunas pérdidas ante sonora. Pero ante vocal la *s* de la raíz es un fonema como otro cualquiera. Se mantiene en todas las lenguas, salvo en algunas en que se aspira: griego (donde se nota espíritu áspero), armenio, iranio, británico. Sin embargo, en parte del griego (sobre todos los dialectos de Asia jónicos y eólicos) y a veces en armenio, la aspiración cae. Ejemplos:

**septṃ* 'siete': gr. ἑπτά, lat. *septem,* air. *secht*ⁿ, gót. *sibun,* lit. *septunì,* aesl. *sedmъ,* toc. A *ṣpät*; **solu̯os* 'todo': ai. *sárvas,* gr. ὅλος, ap. *haruva*; **senos* 'viejo': ai. *sánas,* lit. *sênas,* gót. sup. *sinista,* air. *sen,* galo *seno-,* lat. *senex,* pero av. *hano,* arm. *hin,* gr. ἕνη 'el último de mes', bret. *hen.*

En posición intervocálica los resultados son la pérdida de la aspiración *h* en gr., celta y arm.; su conservación en iranio como *h*; la sonorización en *z* en itálico y latín, de donde *z* en osco y *r* en umbro y latín, por rotacismo; su

sonorización en germánico ante el acento, igual que en el caso de las oclusivas sordas; y el mantenimiento en las demás lenguas.

Cf. por ejemplo genitivos de temas en *-s*: het. *nepišaš*, aesl. *nebese*, ai. *janasas*, pero al lado gr. γένεος, lat. *generis*; cf. ai. *iṣirás* (con *ṣ* tras *i*), gr. ἱερός (con metátesis de la aspiración); ai. *snuṣā́*, gr. νυός, lat. *nurus*, an. *snor* (de **snuzō*).

Las lenguas que pierden o alteran la *s* inicial y medial la mantienen ante cons. sorda, cf. gr. ἐστί, lat. *est*, ap. *asti*. Pero ante sonora hay evoluciones varias, entre ellas, como queda dicho, la aspiración y pérdida de la *s*. Sin embargo, dado que hay todavía otras distribuciones en que se conserva la *s* (grupos de *C-s*, de *s-s*, *s* final) y que en el curso de la evolución es frecuente la creación de nuevas *s*, el fonema se mantiene en todos los sistemas fonológicos indoeuropeos, a veces escindido en dos, un fonema sordo y otro sonoro; cf. *supra*, II.II.1.10.

2. La *s* es frecuente en las raíces en posición consonántica, no sonántica. La única diferencia respecto a las oclusivas es su ya citada capacidad de aparecer en algunas raíces ante una oclusiva o una sonante inicial. También existe en las raíces pronominal-adverbiales.

Aparte de esto, la *s* es uno de los principales pilares de la Morfología indoeuropea. Se encuentra:

a) En alargamientos de las raíces nominal-verbales, con mucha frecuencia.

b) En sufijos nominales atemáticos, sobre todo *-e/-os*, *-is* y *-as* (estos dos de **H-s*) y en sufijos adjetivales comparativos y superlativos, en los que se combina con otros elementos.

c) En desinencias nominales de N. animado sg. y pl., de G. sg. y las mismas en los adjetivos; además, *-s* ha llegado a sentirse como una marca de pl., y así interviene en des. de Ac. pl., I. pl., etc.

d) En sufijos verbales, ya dando temas sin sentido específico, ya de desiderativos o causativos, ya de aoristo, futuro o subjuntivo.

e) En desinencias verbales de 2.ª y 3.ª sg., aunque en el tipo más frecuente se especializa en la 2.ª.

6. LAS SONANTES

a) *Las sonantes i̯, u̯*

1. Separamos el tratamiento de las formas consonánticas de estas sonantes, que son las fundamentales, del de los alófonos de las mismas que aparecen como segundo elemento de diptongo o como vocales: ello, en gracia a su diferente evolución. Por lo demás, dentro del sistema de una lengua determinada, incluso los que desde el punto de vista del protoindoeuropeo, del anatolio y del indoeuropeo son alófonos, han podido en un momento dado, sin precisión de evolución fonética, funcionar como fonemas.

Los alófonos fundamentales, cuyo cuadro evolutivo damos a continuación, son los que aparecen ante vocal, ya en inicial, ya tras vocal, ya tras consonante o sonante. Pero en estas distribuciones hay junto a i̯, u̯ otros alófonos secundarios, según ha quedado explicado. Ejemplificando con u̯:

u̯V- / uu̯V-   *Vu̯V / Vuu̯V*   *Cu̯V / Cuu̯V*

En cuanto al origen de u̯, i̯, y los alófonos mencionados, existen dos diferentes:

a) Provienen de *u̯*, *i̯* del protoindoeuropeo, cf. II.II.3.2.

b) Provienen de $H^{u̯}$, $H^{i̯}$ ante vocal, cf. II.II.2.6. En este caso, la correspondencia hetita puede ser no sólo *w*, *y* (*uw*, *iy*), sino también estas mismas formas precedidas de *ḫ*.

A continuación damos el cuadro de las soluciones de *u̯*, *i̯* en las distintas lenguas.

Remitimos a II.II.2 y II.II.3.2 para el origen de ide. *u̯*, *i̯* (de $H^{u̯}$ o *u̯*, $H^{i̯}$ o *i̯*). Het. *w*, *y* pueden venir de $H^{u̯}$ o *u̯*, $H^{i̯}$ o *i̯*; *ḫw*, *ḫy* sólo de $H^{u̯}$, $H^{i̯}$.

Ide.	Gr.	Lat.	Air.	Gót.	Arm.	Lit.	Aesl.	Ai.	Toc.	Het.
u̯	Ϝ, ∅	*u*	*f*	*w*	*g*	*v*	*v*	*v*	*w*	*w* (*ḫw*)
i̯	ζ, ʽ	*i*	∅	*j*	*y*	*j*	*j*	*y*	*y*	*y* (*ḫy*)

2. *Aplicaciones y observaciones.* Nótese que, aquí y en todo lo que sigue, los resultados del hetita se dan sin paréntesis en la medida en que coinciden con los del indoeuropeo: sólo entre paréntesis se incluye la eventual conservación de *ḫ*, a que acabamos de aludir, en el caso de *w*, *y* derivados de $H^{u̯}$, $H^{i̯}$ del protoindoeuropeo.

También conviene indicar que, más que en ningún otro caso, tenemos aquí que habérnoslas con transcripciones difíciles de interpretar fonéticamente. Si hemos explicado (cf. II.I.2.4) que la evolución de *u̯*, *i̯* transcurre ya en el sentido de perderse, ya en en el de consonantizarse, con frecuencia la grafía usada no deja ver claramente si en las lenguas indoeuropeas antiguas que recogemos en el cuadro transcripciones como *j*, *y*, *v*, *w* responden a sonantes o ya a consonantes fricativas o incluso oclusivas. La letra usada es convencional y no dice gran cosa sobre la pronunciación, y menos cuando se transcribe de alfabetos exóticos, tal en el caso del ai., toc., het., arm., gót. o aesl. Es claro, en todo caso, que la pronunciación sonántica, es decir, con mayor abertura que la consonántica, se conservó en fases antiguas

de al menos algunas de las lenguas citadas: así en gr., lat., gót., sin duda también en otras; pero nótese cómo dentro del latín *u, i* pasan a fricativas u oclusivas en lenguas románicas, dentro del gr. la ϝ pasa a fricativa en tsaconio, dentro del germánico la *w* es fricativa, por ejemplo, en alemán.

El cuadro que precede se refiere a la posición inicial antevocálica y ha de ser completado con indicaciones relativas a las otras posiciones. Pero antes requiere ciertas explicaciones. En gr. la ϝ se conserva en una serie de dialectos del grupo eolio, aqueo y dorio, pero en jónico-ático ha caído desde muy pronto y este proceso acabó por generalizarse en todo el griego (pero hemos citado la excepción del tsaconio, dialecto griego moderno procedente del laconio). Hay que hacer constar que Homero, en cuyo texto no figura la ϝ o digamma, se basa en una tradición poética que la conocía, lo que se revela por el hecho de que persisten efectos de ella; restituyéndola se eliminan hiatos, se crean por posición cantidades largas necesarias para el metro, etc. En cambio, la alternancia entre ῾ (espíritu áspero que se pierde en los dialectos de Asia, como el procedente de *s-*, cf. II.II.5.1) y ζ- es de orden diferente: hay palabras con un tipo de solución y otras con el otro. Puede tratarse de generalizaciones diversas del tratamiento postvocálico y el postconsonántico, respectivamente, pero también se ha propuesto que provenga de *H*$^{i̯}$- (cf. II.II.2.22). En cuanto al celta conviene completar que a la *f* del air. responde *v* en galo y británico antiguo; y a Ø de air. responde *i* en galo y británico. Respecto a este tratamiento en general conviene añadir los casos de prótesis cuando *u̯-, i̯-* vienen de *H*$^{u̯}$-, *H*$^{i̯}$ (cf. II.I.4.19).

3. Las soluciones mencionadas son en principio válidas igualmente para el grupo *C-u̯/i̯-V*, en la medida en que no

adopta la solución disilábica a base de *uu̯, ii̯*. Ahora bien, en diversas lenguas se producen evoluciones fonéticas propias de la consonante (o sonante) y la *i̯* o la *u̯*: así en griego, germ., eslavo, en lat. en ciertos casos; o bien se pierden *u̯, i̯*, como ocurre en ciertos casos en dialectos germánicos y en lituano. No podemos dar aquí el detalle de estas evoluciones.

Los tratamientos intervocálicos son parcialmente diferentes de los del cuadro. Las diferencias principales son las siguientes:

La *u̯* intervocálica cae en air. tras vocal larga y en parte tras breve; en germ., ante *u*; en arm. hay, ya *g*, ya *v*; en lat. hay ejemplos de caída ante *o* y entre vocales iguales.

La *i̯* cae en posición intervocálica en griego, en latín, en parte en germ., en celta, en parte en armenio.

Hay luego que hacer referencia otra vez a los alófonos *u̯u̯, i̯i̯* (entre vocales) y *uu̯, ii̯* (en inicial y entre consonante y vocal). Lo normal es que *u̯u̯, i̯i̯* se distribuyan en dos sílabas: el primer elemento forma diptongo con la vocal anterior y el segundo sigue la suerte de la *u̯, i̯* intervocálica en la lengua en cuestión. Se trata de un fenómeno más bien raro y esporádico, salvo en germánico (cf. II.I.4.19). Por su parte, *uu̯, ii̯* es raro en inicial (cf. II.I.4.19), pero frecuente entre consonante (sonante) y vocal: en ambos casos, la *u̯* o *i̯* se comporta igual que lo hace normalmente entre vocales, según las reglas del cuadro. La fluctuación *u̯/uu̯, i̯/ii̯* aparece a veces en las mismas palabras o formaciones de las mismas lenguas, es decir, se trata de alófonos libres; pero es más corriente que se llegue a una estabilización, a una solución para cada palabra e incluso para cada lengua. Por ejemplo, el latín generaliza *uu̯, ii̯*, con algunas excepciones.

4. Ejemplos. *V*: **u̯oikos* 'casa': gr. ϝοῖκος, lat. *uīcus*, air. *fīch*, gót. *weihs*, aesl. *vьsь* 'pueblo', ai. *véśas* 'casa'; **Hu̯eH*$_1$ > **u̯ē* (y otros grados) 'viento': gr. ἄϝημι (con prótesis), lat. *uentus*, gót. *waian*, ai. *vāti* 'soplar' (cf. het. *ḫwanteš* 'vientos'); **u̯od*, etc. 'agua': gót. *wato*, aesl. *voda*, arm. *get* 'río', het. *watar* 'agua'. Para la posición intervocálica cf. **sreH*$^{u}_{3}$ > **sreu̯* 'fluir': gr. ῥhoϝά (en Corcira), át. ῥοή, lit. *sravà* 'flujo de sangre', ai. *srávati*; **g*^{u}*īuos* 'vivo', cf. *supra*, II.II.2.13.

I: *i̯ek-* 'hígado': gr. ἧπαρ, lat. *iecur*, lit. *jeknos* (pl.), ai. *yákr̥t*; **i̯uu̯* 'joven': lat. *iuuencus* 'novillo', galés *ieuanc*, air. *ōac*, gót. *juggs*, át. *yuvaśás* 'joven'; **i̯eug* (de **Hi̯eug* ?) 'unir': gr. ζεύγνυμι, lat. *iungo*, ai. *yunákti*, etc. La *i̯* intervocálica se ve, por ejemplo, en una serie de verbos como los griegos en -άω, -έω, -όω que suponen su caída; los del ai. en *-yati*, del lit. en *-ju*, del aesl. en *jǫ*, el lat. *moneo* < *-ei̯o*, etc. Cf. también **trei̯es* 'tres': gr. τρεῖς < (**trees*), lat. *trēs* (también con caída de la *i̯* y contracción), air. *trī* (íd., íd.), gót. *þreis* (con apócope de la vocal final), aesl. *trьje*, arm. *erek'* (donde *tr-* > *er-* y *-es* > *k'*).

Sobre *uu̯-*, *ii̯-* iniciales cf. II.I.4.18 y formas hetitas con *iy-*, *uw-* como *iya-* 'ir', *uwa-* 'venir'. Sobre *u̯u̯*, *i̯i̯* intervocálicos cf. II.I.4.15.

Más atención merecen *uu̯*, *ii̯* postconsonánticos, alternando con *u̯*, *i̯*. La relación alofónica libre dentro de una misma lengua se ve perfectamente en fluctuaciones del védico, que escribe *jyā́* 'cuerda de arco', pero a veces lo mide con dos sílabas, es decir, como *jiyā́*; luego ha habido estabilizaciones secundarias del tipo gr. ἅζομαι (de *-gi̯o-*) / ἅγιος (de *-gii̯o-*), δω- (en δώδεκα, de **du̯ō*) / δύω (de **duu̯o*). En hetita es todavía muy frecuente la fluctuación *w/uw*, *y/iy* (a más de las formas con *ḫ*). La mayoría de las lenguas, sin embargo, suelen llegar a generalizar uno de los dos tratamien-

tos, el monosilábico o el disilábico: generalmente, el primero (de donde, a veces, alteraciones como las aludidas en . . .), pero también el segundo, así en latín y, para el caso de *i̯*, en celta: cf. por ejemplo lat. *medius*, galo *medio-* junto a ai. *mádhyas*, gót. *midja* (fem.) y formas de otras lenguas con alteración del grupo: gr. hom. μέσσος/μέσος, arm. *meǰ* 'centro', aesl. *mežda* 'límite'. Pero siempre se encuentran rastros de fluctuaciones: cf. aesl. *dъva* 'dos', lat. *maior* < **mag-i̯os*, *peior* < **ped-i̯os*. Nótese que en estos dos ejemplos se llega de *i̯* a *ii̯*: las variantes alofónicas que estudiamos pueden recrearse en cualquier momento, como ya hemos advertido.

Conviene no confundir *uu̯*, *ii̯* alófonos libres con los resultantes de *uH*$^{u̯}$, *iH*$^{i̯}$ ante vocal, cf. II.I.2.28.

Uso morfológico: En II.II.2.6 está contestado lo relativo a *u̯*, *i̯* que vienen de *H*$^{u̯}$, *H*$^{i̯}$. Las procedentes de *u̯*, *i̯* indoeuropeas las hemos encontrado en las raíces, en uso sonántico: tanto en las nominal-verbales como en las pronominal-adverbiales; además, en solamente dos sufijos nominales. Cf. detalles *supra*, II.II.3.2.

b) *Los alófonos y fonemas ŭ, ū; ĭ, ī*

5. Los alófonos vocálicos de las sonantes *u*, *i* hemos visto que en protoindoeuropeo no tenían rasgo relevante de cantidad. Las diferencias de cantidad se crearon al oponerse la antigua *u*, *i* a las nuevas *ū*, *ī* procedentes, bien del grupo *u*, *i* + *H*, bien de vocalizaciones de °*H*$^{u̯o}$, °*H*$^{i̯o}$ o las demás sonantes con alargamiento compensatorio. En este momento, las *u*, *i* procedentes de la vocalización de las laringales y sonantes (y la *u* vocalización de labiovelares) quedaron convertidas en breves; las antiguas *u*, *i*, alófonos de *u̯*, *i̯*, se

hicieron también, normalmente, breves. Pero no siempre: algunas de estas antiguas *u, i* se usaban como largas con fines expresivos, por lo que sucedió que en un momento dado algunas de ellas se fonologizaron definitivamente como largas. Sobre el momento en que estas vocalizaciones se hicieron fonemas, cf. II.I.3.1. Pero téngase en cuenta que la creación de estas vocales es un largo proceso que comienza en protoindoeuropeo y termina en las lenguas particulares: a ellas hay que atribuir el timbre de las vocales de apoyo junto a sonante o entre consonantes.

El cuadro que damos a continuación se refiere a las *u, i, ū, ī* del ide., sea cualquiera su origen, haciendo notar solamente que en hetita a veces hay *uḫ, iḫ* en vez de las largas procedentes de *V-H*. Pero la ejemplificación que sigue manejará en lo esencial un material más limitado: para *u, i,* los alófonos de *u̯, i̯* más vocalizaciones junto a laringal y labiovelar; para *ū, ī,* los mencionados alófonos seguidos de laringal. Ello porque en los demás casos las soluciones a que nos referimos, aparte de su carácter tardío, aparecen con escasa regularidad: y en algunas lenguas faltan casi por completo y otras veces presentan un carácter esporádico. Puede verse sobre esto lo ya dicho en II.II.2.17, pero, de todas maneras, haremos algunas alusiones también a este material.

Ide.	Gr.	Lat.	Air.	Gót.	Arm.	Lit.	Aesl.	Ai.	Toc.	Het.
u	υ	*u*	*u*	*u*	*u*	*u*	ъ	*u*	*u*	*u*
i	ι	*i*	*i*	*i*	*i*	*i*	ь	*i*	*i*	*i*
ū	ῡ	*ū*	*ū*	*ū*	*u*	*ū*	*y*	*ū*	*u*	*u* (*uḫ*)
ī	ῑ	*ī*	*ī*	*ei*	*i*	*y*	*i*	*ī*	*i*	*i* (*iḫ*)

6. *Observaciones*: Las diferencias de cantidad se notan gráficamente para *i/ei* en gót., *i/y* en lit.; cuando las notamos con signos convencionales, en unos casos las lenguas

respectivas añaden también signos convencionales, en otros se trata de una determinación indirecta. Para el arm. carecemos de datos y los del toc. son confusos, las cantidades que se dan no responden en parte a las esperadas; en het. probablemente no había aún diferencia, salvo excepciones (cf. II.I.3.2). El eslavo es diferente; hace *u, i* vocales ultrabreves (yers velar y palatal, ъ y ь, respectivamente); *ū, ī* vocales largas (*y* e *i*, postpalatal y prepalatal, respectivamente).

En gr., el jónico-ático pronuncia la *u* como *ü*, con correlación de labialidad (*u* francesa). En gót. ante *r, h* hay *aú, aí* (aaa. *o, e*) en vez de *u, i.*

Ejemplos: *U*: **kŭn* 'perro': gr. G. κυνός, gót. *hunds,* lit. G. *šuñs,* toc. A B *ku*; **sru-* 'fluir': gr. ῥυτός 'que fluye', air. *sruth* 'río', lit. *srutà* 'agua de estiércol', ai. *srutás*; **dhugHt-* 'hija': gr. θυγάτηρ, arm. *dustr,* gót. *daúhtar,* lit. *duktẽ,* aesl. *dъšti,* ai. *duhitā́*; **ud* 'agua': gr. ὕδωρ, het. N.-Ac. pl. *uddar*; **k^u̯o-* pron. int. indef.: lat. *ut, ubi,* osc. *puf,* ai. *kútas* 'de dónde', toc. A *kus* 'quién'.

I: **u̯ĭdh* 'separar': gr. ἠϝιθέος 'joven', lat. *uidua,* gót. *widuwo,* aesl. *vъdova,* ai. *vidhávā* 'viuda'; **lĭk^u̯* 'abandonar': gr. ἔλιπε, arm. *elik'* 'abandonó'.

Ū: **dhūmós* 'humo': gr. θῦμός, lat. *fūmus,* lit. pl. *dúmai,* aesl. *dymъ,* cf. het. *tuḫḫeššar* 'incienso'; **sūg* 'mamar': lat. *sūgo,* air. *sūgim,* aaa. *sūgu.*

Ī: **g^u̯īuos* 'vivo', cf. II.I.3.1; **u̯īros* 'varón': cf. lat. *uīr,* ai. *vīrás,* pero huellas de *ĭ* en lat. *uir,* gót. *wair* (ej. de vacilaciones antiguas).

Uso morfológico: La *ŭ, ĭ* aparecen en las raíces, como sabemos, en lugar de las formas consonánticas *u̯, i̯* en el caso de que, al faltar la vocal, deban ocupar el centro de

sílaba; lo mismo las *ū, ī* procedentes de otras vocalizaciones y que la *ū, ī* que proceden del alargamiento con laringal de los antiguos alófonos vocálicos de *u̯, i̯*. En cuanto al uso morfológico de todas estas vocales, sólo se ha llegado a él cuando provienen de laringal: caso ya estudiado; hay que añadir solamente ciertos usos de *i* en la flexión (N. pl., desinencias primarias del verbo) y otros menores de *u* (sobre todo en imperativos), los cuales deben atribuirse a *i, u* antiguas. Las *u, i* procedentes de vocalizaciones de sonantes y consonantes no han logrado ningún uso morfológico especial, con muy pocas excepciones (cf. II.II.3.3). Y no se ha llegado a una utilización morfológica de las oposiciones de cantidad, salvo en las flexiones nominales en *-ū/uu̯, -ī/ii̯* (cf. II.I.2.28).

c) *Diptongos en -u, -i: diptongos breves*

7. Explicada en II.I.2.13 ss. toda la teoría de los diptongos, así como las tendencias en su evolución, sólo nos queda recordar que en ellos *u, i* vienen, ya de $H^{u̯}$, $H^{i̯}$, ya de *u, i*. En cuanto a la vocal precedente, sus orígenes pueden ser los mismos del caso de vocal simple, sin diptongo (cf. II.I. 4.23, II.II.2.19). He aquí el cuadro:

Ide.	Gr.	Lat.	Air.	Gót.	Arm.	Lit.	Aesl.	Ai.	Toc.	Het.
ei	ει	*ei, ī*	*ē, ĩa*	*ei*	*e, i*	*eĩ, iẽ*	*i*	*e*	(?)	*ei (eḫi)*
eu	ευ	*ou, ū*	*ō, ũa*	*iu*	*oy*	*jaũ*	*ju*	*o*	*ō, au*	*eu (eḫu)*
oi	οι	*oi, ū*	*oe*	*ai*	*ē, i*	*aĩ, iẽ*	*ĕ*	*e*	*ė, ai*	*ai (aḫi)*
ou	ου	*ou, ū*	*ō, ũa*	*au*	*oy*	*aũ*	*u*	*o*	*ō, au*	*au (aḫu)*
aī	αι	*ai, ae*	*ae*	*ai*	*ay*	*aĩ, iẽ*	*ĕ*	*e*	*ē, ai*	*ai (aḫi)*
au	αυ	*au*	*ō, ũa*	*au*	*aw*	*aũ*	*u*	*o*	*ō, au*	*au (aḫu)*

Observaciones: El cuadro da el material muy esquemáticamente y no completo. Debemos repasarlo lengua por lengua (algunas no requieren comentario).

Griego: es, con el osco, la lengua que mejor conserva los diptongos, pero la grafía no siempre hace justicia a la pronunciación. Desde el siglo VII en Corinto ει y ου se pronunciaban *ẹ̄*, *ọ̄*, pronunciación que penetra más tarde en ático; en griego helenístico son ya *ī*, *ū*. En Beocia desde el siglo V, αι, ου se hacen αε, οε; desde el IV, *ē*, *ū* (η, υ), pronunciación que luego se difunde en la koiné, si bien η de cualquier origen pasa a *i*.

Los otros dos diptongos, αυ, ευ, tienden desde el siglo III a. C. a pasar a *af*, *av* y *ef*, *ev*, según la consonante siguiente.

Latín: de las dobles formas, la primera se refiere a fecha arcaica, hasta el siglo II a. C., fecha del cambio de los diptongos (pero *au* sólo en románico se hizo *o*): *ei* ante *u* hace *e*.

Air.: datos incompletos. La segunda columna se refiere a evoluciones en determinadas posiciones y en fecha posterior.

Arm.: las dobles soluciones se refieren a distintas sílabas de palabra.

Lit.: no está claro el condicionamiento de la fluctuación en las soluciones de los diptongos con *i*. Los diptongos se conservan en aprus.

Aesl.: *u* es postpalatal larga; *e* y *ju*, prepalatales también largas.

Toc.: la primera columna se refiere al toc. A, la segunda al B; pero los datos son demasiado fragmentarios para asegurar que estas soluciones son las únicas.

8. *Ejemplos*: *EI*: **dei̯u̯os* 'dios': lat. arc. *deiuos*, clas. *deus* y G. *dīuī* (luego N. *dīuus*), aaa. *Zīo* (fuera del gót. se escribe *ī*), o. *deívaí* 'diuae', air. *dīa*, lit. *diẽvas* 'dios' y *dieviẽ* 'fantasma', ai. *dévas* (av. *daēvō* 'demonio'); **deik* 'mostrar': gr. δείκνυμι, lat. arc. *deico*, clas. *dīco*, aaa. *zīhan*.

EU: **deuk-* 'llevar': lat. *dūco* (arc. *abdouct*), gót. *tiuha*; **kleu-* 'oír': gót. *hliuþ* 'atención', ai. *śrotram* 'oído', toc. A *klots* 'oreja'; **eH*$^{u̯}_{3}$ 'oído': het. *eḫur* 'oído'; **leubhos* 'querido': gót. *liufs*, aesl. *l'ubъ* (*l* palatal, de *lj*).

OI: **oinos*, **oikos* 'uno': lat. arc. Ac. *oinom*, clas. *ūnus*, gr. οἰνή 'el uno en el juego de dados', gót. *ains*, air. *oen*, ai. *ékas*; **dhoigh* 'trabajo en barro': gr. τοῖχος, arm. *dēz* 'montón'; **loikʷós* 'restante': gr. λοιπός, lit. *ãtlaikas* 'resto', aesl. *otъ-lěkъ* 'íd.'.

OU: **loukos* 'lugar': lat. *lūcus* (arc. *loucom*), lit. *laũkas* 'campo', ai. *lókas* 'mundo'; **bhoudh-* 'despertarse': aesl. *buditi*, ai. caus. *bōdháyati*, gót. *bauþ* 'ordenó'.

AI: **aidh* 'quemar': gr. αἴθω, lat. *aedes* (arc. *aidem*), air. *aed* 'fuego', ai. *édhas* 'leña'.

AU: **aug* 'crecer': gr. αὔξω, lat. *augeo*, gót. *aukan*, lit. *augmuõ* 'crecimiento', ai. *ójas* 'fuerza', toc. A *ok* 'crecer'.

Naturalmente, pueden sumarse a estos ejemplos los dados en diversas ocasiones a propósito de las vocalizaciones *V-H*$^{u̯o}$, *V-H*$^{i̯o}$, *°H*$^{u̯o}$, *°H*$^{i̯o}$.

Uso morfológico: Los diptongos *eu/ou* y *ei/oi* procedentes de *V-H* se han usado en la Morfología absolutamente igual que *e/o*: marcan diferencias entre los distintos casos de la declinación y entre diversos temas nominales y verbales. Estos diptongos alternan también con Ø (es decir, respectivamente, *u* e *i*), que marca todavía otras categorías en oposición a las marcadas por los diptongos: por ejemplo, es frecuente que *-i* marque el L. frente al D., cuando se crea una oposición entre estos dos casos. En cuanto a *au*, *ai*, caen fuera de sistema, aunque a veces encubren uno de los otros diptongos tras laringal. Ocurre, en suma, igual que en el caso de las vocales, cf. *infra*. Los diptongos con *u*, *i* originarias sólo figuran, según hemos dicho, en la raíz;

en ella desempeñan iguales funciones morfológicas que los otros, siendo la única diferencia que no intervienen en sufijos ni desinencias. Hay una excepción: las formas con *i-*, *-u* de las raíces pronominal-adverbiales y las analógicas de éstas.

d) *Diptongos en -u, -i: diptongos largos*

9. En II.I.2.12 nos hemos explicado sobre la naturaleza y evolución de estos diptongos; y en nuestro tratamiento de las laringales hemos dejado claro, pensamos, que estos diptongos proceden de *V-HH*$^{\text{u̯o}}$ o *V-HH*$^{\text{i̯o}}$, así como que las formas con vocal breve que junto a ellos aparecen, procedentes de *V-H*, no son una evolución de los mismos, sino formas paralelas, alófonos libres en un primer momento. Pero hay también diptongos largos, posteriores a éstos, procedentes del alargamiento morfológico de la vocal.

Se trata, por tanto, de estudiar la evolución de los diptongos largos *ēi, ōi, āi, ēu, ōu, āu,* no, en absoluto, de las formas con vocal larga que aparecen junto a ellos. Se añade una segunda cosa: en posición final, que es donde de preferencia aparecen estos diptongos, existen tratamientos especiales, que merecen un estudio aparte. Nos ocupamos aquí, pues, solamente de los diptongos largos interiores o de aquellos finales cuya evolución es idéntica a la de los interiores. Pero también en esto existe problema: nuestro estudio de las laringales ha hecho ver claro que las formas con diptongo largo y breve son paralelas, unas con geminación de la *H* y otras sin ella.

Por tanto, no creemos que gr. βοῦς sea una abreviación de una forma correspondiente a ai. *gáus*: ésta sería una explicación posible, pero la forma βοϝός quedaría sin explicar. Ni siquiera es seguro que en gr. λύκοις haya que ver

una abreviación de una forma correspondiente a ai. *vṛkais*. Finalmente, diptongos largos morfológicos como el del aor. ai. *áraikṣam* no es seguro que hayan tenido una correspondencia en griego y que ἔλειψα suponga una abreviación de *ἔληιψα.

En resumen, resulta verosímil que algunos diptongos breves interiores provengan de abreviación de largos, tal en gr. ἔλειψα; pero es difícilmente demostrable cuándo en una lengua el resultado del diptongo breve y el del supuesto diptongo largo correspondiente son idénticos, siendo el timbre de la laringal el mismo. Incluso un *ou* junto a *eu* en una raíz con H_3 puede entenderse como *o-*H^{uo} (en vez de como abreviación de *ōu* < **eHH*^{uo}) y un *au* junto a *eu* en una raíz con H_2 puede entenderse como $^{o}H^{uo}$. La cuestión está sin estudiar desde este nuevo planteamiento. La abreviación es verosímil, con todo, cuando hay alternancia morfológica con formas en *-u̯, -i̯*: gr. βασιλεύς < -ηύς, cf. G. βασιλῆϝος.

Sin embargo, hay muy clara huella de diptongos largos en ai., donde se han conservado como tales diptongos, mientras que los breves se monoptongaban (cf. II.I.2.11): cf. por ejemplo *gáus* frente a *go-* en varias formas. Lo mismo es valedero para el lituano, donde hay una clase de verbos con diptongo que llevan acento rudo en vez del circunflejo de los diptongos breves: cf. por ejemplo *ráudmi* 'lloro' (pero cf. en ai. *róditi*). O sea, que, en suma, dado que los diptongos largos tienden a pasar a breves y que, de otra parte, hay una fluctuación alofónica entre unos y otros, es difícil determinar el antiguo diptongo largo más que en las lenguas en que lo marcan de una manera especial.

Quitando los raros diptongos largos de origen morfológico, los de laringal no tienen en principio uso morfológico especial: son, en definitiva, grados plenos. Pero pueden haberse especializado en una clase de verbos, como los del

lituano citados, o en determinadas desinencias casuales (D. de la 1.ª y 2.ª decl., por ejemplo) en algunas lenguas.

e) *Líquidas y nasales en función consonántica*

10. Tanto en protoindoeuropeo como en anatolio e indoeuropeo encontramos, salvo en las excepciones que se indicarán, conservación de las líquidas y nasales *m, n, l, r* en función consonántica: es decir, funcionando como elementos marginales de la sílaba, bien elementos marginales extremos (*S-V-* o *-V-S*), bien intermedios (*C-S-V* o *V-S-C*). Hay que hacer, sin embargo las siguientes observaciones:

a) En el grupo *C-S-V* hay un segundo tratamiento, el tratamiento disilábico, que funciona como un alófono libre del monosilábico: es decir, junto a *pro-* conservado, por ejemplo, hay *p°ro-*, como explicamos en II.I.4.18 y detallamos luego.

b) El grupo *V-S-C* funciona en algunas lenguas como un diptongo, teniendo un tratamiento especial (cf. II.I.2.9).

c) El grupo inicial de *i* o *u* seguido de líquida o nasal puede realizarse de dos maneras diferentes: o bien con *i̯* o *u̯* y vocalización de la líquida nasal, o bien inversamente. Por ejemplo, hay **u̯l̥kᵘ̯os* 'lobo' en ai. *vr̥kas*, etc., pero también **ulkᵘ̯os*, de donde **lukᵘ̯os*, cf. gr. λύκος, lat. *lupus*.

d) En los grupos consonánticos se producen alteraciones en las nasales: hay tendencia a que la *n* se haga *m* ante labial, la *m* se haga *n* ante *s* y dental; hay otras varias asimilaciones; y a veces, sobre todo ante *s*, pérdida de las mismas.

e) En ai. la *l* pasa a *r* en védico; en sánscrito a veces también, pero hay restos de la antigua distinción.

f) En gr., arm. y alb. hay prótesis vocálica opcional ante iniciales líquidas y nasales; en griego la prótesis es regular

ante *r-*. Los timbres pueden ser *a, e, o*; cf. el detalle en II.I.4.21.

11. *Ejemplos*: *L*: **leigh* 'lamer': gr. λείχω, lat. *lingo*, air. *ligim*, gót. *bi-laigon*, lit. *lëžiù*, aesl. *ližǫ*, arm. *lizem*, véd. *réhmi*, pero sánsc. *lehmi*.

R: **reg^{w}* 'oscuridad': gr. ἔρεβος, arm. *erek* 'tarde', gót. *riqis*; **rudhros* 'rojo': gr. ἐρυθρός, lat. *ruber*, gót. *rauþs*, air. *rūad*, lit. *raũdas*, aesl. *rъdrъ*; en final de neutros, cf. gr. ὕδωρ, het. *watar* 'agua'.

N: **nōmn̥* (y otros grados vocálicos) 'nombre': gr. ὄνομα, lat. *nōmen*, gót. *namō* (het. *la-a-ma-an* (con disimilación); **nebh* 'cielo, nube': gr. νέφος, lat. *nubis*, het. *nepiš* 'cielo'; **k^{o}n* 'cantar': lat. *cano*, air. *canim*, gót. *hana* 'gallo'.

M: *-mi*, des. de 1.ª sg.: gr. -μι, lat. *-m*, air. *-m*, gót. *-m*, arm. *-m*, lit. *-mi*, aesl. *-mь*, ai. *-mi*, toc. *-m*, het. *-mi*.

Uso morfológico: Aparte de su frecuente presencia en las raíces en las posiciones mencionadas, las líquidas y nasales desempeñan un importante papel en la Morfología indoeuropea:

a) En alargamientos de raíces se encuentra principalmente *-m* añadida a raíces terminadas en líquida (tipo *tr-em-* en lat. *tremo*).

b) En los sufijos nominales intervienen sobre todo *-r* y *-n* atemáticos, que dan origen a varios tipos de declinación; *-l* también en anatolio. Hay también sufijos temáticos *-lo, -ro, -mo, -no* y derivados. En los sufijos verbales interviene solamente *-n*, combinada principalmente con laringales: da varios tipos de temas, que en indoeuropeo funcionan como de presente.

c) Sólo *-m* ha pasado a ser desinencia nominal, de Ac. sg. y G. pl. En el verbo funciona como des. de 1.ª sg. y,

con una ampliación, de 1.ª pl. Pero aquí también existe una des. *-r*, con valores impersonal, de 3.ª pl. y medio, cf. IV. III.6.1; y *-n* ampliada con *-t*, en 3.ª pl.

f) *Líquidas y nasales en función vocálica*

12. Nos referimos al grupo *C-S-C* y a los *S-C* u *C-S* de que nos hemos ocupado en II.I.2.17. Prescindimos de los casos marginales estudiados en II.I.2.24, en los cuales el timbre o la colocación de la vocal son diferentes de los que tendieron a imponerse en las regularizaciones finales de cada lengua, preservando así huellas del camino recorrido en la evolución. En el cuadro de abajo sólo se indican fluctuaciones entre soluciones diversas cuando son tan grandes que no puede hablarse propiamente de regularización. El símbolo *r̥* equivale tanto a *°r* como a *r°*; e igual *l̥*, *n̥*, *m̥*.

Pide.	Gr.	Lat.	Air.	Gót.	Arm.	Lit.	Aesl.	Ai.	Toc.	Het.
l̥	αλ, ολ	*ol*	*la, ri*	*ul*	*al*	*il̃, ul̃*	*lь, lъ*	*r̥*	*äl*	*al, ul*
r̥	αρ, ορ	*or*	*ra, ri*	*aúr*	*ar*	*ir̃, ur̃*	*rь, rъ*	*r̥*	*är*	*ar, ur*
n̥	α, ο	*en*	*an, in, ē*	*un*	*an*	*iñ, uñ*	*ę, ъ*	*a*	*a, en, ān*	*an, un*
m̥	α, ο	*em*	*am, im, ē*	*um*	*am*	*im̃, um̃*	*ę, ъ*	*a*	*a, em*	*am, um*

Observaciones: Las ολ, ορ del griego se refieren a los dialectos eolios, al arcadio-chipriota y el micénico, aunque también en ellos hay αλ, αρ; en todos hay formas *S-V* en vez de *V-S*. La forma ο alterna con α en micénico, esporádicamente en otros dialectos. Latín *ol* aparece casi siempre como *ul* en clásico. Los derivados del air. dependen de

los fonemas que siguen (así de *n̥*, *an* ante vocales y *m*; *en* ante ocl. sonoras; *é* ante *t, k, s*). Gót. *aúr* viene de *ur* (en el resto del germ. *or*). En lit., aesl., toc. y het. no hay condicionamientos regulares de los tratamientos fluctuantes. Llamamos la atención sobre av. *ərə* de *l̥*, *r̥* con doble vocalización (cf. II.I.2.17).

Ejemplos: *L̥*: **u̯l̥kᵘ̯os* 'lobo': gót. *wulfs*, arm. *gail*, lit. *vil̃kas*, aesl. *vlъkъ*, ai. *vr̥kas*; **ml̥g* 'ordeñar': lat. *mulgeo*, air. *mlicht* 'leche'; **ml̥du* 'blando': lat. *mollis*, gr. ἀμαλδύνω, ai. *mr̥dús*.

R̥: **pr̥k* 'pedir': lat. *posco* < **porcsco*, aaa. *forscon* 'preguntar', arm. *harci* 'he preguntado', lit. *pir̃šti* 'pedir en matrimonio', ai. *pr̥cchati*; **kr̥d* 'corazón': gr. καρδία (chip. κόρζα), lat. *cor*, air. *cride*, aesl. *srъdьce*, het. G. *kardiyaš*; **bhr̥gh* 'alto': celta de Esp. *-briga* 'ciudad', gót. *baúrgs*, toc. A *pärkär* 'largo', ai. *br̥hánt-* 'alto'; **r̥nu-* 'moverse': ai. *r̥nóti*, het. *arnuzzi* 'llevar', pero het. *ur* en *andurza* 'dentro' (y tras gut. y *Hᵘ̯*).

N̥: **mn̥tis* 'mente': lat. *mens*, gót. *gamunds* 'recuerdo', lit. *at-mintìs*, aesl. *pa-mętь*; **n̥-* part. negativa: lat. *in-* (por evolución interna), gót. *un-*, toc. ai. *a-*; **bhn̥ghús* 'grueso': gr. παχύς, ai. *bahús*, het. *pankuš* 'grande' (pero Ac. pl. de los pronombres *-n̥s* > *-us*).

M̥: **km̥tom* 'ciento': lat. *centum*, gr. ἑκατόν (arc. ἑκοτόν), air. *cet* (galo *cant*), gót. *hund*, lit. *šim̃tas*, aesl. *sъto*, ai. *śatám*; *-m̥*, des. 1.ª sg.º sec.: gr. -α, het. *-un*.

g) *Líquidas y nasales en tratamiento disilábico C-S-V*

13. En II.I.4.18 está ya dicho lo esencial sobre este tratamiento. Aparece junto al consonántico en todas las len-

guas; a veces hay fijaciones dobles en una misma raíz, fijándose un sentido diferente en cada forma: así en gr. πάρος/πρός.

Ide.	Gr.	Lat.	Air.	Gót.	Arm.	Lit.	Aesl.	Ai.
°l	αλ	*al*	*al*	*ul*	*al*	*il, ul*	*ьl, ъl*	*il, ul*
°r	αρ	*ar*	*ar*	*aúr*	*ar*	*ir, ur*	*ьr, ъr*	*ir, ur*
°n	αν	*an*	*an*	*un*	*an*	*in, un*	*ьn, ъn*	*an*
°m	αμ	*am*	*am*	*um*	*am*	*im, um*	*ьm, ъm*	*am*

Observaciones: Las evoluciones mencionadas se dan no sólo ante vocal, sino también ante *i̯, u̯*; y, a veces, en posición final de palabra, por generalización de la solución ante palabra que comienza por vocal.

El condicionamiento de las dobles formas del lit., aesl. y ai. no es completamente regular, pero tiene relación con el timbre de la consonante precedente, cf. II.I.2.25. En lat. hay a veces *in, im* por *an, am,* debido a evoluciones fonéticas propiamente latinas: así en *sine* < **s°ni,* cf. air. *sain.*

No hay material suficientemente claro para establecer los tratamientos del tocario y hetita. Deben corresponder a los mismos timbres del caso anterior: cf. het. *andurrivaš, anturi-* junto al adv. *andurza* citado más arriba.

Ejemplos: *°L*: gr. βαλεῖν, lit. *gulëti* 'estar echado'; gr. παλύνω, lit. *pilù* 'arrojar', lat. *palea.*

°R: gr. πάρος, air. *ar* 'delante', aaa. *furisto* 'príncipe', ai. *purás* 'delante'; arm. G. *sarov* 'altura', ai. *śíras-* 'cabeza'.

°N: gr. μαίνεται, air. *-mainethar* 'piensa', gót. *munan* 'pensar', lit. *minëti,* aesl. *mьněti* 'íd.', ai. *mányate* 'íd.'; lat. *manēre* junto al grado P de gr. μένω.

°M: gr. ἅμα, air. *samail* 'igualdad', lat. *similis* (por *sam-*), ai. *samānas.*

De aquí posiblemente el Ac. sg. atemático en *-am* y la 1.ª sg. sec. atem. del ai, por generalización del uso antevocálico (si no viene de *-om*).

h) *Líquidas y nasales en función vocálica seguidas de laringal*

14. La particularidad de estos grupos es, según hemos podido ver (cf. II.I.4.27), que si bien en ocasiones su tratamiento es idéntico al de las líquidas y nasales vocálicas no seguidas de laringal (sin duda por caída temprana de ésta), en otras han tenido doble vocalización; y, en segundo lugar, en caso de doble vocalización podía haber una desaparición de una de las vocales de apoyo, mientras que la otra sufría un alargamiento compensatorio. Esquemáticamente:

a) Solución con vocalización simple: es la misma del cuadro de II.II.6.12; en germ. se da timbre *a* además de *u*. Se encuentra esporádicamente en todas partes, salvo generalización de la solución *c*) (en ai. y lit.). Pero a veces puede tratarse de abreviaciones secundarias de la solución *c*), así en gran parte de las lenguas eslavas. En arm. y germ., en cambio, parece ser ésta la única solución.

b) Solución con doble vocalización. Allí donde aparece es normal el tipo *ara*, pero también se dan *aru*, *ari* (en principio, de $^{o}rH^{u̯o}$, $^{o}rH^{i̯o}$ y no de $^{o}r^{o}H$: propiamente se trata de un caso distinto, en het. hay *alḫi*). A veces este tratamiento es difícil de distinguir del anterior por causa de accidentes fonéticos secundarios: así en lat., por causa de la síncopa.

c) Doble vocalización seguida de alargamiento. Tenemos testimoniados resultados del tipo *rā* en gr., air., lat.; del tipo *īr*, *ūr* directamente en ai. e indirectamente en báltico

y en algunas lenguas eslavas (pero de *n̥H, m̥H* hay *ā* en ai.). Concretamente, bajo el acento en lit. hay una antigua acentuación ascendente que se ha hecho descendente: todo ello testimonio de una antigua larga y comparable por lo demás con rus. *oró* (cf. 15). La larga prueba a su vez, en definitiva, la vocalización doble y alargamiento compensatorio. El servo-croata análogamente conserva un tipo *ȑ* < *rH,* con acento convertido en breve descendente.

Hay que añadir que en las lenguas en que hay un resultado de tipo *rā* suelen darse también formas analógicas de tipo *rō, rē,* por el influjo de los grados plenos.

d) Caso en que hay resto del Apéndice ante vocal. No es una solución realmente nueva, pero conviene señalar que de un grupo $S\text{-}H^{\text{u̯}}$ o $S\text{-}H^{\text{i̯}}$ ante las vocales *e* y *o* puede darse el resultado de la vocalización de la sonante seguido de *u̯* o *i̯*. Y como ese resultado puede ser con simple vocalización o con vocalización doble, tenemos:

α) Con vocalización simple: los resultados ya conocidos del cuadro seguidos de *u̯* o *i̯*.

β) Con vocalización doble: podemos encontrar el tipo normal *arau̯, arai̯,* o el con alargamiento: en este caso habrá *rāu, rāi* en gr., lat., air. (y formas analógicas con *ō, ē*), *īrv, ūrv* e *īry, ūry* en ai., *ùry,* etc. en lit.

15. *Ejemplos*: Soluciones *a*). En griego hay μαλκόν junto a μαλακόν, ταρχή junto a ταραχή; τέθνᾰμεν, τέτλᾰθι, etcétera. En het. pueden compararse formas como *par-ḫa-an-zi, tar-na-a-i* (y *tar-aḫ-zi* si realmente debe leerse *tarḫzi*); según decíamos arriba, formas como *palḫiš* 'ancho' y *dalugaeš* 'largo' son de este tipo. En otras lenguas podemos citar formas como air. *ard* 'alto' (cf. galo *Arduenna*), lat. *arduus* de **r̥H* (cf. ai. *ūrdhvás*); lat. *armus,* gót. *arms,* arm. *armunk* 'codo' (cf. ai. *īrmás*); lat. *palma* (cf. gr. παλάμη); lat. *anta*

(cf. ai. *ā̆tā*). Sin embargo, las formas latinas pueden proceder de síncopa.

En germ. y lenguas eslavas hallamos soluciones idénticas a las de *r̥*, etc.: de **pl̥Hnós* cf. gót. *fulls*, aesl. *plъnъ*.

Soluciones *b*). Las encontramos frecuentemente en gr.: ταραχή, θάνατος, βάραθρον, ταλα-, etc.; a veces con las soluciones de tipo αρ y ρᾱ al lado. En lat. se encuentran algunos ejemplos como *anas* (cf. ai. *ātís*), *calamus*, y también los hay en germ.: aaa. *halan* 'caña' (cf. *calamus*, gr. καλάμη), as. *wanam* 'hermoso' (al lado de *wanum* y de ai. *vānás*); en air.: *arathar* 'arado'; en het.: *damašzi* (cf. gr. ἐδάμασσα).

En ruso hallamos *oró* < *ara*, con entonación ascendente: *solóma* 'paja', cf. lat. *calamus*, gr. καλάμη.

En ai. se ha generalizado el tipo *ari*, como era de esperar: *damitár-* 'domador' y en av. hay *arə* (*arəma* 'hombro'); en gr. hay αρο, αρε analógicos, como hay ο, ε al lado de α (cf. II.II.2.16): así hay ἄρατρον/ἄροτρον. Así como en ocasiones la segunda vocal es *u*, *i* de resultas de una vocalización *H*ᵘ°, *H*ⁱ°, la primera puede ser también *u* por efecto de una labiovelar precedente: ai. *gurús* junto a gr. βαρύς.

16. Soluciones *c*). Las encontramos en todas partes, salvo en anatolio y en germánico. En gr. es normal hallar θρᾱ́σσω junto a ταράσσω, θνᾱτός junto a θάνατος, τλᾱ- junto a ταλα-; en lat. hay *lāna* (ai. *ūr̥ṇā*), *gnātus grātus* (lit. *gìrti*); en air. hay *lān* 'lleno' (ai. *pūr̥ṇás*), en galo *Cintu-gnātus*. Al lado de estas formas encontramos en ai. otras correspondientes: *ā* de las nasales (cf. *ātís* citado arriba, junto a gr. beoc. νᾱσσα), *īr*, *ūr* de las líquidas en ejemplos como *īrmás*, *pūr̥ṇás*, *ūr̥ṇā* citados arriba y otros como *stīr̥ṇás* junto a lat. *strātus*. El ai., evidentemente, ha alargado la primera

vocal, no la segunda; y en el caso de líquida ha generalizado los timbres *i, u*.

Esto es lo que se supone que sucedió en el balto-eslavo más antiguo, aunque para una gran parte de las lenguas eslavas faltan los datos. En lit. la acentuación es del tipo *vìlnos*, descendente, que procede de una antigua ascendente (que se mantiene en formas paralelas del letón, cf. por ejemplo lit. *žìrnis*, let. *zir̃nis* 'guisante' junto a ai. *jīrṇás* 'machacado', lat. *grānum*, gót. *kaúrn*, aesl. *zrъno*): en suma, hay que admitir una antigua vocal larga. También en servocroata, a juzgar por la acentuación de tipo *zȑno* 'grano', *gȑlo* 'garganta' (cf. ai. *gīrṇás* 'tragado', gr. βάραθρον). Por otra parte, formas del tipo letón *sal̃ms* (junto a rus. *solóma*, lat. *calamus* citados) o lit. *ántis* (cf. lat. *anas* cit.) proceden probablemente de *°l°H, °n°H*, es decir, hay doble vocalización y alargamiento, sólo que la primera vocal es de timbre *a*; el acento ascendente (hecho luego en lit. descendente) muestra que ha habido alargamiento. Aunque puede tratarse quizá de un grado *o*, las formas eslavas correspondientes, como aesl. *strana* 'comarca', no prueban nada, pues *or-C* da *rā* tras un desarrollo de una vocal de apoyo aun en el caso de que no siga *H*.

Las formas de tipo *rā*, según decíamos, tienen al lado otras analógicas *rē, rō*. Cf., por ejemplo, al lado de air. *lān* de **pḷHnós*, lat. *plēnus*, de *plēui*; gr. γνωτός, lat. *gnōtus* sobre ἔγνων, *gnōui*; gr. -γνητος al lado de lat. *gnātus* sobre γενήσομαι, ἐγενήθην; etc.

Es importante observar que el grupo de fonemas que hemos estudiado raramente ha alcanzado una regularidad de tratamiento: el germánico y ciertas lenguas eslavas son los casos que más se han aproximado a esto, sin duda por caída temprana de la *H*. Pero se trata simplemente de una cuestión de grado, que arroja luz sobre los demás trata-

mientos de las sonantes: también la vocalización *C-S-C* hemos visto que, si bien tiene mayor regularidad, nunca la posee completa y sólo ha llegado a un cierto grado de ella tras largos y complicados procesos.

Soluciones *d*). Las de vocalización simple son del tipo de lat. *fuluus* de *bhelH$^{u̯}_{3}$, av. *zaurvan-* 'vejez' de *gerH$^{u̯}_{3}$, lit. *mul̃vas* 'rojizo', lat. *malua* de *melH$^{u̯}$; también aesl. *prъvъ* 'primero'. Las de vocalización doble, del tipo ya citado aaa. *marawi* y *muruwi* 'blando' y seguramente del lat. *aruum, curuus, saluus,* con síncopa; cf. en gr. ταλαϜός. Con alargamiento son fáciles formas como ai. *dū́rvā* 'hijo' de *dherH$^{u̯}_{3}$, *mū́rvā* 'malva' de *melH$^{u̯}$, *pū́rvas* 'primero' de *perH$^{u̯}_{3}$, lit. *gìrė* < *-i̯o* 'bosque', de *g$^{u̯}$erH$^{i̯}$. Pero las formas de tipo *rāu, rāi* son difíciles, por el problema de distinguirlas de las de grado pleno: es el mismo problema que se presenta para *rā*. Así lat. *flāuus,* aesl. *pravъ,* de raíces que acabamos de citar, pueden ser formas con r̥H$^{u̯}$, l̥H$^{u̯}$ o bien con reH$^{u̯}$, leH$^{u̯}$.

i) *Líquidas y nasales en los diptongos*

17. Sólo en báltico, eslavo y en un hecho de la acentuación griega queda testimonio de un tratamiento especial, comparable al de los diptongos con *-i, -u,* de los grupos *V-S-C*: cf. *supra,* II.I.2.9. Es evidente que en las demás lenguas esta pronunciación del grupo a manera de diptongo, como si vocal y sonante fueran un fonema que cambiara de características en el curso de su emisión, ha desaparecido en un momento dado: la vocal y la sonante son tratadas aisladamente, según las reglas propias de las vocales y las sonantes consonánticas. No es preciso, pues, dedicar una atención especial a este caso.

En griego, como decíamos, en un detalle de acentuación del texto homérico a que hace referencia el gramático Herodiano encontramos sin embargo una huella del antiguo estado de cosas; huella confirmada por el báltico y eslavo.

Se trata de ciertas acentuaciones del tipo Ξάνθέ τε, idénticas a εἶτά τε. En realidad, no se esperaría el acento de enclisis, propio sólo de grupos de enclisis con la primera palabra properispómena como εἶτά τε o bien con la primera proparoxítona como ἄνθρωπός τε: es decir, de grupos en que delante de la enclítica hay una palabra tónica cuyo acento está a un mínimo de tres moras de distancia del final: pues el circunflejo es ascendente (agudo) en la primera mora de una sílaba larga.

Esto quiere decir, simplemente, que la sílaba *V-S* funciona a efectos de acentuación como una vocal larga; dicho de otro modo, la acentuación a que hacemos referencia hace que deba ser interpretada como un diptongo.

Ahora bien, no es de esperar que la articulación de los «diptongos» *er*, etc. fuera idéntica a la de los *ei*, etc. de la misma manera que las sonantes *l*, *r*, *n*, *m* no se realizaban como vocales igual que *i̯*, *u̯*. Los comportamientos del báltico y eslavo de que hablamos a continuación sugieren que en realidad la *l*, *r*, *n*, *m* segundo elemento de diptongo, en vez de abrirse como la *i̯*, *u̯*, aceptaban una vocal de apoyo intermedia entre sonante y consonante.

Envuelta entre la vocal precedente y la vocal de apoyo siguiente, la sonante formaba con ellas un conjunto diferente al de vocal y sonante en el grupo *V-S-V*.

En báltico hemos visto precisamente que el grupo *V-S-C* admitía dos tipos de acentuación:

a) Si el grupo proviene de *orH-C* o *r̥HC*, las acentuaciones son del tipo lit. *ár*, let. *ãr* < *ar̃* (ruso *oró*, s.-cr. *rȁ*) o, en el segundo caso, lit. *ìr*, let. *ir̃* (ruso *oró*, s.-cr. *ȑ*). Todo

indica que entre la sonante y la consonante se ha desarrollado, como decimos, una vocal de apoyo, de donde la acentuación ascendente (luego convertida en descendente en lit. y s.-cr.). Y el grupo *V-S* continúa comportándose como un diptongo a efectos de acentuación.

b) Si el grupo proviene de *or-C*, las acentuaciones son del tipo lit. *ar̃*, let. *òr* (ruso *óro*, s.-cr. *râ*). Es decir, se trata de una acentuación descendente (hecha ascendente secundariamente en lituano). Lo mismo en el tipo *r̥-C* (lit. *ir̃*, s.-cr. *ȓ*).

18. La acentuación originalmente ascendente, equivalente al circunflejo griego, en los diptongos procedentes de *orH-C*, *r̥H-C* se explica, como decimos, por estar la sonante envuelta en cierto modo dentro de la vocal, formar en realidad parte de ella. Pero hay que advertir que la otra acentuación, la originalmente descendente en el caso en que no hay *H*, no excluye que en un momento dado haya habido también una vocal de apoyo: el ruso testimonia que la ha habido y en realidad todo el eslavo también, como veremos a continuación. Lo que ha ocurrido es, sin duda, que se trata de un fenómeno que se ha producido escalonadamente en dos etapas. Efectivamente, el desarrollo de una vocal de apoyo entre sonante y laringal, con subsiguiente alargamiento, en uno de los dos tratamientos posibles, de la primera, hemos visto que era un fenómeno de fecha indoeuropea. En cambio, para el grupo *V-S-C* hemos de admitir la vocalización en fecha ya baltoeslava procedente de una tendencia, que culminó en eslavo, a crear sílabas abiertas. En este momento hay posibilidad de tres soluciones:

a) *ór*^{o}*-C* > *ṓr-C*, luego abreviada: es la solución del báltico. La antigua larga está testimoniada por el acento citado, propio sólo de largas.

b) *ór*^{o}*-C* > *óro*: es la solución del ruso.

c) *ór°-C* > *rṓ*: es la solución de otros dialectos eslavos.

Por tanto, hay que admitir que la coincidencia del griego con el báltico cuando presenta en los grupos *V-S-C* una acentuación ascendente propia de vocales largas (el circunflejo) es una simple coincidencia, resultado ciertamente de una misma tendencia a desarrollar las vocales de apoyo referidas. Pero tenemos que concluir que el tratamiento como diptongos de los grupos *V-S-C* no es de fecha indoeuropea, sino posterior.

19. Los tratamientos del eslavo no son ni siquiera de fecha eslava común, como se ve por la discrepancia del ruso. No sólo esto, sino que hay discrepancias entre las demás lenguas: la mayor parte de ellas hace *or°-C* > *rō-C*, *er°-C* > *rē-C* en fecha antigua, de donde una solución *ra* para los antiguos grupos *or-C* y *ar-C*; y una solución *rě* para *er-C*. Éste es, por ejemplo, el comportamiento del aesl. Pero en polaco el alargamiento compensatorio fue de fecha más reciente, de donde los resultados *ro*, *rze* (*lo*, *le*). Por otra parte, no hay coincidencia exacta con los tratamientos del grupo *rH-C*, lo cual demuestra su fecha diferente: cf. lit. *árti* 'arar', aesl. *ralo*, arus. *rálo*: la solución *rō*, con alargamiento compensatorio antiguo, es aquí propia de todas las lenguas. En cuanto al tratamiento posterior sin *H*, cf. por ejemplo gót. *gards* 'casa' y lit. *gar̃das*, aesl. *gradъ*, pol. *gród*, rus. *górod*; gót. *haírtō* 'corazón' y aesl. *srěda* 'miércoles' (el centro de la semana), ruso *seredá*.

Hay que añadir, por lo que se refiere a los diptongos con nasal, que no hay diferencia de tratamiento, en lo que al acento se refiere, en báltico ni en aquellas lenguas eslavas en las que el acento se conoce y continúa siendo significativo a este respecto. Pero a ello hay que añadir diversas evoluciones que hacen desaparecer la sonante incluso en el

caso de vocalización de *n̥, m̥*: en unos casos hay vocales nasalizadas, en otros ya simplemente vocales, perdida la nasalización: con ello se anula, en definitiva, el diptongo. Cf. por ejemplo junto a lat. *pons*, aesl. *pǫtь* 'camino', junto a gr. γόμφος, aesl. *zǫbъ* 'diente'.

20. No puede hablarse, o al menos no tenemos datos para ello, de diptongos con vocal larga. Los grupos vocal larga + *C* proceden, o bien de *V-H-C*, o bien de un alargamiento morfológico de la vocal, por ejemplo, en aoristos sigmáticos (ai. *ákṣārṣam*). No son paralelos, pues, a los diptongos largos con *-i, -u*, procedentes de *V-H*$^{u̯}$, *V-H*$^{i̯}$ > *VH-H*$^{u̯o}$, *VH-H*$^{i̯o}$.

Su evolución en interior de palabra es un fenómeno propio de las diferentes lenguas, que no tenemos por qué tratar aquí: hay una tendencia a la abreviación en todas partes. En cuanto a la evolución en posición final, donde sí hay al menos tendencias que remontan a época antigua, nos ocuparemos de ella al hablar de los tratamientos en final en general.

7. LAS VOCALES

1. Nos ocupamos a continuación, finalmente, de los tratamientos de las vocales indoeuropeas; dejamos aparte las del hetita, de cuya confusión de *a* y *o* en *a* (fonética o gráfica), y cuya vacilación en presentar o no la laringal al lado de la vocal, así como en lo relativo a la cantidad, ya hemos hablado; pero nos reservamos el dar algunos datos cuando interese. Para las vocales *i, u, ī, ū* remitimos a II.II.6.5.

Las seis vocales indoeuropeas tienen, según lo que hemos estudiado hasta aquí, los siguientes orígenes:

ĕ: puede proceder de *e* protoindoeuropea; de H_1e/o; de la vocalización de las sonantes, incluida la prótesis

vocálica; de la vocalización de las laringales, aunque raramente (cf. II.II.2.15 sobre la ε del gr., II.II.2.18 sobre *e* < $H^{u̯/i̯o}$ ante *-s*).

ŏ: puede proceder de una *o* protoindoeuropea; de H_3e/o; de la vocalización de las sonantes; raramente, de la de las laringales (en gr., cf. II.II.2.16).

ă: puede proceder de la *a* del sistema expresivo protoindoeuropeo; de H_2e/o; de vocalizaciones de las sonantes y laringales y aun vocalizaciones interconsonánticas.

ē: puede proceder de *e* protoindoeuropea, por fonologización de alargamientos expresivos (por ej., en los pronombres, cf. II.II.4.3); lo mismo, pero en contextos claramente morfológicos, para convertirse en marca de los mismos; de e/oH_1.

ō: los mismos orígenes a partir de *o*; de e/oH_3.

ā: de *a* expresiva protoindoeuropea, por fonologización; de e/oH_2.

Claro está, sólo puede ejemplificarse con casos en que las vocales punto de partida son idénticas: es decir, no con algunos en que la vocalización de la *H* o las demás sonantes es diferente en las distintas lenguas o en que la fonologización como breves o largas de las antiguas vocales indiferentes se realiza variamente en las distintas lenguas. Hechas estas advertencias, puede darse el cuadro de correspondencias:

Pide.	Gr.	Lat.	Air.	Gót.	Arm.	Lit.	Aesl.	Ai.	Toc.
ĕ	ε	*e*	*e*	*i*	*e*	*e*	*e*	*a*	*e, a, ä, ā*
ŏ	ο	*o*	*o*	*a*	*o*	*o*	*o*	*a*	*o/au, a*
ă	α	*a*	*a*	*a*	*a*	*a*	*o*	*a*	*a, ä, ā*
ē	η	*ē*	*ī*	*ē*	*i*	*ė*	*ě*	*ā*	*ā, a*
ō	ω	*ō*	*ā*	*ō*	*u*	*uo, o*	*a*	*ā*	*ā, a*
ā	ᾱ	*ā*	*ā*	*ō*	*a*	*o*	*a*	*ā*	*ā, a, o/au*

2. *Observaciones*: El cuadro precedente sólo recoge los tratamientos principales. En gr. y ai. los tratamientos generales del grupo son muy estables; en aesl. y en parte en lit. hay en sílaba final diferencias respecto a los tratamientos del cuadro y también hay ciertas variantes tras *i*. Aparte de esto, dentro del grupo báltico existen divergencias en cuanto a los tratamientos de *ō, ā*; cf. algunos detalles en II.I.3.5. La solución *o* de la *ŏ, ă* indoeuropeas es secundaria: antes ha habido *a*, como se ve por préstamos en griego y latín (gr. Σκλαβηνοί, lat. *Sclavi* de *Slověne* 'eslavos').

En lat., air., gót., arm. los tratamientos se refieren principalmente a la sílaba tónica. En otras sílabas hay grandes diferencias, resultantes del cambio de timbre y aun síncopa de las breves en contacto con determinados fonemas y de la abreviación de las largas (con cambio de timbre, incluso).

Al hablar de los tratamientos de sílaba final daremos algunos datos, pero no se trata solamente de la sílaba final. Para el germánico hay que hacer notar, de todos modos, que la solución *i* del gótico (*ai, aú* ante *r, h*) para la *e* no es general: en el resto del germánico esta evolución sólo tuvo lugar en ciertos contextos. Entre los fenómenos más frecuentes está la metafonía del germánico (ante *i̯* y *u̯*: afecta a *a, ā, ō, u* y los diptongos con *u*), la apofonía del latín (tipo *facio/perficio/perfectus* y otros), el completo cambio de timbre (y a veces síncopa) de las vocales en sílaba interior en air. según las consonantes en contacto. En estas lenguas es un acento intenso inicial el que ha provocado todos estos fenómenos.

La evolución de las vocales en tocario es sumamente confusa. Cuando hay dos resultados separados por / se refieren al toc. A y B, respectivamente; otras veces *a* es un alargamiento secundario bajo el acento y *ä* una debilitación fuera

de él, pero todavía otras el detalle está mal elucidado. Entre las evoluciones posteriores más importantes se cuenta el paso de ᾱ a η en griego (jónico-ático); el paso de *ē* a *ā* y de *ō* a *uo* en aaa.

Para las líneas generales de la evolución del sistema, remitimos a nuestra exposición de II.I.3.5 ss.

Ejemplos: *E*: **dekm̥* 'diez': gr. δέκα, lat. *decem*, air. *deich*ⁿ, gót. *taihun*, lit. *dešimt*, aesl. *desętь*, ai. *dáśa*; **u̯ekᵘ̯* 'decir': gr. ϝέπος, ai. *vácas*, toc. B *wek* 'voz'; **ger* 'viejo': gr. γέρων, ai. *járant-*, arm. *cer*.

O: **oktō*, **oktōu* 'ocho': gr. ὀκτώ, lat. *octo*, air. *ocht*, gót. *ahtau*, lit. *aštuonì*, aesl. *osmь*, toc. B *okt*, ai. *aśtau*; **osdos* 'rama': gr. ὄζος, gót. *asts*, arm. *ost*.

A: **ag-* 'llevar': gr. ἄγω, lat. *ago*, air. *as·aig*, an. *aka*, ai. *ájati*; **kap* (< **kᵒp*) 'coger': gr. κάπτω, lat. *capio*, gót. *hafjan*, let. *kàmpiu*, alb. *kap*; **ak-* 'punta': gr. ἄκρος, arm. *aseln* 'aguja'.

Ē: **dhē* 'hacer, poner': gr. ἔθηκα, lat. *fēci*, gót. *gadēþs* 'hecho', lit. *dëti*, aesl. *děti*, ai. *dádhāti*, toc. A B *ta*(*s*) 'colocar'; **kert-* 'corazón': gót. *hairtō*, gr. κῆρ, arm. *sirt*; **sē-* 'sembrar': lat. *sēmen*, gót. *mana-sēþs* 'humanidad', air. *sīl* 'semilla', lit. *sëmens* (pl.) 'siembra', aesl. *sěmę* 'semilla'.

O: **dō-* 'dar': gr. δῶρον, lat. *dōnum*, air. *dān*, lit. *duõnis*, aesl. *danъ*, *darъ*, ai. *dānam*; **ōd* 'comida': gr. ἐδωδή, arm. *utem* 'yo como'; **mōl* 'esfuerzo': gr. μῶλος, toc. A *māski* 'penoso'.

Ā: *mā̆tēr* 'madre': gr. μάτηρ, lat. *māter*, air. *māthir*, aing. *mōdor*, lit. *mótė* 'esposa, mujer', aesl. *mati*, toc. *mācar*; **bhrā̆tēr*, *-ōr* 'hermano': gr. φράτηρ 'miembro de la fratría', lat. *frāter*, air. *brāthir*, gót. *brōþar*, arm. *elbàir*, lit. *broterẽlis*, aesl. *bratrъ*, ai. *bhrā̆tā*.

3. *Uso morfológico*: Ya hemos hecho alusión en repetidas ocasiones a que las vocales *ĕ, ŏ, ē, ō*, que con frecuencia son simples fonemas con valor puramente distintivo, en otras ocasiones tienen valor morfológico igual que los morfemas que se añaden a la raíz e igual que determinados acentos: son propiamente morfemas, sin dejar por eso de ser fonemas. Pero no sólo las vocales mencionadas, sino también su ausencia, es decir, lo que llamamos grado Ø, cobra así, por oposición, un valor morfológico. En los capítulos de Morfología expondremos el proceso: cómo vocales que eran fonemas puramente distintivos pasaron a cobrar este segundo valor; cómo se crearon otras, las largas, al tiempo que determinadas categorías y funciones que así quedan determinadas; y el origen de la función morfológica del grado Ø.

Aquí no hacemos más que señalar el hecho y hacer ver cómo dentro de los fonemas las vocales *ĕ, ŏ, ē, ō* se colocan en una situación especial. Y no sólo ellos, puesto que el grado Ø, siempre de origen morfológico, implica alófonos especiales de las sonantes, alófonos que luego tuvieron evoluciones fonéticas especiales. Así, tanto las vocales como las sonantes han quedado ligadas a la Morfología, que, gracias a la presencia o ausencia de determinados fonemas o alófonos de los mismos, fonemas siempre vocálicos o sonánticos, encuentra marcas adicionales (a veces autosuficientes, otras veces redundantes) para sus categorías y funciones; inversamente, es claro que hay un condicionamiento morfológico en el nacimiento de determinadas vocales o alófonos de sonantes.

Este entrecruzamiento de Fonología y Morfología es totalmente característico del indoeuropeo. En buena medida procede del protoindoeuropeo, pero sólo en el indoeuropeo posterior nacen las largas morfológicas, sólo en él alcanza

pleno desarrollo el sistema que opone los grados *e/o/Ø* y sólo en él se generaliza la vocalización de las sonantes líquidas y nasales y comienza el proceso de escisión de las mismas en una vocal y una sonante. Por otra parte, el desarrollo de este proceso, más la tendencia a la pérdida de la cantidad como rasgo relevante en el sistema de las vocales, más los múltiples desarrollos de la flexión y aun de los recursos que acabaron un día por sustituirla (uso de preposiciones, de formas perifrásticas, etc.), todo esto favoreció una pérdida del uso morfológico de las alternancias vocálicas. En las lenguas indoeuropeas modernas sólo quedan restos del sistema, tales las alternancias de los verbos fuertes del germánico: gót. *greipan* / *graip* / *gripum* 'coger / cogí / cogimos', equivalente al tipo gr. λείπω / λέλοιπα / *λέλιπμεν (cf. ai. *cakr̥mé,* pl. del perfecto), representa todavía un modelo aproximadamente conservado en los verbos fuertes del inglés y el alemán; cf. por ej. ingl. *sing* / *sang* / *sung* 'cantar / canté / cantado', con **en* / **on* / **n̥.*

En su desarrollo más completo, el sistema de las alternancias puede ejemplificarse del siguiente modo en el nombre 'padre':

Simple: N. **patḗr* (ai. **pitḗr*): gr. πατήρ, lat. *pater,* gót. *fadar,* ai. *pitā́.*
Ac. **patérm̥* (ai. **pitérᵊm*): gr. πατέρα, ai. *pitáram.*
G. **patrós*: gr. πατρός, lat. *patris.*

Compuesto: **-patōr*: gr. εὐπάτωρ.
Ac. **-pator-m̥*: gr. εὐπάτορα.

En un ejemplo como éste, figuran los cinco grados vocálicos con función morfológica. Pero lo más frecuente es *ĕ/ŏ/Ø*, provocando el *Ø* la vocalización de sonantes o incluso

de consonantes: tipos *ei/oi/i, em/om/m̥, e/o/°*, etc. El uso morfológico de *ē, ō* es bastante reducido, cf. VI.5.2.3.

4. La combinación *V-H* produce vocales largas cuyo timbre es en principio el de la laringal. De ahí series alternantes *ē/ă, ō/ă, ā/ă* en las que las vocales largas equivalen indistintamente a los grados *ĕ* u *ŏ* y la *ă* al ∅. Esto introduce confusión; confusión, por otra parte, idéntica a la que crean series con *ă-* procedente de H_2*e/o*. Hay ciertas tendencias a aclarar o regularizar al menos estas correspondencias mediante soluciones analógicas: *ŏ-* en vez de *ă-* (cf. II.II.2.1), *ō* en vez de *ā* igualmente (cf. II.II.2.11), vocal breve de igual timbre que la larga (en griego, cf. II.II.2.16): pero en total el panorama resulta confuso, pues al lado de vocales breves de timbre característico tenemos vocales largas de timbre no característico; al lado de ∅, *ă*. Las soluciones tipo *rā* de *r̥H*, alternando libremente con *ar, ara*, tampoco resultan como grados ∅ frente a los plenos *rē, rō*: tanto es así, que tienden a igualarse ambos grados, coincidiendo en *rē, rō*, con lo cual en realidad se prescinde del sistema de alternancias.

Así, las largas procedentes de *V-H*, después de haber suministrado el modelo para la creación de las largas morfológicas, permanecieron como un cuerpo extraño desde el punto de vista morfológico, en el que pertenecían a pequeños subsistemas anómalos: fueron una de las razones por las que el sistema de los cinco grados vocálicos no llegó a triunfar.

Por lo demás, es un sistema poco claro también desde otros aspectos. Las vocales largas morfológicas, con algunas excepciones (como su uso en N. pl.), tenían iguales funciones que la *ŏ*: marcaban el perfecto y los verbos causativo-

iterativos. Otras veces eran redundantes, así, cuando marcaban el aoristo sigmático.

Por otra parte, vocales breves *ĕ* y *ŏ* permanecían sin función morfológica y tampoco la tenían muchas veces las vocales largas procedentes de *V-H*, aparte de que otras veces era poco reconocible, según hemos dicho. Menos clara era la posición de la *ă*, ya característica del grado ∅ (en las vocalizaciones), ya de uno pleno (cuando venía de H_2*e/o*), ya ajena totalmente al sistema cuando procedía del antiguo sistema expresivo o incluso, en ocasiones, en el caso de vocalización (piénsese, por ej., en las prótesis). De otro lado sólo en raras ocasiones se daba un paralelismo *ā/ă* en las mismas raíces: había *ē/ă*, *ō/ă*, diptongos/*ă*, *ă*/∅, etc.

En suma, el curioso entrelazamiento de Fonología y sistema significativo fue transitorio, aunque importante, en la historia del indoeuropeo; algo semejante sucedió con el uso morfológico del acento. En hetita está todavía poco desarrollado, aunque sin duda procede del protoindoeuropeo; pero sólo en el indoeuropeo posterior y sobre todo en el área del griego y el indo-iranio alcanzó pleno desarrollo. Nunca, sin embargo, logró una regularidad completa: esto, más determinados procesos fonéticos que arruinaban esa regularidad, más otros procesos morfológicos, hicieron que fuera desapareciendo a lo largo de la historia de las lenguas indoeuropeas, aunque dejara ciertos rastros.

8. FONOLOGÍA Y UNIDADES SIGNIFICATIVAS

a) *Generalidades*

1. El uso morfológico de las alternancias vocálicas a que acabamos de referirnos se da tanto en las raíces como en

los sufijos y desinencias. Pero hay otros entrelazamientos de Fonología y los aspectos significativos de la lengua que tienen lugar independientemente en las diversas unidades significativas.

Aquí no hacemos más que recordar algunas cosas dichas anteriormente y que se refieren a la forma de la unidad significativa inferior, el morfema. Concretamente, hemos visto que, dentro de ellos, los morfemas lexicales, es decir, las raíces, no manejan indiscriminadamente los fonemas y alófonos: hay determinadas combinaciones de los mismos que son admisibles, otras que no lo son; y dentro de la raíz, el centro, los márgenes y las zonas intermedias son asignadas a fonemas o alófonos en parte diferentes. Naturalmente, esto tiene relación con el hecho de que una raíz indoeuropea sea una sílaba: si no la formulación teórica de la raíz, sí las formas de aparición en la práctica. Pues llamamos disilábica a una raíz del tipo *derH$^{u̯}_{3}$, por ejemplo, porque potencialmente admite dos vocales, pero en fecha antigua la presencia de una excluye la de la otra: hay o *derH$^{u̯}_{3}$ o *dreH$^{u̯}_{3}$.

Pero esto no es todo, porque a las restricciones que hemos aducido y que se refieren a la raíz en cuanto es una sílaba, se añaden otras referentes a la raíz en sí. En la Morfología, VI, II.1 ss., nos ocupamos de las mismas por lo que se refiere a las raíces nominal-verbales.

Cosas semejantes hay que decir de las raíces pronominal-adverbiales, que no siempre están constituidas por una sola sílaba. A más de las limitaciones propias de la estructura silábica, presentan otras de las que nos ocupamos en V.I.1 ss.

En cuanto a los sufijos y desinencias, las explicaciones que hemos dado sobre el uso morfológico de los fonemas hacen ver que, unas veces de manera absoluta y otras en

lo relativo a la frecuencia, existen toda clase de restricciones en el uso de los mismos en función del tipo de morfema gramatical —sufijal o desinencial nominal o verbal, etc.— de que forman parte. Hay, de otra parte, las restricciones propias de la estructura silábica: la mayor parte de los sufijos (en realidad todos, si hacemos abstracción de la vocal temática) y de las desinencias son monosilábicos.

2. A estos dos factores —estructura silábica y restricciones de distribución condicionadas morfológicamente de los fonemas— hay que añadir que en ocasiones los resultados fonéticos de los grupos de fonemas que existen en los límites de los morfemas crean una clara demarcación entre los mismos. Estos grupos, que no pueden existir dentro de una sílaba y sí en el encuentro de dos, están condicionados, por tanto, por la estructura silábica; pero indirectamente, al coincidir ésta en gran parte con la morfológica, sirven de marcas para el análisis de ésta. Por ejemplo, grupos frecuentes como son los de *s* y consonante (incluidas las sonantes), oclusiva y oclusiva, oclusiva y sonante, es lo más frecuente que aparezcan en la frontera de los morfemas: de ahí resultados característicos para establecer las mismas, bien positivamente (fonemas o grupos que sólo allí se encuentran), bien negativamente (fonemas que allí no se dan). No podemos entrar en el detalle de estos fenómenos porque casi siempre son propios de la evolución de las lenguas independientes, razón por la cual no fueron expuestos, salvo excepción, en las páginas anteriores.

Por otra parte, la demarcación no se limita solamente al fenómeno de que los límites de morfema son determinados por los límites de sílaba. Existen casos en que, cuando hay resultados concurrentes, es decir, alófonos libres, determinados morfemas escogen entre ellos. Por ejemplo, en griego

el grupo dental + i̯ da una σσ no simplificable en los temas de presente de los verbos y en los adjetivos comparativos; una σσ simplificable en ciertos casos y dialectos, fuera de ahí. La base fonética está, sin duda, en una articulación diferente del grupo, condicionada por los hechos morfológicos. Pero tampoco entramos en el detalle de estas evoluciones, que pertenecen al dominio de las lenguas individuales: nos limitamos a señalar su existencia y, aunque es claro que dependen de una articulación especial de los fonemas que puede remontar al indoeuropeo, no contamos con datos para ulteriores precisiones dentro de él.

3. Son los límites de la palabra, la segunda unidad significativa, los que mejor se dejan definir fonéticamente. Aquí una serie de hechos, que podemos precisar en términos generales y que en parte consisten en tendencias contrapuestas, producen evoluciones fonéticas especiales, ya en protoindoeuropeo o indoeuropeo, ya en las diferentes lenguas; pero aun estas últimas evoluciones responden a tendencias muy antiguas. De todo ello resulta una cada vez más clara demarcación de la palabra.

En realidad, los rasgos que desde el punto de vista fónico más contribuyen en indoeuropeo a la identificación de la palabra dentro de la cadena hablada son el hecho de que lleva un acento y el de que existe una juntura o pausa especial entre cada palabra y la siguiente. Son, sin embargo, datos que no son absolutamente decisivos. En cuanto al acento, existe el hecho de que las enclíticas y proclíticas carecen de él: cf. *infra,* II.III.7. En cuanto a la juntura, es más o menos marcada según las lenguas y no podemos saber hasta qué punto lo era en indoeuropeo. El testimonio de la escritura de las lenguas indoeuropeas antiguas en que es independiente de la tradición greco-latina, es vacilante. El

hetita y el antiguo persa, que usan la cuneiforme, separan las palabras, con excepción de los enclíticos. El védico y sánscrito, escritos en un silabario, el *devanagarī*, de origen semítico en definitiva, y el griego micénico, escrito en un silabario de origen minoico, las separan también, aunque para el ai. esto es verdad solamente en parte: con frecuencia aparecen ligadas en la escritura. Esta *scriptio continua* es regular en griego, que por primera vez dispone de un alfabeto, derivado del silabario fenicio como se sabe. En latín, las más antiguas inscripciones marcan claramente la separación de las palabras; sólo hay alguna excepción.

Esto no es más que una consecuencia de la posición antigua de la palabra. Por un lado, hay una tendencia a concederle una autonomía fonética que refleje su autonomía significativa; pero como, por otra parte, esa autonomía significativa sólo es parcial, hay una tendencia contrapuesta a tratar fonéticamente su principio y final igual que los comienzos y fines de sílaba interiores de palabra.

4. En posición inicial de frase y final de frase el comienzo y fin de palabra estaban, evidentemente, en una posición especial. Una consonante inicial destaca el momento explosivo frente al implosivo y una final hace exactamente lo contrario; en posición final, de otra parte, tienden a perderse las diferencias de cantidad entre las vocales, al no haber contraste con una sílaba siguiente e ir, por el contrario, seguidas de un silencio. Por otra parte, el comienzo y final de palabra en posición absoluta excluyen claramente ciertos grupos de fonemas, incluidas las geminadas, que sólo se dan distribuidas entre dos sílabas, rodeando, por decirlo así, el corte silábico. La distribución de los alófonos de las sonantes resulta también afectada, según hemos hecho ver en el lugar correspondiente. En resumen, en

dichas posiciones hay una tendencia a ciertas evoluciones fonéticas y a ciertas elecciones entre alófonos que son particulares y que sirven, en definitiva, para demarcar la palabra. Pero no sólo en posición absoluta: dada la autonomía, aunque sólo sea relativa, de la palabra, también se imponen, con frecuencia, en cualquier posición. En general, puede decirse que la inicial y final de palabra resultan lugares más desgastados por la evolución fonética. En inicial, hay tendencia a la pérdida o alteración de los fonemas continuos y hay desarrollo de ciertas evoluciones, generales o alofónicas; en final se pierden con mucha frecuencia toda clase de consonantes, se simplifican grupos, se abrevian vocales largas, se pierden vocales breves. Y ello en mucha mayor escala en las lenguas en que en un momento dado se ha implantado un acento de intensidad inicial, tales como las itálicas, el celta y el germánico; o en la penúltima, caso del armenio.

Ahora bien, el panorama no queda completo si no se añade la tendencia contraria. Dentro de la cadena hablada, una palabra está en contacto fonético, a más del significativo, con la anterior y la posterior, de lo que resultan fenómenos fonéticos diversos, muchas veces de tipo asimilatorio o disimilatorio. Ahora bien, los contextos en que entra una palabra son por definición cambiantes: de ahí resulta una alteración constante de la forma de la palabra. Pero como esta alteración constante es incompatible con la concepción de la palabra como una unidad y con las evoluciones uniformes en las posiciones absolutas, resulta en definitiva una lucha entre las diversas formas del comienzo y fin de palabra, hasta que se impone una forma única: al menos, en la escritura.

Para que se vea mejor el fenómeno, nos referiremos al caso del ai., donde los fenómenos de *sandhi* o fonética sin-

táctica se han reflejado en la escritura mejor que en ninguna otra lengua. Aquí el derivado del ide. **ekuos* 'caballo' es *áśvaḥ* en final absoluta o ante *-s, -k, -p*; *áśvas* ante *t-*; *áśvaś* ante *c-*; *áśvo* ante sonora. Este último tratamiento se ha generalizado en pali.

En otras lenguas el *sandhi* o ha sido eliminado o se refleja solamente en faltas ocasionales de la grafía o bien en hechos métricos. Por ejemplo, en griego las inscripciones dejan ver de cuando en cuando asimilaciones del tipo ἐμ πυρί y en poesía se conserva la elisión inversa, supresión de la vocal inicial tras vocal larga final. Sin embargo, subsisten huellas de la situación anterior: por ejemplo, la elisión de la vocal final ante vocal es normal en la escritura, así como dobletes del tipo ἐξ ante vocal / ἐκ ante consonante, en cretense Ac. pl. -ονς ante vocal / -ος ante consonante. Otras lenguas pueden haber ido más lejos en su regularización ortográfica: en latín, por ejemplo, la elisión no se marca en la escritura, pero está testimoniada por la métrica.

b) *Inicial de palabras*

5. Resumimos a continuación los fenómenos de tratamiento especial de la inicial de palabra, en la medida en que han sido expuestos en páginas anteriores por remontar a fecha antigua:

Oclusivas. En latín hay tratamientos de las sonoras aspiradas distintos en inicial y en interior; en armenio hay tratamientos especiales de posición intervocálica que quedan excluidos, por tanto, de la inicial. En germánico hay diferencias en el tratamiento de la labiovelar entre inicial e interior.

Silbante. La aspiración del gr., arm. y lit. se mantiene en inicial, cae en la intervocálica.

Laringales. Tanto $H^{u̯}$ como $H^{i̯}$ pierden su apéndice en inicial; a veces toman prótesis vocálica.

Otras sonantes. Ante *l, r, n, m* hay posibilidad de prótesis en gr., arm. y albanés. En el grupo *S-C* es normal la vocalización *°S-C,* aunque no excluye *S°-C.* La *i̯, u̯* se mantienen ante vocal en esta forma, raramente se hacen *ii̯-, uu̯-.* Por otra parte, la evolución de *u̯-, i̯-* iniciales es parcialmente diferente de la de posiciones interiores, intervocálicas o postconsonánticas.

Vocales. En celta, itálico, germánico y albanés hay en sílabas interiores tratamientos de las vocales diferentes en parte del de la sílaba inicial, con alteraciones del timbre y síncopas.

Grupos. No es posible la geminación de consonantes. Habría que añadir la simplificación de grupos de oclusivas, ya en protoindoeuropeo (**km̥tom* 'ciento' de **dkm̥tom,* cf. **dekm̥*), ya en las diversas lenguas (por ej., gr. τρᾰ- de **kʷtu̯r̥-* 'cuatro'): no queda en inicial ningún grupo de oclusiva + oclusiva resultado de un grado Ø. El grupo *s-* + oclusiva alterna desde el protoindoeuropeo en inicial con la simple oclusiva. A esto hay que añadir muchos fenómenos de las lenguas particulares: alargamiento de la vocal tónica, con frecuencia inicial, en *ā* en tocario; determinados tratamientos especiales (a veces con trascendencia morfológica) de las oclusivas iniciales en air. y tocario; etc.

c) *Final de palabra*

6. Vamos a estudiar a continuación con alguna mayor detención los tratamientos de sílaba final porque, a diferen-

cia de los de sílaba inicial, han sido reservados para este lugar en el curso de la exposición.

Pero advertimos que nos limitamos a los hechos del indoeuropeo, prescindiendo del protoindoeuropeo, en el que difícilmente podemos penetrar; en hetita apenas encontramos alteraciones especiales de los fonemas finales. Incluso dentro del indoeuropeo, nuestra exposición será más rápida que en los capítulos precedentes: el detalle de los hechos varía muchísimo y con grandísima frecuencia se trata de evoluciones de los diferentes dialectos surgidas en el curso de la historia de los mismos. Mantenemos un criterio ecléctico: clasificamos las innovaciones en grandes tendencias, pero a veces damos datos de época prehistórica y otras damos evoluciones que sólo dentro de la historia de las grandes ramas lingüísticas han cristalizado. No tocamos el tocario, mal estudiado a este respecto todavía (presenta con frecuencia la debilitación de la vocal final en *a*).

Nasales finales. Con excepción del i.-i., sólo hay en cada lengua una sonante nasal en posición final; hay, pues, según los casos, paso de *-n* a *-m* o de *-m* a *-n*. Hay *-n* en griego, celta, germánico, armenio, báltico, eslavo, hetita; *-m* en latín, itálico, tocario. A veces, posteriormente, la nasal final ha desaparecido, así en báltico y eslavo, donde sólo quedan pequeños restos: lit. dial. *tan* 'a él', aesl. *sъn* junto a *sъ* 'con'. Se ve el cambio en casos como el del gr. χθών (cf. lat. *humus*), que arrastra χθονός; air. *deich^n 'diez'* < **dekm̥* (la *m* se ve en un derivado como el lit. *dešimt*); gr. ἔφερον (de *-m*, cf. la forma primaria *-mi*); etc. Puede haber alguna excepción en monosílabos átonos, así en lat. *in*, no *im*.

7. α) *Grupos finales de vocal larga + sonante.* Hemos de recordar que los grupos *-ōi, -ōu,* etc. con vocales de los tres timbres y las sonantes *-i, -u* proceden de *V-H*, con gemi-

nación y sonantización del apéndice de la laringal y que junto a ellos existen formas con *-ō* (es decir, con la vocal larga respectiva), que son en el origen alófonos condicionados: *-ōi, -ōu* ante palabra que empieza por vocal / *-ō* ante ídem por consonante. Decíamos que en védico se conservaban todavía estas circunstancias; y que otras lenguas habían elegido, ya la forma *-ōi, -ōu,* ya la *-ō.* No insistiremos, pues, sobre ello: remitimos a II.II.2.11. También decíamos que ante consonante (frecuentemente ello ocurre en sílaba final) los grupos *-ōi, -ōu* eran alófonos libres de *-ō,* que representaba el tratamiento normal: las regularizaciones secundarias del tipo ai. N. *dyáus* / Ac. *dyā́m* no son más que eso, regularizaciones, no evoluciones fonéticas en contextos determinados. En ninguno de estos casos hay reducción de *-ōi, -ōu* a *-ō.* Sólo hechos de *sandhi* en un caso, vacilaciones alofónicas en otro y posterior regularización.

Ahora bien, diptongos finales *-āi, -ōi* se han usado en varias lenguas con valor morfológico, concretamente de D.-L. sg. y se han reducido posteriormente a *-ā, -ō*: aquí hay que admitir una primera regularización a favor del diptongo y luego una eliminación de éste en posición final. Así en gr., donde desde el siglo II de nuestra Era los D. de la 1.ª y 2.ª se pronunciaban -ᾳ, -ῳ; y en lat., donde al *Numasioi* de la fíbula de Preneste (siglo VI a. C.) responde el tipo *lupo* del lat. posterior. Pero existen otras soluciones: en lat. *rosae* el diptongo *-āi* ha dado la solución normal de *-ai*; igual en gót. D. *gibai,* en lit. *rañkai,* cf. otra abreviación en -ει por -ηι en dialectos griegos (en Eretria desde el siglo IV); cf. también lit. *-ōi* > *-ui* (*vil̃kui*). Otras veces, sin embargo, es dudoso que haya *-ō* < *-ōi,* puede tratarse de restos de la antigua fluctuación a que nos hemos referido, así en het. D. *-ai/-a,* en gót. *wulfa* D. de la 2.ª (con abreviación), etc.

Es diferente el caso de los grupos finales de tipo *-ōn,* con vocal larga y nasal o líquida: aquí la vocal larga es morfológica y no hay oscilación antigua del tipo de sandhi o alofónica libre entre *-ōn* y *-ō*. La caída de la nasal o líquida es una evolución fonética de varias lenguas en posición final. Es exactamente el caso del ai., lit. y aesl., que pierden todas las líquidas y nasales: ai. *pitā́* 'padre', *áśmā* 'piedra' (de *-ēr* y *-ōn,* respectivamente), lit. *mótė* 'madre', *akmuõ,* aesl. *mati, kamy*. En lat., air. y germ. sólo la *-r* cae: lat. *homo* pero *pater,* gót. *guma* pero *fadar,* air. *īriu* 'terreno' pero *athir* 'padre'. Sólo en griego parecen conservarse tanto la nasal como la líquida *-r*.

8. β) *Vocales y diptongos breves en final.* Según decíamos, hay una tendencia en esta posición a borrar las diferencias de cantidad; además, en las lenguas que tienen o han tenido acento inicial de intensidad se han producido fenómenos más graves.

El indo-iranio y el griego son las lenguas que mejor han conservado las diferencias de cantidad en sílaba final y, por tanto, en estas vocales, pese a que el hecho de que la cantidad de la sílaba final de verso sea irrelevante hace ver claramente que también lo era la de la última sílaba de las palabras en posición absoluta. Evidentemente, se ha impuesto la diferencia de cantidad propia de la palabra dentro de la cadena hablada, si bien en védico hay un cierto flotamiento de las cantidades finales, sobre todo alargamientos de breves en final absoluta.

El báltico y eslavo conservan igualmente las diferencias de cantidad en sílaba final y carecen casi de los fenómenos de síncopa. Pero el lit. abrevia las largas en final absoluta, cf. *rankà* < *-ā,* también el diptongo *-ōi* (cf. *supra*) y en el curso de su historia sincopa el G. sg. *-es* en *-s* (*šuñs* 'del

perro', G. de *śuõ*). Y el aesl. confunde *-os* y *-om* en -ъ en la 2.ª declinación (*vlъkъ*, N. y Ac.), aunque mantiene *-o* de *-om* en los neutros (*zrъno* de **ghr̥Hnom*, cf. lat. *grānum*). Cambia *-ē* en *-i* (*mati* 'madre' de **mātēr*) y, a veces, el diptongo *-oi* en *-i* (*vlъci* 'lobos', pero en el L. hay *-oi* > *-ě*).

En latín, pese a conservarse en general las diferencias de cantidad, la *-ĭ* final pasa unas veces a *-ĕ* (*marĕ* de *marĭ*), mientras que otras cae (*et*, cf. gr. ἔτι; des. de 3.ª pl. *-nt*, cf. todavía *tremonti* en el canto de los Salios). Otras largas se abrevian en sílaba final por la llamada ley de abreviación de las palabras yámbicas, generalizándose luego la abreviación siempre salvo ante *-s* (*amăt*, *audirĕt*). Hay también alteraciones de timbre, sobre todo el paso de *-os* a *-us* y de *-om* a *-um*. Y tratamientos especiales de los diptongos, así *-oi* da *-ī* (*dominoi* > *-ī*), *-ai* da *-ī* (*cecinai* > *-ī*). Hay que notar ciertas síncopas en final no absoluto, tales las del tipo **mn̥tis* > *mens* y la del tipo **agros* > **agr̥s* > *ager*.

Mucho más radical es la alteración de las vocales finales en celta, donde *-ō* > *-u* (V. pl. air. *firu* 'varones' < **u̯īrōs*), *ē* a veces se mantiene en vez de dar *ī*, *o* se cambia a veces en *a*, los diptongos en *-i* se hacen *-i*; pero más grave es que todo esto, salvo excepciones, solamente representa la prehistoria de una lengua como el air. Aquí, sin entrar en detalles, caen todas las vocales en final absoluto, así como las breves ante consonantes que a su vez caen; las largas ante consonante se abrevian.

Sin llegar a tanto, el germánico pierde las vocales breves en final absoluta (salvo *-i*, *-u* tras sílaba breve) y abrevia las largas: cf. **u̯oida* > gót. *wait*, **ghostis* > *gasts* (pero *faíhu* de **peku*), *giba* 'regalo' de **ghebhā*.

Y, finalmente, en armenio, que acentuaba la penúltima, desaparecía en los polisílabos la final de la última sílaba: *iž* 'víbora', cf. ai. *ahis*, *gail* 'lobo' de **gailos*.

Hay que hacer constar que las alteraciones del vocalismo en la última sílaba en el grupo de lenguas con acento de intensidad inicial (al menos prehistórico, cf. II.III.6) tienen relación con las que sufren en sílaba interior y a las que nos hemos limitado a hacer una referencia sumaria. Son, claro está, mucho más radicales. Pero en cierta medida idénticas: en lat. lo mismo hay apofonía *e* > *i* en la segunda que en la tercera sílaba de *colligit*, de **con-legeti*.

9. γ) *Consonantes y grupos consonánticos en final*. Las circunstancias de la evolución de las consonantes finales son diferentes: aquí no sólo las lenguas con acento especial, sino todas ellas tienden a grandes alteraciones. Pasaremos revista a las distintas lenguas una a una, recogiendo solamente los hechos fundamentales.

Griego. El griego se caracteriza por haber conservado solamente las consonantes finales -ν, -ρ, -ς, de las cuales la primera puede proceder de *-m*, según dijimos. Así, al impf. ai. *ábharam, ábharas, ábharat* el gr. responde con ἔφερον, ἔφερες, ἔφερε; cae la *-d* del n. de los pronombres (τό, cf. lat. *istud*), etc. Esto provoca la desaparición de ciertos grupos, cf. γάλα 'leche' al lado del G. γάλακτος.

Ai. Presenta el problema de los diversos tratamientos en *sandhi*: eligiendo en cada caso los más conservadores, podemos decir que se conservan todas las consonantes, pero si nos atenemos al tratamiento en final absoluta, ello no es así: hay *ḥ* en vez de *-s* y *-r*, las oclusivas son representadas por las sordas no aspiradas. Hay, pues, neutralización de los rasgos sonoridad y aspiración. Los grupos se simplifican, quedando sólo la primera consonante (o sonante): *áraik* de **é-lēik*$^{u̯}$*-s-s* y **é-lēik*$^{u̯}$*-s-t* 'dejaste' y 'dejó'; ésta queda con el tratamiento que tuvo en el grupo, cf. *sayuk* 'unido' < **sm̥-i̯ug-s*.

Lituano. En lit., como en griego, han desaparecido todas las consonantes finales, a excepción de *-s* (*vil̃kas* 'lobo'), *-r* (sólo en adverbios, *dabar̃* 'ahora') y *n̥* (raro y dialectal, luego nasaliza la vocal: Ac. *vil̃ką*). Salvo la *-s*, quedan eliminadas prácticamente, pues, todas las consonantes.

Aesl. Han caído todas las consonantes finales: quedan pequeñísimas huellas de *-n* en enclíticos y en la nasalización de vocales largas, por ej. Ac. sg. *rǫką* 'mano', N. Ac. *sěmę* 'semilla'.

Armenio. Cae la *-t* (cf. *en* 'son' < **senti*) y la *-s* tras vocal (*mard* 'hombre', cf. ai. *mr̥tás*).

Latín. En época clásica se nota una reacción contra la tendencia a la pérdida de la *-s*, que los poetas arcaicos no tenían en cuenta en la prosodia; se restituye también *-t* en vez de la *-d* procedente en fecha arcaica de *-t* (*deded, sied,* luego *dedit, sit*). Pero la *-m* siguió sin impedir la elisión en la métrica clásica y no se restituyó la *-d* caída tras vocal larga (*esto,* pero *aliud*), ni la segunda consonante de los grupos simplificados (*lac* en vez de *lact* 'leche').

Air. El cuadro es muy complicado. Hay que distinguir entre la *-d,* que cae siempre; la *-r* y ciertos grupos con *-t,* que se mantienen (así en los pretéritos en *-t*); y otras consonantes, que caen en final absoluto, pero en el contexto dejan huella de su existencia: la nasal *-n* (de *-n* o *-m*), que nasaliza la consonante siguiente; la *-t, -k, -s,* que provocan geminación.

Gótico. Las oclusivas dentales y la *-n* (de *-n* o *-m*) cayeron en general: cf. *wulf* (Ac. de *wulfs*) < **u̯l̥kʷom, bairai* < **bheroit* (opt. de *baira*). Pero se conservan en monosílabos tras vocal breve, cf. *hwan* '¿cuándo?' < **kʷom,* as. *hwat* '¿qué?' < **kʷod.* La *-s* final da en gót. *-s,* se piensa que a través de un proceso de escisión en *-s* y *-z* según la acentuación, más una generalización de *-z* y una vuelta a *-s*; en

an. y germánico occidental la *-z* pasa a *-r* (R en rúnico) y ésta luego cae, salvo en los monosílabos, cf. gót. *dags* 'día' junto a an. *dagr*, al. moderno *Tag* (pero *er* junto a gót. *is*).

10. Los tratamientos especiales de los fonemas o grupos de fonemas finales procuran claras señales de demarcación positivas o negativas a las diversas lenguas, pero no dejan de crear, al propio tiempo, problemas a la Morfología; y ello cada vez más, habida cuenta de que el proceso avanza con el tiempo y llega, por ejemplo al pasarse del latín a las lenguas románicas, a borrar las diferencias entre formas diferentes de una misma palabra. La decadencia en diversas ramas del indoeuropeo de la flexión nominal y aun de la verbal y su sustitución por otros sistemas a base de preposiciones, de uso obligatorio del pronombre sujeto, etc., tiene una de sus bases en estos fenómenos. Esto demuestra una vez más lo ligados que están el campo fonológico y el significativo. En lo que sigue, relativo a los fonemas suprasegmentales —el acento—, se pondrá esto de relieve una vez más.

III

EL ACENTO

1. Los fonemas estudiados hasta este momento pertenecen al grupo de los llamados segmentales: junto a ellos existen otros suprasegmentales o prosódicos, que esencialmente tienen, igual que los segmentales, una función distintiva, pero pueden tomar secundariamente, igual que aquéllos, funciones demarcativas y funciones morfológicas. Pues bien, de entre los fonemas suprasegmentales el indoeuropeo posee uno, el acento musical.

Podemos suponer que este estado de cosas remonta al protoindoeuropeo, pero ello es indemostrable por falta de datos sobre el acento en hetita; tampoco, es verdad, los hay contradictorios, que hagan suponer en el protoindoeuropeo un acento de tipo diferente.

Para que se comprenda bien lo que es el acento musical hay que diferenciarlo de los tonos de una larga serie de lenguas no indoeuropeas (africanas, del Asia Sudoriental, el chino, etc.) y del acento de intensidad. El acento musical coincide con los tonos en que consiste en una elevación de la altura musical de una vocal; es decir en el número de vibraciones por segundo. Coincide con el acento de inten-

sidad en que, mientras que en las lenguas de tonos toda vocal de una palabra está caracterizada por un tono, el acento sólo lo lleva una vocal dentro de cada palabra, añadiéndose que existen palabras sin acento (enclíticas y proclíticas). Pero el acento de intensidad se refiere a un mayor esfuerzo articulatorio en la pronunciación de una vocal, mientras que el musical se refiere, como queda dicho, a una mayor altura musical.

Por tanto, toda palabra indoeuropea, salvo las átonas, se caracteriza por poseer un acento musical: la función de éste, aparte de las que luego señalaremos, consiste en denotar la existencia de una palabra, pero sin demarcarla, esto es, sin indicar dónde comienza o acaba, pues el acento indoeuropeo es libre, puede colocarse en principio sobre cualquier vocal breve o larga o cualquier diptongo. Que el acento es musical se deduce de varios hechos: de la terminología de los gramáticos griegos que hablan, igual que sus traductores latinos, de acento «agudo» (ὀξεία προσῳδία), de la de los gramáticos indios, que llaman a este acento *udāttas* 'elevado'; de restos de acento musical todavía hoy en lenguas bálticas y eslavas, por ejemplo, en servocróata; del hecho de que en las lenguas indoeuropeas no encontremos fenómenos de síncopa o alteración de vocales breves y abreviación de largas que sean atribuibles a un acento de intensidad indoeuropeo. En cambio, el desarrollo de un acento de intensidad inicial en latín, germánico, celta, etcétera fue acompañado de esta clase de fenómenos; y un acento de intensidad, éste ya no inicial, en latín clásico, produjo los mismos efectos en las sílabas átonas de las lenguas románicas; igual el acento de intensidad del armenio.

2. El acento musical indoeuropeo se opone a la falta de acento: es decir, sólo hay un tipo de acento, frente a

los varios tipos de tonos en las lenguas que siguen este sistema, tipos diferentes por los grados de altura musical y por la combinación de los rasgos de tono ascendente y descendente. El único acento musical del indoeuropeo es ascendente; un acento ascendente-descendente (circunflejo) aparece en las sílabas largas como posibilidad al lado del otro en griego y en balto-eslavo, pero es una innovación de estas lenguas, de la que nos ocuparemos más adelante.

Dionisio de Halicarnaso nos dice que la diferencia de altura musical entre las vocales tónicas y átonas del griego es de una quinta: este dato puede, seguramente, aplicarse al acento indoeuropeo en general. Pero hay que distinguir los hechos opositivos de los hechos físicos. Si opositivamente no hay más que sílabas tónicas y átonas, es decir, marcadas por el acento y no marcadas, en la pronunciación debían de existir diferencias entre las sílabas no marcadas (opositivamente átonas), diferencias irrelevantes para el sistema fonológico y el significativo. A esto debe referirse el acento *svaritas* de los gramáticos indios, situado en la sílaba siguiente del *udāttas* y que era distinguido del *anudāttas* o átono; y quizá el acento «medio» de que habla el gramático Tiranión para el griego. En cambio, el acento grave del griego es simplemente la falta de acento; su notación gráfica en ciertos casos es el resto de un procedimiento antiguo consistente en notar con grave (`) todas las sílabas átonas, mientras que el grave por agudo en la última sílaba de las palabras dentro del contexto de la frase no parece responder a una desaparición del agudo.

Podemos pensar con verosimilitud de acierto que en una palabra indoeuropea las sílabas que precedían a la acentuada tenían grados de altura musical crecientes y los que la seguían, decrecientes: pero, repetimos, éstos son hechos fonéticos, no fonológicos.

3. El acento musical indoeuropeo marcaba, pues, toda palabra, a excepción de las átonas: con ello indicaba al propio tiempo que la palabra afectada por el acento pertenecía a ciertas clases de palabras, puesto que las átonas, a su vez, pertenecen a otras diferentes en general. Sin embargo, podía haber dos palabras idénticas por lo demás y distinguidas sólo por el acento, que entonces se oponen como perteneciendo a dos subclases diferentes (oposición de pronombres y adverbios indefinidos, átonos, e interrogativos, tónicos: gr. τις/τίς, etc.); o bien se oponen por su función; el védico, por una innovación sin duda, presenta un verbo personal átono en oración principal, salvo en ciertos casos, y tónico en oración subordinada; el griego presenta igualmente huellas de diferencia tónica/átona en ἔστι / ἐστί, φῆμι (Tiranión) / φημί, según el relieve, la distribución y la función.

Sobre el antiguo uso de formas tónicas y átonas para marcar la determinación, cf. VI.IV.3.16.

Volviendo a las palabras tónicas, hemos dicho que el acento puede colocarse en ellas en cualquier sílaba, lo que excluye toda función demarcativa. Por ejemplo, un verbo védico como *bhárati* no varía el lugar del acento en ninguna de sus formas, por muchas que sean sus sílabas: cf. *bháramānas, bháramānā, bháramanasya,* formas diversas del part. medio. Por tanto, si su función no es demarcativa, es simplemente distintiva: el llevar el acento en tal o cual sílaba es una característica de una determinada palabra, en igual sentido que lo es el llevar como inicial una *t-* o una *p-*. El acento es un fonema más, que puede ser redundante, pero otras veces es el decisivo para caracterizar una palabra: hay con frecuencia dos palabras que solamente se distinguen por el lugar del acento, cf., por ej., ai. *váras* 'elección / *varás* 'que elije', gr. φόρος 'tributo' / φορός 'que lleva'.

Pero a veces no se trata de marcar palabras, sino clases de palabras o funciones de las mismas: es decir, a veces el acento se ha convertido en un morfema sin dejar de ser al tiempo fonema, y de su colocación depende la interpretación gramatical de una palabra. Es un desarrollo semejante al que hemos visto en el caso de las vocales que se integran en el sistema de las alternancias; desarrollo que nos ha de ocupar ampliamente en la Morfología y cuyas raíces por lo menos provienen sin duda del protoindoeuropeo.

4. La colocación indoeuropea del acento dentro de la palabra se restituye en cierta medida con la ayuda de las lenguas antiguas que notan el acento (el védico y el griego), aquellas otras en que su colocación antigua es reconocible por vía indirecta (las germánicas, donde la ley de Verner permite descubrir la antigua colocación: gót. *fadar* implica un acento **patḗr*, cf. II.I.1.7) y las lenguas modernas en las que en cierta medida se ha conservado la antigua colocación (las bálticas y eslavas). Pero sólo el védico ha conservado la antigua libertad. El griego restringe el acento a las tres últimas sílabas de la palabra y, además, lo fija mecánicamente en las formas personales del verbo; el báltico y eslavo conservan sólo huellas del acento libre indoeuropeo, pues junto a él desarrollan otro acento libre de origen más reciente, prescindiendo de que entre las lenguas eslavas sólo algunas, el ruso, búlgaro y servo-cróata sobre todo, ofrecen esa libertad en el lugar del acento. Por ello solamente en cierta medida, mediante ejemplos del védico confirmados por tal o cual lengua, imposibles de confirmar otras veces, restituimos la antigua acentuación.

Cf. por ejemplo la acentuación de ai. *pitā́* / G. *pitúr*, gr. πατήρ/πατρός, gót. *fadar* (pero la *d* se mantiene en todos

los casos); gr. νέφος, ai. *nábhas,* r. *nébo* 'nube'; ai. *báliyān,* s.-cr. *bȍljī* 'más fuerte, mejor' (pese al gr. βελτίων, donde la larga final impide el mantenimiento de *βέλτιων); lit. *akmuõ* / G. pl. *akmenũ* 'piedra', tipo de gr. ἀνήρ/ἀνδρῶν, etcétera. Para las formas personales del verbo dependemos casi sólo del ai., con algunos datos del germánico (cf. por ejemplo aaa. *zoh/zugun* de 'tirar'); sin embargo, la usual correspondencia del grado Ø con las sílabas átonas sirve con frecuencia de confirmación.

5. Junto al acento agudo, el griego y el balto-eslavo han desarrollado uno ascendente-descendente, llamado en griego circunflejo; en báltico y eslavo se habla de entonaciones. Este acento sólo se admite, salvo evolución tardía, sobre vocales largas: en realidad, necesita dos moras, para realizarse en la primera y descender en la segunda; precisamente uno de los orígenes del circunflejo en griego está en las contracciones en que la primera vocal lleva acento (τιμάω > τιμῶ). Para comparar con el balto-eslavo hay que tener en cuenta que al acento ascendente del letón (˜) el lituano responde con uno descendente (ˋ) y el s.-cr. con uno descendente sobre vocal breve (ˋˋ): se trata de innovaciones de estas lenguas. Inversamente, al descendente del letón (ˋ), en lituano responde el ascendente (˜) y también en s.-cr. (ˆ, sobre largas): estas dos lenguas han innovado otra vez.

Pese a la coincidencia del griego, de una parte, y el más antiguo balto-eslavo, de otra, en poseer un acento musical ascendente-descendente sobre las vocales largas, y pese también a algunas aparentes coincidencias como la flexión de gr. κεφαλή/κεφαλῆς, lit. *galbà/galbõs,* hoy se admite que el circunflejo griego y la entonación ascendente (o ascendente-descendente) del balto-eslavo son el producto de inno-

vaciones independientes. En griego procede sobre todo de contracciones, en balto-eslavo sobre todo de grupos con ˙*H* caída, dejando vocal de apoyo y alargamiento compensatorio.

Sincrónicamente, en una y otra área lingüística llega este nuevo acento a contraer con el agudo oposiciones de valor lexical o gramatical y a usarse contrastivamente para caracterizar formas diferentes de un paradigma. En griego sólo en la última sílaba contrastan agudo y circunflejo, en balto-eslavo sólo en la primera (la *-à* de *galbà* es breve). Se trata, en este y otros casos, de morfologizaciones diversas, condicionadas por lo demás por leyes especiales de la colocación del acento en las diversas lenguas.

6. La tendencia general de la evolución de las lenguas indoeuropeas, si exceptuamos estos últimos hechos, y aun a pesar de ellos, ha sido la de convertir el acento en intenso y la de fijar mecánicamente su lugar en la palabra, con lo que se destruye su valor de fonema distintivo y su valor morfológico también, quedando convertido en un elemento demarcativo.

La conversión del acento musical en de intensidad ha sido general, si se exceptúan restos de entonaciones, en parte de carácter musical, en balto-eslavo. En griego este fenómeno, aunque una métrica tradicional intentaba ocultarlo, está ya plenamente desarrollado en la época del imperio; hay testimonios claros desde el siglo II a. C., y con ello pueden ponerse en relación vacilaciones en la cantidad de las vocales que son de fecha anterior. Para el latín se admite un acento de intensidad inicial prehistórico, que ha provocado numerosas alteraciones del vocalismo; pero sobre el acento de la época clásica se discute. En todo caso, desde el siglo I de nuestra Era hay testimonio de síncopas, es

decir, de acento de intensidad; y el latín de que proceden las lenguas románicas llevaba claramente un acento de intensidad. En otras lenguas, el acento se ha hecho intenso desde pronto: el celta, germánico, itálico, han tenido en un momento dado un acento inicial de intensidad; el armenio, uno en la penúltima; el báltico y eslavo, el griego y el indio, han convertido su antiguo acento, en parte conservado en su lugar, en un acento fundamentalmente de intensidad.

En cuanto a la fijación mecánica del acento, se ha realizado de diversas maneras. Ya hemos hablado de las lenguas que fijaron en un momento dado un acento inicial de palabra, que demarca claramente el comienzo de ésta.

Hay que añadir, dentro del eslavo, el checo y sorabo. Y que citar las lenguas con acento en la penúltima: el armenio y, dentro del eslavo, el polaco. Otras fueron menos radicales. El griego permite en los nombres libertad de colocación del acento dentro de las tres últimas sílabas si la última es breve y de las dos últimas si la última es larga; pero fija el acento del verbo personal en la penúltima si la última es larga y en la antepenúltima si aquélla es breve y el eolio extiende esta regla también a los nombres. El latín regula el acento por la cantidad de la penúltima: si ésta es larga, lleva el acento; si breve, pasa a la antepenúltima. La regla del sánscrito es idéntica, sólo que, si la penúltima y antepenúltima son breves, el acento pasa a la anterior. En tocario las cosas no están claras, pero en el B las palabras trisílabas llevan el acento en la segunda.

En todos estos casos el lugar del acento tiene relevancia para la demarcación final de la palabra, aunque en un grado variable; con frecuencia el lugar del acento queda plenamente determinado y, de este modo, pierde todo valor distintivo y morfológico.

Las consecuencias de estos dos hechos, fijación del acento y su conversión en de intensidad, no se hacen esperar sobre todo cuando coinciden. Son sobre todo, como ya hemos dicho, la alteración y caída de las vocales posttónicas e incluso a veces de las pretónicas. Pero ello tiene a su vez trascendencia para la suerte del acento. En francés, por ejemplo, se llega a un acento fijo en la final a partir de la caída de las sílabas finales; igual en armenio.

En inglés viene a resultar una tendencia al monosilabismo de las palabras, acentuadas en esa sílaba; aunque la gran aportación de palabras románicas contrapesó esta tendencia. Se ha vuelto así, por una vía indirecta, a una restauración de la libertad de colocación del acento dentro de determinadas sílabas, con aprovechamiento lexical y morfológico incluso. También en español se ha vuelto a un sistema de este tipo: *cántara/cantara/cantará* se distinguen sólo por el acento.

7. Hemos aludido a las palabras que en indoeuropeo iban o podían ir sin acento, citando los pronombres y adverbios interrogativos e indefinidos (con acento y sin él, respectivamente); las formas personales del verbo, tónicas en comienzo de frase y subordinada, átonas normalmente en la principal, detrás de nombres y adverbios o preverbios; los nombres determinantes; podría añadirse, en ocasiones, el vocativo. Las formas átonas mencionadas son enclíticas, es decir, siguen a una palabra tónica; ello a excepción del nombre determinante, que iba seguido de un determinado átono, derivándose a veces de ahí una palabra compuesta. Es, por tanto, un proclítico.

Existen todavía otras palabras enclíticas o proclíticas que conviene mencionar. Los pronombres personales eran, ya tónicos, ya enclíticos; a veces presentaban formas diferentes

en los dos casos, otras la misma. La forma tónica se usaba con un énfasis mayor. Así, por ejemplo, ai. *me,* aesl. *mi,* gr. μοι eran formas enclíticas del D. sg. del pronombre 'yo', frente a una forma tónica ai. *mahyam,* aesl. *mъně,* gr. ἐμοί; en cambio, gr. G. σεο/σέο, por ejemplo, presenta dos variantes: tónica y átona.

Una serie de partículas eran siempre enclíticas: *$k^{u}e$ 'y', cf. ai. *ca,* gr. τε, lat. *-que;* *u̯ĕ 'o', cf. ai. *vā,* gr. ἦε, lat. *-ue;* **ge* 'al menos', cf. gr. γε, gót. *-k;* etc. Las enclíticas forman parte a efectos acentuales de la palabra precedente, por lo que las lenguas que separan las palabras suelen juntarlas a la palabra anterior: de ahí que podamos hablar de enclíticas en lenguas como el latín, el apérs. o el hetita, para las que no quedan otros datos sobre la acentuación antigua. Cf. más datos en los capítulos sobre pronombres y partículas.

8. Tenemos, por el contrario, palabras proclíticas: hemos citado un uso proclítico del nombre y hay que añadir, sobre todo, que es lo normal en las preposiciones. Esto se ve por la acentuación del griego y el védico y en restos de las lenguas eslavas y bálticas: r. *pri tóm* 'con ello'.

También algunas conjunciones podían ir átonas ante el nombre: r. *i otéc* 'y el padre'. Pero también podía ocurrir lo contrario, que fuera tónica la preposición: lat. *denuo* < **de nouo,* r. *ókolo* 'en círculo', gr. hom. ὑπέρμορον.

Algo análogo hay que decir de los preverbios. El uso más antiguo parece aquí el que hacía seguir a un preverbio tónico un verbo átono, uso testimoniado en ai., eslavo y báltico (lit. *nežino* 'no sabe'), lat. (*nolo* de **ne uolo*), etc.; este tipo es sin duda responsable de la retrotracción del acento en las formas personales del verbo griego, cf. πάρειμι. Existen también, sin embargo, el tipo contrario, en ai. en

oración subordinada, en otras lenguas excepcionalmente (r. *výnesti* de *nestí* 'llevar').

En definitiva, el uso sistemático de las enclíticas y proclíticas llevó a la creación de palabras compuestas, ya verbos, ya nombres o adjetivos, ya adverbios; pero muchas veces, y sobre todo cuando una misma palabra era ya enclítica, ya proclítica, según su función, o el énfasis con que se usaba, la soldadura era más difícil; en el caso de los pronombres nunca se perdió el sentido de su independencia. Así resultó en indoeuropeo una cierta dificultad en la definición de la palabra, por el fallo ocasional de los criterios fónicos (acento, junturas, incluso fonemas demarcativos) y la necesidad de atenerse casi exclusivamente a los semánticos. Pero, al propio tiempo, el carácter enclítico o proclítico de una palabra era un rasgo de su definición gramatical. Por ello en la Morfología hemos de ocuparnos más despacio de enclíticas y proclíticas y de su papel en la creación de palabras compuestas.

9. Conviene ya, sin embargo, indicar cuáles debieron de ser en protoindoeuropeo, de donde sin duda proviene el sistema, las funciones de las enclíticas y proclíticas cuando se trataba de palabras que admitían las dos posibilidades:

a) Hay una diferencia de relieve o énfasis: este rasgo debía de ser propio de las raíces pronominal-adverbiales, originadas en definitiva de un sistema deíctico.

Pero no sólo de ellas: en los grupos Preverbio-Verbo y Preposición-Nombre, en que el primer término es siempre el determinante, hemos visto que ya se acentúa el uno ya el otro, lo que por fuerza ha de atribuirse a diferencias de énfasis. También en el grupo Nombre-Verbo y Verbo-Nombre juega en cierta medida este principio, cf. VI.IV.3.18.

b) Fuera de aquí (e incluso en estas raíces por lo que se refiere a los preverbios y preposiciones) quedan huellas claras de un sistema en que el determinante precedía al determinado, siendo el primero tónico y el segundo átono. Esto es lo que hallamos en el grupo Nombre-Verbo en el tipo védico *Agnim īḷe* 'invoco a Agni', frase inicial del Rg-Veda. Es sin duda más antiguo que el gr. Μῆνιν ἄειδε o el hetita *nu ḫaršiḫarši adaš* 'una tormenta (ella) surgió' que conservan el orden de palabras solamente. Pero es también lo normal en los grupos Preverbio-Verbo y posible en los Preposición-Nombre; y hemos de imaginarlo igualmente en el grupo Nombre-Nombre, a juzgar por los compuestos determinativos del tipo véd. *devá-kṣatram* 'imperio de los dioses', *vā́ja-patnī, pári-pati-*, gót. *hunda-faþs* 'centurión' (con antiguo acento ante **-potis*).

Sin embargo, con esto no está dicho todo. Los compuestos indoeuropeos sugieren otras veces la existencia de un determinante átono junto a un determinado tónico: en realidad, se ha entrecruzado el sistema según el cual el determinado era átono con otro que le confería a veces el acento tónico en virtud de su relieve estilístico o bien porque, a su vez, era determinante de otra palabra de la frase. La situación entonces se invertía, pasando el determinante a átono: así en los compuestos determinativos verbales como ai. *havirád-* 'que come ofrendas', gr. στρατηγός 'que guía el ejército' (con acento final como adjetivo), gr. ἀρχέκακος 'que comienza el mal' (con inversión estilística del orden de palabras y acento en el verbo para darle más relieve o énfasis); en el grupo Preposición-Nombre llevando el acento el nombre (por razones de énfasis, aunque se mantiene el orden de palabras normal). Todo esto ha de ser estudiado más de cerca en la Morfología, en relación con los diversos tipos de compuestos y con los problemas

del orden de palabras. Se refiere a fenómenos del protoindoeuropeo, que luego sólo subsisten en restos. En védico mismo, el papel principal de la atonía del verbo es ya otro, según hemos indicado. Parece lógico pensar que el sistema según el cual el acento marca el determinante es sólo una derivación del que usaba el acento para dar énfasis o relieve; y que al hacerse el sistema confuso fue sustituido por el que marcaba el determinante del nombre con un acento permanente en la sílaba final, sistema que deriva del uso del tipo C/P en estos determinantes. Insistiremos sobre todo esto en la Morfología.

PARTE III

LA FLEXIÓN NOMINAL Y ADJETIVAL INDOEUROPEA

I

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA FLEXIÓN NOMINAL Y ADJETIVAL INDOEUROPEA. PRIMER ESBOZO DE SU HISTORIA

1. LOS PARADIGMAS NOMINALES Y ADJETIVALES

1. La flexión nominal indoeuropea, según es reconstruida tradicionalmente, consta, para el nombre, de las siguientes formas:

Sg.	*Pl.*	*Du.*
N.	N.-V.	N.-V.-Ac.
V.		
Ac.	Ac.	
L.	L.	L.-G.
G.	G.	
Ab.	Ab.-D.	Ab.-D.-I.
D.		
I.	I.	

En realidad, éste es el paradigma máximo que se encuentra en las lenguas indoeuropeas históricas: concretamente, en los nombres temáticos animados del i.-i. Efectivamente, los inanimados o neutros tienen formas únicas para el

N.-Ac.-V. de cada número; y dentro de los animados (masculinos y femeninos) hay temas que presentan un número de formas bastante menor: que tienen, a saber, una forma única para el N.-V. sg. y otra para el G.-Abl. sg., por no hablar de otras coincidencias más limitadas. En la medida en que otros grupos lingüísticos distinguen los casos y números señalados, la distinción puede faltar en determinados temas: así, el esl. distingue D. y L. sg., pero no en los temas en *-ā* ni en *-i*.

2. En definitiva, el paradigma así reconstruido es una proyección del de los nombres temáticos del i.-i., como queda dicho, el cual podemos ejemplificar con la declinación de *devás* 'dios' en véd. (género animado, masc.):

	Sg.		Pl.		Du.
N.	*devás*	N.-V.	*devā́s*	N.-V.-Ac.	*devā́, devā́u*
V.	*déva*				
Ac.	*devám*	Ac.	*devā́n*		
G.	*devásya*	G.	*devā́nām*	G.-Lo.	*deváyos*
Ab.	*devā́d*	D.-Ab.	*devébhyas*		
D.	*devā́ya*			D.-Ab.-I.	*devébhyām*
L.	*devé*	L.	*devéṣu*		
I.	*devā́*	I.	*deváis*		

Para el género inanimado podríamos ejemplificar con la declinación de *yugám* 'yugo', igualmente en védico: declinación coincidente con la anterior, salvo la existencia, como queda dicho, de formas únicas para N.-V.-Ac.: sg. *yugám*, pl. *yugā́*, du. *yugé*.

3. Es imposible sustituir en nuestra ejemplificación estos paradigmas del védico por el sistema de las desinencias o características indoeuropeas de las diferentes formas. Pues al entenderse que el sistema mencionado se refiere a todos los temas —con la excepción aludida: G. y Ab. sg.

sólo se distinguirían en los temáticos, N. y V. sg. sólo en los temáticos y en algunos de los atemáticos—, resulta que cada forma está caracterizada por una serie de alomorfos. Por ejemplo, el N. sg. animado llevaba -s en los temáticos y en los temas en -i, -u y oclusiva entre otros: ide. *u̯l̥k^{u}os 'lobo', *óuis 'oveja', *sūnús 'hijo', *uṓk^{u}s 'voz'; tema puro en los en -ā, y en los fems. en -ī: ide. *eku̯ā 'yegua', *pótnī 'señora'; tema puro con alargamiento de la vocal final en los en -r, -n, -s: ide. *patḗr (ai. *pitḗr, pide. *pHt-) 'padre', *kuṓn 'perro,' *ausṓs 'aurora'. Además, dentro de los Nominativos sigmáticos atemáticos varían el grado y el timbre del vocalismo predesinencial, que puede ser largo, pleno o ∅, e u o; varía también el lugar del acento, que puede ir en la sílaba desinencial o en la anterior. Los nominativos con tema puro alargado pueden llevar timbre e y o y llevar o no acento en la desinencia. Finalmente, estas alternancias y desplazamientos del acento están, en los atemáticos, en relación con otras alternancias o acentos contrastantes en otros casos; en los temáticos el acento es fijo en toda la flexión, mientras que sí contrasta el vocalismo.

4. A continuación damos el cuadro esquemático tradicional que trata de recoger las características más frecuentes de la flexión nominal indoeuropea:

	Sg.	Pl.	Du.
N.	-s, -∅	-es (N. y V.)	-ō(u), -∅ (N. y V.)
V.	-∅		
Ac.	-m	-ms	
L.	-i, -∅	-si, -su	-ous (L. y G.)
G.	-e/-o/-∅s, -osi̯o	-ōm	
Ab.	-e/-o/-∅s, -ōd	-bhi̯os, -bhos, -mos (Ab. y D.)	-bhi̯ōm (Ab., D. e I.)
D.	-ei		
I.	-ō, -mi, -bhi	-ōis, -mis, -bhis	

Un cuadro como éste sólo puede tomarse como una primera aproximación a los hechos. De un lado, atribuye, según decimos, al indoeuropeo un sistema casual que es el del ai.: un desarrollo al que se tendió y que las lenguas alcanzaron en mayor o menor grado, según los casos. De otro, da datos demasiado escasos y aun esos sin especificar a qué lenguas o qué temas se refieren. De otro, todavía, es engañoso el atribuir a las desinencias distribuciones fijas entre los casos, cuando hay algunas que aparecen en unos u otros, según las lenguas o según hechos de sistema dentro de una misma lengua. Todo esto lo iremos viendo paso a paso en la exposición que sigue.

5. Por ello el cuadro mencionado es tomado como esquema de la flexión indoeuropea de todos los temas (con las excepciones mencionadas), pero, aparte de él, se intenta reconstruir la flexión de cada tema concretamente: de los temas temáticos (en *-e/o*), los en *-ā*, *-i*, *-ī*, *-u*, *-ū*, diptongo, *-n*, *-r*, *-s* y oclusiva, fundamentalmente. Es decir: cada forma de la flexión nominal indoeuropea no es única, sino que es una abstracción (o una suma) de una serie de alomorfos, en principio uno por cada tipo de tema.

Hay que observar, sin embargo:

a) Hay alomorfismos incluso dentro de un mismo tema para el conjunto del ide. Por ejemplo, en los N. sg. animados puede haber *-'is*, *-ís*, *-ḗis*, *-ḗi*, *-ṓi* y paralelamente con *-u*; *-ḗr*, *-'ēr*, *-'ōr* y paralelamente con *-n*; *-ī*, *-'ī*, *-ī́s* y en cambio sólo *-ū́s*, etc. (cf. ide. **égnis* 'fuego', **sūnús* 'hijo', het. **ḫurtaiš* y el tipo lat. en *-ēs*, *-ēis*, así como sin *-s* ai. *sakhā*, gr. ἠχώ; ide. **pHtḗr* 'padre', *bhrā́tēr* 'hermano', **su̯ésōr* 'hermana'; ide. **pótnī* 'señora', **su̯ekrū́s* 'suegra'). Existen, dentro de cada tema, distintos subtipos de declinación, siguiéndose unos y otros según las palabras; en ocasiones la

etimología es diferente, sobre todo en el caso de la *-ī*, que crea femeninos por moción de temas indiferentes al género masc./fem. (**potnī* sobre **pótis*) respecto a otras *-ī* de femenino. Estos tipos, por otra parte, pueden faltar en tal o cual lengua indoeuropea y no es seguro que todos remonten al indoeuropeo; menos al protoindoeuropeo.

b) Las diversas lenguas indoeuropeas pueden presentar características distintas para una misma forma en un mismo tema. Así, en G. sg. temático hay, ya *-o-si̯o* (gr., ai., falisco), ya *-e-so, -o-so* (germ., si la restitución es correcta), ya *-ī* (lat., celt., falisco), sin contar con que existen huellas de que *-os* también en esta flexión podía funcionar como G. El problema es ver si se trata de alomorfos del indoeuropeo, adoptados luego por unos u otros dialectos (el falisco en este caso tiene dos), o bien de desarrollos posteriores, a veces iniciados en fecha antigua.

6. De todas maneras, y prescindiendo de detalles, se logran reconstrucciones relativamente precisas —aunque incluyendo alomorfos— de la declinación indoeuropea de los nombres temáticos, en *-ā* y en oclusiva, y de varios tipos de otros temas, al menos para el indoeuropeo no anatolio y para los casos centrales de la declinación: N., V., Ac., G., Ab. Para el protoindoeuropeo, reconstruido con ayuda del anatolio, las cosas son mucho menos claras, como veremos; y también son mucho menos claras para el D., L., I., incluso en lo relativo al indoeuropeo posterior.

Estas reconstrucciones serán mencionadas más adelante. Pensamos, de todas formas, que a veces se logran mediante simplificaciones excesivas, que proyectan al indoeuropeo desarrollos o elecciones de lenguas particulares o, inversamente, interpretan como desarrollos recientes alomorfos indoeuropeos. Así se reconstruye un D. sg. en *-ei*, siendo así

que hay otras varias formas de D. y que *-ei* a veces tiene un uso que rebasa el del D.

Pero, prescindiendo de las características de cada forma, hay que advertir que el esquema de III.I.1.4 no puede aceptarse, ni siquiera para el indoeuropeo posterior, para todos los temas; la restricción relativa a la forma única de N.-V. y G.-Ab. en muchos de ellos, antes aludida, es insuficiente.

Efectivamente, mientras que las formas únicas para dos o más casos que hay en pl. y du. son consideradas como existentes desde el más remoto Indoeuropeo, cuando en una lengua o grupo de lenguas aparece una forma única para las que, según el cuadro, deberían ser dos o más, se piensa que se trata de un sincretismo secundario de formas antiguamente independientes; siempre con la excepción del N.-V. y del G.-Ab. sg. Así, el D. sg. del gr. se considera sincretismo de D.-L.-I.; el Ab. sg. lat., sincretismo del Ab., L. e I.; el G. del gr. y b.-esl., del G. y Ab. Otras veces el sincretismo sería parcial, sólo para tal o cual declinación (cf. *supra,* 1).

7. Ésta es una hipótesis que es *a priori* posible, pero que no debe nunca aceptarse si no se discuten antes sus méritos, en cada ocasión particular, en relación con los de la contraria: que la forma única sea un arcaísmo y la distinción de dos o tres casos en otra lengua dada, una innovación. También puede suceder que en una determinada fase del indoeuropeo hubiera tendencia a diferenciar una forma (generalmente caracterizada por un grupo de alomorfos) en varias de casos diferentes, y que esta tendencia fuera desarrollada más o menos en las distintas ramas. Hay luego que tener en cuenta que determinados desarrollos son posteriores al protoindoeuropeo: en éste apenas estaba ini-

ciada, por ejemplo, la oposición entre casos de sg. y pl., entre animado e inanimado; y la misma oposición N./G. estaba, formalmente al menos, poco desarrollada.

Resulta, pues, claro que el esquema de 1 es más un punto de llegada que un punto de partida: un punto de llegada al que las distintas lenguas se aproximan más o menos y, dentro de cada una, los distintos temas. Nosotros trataremos, en lo posible, de sustituir la reconstrucción de un indoeuropeo único por la de varios estadios cronológicos y dialectales, penetrados de vacilaciones y tendencias que sólo en fecha posterior cristalizaron, en forma diferente por lo demás, según las distintas áreas dialectales.

8. Pero resulta interesante, después de lo que hemos anticipado, echar de nuevo una ojeada al esquema de 1 con objeto de hacernos una idea de cómo se oponen e identifican las distintas formas y categorías.

En el cuadro de 1 se entrecruzan dos parámetros: el del caso y el del número. Cada forma responde, por tanto, a un caso y un número: hay que adelantar que entre ambas categorías hay alianza, es decir, que no se dan independientemente. En cuanto a sus formantes, hay amalgama: cada característica (simple o redundante) no se deja analizar como una característica de caso + una característica de número, es decir, no hay aglutinación. Sólo en una medida limitada se desarrolló secundariamente una marca de plural que aparece sólo en algunos casos, *-s*.

Notable en el sistema, de otra parte, es la existencia del sincretismo, término que debe entenderse sin resonancias diacrónicas: se trata de que, por ejemplo, al D. y Ab. sg. responde una forma única de D.-Ab. pl. (independientemente de que haya habido o no, en fecha anterior, formas independientes del D. y Ab. pl.). Ahora bien, la existencia de

D. y Ab. independientes en sg. implica que el hablante del indoeuropeo entendía el D.-Ab. pl., ya como D., ya como Ab. La definición de la forma única como D. o Ab. dependía de hechos sintagmáticos: su presencia en una distribución del mismo tipo de las del D. o Ab. (respectivamente) de sg. También de hechos paradigmáticos: ciertos D.-Ab. se interpretaban como D. porque eran conmutables, por ejemplo, por el Ac. produciéndose un cambio de sentido paralelo al que resultaba cuando se conmutaba el D. sg. por el Ac. sg. En definitiva, el sistema ideal a que tiende el indoeuropeo no acaba de definir los casos y números dentro de la palabra: necesita el complemento de la distribución y el sistema. Con más razón hay que decir esto de otros sistemas casuales menos desarrollados, en otras áreas dialectales o en una fecha anterior o, simplemente, en otros temas. Más todavía: ni siquiera es cierto que las formas sin sincretismo estén estrictamente caracterizadas dentro de la palabra: veremos luego que esto no siempre es así.

9. Hay que notar ahora que en la declinación del nombre indoeuropeo interviene un tercer parámetro, el arriba aludido del género. Aquí el sincretismo es mucho mayor todavía:

a) Existe en todo el indoeuropeo una oposición animado (luego escindido en masc. y fem.) / inanimado (luego neutro). Como ha quedado dicho en 1 y en 2, existen formas sincréticas de N.-V.-Ac. n. en cada número: se caracterizan, ya por *-om* (en los temáticos), ya por el tema puro (en los atemáticos) con varios grados vocálicos. En los demás casos, el paradigma es el mismo de los animados.

b) En el indoeuropeo no anatolio hay una oposición, dentro del animado, entre masc. y fem. No hay diferencias en el esquema de la declinación: encontramos las mismas

formas casuales en los mismos números. Pero solamente algunos temas están caracterizados como masc. o fem., y aun aquí hay vacilaciones: los temáticos son masc., pero a veces son fem.; los en *-ā* son fem., pero a veces son masc. Unos y otros conservan restos de la antigua indiferencia. Sólo los temas en *-ī* alternante con *-i̯ā* son siempre femeninos; también otros temas en *-ī* y los en *-ū*. Los demás temas son indiferentes a la oposición masc./fem.; pero, dado que ésta existe en los temas anteriores, hay que considerar éstos como sincréticos. En otros términos: el género masc. o fem. es denotado aquí por la distribución, es decir, por hechos de concordancia.

10. La declinación del nombre indoeuropeo es, pues, muy complicada. Incluso en el momento de su máximo desarrollo, que no hay que considerar de ningún modo como representativo de un tipo original omnipresente en todos los temas y en todas las lenguas, alía hechos de alomorfismo a otros de redundancia: la lengua tiene un exceso de elementos de los que podría prescindir. Y, al tiempo, existen el sincretismo y las amalgamas: la lengua tiene un déficit de elementos que hacen que la identificación de las categorías sea más compleja, debiendo recurrirse a hechos de distribución o paradigmática. Además, a veces las características de formas diversas son idénticas: por ejemplo, el tema puro puede desempeñar la función de varios casos y la definición se logra solamente por hechos de proporción, paradigmáticos en suma. Presentaremos detalles de todo esto. Pero antes conviene que notemos que una declinación con ocho casos, tres géneros y tres números podría expresarse económicamente, sin redundancia, alomorfismo ni déficit que hacen recurrir a la distribución o el paradigma, con un número muy reducido de marcas formales. Teniendo

esto en la memoria, se comprenderá mejor la complejidad del sistema de declinación indoeuropeo.

Efectivamente, bastaría con tres series de marcas: una de marcas casuales (siete y Ø), otra de marcas genéricas (dos y Ø) y una tercera de marcas numerales (dos y Ø): es decir, con once marcas más Ø. Añadiendo al tema una marca de cada serie en un orden fijo —incluido entre dichas marcas el Ø— se obtendrían por aglutinación formas perfectamente definidas en cuanto al caso, género y número. Por ejemplo, imaginemos que las marcas casuales son del 1 al 7, las genéricas la A y la B, las numerales la *a* y la *b* y que se aglutinan en este orden. Una forma de la declinación sería, por ejemplo, Tema + 2 + Ø + *b*, que podría denotar Ac. (N. = Ø, V. = 1), masc. (fem. = A, n. = B), du. (sg. = Ø, pl. = *a*). La simplicidad de este sistema contrasta con el infinitamente más complicado en cuanto al número de elementos del indoeuropeo que, sin embargo, no queda completamente definido dentro de la palabra más que muy pocas veces.

11. La expresión del género se lograba en el nombre, como hemos dicho, ya por la oposición de dos temas diferentes, ya por hechos de distribución diversos que afectan a un mismo tema; hay que añadir que a veces estos hechos de distribución diversos afectan a dos palabras con dos raíces también diferentes: por ejemplo, hay **pHtḗr* 'padre' y **mā́tēr* 'madre'. Hay que notar también que la oposición de temas (por ej., **pótis* y **pótnī*, ya mencionados) no excluye la existencia de la concordancia, que en este caso es redundante.

Como tanto el tema de masc. como el de fem. llevaban desinencias (salvo si se empleaban como puros: entonces se habla de desinencia Ø), que en principio y salvo ciertos

hechos que no tienen en sí relación con dicha oposición eran las mismas, nos hallamos ante algo nuevo dentro de lo visto hasta ahora en la declinación. Se trata, por así decirlo, de un segundo nivel: el sistema montado a base de desinencias más hechos de apofonía y lugar del acento y que comporta la alianza del número y caso es, por así decirlo, multiplicado por dos: dos temas diferentes se oponen llevando en principio las mismas desinencias, etc. Pero esta oposición sólo se da cuando se refiere a seres sexuados en que coexisten ambos términos: «el dueño» / «la dueña», «el lobo» / «la loba», etc. Otras veces no hay oposición, trátese de seres sexuados o no: **sūs* 'cerdo' es siempre fem., **nāus* 'nave' siempre femenino también.

Téngase en cuenta que este segundo nivel, cuando se alcanza, sólo es en lo relativo al masc. y al fem.: el n. se expresa sólo al nivel de las desinencias.

12. Ahora bien, hay una clase de palabras, la de los adjetivos, en que sistemáticamente se llega al segundo nivel, con la excepción de los neutros otra vez y teniendo en cuenta también aquí la existencia de sincretismos masc.-fem. Lo mismo sucede con los pronombres. Conviene que nos detengamos en este punto.

En principio, la declinación de los adjetivos es idéntica a la de los nombres. Cuando hay una diferencia, ésta es reciente: por ejemplo, en gr. los nombres masc. de tema en *-ā* llevan una *-s* en N. sg. (los adjs. en *-ā* son todos fems.); en germ. se ha desarrollado una flexión de los adjs. llamada «débil», provista de una característica *-n*. Únicamente hay que notar, como diferencia antigua, la existencia de ciertos adjetivos que siguen en algunos casos la flexión de los pronombres, la cual presenta importantes diferencias respecto a los nombres.

Fuera de esto, lo verdaderamente característico de los adjetivos es el hecho ya mencionado de la moción: de una misma raíz se obtienen dos temas que se oponen como masc./fem.; del segundo, con un cambio de desinencia en N.-Ac.-V., se obtiene el neutro. Es el tipo **néu̯os, *néu̯ā, *néu̯om* (lat. *nouus, noua, nouum*). Otras veces, sólo hay oposición entre un masc.-fem. y un n., que se distinguen no por el tema, sino por las desinencias u otras características flexionales (masc.-fem. **dusmenēs*, n. **dusmenés*, por ej.).

En los casos más favorables se crea así un conjunto de flexiones sistemáticamente relacionadas entre sí: es el segundo nivel de que hablábamos arriba. Y todavía puede mencionarse un tercer nivel. Gracias a la existencia de la gradación, los adjetivos pueden organizar en sistema tres conjuntos de tres flexiones como los mencionados: uno en grado positivo, otro en comparativo y otro en superlativo. Cada uno de estos grados está caracterizado por un tema determinado añadido a la misma raíz o, a veces, a raíces diferentes. Entre otros, son frecuentes el sufijo *-i̯os, -ii̯os* de comparativos y el *-isto* de los superlativos, añadidos directamente a la raíz: así tenemos, por ejemplo, **su̯ādús* 'dulce' (ai. *svādús*, gr. dor. ἁδύς), **su̯ādii̯os* 'más dulce' (cf. ai. *svā́dīyas-*, gr. át. Ac. sg. ἡδίω < *ἡδίοσα), *su̯ādistos* (ai. *svā́disthas*, gr. dor. ἅδιστος).

13. Estos sistemas flexionales de dos o tres niveles son, a todas luces, un producto reciente. En anatolio no existe todavía la comparación, que en casi todo el resto del indoeuropeo está desarrollada en mayor o menor grado y con intervención de varios alomorfos. Tampoco existe en anatolio la oposición de dos temas de masc. y fem.; sí la de un tema que distingue el animado del inanimado en N.-V.-A.

mediante la oposición de desinencias *-s/Ø*; het. *šalliš/šalli* 'grande', como lat. *suauis/suaue* < **suaui*.

Donde encuentran un paralelo estos sistemas es en la conjugación del verbo. Allí hay igualmente un estadio en que un mismo tema opone formas diversas con ayuda de desinencias, del vocalismo de la sílaba predesinencial y del lugar del acento: las categorías así marcadas son el tiempo, el número y persona (en alianza) y la voz.

Este estadio es el conservado por el anatolio y de él hay huellas importantes en otras lenguas: por ejemplo, en gr. es el conservado en las raíces *es* 'ser' y *bhā* 'decir'. Efectivamente, los verbos εἰμί y φημί se conjugan sobre un solo tema, con la sola excepción de las formas de futuro.

En el indoeuropeo no anatolio, sin embargo, lo habitual es que se organicen conjugaciones con dos y aun tres niveles de temas enlazados en sistema. A un tema de presente suelen oponerse uno de aoristo y uno de futuro (a veces en lenguas individuales hay alguno más); y cada uno de estos temas opone un tema de indicativo a uno de subjuntivo, uno de optativo a otro de imperativo. En realidad, el imperativo se distingue del indicativo por desinencias y no por temas (como el animado del inanimado); ambos representan el tema puro de presente, aoristo, perfecto o futuro, al cual se añaden características de subjuntivo u optativo para crear estos temas. Todo ello en líneas muy generales, pues también intervienen las desinencias y hay fenómenos de sincretismo y otros.

14. El hecho de que la flexión en varios escalones no haya alcanzado al nombre no quiere decir que no haya inicios de ello.

Una serie de formas indoeuropeas como las que siguen, restituibles por comparación,

**ménes* 'pensamiento'
**men-ter* 'que piensa'
**mén-tro* 'cosa que hace pensar'
**mn̥-tó* 'pensado'
**mn̥-tei* 'pensamiento'

son consideradas habitualmente como una serie de palabras independientes. Pero igual podrían concebirse en principio como diversos temas de la declinación de **men* 'pensar', raíz a la que se añadirían así nociones diversas: las de abstracto, agente, instrumento, pasión y acción, respectivamente. Si no se procede así es porque hay demasiada irregularidad en el sistema. De un lado, **men* puede llevar igualmente otros varios sufijos; de otro, es imprevisible si todos ellos o cuáles aparecen también en otras raíces; de un tercero, el significado de muchos sufijos sufre fluctuaciones excesivamente grandes según las raíces a que se añaden. De todas formas, hay que admitir que muchas de estas irregularidades se dan también en la flexión verbal de varios niveles. La diferencia es sólo de grado. En el fondo lo que sucede es que el verbo, sin duda por su propia naturaleza, se organiza en un número de categorías y funciones relativamente pequeño y de tipo muy abstracto. El nombre es susceptible de muchísimas especializaciones, cambiantes y, a veces, poco generalizables. De ahí la mayor dificultad de establecer un sistema flexional en varios niveles generalizable a todos los nombres.

Lo mismo puede decirse de los adjetivos, donde también hay un semisistematismo en la oposición de formas derivadas de una misma raíz con diferentes sufijos. En realidad, el sistema que opone masc./fem. y el de positivo/comparativo/superlativo no son más que dos casos en que, por la

generalidad de las nociones implicadas, se han logrado relaciones estables entre diversos temas.

2. NOMBRE Y ADJETIVO

1. Lo dicho hasta aquí no agota el problema de las relaciones y diferencias entre nombre y adjetivo. Hay que añadir algunas cosas más.

Prescindiendo de las eventuales diferencias secundarias en la flexión y del hecho de la moción (no ausente del todo del nombre, como hemos visto), un nombre puede ser idéntico a una forma de un adjetivo. Lat. *dominus* es formalmente idéntico, aunque sólo en la desinencia, a lat. *bonus*: el primero es nombre ('dueño') y el segundo adjetivo ('bueno'). Gr. ἀνήρ puede funcionar indistintamente como nombre ('un varón') o como adjetivo ('varón'). Pero sabemos que existe el fenómeno de la sustantivación de adjetivos, que opera una y otra vez, hasta hoy mismo, en la historia de las lenguas indoeuropeas. Se presenta la pregunta de si ciertas raíces unidas a determinados sufijos (incluso los mismos) daban nombres y otros adjetivos. O si existía una diferenciación de los mismos digamos inversa, es decir, con ayuda de sufijos o características diferentes: cf. por ej. **génos* 'familia' / masc.-fem. **eugenḗs*, n. **eugenés* 'de buena familia'.

En realidad, las relaciones entre nombres y adjetivos han sido oscurecidas por la sustantivización de adjetivos y por la continua derivación de adjetivos a partir de nombres. De ahí resulta que la diferencia entre ambas clases de palabras (incluso prescindiendo de la moción y gradación) está a veces muy marcada formalmente, mientras que otras sólo gracias a la distribución —en definitiva, a la función sintáctica— puede establecerse.

Pero, prescindiendo de los estadios recientes, encontramos ya en fecha antigua diferencias formales nombre / adjetivo: unas veces gracias a elementos derivativos que se han especializado en una u otra función, tal *-os* nombre n. frente a *-ē̆s, -és* adj.; otras, gracias a raíces o temas que se han especializado como nombres o adjetivos. Ya en anatolio y lo mismo en las demás lenguas encontramos este panorama, con diversas variantes de detalle.

2. Podemos, sin embargo, reconstruir un estadio más antiguo en el cual no hay diferencia formal entre nombre y adjetivo. En él es solamente la función sintáctica la que decide. Según cuál sea ésta, una misma palabra es nombre (normalmente, cuando restringe el sentido de un verbo o de toda una frase) o adjetivo (normalmente, cuando restringe el sentido de un nombre). Desde este punto de vista, el hecho de que una raíz pura como **u̯ok$^{u̯}$* o alargada como **u̯l̥k$^{u̯}$os* se usen sólo como nombres en las lenguas históricas ('voz' y 'lobo', respectivamente), se debe a que la función adjetival ha sido asumida por derivados recientes, aparte de por el caso G., cuya relación original con el adjetivo hemos de poner de manifiesto. Inversamente, si ciertos temas puros o provistos de alargamiento son sólo adjetivales en las lenguas históricas, ello no puede ser antiguo. Aquí hay que reinterpretar los datos. Decimos que het. *šalliš, -i* y lat. *suauis, -e* < *-i,* mencionados arriba, son sólo adjetivos: los nombres se forman mediante derivados secundarios, het. *šallatar* y lat. *suauitas,* respectivamente. Pero resulta más exacto afirmar que el n. *šalli, suaue* funcionan ya como adjetivos, ya como nombres: aquí no se puede hablar de sustantivación secundaria, tan antiguo es un uso como el otro y precisamente sobre esta dualidad se basa el proceso posterior de la sustantivación. Si estas formas

han quedado reservadas al género neutro, es evidente que son más antiguas que la creación del género.

3. Sin embargo, hasta este momento la antigua indiferencia formal nombre/adjetivo, anterior a una diferenciación al menos parcial que a su vez llevaría, ya a una diferenciación cada vez mayor, ya a una identificación secundaria por el proceso de sustantivización, es solamente una hipótesis. Pero esta hipótesis se puede apoyar por una serie de datos, que aquí no hacemos más que apuntar. En realidad, el proceso de la creación de adjetivos por derivación a partir de la antigua forma indistinta nombre/adjetivo, que luego quedó, a veces, polarizada como nombre, es paralelo al de la creación de los casos: en un cierto momento se trató del mismo proceso, luego se diferenció cada vez más el adjetivo del G. Sobre esto volveremos.

Los datos que favorecen la idea de una antigua indistinción formal del nombre y el adjetivo son, en primer lugar, rastros de esta antigua identidad que aparecen aquí y allá; en segundo lugar, la identidad original de las características nominales y adjetivales.

Al hablar de rastros de la antigua identidad nos referimos a hechos como el siguiente. En het. *kurur* es 'enemistad', pero también puede determinar a un nombre y entonces es 'hostil': *kurur antuḫšaš* 'hombre hostil'. El proceso por el cual se formaliza la oposición nombre/adj. lo vemos iniciado en het., donde existe igualmente un adj. *kururaš* (Ac. *kururan*) 'hostil'. Pero es notable ver cómo un mismo alargamiento, *-aš* < *-os*, se usa en un caso para convertir *kurur* en adj. y en otro reduce a **antuhš* a la función de nombre. Efectivamente, existen ejemplos en que hallamos uno al lado de otro nombres con y sin *-aš* de igual raíz y de igual sentido: *keššar* y *keššaraš* 'mano', por ejemplo.

Igual ha sido originariamente el caso, sin duda, de **dom-os* junto a **dom* 'casa', 'de la casa': la forma con *-os* ha eliminado la radical y es el nuevo nombre, pero no se ha mantenido un **domos* G. o adj.

4. Así, como resto del período más arcaico, no sólo temas de formación idéntica son masc. o fem. según la raíz, sino que son nombres o adjetivos según la función. Esto sigue sucediendo en las lenguas históricas en buen número de temas en *-ā*, en *-i*, en *-u*, en *-r*, en *-n*, en *-nt*, en palabras raíces. No en todos, ciertamente: hay considerable número de palabras fijadas como nombres o adjetivos, a veces con ayuda de características formales. Pero es claro que si **pe/od* es 'pie', el valor adjetivo se ha conservado en compuestos como **tri-pe/od* 'de tres pies', y así en el caso de innumerables palabras-raíces. En fecha más antigua, una palabra-raíz como **bher*, que en diferentes grados vocálicos ha dado el nombre del 'ladrón' en gr. (φώρ) y lat. (*fur*), debió ser usada también como adj. 'que se lleva'; y así los nombres de agente en *-ter* y otros, etc. Es significativo que los nombres en *-r* y los en *-n* sólo mediante el añadido de un nuevo sufijo hayan producido adjetivos (tipo lat. *patrius* de *pater*) y que el gr. conserve distribuciones adjetivales arcaicas como ἀνὴρ ποιμήν 'hombre pastoril', es decir, 'pastor'. Inversamente, los adjetivos en sus distintos géneros eran susceptibles del uso nominal: la sustantivación no hace más que desarrollar un fenómeno antiguo.

En definitiva, hay que suponer que en el indoeuropeo más antiguo todo nombre podía funcionar como adjetivo en determinadas distribuciones e inversamente todo adjetivo: lo cual se expresa mejor diciendo que había indiferencia formal a la oposición nombre/adjetivo. Se trataría de una situación semejante a la de ciertas palabras del inglés mo-

derno, donde *to throw a stone* y *stone wall* presentan dos usos diferentes, nominal y adjetival, respectivamente, de la palabra *stone*: si en el primer caso es nombre, es porque funciona como complemento de un verbo , y si en el segundo es adjetivo, es porque es determinante de otro nombre.

5. Sin embargo, el inglés presenta nombres y adjetivos definidos formalmente: por eso *stone* es dado en los diccionarios como nombre, que es su función más frecuente y se refiere a la clase de palabras menos marcada formalmente. Lo mismo sucede en las lenguas indoeuropeas conocidas históricamente. En ellas hallamos ya normalmente marcas formales del nombre y adjetivo.

Pero incluso aquí ya hemos apuntado que se dan rastros de la antigua comunidad de ambos. Efectivamente, el tipo de caracterización formal más reciente es aquel consistente en marcas que son propias exclusivamente de los nombres o de los adjetivos. Pero no es el único: hay otro en el cual las marcas formales son en sí idénticas, pero se añaden a distintas raíces o temas para dar nombres y para dar adjetivos; o bien son modificadas de un modo secundario mediante variaciones en la alternancia vocálica o el lugar del acento.

Esto ha sido ya ejemplificado mediante la desinencia *-os*, que, añadida a ciertas raíces o temas, da nombres, a otros, adjetivos, a otros aún, palabras que todavía conservan la facultad de usarse alternativamente con una u otra función. Es una desinencia que implica N. sg. masc.-fem. Lo mismo puede decirse de la *-s* de numerosos temas aludidos en III. III.4.11, que unas veces son nombres, otras adjetivos; en ellos *-os* se usa como des. de G. sg. (como también *-s*) y, de haber entre nombres y adjetivos alguna otra diferencia que la basada en la raíz o tema, consiste en diferenciaciones

secundarias. Diferenciación secundaria es igualmente la de *-os* de N.-V.-Ac. de nombres neutros de tema en *-s* y *-ēs, -es* en los adjetivos correspondientes (*-es* también en los casos oblicuos de los nombres); etc.

Por otra parte, habría en este contexto que llamar la atención sobre la muy frecuente coincidencia formal, que deriva de identidad original, entre adjetivo y Genitivo del nombre. Dejamos este tema para más adelante.

6. Con esto queda brevemente rozado el problema de la diferenciación de nombre y adjetivo a partir de formas originales ambivalentes cuya doble función se reconocía con ayuda de hechos de distribución. Deben retenerse los siguientes extremos:

a) La diferenciación formal nombre/adjetivo opera con unos mismos elementos empleados en distribución complementaria: según las raíces o temas a que se añaden, los caracterizan como nombres o como adjetivos.

b) Se tiende, sin embargo, a características exclusivas de una u otra clase de palabras, a veces logradas mediante modificaciones secundarias de las primeras. A partir de un momento dado, ya no se parte de formas originales ambivalentes: se crean adjetivos a partir de nombres y nombres a partir de adjetivos.

c) La diferenciación formal de los casos opera igualmente, ya con características idénticas en distribución complementaria, ya, luego, con características especiales de los diferentes casos, que suelen derivarse de las primeras. Estas características son, en parte al menos, las mismas que se usan para oponer nombre y adjetivo.

Estos hechos y el grado desigual de desarrollo, según las lenguas, alcanzado por las oposiciones nombre/adjetivo y las casuales, nos crean dificultades de exposición. Dado que

la flexión de nombre y adjetivo es idéntica y que los temas son en gran medida los mismos (aunque a veces vayan en distribución complementaria) y otras veces son simples modificaciones de los mismos, resulta conveniente exponer simultáneamente ambas flexiones. Al hacerlo resulta inevitable adelantar cosas sobre la caracterización formal de los adjetivos. Pero quedará pendiente sistematizar luego en un apartado todo lo relativo a los temas adjetivales.

3. AVANCES SOBRE EL MÁS ANTIGUO INDOEUROPEO

1. El indoeuropeo ha, en definitiva, formalizado las relaciones entre las palabras, y ello mediante una doble clasificación.

De un lado, ha opuesto al nombre, en cuanto relacionado con el verbo o autónomo, otro tipo de nombre que determina a éste: el adjetivo. La diferencia, que se marcaba primero mediante hechos de distribución y acentuales (III.III. 4.1), ha pasado a marcarse mediante características flexionales de las palabras: primero las mismas en distribución complementaria, luego independientes.

De otro lado, a la función de nombre como sujeto ha opuesto otras varias hasta siete como máximo. De estos casos, uno, el G., en cuanto es fundamentalmente el caso del nombre que determina a otro nombre, tiene gran comunidad con el adjetivo, aunque luego se diferencian formalmente y también se diferencian sus usos. En cuanto a los otros casos, responden a varios tipos de funciones que se han ido creando por abstracción entre las infinitas relaciones posibles entre palabras que se integran en unidades de sentido superiores. De fecha a fecha, de lengua a lengua y

de tema a tema, el sistema de los casos es diferente. Sustituye a un sistema anterior de relaciones entre las palabras, seguramente menos estrictamente tipificadas y marcadas por hechos distribucionales y acentuales. Nos ocupamos de él en VI.IV.1.

Hay que añadir que ambos sistemas se combinan en cuanto el adjetivo tiene una declinación: sin duda, un hecho de concordancia, en principio puramente mecánica, con el nombre que determina. Pero el adjetivo ha ido más allá del nombre en la complejidad de su flexión, en cuanto ha constituido los sistemas de dos y tres niveles a que nos hemos referido en III.I.2.12. Sin necesidad de ellos, el nombre ha constituido alianzas, igual que el adjetivo, entre la categoría de la relación (caso) y las del género y número, si bien tanto en el nombre como en el adjetivo intervienen numerosos sincretismos, no exactamente coincidentes por lo demás. El adjetivo añade la categoría de la gradación.

2. De una serie de nombres las relaciones entre los cuales, así como con las demás palabras, se deducían tan sólo de hechos distribucionales y acentuales, se ha pasado a estos complejos sistemas, que incluyen además varias categorías de origen reciente; sus marcas distintivas son sobre todo flexionales, pero incluyen también el lugar del acento y el grado de la vocal predesinencial. En ellos la formalización es bastante completa, aunque la definición de las categorías necesita a veces acudir a hechos distribucionales y paradigmáticos; es, por otra parte, con frecuencia redundante y llena de alomorfismo. Todas estas irregularidades, más la consideración de la posición respecto a ellas de las diferentes lenguas, son los puntos de apoyo en que se basa la reconstrucción, que debe tener en cuenta la existencia de fases distintas y de áreas dialectales, más la de situaciones

vacilantes y de transición que sólo con el tiempo, y nunca totalmente, fueron eliminadas.

Pero este cuadro debería completarse con lo que se refiere a otras clases de palabras. Pues hay huellas de que el verbo y en parte el adverbio sólo funcional y no formalmente se distinguían de las hasta aquí consideradas en el más antiguo indoeuropeo, todavía preflexional.

Los adverbios, en efecto, en buena medida son temas puros aislados de la flexión nominal; en otra llevan desinencias que se encuentran igualmente en el nombre. Aunque a veces son formas nominales fosilizadas, otras deben más bien entenderse como antiguos nombres usados en funciones que no hallaron cabida dentro de la sistematización casual a que se llegó.

En cuanto al verbo, hemos de estudiar en otro lugar con detención los problemas que plantea. Pero debe adelantarse desde ahora que sus raíces son las mismas de nombres y adjetivos y que su morfología está fundada en los mismos elementos empleados en la flexión nominal y edificada sobre los mismos principios. Temas puros y temas alargados con un reducido repertorio de características en distribución complementaria, luego con características especiales, se han opuesto entre sí para parcelar una serie de categorías de las que sólo una (el número) es coincidente con las del nombre. Hemos de llegar una vez más a la misma conclusión: en el indoeuropeo más antiguo las clases de palabras se distinguían funcional, no formalmente; o, mejor, la forma no era forma interna de la palabra (salvo el acento), sino forma externa, esto es, distribución. Pero luego las clases de palabras se caracterizaron formalmente y, simultáneamente, se parcelaron dentro de ellas categorías diversas con ayuda de características que en un principio no podían, evidentemente, tener ese significado.

3. Imaginamos, pues, el indoeuropeo más antiguo como una lengua sin Morfología, al menos en el sentido para nosotros habitual de una Morfología que trabaja fundamentalmente con ayuda de desinencias. Una misma palabra, según la distribución, podía funcionar como nombre, adjetivo, adverbio o verbo. Estas clases de palabras carecían de las categorías que luego les fueron propias. La presencia de numerales, pronombres personales y otros, adverbios indicando tiempo o voluntad o grados de posibilidad, dirección, etc., todo esto hacía posible precisar las relaciones entre las palabras o determinar su extensión. Cf. detalles en VI.

Ahora bien, el indoeuropeo poseía una serie de alargamientos y de posibilidades de variación del timbre de las vocales, así como del lugar ocupado por el acento, que fueron aprovechadas, ya para marcar formalmente las distintas clases de palabras, ya para señalar su adscripción a diversas categorías. En los modelos más antiguos estas características actúan con distribución complementaria y señalan tanto la clase de palabras como determinadas categorías propias de cada una de ellas. Esto es señal bien clara de que originalmente las características en cuestión carecían de relación con dichas categorías. Hay que imaginarlas, originariamente, como añadiéndose a las raíces sin modificar su sentido y cargándose luego del valor de clase de palabra y de categoría que se deduce de la presencia de las raíces en determinadas distribuciones. Por ejemplo, si una palabra A y una palabra B se encontraban en una distribución de la que deducía que A era verbo y B era nombre complemento del primero, la eventual presencia de un alargamiento *-om* tras A acababa por interpretarse como marca de un nombre en Ac.; la presencia del mismo *-om* tras B se interpretaba, allí donde el contexto dejaba claro que el

sujeto agente era la primera persona de sg., como marca de dicha persona. Sólo así pueden comprenderse la presencia de unas mismas características para indicar funciones muy distintas, y los restos de uso sin valor gramatical. De otro lado, es totalmente verosímil que a veces los mismos elementos se usaran para marcar diferencias puramente lexicales, luego gramaticalizadas.

4. Las características gramaticales empleadas por el indoeuropeo son, en realidad, muy reducidas en número:

a) Alargamientos *-os, -od, -ot,* como formadores de temas y desinencias; *-om,* como formador de desinencias; *-or, -on* y otros que remontan a *-oH*$^{i̯}$ y *-oH*$^{u̯}$ (en sus diferentes timbres), principalmente como formadores de temas. Esporádicamente, intervienen también *-dh, -bh, -g, -k.*

b) Variaciones del vocalismo dentro de la serie *ē̆/ō̆/Ø* y ello tanto en la desinencia como en la sílaba predesinencial. La *o* de los alargamientos de *a*) es una notación convencional que incluye los cinco términos de la escala *ē̆/ō̆/Ø.*

c) Variación de la posición del acento agudo entre la sílaba final y la penúltima o antepenúltima, según los casos; y oposición de palabras tónicas y átonas (cf. ya II.III.9).

Estos tres tipos de rasgos morfológicos pueden combinarse entre sí variamente. El problema que se presenta en la reconstrucción es el del origen de estas características, evidentemente escalonado en el tiempo y con variaciones dialectales. Solamente en el curso del estudio de la evolución de la Morfología indoeuropea hallaremos luz para intentar contestar a esta cuestión.

En términos generales, la conclusión a que se llega es a que el uso morfológico de los alargamientos, convertidos en sufijos y desinencias, representa la fase más reciente del proceso, aunque al servicio de las clases de palabras, catego-

rías y funciones de las mismas se pongan también los otros elementos. Pero éstos actuaban ya en una fase preflexional, que utilizaba concretamente los grados de alternancia *e/o* y la oposición palabra tónica/átona, a más del orden de palabras, como marcas morfológicas; el uso de una oposición en el lugar del acento procede de la fase flexional inicial.

Ésta es la conclusión del presente libro, que será expuesta mucho más detenidamente en ulteriores capítulos: aquí sólo se trata de una orientación inicial. Como ha quedado dicho en el prólogo, nuestra intención es exponer en detalle el paso del indoeuropeo preflexional al flexional en sus distintos sistemas. Por lo demás, la existencia de un indoeuropeo preflexional y el carácter reciente de los elementos flexionales no ha sido nunca puesto en duda.

5. No debe entenderse que los numerosos elementos usados en fechas sucesivas con fines morfológicos existieran todos juntos desde el principio. Algunos debieron crearse simultáneamente con su uso morfológico, tales los grados vocálicos alargados; otros, debieron difundirse ampliamente con ellos, tales los alargamientos. Antes del uso morfológico hay que postular unas veces que estos elementos carecían de sentido o tenían solamente el de marcar oposiciones lexicales. Cuando carecían de sentido, podían tener su origen en hechos analógicos o en condicionamientos fonéticos, teniendo luego lugar la morfologización. Toda lengua es un sistema y en ningún momento puede postularse un indoeuropeo que sumara confusamente sin carga significativa todos los elementos que posteriormente tuvieron una o diversas cargas significativas. Pero, de momento, no entraremos más que ocasionalmente en este problema que no carece de solución, sin embargo (cf. VI). Ahora vamos a ocuparnos del

otro problema: la construcción de la flexión, de momento la flexión nominal, indoeuropea a partir de un estadio preflexivo.

Conviene añadir que todo lo dicho hasta aquí se refiere a las raíces que llamamos nominal-verbales y a las clases de palabras de ellas deducidas. Existían también otras raíces, de valor originariamente deíctico, que llamamos pronominal-adverbiales, de las que se obtuvieron los pronombres y la mayor parte de los adverbios y partículas (de donde luego salieron preverbios, preposiciones y conjunciones). Estas otras raíces poseían características formales diferentes, careciendo también ellas de flexión. Era así posible distinguir clases de palabras aun antes de morfologizarse éstas, lo que posibilitaba la inteligencia de la frase.

II

ELEMENTOS FORMALES DE LA FLEXIÓN NOMINAL INDOEUROPEA. DETALLES SOBRE SU EVOLUCIÓN HISTÓRICA

1. ALOMORFOS Y TEMAS NOMINALES

1. Dentro de un mismo caso y número y con inclusión cuando hay sincretismo del parámetro del género, aparecen frecuentemente en indoeuropeo, según hemos dicho, diversos alomorfos que lo caracterizan. En realidad, la presencia de una característica única, tal *-m̥s* en Ac. pl., es un hecho excepcional.

Estos alomorfos pueden ser libres o en distribución complementaria. Alomorfos libres son los que pueden sustituirse arbitrariamente: tal en het. *-Ø* (el tema puro) y *-aš* en *kurur/kururaš* para el N. sg., *-is/-us* en el G. lat. (*Veneris/Venerus,* luego eliminado), *-ei/-i* en el D. gr. (el primero conservado sólo en micénico, donde también aparece el segundo). Las diversas lenguas han tendido a eliminar este estado de cosas, quedándose con una sola forma en cada tema (salvo cuando la elección es palabra por palabra) para cada alianza de caso y número (eventualmente también de

género). Pero cuando subsiste el alomorfismo en una lengua, a veces variando según los dialectos, existe una excesiva tendencia a considerarlo secundario: por ejemplo, las formas del D. pl. gr. -οις, -οισι se consideran continuación una del I. pl., otra del L. pl. Estos casos deben ser estudiados cuidadosamente, pues a veces el alomorfismo puede ser antiguo.

2. El alomorfismo libre procede, bien de caracterizaciones diferentes y alternativas de una misma forma, bien de fenómenos fonéticos. En todo caso, tiende, como decimos, a ser eliminado y a ser sustituido por el alomorfismo complementario. Por ejemplo, para seguir con el N. sg. animado, ciertos temas generalizan *-s*, otros se quedan con el tema puro; de éstos, unos alargan la predesinencial, otros no: cf. el detalle en III.II.3.1. Los alomorfos en distribución complementaria se distribuyen aquí el campo en función de los diferentes temas indoeuropeos. No siempre es tan sencilla la cosa: a veces la distribución complementaria varía de lengua a lengua y entonces el problema es si para el indoeuropeo más antiguo hay que admitir alomorfismo libre o si hay que contar con innovaciones de las lenguas particulares.

La distribución complementaria tiene lugar otras veces al nivel del léxico. Así, hemos reconstruido para el ide. un N. sg. en *-ḗr* para el nombre del 'padre' y otro en *-ōr* para el del 'hermano' (cf. III.I.1.5). Si vamos a las lenguas particulares, encontramos en G. sg. de los temas en *-i* dos tipos: uno derivado de *-i̯ós* (ai. *áris/aryás*) y otro de *-éis* (ai. *agnís/agnés*). La distribución palabra a palabra indica antiguo alomorfismo libre, dándose en todas o muchas ambas posibilidades. Se ha tendido a generalizar una de las dos posibilidades: así el lat. generaliza la segunda (pero cf. *senatuos,*

en un tema en *-u*); otras veces se tiende a reservar los dos tipos para diferenciar nombres y adjetivos. El tipo con G. en *-éis* da tanto nombres como adjetivos, mientras que el *-i̯ós* da sólo nombres: ésta es una distribución frecuente en het., ai. y gr.

3. Prescindiendo ahora de datos marginales como los apuntados de la distribución en cuanto relacionada con hechos lexicales o con la oposición nombre/adjetivo o con particularidades (heredadas o innovadas) de las lenguas particulares, resulta claro que dentro de la alianza caso-número-género la distribución complementaria está en función del tema: lo mismo cuando este tema se emplea puro que cuando recibe una desinencia. Se impone, pues, antes de nada, hacer un inventario de los temas que intervienen en la flexión nominal indoeuropea. En realidad, se entrecruzan dos criterios de clasificación diferentes: el de si esos temas son palabras-raíces o si derivan de las raíces gracias a alargamientos o sufijos; y el de la consonante o vocal en que terminan.

El criterio fundamental, desde el punto de vista de la flexión, es el segundo, pero conviene decir también algo del primero. Las palabras-raíces presentan en indoeuropeo diferencias de acento respecto a los temas derivados: ai. N. *pā́t* / G. *padás*, gr. N. πούς (dor. πώς) / G. ποδός, con un desplazamiento del acento que sólo en algunos de los temas derivados, no en todos, se da. No es sólo esto; sólo estos temas combinan en N. sg. el grado alargado y la des. *-s*. Por su parte, los nombres radicales en *-ī*, *-ū* llevan N. sg. con *-s* (ai. *dhī́s*, gr. σῦς), mientras que los temas derivados en *-ī* del ai. no la llevan casi nunca (*nadī́* 'río'.

4. Estas diferencias, sin embargo, tienen el aspecto de ser completamente secundarias. Más interés tiene el comprobar que una raíz pura puede terminar, en principio, en cualquier sonante o consonante (pero cf. VI.II.2 sobre ciertas restricciones en el consonantismo de las raíces), mientras que los temas derivados sólo admiten determinadas consonantes. Concretamente, solamente *-t, -s, -r, -n* y algunas laringales (a las que hay que atribuir los temas en *-i, -ī, -u, -ū, -ā* y otros aún) han sido usadas por el indoeuropeo para formar temas. Por tanto, estos elementos pueden ser, ya radicales, ya derivativos: en el primer uso está, sin duda, el origen del segundo. En cambio, existen palabras-raíces terminadas en otras consonantes. Así, en una palabra-raíz podemos encontrar una *-l* final (cf. gr. ἅλς, lat. *sal*), siendo así que *-l*, con la excepción del anatolio, no da temas derivados en indoeuropeo. De igual modo, hay palabras-raíces en *-s* (**mūs* 'ratón'), en *-m* (**kˢom* 'tierra', cf. véd. N. sg. *kṣā́s*, N. pl. *kṣā́mas*), en *-d* (**kr̥d* 'corazón'), y, en todas las consonantes y sonantes, salvo la *-u* y la *-i* (cf. VI.II.2).

Inversamente, hay en la flexión nominal indoeuropea un elemento puramente derivativo, no radical: la vocal temática *e/o*. Hay **dom-o* 'casa' junto a un más antiguo **dom*, **ped-o* 'suelo' junto a **ped* 'pie', etc.; a veces falta ya la raíz pura, hay **u̯l̥kʷo-* 'lobo' y no se conserva **u̯l̥kʷ-*.

Hemos de ver que es un elemento secundario, abstraído de los diversos alargamientos. Pues hay que tener en cuenta que *-m, -s*, etc. a que hemos aludido arriba no son más que formas de grado Ø de los alargamientos *-e/-om, -e/-os*, etc.

5. Tenemos, pues, que, prescindiendo de algunas palabras-raíces, los temas nominales indoeuropeos terminan forzosamente en una de las consonantes *-t, -s, -n* o *-r* o, por derivación de las laringales, en una de las vocales *-i, -ī, -u,*

-ū, *-ā* o *-ē* o en diptongos; las consonantes primeras citadas pueden acompañarse de diversos grados vocálicos y hay igualmente huellas de ellos en los temas en laringal o derivados. Aparte están los temas en *-e/-o*, temas derivados con características especiales. Y existen formas procedentes del alargamiento de unos por otros: temas en *-tā*, *-ti*, *-tu*, por ejemplo, y tematizaciones en *-te/-o*, *-ne/-o*, etc., comportando el vocalismo cero de la predesinencial.

Cuando los temas mencionados son al mismo tiempo raíces, esto es, cuando se trata de palabras-raíces, resulta bien evidente que el que terminen en *-ā*, en *-i*, en *-r* etc. no tiene relación con ninguna clase de categorías gramaticales: se trata de hechos puramente lexicales. Lo mismo puede decirse, en principio, de los demás derivados. En ellos, efectivamente, hay que considerar que la *-ā*, *-i*, *-r*, etc. proceden de la analogía con las palabras-raíces, en que dichos elementos carecen de sentido gramatical. Lo mismo hay que afirmar de las tematizaciones.

Históricamente, resulta claro que cuando un tema, derivado o radical, posee un valor gramatical propio, se trata de un desarrollo secundario. Por ejemplo, si en muchos nombres *-ā* indica femenino y *-o* masculino (ante *-s* de N. sg.; ante *-m* es neutro), ello no es sin excepciones, que han llevado hace mucho tiempo a la conclusión de que originariamente *-ā* y *-o* eran indiferentes al género.

Si el adjetivo en *-ā* es sistemáticamente femenino, ello representa un desarrollo más avanzado de la oposición. Paralelamente, el que *-to*, por ejemplo, sea en algunas lenguas marca de pasión (y aun de part. pasado de voz pasiva) depende de hechos de sistema de dichas lenguas.

6. Cuando los elementos finales de tema son derivados no radicales, hay efectivamente una cierta tendencia a opo-

nerlos entre sí o a un elemento Ø para marcar diversos sentidos que rebasan el nivel propiamente lexical.

Así surgen los que llamamos sufijos y los formantes que indican género y diversas categorías verbales. Es frecuente que se creen por aglutinación de elementos: tenemos, por ejemplo, *-ter* en nombres de parentesco y de agente, *-tero* en adjetivos que indican oposición y luego comparación; *-ti* y *-tu* en nombres de acción; etc. Cf. VI.VI.2.8. También se puede recurrir a diversas modificaciones, con ayuda del vocalismo o del lugar del sufijo, de un mismo elemento, simple o complejo.

Todo esto tiene interés por lo que respecta a la flexión porque la distribución complementaria de desinencias y demás, que en principio hemos dicho que está en función de la final del tema, entendiendo por final los elementos *-ā -ē, i, -ī, -u, -ū, -t, -s, -r* y *-n* ya mencionados, otras veces es diferente dentro de un mismo tema. Y aquí, aparte de las posibles diferencias entre temas radicales y derivados, hay otras que se refieren propiamente a los sufijos. Por ejemplo, los temas en *-r* no forman una unidad: en indoeuropeo no anatolio es a veces diferente la flexión de los nombres de familia en *-ter* de los de agente en *-ter*; de unos y otros hay, además, la variante *-tor*, con diversas distribuciones. Otras veces, en cambio, sufijos diferentes terminados en igual fonema tienen idéntica flexión.

Uno mismo de los alargamientos fundamentales a que nos estamos refiriendo puede presentar igualmente alomorfos en la flexión. En varias ocasiones hemos aludido ya, por ejemplo, a los dos posibles G. sg. de los temas en *-i* y en *-u* (cf. III.II.1.2) y también a sus diversos N. sg. (cf. III.II.1.3). Claro está que a veces el alomorfismo se usa precisamente para oponer tipos diferentes: nombre y adjetivo y géneros, sobre todo.

7. En definitiva, una forma indoeuropea que presenta la alianza caso-número-género, prescindiendo de que a veces tenga que acabar de ser definida con ayuda de hechos de distribución, puede analizarse de una de las maneras siguientes:

a) tema (radical o derivado) + desinencia.
b) tema puro.
c) tema + alarg. común a varios casos + desinencia.

Hay que añadir, en los tres tipos, los factores consistentes en el grado vocálico de la predesinencial y el lugar del acento.

El tercer tipo se refiere a los casos de heteroclisis, no tocados todavía. En ellos al tema se añade uno de los alargamientos arriba mencionados, *-en,* pero que en las palabras en cuestión, neutros, está excluido del N.-V.-A.; aquí aparece ya tema puro ya *-er* (a veces seguido de otro alargamiento). Cf. por ejemplo ai. *yūs/yūṣanas* 'caldo', het. *watar/wetenaš* 'agua', etc.

En ninguno de estos tipos sirve el tema para expresar la flexión, salvo si, en el tercero, queremos considerar que hay oposición entre dos temas diferentes. Pues cuando interviene el tema puro, sólo en razón de hechos de sistema ha pasado a indicar un caso determinado. Las diferencias de tema no tienen valor significativo o, si lo tienen, se trata, como hemos dicho, de oposiciones de género masc./fem. o de clases de palabras o de subclases dentro del nombre o del adjetivo o de diferencias propiamente lexicales. Otra cosa es que algunos de estos temas lleven una flexión especial.

2. DESINENCIAS Y OTROS RASGOS MORFOLÓGICOS

1. El principio central que rige la estructura formal de la flexión indoeuropea es el de la distintividad: un caso debe distinguirse formalmente de los demás. Este principio sólo tiene una excepción, que es la existencia del sincretismo, en que dos casos presentan igual forma, pero se distinguen en virtud de hechos distribucionales y paradigmáticos, según se ha expuesto más arriba.

Este principio de la distintividad halla su expresión más clara en el tipo *a*) de los mencionados arriba cuando una desinencia es exclusiva de una forma: por ejemplo, el Ac. pl. de todos los temas se caracteriza por la desinencia *-ms*, siendo así que *-ms* se da solamente en el Ac. pl. Éste es, sin embargo, un hecho excepcional, de origen analógico. También sería suficiente un grado vocálico o un lugar del acento exclusivo de una forma dada. Esto, en realidad, no se da nunca, aunque hay aproximaciones: fuera del anatolio en los temas en *-n*, *-r* es casi exclusivo y en los en *-s* exclusivo el grado vocálico largo de la predesinencial en N. sg. animado; hay, sin embargo, algunos inanimados en *-n*, *-r* con grado vocálico largo en N.-V.-Ac.

También sería perfecta la distintividad en el caso de una serie de alomorfos propios de una determinada forma, el N. sg. animado por ejemplo, con la condición de que fueran exclusivos de la misma. Pero éste tampoco se da apenas. Los alomorfos de N. sg. animado, concretamente, los cuales han sido mencionados en III.II.1.2, aparecen también, efectivamente, fuera de ahí. La *-s* la hemos encontrado ya en una serie de G. sg.; el tema puro funciona también como N.-V.-Ac. neutro, como V. y L. sg., etc. O sea: el alomor-

fismo no solamente se da dentro de una forma que responde a la alianza caso-número-género; es frecuentísimo que las mismas características se encuentren en formas diferentes. O sea, que unos mismos materiales, si vale la expresión, han sido empleados en la construcción de partes diferentes del edificio: ya en todo el indoeuropeo, ya según las lenguas o según los temas o grupos de palabras de un mismo tema.

2. Nuestra tarea, de momento, consiste más en ver cómo ha sido construido el sistema de la flexión indoeuropea para lograr la distintividad de las diversas formas, pese a estar construidas con un reducido número de elementos que se repiten en las más diversas funciones, que a especular sobre el origen de estos elementos. De todas maneras, queda claro desde ahora que estos elementos son, en principio, más antiguos que la flexión o flexiones que con ellos se construyen. Aunque no debe descartarse la posibilidad, que es en realidad un hecho, de que los elementos en cuestión se hayan modificado formalmente, hayan ampliado su distribución y hayan igualmente aumentado su frecuencia precisamente para facilitar la construcción del sistema de la flexión. Al estudiar éste, iremos reuniendo datos relativos al origen y desarrollo de los elementos que en él intervienen junto con los temas.

Las desinencias exclusivas de una forma dada, ya sean únicas, ya vayan en distribución complementaria con otras, son, según decíamos arriba, raras y sospechosas de innovadas. La *-ms* de Ac. pl. es muy posiblemente el resultado de adicionar a la *-m* de Ac., en un principio indiferente al número, una *-s* característica de pl. que se ha abstraído del N. pl. en *-es*. Esta misma *-s* es la que en ai. caracteriza el ide. *-bhi* (indiferente al número y con una amplia gama

casual) para convertirlo en *-bhis,* desinencia exclusiva de I. pl. El *-ei* que dan los manuales como desinencia exclusiva de D. sg. es, en realidad, un alomorfo libre junto al tema puro e *-i* de un antiguo D.-L., sólo secundariamente y no en todas las lenguas diferenciado en dos casos; cf. *supra,* III.II.1.1. Por lo demás, tanto *-ei* como *-i* son originariamente elementos temáticos de temas en *-Hⁱ* que sólo secundariamente han sido, por un falso corte, considerados desinencias y transportados lejos de su origen. No hablamos de otras desinencias exclusivas que son clarísimamente innovación de tal o cual lengua: por ejemplo, ai. D.-L.-I. du. *-bhyām,* lit. L. sg. *-je,* etc.

Por tanto, hay que concluir que si la serie con distintividad más evidente para oponer una serie de casos sería del tipo

Tema + X
Tema + Y
Tema + Z

y así sucesivamente, entendiendo por X, Y, Z desinencias u otras características de tipo exclusivo, estas series, en la medida en que existen en indoeuropeo, tienen carácter secundario y, en ocasiones, decididamente reciente y dialectal. Son un derivado, una especialización del tipo de oposición distintiva propiamente indoeuropeo, que es el que estudiamos a continuación.

3. Contando con un mismo tema, los casos en el indoeuropeo más antiguo se distinguen de otros casos mediante la oposición de una característica Ø a otras características diferentes o mediante la oposición de características diferentes, pero habida cuenta de que se trata de una cuestión de proporción. En principio, cualquier característica, incluida

la ∅, puede aparecer en cualquier caso: lo importante es que, para ese tema y ese estadio dialectal, los otros casos tengan características diferentes. Nótese que hemos dicho «en principio»: una característica determinada suele aparecer, efectivamente, en más de un caso; no, desde luego, en todos.

Más concretamente. Para un tema T_1, un caso C_1 puede expresarse con una característica ∅ y un caso C_2 con una característica *X*; pero para un tema T_2 puede suceder que el caso C_1 se exprese con *X*, mientras que el C_2 se expresa con *Y*. Para citar ejemplos concretos:

Gr. N. sg. πατήρ / G. sg. πατρός (desinencias ∅/*-ós*).
Gr. N. sg. πομπός / G. sg. πομποῦ (desinencias *-ós*/*-ósi̯o*).

El hecho proporcional está aquí alterado por la presencia en el N. sg. del primer ejemplo de un alargamiento: hecho secundario del que luego nos ocuparemos.

En definitiva, nos hallamos ante antiguas series de alomorfos libres que han sido secundariamente clasificados, ahora no ya dentro de un mismo caso, sino precisamente para marcar casos diferentes, creados de esta forma. Hemos visto, efectivamente, más arriba (III.I.2.5) que *-ós* era en principio un alargamiento del tema puro sin significado alguno; secundariamente, los usos sintácticos del tema han sido clasificados en dos tipos (entre varios) que fueron marcados formalmente utilizando, ya el tema puro, ya el tema alargado con *-os*; ya, claro está, otros alargamientos más: *-ósi̯o* hemos de ver que es ni más ni menos que el mismo *-ós* alargado con *-i̯o*.

De una manera paralela, los alomorfos de un antiguo D.-L. sg. *-ei*, *-i*, de que ya hemos hablado, quedaron secundariamente clasificados: en general, *-ei* marca D. e *-i* L.,

pero igualmente tenemos un L. en *-ei* o en *Ø*. Lo importante, una vez más, es la distintividad dentro de cada tema y cada estadio lingüístico o área dialectal.

4. Habida cuenta de que los elementos con que trabaja la morfología nominal indoeuropea son excesivamente escasos, nada de extraño tiene que en ocasiones uno de ellos haya sido modificado para servir de significante a dos formas diferentes; y al decir secundariamente nos referimos a fenómenos que pueden remontar, ya a fecha muy antigua, ya a estadios dialectales más o menos recientes.

Esas modificaciones son de los siguientes órdenes:

a) adición de nuevos alargamientos.
b) alteraciones diversas del vocalismo.
c) variaciones del lugar del acento.
d) morfologizaciones de evoluciones fonéticas diversas.

5. La ampliación de un alargamiento con ayuda de otro u otros nos es ya conocida. Aquí hay que añadir que se utiliza con fines flexionales y no ya de creación de sufijos o características gramaticales diversas.

Un buen ejemplo es el que acabamos de mencionar a propósito del G. sg. de los nombres griegos temáticos. En un momento dado ha debido existir en estos nombres, según hemos de ver luego más despacio, una homonimia entre un N. sg. y un G. sg. en *-ós*: esta homonimia se ha roto en griego y otras lenguas añadiendo a *-ós* un alargamiento *-i̯o* hasta dar *-ósi̯o*.

En cierto modo, la flexión de los heteróclitos, aludida arriba, representa un caso semejante. En G. sg. ai. *yaknás* (N. *yákr̥t*) no es, en realidad, otra cosa que una forma primitiva **yak-n*, que se oponía al N.-V.-A., la cual ha sido alar-

gada con *-ás* (< *-os*) para especializarla como de G., por oposición a otras especializaciones propias de los demás casos.

Otras veces, el nuevo alargamiento no logra otra cosa que lo que pudiéramos llamar una hipercaracterización: así la misma *-t* de *yákṛt*. Puesto que alargamientos como éste aparecen o no, arbitrariamente, según las palabras, parece claro que heredan una de las formas alternativas de antiguos alomorfos libres. En otras ocasiones, estas formas alternativas han sido generalizadas en unas u otras lenguas. Por ejemplo, a *-ōd* del Ab. sg. latino en los nombres temáticos responde en hetita una forma en *-az* que hemos de retrotraer a *-ōts* < *-ōds*. Sin duda, la des. *-ōd* podía admitir eventualmente el nuevo alargamiento *-s*, igual que alternaban N. sg. de tema puro y con *-s* y adverbios con y sin *-s* (cf. **ek/*eks*, **en/*ens*, etc.). El lat. y el het. generalizaron una u otra forma, mientras que es dudosa la posición del ai. Ésta es una evolución radicalmente diferente de aquella otra que aprovecha la existencia de dos formas sinónimas para utilizarlas como elementos de contraste, escindiendo su sentido.

Un alargamiento que con la mayor frecuencia se añade a otros y que a veces ha sido explotado para lograr oposiciones, ya lexicales, ya gramaticales, mientras que otras no afecta al sentido del tema a que se añade, es la vocal temática. Constituye un desarrollo secundario, una abstracción a partir de temas cuyas desinencias llevaban siempre el grado pleno o alargado.

6. La alteración del vocalismo de las desinencias, como igualmente la de la sílaba predesinencial, es el segundo de los recursos modificadores que se utilizan para evitar la homonimia del simple empleo de los temas puros o de los

temas con una desinencia del corto elenco de aquellas que maneja la Morfología indoeuropea. Estudiemos por separado lo relativo a las desinencias y lo relativo a los temas puros, dejando sin tocar, por el momento, un fenómeno redundante como es el de las alternancias de dicha vocal predesinencial. Tampoco entramos ahora en el origen de las alternancias.

Para volver a un terreno que ya nos es conocido, refirámonos a la desinencia *-e/-o/-∅s*, que hemos encontrado en el N. y G. sg. En uno y otro caso hemos encontrado en la exposición anterior los grados plenos y *∅*, pero hemos de añadir más detalles y hacer entrar en consideración la desinencia de N. pl. y el uso sufijal, como formador del tema de nombres y adjetivos, de la misma *-e/-o/-∅s*.

Prescindiendo del alomorfismo dentro de cada uno de los casos N. y G. sg., los distintos grados vocálicos sirven con frecuencia para oponer los casos unos a otros. Esto es lo que ocurre en el tipo ai. *áris/aryás* 'enemigo', ya conocido por nosotros, que opone N. *-s* / G. *-ós*; cf. gr. οἶς/οἰός, lat. *ouis/ouīs* (< *-eis*), etc. Pero son más contundentes los hechos del hetita, donde no hay solamente el tipo correspondiente, a saber, *šuppiš/šuppayaš*, sino también otro, *zaḫḫaiš/zaḫḫiyaš*, donde el sistema de las desinencias es idéntico, pero los grados vocálicos funcionan inversamente. En het. *-aš* marca en realidad el G. sg.-pl.; en otras lenguas el pl. lleva *-om* y *-os* queda reducido al sg., creado de este modo.

Pero no es sólo esto: el mismo alargamiento, provisto de un grado *-es* u *-ōs*, marca el N. pl. Hallamos *-es* en todos los N. pl. animados del hetita, incluidos los de los nombres temáticos: *antuḫšeš*, N. pl. de *antuḫšaš*. En las demás lenguas indoeuropeas es habitual pensar que *-es*, que es claro en los atemáticos, se encuentra también en los temáticos

y los en *-ā*, dando lugar por contracción a *-ōs* y *-ās*, respectivamente. Pero es más verosímil pensar que *-ōs* sea simplemente un alargamiento de *-os* para oponer, por ejemplo, **u̯l̥kᵘ̯os* N. sg. a **u̯l̥kᵘ̯ōs* N. pl. (ai. *vr̥kas/vr̥kās*, gót. *wulfs/wulfōs*, etc.). En cuanto a *-ās* de los temas en *-ā*, seguramente viene de *-ā-s*: la *-s* es suficiente para marcar el N. pl., dado que el sg. es asigmático; la homonimia con el G. sg. se resuelve variamente en algunas lenguas, en otras como el gót. y lit. se mantiene (pero en lit. hay en algunos temas diferencia acentual, cf. III.IV.1.4).

Vemos de este modo cómo un mismo alargamiento es susceptible de marcar tres formas de la declinación gracias a la oposición de timbres diferentes. Sirve también, además, para crear temas. Pues el *-os* que estudiamos es el mismo de un tema **génos* de neutros, cuyo tema puro funciona como N.-V.-Ac. sg., llevando la *-s* el vocalismo *-o*. Fuera de él aparece *-es*, que marca simultáneamente el tema y el caso no-N.: G. sg. **génes-os*, etc.; paralelamente a lo que vimos en los heteróclitos, es muy probable que originariamente tuviéramos una flexión N.-V.-Ac. **génos* / G. **génes*; los demás casos están formados sobre este último y han tenido que ser recaracterizados mediante desinencias. Por otra parte, *-es* crea igualmente temas adjetivales: junto a **génos* 'familia' hay **eugenés-* 'de familia'. Pero aquí se emplea otro elemento contrastivo a base del mismo alargamiento: el N. sg. animado lleva *-ēs*. De este modo, *-os* va en el tema puro de N.-V.-Ac. sg. del nombre; *-ēs* en el N. sg. animado del adjetivo; *-es* en todos los demás casos y números del nombre y el adjetivo, recaracterizándose mediante desinencias y el lugar del acento.

Este mecanismo volvemos a encontrarlo en otros alargamientos y sufijos. Veamos a continuación los casos que

más nos interesan (en forma abreviada que será precisada luego al hablar de los diferentes casos).

Alargamiento *-m*. Hallamos *-m/-om* en el Ac. sg. de los tres géneros, con redistribuciones secundarias; *-om* en el N.-Ac.-V. sg. n.; *-om, -ōm* y *-ēm* en el G. pl., con reparto secundario según las lenguas, siendo de notar que en el origen es indiferente al número, siendo secundaria la adscripción al plural.

Alargamiento *-d*. Hallamos *-ōd* en Ab. sg., junto a un alomorfo *-d* en temas en laringal; *-ēd* en I. sg. del het. y ciertos adverbios latinos; *-od* en el N.-V.-Ac. sg. n. de los pronombres y ciertos adjetivos.

Alargamientos laringales. Son por definición indistinguibles los grados largos de los plenos y con frecuencia está encubierto por la laringal si se trata de grado *e* u *o* (cf. II.II.2.9). Hay, de todas formas, testimonio claro de grados *-eH/-oH/-H* con varias laringales. Ahora bien, estos alargamientos difieren de los anteriores en que proceden, por falso corte, del elemento final de temas puros. Volvemos a ocuparnos de ellos más abajo, al hablar de los temas puros.

Vocal temática. Como ha podido observarse, la hemos considerado hasta ahora simplemente como el elemento vocálico de diversos alargamientos. Éste es, pensamos, su origen. Sin embargo, a veces se tendía a generalizar, en la declinación de una palabra, el uso de alargamientos provistos de grado pleno o alargado, no cero, eligiéndose para ello entre los alomorfos de distinto grado vocálico de los mismos alargamientos. En esta situación era fácil llegar a un falso análisis, según el cual en *-os, -om, -od, -oH* había dos elementos independientes, la vocal temática y la consonante; los casos con alargamientos (*-ōs, -ōm, -ōd*) se interpretaban como resultado de contracción. Pues bien, a partir de aquí pudo crearse en fecha relativamente antigua un alargamiento

puramente vocálico: *-e*, que marca el V. sg. en indoeuropeo no anatolio en estos temas. La *-ō* o *-ē* de I. sg. puede tener el mismo origen o proceder de los temas en laringal.

3. LOS TEMAS PUROS

1. Muy interesante es el fenómeno mediante el cual un mismo tema puro queda adscrito a diferentes casos mediante procesos de modificación, el más importante de los cuales es precisamente el de alterar el vocalismo de su sílaba final. En fecha antigua, este vocalismo se fijaba palabra a palabra, cuando no quedan huellas de alomorfismo dentro de una misma. Los neutros presentan aún este panorama: los hay con vocal larga (gr. ὕδωρ), breve (lat. *iter*), Ø (gr. ἧπαρ, lat. *iecur*). En hetita los temas en *-r*, que en realidad carecen todavía de género, aparecen según las palabras en unos u otros grados. Pues bien, en los animados del postanatolio se ha desarrollado un sistema de oposiciones en los grados vocálicos para marcar las diferentes formas de los temas puros.

Hemos visto ya lo esencial de este sistema a propósito de los adjetivos en *-ēs/-es*; fuera del anatolio la larga marca el N. sg. Lo mismo ocurre en los adjetivos de tema en *-n*; es el tipo griego σώφρων/σῶφρον. La forma de tema puro en grado pleno es V. sg. animado; al tiempo es N.-V.-Ac. sg. n. Recuérdense a este propósito las alternancias de los nombres neutros en *-os*, *supra*, II.II.2.6.

Donde ha tenido, sin embargo, más desarrollo el sistema es en los nombres animados de tema en *-r* y *-n*, en los que el grado alargado marca el N. sg y el pleno el V. sg.: **patḗr/*páter* 'padre', **u̯r̥sḗn/*u̯ŕ̥sen* 'varón'. Es hoy generalmente aceptado que se trata de un desarrollo moderno, de una

escisión destinada a marcar formalmente la oposición N./V. que, por otra parte, sólo en ciertos temas se desarrolló. En cuanto al timbre *e* u *o*, unas veces depende de hechos lexicales (cf. VI.V.1.6), otras el *o* aparece como derivativo, propio de segundo término de compuesto (gr. σώφρων frente a φρήν). Es sin duda una morfologización secundaria.

Pero no son sólo el N. y V. animados y el N.-V.-Ac.n. los casos que derivan del tema puro. El tema puro es una base precasual de la que han ido deduciéndose los distintos casos mediante alargamientos o modificaciones diversas, entre ellas el vocalismo, y dejando a veces restos de homonimia. Concretamente, aunque se tiende a generalizar para el L. (allí donde este caso se distingue del D.) una des. *-i* procedente de temas en laringal, es frecuente la conservación del tema puro como L. Se conservaba el tema puro o se alargaba con *-i* o de otra manera (en lit. con *-e*), la homonimia se resolvía a veces mediante la oposición de timbres: N. y V. *o* / L. *e*. Así en el tipo gr. αἰών/αἰέν, gót. *auhsa/auhsin*. También podía actuar como factor diferenciador el acento: N. y L. en la final / V. en la penúltima.

2. En los temas en *-H* el número de temas puros que se conservan en los diferentes casos, en parte distinguidos mediante el diferente grado vocálico, es particularmente importante. El asunto es tan complicado, que es preferible tratarlo al hablar del desarrollo de los casos uno a uno. Pero hay que adelantar algunas cosas generales, en parte recogiendo cosas ya dichas antes. Hay que partir de los siguientes principios:

a) Los temas verdaderamente productivos son los en -$H^{i̯}$: los en -$H^{u̯}$ sólo se encuentran como radicales. Esto comporta, sin embargo, algunas excepciones.

b) Dentro de los en *-Hⁱ* el hetita, salvo una excepción (*utne* 'tierra'), no presenta huellas de *-H_1*; hay flexiones en *-aiš* y *-iš* que pueden venir de *H^i_2* o *H^i_3*. En ellas alternan los grados pleno y cero (el alargado es difícil de distinguir del primero). Y alternan las formas con y sin solución terminada en *-i*.

c) El indoeuropeo posterior crea, por el contrario, una declinación en *-H^i_2* que tiende al grado pleno y a la falta de *-i*, aunque a veces aparece también; acaba por marcar el femenino. Aparte de esto hay una flexión que generaliza *-i* y que puede venir de *H^i_1* o *H^i_2* (tipo gr. πόλις) y otras en *-e*(*i*) y *-ō*(*i*), mucho menos frecuentes (tipos de lat. *diēs*, *cladēs* y de gr. ἠχώ/ἠχοι̯ος > ἠχοῦς, respectivamente).

Todo esto nos testimonia la tendencia a crear flexiones sobre temas regulares, con tendencia a la generalización de determinados vocalismos y determinadas soluciones fonéticas. Pero, aun dentro de ellas, hay diferencias de vocalismo y de solución fonética: las primeras las hemos mencionado ya a propósito de la oposición N./G. y de las formas *-ei*/*-i* de D.-L.

3. Volviendo a los temas puros, los encontramos en los siguientes casos y formas. Procedemos por temas.

En los temas en *-H_2* del indoeuropeo no anatolio lo normal en el N. sg. animado es *-eH_2* (declinación en *-ā*), frente al cual se encuentra a veces el V. sg. en grado cero (gr. νύμφᾰ, aesl. *rąko*); pero también hay huellas de un N. sg. en *-H^i_2*, así en el sufijo feminizante *-iH_1* (cf. gr. πότνιᾰ), en hom. εὐρύοπα, etc. Por otra parte, en estos temas es posiblemente un tema puro el N.-V.-Ac. du. en *-i* < *Hⁱ* (ai. *áśve*, aesl. *rącě*). Y, desde luego, formas en *-āi* que se encuentran en aesl. como D. y L., en gr. como D.-L.-I., en lat. y lit. como D. Volveremos sobre ellas al hablar del aprovechamiento de

modificaciones fonéticas para diferenciar temas. Es claro, de todas formas, que también intervienen hechos de alternancia: *-ai* es un grado cero (de -$^{o}H^{i}$, como acabamos de decir), *-āi* un grado pleno o alargado.

Las flexiones en *-ai, -ei* (una sola palabra) e *-i* del anatolio ofrecen igualmente muestra de temas puros. En los neutros éstos se hallan no sólo en el N.-V.-Ac. sg., sino también en el D.-L., lo que indica homonimia (así en el caso de *ḫaštai* 'hueso'). En los animados hallamos tema puro, por ejemplo, tanto en el V. sg. como en el D.-L. sg. de nombres como *tuzziš* 'ejército' (*tuzzi,* sólo testimoniado en D.-L., pero cf. V. *Kumarbi*) o adjetivos como *šuppiš* 'puro' (*šuppi,* también N.-V.-Ac. n.). La homonimia resultante se resuelve a veces por varios procedimientos: un alargamiento *-a* en D.-L. (también se da en los neutros); y, sobre todo, diferencias de grado vocálico. Así, el V. sg. de *šalliš* 'grande' es *šalli,* mientras que el D.-L. sg. es *šallai*; el reparto es reciente, como se ve por el hecho de que en *šuppiš* el D.-L. presenta alomorfos libres en *-i* y *-ai,* aparte de otros.

En los temas en *-i, -ēi, -ōi* del indoeuropeo posterior encontramos cosas semejantes. La alternancia de *-ei* e *-i* en el D.-L., de que ya hemos hablado, procede, en efecto, de variaciones del vocalismo en temas puros en -H^{i}, origen de todos estos temas. Hemos visto que hay una tendencia a adscribir *-i* al L. y *-ei* al D., mediante una oposición secundaria. También hay huella de *-ēi* (gr. hom. D.-L. πόληι, ai. L. **agnái,* cf. *agnáu*), que representa una variante fonética del grado pleno (cf. II.I.4.22). En cuanto a *-ōi* del D. o D.-L. de la flexión temática y al *-oi* o *-ei* del L. de la misma en varias lenguas, proceden de la final de los temas en laringal de que venimos ocupándonos.

4. Así, en definitiva, es el principio de la distintividad el que opera tanto si se opone tema puro a tema y desinencia como si se oponen entre sí dos temas puros en función diferente y distinguidos por el vocalismo. Éste no tiene relación con los casos, números ni géneros. En una primera etapa no tiene valor morfológico: se trata de puro alomorfismo, condicionado o no fonéticamente. En una segunda sí lo tiene, pero cambiante. El grado *e* es derivativo frente a *o*, indica una categoría más reciente, un término positivo: así G. frente a N., pl. frente a sg., adj. frente a nombre. La larga frente a la breve tiene rasgos semejantes cuando indica masc.-fem. frente a n. Pero el término marcado es notado, en otras ocasiones, por la *o* frente a *e*: así en el segundo término de compuesto; y también por breve frente a larga: así en V. frente a N. En cuanto a la oposición pleno/Ø, ambos grados pueden aparecer en el término marcado y en el no marcado: ambos pueden estar, por ejemplo, en el N. y en el G. sg.

Conviene señalar, aunque nos aleje de nuestro tema actual, la distinción secundaria entre desinencias o temas puros idénticos con ayuda del vocalismo, que éste se emplea como marca redundante, con características semejantes, en la predesinencial de temas alargados por desinencias. Al hablar de los temas radicales (cf. III.II.3), ya lo hemos indicado; e igual sucede en muchos no radicales. Se trata de alternancias, a las cuales ya hemos hecho alusión, entre, por ejemplo, N. sg. *-ei-s* (y *-ēi-s*) / G. sg. *-i̯-os* (het. *ḫurtaiš*/ *ḫurtiyaš*), existiendo igualmente *-i-s*/*ei-s*, *ēi-s* (ai. *agnís*/*agnés*). Hay también, claro está, *-i-s*/*-i̯-ós*, con grado Ø fijo (gr. οἶς/ οἰός). Una vez más la distintividad es lo decisivo, siendo posibles los tipos P/Ø, Ø/P y Ø/Ø. En cuanto el P/P (het. G. *šuppayaš*, gr. πόληιος > át. πόλεως) es considerado unáni-

memente como rehecho, aunque sobre esta cuestión hemos de volver.

5. En ciertos temas en *-r* y *-n* —no en todos— el indoeuropeo no anatolio sigue reglas muy estrictas en virtud de las cuales, en el sg. de los animados, al N. con tema puro alargado de que hablamos responde un Ac. con grado pleno y un G. con grado ∅: tipo del gr. πατήρ/πατέρα/πατρός.

Aquí parece regir un principio diferente del de la distintividad: el de la adscripción sistemática de determinados vocalismos a determinados casos. Pero hay todas las razones para pensar que se trata de un hecho secundario y que la presencia sistemática del grado ∅ en el G. sg. de ciertos temas y del grado pleno en el de otros no hace más que clasificar antiguos alomorfos libres, dándoles una distribución complementaria. En het., concretamente, aparecen formas como *kišširi, kiššari* o *kišri*, D.-L. de *keššar* 'mano'; *paḫḫuenaš* o *paḫḫunaš*, G. sg. de *paḫḫur, paḫḫuwar* 'fuego'. Sobre la fluctuación larga/breve/∅ en N. sg. hemos hablado más arriba (III.II.3.1).

En términos generales, puede decirse que el Ac. sg. forma el modelo de los casos rectos N.-Ac.-V., salvo el N. sg.; el G. sg., el de los oblicuos. Pero los temas en *-i* y *-u* presentan anomalías notables en este respecto; y en los en *-r* y *-n* existen ya el timbre *e*, ya el *o* en los grados P y L, correspondiendo en ai., de un modo no aclarado, *ā* a la *o* del grado P de otras lenguas (*aśmānam* junto a gr. ἄκμονα, *svasāram* junto a lat. *sorōrem*, con *ō* analógica del N.).

Así, este antiguo alomorfismo libre que suponemos en la predesinencial es el mismo que suponíamos en las desinencias y en la final de los temas puros. El paso a la distribución complementaria crea a veces un rasgo distintivo, a

veces uno redundante; uno y otro pueden quedar fijados para marcar exclusivamente un caso. Pero quedan una serie de cuestiones pendientes que estudiaremos más adelante. Entre otras, la morfologización de oposiciones *-i/-ī, -u/-ū*.

6. De las modificaciones secundarias con valor morfológico de unos mismos elementos de que hablamos en III. II.2.4, hemos estudiado en II.II.2.5 las ampliaciones con ayuda de alargamientos y en III.II.2.6 las alteraciones del vocalismo, aunque éstas nos hayan sacado por un momento del tema objeto de nuestro interés. Pasamos ahora a detenernos, aunque en forma más sumaria, en el tercero de los cuatro tipos de modificación enunciados en III.II.2.4: la variación del lugar del acento.

Sin necesidad de añadir material nuevo, podemos referirnos a este respecto a una larga serie de hechos ya recogidos. El lugar del acento va añadido como un elemento redundante a varias de las características de que nos hemos ocupado. Por ejemplo, los G. sg. del tipo *-n-ós, -r-ós, -i̯-ós, -u̯-ós* (Ø/P) llevan sistemáticamente el acento en la vocal desinencial; los en *-éi-s, -óu-s* (P/Ø) proceden inversamente. El lugar del acento está, a todas luces, ligado a la alternancia vocálica: si ésta es un producto secundario del acento, como suele decirse, o no, es lo que queda por elucidar, aunque nosotros nos decidiremos en sentido contrario. Frente a estas formas de G. —con las que, lo mismo que en lo relativo al vocalismo, son solidarias las de los casos oblicuos excepto el L. sg., sin duda por analogía— el N. y Ac. de los temas en *-r* y *-n* pueden llevar el acento, ya en la última sílaba del tema, ya en la anterior: se trata de hechos de vocabulario (cf. **pətḗr* pero **bhrā́tēr*). Lo mismo puede decirse de los N. y Ac. de los temas en *-i* y *-u*.

Desde el punto de vista que aquí nos interesa, vemos que el lugar del acento en parte tiene relación con hechos lexicales y en parte es redundante con ciertos tipos de declinación: se trata, sin duda, de una fijación secundaria. No hallamos huella ni de alomorfismo libre ni de oposición de dos desinencias o temas idénticos con funciones diferentes marcadas exclusivamente por el acento. Incluso en oposiciones N./V. del tipo ai. *pitā́/pitar*, gr. πατήρ/πάτερ el acento es un elemento sólo redundante.

7. Sin embargo, hay casos en que esto no es así. Son de dos tipos:

a) Dentro de la flexión nominal, se trata de innovaciones de las lenguas particulares. El caso más notable es el de la primera declinación griega, en que a un N. sg. κεφαλά responde un G. sg. κεφαλᾶς y un Ac. pl. κεφαλάς; sólo por el tipo de acento, circunflejo y agudo respectivamente, se distinguen estas dos últimas formas. Se piensa hoy día que el circunflejo del G. es una innovación del griego sobre el modelo de -ήν/-ένος, -ής/*-έσος (el circunflejo comporta que el acento retrocede una mora); el circunflejo del baltoeslavo procede de una innovación paralela. Una innovación muy diferente de otra lengua es la que hace que en ai., donde *e* y *o* dan *a*, sólo por el acento sigan distinguiéndose un G. sg. *rucás* y un N. (y Ac.) pl. *rúcas* de la palabra *rúk* 'voz'.

b) Frente a estas y otras innovaciones recientes, la posición del acento se ha morfologizado autónomamente, esto es, sin redundancia, en la creación de una oposición nombre/derivado (a veces adjetivo) que remonta a fecha antigua, aunque, evidentemente, se ha desarrollado cada vez más. Así, a los nombres en *-os* responden adjetivos en *-ēs, -és,* como sabemos: aquí en los casos rectos la distintividad no

está solamente a cargo del acento, pero sí en los oblicuos (G. sg. γένους < **génesos* pero εὐγενοῦς < *eugenésos*: en ai. *yáśasas* 'de la gloria' / *yaśásas* 'del glorioso'). Lo mismo sucede en ai. con los nombres en *-men*, con la diferencia de aquí se oponen dos nombres, uno neutro y otro masc.: *várimaṇ-* n. / *varimáṇ-* masc. 'extensión'. Hay hechos comparables en los en *-i* y en *-u*. Y en los temáticos son conocidas diferencias de acento como las que oponen los tipos ai. *váras* 'deseo' / *varás* 'pretendiente', gr. τόμος 'corte' / τομός 'que corta'.

8. Es bien claro que, pese a la existencia de un mecanismo que le liga en cierta medida a las variaciones del vocalismo, el acento tiene una función morfológica, bien acumulada a la de las alternancias vocálicas, bien autónoma. Lo mismo ocurre con éstas, que sólo en cierta medida son solidarias con el acento. La naturaleza y origen de esa relación, sólo parcial, es la que es difícil de establecer, así como en qué medida el valor morfológico del acento, que se extendió secundariamente, remonta al indoeuropeo más antiguo. El hecho de que sea tan frecuente en G. el acento en la final —de ahí se extendió sin duda a los casos oblicuos, como queda dicho— y que lo mismo ocurra en los adjetivos y derivados en general, hace sospechar que aquí se ha conservado una función morfológica del acento, anterior a la fase flexional del indoeuropeo: un nombre, acentuado en la final, actuaría como determinante de otro. El panorama hubo de variar luego parcialmente, puesto que hay genitivos y adjetivos de acentuación diferente, usada como mera marca distintiva con otros casos o con el nombre. Ahora bien, el acento final exige ya palabras disilábicas, alargadas: un estadio próximo ya al flexional (cf. VI.VI.3.1), que siguió

a otro en que el determinante se marcaba simplemente con una forma tónica (cf. II.III.9).

9. El cuarto y último procedimiento empleado para modificar variamente una misma desinencia o tema puro y poder usarlos en dos funciones diferentes es el consistente en morfologizar tratamientos fonéticos alternativos de elementos finales de los mismos. Esto sucede solamente en el caso de las laringales.

Sobre las varias posibilidades en el tratamiento de las laringales ya hemos hablado en la Fonética. Aquí hay que notar que, incluso en hetita, no ha quedado en la flexión nominal ninguna laringal con función morfológica. En posición final, tras consonante han vocalizado: no hay huella de simple caída. Tras vocal, la han alargado o dejado intacta, según la silabación, tiñéndola en el primer caso con su timbre; el apéndice ha dejado huella como *-i* o *-u* o no la ha dejado, según los casos. Todo esto supone, tanto en el caso de *-eH* como en el de *-H*, la existencia de una serie de alomorfos, serie que es más reducida de lo que teóricamente se esperaría por el hecho, ya mencionado, de que se producen regularizaciones según los temas: en los en *-ā*, concretamente, se evita la vocalización *-i* del grado cero (pero hay *-ăi*); en los en *-i*, inversamente, se evita la vocalización *-ă* (pero en los grados plenos hay *-ōi/-ō*). Evidentemente, en hetita, en la fecha de nuestros documentos, estaba muy avanzada la pérdida de *H*, que se mantuvo principalmente como rasgo distintivo de carácter lexical y, en raras ocasiones, en la morfología del verbo.

10. Esto implica que el desarrollo de la flexión nominal remonta al protoindoeuropeo, incluso en lo que se refiere a los casos D.-L. y N.-V.-Ac. n.; nueva prueba de ello es la coincidencia, al menos parcial, a este respecto del anatolio

con el indoeuropeo. Pero hay que hacer observar que el anatolio, en la medida en que conserva alomorfos diversos de *-eH,* los trata como alomorfos libres. Sólo el indoeuropeo ha iniciado —no completado— el camino que lleva a oponerlos como alomorfos en distribución complementaria que marcan casos diferentes.

Hay que insistir en que estos varios tratamientos de una final laringal se refieren a temas puros, luego clasificados entre casos diferentes: N., V., D. y L. sg., N.-V.-Ac. pl. n. Pero estos elementos finales luego han sido analizados como desinencias y transportados a otros temas: fenómeno que ya se da en el D.-L. y el N.-V.-Ac. n. del anatolio, aún no relegados al sg. el primero y al pl. el segundo. Por ello decíamos que el desarrollo incluso de esta zona de la flexión debe ser atribuido al protoindoeuropeo, anterior a la escisión del anatolio. Sin embargo, a los efectos que ahora nos interesan, el carácter temático o desinencial de la *-eH* o la *-H* carece de interés.

11. *Grados cero.* Según lo expuesto en la Parte I, los resultados posibles de los grados cero, prescindiendo del mantenimiento o caída de la *-H,* son los siguientes:

$$H^{i̯} > ă, ăi, i.$$
$$H^{u̯} > ă, ău, u.$$

En virtud de la clasificación de los temas en *-H*$^{i̯}$ en el indoeuropeo, hay temas en *-ā* y temas en *-i,* los primeros de *-H*$^{i̯}_{2}$ y los segundos de *-H*$^{i̯}_{1}$ y *-H*$^{i̯}_{3}$; los primeros tendiendo a la expresión del fem. y del n. pl. y los segundos dando ya un masc.-fem. ya un n.; los primeros con uso predominante del grado pleno y los segundos del Ø. Por ello, no encontramos en estas lenguas dobletes *i/ă,* ni como alomorfos

libres ni en distribución complementaria, ni menos marcando casos diferentes; tampoco encontramos dobletes *u/ă*: sólo hay el tipo de flexión en *-u* correspondiente a la en *-i*, el cual ha eliminado, por analogía, la vocalización *-ă*.

En cambio, la fluctuación *ă/ăi* la encontramos en el postanatolio en los temas en *-ā*. No hacen contraste, sino que se reparten por temas o lenguas, en el V. sg.: gr. νύμφᾰ, aesl. *rąko* / gr. γύναι, ai. *áśve*. Sin embargo, *-ăi* se ha morfologizado:

a) En el N.-V.-Ac. du., cf. *infra*, III.IV.5.2, provocando en ai. la homonimia con el V. sg. que acabamos de citar y en gr. con el N. pl., de origen pronominal.

b) Dando la forma temática para derivados adjetivales con *-o* en gr.: γύναιος, δίκαιος, etc.

c) Quizá en D.-L., cf. los infinitivos en *-ai* y gr. χαμαί, ai. *gmé* de *gmā̆* 'tierra'. Sin embargo, es seguro que el D.-L. aesl. *-ě*, el D. lit. *-ai* vienen del grado pleno *-āi* como es el caso del D.-L. gr. χώραι, lat. *terrae*, gót. *gibai*; también el del het. *šuppai*, vide *infra*.

d) En algunas palabras-raíces aparecen formas de grado Ø en *-ăi*. Concretamente, de *rā̆s* aparecen en composición un D. sg. *-raye* y un L. sg. *-rayi* que sólo como temas derivados secundariamente de **răi* se comprenden; esta forma se conserva en un V. sg. *-re*.

12. A su vez, *-ă* se ha morfologizado:

a) Como queda indicado, como V. sg. frente a N. sg. *-ā*; pero también hay N. sg. (cf. II.II.3.3).

b) En ciertas lenguas, como N.-Ac.-V. n., cf. gr. δῶρᾰ, γένεᾰ. En otras se ha impuesto *-ā* y en ai. hay reparto secundario en función del tema (*-ā* en temáticos/*-i*, no *-ă* en atemáticos). Además, existe el N.V.-Ac. fem. *-i̯ă* (gr. πότνιᾰ) con el sufijo feminizante *-iH*; en otras lenguas *-iH* > *-ī*.

En anatolio hay huellas de la oposición *-i/-ă/-ăi* en los temas en *-i*, aunque las de *-ai* son dudosas. Si en un D.-L. het. *šallai* frente a N. *šalliš*, V. *šalli* estuviéramos seguros de encontrar *-ai*, sería clara la morfologización de la oposición. Pero puede venir, y seguramente viene, de un grado pleno, quizá de *-ōi*, si no de *-oi*; como el otro alomorfo del D., *-a*, viene sin duda de *-ō*. En cambio, es muy clara la oposición *-i/-a* entre V. animado y N.-Ac. n. sg. de una parte, y N.-Ac. n. pl., de otra (*šalli/šalla*). Queda únicamente la duda de si esta *-a* es *-ă* o *-ā*. Las demás lenguas, por causa de su generalización de la *-i*, han rehecho este n. pl.: lat. *maria*. Recurso al que, por lo demás, acude ya el het. en los temas en *-u*: *genu* 'rodilla' / pl. *genuwa*.

13. *Grados plenos*. Limitándonos a los temas H^i, los resultados teóricos de los grados plenos son los siguientes:

$$-eH^i_1 > -\bar{e}, -\bar{e}i, -ei$$
$$-eH^i_2 > -\bar{a}, -\bar{a}i, -ei$$
$$-eH^i_3 > -\bar{o}, -\bar{o}i, -ei.$$

Todos estos resultados están testimoniados. Hay que recordar que en anatolio sólo hay una palabra claramente con $-H^i_1$, *utne*, y que los temas en *-ai* y *-i* pueden venir no sólo de $-H^i_3$, sino también de $-H^i_2$, que aquí no se especializó a la manera del postanatolio (cf. II.II.3.2).

Por lo que respecta al indoeuropeo, sus regularizaciones de temas, ya aludidas, han sido causa de ciertas restricciones:

a) En cada tema se fija un timbre único: en los que tienen grado pleno en el N. sg., éste impone el timbre, así en las declinaciones de los tipos en *-ā* (ai. *áśvā*, gr. χώρᾱ),

en *-ē* (lat. *fidēs*) y en *-ō* (gr. ἠχώ) se manejan tan sólo, respectivamente, estos timbres.

b) En la declinación de N. sg. en *-i-s* también hay un timbre fijo: en unas palabras *e*, en otras *o*; se trata del tratamiento heterosilábico de la *Hⁱ*. Lo mismo en los temas de N. sg. en *-u-s*.

c) En estos mismos temas en *-i* y en *-u* se generaliza en los grados plenos la solución con *-i* (*-u*). En cambio, en los en *-ē* y *-ō* hay una fluctuación aprovechada a veces morfológicamente, entre soluciones con y sin *-i*. En los en *-ā* el aprovechamiento morfológico de la oposición *-ā/-āi* es normal.

En anatolio esta fluctuación se da en todos los temas en calidad de alomorfismo libre, con ciertos intentos de morfologización.

Hay que observar, por otra parte, por lo que se refiere a *-ā(i)*, *-ō(i)*, que no siempre son temáticos, sino que, en calidad de desinencias, se añaden a otros temas. *-ō(i)*, concretamente, se elige, en virtud de su timbre, para los nombres temáticos, que contribuye a crear. Pero el análisis de *-ō(i)* en *-o* + *ei*, que es habitual, debe descartarse.

14. He aquí ahora algunos datos, relativos a los tipos de oposición que, representando a veces todavía un simple alomorfismo libre, se han morfologizado otras veces: ya distribuyéndose por temas (en los que hay variación de lengua a lengua), ya caracterizando casos diferentes:

a) *-ēi/-ē, -āi/-ā, -ōi/-ō* (y formas paralelas con *-u*, de *Hᵘ*). En unas pocas palabras-raíces la morfologización es variable de una a otra y, dentro de una misma, de lengua a lengua. Unas llevan *-Hⁱ* y otras *-Hᵘ*. Pero en realidad no se trata de morfologizaciones del tema puro, sino de éste combinado con desinencias: por ejemplo, ai. *rā́s/rā́yas* 'riqueza', *gáus/*

gắm 'vaca'. No tienen, pues, interés desde nuestro punto de vista actual.

Sí lo tiene, muy principalmente, la oposición *-ā/-āi* del postanatolio en los temas en *-ā*. Mientras esta *-ā* es N. (y generalmente también V.) sg., la forma en *-āi* ya hemos visto que es D.-L. o D., según las lenguas. Debe descartarse la antigua interpretación de que subyace una contracción *-ā-ei*. Por otra parte, hemos visto que *-ā*, en situación de alomorfismo en principio libre con *-ă*, marca también el N.-V.-Ac. n. pl. (más antiguamente, indiferente al número, así en het.).

En la quinta declinación latina hallamos testimoniadas en G. sg. formas como *fidē, diē,* al lado de las normales *fidēī,* etcétera, caracterizadas secundariamente con la misma *-ī* de *domin-ī*. Para el D. sg. las formas normales son del tipo *diei, rei,* siendo *-ei* monosilábico y debiendo entenderse como *-ēi* o *-ei*; se trata de temas puros, en todo caso. Junto a ellos tenemos también testimoniado un D. en *-ē*, idéntico al G. antes mencionado. O sea: hay huellas de un tema puro en *-ēi/-ē,* tendiéndose a morfologizar la primera forma como D. (D.-L., mejor dicho) sg.; la segunda tiende a ser eliminada.

Un tema gr. ἠχώ/ἠχοῦς < **oi̯os* presenta una morfologización de la oposición *-ō/-oi,* no exactamente la que estamos estudiando en este momento; el ai. *sakhā-/sakhāy-/sakhe-* presenta la escala completa de las soluciones *-ō/-ōi/-oi-*. Pero en ambos casos las diferencias de la evolución fonéticas son sólo rasgos redundantes al lado de las desinencias.

En los temas en *-Hu̯* el doble tratamiento *-ē/-ēu* se encuentra, aparte de en palabras raíces (en las que también hay *-ō/-ōu,* cf. *supra,* y *-ā/-āu,* cf. gr. N. sg. ναῦς / Ac. sg. dor. νᾶν), en los nombres en -εύς. Al lado de las formas en *-ēu-* tenemos, efectivamente, otras en *-ē*: cf. arc. ἱερής,

ἱερῆν, chip. ιϳερῆς. pero no hay oposición de temas puros con tratamientos *-ēu/ē*.

15. Más interés tiene la existencia de formas en *-ōi* y *-ō* en D. de los nombres temáticos. El indoeuropeo no anatolio generaliza la primera de estas dos formas, mientras que la segunda está en el I. sg. del ai. y lit. y en formas adverbiales griegas y latinas, cf. ai. D. *vṛkāye* (forma alargada secundariamente, cf. av. *vərkāi*) / I. *vṛkā*, lit. *vilkui/vilkù* y adverbios del tipo gr. οὕτω, lat. *modo*. Pero en gót. *-ō* > *-a* es D.-L.; y en het. alternan *-ā* y *-āi* en el D.-L. El I. del ai. y los adverbios de las lenguas mencionadas muestran también *-ē*.

Se trata, sin duda, de morfologizaciones secundarias, como una mirada al anatolio hace ver claramente. En éste los temáticos tienen, ya un D.-L. en *-i*, ya uno en *-a*, *-ai*, ambos analógicos sin duda de temas en *-i* (< *-Hⁱ*), pues en los temas en *-ai* y en *-i* encontramos, junto a un D.-L. en *-i*, otro en *-ai*, *-a*, como ya hemos expuesto. Es evidente que, en estos temas, el *-ai* del het. recubría un *-ōi*; alterna con *-a*, sin duda de *-ō*. Secundariamente, *-ō* y *-ōi* han sido trasladados a los temas con vocal temática, creándose así una flexión sobre un tema que termina sistemáticamente en *-o/e*, breves o largas. En cambio, en otros temas el indoeuropeo tiende a eliminar las soluciones con vocal larga: las hemos visto, sin embargo, en algunos radicales o derivativos y hay que añadir formas de D.-L. en temas en *-i* tales como D.-L. gr. πόληι, L. ai. **agnai* (sustituido por *agnau*). Hay que notar que el anatolio generaliza *-i*, *-ai* y *-a* en varios temas como des. de D.-L. Frente a *-ai*, *-a* tendió a morfologizarse como un D. directivo.

16. Dentro de los grados plenos, otra oposición que se ha aprovechado morfológicamente es la que opone vocal breve a larga, como resultado de tratamiento heterosilábico frente a monosilábico de la laringal. Es el siguiente tipo de oposición:

-ē(i)/-ei, -oi (mediando alternancia de timbre), *-ō(i)/-oi, -ei* (íd.). Teóricamente, también es posible *-ā(i)/-oi, -ei,* pero ya hemos dicho que estos temas regularizan el timbre.

A veces estas formas funcionan como alomorfos libres, así en ciertas palabras-raíces hay que suponer esto como punto de partida para especializaciones del tipo ai. N. sg. *dyáus* / G. sg. *dyós* (< **di̯ēus/*di̯eus*), N. sg. *rayis* (junto a *rā́s*) / G. sg. *rāyás.* Toda relación entre la cantidad de la vocal y el caso es secundaria, aunque se imponen ciertas tendencias.

En un tipo derivado del griego, ya mencionado, se ha llegado así a oponer un N. sg. ἠχώ, πειθώ a un V. sg. ἠχοῖ, πειθοῖ; cf. también ai. N. sg. *sákhā* / V. *sákhe.*

La oposición larga/breve se ha utilizado principalmente, sin embargo, para oponer un D. a un L. sg. en algunas lenguas. Es frecuente, sobre todo, en los nombres temáticos el oponer un D. en *-ōi* a un L. en *-oi* o *-ei*: de aquí lat. *domo* (cf. *Numasioi* en la fíbula de Preneste) frente a *domī* < *-oi,* gr. οἴκῳ/οἶκοι. El arcadio, donde la forma en *-oi* funciona como D.-L., testimonia que el reparto es secundario. Pero no se trata sólo de los nombres temáticos. Hallamos formas con vocal larga en L. sg. de los temas en *-i* y *-u* frente a otras con vocal breve clasificadas como dativos. En ai. existen, por ejemplo, L. *ágnā* (junto a *ágnau* analógico, *vide supra*), *sunaú*: a su lado los D. sg. *agnáye, sūnáve* representan sin duda alguna formas hipercaracterizadas con un *-ei* abstraído como des. de estos mismos temas. El tema puro lo hallamos en gr. πόλει (hay dialectos con grado cero,

πόλῐ), a comparar con πόληι: aquí no ha llegado a producirse la escisión D./L., el reparto es dialectal.

Una morfologización diferente es la que se trasluce en la oposición en pl. entre I. *-ōis* (ai. *vṛkais*, lit. *vilkaĩs*) y L. *-ois* (ai. *vṛkesu̯*, analógico de los en *-u*). Es dudoso si existió la oposición en otras lenguas. Aquí existe una *-s* de plural, de origen secundario: cuando, en época postanatolia (cf. *infra*), se creó el pl. de los casos oblicuos, la diferencia *-ōi*/*-oi* se morfologizó en forma diferente a la del sg. Eran temas puros que, al caracterizarse otros casos, habían quedado reservados a usos que luego se escindieron entre D., L. e I.

17. Con esto terminamos nuestra revisión de los temas puros que intervienen en la flexión nominal, lo que nos ha permitido observar algunos hechos que tienen una trascendencia más amplia:

a) El vocalismo de la sílaba final, cuyas variaciones se reencuentran en el de la sílaba predesinencial. La adscripción de un vocalismo a una forma dada es siempre secundaria, el motivo es siempre buscar una distintividad suficiente; pero hay tendencia a fijar determinados vocalismos en determinados casos y a relacionar de un modo mecánico el de los elementos consecutivos. Cosas semejantes pueden decirse en relación con el acento.

b) El nacimiento de desinencias, que se extienden luego a toda clase de temas, incluidos los en laringal, de donde arrancan.

c) La creación de temas uniformes a lo largo de toda o casi toda la flexión. Además de los en *-n*, *-r*, *-s* y *-t* con los varios grupos en que se escinden, incluidos los tipos complejos (*-nt*, *-ter*, etc.), adquieren amplia difusión los en *-H*, pero no sin regularizaciones, a las que hemos hecho referencia.

Una innovación secundaria es igualmente la creación de temas en vocal temática. Aparte están varios temas radicales terminados en las consonantes que acabamos de citar o en otras varias (cf. III.II.1.4).

4. LA CREACIÓN DE LA FLEXIÓN

1. Nuestro estudio ha hecho ver que existe una serie de desinencias antiguas, *-om*, *-os*, *-od*, cuyo uso depende de razones de distintividad, de las cuales sólo la segunda es al tiempo un elemento formativo de temas derivados. Las desinencias de origen laringal ya hemos dicho que son más recientes; pero a partir del momento en que existen, puede decirse igualmente que *-eH*, *-H* es al tiempo sufijo y desinencia. Por ello pueden producirse duplicidades en el uso de *-os* (formas *-es-os*, *-es-es*) y *-eH* (D. sg. *-aye* del ai., por ejemplo). También recordamos la existencia de alargamientos restringidos a ciertos casos y aptos para recibir desinencias: *-r* y *-n* (cf. III.II.2.5). Finalmente, existen huellas de una desinencia no mencionada hasta aquí, *-bh-*; y hay a veces acumulación de ellas, así *-ōd-s*. Y también hay que mencionar la creación de una des. *-s* de pl. y de otras desinencias y temas de género.

En cuanto al vocalismo de las desinencias, insistimos en que se rige en primer lugar por razones de distintividad, e igual la acentuación; aunque con tendencias a la fijación.

Todos estos recursos que se emplean para la creación de la flexión con su alianza de caso y número y su notación además del género, son aproximadamente los mismos que se usan para oponer el nombre al adjetivo. Por ello ambas flexiones deben estudiarse juntas, por más que precisamente por esta búsqueda de la distintividad presenten ciertas dife-

rencias de vocalismo y acento. En cuanto a los alargamientos y sufijos empleados, se retrotraen en definitiva a los tipos antes citados, pero más adelante hemos de aportar algunos datos más.

Así, en definitiva, la creación de la flexión y la creación de la oposición nombre/adjetivo consisten en formalizar las diferencias entre diversos usos sintácticos de temas usados como palabras; y formalizarlas precisamente dentro de las referidas palabras. El punto de arranque es la existencia de un alomorfismo libre entre tema puro y tema alargado o tema puro con diversos vocalismos, resultados fonéticos, etcétera. Este alomorfismo libre —que pudo completarse, a veces, con formas con sentido propio: tal, el acento final— se transformó, bien en un alomorfismo en distribución complementaria, bien en una oposición para marcar categorías diversas. A la forma base, un no-caso no escindido en nombre/verbo, se opusieron sucesivamente una serie de formas caracterizadas que fueron polarizando el uso de aquélla, restringiéndolo a las funciones no cubiertas por las últimas.

Hemos de ver el detalle de este desarrollo.

2. Pero antes de ello conviene insistir sobre otro punto que ya hemos tocado ocasionalmente. Hemos dicho que el cuadro de III.I.1.4 no es posible referirlo a todo el indoeuropeo, ni siquiera con la corrección de que G. y Ab. sg. sólo en los temas temáticos se oponían y N. y V. sólo en éstos y en algunos de los atemáticos. Tenemos razones para pensar que algunas de las oposiciones expresadas por el cuadro no llegaron a tener vigencia en algunas áreas dialectales indoeuropeas; que incluso en caso de tenerla, ello no fue indistintamente para todos los temas, y que, finalmente, varias son posteriores a la escisión del anatolio.

Para empezar por este último punto, el anatolio sólo excepcionalmente opone sg. y pl. fuera del N. y Ac.; y aun aquí hay excepciones de uso del sg. por el pl., siendo mucho más vacilante el número de la llamada desinencia de N.-V.-Ac. pl. n. En los restantes casos, hay indiferencia numérica, como decimos, correspondiendo a estas formas indiferentes las que en otras lenguas son de sg.: testimonio claro de que el pl. de los casos oblicuos es de origen posterior.

También hemos de ver que el anatolio sólo en cierta medida ha desarrollado la oposición animado/inanimado; y carece en absoluto de la masc./fem.

En cuanto a los casos, la flexión temática no distingue N.-V.-G., siendo el V. muy raro también en la atemática; hay indistinción de D. y L.; y este D.-L. coincide a veces con el tema puro usado en otras funciones. Todo ello es fundamental para la reconstrucción del origen y evolución de la flexión.

3. El indoeuropeo posterior distingue sistemáticamente N. y G., aunque aquí y allá quedan huellas de antigua indistinción. Esta indistinción es muy frecuente, lo hemos dicho, por lo que respecta a la oposición N./V. Y ya sabemos lo limitado de la oposición G./Ab.

Pero es sobre todo en lo relativo a los casos oblicuos donde hay dificultades. Veremos que una antigua oposición sistemática D./L./I. no puede admitirse para todas las lenguas y temas.

Como hemos indicado en varios lugares, D. y L. no se distinguen en het., gr., germ. ni celta; tampoco en varios temas en eslavo (los en *-ā, -i*); sólo mediante una serie de reelaboraciones secundarias se logra una distinción en los demás temas del eslavo y en báltico. En lat. y o.-u. hay huellas en cambio, aunque no en todos los temas, de un

antiguo L. distinto del D.: en los temas en *-ā* sigue habiendo un D.-L. Las huellas de locativo a que nos referíamos son ciertos temas en *-o* del lat. y la totalidad de los en *-o* y algunos atemáticos en o.-u.; otros siguien teniendo un D.-L. en *-ei.* En lat. hay que suponer originariamente, además, un L. de los atemáticos, que se ha sincretizado en el Ab.

El D.-L. está constituido en principio por diversas formas del tema puro no utilizadas por el N.-V.-A., así como por desinencias derivadas del falso análisis de aquéllas. Mediante redistribuciones y, a veces, diversos alargamientos de origen analógico, se escinde este caso en dos. Pero la escisión no puede atribuirse al protoindoeuropeo, ni siquiera al indoeuropeo posterior en su conjunto. Todo lo más debía de haber tendencias a ella que cristalizaron en forma más o menos completa en báltico, eslavo, latín e itálico, así como en armenio.

4. Por su parte, el Ab. e I. no existían tampoco con carácter de generalidad en todas las lenguas.

El Ab. es un caso obtenido por reducción del sentido del antiguo G., que abarcaba los usos que nosotros llamamos de Ab. y que continúa abarcándolos cuando no se le ha opuesto una forma especial de Ab. o cuando ésta ha sido eliminada, así en los temáticos del báltico y eslavo. Esta forma se atribuye, tradicionalmente, sólo a los temas en *-o*: es *-ōd.* Pero en het. aparece extendida a todos los temas (en la variante *-az* < **-ōd-s*). Por otra parte, en lat. y o.-u. los límites del Ab., incluso antes de sincretizarse con el L., desbordaban la flexión temática. Es decir, hay que suponer que en ide. existía el Ab. en los temáticos y sin duda también en otros temas y estaba en un proceso de expansión, que llegó más o menos lejos según las lenguas. Pero no en todo el indoeuropeo: los adverbios del gr. y

germ. comparables formalmente al Ab. de otras lenguas son probablemente anteriores al desarrollo del caso.

5. En cambio, el I., en la medida en que existe, está compuesto por materiales diversos. No hay huella de él en gr., y en germánico sólo hay un par de formas en *-m* que pueden serle atribuidas: estas lenguas, también aquí, testimonian la existencia de un área del indoeuropeo que no había escindido los temas puros no incluidos en el sistema N.-V.-Ac.-G. Escisión de estos temas son los I. en **-ō* de los nombres temáticos del ai. y lit. (frente al D. en **-ōi*) de que hemos hablado más arriba; la **-ō* > *-ā* se extiende en ai. a otros temas como características de I. En las mismas lenguas, en los temas en *-ā* a un D. en *-āi* se opone un I. en *-ā*, que continúa siendo un tema puro idéntico al N. sg.: así en véd. y lit. en los temas en *-ā* (véd. *áśvā*, lit. *kója*; pero en lit. en algunos tipos se han introducido diferencias de acento); en lat. y en lit., en los en *-ē* (lat. *fidē*; para el lit., igual observación: *dìdė/didė̀*). Aun fuera de aquí es fácil que, debajo de formas rehechas, haya I. que consisten solamente en un tema puro: lat. *-ā* precedente de *-ād*, aesl. *potъmъ*; y hay formas analógicas en otros temas.

Todo esto testimonia que la escisión del I. no se dio en un área del ide. y en otra fue incompleta. Tuvo lugar, de una parte, mediante una modificación con función distintiva de la des. del Ab. (*-ēd* en vez de *-ōd*), que en het. invadió todas las declinaciones, mientras que en latín e itálico no hubo diferencia entre Ab. e I. De otra, mediante sufijos *-m*, *-bh* que en principio son válidos para todos los casos oblicuos y no distinguen el número: la diferenciación ulterior fue independiente para las distintas lenguas, yendo unidos el bált. y esl.

6. Todos los casos del indoeuropeo a que nos hemos referido hasta aquí son de sg., mientras que sus contrapartidas más o menos aproximadas en anatolio son indiferentes al número. Es claro, pues, que esta categoría, salvo en N.-V.-Ac., es un desarrollo posterior al desgajamiento del anatolio. Confirma este punto de vista el tocario, que tampoco aquí sigue la evolución del indoeuropeo. En él sólo los casos mencionados y el G. tienen una forma de sg. y otra de pl.; los casos representan un desarrollo reciente, a saber, derivaciones del Ac. sg. y pl. con idénticas desinencias.

El desarrollo de los casos de plural en indoeuropeo es relativamente uniforme en cuanto al G. y en cuanto a la inexistencia de la oposición D./Ab. La asimetría respecto al sg. consiste en un dato negativo: el no desarrollo del Ab.; pero también en uno positivo: el G. tiene un uso más restringido. Sin duda ha operado como modelo el G. de sg. en cuanto opuesto al Ab.

Pero el cuadro de III.I.1.4 falsea, también en cuanto al pl., la situación. El D. (indiferenciado del Ab., según decimos) sólo en algunas lenguas y temas se diferencia del L. e I.: generalmente se sigue el modelo del sg. Cuando hay diferenciación de estos casos, es sin duda secundaria. Un procedimiento es oponer temas puros con diversas variantes, adicionados de una *-s* de pl.; el reparto de dichos temas puros entre los casos es diferente, como ya dijimos, del sg. Respecto a este procedimiento hay concordancia entre las lenguas. El segundo procedimiento, ya aplicado en forma concordante dentro de áreas dialectales limitadas, ya en formas diversas según las lenguas, consiste en diversos alargamientos y redistribuciones.

7. El dual, organizado en tres grupos sincréticos, representa la fase más reciente en la evolución de la flexión nominal indoeuropea. Sólo se da, en realidad, en un grupo de lenguas: el del indo-iranio, griego, báltico y eslavo. Los que en otras son considerados pequeños restos de un dual desaparecido, son más bien formas a partir de las cuales se edificó el dual allí donde llegó a constituirse. Por lo demás, en estas lenguas sólo una parte del sistema es común, el resto se creó independientemente mediante innovaciones diversas.

III

EL SISTEMA CENTRAL DE LA FLEXIÓN: N., V., AC. Y G. EN SG.

1. LA OPOSICIÓN N./AC. SG. DE LOS ANIMADOS

1. Afecta a todo el indoeuropeo, dado que el concepto de «género animado» es solidario con la existencia de una oposición N. / Ac. Su expresión morfológica se logra mediante uno de los siguientes tipos de oposición (cf. sobre el N. sg. III.I.1.5):

I. N. *-os* / Ac. *-om*.

Es la llamada flexión temática. Cf. het. *antuḫšaš/antuḫšan,* ai. *áśvas / áśvam,* gr. ἵππος/ἵππον, lat. *equus / equom,* lit. *vil̃kas/vil̃ką,* gót. *wulfs/wulf,* etc.

II. N. *-s* / Ac. *-(o)m*.

Es en realidad una variante del tipo anterior, empleada en temas que, al llevar N. en *-s,* no generalizan la vocal *e/o* a lo largo de todo el paradigma. Se trata de temas en *-i, -ī, -u, -ū* y oclusiva; además, los en diptongo largo que representan grados plenos de los primeros, a saber, palabras-raíces

del tipo de ai. *dyáus* y derivados tales como los de la quinta declinación latina (y los temas het. en *-aiš*) o de la declinación griega en *-ēu-s*. No existen diferencias de vocalismo entre N. y Ac., salvo en las palabras-raíces en oclusiva.

Baste ejemplificar con het. *ḫalkiš/ḫalkin*; ai. *agnís/agním*; gr. πόλις/πόλιν, etc.; het. *aššuš/aššun* 'bueno'; lat. *senatus/senatum*; lit. *sūnùs/sū́nų*; ai. *pā́d/pā́dam*, gr. dor. πώς/πόδα, lat. *pēs/pedem*. Tras consonante, *-m̥* vocaliza: gr. -α, lat. *-em*, lit. *-į*, aesl. -ъ, gót. *-un* que cae. Hay que añadir, sin embargo, algunas observaciones:

a) Hay un reparto secundario de *-m* y *-om*: tras *-i*, *-u* hay *-m*, pero tras *-ī*, *-ū* y tras diptongo llevan *-om* algunas lenguas: gr. ὀφρῦν, pero ai. *bhrúvam*. Cuando hay *-m* tras *-ī*, *-ū* o diptongo, hay fluctuación, según la silabación, entre formas vocalizadas o no: hay, por ejemplo, βασιλῆϝα (< **-u̯m̥*), pero βοῦν (*-um*). El detalle varía según las lenguas.

b) En las palabras-raíces y en los temas en diptongo largo en general hay fluctuaciones del tipo *-āu/-ā/-eu*, etc., que ya sabemos que tienen origen fonético, cf. *supra*, II. I.4.20. Secundariamente han servido como caracterización redundante de los casos dentro de cada palabra, pues no hay sistematismo.

2. III. N. *-∅* / Ac. *-(o)m*.

El N. con *-∅* (tema puro) es una especialización del valor no casual del tema puro, debida a la oposición con el Ac. Cuando ese tema puro lleva alargada la vocal última, este alargamiento introduce distintividad respecto al V.; en los adjetivos, también respecto al N.-V.-Ac. n. En cuanto a la des. del Ac., así como en los temáticos es *-om* para rimar con el N. *-os*, aquí suele ser *-m*; pero hay *-om* en het., i.-i. y o.-u. Posiblemente, en fecha antigua *-m* seguía a un grado

pleno y *-om* a uno Ø y luego ha habido regularizaciones. He aquí algunos ejemplos:

Ide. *-ā/-ām*: ai. *áśvā/áśvām*, gr. χώρα/χώραν, lat. *equa/equam*, lit. *rankà/rañką*, etc. En gót. *giba/giba* la diferencia ha sido obliterada por fenómenos fonéticos.

La escisión en gr. entre un N. sg. fem. χώρα y uno masc. νεανίας (con *-s* analógica de los temáticos) es secundaria, cf. III.VII.1.2. Son comparables temas en *-iH* > *-ī*, *-i̯ā̆* y en *-ō(i)*.

Ide. *-ēn/-en-(o)m*, *-ēr/-er-(o)m*, *-ēs/-es-(o)m* y formas paralelas con *ō/o*: ai. *śvā́/śvā́nam*, gr. κύων/κύνα, lit. *šuõ/šùnį*, lat. *homo/ hominem*, gót. *guma/guman*; ai. *pitā́/pitáram*, gr. πατήρ/πατέρα, lit. *mótė/móterį*; ai. *durmanā́s/durmanásam*, gr. δυσμενής/δυσμενέα; ai. *uṣā́s/uṣā́sam*, gr. ἠώς/ἠόα, lat. *arbōs/arbŏrem*. Respecto a la alternancia de la última vocal del tema, téngase en cuenta que el Ac. puede llevar otros grados a más del pleno en lenguas particulares, lo cual puede ser arcaico o innovado. Nótese la vocalización de *m̥* tras consonante.

Este tipo es postanatolio. En hetita, efectivamente, los temas en *-n*, *-r* y *-s* no distinguen el N. del Ac. y son considerados como neutros. Más bien hay que decir que son un resto arcaico que engloba junto con las palabras que introdujeron esa indiferencia (neutros), otras que no llegaron a notar formalmente la oposición N./Ac. (animados). En het. hay en realidad un estado fluctuante, en el que algunos de estos temas ya no marcan la oposición, ya la crean sobre el tipo I (N. *-aš* / Ac. *-an*): hay N.-Ac. *ḫuppar* 'terrina' / N. *ḫupparaš*; N.-Ac. *kallar* 'maldad' / Ac. *kallaran*; N.-Ac. *keššar* 'mano' / N. *keššsaraš* / Ac. *keššaran*. Este procedimiento para formalizar los animados a partir de los temas en *-r* lo ha generalizado el luvita jeroglífico; el indoeuropeo lo ha rechazado, salvo excepciones (cf. gr. χείρ < *χέρς) y

ha preferido respetar el tema puro, luego alargado, como Nominativo. También hay fluctuación *-t*/*-ts* > *z*: UD-*az* y UD-*at* 'día' en hetita. De otra parte, el indoeuropeo ha eliminado los temas en *-l* del anatolio, salvo uno radical, *sal* (con N. en *-s*). Difiere también en los temas en *-mt*, que declina por III (el anatolio por II).

3. El hecho de que los tipos I y II sean protoindoeuropeos y el III solamente indoeuropeo ilumina la historia de la creación de la oposición N./Ac. en los animados. Frente a *-(o)m*, que designa inequivocadamente el Ac., *-(o)s* queda polarizado como N., y precisamente como N. animado por el hecho de que un nombre inanimado no puede, por definición, funcionar como sujeto.

Admitimos, simplemente, que en una fase preflexional del protoindoeuropeo en la distribución nombre-verbo se sentía la existencia de dos funciones del nombre, sujeto y complemento, marcadas por orden de palabras y acento, según indicaremos. Ahora bien, el nombre podía ser palabra-raíz o bien la misma alargada con *-s* o *-m*: simbolizamos *R*, *R-s*, *R-m*. Pero indudablemente *R-s* se morfologizó como marca de sujeto, *R-m* de objeto, sin que por eso, en un primer plano, dejara de usarse *R* como sujeto y como objeto. Pero hay que advertir que ciertos nombres, los inanimados, no podían funcionar como sujetos, ni llevar *-s* por tanto: por ello siguieron llevando en su función de complementos ya *-m* ya Ø, si bien los convirtieron en alomorfos en distribución complementaria. En cambio, los animados, que eran alternativamente sujetos y objetos, no podían dejar en ambas funciones la raíz pura (*R*), so pena de confusión. Generalizaron la *-m* como marca del objeto (luego Ac.), en tanto que como sujeto dejaron ya *R* ya *R-s*: ciertamente, en distribución complementaria, repartiéndose los temas. Poste-

riormente, la *R* sujeto se alargó para caracterizarse mejor respecto al V. (cf. III.III.3.3).

4. Hay que partir, en efecto, de una situación en que -(*o*)*s* y -(*o*)*m* son alargamientos que se añaden a la raíz o el tema sin alterar su significado ni su función sintáctica. Por tanto, suponemos que **u̯l̥k$^{u̯}$*, **u̯l̥k$^{u̯}$-os* y **u̯l̥k$^{u̯}$-om* eran en una primera fase alomorfos libres: si junto a **bher-et* 'lleva', con un alargamiento que lo caracteriza como verbo, una de las tres formas precedentes hacía el papel de sujeto o de complemento, solamente podía deducirse, bien por el sentido total de la frase, bien por normas de orden de palabras o de acentuación. Pero en una segunda fase **u̯l̥k$^{u̯}$om* se especializó en la función de complemento y **u̯l̥k$^{u̯}$os*, opuesto a él, en la de sujeto. Desde este momento, **u̯l̥k$^{u̯}$os bheret* fue 'el lobo lleva' y **u̯l̥k$^{u̯}$om bheret* fue 'lleva al lobo'.

Ahora bien, si -(*o*)*s* era en principio un simple alargamiento sin valor significativo, hay que concluir que *R* pudo seguir usándose también como N. y como Ac., es decir, la creación de la segunda fase no ha supuesto automáticamente la eliminación de la primera. Esto no es una hipótesis, sino un estadio conservado en het., donde hemos visto que hay temas en *-n*, *-r*, *-s* sin distinción N./Ac. que no pueden considerarse inanimados, y que otros temas en *-r* presentan al lado un N. *-ras* / Ac. *-ran*. De aquí pudo deducirse, en época más reciente, un tercer estadio: N. con tema puro y Ac. con sólo -(*o*)*m*, lo que corresponde a nuestro tipo III de declinación ya indoeuropea; el perfeccionamiento de este tipo incluyó, como decimos, el N. con vocal larga.

La caracterización formal de la oposición N./Ac. de los animados era absolutamente suficiente, según la hemos expuesto. Pero tenía deficiencias cuando se trataba de distinguir estos casos de otros: la forma con *-s* del N. de la del

G. y los adjetivos, el tema puro del V. y el del D.-L.-I., también el del neutro. De ahí que se hicieran necesarios determinados grados de alternancia en las desinencias o el tema y determinadas localizaciones del acento, alargamientos o modificaciones fonéticas: a todo ello hemos aludido.

5. Todo lo anterior supone que el protoindoeuropeo y luego el indoeuropeo no han hecho otra cosa que formalizar con medios flexionales dos relaciones nombre-verbo existentes ya en indoeuropeo preflexional. En II.III.9, al hablar del acento, hemos adelantado ya algo sobre cuál podía ser la marca de la relación verbo-objeto en dicha época: el objeto, tónico, precedía al verbo átono (tipo véd. *agním īḷe*). Se trata, en definitiva, del mismo tipo de relación que existe entre nombre determinante tónico y nombre determinado átono, siguiéndole (cf. III.III.4.1). Hay que admitir que junto a este tipo debía de haber una variante estilística que invertía el orden de palabras y el acento: el tipo conservado en un compuesto como gr. ἀρχέκακος 'que comienza el mal'; también los compuestos de rección verbal, tipo ai. *godā́* 'dador de vacas', gr. στρατηγός 'conductor del ejército' testimonian otro tipo acentual, aunque con el orden normal de palabras; al pasar el compuesto a adjetival se acentúa en la final y el determinante (el complemento) es átono: tipo seguramente posterior.

Es posible que, inversamente, el orden verbo-nombre fuera el habitual para marcar el sujeto, acentuándose ambas palabras (véd. *dvéṣti śvaśrū́s* 'odia la suegra').

Es claro que este sistema, que sólo imperfectamente podemos reconstruir, debía encerrar muchos problemas, lo que llevó sin duda a la formalización flexional. Piénsese en los problemas del orden de palabras en frases complejas, en los de la acentuación cuando el determinante es a su vez

determinado por otra palabra o cuando se quiere acentuar el determinado con fines de expresividad (cf. VI.IV.3-18). Aunque, claro está, la desambiguación de las funciones sujeto y objeto podía apoyarse también en otros datos. Por ejemplo, junto a un nombre en Vocativo o a un pronombre personal tónico sujeto (bien caracterizado desde antiguo), un grupo verbo-nombre es claro que comportaba un complemento.

Un nombre inanimado era automáticamente clasificado como objeto (de donde la frecuencia con que estos nombres mantuvieron su tema puro). Otras veces, la subclase de palabras de los dos nombres próximos a un verbo determinaba fácilmente cuál era el sujeto y cuál el objeto. Así eran posibles inversiones del orden de palabras habitual como la de ἀρχέκακος y, sin duda, otras más.

2. EL N.-V.-AC. SG. DE LOS INANIMADOS (NEUTROS)

1. Todo lo expuesto hasta aquí no queda completo mientras no expongamos más pormenorizadamente el nacimiento de la oposición entre animados e inanimados, que ya está presente, al menos parcialmente, en anatolio. Pero antes conviene presentar los datos. Existen dos tipos de N.-V.-Ac. sg. inanimado: los exponemos según las oposiciones existentes:

I. Animados N. *-os* / Ac. *-om* // inan. N.-V.-Ac. *-om*.

El tipo se encuentra en los nombres y también en los adjetivos. Ejemplos de nombres: het. N.-V.-Ac. *pedan* 'lugar', gr. πέδον; het. *yukan* 'yugo', ai. *yugán*, gr. ζυγόν, lat. *iugum*,

gót. *juk,* aesl. *igo.* De adjetivos: het. *dannattan* 'vacío'; gr. νέϝον, lat. *nouum,* ai. *navam.*

II. Animados N. *-s* / Ac. *-(o)m* // inan. N.-V.-Ac. *-Ø.*

El tema puro, sin variar de vocalismo, es el N.-V.-Ac. inanimado. Nombres: het. *ḫaštai* 'hueso'; lat. *mare* < *-i,* aaa. *meri* 'mar', het. *genu,* lat. *genu,* gr. γόνυ, ai. *jā̂nu* 'rodilla'; ai. *hṛd,* lat. *cor* 'corazón'. Adjetivos: het. *šalli* junto a *šalliš/šallin, aššu* junto *a aššuš/aššun*; ai. *svādú,* gr. ἡδύ, lat. *suaue* < *-i* junto a formas en *-s/-m*; part. ai. *bhárat* < *-n̥t,* gr. (con otro grado) φέρον (pero a veces son del tipo III).

III. Animados N. *-Ø* / Ac. *-(o)m* // inan. *-Ø.*

El tipo no existe en hetita, aunque sí la base de que nace: nombres en *-n, -r, -s* y *-t* que funcionan, ya como N., ya como Ac., y que hemos considerado pregenéricos; presentan varios grados vocálicos (*e, o, Ø*), ninguno de ellos característico, cf. *supra,* III.III.1.2.II. No hay adjetivos.

En el indoeuropeo aparecen inanimados de temas en *-n, -r, -s, -t* (y otras oclusivas, cuando son radicales) sin grado vocálico característico, salvo los en *-s*; y aparece también el inanimado en adjetivos, en grado vocálico característico, que contrasta con el de las formas animadas. No aparecen, naturalmente, en temas caracterizados total o parcialmente como femeninos: los en *-ā, -ī, -ū* (pero cf. *infra,* III.VII.1.3, sobre los en *-ā*).

Ejemplos de nombres: de *-mn̥* ai. *dhā̂ma,* gr. ἀνάθημα; gr. ὄνομα, lat. *nomen*; de *-ōn* gót. *namō*; de *-en* aesl. *imę* 'nombre'; de *-er* ai. *ū̂dhar,* lat. *ūber* 'odre', que con *-r̥* es οὖθαρ en gr.; de *-ōr* gr. ὕδωρ; con *-s* hay un tipo regular en *-os* (aunque no es el único), cf. ai. *jánas,* gr. γένος, lat. *genus.* Ejemplos de adjetivos: los en *-n* y en *-s* presentan vocal breve frente a la larga del N. sg. an.: ai. *durmanás,*

gr. δυσμενές, frente a *durmanās*, gr. δυσμενής; gr. εὔδαιμον/εὐδαιμων.

2. Teniendo en cuenta que un inanimado no puede actuar como sujeto, hay que deducir que en fecha anterior a la caracterización formal de los casos y géneros es éste el único criterio que podía emplearse para calificar una palabra de animada o inanimada; teniendo en cuenta que podía haber una cierta fluctuación, es decir, que una palabra que normalmente no se usaba como sujeto podía en algunas ocasiones, en virtud del fenómeno de la «animación», emplearse como tal. Cosa nada extraña, puesto que lo mismo ocurre en nuestras lenguas modernas, sobre todo en poesía y en lenguaje expresivo.

Dicho de otro modo: en indoeuropeo preflexional no existía el género, existían dos subclases de palabras, la de los animados y la de los inanimados, que se diferenciaban no por la forma, sino por la incapacidad de una de ellas, la de los inanimados, para desempeñar la función de sujeto (y, sin duda, la de llamada, de que salió luego el caso V.). Podía suceder que una palabra fuera exclusivamente animada o exclusivamente inanimada o darse clasificaciones ocasionales como las indicadas; otras veces, una misma entidad era expresada por dos palabras según se la concibiera como animada o como inanimada, así por ejemplo **pūr* era 'fuego' inanimado y **egnis* animado; **udōr* y otras formas era 'agua' inanimada y **akʷā* 'agua' animada.

Por tanto, los nombres del anatolio que se usan en tema puro, sin desinencias, como N. o Ac., deben juzgarse a la siguiente luz: cuando actúan como sujeto son animados, mientras que en el Ac. la oposición animado/inanimado se borra. Pero esta ambigüedad de una misma palabra, junto al hecho de la falta de caracterización formal, hace que sea

más exacto decir que dichas palabras pertenecen a un estadio pregenérico, con sólo subclases del nombre. Este estadio coexistía, sin embargo, en hetita con la oposición genérica animado/inanimado, que hizo que a la larga los nombres arriba aludidos acabaran por interpretarse como inanimados o neutros.

3. Podemos distinguir una serie de fases:

I.	Animados	Inanimados
N.	*-Ø/-s*	—
Ac.	*-Ø/-m*	*-Ø/-m*

En esta fase no hay diferencia de género, sólo de subclases del nombre: los inanimados no tienen N., los animados sí lo tienen siendo *-Ø* y *-s* alomorfos según explicamos; en Ac. no hay distinción y existen los alomorfos libres *-Ø* y *-m*.

II.	Animados	Inanimados
N.	*-Ø, -s*	—
Ac.	*-m*	*-Ø/-m,* luego *-Ø, -m*

Como ya explicamos, *-m* se ha generalizado como Ac. de los animados y en el N. *-Ø* y *-s* son ahora alomorfos en distribución complementaria; se reparten los diversos temas. En los inanimados, en que no hay N., continúa el estado antiguo; luego *-Ø* y *-m* se reparten los diversos temas.

III.	Animados	Inanimados
N.	*-Ø, -s*	*-Ø, -m*
Ac.	*-m*	*-Ø, -m*

Cuando por un proceso del que hablamos más detenidamente en III.VIII.1-2 los inanimados llegan a usarse como

sujetos, toman para ello las desinencias mismas del caso objeto: no había otras disponibles. Al tiempo, el concepto de lo animado e inanimado se difumina. Ahora se trata ya de géneros, no de subclases de palabras; la distinción pasa al adjetivo, en el cual es sólo un instrumento gramatical.

El proceso ha sido, sin duda, el siguiente: nace de la tensión entre un sujeto siempre animado y un objeto que admitía nombres de una y otra subclase. Se recobra así para los inanimados la antigua indistinción formal N./Ac. Y ello no sin motivo, pues es bien claro que la nueva capacidad de los inanimados no les asimila a los animados, ni su función como sujetos es idéntica a la de éstos. Es puramente gramatical y no hay más acción en el uso N. que en el Ac., que por ello permanecen formalmente idénticos.

4. Una ulterior consecuencia es que la oposición animado/inanimado tiende a extenderse a todos los nombres. Todos aquellos en que hay indiferencia formal N./Ac. son interpretados como inanimados, mientras que se crean otros animados con -Ø en el N. sg. distintos formalmente de aquéllos, según el procedimiento que queda indicado, y en fecha indoeuropea, aunque en hetita hay ya una tendencia en este sentido.

Como se ve, la oposición se ha creado por etapas, usando características que originariamente estaban solamente al servicio de la declinación. Su definición formal se ha logrado gracias a los siguientes puntos de apoyo:

a) La existencia de palabras que llevaban un N. con -(*o*)*s* al lado de otras que no podían usarse en N.

b) El paso al N. de las formas de Ac. con -Ø y -(*o*)*m* para aquellas palabras que previamente no podían actuar como sujetos.

c) Muy concretamente, la oposición en los adjetivos de la forma con *-ø*, indiferente a la oposición N./Ac., a las de N. y Ac. animados (con *-(o)s* / *-(o)m*); e, igualmente, de la forma con *-om* al N. sg. *-os*, en los temáticos. Este estadio está ya alcanzado en el anatolio.

d) Para los nombres en *-r*, *-n*, *-s*, *-t*, la creación de formas especiales de animado e inanimado, con ayuda de los recursos que sabemos; o la exclusión del uno o del otro. Así la clasificación se lleva hasta el final, aunque a veces imperfectamente desde el punto de vista formal. Pero a partir de un cierto momento todo tema que no varía en N. y Ac. es considerado inanimado y los hechos de concordancia así lo ponen de relieve. Es un estadio posterior al anatolio, iniciado ya, con vacilaciones, dentro de éste.

Hay que añadir que existe todavía en hetita otra vía para formalizar la oposición animado/inanimado: proveer a éstos de *-a*, en vez de *-as*/*-an*. Se trata de *-ā* (o tal vez de *-ā̆* < *-ºH*) que el indoeuropeo posterior ha morfologizado, ya como femenino, ya como n. pl. También en hetita aparece a veces como n. pl.; su uso como sg. testimonia la antigua indiferencia sg./pl., que también se echa de ver en los inanimados cuando formas en *-i* y *-u* se emplean a veces como N.-V.-Ac. n. pl. El uso del tema puro o con *-(o)m* en sg. y de *-ā*/*-ə* (< $-eH_2$/*-ºH*) es un hecho de reclasificación que tiene lugar al crearse el plural. En realidad, *-ā* o *-ə* es precisamente un tema puro (en $-eH_2$). Veremos más adelante que también *-(o)s* de N. sg. y *-(o)m* de Ac. sg. son originariamente indiferentes a la oposición sg./pl. y que son luego reclasificados como singulares.

3. LA OPOSICIÓN N./V. EN LOS ANIMADOS

1. Aunque hemos hablado, en los inanimados, de N.-V.-Ac., en realidad el V. no interviene aquí más que ocasionalmente, por un proceso secundario de animación. El V. es un caso de los animados, una característica más de ellos, al menos como posibilidad; el de los inanimados tuvo tan poca importancia que no produjo una forma especial diferenciadora, como ocurrió con el N., que sólo secundariamente adquirieron.

Los tipos de oposición N./V. son los siguientes:

I. N. *-s* / V. *-ø*.

Ejemplos: ai. N. *dyáus* / V. *dyáu*, gr. Ζεῦς/Ζεῦ; *-is*/*-i* con grado *-ø* o *-ei* pleno: gr. ὄφις/ὄφι frente a ai. *áhis*/*áhe*, cf. en het. con *-ø* GAL-*li*; y lo mismo en los en *-u*: gót. *sunus*/*sunu* frente a ai. *sūnus*/*sūno*, lit. *sūnùs*/*sūnaũ*, aesl. *synъ*/*sunu*. El grado pleno parece un rasgo redundante, creado sobre el de otros casos. La oposición *-ī*/*-ĭ*, *-ū*/*-ŭ* se basa en regularizaciones fonéticas (cf. II.II.2.17): ai. *śvaśrū́ṣ*/*śváśura-*. Esta retrotracción del acento, que también se da en ai. en los temas anteriores (*matís*/*máte*), es sin duda antigua; no así el tipo lit. *sūnùs*/*sūnaũ*.

II. N. *-os* / V. *-e*.

Este tipo, universal en el indoeuropeo, falta completamente en el anatolio, a diferencia del anterior. Cf. ai. *vṛka*, gr. λύκε, lat. *lupe*, gót. *wulf*, lit. *vilká*, esl. *vlъče*.

III. N. *-ø* / V. *-ø*.

La oposición se logra mediante diferencias de cantidad, a veces también de acento:

a) N. con larga final / V. con breve y eventualmente retrotracción del acento. Cf. ai. *pitā́/pítar*, gr. πατήρ/πάτερ; gr. γέρων/γέρον.

b) N. con vocal plena / V. con -∅.

Éste es seguramente el tipo que se oculta detrás de oposiciones como *-ā/-ə* en gr. y aesl. (cf. II.II.3.3), *-ā/-ăi* en gr. y véd. (cf. III.II.3.3): se oponen *-eHi₂/-Hi₂* y en ocasiones se aprovechan variantes fonéticas del grado -∅.

Puede haber retrotracción del acento: gr. γυνή/γύναι, δεσπότης/δέσποτα, pequeño ruso *sestrá/séstro*.

2. De los tres tipos, sólo el primero es protoindoeuropeo: está testimoniado en anatolio, aunque débilmente. El V. se morfologizaba en un principio, sin duda, sólo ocasionalmente, reforzando la caracterización procedente de la distribución sintáctica, de las junturas y, sin duda, del acento. Esta morfologización no consiste, en realidad, en otra cosa que en conservar el tema puro en aquellos temas en que el N. sg. se marca con una *-s*. El problema de lograr una distintividad frente al inanimado no se presenta, puesto que éste no tiene V.

Pero, una vez que se inició la morfologización, ésta fue extendiéndose sucesivamente, mediante un triple proceso:

a) Se tiende a generalizar el V. en los temas en que es distintiva la oposición de tipo I. Aun así, muchos de ellos no llegaron jamás a lograr la distinción: el gr. dice πόλι o πόλις, el lat. sistemáticamente *nauis*, etc. La indiferencia N.-V., propia de los temas puros, se transportó a los caracterizados con *-s*.

b) Sobre el modelo *-s/-∅* se ha creado el tipo *-os/-e*. En estos temas, perdida la posibilidad de usar el tema puro por generalizarse las desinencias con grado pleno por razón de simetría, se hizo un falso análisis de las mismas, según el

cual constaban de vocal + consonante, como elementos autónomos. De ahí el considerar la forma en *-o* o *-e* como tema puro. Se prefiere esta última para lograr mayor distintividad, igual que se opone un N. pl. en *-es* al N. sg. en *-os.*

c) Finalmente, en el tipo III el tema puro se escinde en dos: uno con vocal larga (N.) y otro con vocal breve (V.); o bien con breve y cero. Se trata de lograr distintividad reclasificando alomorfos libres o, en todo caso, sujetos a un condicionamiento diferente. La larga y la breve eran muy probablemente variantes alofónicas libres en un principio, cf. II.II.3.

Desde el punto de vista sintáctico convendría aclarar todavía las cosas un poco. Si frente al antiguo tema puro con uso indeterminado el N. es fundamentalmente el sujeto, resulta claro que no es el sujeto solamente: la marca de N. abarca todavía otras funciones que se distinguían de la de sujeto con ayuda de la distribución. Concretamente, el N. presenta a veces un uso asintáctico («nominativus pendens», etc.) de puro representante de la palabra; y un uso impresivo o expresivo, dependiente de una función de la lengua opuesta a la declarativa o representativa que más normalmente expresan los casos. La escisión N./V., nunca completada del todo, es un intento para formalizar la oposición entre función declarativa como sujeto (principalmente) y función impresiva o expresiva (llamada).

4. LAS OPOSICIONES N./G. Y NOMBRE / ADJETIVO

1. Los dos alargamientos *-(o)s* y *-(o)m* que junto con el tema puro construyen el sistema N./Ac. son los mismos que se utilizan para crear el G. La distribución normal del

indoeuropeo consiste en atribuir -(*o*)*s* al G. sg. y -(*o*)*m* al plural: pero en anatolio -(*o*)*s* es indiferente al número, todavía, y en el mismo indoeuropeo hay huellas de esta antigua indiferencia.

Efectivamente, en het. es lo más frecuente un G. en *-aš* indiferente al número, pero también lo hay en *-an*, referido generalmente al pl., pero también al singular; por otra parte, en chipriota hay un G. de sg. en -ων, forma que fuera de aquí es sólo de plural. Esta indiferencia es también la situación antigua de -(*o*)*s* y -(*o*)*m* marcas de N. y Ac.: algo hemos apuntado sobre ello y hemos de estudiarlo más despacio.

Prescindiendo del problema del número, que nos ocupará más adelante, tenemos, pues, que -(*o*)*s* y -(*o*)*m* presentan homonimia: el primero marca tanto el N. como el G., el segundo tanto el Ac. como el G. Conviene, invirtiendo el orden de exposición que hemos seguido al hablar de los casos anteriores, adelantar algo sobre este estado de cosas.

Tras una fase primera (a veces mantenida luego parcialmente) en que coexistían el tema puro y el alargado con -(*o*)*s* y -(*o*)*m*, veíamos que en una segunda -(*o*)*s* y -(*o*)*m* se especializaban para marcar los dos tipos esenciales de determinación del verbo: el N. y el Ac., respectivamente. De ahí, concluíamos, se originó la oposición genérica animado/inanimado, al no ser susceptibles algunos nombres más que del segundo empleo.

Todo esto supone que la relación entre nombre y verbo se deducía en un principio de criterios distribucionales y otros y sólo posteriormente se formalizaba con ayuda de alargamientos en principio de valor indeterminado. Pues bien, hemos de suponer lo propio para la relación entre nombre y nombre. Un nombre podía determinar a otro, es decir, hacer el papel de G. o adjetivo, independientemente

de si iba en tema puro o con uno de los alargamientos mencionados. Cuál de los dos nombres funcionaba como determinado (nombre) o como determinante (G. dependiente o adjetivo) se deducía de la distribución o del acento. Pues bien, paralela a la segunda fase de que hemos hablado a propósito de la creación de la oposición N./Ac., hay que establecer también aquí una segunda fase: el nombre determinante se caracterizó por el alargamiento. Ahora bien, mientras que hay dos funciones perfectamente diferenciadas de los determinantes del verbo (N. y Ac.), son mucho más inestables e inseguras las clasificaciones que pueden establecerse entre los determinantes del nombre: presentan en realidad una unidad. De ahí que aquí no se haya introducido un reparto entre los determinantes del nombre: -(*o*)*s* y -(*o*)*m* han debido funcionar como sinónimos, no como opuestos. Luego, al crearse la oposición del número, se han reclasificado como sg./pl., mientras que los determinantes del verbo, al estar ya clasificados como N./Ac., han debido recibir un plural diferente.

2. De esta manera, la homonimia de -(*o*)*s* (sujeto animado / G. o adjetivo) y la de -(*o*)*m* (complemento / G. o adjetivo) se resuelve en la común noción de la determinación; pero como ésta tiene en el verbo una subdivisión clara, se aprovecha la dualidad de forma para expresarla, convirtiendo en marca de N. y Ac. los dos antiguos alomorfos libres, como posteriormente, en cuanto determinantes del nombre, se oponen para marcar sg. y pl. Con todo esto no se hace otra cosa que seguir el principio según el cual un mismo significante puede tener varios significados en distribuciones diferentes.

En definitiva, en la relación nombre/verbo hemos admitido dos estadios:

I. **u̯l̥kᵘ̯, u̯l̥kᵘ̯os, u̯l̥kᵘ̯om bheret.*

El nombre determina al verbo, pero no se especifica por la forma en qué función: **u̯l̥kᵘ̯*, **u̯l̥kᵘ̯os*, *u̯l̥kᵘ̯om* son alomorfos libres y cualquiera de ellos puede usarse como sujeto o complemento según la distribución, etc.

II. **u̯l̥kᵘ̯os bheret*: relación sujeto/verbo.
**u̯l̥kᵘ̯om bheret*: relación complemento/verbo.

En cambio, en la relación nombre/nombre ha continuado vigente el primer estadio:

I. **pater reg, reg-os, reg-om*: relación nombre / G. o adj.

Solamente, hay que advertir que el determinante ha perdido la capacidad de usar la raíz pura (*reg*) y que secundariamente se han opuesto *reg-os* y *reg-om* como 'del rey' / 'de los reyes' (lat., con diferencias de vocalismo, *pater rēgis* y *pater rēgum*).

Sobre la marca de la relación nombre determinante / nombre determinado en indoeuropeo preflexional cf. VI.IV. 3.16. Hemos postulado que normalmente el determinante precedía al determinado y que eran, respectivamente, tónico y átono, llevando en una fase posterior el determinante el acento en la final. En la etapa flexional no se hace otra cosa, por tanto, que formalizar de un modo diferente un mismo tipo de relación.

3. Por más que, una vez que se llegó a esta nueva formalización, los distintos tipos de distribución obviaran los problemas de homonimia, estos problemas surgían en el curso de la frase. Que una misma palabra tenga una misma forma para el N. y para el G. tenía que ser a todas luces incómodo; y lo mismo, que tuviera una misma forma para

el Ac. y G. Es cierto que en dos ocasiones el problema no se presentaba:

a) En las palabras inanimadas no susceptibles del uso en el N., pero que, naturalmente, podían ir en G. determinando a otro nombre. La oposición no tenía razón de existir; y cuando el tema puro pasó a N., no hubo ambigüedad.

b) En las palabras animadas que clasificaron como N. el tema puro y, luego, lo hipercaracterizaron con ayuda del grado vocálico.

Pero en las palabras con N. en -(*o*)*s* sí se presentaba el problema; y lo mismo en el caso del Ac. en -(*o*)*m* de los animados.

Efectivamente, en un grupo nombre-nombre-verbo llevando ambos nombres -(*o*)*s* se presenta el problema de cuál es sujeto y cuál determinante de nombre; si llevan *-om*, el de cuál es complemento y cuál determinante de nombre.

Dejando para su lugar adecuado las soluciones que las lenguas indoeuropeas arbitraron para resolver el problema de la ambigüedad de -(*o*)*m*, veremos a continuación (III. III.4.10) las relativas a -(*o*)*s*: se trata de lograr una distintividad formal y no sólo ya distribucional o sintáctica entre N. y G. Antes, sin embargo, hemos de referirnos a la relación entre G. y adjetivo.

4. Si para la función no nominativa de -(*o*)*s* hemos usado hasta aquí el término Genitivo, en alguna ocasión hemos hablado también de adjetivo. Hay ambigüedad en fecha antigua entre G. y adjetivo, efectivamente: y es prudente por ello, cuando se habla del -(*o*)*s* no nominativo (y del -(*o*)*m* no Ac.), llamarlo relacionador en vez de des. de G. o formante de adjetivo. G. y adjetivo son dos escisiones de una antigua categoría unitaria, la del determinante del

nombre, marcado primeramente con ayuda de la distribución y el acento, luego con la del relacionador.

Es cierto que hay que admitir que, incluso cuando ya se había extendido el uso relacionador de *-(o)s*, un nombre usado en el tema puro podía continuar siendo capaz de determinar a otro: es decir, que la oposición nombre/adjetivo no llegó nunca a formalizarse del todo al nivel de la palabra. No lo es menos que posteriormente se tendió a crear de todo nombre un adjetivo distinto formalmente de él y del G. del mismo. Pero encontramos aquí y allá, con mucha frecuencia, formas que son ambiguas entre el G. y el adjetivo; y, con más frecuencia todavía, formas que, según las lenguas, han sido clasificadas como G. o como adjetivo.

Por ejemplo, una palabra hetita *kurur* 'hostilidad' presenta una forma *kurur-aš* que hemos citado y que podemos entender ya como un G. (*antuḫšaš kururaš* 'hombre de hostilidad') ya como un adj. ('hombre hostil'). En het. este caso es frecuente. De un modo parecido en gr. tenemos ἰατρός que es ya G. de ἰατήρ, ya adj. (Hom. ἰατρός ἀνήρ, luego sustantivado): aquí la misma forma ha sido distribuida de dos modos diferentes.

Posteriormente, ya lo decimos, se llega a escindir completamente el adj. del G. Ello es, una vez más, el resultado de la lucha para evitar situaciones de ambigüedad en que sólo por vía sintáctica y no morfológica se establecen determinadas oposiciones. El G. determina al nombre independientemente de su caso, género y número, lo cual presenta el inconveniente de que a veces no queda formalizado a qué nombre precisamente, de los varios de la frase, se refiere; cuando, en fecha posterior y en virtud de una transformación, el G. pasa a determinar también ciertos verbos, la ambigüedad es mayor todavía. Lo curioso es que esta situa-

ción no ha provocado, como era muy posible, la conversión de la forma con relacionador en un adjetivo, sino que ha provocado una escisión. De un lado, se ha mantenido la situación antigua; las formas con relacionador que se distinguen formalmente del N. y no varían, sea cualquiera el caso, género y número del determinado, se nos han conservado como Genitivos. De otro, algunas de estas formas, dado que llevan -(*o*)*s*, se han entendido como determinantes en N., esto es, como adjetivos; y, concretamente, como animados. La constante comunicación de nombres y adjetivos —cualquier nombre podía funcionar como adjetivo, cualquier adjetivo podía sustantivarse— ha favorecido este proceso. Su segunda fase es que, por analogía del nombre, ese N. animado del adjetivo desarrollaba una flexión con sus casos, géneros y números. Mejor dicho, la creación dentro del género de la oposición masc./fem. debe mucho al adjetivo, que en este dominio avanza más allá del nombre. Pero en definitiva es el proceso de la creación de la concordancia el que crea el adjetivo, diferenciándolo del Genitivo. Con ello se reconstruye el modelo arcaico, en que dos formas idénticas, con tema puro u -(*o*)*m*, podían determinarse la una a la otra, sin por eso presentar diferencias formales. En la nueva relación nombre/adjetivo, éste determina a aquél, pero ambos tienen igual forma e igual función dentro de la frase.

5. Pero no hemos dejado de mencionar que existe una fuerte tendencia a diferenciar formalmente el adjetivo del nombre. A partir de un momento se siente derivado de él y se pierde de vista la antigua relación con el G., llegándose incluso a una diferenciación del uso. No tiene, desde este punto de vista, importancia el que a veces una forma que en una lengua se clasifica como G. y en otra como adjetivo

sea la misma desde el punto de vista indoeuropeo: así, **reH$^{i}_{1}$-os* da ai. G. *rāyás,* lat. adj. *reus.* O el que, en todas las lenguas, formas equiparables en *-ós* se clasifiquen según las palabras, ya como G. (frente a un N. en *-s* o tema puro), ya como adj. (frente a un G. idéntico a los de los nombres en *-ós*). Así, πομπός es adj. porque el G. es πομποῦ, pero κλωπός es G. porque el N. es κλώψ: se ha convertido en un nombre, perdiendo la antigua indiferencia nombre/adjetivo.

Esa conversión en nombre suele ir acompañada de la creación de un adjetivo. Así, en lat. *rēx* es nombre porque tiene al lado un adj. *rēgius;* ambos tienen un G., *rēgis* y *rēgii,* respectivamente. El proceso de la creación de esos adjetivos es diverso y será estudiado más adelante. Queda dicho que a veces son idénticos a Genitivos, pero que tiene lugar un proceso de redistribución; el uso de la acentuación final (cf. III.III.4.5) es también testimonio de origen común con el G. Otras veces se especializan para el uso adjetival determinados sufijos o alargamientos, como otros se especializan para el uso nominal; o bien un mismo sufijo o alargamiento son modificados en cuanto a vocalismo o acento para servir a una u otra función, según hemos ejemplificado ya en algunos casos, así el de los adj. en *-ēs, -és* (cf. III.III. 2.1). También hay hechos de frecuencia: *-nós* da adjetivos (a veces luego sustantivados), pero también presenta un uso genitivo, bien que se trata de un fósil arcaico no productivo: nos referimos al G. de los heteróclitos del tipo ai. *yákṛt/yaknás.*

6. En definitiva, es el G. el verdadero derivado de la forma con relacionador, siendo el adjetivo una forma secundaria. El problema de la distintividad del G. del nombre del N. del adjetivo no se presenta: unas veces el adjetivo no es más que una función secundaria del mismo nombre,

otras difiere de él por el tema, pero no, salvo en el caso de inovaciones recientes, por la flexión. A efectos de ésta, el problema que se plantea es el de la distintividad entre N. y G., sean éstos de un nombre o un adjetivo. Hemos visto, en efecto, que entre ambos había a veces homonimia, resultado de caracterizarse el N. a veces y el G. siempre con -(*o*)*s*. Veamos ahora en detalle los casos en que no se da dicha homonimia y aquellos otros en que se da, así como las soluciones adoptadas para resolverla.

7. Los casos sin homonimia son:

I. N. -ø / G. -(*e/o*)*s*.

Es un caso preexistente a la creación de la oposición genérica animado/inanimado. A él corresponden ejemplos del het. tales como *saḫḫan*/*saḫḫanaš* 'pręstamo', *tekan*/*tegnaš* 'tierra', *wastul*/*wastulaš* 'culpa', *ḫuppar*/*ḫupparaš* 'terrina'. Puede haber en N. un alargamiento: UD-*at* / UD-*aš* 'día'.

Una vez escindidos estos temas en animados e inanimados, surge una doble oposición:

a) Inanimados. Siguen el modelo de los temas indiferenciados del hetita. Pero son muy raros: los en -*r* siguen el tipo II cuando no se han hecho animados; los en -*n* y -*t* presentan algunos ejemplos: lat. *nōmen*/*nōminis*, ai. *nāma*/*nāmnas*, gót. *namō*/*namins* 'nombre'; lat. *caput*/*capitis*; ai. *bhárat*/*bharatás*, gr. φέρον/φέροντος; gr. πῦρ/πυρός; lat. *ōs*/*ōris*.

b) Animados en sonante. Llevan el N. con vocal larga, cf. II.III.1.2. Frente a N. **mātēr* hay un G. **mātrós*: gr. μᾱτρός, lat. *matris*, lit. *moteȓs*, aesl. *matere*; frente a φέρων/φέροντος, ai. *rā́ja*/*rā́jñas* 'rey', etc. Las lenguas generalizan, bien -*os*, bien -*es*; en i.-i. hay -*s* (**mātr-s* > *matúr*).

El grado cero de la predesinencial y el acento en la final no se dan en todos los tipos, aunque son muy característicos.

c) Animados en laringal. El tipo más importante es el N. *-ā* / G. *-ā-s,* morfologizado con frecuencia como femenino; gr. χώρα/χώρας, alat. *via/viās,* lit. *mergà/mergõs* 'muchacha', gót. *giba/gibōs* 'regalo'. Las diferenciaciones acentuales del gr. y lit. son innovaciones independientes, como también el G. ai. *áśvāyās,* rehecho analógicamente a partir de *-eH*$^{i}_{2}$*-os.* En el tipo ide. regular no hay por qué admitir una contracción *-ā-e/os.* En cuanto al lat. *rosae, familiae* (arc. *-āī*), es analógico de los temáticos (*lupī*).

Pero no se trata de estos temas solamente. Hay los femeninos en *-ī/-i̯ā-s* que ya conocemos: G. ai. *patnyās,* gr. πότνιᾱς: en gr. ha surgido así la declinación llamada en α impura. En ai. hay el tipo *sákhā* / G. *sákhyur* (de *sakhás,* sobre *pitúr*) que se considera proveniente de *-eH*$^{u}_{3}$*/-H*$^{u}_{3}$ y se compara al gr. ἠχώ/ἠχοῦς < **-oi̯-os*; hay el tipo lit. *dìdė/didžiõs* 'grande' comparable al latino *canēs/canis*; y el también lituano *dùlkė/dùlkės* 'varita', que testimonia *-ē/-ēs.*

Esta flexión es indoeuropea; normalmente de género femenino (pero no *sákhā,* ni algunas excepciones entre los en *-ā* y *-ē*), en el caso de *-ī/-i̯ās,* sin excepción. Esto representa una innovación. Pero también es una innovación el generalizar el tratamiento *-i* en estos temas en anatolio (cf. III.II.3.3).

Hay que añadir que el tipo N. *-Ø* / G. *-(e/o)s* aparece también en los temas en *-i* y *-u* del género inanimado (cf. III.III.2.1). Cf. het. *ḫastai/ḫastiyaš* 'hueso'; *genu/genuwaš* 'rodilla' (cf. gr. γόνυ/γουνός < **-vϝós*); lat. *suaue/suauīs,* gr. ἡδύ/ἡδέϝος, ai. *svādú/svādós*; etc.

II. N. *-Ø* / G. *-n-os.*

8. Es el tipo heteróclito de los neutros, a veces con alargamientos diversos en N.-V.-Ac. y, a veces también, en G. y demás casos. Aunque arcaico, no lo es más que el anterior.

El tipo puro es raro. Cf. ai. *yūṣ/yūṣánas* 'caldo', *doṣ/doṣánas* 'brazo', *ās/āsánas* 'boca'.

El más frecuente, con mucho, es aquel otro que opone N.-V.-Ac. en *-r* a G. (y casos oblicuos) en *-n*: het. *uttar/uddanas* 'cosa', *watar / witenaš* 'agua', *peḫḫur / paḫḫuenaš* 'fuego'; ai. *áhar / áhnas* 'día'; lat. *femur / feminis, iecur / iecinoris* (por *iecinis*). En ai. suelen llevar alargamiento consonántico en N.-V.-Ac.: *yakṛt/yaknás*, 'hígado', *ásṛk/asnás* 'sangre', *ásthi/asthnás* 'hueso' (pero se trata de **ostHi₃*, en realidad es tipo puro). El gr. añade *-t* en G. y demás casos oblicuos: ἧπαρ/ἥπατος, σῶμα/σώματος < **-n̥t-*). Y en hetita a veces estas palabras en *-r*, como otras no heteróclitas, han pasado a la flexión animada: N. *ḫaraš* / Ac. *ḫaran* / G. *ḫaranaš* 'águila'.

La flexión heteróclita proviene de un intento de utilizar la oposición *-Ø/-n* o *-r/-n* para marcar la de N.-V.-Ac. (se trata de neutros; originariamente eran Ac. no genéricos) / G. De un modo paralelo, a veces *-Ø/-n* o *-r/-n* se han utilizado para oponer nombre y derivado o dos tipos de derivados; igual que la alternancia entre otros varios alargamientos. Cf. por ejemplo la utilización de *-Ø/-n* y *-r/-n* para oponer masc./fem. en **potis/*potniH* (ai. *pátis/pátnī*, gr. πόσις/πότνια), gr. πέπων/πέπειρα.

En definitiva, hay que postular antiguas oposiciones *-Ø/-n* y *-r/-n* como indicando N./G. Pero esta flexión no prosperó en indoeuropeo. Fue rechazada por los animados cuando éstos se crearon, y ya antes *-n* se considera poco caracte-

rizado como G. De ahí que se recaracterizara con *-os* y que fuera tomado como tema para crear el resto de los casos. Los intentos posteriores para mejor caracterizar algunos casos con ayuda de otros alargamientos quedaron aislados. Puede decirse que esta flexión fue el único intento de utilizar para los casos alargamientos *-r, -n, -t,* etc. Y es un intento que desde pronto se fosilizó, mientras que se expandieron los tipos normales.

Lo que no puede decirse es que la flexión heteróclita sea más antigua que las normales de los temas en *-r* y *-n*. Son dos procedimientos diferentes para oponer el G. a los otros casos: uno, mediante *-os* añadido a un mismo tema; otro, utilizando *-r* y *-n* como desinencias opuestas entre sí. Fue el primero el que triunfó.

9. Con esto pasamos a los tipos en que hay ambigüedad N./G., al ser marcados ambos con *-s*. Las soluciones han de estar, forzosamente, en la presencia de alargamientos o de diferencias de vocalismo o acento.

Nos referimos siempre a los animados: en el inanimado hay siempre distintividad, al haber *-om* en el N.-V.-Ac. del tipo III y tema puro en el IV; en la forma arcaica del V, diferencia de grado vocálico.

III. N. *-os* / G. *-os, -os* + alarg.

En cuanto G. y adj. son originariamente idénticos, la coincidencia de un N. en *-os* de un adj. y un G. también en *-os* de un nombre no tiene nada de extraño; ni tampoco es extraña la coincidencia dentro de un nombre de un N. y un G. en *-os,* dado que el N. sujeto se marcaba también con *-os*. Hemos visto arriba ejemplos de esta coincidencia, a veces redistribuidos en flexiones diferentes en una o diversas lenguas.

Lo decisivo, sin embargo, es que la coincidencia N.-G. es absolutamente regular en los nombres de la declinación temática del hetita: N.-G. *antuḫšaš* 'hombre', *arunaš* 'mar', etcétera. Lo mismo ocurre —esto ya lo vimos, cf. III.III.1.2— cuando al lado se conserva una forma atemática de N.-Ac. (N. *huppar* y *hupparaš*, G. *hupparaš* 'terrina'). En los neutros en *-om* (het. *-an*), *-as* es naturalmente la forma de G. hetita (*pedan/pedaš*).

10. A partir de aquí, las distintas formas del G. sg. de los nombres temáticos en indoeuropeo se consideran hoy con razón como procedentes de intentos diversos de diferenciación. Helas aquí:

Gr., i.-i., arm. y falisco *-osi̯o*: ai. *vṛ́kasya,* arm. *gailoy,* gr. λύκοιο 'del lobo', falisco *Evotenosio.* Se trata de un alargamiento con *-i̯o.* Es notable que en tocario A este mismo alargamiento se una al Ac. para dar un I.

Germ. *-oso, -eso*: gót. *wulfis* 'del lobo', anord. *stainas* 'de la piedra' (N. *stain*). Se añade una vocal temática, como en las desinencias del verbo; además, en gót. se usa el grado *e* para añadir distintividad. Se ha propuesto a veces que también el toc. *yäkwentse* 'del caballo' venga de **eku̯oso.*

Lat., celta, falisco *-ī*: lat. *lupī,* air. *magi* 'del hijo' (en alfabeto ogámico, de donde luego G. *fir* frente a N. *fer,* de *uīrī* frente a *uīros*), falisco *Neronī.* La vacilación del falisco testimonia que se trata de diversos intentos para lograr un G., entre los cuales luego se elige. La *-ī* se identifica con la que forma el fem. en el tipo **pótnī,* ya mencionado. Nos hallamos ante un relacionador, especializado en dos funciones diferentes. Pero esta *-ī,* procedente de *-iH$^{i}_{2}$ según testimonia el grado pleno *-i̯ā, -i̯āi* de los femeninos, es formalmente diferente de los alargamientos indoeuropeos, que siguen el esquema *-e/-o/-∅* + consonante; su forma es exacta-

mente la de una raíz. Es un caso idéntico al del optativo en el verbo: su característica **-i̯eH₁* es de tipo radical, no de alargamiento, como las demás. Es lo más fácil, por ello, que en formas del tipo **u̯l̥kʷ-iH* nos hallemos ante un fenómeno de aglutinación: **-iH* es una antigua partícula o adverbio que se gramaticaliza para indicar relación, lo que luego da lugar a una doble especialización, '(hembra) del lobo' y 'del lobo'. Las lenguas eligen luego.

Todavía hay otras innovaciones particulares para crear un G. distinto del N.: así en o.-u. *-eis* (o. *Púmpaiianeís* '*Pompeiani*'), sobre el modelo de la clase en *-is*. Añádase *-om*, ya mencionado como trasladado secundariamente al pl., pero que en gr. chipriota es indiferente al número (-ων).

11. IV. N. *-s* / G. *-os*, *-s* con diferencias de vocalismo y acento.

En realidad, se trata de dos casos fundamentales, a los cuales ya hemos hecho alusión más arriba, por lo que nuestra descripción será rápida:

a) N. *-s* / G. *-e/os*.

Es habitual en los temas en *-t* y en diversas palabras-raíces en oclusiva; en raros casos, también en temas en *-l*, *-r*, *-n* (cf. III.III.1.2). Cf. la declinación del 'pie' ya mencionada (III.II.1.3) o lat. *uōx* / *vōcis*, ai. *vā́k* (< **-kʷ-s*) / *vācás*; ai. *br̥hán* (< **-nt-s*) / *br̥hatás* 'alto'; ai. *bháran/bharatás*, lat. *ferens/ferentis*. En het. el tipo en *-t* es productivo: *aniyaz/aniyattaš* (< **-t-s/-t-os*). Fuera de esta lengua se trata casi siempre de palabras-raíces monosilábicas (pero también con alargamiento, por ejemplo, lat. *sacer-dos/sacerdotis*), y de adjetivos en *-nt*, muchos convertidos en participios; el tipo más arcaico es sin duda el con acento en

la desinencia y vocalismo ∅ en la predesinencial. Sin embargo, las raíces con final consonántica mantienen el vocalismo pleno y el het. no presenta huella del ∅.

Este tipo se da también, junto al *b*), en los temas en *-i* y *-u* (N. *-is, -us* / G. *-i̯os, -u̯os*), sin cambio de vocalismo, pero con desplazamiento de acento en algunas ocasiones (gr. οἶς/οἰός, pero ai. *ávis/ávyas*). De todas formas, la uniformidad del vocalismo no se da en het., donde hay ∅/P *šalliš/šallayaš* (posiblemente grado pleno *-oi-*, pero no es seguro que no sea ∅ *-ai*), P/∅ *zaḫḫaiš/zaḫḫiyaš* y ∅/∅ *karuiliš/karuiliaš*. Ni faltan huellas de estos vocalismos en indoeuropeo, cf. gr. πόλις/πόλεως < πόληϝος, ai. *pánthās/pathás* (< **-eH-s/-H-ós*) 'camino', gr. βασιλεύς < -ηός/-έως < -ῆϝος, χρώς/χροϝός, etc.

En los temas en *-ī* es habitual *-íi̯os* en los en *-ū*, *-úu̯os*: cf. ai. *nadī́s/nadíyas* 'río'; *bhrū́s/bhruvás*, gr. ὀφρῦς/ὀφρύος 'ceja'.

El tipo se encuentra también en palabras-raíces en laringal: ai. *rā́s/rāyás, dyā́us/divás*, cf. gr. Ζεύς/Διός. La regularización del vocalismo y, dentro del grado pleno, de la solución con vocal breve o larga, es cosa secundaria, apenas lograda en estas palabras (cf. II.I.4-8).

b) N. *-s* / G. P. + *-s*.

El cambio del vocalismo de la predesinencial, redundante en el otro tipo, es aquí necesario. Éste se da, como ya sabemos (*supra, a*), en los temas en *-i* y *-u* y tiende a reservarse a los adjetivos. Hemos visto ejemplos como ai. *agnís/agnés* (< **-eis*), lat. *classis/classīs*, etc.; los hay paralelos en los temas en *-u*, generalmente en *-u-s/-ou-s*, con grado apofónico *o*. Este tipo se basa en una regularización del indoeuropeo, donde se crea.

La diferenciación N. *-s* / G. *-s* puede lograrse también por otro procedimiento en ai. N. *dyáus* / G. *dyóṣ*: se trata de dos tratamientos diferentes del mismo grado pleno.

En lat. *fidēs/fidēi* se ha recurrido a otro recurso para distinguir los dos casos en un *fidēs* testimoniado, igual que otras palabras de la 5.ª decl., como N.-G.: seguir la analogía de *lupī*.

12. V.-N. *-ē/ō/∅s* / G. *-e/o/∅s* + *-e/os*.

En este tipo existe entre el N. y el G. una distinción basada en el timbre o la cantidad de la vocal que precede a la *-s* sobre los esquemas *-ōs/-os* o *-ēs/-es* (animados; los segundos sobre todo adjetivos, cf. III.I.2.1) o *-os/-es* (inanimados, cf. II.II.2.6). Pero la distintividad así lograda resultó, evidentemente, insuficiente, y se reforzó mediante la hipercaracterización del G. con ayuda de *-e/os*. El resultado es que las formas *-os* o *-es* a que se añade esta desinencia son sentidas como sufijos formativos del tema. Esto tiene dos consecuencias: el N. en *-ōs* o *-ēs* es sentido no como poseyendo una desinencia con vocal alargada, sino un tema puro con vocal final alargada; y sobre la forma *-os* o *-es* de este sufijo en el G. se construyó todo el resto de la flexión. O sea, desde este momento se trata de la flexión de temas en *-s*. Es exactamente lo ocurrido con la *-n* que caracterizó en un momento dado el G. de los heteróclitos, sólo que quedó excluida, como sabemos, del N.

Todo este proceso remonta a la época anterior a la escisión del anatolio, dado que en het. tenemos ya N. *nepiš* / G. *nepišaš*. Pero se trataba sin duda de un desarrollo sólo comenzado. La palabra citada testimonia que en dicha fecha no existía todavía el tipo en *-os/-es* de los inanimados: la palabra anterior, con *-es* invariable, equivale a gr. νέφος. Tampoco existía, indudablemente, el aprovechamiento de las

diferencias de cantidad: a este respecto, los temas en *-s* son idénticos a los en *-r* y *-n,* en het. todavía no se han diferenciado como géneros animado e inanimado.

Por lo que respecta a las demás lenguas, los tipos más frecuentes, a saber, nombre con N. en *-os* / G. en *-es-e/os* y adj. con N. en *-ḗs, -és,* G. en *-és-e/os,* han sido ejemplificados más arriba, cf. II.II.2.6: es el tipo ide. N. **génos* 'familia' / **dusgenḗs, *dusgenés* 'de mala familia' / G. **génes-os* (también con *-es,* lat. *generis*), **dusgenés-os.* Hay que insistir que *-ḗs / -és-e / -os* existe también en los nombres (lat. *Cerēs/Cereris*): el uso adjetival es una redistribución. Hay igualmente *-ōs/-os,* ejemplificado arriba (III.III.1.2) con **ausōs* 'la aurora' (gen. ai. *uṣásas,* gr. ἠοῦς < **-ósos*).

13. Por supuesto, se encuentran otros vocalismos, que pueden ser, según los casos, antiguos o recientes: cf. por ejemplo lat. n. *tempus/temporis.* Entre ellos es sin duda antiguo el Ø en ambos casos, que puede haber sido un punto de arranque decisivo en la evolución, ya que la distinción de N. y G. era imposible: ai. *kravis* / G. *kraviṣas* (gr. κρέας/ G. innovado κρέατος), gr. γέρας/γέρως < *-ασος, κέρας/ κέρως < *-ασος. Se trata de una *-s* añadida a un tema alargado con laringal. En het. hay por lo menos un equivalente, pero con *-s* considerada radical: N.-Ac. *aiš* / G. *iššaš* 'boca', cf. lat. *ōs/ōris* (< **eH*$^{i}_{3}$*s* en het. con alternancias P/Ø). Existe, de otra parte, un antiguo tema en *-us, tapuš* 'lado' (deducible de D. *tapuša,* Ab. *tapušza*) del que salió un G. hipercaracterizado *tapušaššaš,* convertido en *tapuwaššaš* al reinterpretarse el tema como *tapu-.*

Por otra parte, si realmente lat. *nubēs/nubis* y algunas palabras más de la quinta declinación latina lleva un sufijo *-ḗs* (y no *-eH*$^{i}_{1}$, cf. III.II.3.12), como parece, nos hallamos aquí ante un auténtico resto de N.-G. homófono, a excep-

ción del alargamiento secundario: otro buen punto de partida para la evolución. En het. *nepiš,* citado arriba, que es pregenérico (N.-Ac.), hallamos ya el G. *-iš-aš;* y otras lenguas que, como el griego, han clasificado la palabra entre los inanimados, la han provisto de la alternancia *-os/-es-os* (gr. νέφος/νέφους < *νέφεσος).

IV

VARIANTES DE NÚMERO EN EL SISTEMA CENTRAL

1. EL N. PL. ANIMADO

1. El N. animado que hemos estudiado hasta aquí como de sg. no lo era en un principio, sino indiferente al número. Por no hablar de los inanimados, de los que nos ocupamos más adelante, encontramos en hetita ejemplos de N. en *-aš* de los temáticos empleado como pl. (*addaš* 'padre'); encontramos ejemplos comparables de temas en *-i* (*ḫalkiš* 'cereal'), en *-aiš* (*ḫukmaiš* 'conjuro'). Palabras latinas como *faciēs* entran también, sin duda, en esta categoría.

Pero esto son solamente huellas de un estado antiguo, que es confirmado también por el carácter más reciente de las desinencias de pl. del verbo respecto a las de sg. En términos generales el protoindoeuropeo desarrolló desde muy antiguo un pl. de los animados. Ello no sucedió sin ciertas vacilaciones. El het. nos presenta un N. pl. *tuzziyaš* de *tuzziš* 'ejército': pero esta forma en **-os* era homónima del G. sg. y, por tanto, poco cómoda.

La solución más comúnmente aceptada fue la des. *-es*. Sólo el anatolio la presenta en los nombres temáticos: es sin duda alguna uno de los más antiguos ejemplos de la utilización de las diferencias de vocalismo para lograr distintividad, esto es, con fines morfológicos. Hay que añadir un segundo factor de distintividad, que en anatolio aparece ya esporádicamente en los atemáticos: el grado pleno de la predesinencial. Veamos, pues, los tipos existentes de oposición N. sg. / N. pl. en los animados.

2. I. N. sg. *-os, -s, -Ø* / N. pl. *-es*.

En los temáticos, según decimos, sólo se conserva en anatolio het. *antuḫšaš/antuḫšeš, annaš* 'madre' / *anneš*, etc. A veces estas formas se usan como Ac. pl., mientras inversamente la forma *-uš* de Ac. pl. se usa como N.: en pl., evidentemente, la distinción N./Ac. se logró más trabajosamente.

En los atemáticos es la forma común en todas las lenguas. En het. hay ya alternancia, según decimos, en *aššuš/aššaweš* (< **-o̯ues*), *šalliš/šallaeš*, con una forma seguramente rehecha (si no es de **-°H-es*; hay grado cero en *šuppiš/šuppiš*, pero es seguramente *-is* indiferente al número). El grado pleno no es distintivo, sino general, en la flexión en palabras como *ḫumanza/humandaš* (< **-nt-s/*-nt-os*) 'cada uno'.

Fuera del hetita hallamos N. pl. en *-er-es, -en-es, -ent-es, -ei̯-es, -eu̯-es, -es-es*; hay palabras con *o* en vez de *e*. También llevan vocalismo pleno las palabras-raíces. Sólo los temas en *-ī, -ū* y algunos en *-i, -u* y ciertos participios y palabras-raíces carentes de variaciones vocálicas hacen excepción.

Hay innovaciones secundarias en las diferentes lenguas: *-ei̯e-* da fonéticamente -εε-, -ει-, -η- en gr., según los dialec-

tos; *-ē-* en lat., que luego se ha generalizado en todos los temas evitando ciertas homonimias con el G. sg., mientras otras veces los en *-i* tienen *-īs*, analógico del Ac. pl.; gót. *-ei-*; aesl. *ьje-*; *-eu̯e-* da en gr. los mismos resultados, en gót. *-ju-*, aesl. *-ove-*, lat. **-oue-* > **-ou-* > *-ū-*.

Algunos ejemplos de palabras ya conocidas: ai. *mātáras*, gr. μᾱτέρες, lat. *matrēs* (vocalismo innovado, como la des.), lit. *móters*, aesl. *materi* (desinencia innovada); ai. *tráyas*, gr. τρεῖς, lat. *trēs*, o. *trís*, gót. *þreis*, aesl. *trьje*; ai. *sūnávas*, gót. *sunjus*, aesl. *synove*, gr. υἱεῖς, lat. *senatūs*.

El vocalismo pleno de la predesinencial puede pensarse que es reciente, si se considera que lo es el tipo P/P. Pero esto no es absolutamente seguro, puede tratarse precisamente de un arcaísmo. Cf. VI.III.7-8.

3. II. N. sg. *-os* / N. pl. *-ōs*, *-oi*.

El indoeuropeo no anatolio usa predominantemente como desinencia de N. pl. *-ōs*, que hay que interpretar como una diferenciación del grado vocálico para marcar el pl. No hay razón alguna para pensar que en *-ōs* haya una contracción de la vocal temática *-o* y de *-es*; éste es un falso análisis. Lo que hay es una generalización de los grados plenos y alargados de los alargamientos en estos temas, es decir, lo que es el proceso mismo de creación de la vocal temática. *-ōs* es la desinencia normal en ai., itálico, germánico: está también testimoniado en celta.

Pero al lado hay una des. *-oi* en gr., lat. aesl., lit. y celta: en celta de España coexisten ambas, en airl. se han repartido el campo, especializándose *-oi* como N. y *-ōs* como V. Esta forma *-oi* es considerada comúnmente como procedente de la declinación pronominal, donde es general: **toi u̯l̥kʷōs* habría pasado a **toi u̯l̥kʷoi*. Ello es lo más verosímil, cf. *infra* sobre el N. pl. del pronombre.

Algunos ejemplos: con _-ōs vr̥kās_ (scr. _vr̥kāsas_ es una hipercaracterización), gót. _wulfōs_; con _-oi_ gr. λύκοι, lat. _lupī_ < _*lupoi_, aesl. _vlъci_; lit. _rãtai_ 'ruedas'. En celta de España hay _lutiacos_ y _lutiacei_ < _*-oi_ 'los de Lutia'; en airl. el N. pl. de _*u̯īros_ es _fir_ (< _u̯īroi_) frente al V. _firu_ (< _*u̯īrōs_).

4. III. N. sg. -Ø / N. pl. _-s_.

Encontramos ejemplos de N. pl. _-s_ en el tipo indoeuropeo no anatolio de tema en _-ā_: no hay por qué buscar una contracción _*-ā-es_ en su N. pl. en _-ās_. Se encuentra en todas las lenguas, excepto el gr. y lat. que hacen _*-āi_, por analogía de los temáticos e indirectamente de los pronombres (aunque no pueda excluirse totalmente que sean temas puros en _*-°Hi̯_ > _-ai_ reclasificados como plurales). Algunos ejemplos: ai. _áśvās_, o. _scriftas 'scriptae'_, gót. _gibōs_ 'regalos', lit. _gálvos_ 'cabezas'; con _-i_ gr. χῶραι, lat. _rosae_.

La homonimia G. sg. / N. pl. resultante se resuelve en lit., en algunos temas, mediante innovaciones acentuales (_galvà/galvõs/gálvos_). Las innovaciones del gr. y lat. pueden proceder del deseo de evitar esta homonimia (en lat. arcaico el G. es _-āī_, el N. pl. _-ai_, diptongo); también la del aesl. (_-y_, procedente del Ac. pl.).

También se encuentra una oposición idéntica en el tipo lituano en _-ē_: _dùlkė_, N. pl. _dùlkės_. Se hace inevitable la homonimia con el G. sg.

Finalmente, resulta conveniente llamar la atención sobre la asimetría que se produce, en relación con el singular, en todos los tipos de N. pl.: no se distinguen formalmente N. y V., sólo distribucionalmente, es decir, hay sincretismo. Hemos visto cómo el antiguo irlandés innova a este respecto, aprovechando la existencia de las des. _-ōs_ y _-oi_ para reclasificarlas como V. y N., respectivamente.

2. EL AC. PL. ANIMADO

1. El Ac. pl. animado tiene uniformemente desde el protoindoeuropeo la des. **-oms* o **-m̥s*: la primera en los temáticos y la segunda en los atemáticos, vocalizando tras consonante. Como el grado vocálico es el mismo del Ac. sg. y *-om*, *-m* sabemos que era inicialmente indiferente al número, se impone un análisis *-om-s*, *-m-s*: un antiguo Ac. ha sido escindido oponiendo una forma con *-s*, plural, a la forma sin *-s*, polarizada como sg. Es un proceso muy antiguo, completamente realizado ya tanto en anatolio como en postanatolio. En cuanto a la *-s*, se identifica con otras *-s* que aparecen en desinencias de pl.: *-ōis*, *-ois*, *-bhis*, *-mis*, *-bhi̯os*, *-mos* frente a *-ōi*, *-oi*, *-bhi*, *-mi*. Ahora bien, una forma que caracteriza un número que es reciente y se aglutina a otras indiferentes al mismo, tiene a todas luces que ser reciente también. Sin duda, a partir del N. pl. en *-es*, *-ōs*, *-s* se ha abstraído una *-s* marca de pl., que se ha añadido a desinencias en sí indiferentes al número, como *-om*, *-m*.

Hay que hacer algunas observaciones respecto a los tratamientos fonéticos de *-oms*, *-m̥s*, formas que se han distribuido con más regularidad que en sg., hecho sin duda secundario: *-ms* va tras atemáticos. Las distintas lenguas presentan varias evoluciones fonéticas y a veces, además, hay innovaciones.

2. Tras vocal *-o*, *-i*, *-u* el lat. presenta caída de la *-m-* y alargamiento; el gr. mantiene en ciertos dialectos la forma con *-ns*, pero en general pierde la *-n-* y, o bien alarga la vocal (el jon.-át. hace -ονς > -ους, el dor. -ονς > -ως), o la mantiene (ciertos dialectos dorios), dándose además en lesbio la solución -οις; en aesl. *-oms* y *-ums* hacen *-y*, *-ims* hace *-i*;

en ai. se esperaría *-an, -in, -un* y en vez de ello las vocales se alargan quizá para mejor distinguirse del Ac. sg.; en lit. a veces hay caída de *m,* a veces innovaciones diversas. En het. el *-uš* de los temáticos es procedente de fecha arcaica (*-uš* < **-n̥s*), pues testimonia un estadio en que la vocal temática no se había extendido completamente: *antuḫšuš* presupone **antuḫš,* anterior a *antuḫšaš.*

En los temas en *-i, -u* encontramos formas vocalizadas en *-us* tras grados plenos, con una evolución secundaria en los en *-u* en virtud de la cual tenemos *aššamuš* en vez del *aššawuš* esperado.

Tras la vocal *-ā,* las formas del ai., el bált. y el gót. presuponen **-ā-ms* > *-ā-s,* con una evolución que se considera indoeuropea porque contradice los resultados normales en estas lenguas (hay ai. *-ās,* lit. *-às,* gót. *-ōs*). En otras lenguas se dan las evoluciones esperadas de **-ā-ms*: gr. -ᾰνς (cret., arg.) o -ᾱς, lat. *-ās,* o. *-ass,* u. *-af,* aesl. *-y.* Se interpreta que ha reintroducido en un momento dado la *-m* sobre la analogía de los temas en *-o.*

Las vocalizaciones tras consonantes o sonante consonántica son las esperadas: het. *-uš,* ai. *-as,* gr. -ας, lat. *-ēs,* gót. *-uns,* lit. *-is,* aesl. *-i.*

Merece también una mención el problema del vocalismo de la predesinencial. Hemos dicho que es idéntico al del Ac. sg.: pleno en la mayor parte de los atemáticos, pero cero en los en *-i, -u, -ī, -ū.* De aquí se deduce que, así como el vocalismo de N. y Ac. sg. coinciden siempre (salvo en la medida en que el N. lleva grado alargado), en pl. hay coincidencia en general, pero discrepan los temas en *-i, -u.* De aquí regularizaciones. El het. forma el Ac. pl. de estos temas con grado pleno de la predesinencial (*šuppauš* de *šuppiš, aššamuš,* explicado arriba, de *aššuš*) y hay en otras lenguas atracción del Ac. por el N. (lat. *turrēs* junto a *turrīs,* gr.

πόλεις junto a cret. πόλινς, πήχεις, ἡδεῖς). Inversamente, el ai. ha generalizado el grado cero en el Ac. pl. e incluso ha llevado el acento a la desinencia: Ac. pl. *viśás, pitṝ́n,* etc.

3. Algunos ejemplos:

Temas en *-o*: ai. *vṛkān,* gr. cret. λύκονς, át. λύκους, lat. *lupōs,* gót. *wulfans,* aesl. *vlъky*; prus. *deiwans* 'dioses'; het. (cf. *supra*) *antuḫšuš.*

Temas en *-u*: ai *sūnūn,* gr. cret. υἱόνς, gót. *sununs,* lit. *sūnus,* aesl. *syny*; lat. *manūs.*

Temas en *-ā*: ai. *áśvās,* gót. *gibōs,* lit. *rankàs* 'manos'; gr. cret. τιμᾶνς, át. τιμάς, lat. *equās,* aesl. *rąky.*

Temas en sonante o consonante: ai. *mā́tṝn,* gr. μᾱτέρας, lat. *matrēs,* lit. *móteris,* aesl. *materi*; het. *humandus* 'cada uno' (N. sg. *humanza* < **-nt-s*), gót. *fadruns* 'padres'.

3. EL G. PLURAL

1. Así como el Ac. pl. es una derivación de la forma en *-om, -m* de Ac., luego clasificada como Ac. sg., el G. pl. procede, como ya vimos, de una reclasificación de la misma forma en *-ōm, -m.* En realidad, esta reclasificación, de la que nace el Ac., es previa a la escisión de éste en sg. y pl.: si hemos seguido el orden de exposición contrario, ello se debe a una razón de paralelismo con nuestra exposición de los hechos del sg., donde el Ac. se crea por oposición al N.

La reclasificación de *-ōm, -m* produce, según hemos visto, ya un Ac., ya un relacionador que indica que un nombre determina a otro. Pero, así como el relacionador *-s* se escinde en G. y adjetivo, y concretamente adjetivo animado, el *-m* es solamente, en principio, G. Hay una excepción sin

embargo: el neutro en *-om* de los adjetivos. Puede concebirse que en el Ac. —un inanimado en N. es en fecha arcaica inconcebible— el relacionador *-om* hubiera sido concebido como propio del n. y que, así, *diuom genos*, por ejemplo, fuera indistintamente 'raza de los dioses' o (en Ac., insistimos) 'raza divina'. Consideramos esto, sin embargo, poco verosímil: en Ac. *-om* no marca género. Esto sólo ocurre cuando se desplaza al N. El adj. n. en *-om* es seguramente el resultado de una analogía ejercida por los nombres, a los cuales llega, como sabemos, a partir del Ac.

En definitiva, *-ōm, -m* queda reservado al G. sencillamente porque la adjetivización se lograba con *-os, -s*; en ella el género se introdujo de una manera indirecta, aprovechando la existencia de sujetos con *-s*, que se hicieron contrastar con los Ac. con *-om* o tema puro de las palabras incapaces de la primera función. Ahora bien, precisamente porque la existencia del adj. sg. en *-os, -s* empujaba al G. en *-os, -s* hacia el sg., el G. en *-ōm, -m* tendía a polarizarse como de pl. Ésta es la situación en todo el indoeuropeo, si se exceptúa el griego chipriota, en que *-one* (seguramente -ων) es indiferente a la oposición sg./pl., aunque también aparece un G. específico de sg. derivado de **-osi̯o*. Pero el anatolio nos presenta una situación diferente. De un lado, *-aš* es desinencia no sólo de G. sg., sino también de pl.: hay indiferencia. De otro, existe un segundo sufijo *-an* (< **-om*) de G., que generalmente es pl., pero también puede ser singular (LUGAL-*an* 'del rey'). Todo esto justifica ampliamente el punto de vista aquí adoptado respecto al origen de la categoría.

2. Si bien las relaciones sintácticas son las mismas del sg., esto es, el G. se opone al N. e indirectamente, como expondremos más despacio, al Ac., el problema de la dis-

tintividad es diferente Es bien clara respecto al N., marcado con un sufijo diferente; el problema existe, en cambio, respecto al Ac., que procede de una escisión de la misma forma.

La solución de este problema es doble:

a) El grado de la vocal que precede a la *-m* se alarga y, en un caso, se cambia el timbre: ai. *-ēm*, gr. -ῶν, lit. *-ų*, aaa. *-o* proceden de *-ōm*; gót. *-ē* de *-ēm*. Sin embargo, dejan de modificar la vocal el lat. y aesl., cuyas des. *-um* y -ъ, respectivamente, proceden de *-ŏm*; het. *-an* es dudoso si viene de *-ŏm* o de *-ōm*. También hay coincidencia con el Ac. sg. en la des. *-m* de los temas en *-ā*. Por otra parte, se introducen ciertas innovaciones aquí y allá: el lat. tiende a generalizar en los temáticos *-ōrum* < **-ōsom*, seguramente una forma derivada del N. pl.; su finalidad es evitar la homonimia que se da allí donde persiste la antigua desinencia *-um* (*socium, deum*, etc.). Igual explicación es válida para **-ā-sōm*, **-ā-sŏm* en los en *-ā*, en gr. y lat. (gr. χωρᾱ́ων, lat. *rosarum*). El ai. generaliza en todos los temas en vocal formas *-ānām, -īnām, -ūnām*, también *pitṝṇām*, aparentemente derivadas del Ac. pl.: el procedimiento recuerda lo que ocurre en tocario, donde todos los casos oblicuos derivan del Ac., sg. o pl.

b) El vocalismo de la predesinencial sigue el correspondiente del sg., con lo cual en la mayor parte de los casos se crea una oposición con el del Ac. de sg., que suele ser pleno mientras el G. es Ø.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que en Ac. sg. la des., fuera de los temáticos y con excepciones importantes en het. y ai., es *-m*, no *-om*: esto impone una nueva diferencia. Sin embargo, como queda anotado, en los temas en *-ā* existe *-m* tanto en Ac. sg. como en G. pl.

3. Mediante la combinación de todos estos recursos, la homonimia es rara. Se da únicamente allí donde, siendo la desinencia idéntica, no hay alternancias. Muy concretamente, en la declinación temática del lat. ya citada —arcaísmo muy mal representado— y en la del aesl., lengua que, por causa de la caída de la *-s* final, homonimiza también el N. sg.: *vlъkъ* es N. sg., Ac. sg. y G. pl. En cuanto a los temas en *-ā*, el G. pl. establece diferencias respecto al Ac. sg. en ai., gr. y lat. con ayuda de los recursos citados; el gót y lit. parecen presentar **-ōm* o **-ām* (no **-ā-ōm*), posiblemente del grado cero de la predesinencial, es decir, de **-Hi₂-ōm* (gót. *gibō*, lit. *galvų̃*, distintos de los Ac. sg. *giba, gálvą*). La forma del aesl. en -ъ puede ser analógica de los temáticos.

4. Algunos ejemplos:

Temas en *-o*: het. *šiunan* 'de los dioses', gr. θεῶν, lat. arc. *deum* (luego *deorum*), gót. *wulfē*, aaa. *wolfe*, lit. *vilkų̃*, aesl. *vlъkъ*, ai. (innovado) *vṛkānām*.

Temas en *-ā*: gót. *gibō*, lit. *galvų̃*; innovan ai. *áśvānām*, gr. θεᾶν, θεῶν, lat. *rosarum*, aesl. *rąkъ*.

Temas en *-u*: ai. *sūnávām*, gr. υἱέων, gót. *suniwē*, aesl. *synovъ*. Otras veces hay grado Ø, al igual que en sg.; gr. γούνων < *γόνϝων, posiblemente lat. *manuum*.

Temas en sonante o consonante: ai. *śúnām*, gr. κυνῶν; gr. μᾱτρῶν, lat. *matrum*, aesl. *materъ*, lit. *moterũ*, aisl. *mødra*.

4. EL N.-V.-AC. PL. NEUTRO

1. No son solamente los temas puros y los con *-om* lo que, a partir de su uso no genérico en Ac. y por contraste con los N. en *-os*, se convierten, una vez que pasan

a poder desempeñar el papel de sujetos, en formas neutras indiferentes a la oposición N./V./Ac. Lo mismo sucede con temas alargados en *-H^{i}_{2}/*-eH^{i}_{2} > -*ă*/-*ā*. Junto a *ă* hay una solución *ĭ* que suele clasificarse como un tema diferente (en *-i*, junto a un P en *-ei*, *-oi*, cf. III.II.3.4); en ai., sin embargo, *-i* es normal en los n. de los atemáticos.

Estos temas en -*ă*/-*ā* (por expresarnos abreviadamente) no tenían, evidentemente, valor genérico ni numérico. En un momento dado se escindieron: algunos se convirtieron en alomorfos de los temas puros o con *-om* neutros; otros, al menos en indoeuropeo no anatolio, entraron en la clase de los animados, especializándose posteriormente como femeninos o, al contrario y más raramente, como masculinos. En los que pasan al neutro, la -*ă*/-*ā* es sentida, evidentemente, como desinencia, al igual que *-om*. El proceso por el cual el tema puro o en *-om* es sentido como sg. y el en -*ă*/-*ā* como pl., es evidentemente secundario. Queda testimonio de ello en el hecho de que la *-a* de los n. pl. del het. funcione con frecuencia como de sg., así como en la conocida regla del griego y el gático, en virtud de la cual el sujeto n. pl. lleva verbo en sg. (τὰ ζῷα τρέχει). No de otro modo el N.-V.-Ac. n. de tema puro funciona a veces como de pl. en hetita: *mekki* 'mucho', *aššu*, etc.

Por otra parte, en diversas lenguas estos n. pl. llevan a veces un sg. animado, lo que prueba una vez más que la adscripción al n. es secundaria: cf. gr. μηρός/μηροί, μῆρα, lat. *locus/loci, loca.* El valor colectivo de que se habla a veces es en todo caso secundario.

2. Hemos de considerar a los temas en -*ă*/-*ā* como uno de entre los temas puros que en una época en que existía ya la flexión N./Ac., pero no la oposición animado/inani-

mado en cuanto expresada por medios morfológicos, desempeñaban uno de estos dos papeles:

a) En nombres admisibles tanto en función de sujeto como de objeto, podían figurar en ambas.

b) En otros nombres, solamente en la de objeto.

Es en estos últimos nombres en los que, al igual que los demás temas puros y que *-om*, *-ă/-ā* se convirtió en marca de neutro. Pero al tiempo *-ă/-ā* pudo, en otras palabras, ser compatible con la noción de animado, llevara o no *-s* en el N. o *-m* en el Ac. No de otro modo un tema puro en *-r* o *-n* o *-t* se convirtió, según las palabras, en n. o animado e incluso, dentro de éstos, se especializó para dar sentidos diferentes.

Testimonia, eso sí, esta clase de temas una temprana expansión de *-ă/-ā* como alargamiento: cuando es radical, el tema es animado. Por otra parte, el anatolio se ha quedado con estos temas como neutros y los ha eliminado del papel de animados, al unificar su grado vocálico con el de otros temas en laringal y favorecer el tipo con N. en *-i-s* como único derivado de -H^{i}-*s*.

Así, en definitiva, para el protoindoeuropeo hemos de admitir que, lo mismo que los temas puros en consonante y los en *-o*, abstracción a partir de temas alargados con *V-C*, los temas en -*e*H^{i}_{2} eran unos de ellos animados y otros inanimados: era ésta una oposición lexical entre dos subclases de palabras. La diferencia es que los demás temas introdujeron diferencias formales para marcar esa distinción, mientras que los en -*e*H^{i}_{2} lo que hicieron fue clasificar la forma neutra como plural. En hetita este paso no está todavía dado del todo, y el posterior de transformar generalmente en femeninos a los temas en *-ā* animados tampoco, pues precisamente éstos fueron eliminados en dicha lengua.

Las dos formas *-ă* y *-ā* han debido de coexistir durante un tiempo como alomorfos libres o condicionados fonética o lexicalmente, no de otro modo que *-m/-om, -s/-os,* etc. Su reparto es tan secundario como el de estos otros alargamientos. Prescindiendo del hetita, sobre cuya cantidad nada sabemos, sólo el ai. ha mantenido ampliamente las dos formas, una de ellas (el grado Ø *-H*$^{i̯}$ que da *-i*) en los atemáticos, la otra (*-ā*) en los temáticos: regularización sin duda secundaria. Las demás lenguas han generalizado ya una forma ya otra, salvo excepciones.

3. Concretamente, tenemos *-ă* en gr., lat.; *-ā* en gót., aesl. Veamos ejemplos:

Temas en *-o*: véd. *yugā̆* (luego *yugā̆ni*), lat. *trīgintā* 'tres decenas', gót. *juka* (con abreviación *-ā* > *-ō* > *-a*), aesl. *iga*; con breve gr. ζυγᾰ́, lat. *iugă*; ambiguo, het. *dannatta* 'vacío'.

Otros temas: het. *genuwa* 'rodilla'; ai. *janāṃsi*, gr. γένεα, lat. *genera*; gót. *agisa* 'miedos', aesl. *slovesa* 'palabras'.

Las formas con *-i̯-a, -u̯-a* de los temas en *-i, -u* testimonian una formación reciente: no es de ellos de donde ha partido nuestra desinencia. Tampoco de aquellas otras formas en que la *-i, -u,* que como sabemos vienen de una laringal, se han alargado con *-*H*$^{i̯}_{2}$ para dar el n. pl.: véd. *trī̆*, lat. *trī* (en *trīgintā*), ir. *trī*, neutros plurales de 'tres'; hay formas vocalizadas en gr. τρία, lat. *tria*. Aquí hay, ciertamente, una *-i* etimológica; pero otras veces la *i* que se alarga viene de *-H*$^{i̯}$: así, por ejemplo, ai. *śucī*; y también se alarga una *-u* que viene de *-H*$^{u̯}$ (ai. *madhū*). Resulta claro que hay una diferencia de cronología en la evolución de las laringales: la del alargamiento, luego desinencia, *-H*$^{i̯}_{2}$/*-eH*$^{i̯}_{2}$ se ha mantenido intacta cuando otras laringales que se utilizaron para formar temas con toda una flexión habían ya vocali-

zado. Se trata de diferencias por razones de morfología, a las cuales ya hemos aludido.

El máximo arcaísmo está representado por los n. pl. het. *šalla, šuppa* de *šallos, šuppiš*. Aquí se ve cómo *-i* y *-ā* son solamente grados vocálicos diferentes, usados con finalidades morfológicas diferentes, de un mismo tema. De aquí y de temas con *-ā* generalizada o con los grados vocálicos repartidos en forma diferente, han venido las desinencias de n. pl. que estudiamos, que luego han llegado a aplicarse a los mismos temas en *-i*, según hemos visto. Estas formas rehechas están ya en het.: n. pl. *meggaia* de *mekkiš*; y en los en *-u* son las únicas (*genuwa* de *genu* 'rodilla').

Es posiblemente a la analogía con la oposición *-ĭ/-ī, -ŭ/-ū* a lo que se deben formas con vocal alargada en el pl. de otros temas del ai.: véd. *dhā̆mā* junto a sg. *dhā̆ma* (tema en *-n*). Pero tampoco es increíble que nos hallemos ante alargamientos de la vocal final del tema puro para marcar el n. pl. En het. *u-i-da-a-ar* junto a *wa-a-tar* 'agua', *ud-da-a-ar* junto a *ut-tar* 'cosa' se ha querido reconocer la presencia de este recurso.

5. EL SISTEMA CENTRAL EN EL DUAL. N.-V.-AC. ANIMADO

1. El dual, contra lo que pudiera pensarse, pertenece al estadio más reciente en el desarrollo de la flexión nominal indoeuropea. No se da en anatolio y sí solamente en algunas ramas del tronco no anatolio: i.-i., gr., bált., esl., celta. Presenta un sincretismo N.-V.-Ac. y otros G.-Ab. y D.-L.-I. que testimonian un desarrollo incompleto. Además, las formas coincidentes en varias lenguas son relativamente escasas. Todo habla a favor de que sólo se pusieron las bases de su estructura como una isoglosa que no alcanzó, por lo

demás, a todo el indoeuropeo, y que las lenguas individuales aportaron mucho a la evolución.

El dual presenta en primer término un N.-V.-Ac. animado. Esto representa un arcaísmo, algo procedente de una época en que no se habían opuesto formalmente el sujeto y el objeto, ni menos el vocativo. Todo indica que se trata de un tema puro no diferenciado casualmente. Pero el caracterizar a este tema puro como de dual es, a su vez, una innovación; mejor dicho, un conjunto de innovaciones, pues no hay una forma unitaria de dual. Las formas de N.-V.-Ac. animado del dual que parecen remontar a un tema puro son las siguientes:

2. *a*) En los temáticos, formas en *-ō/-ōu* que en otro lugar (II.I.4.21) hemos interpretado como resultado del grupo *e/o* + *H*ᵘ̯: en védico alternan *-ā/-āv*, derivadas de estas formas, repartiéndose las posiciones ante consonante y ante vocal, respectivamente; otras lenguas generalizan, bien una forma, bien otra. Cf. véd. *vṛkā/vṛkau*, gr. λύκω, lit. *vilkù*, aesl. *vlъka*. Pero *u̯l̥kᵘ̯-oHᵘ̯* difícilmente puede ser un tema puro, dado que no hay huellas de estos temas fuera de aquí. Sólo queda una solución: que estas formas sean analógicas de determinados temas puros. Es, pensamos, la solución correcta. Efectivamente, incluso fuera de las lenguas con dual hallamos huellas de tres palabras formalmente comparables y que significan 'dos', 'ambos' y 'ocho'. Cf. ai. *dvā̆/dvā̆u*, gr. δύω, lat. *duo*, airl. *dau*, aesl. *dъva*; gr. ἄμφω, lat. *ambo*, aesl. *oba*; ai. *áṣṭā/áṣṭau*, gr. ὀκτώ, gót. *ahtau*, lit. *astuonì*. Es de estas formas indeclinables, de las que sale por analogía el N.-V.-Ac. du. de los temáticos; o, mejor dicho, de las dos primeras, sobre las que en primer término se creó la tercera, pues el número 'ocho' evidentemente estaba construido sobre un sistema numeral de base cuatro,

del que hay otros restos. Efectivamente, mientras **du̯oH*$^{u̯}$ tiene una estructura radical normal, **oktoH*$^{u̯}$ presenta dos alargamientos y el mismo **ambhoH*$^{u̯}$ (< ***H_2*embhoH*$^{u̯}$) es también anómalo. **Du̯oH*$^{u̯}$ es el punto de partida de todo el sistema.

b) En los temas en *-ā* hay dual en *-ăi* que representa una forma de tema puro reclasificada como dual; cf. *supra*, III.II.3.2. Cf. ai. *áśve*, lit. *rankì*, aesl. *rącě*, air. *tuaith* (< **toutai*). Formas comparables, femeninas, de 'dos' como ai. *dvè*, lit. *dvì*, son una innovación bastante antigua, pero en forma alguna pueden pretender igual antigüedad.

c) El ai. *bharatī* testimonia identidad en el tema puro en *-iH* entre el N. sg. y el N.-V.-Ac. du.

d) En los temas en *-ĭ* y *-ŭ* hay formas de dual *-ī*, *-ū*: ai. *pátī*, *sūnū́*, lit. *naktò*, *sūnu*, aesl. *nošti*, *syny*. No hay razón alguna para pensar que se trate del resultado de una laringal: son alargamientos que imitan el tipo sg. *-o* / du. *-ō* y que logran así distintividad frente a los temas puros normales. El du. griego con *-ā* en los temas en *-ā* (χώρᾱ, νεανίᾱ) es un tema puro reclasificado.

Hay luego las formas atemáticas del griego, con tema puro alargado con *-e*, alargamiento que encontramos en otra función en lit. (cf. III.V.3.11): gr. πατέρε, cf. air. *athir* < **pəter-e*.

Finalmente, hay que aludir a las diversas innovaciones: sobre todo, a la extensión de *-ā* en ai. a los atemáticos en consonante (*mātárā/-au*); y a las formas del lit. y aesl. rehechas sobre los temas en *-i*.

Nos hallamos, pues, ante un muestrario muy heterogéneo. El dual debió nacer en el tipo *a*) seguramente, es decir, en formas analógicas de 'dos'; y atrajo a temas puros en *-ā* con un grado y un tratamiento fonético especiales (pero no

exclusivos del dual, cf. III.II.3.3) y a otros temas puros más, a veces alargados con *-e* o modificados analógicamente, todo ello con determinadas diferencias entre las lenguas.

6. EL N.-V.-AC. DU. INANIMADO

1. Se ha creado sin duda por simetría con las formas correspondientes de sg. y pl. y ha de ser, por tanto, de los elementos más recientes de la flexión nominal.

Las formas, por lo demás, sólo en parte difieren. Ai. *akṣī*, aesl. *oči* 'los dos ojos', es en realidad una forma alargada de un tema en *-ĭ*: no hay diferencia alguna con el dual animado, por más que la palabra sea neutra. Sin embargo, hay otras formas, todas con *-i*, que se apartan de los duales animados.

En los temas en *-o* encontramos un N.-V.-Ac. du. n. en *-oi* (ai. *yugé*, aesl. *iže*). La interpretación más clara parece ser la de una redistribución de los plurales *-ōs* y *-oi*, dando éste un dual en dichas lenguas; en otras no hay diferencia entre dual animado e inanimado en estos temas.

Finalmente, en los temas consonánticos hallamos en varias lenguas *-ī*: ai. *jánasī*, aesl. *slovesi* 'dos palabras', lat. *uī-gintī* 'dos decenas, veinte'; en gr. ϝίκατι hay *-i*. Parece tratarse de temas puros alargados con una *-i* procedente de los temas en *-i* y muy difundida en la flexión nominal; el alargamiento de esa *-ī* tiene misión distintiva, frente al D.-L. o L. sg., marcando el dual que con frecuencia se caracteriza, como hemos visto, por una serie de vocales largas, entre ellas *-ī*.

7. EL G.-L. DUAL

1. La forma más clara que se conserva es **-ous* > ai. *-os*, aesl. *-u*, algunas veces sin *-s*. Cf. ai. *ávyos, sūnvós*, aesl. *synovъ*; ai. *mātrós*, aesl. *slovesu*. Huella de **-ou* hay en av. y lit.; propiamente también aesl. *-u* puede venir de **-ou*. Este **-ou* como mejor se explica es como forma paralela a **-ōu*: es decir, como otro tratamiento del mismo grado pleno utilizado para la diferenciación morfológica (cf. gr. ὄγδοϝος). Esto implica que el punto de arranque está en los temáticos. El aesl. *vlъku* hace esto posible y no es un obstáculo demasiado grave el que el ai. presente *vṛkáyos* en vez del esperado *vṛkos*. Puede venir del *-oi-* que se introduce en varios casos del plural de estos temas y que procede en definitiva de un tema alargado con *-oi-* (por influjo de los pronombres).

En *vṛkáyos* tendríamos una contaminación de formas como **u̯l̥kᵘ̯oi-* (en *vṛkébhis*, etc.) y *vṛkos*. Se trata, claro está, solamente de una hipótesis.

El gr. -οιν (hom. -οιιν), usado como forma única de G.-L.-D.-Ab.-I., se piensa que tiene alguna relación con la anterior, pero el detalle es oscuro. Se han aducido las formas arcadias μέσουν y διδόμοιυν; se ha pensado en una contaminación con la des. *-in* del pronombre, etc.

V

EL SISTEMA MARGINAL DE LA FLEXIÓN: AB., I., D. Y L. DE SG.

1. LAS CATEGORÍAS GRAMATICALES DEL SISTEMA CENTRAL Y LAS BASES DE LA CREACIÓN DEL MARGINAL

1. Con muy pocos elementos, fundamentalmente temas puros y los alargamientos *-m* y *-s*, secundariamente los alargamientos *-r* y $-Hi_2$ y diferentes grados vocálicos de todos ellos y los temas puros, el indoeuropeo ha creado un sistema de flexión nominal que opone animados e inanimados, singulares, plurales y duales en los cuatro casos centrales N., V., Ac. y G.; todo ello con pocas excepciones representadas por casos de sincretismo. Para ello ha acudido, ya a oponer una forma básica y otra derivada, ya a reclasificar antiguos alomorfos, ya a usar simultáneamente ambos procedimientos; y ello a veces tema a tema y con diferencias de lengua a lengua. Pero con las salvedades que puedan ponerse, sobre todo relativas a los arcaísmos del anatolio (frecuente homonimia de N. y G. sg., G. sg. y pl., huellas importantes de indistinción de género y número, escaso uso de las alter-

nancias, falta del dual), es bien claro que lo esencial del sistema estaba ya edificado en fecha anterior a la escisión del anatolio del resto del indoeuropeo. El criterio con el que se crea es el de buscar la distintividad por contraste, especializando variamente unos mismos elementos, a veces modificados formalmente; la adscripción sistemática de unos determinados elementos a unas determinadas categorías, cuando se da, que es lo menos frecuente, es un fenómeno secundario.

2. Esta distintividad de los elementos morfológicos no debe confundirse con la distintividad sintáctica, las oposiciones, que se basan en el contenido; o, por mejor decir, los hechos de distintividad que hemos estudiado por referirse a los puntos en que había más riesgo de homonimia por haberse producido escisiones entre formas idénticas o emparentadas no son los únicos, sino que hay otros numerosos que no presentan problema. Unos y otros tienen una contrapartida en el dominio sintáctico, esto es, en el juego de oposiciones de los contenidos.

Pero, aunque los hechos sintácticos y, concretamente, las oposiciones de las diversas formas se hayan hecho cada vez más complejas, el estudio de su origen en los procesos de derivación y reclasificación, según los hemos estudiado, va a sernos de utilidad en el estudio sintáctico. Este estudio, aunque sea somero, nos es a su vez indispensable si queremos penetrar en la evolución posterior del sistema casual, esto es, en la creación del sistema de los casos marginales.

Lo relativo al género y el número nos pone sobre una primera pista. En uno y otro caso, la forma innovada para contrastar con otra más antigua es el término positivo, mientras que la antigua es el negativo, ya indiferente a la oposición, ya polarizado frente al positivo.

3. Comenzando por el género, los temas puros, incluidos los en *-eHi₂*, son anteriores a la oposición N./Ac., de la que salió en definitiva el género al no ser aptas determinadas palabras para la primera función. Cuando el animado se diferenció formalmente mediante la oposición *-s/-m* o tema alargado / *-m*, los antiguos temas puros pregenéricos se convierten en neutros; sólo hay un caso especial, que hemos estudiado, el que consiste en añadir un alargamiento *-om*. Pues bien, en forma correspondiente el género inanimado (pues es mejor darle este nombre mientras no entran en juego las categorías del masculino y el femenino) es en indoeuropeo un término negativo respecto al animado, según es bien sabido. Neutros son evidentemente los seres inanimados, pero también un ser animado puede expresarse con una palabra neutra cuando, o no conocemos su género, o no nos interesa. Al niño se le puede en griego llamar παῖς, pero también τέκνον, que es propiamente 'lo parido'; el esclavo es δοῦλος, *seruus*, pero también ἀνδράποδον, *mancipium*. Hay una diferencia clara de matiz: es frecuente el uso del neutro en los términos de ultraje e insulto cuando se trata a una persona como una cosa (lat. *scortum*). Del mismo modo, y por razones diferentes en los diminutivos: el matiz afectivo es el decisivo, mientras queda en segundo plano el dato de si se trata de un ser animado o no. Palabras alemanas como *Fräulein, Mädchen*, que significan 'mujer' y 'muchacha' y son neutros, son en realidad antiguos diminutivos.

Lo que ocurre en definitiva es que, libres de tener que marcar el género, estos nombres quedan disponibles para cargarse de matices afectivos.

Por lo demás, el indoeuropeo no expresa la oposición en cuestión más que en los tres casos N.-V.-Ac. En una primera fase, por la imposibilidad de usar los dos primeros en el

caso de los inanimados; en una segunda, por poseer una forma especial. Inanimado es, por tanto, aquel nombre que, o no puede usarse en N. y V., o, luego, tiene una forma común para el uso de sujeto y complemento y en la función de llamada. Fuera de aquí, no entra en juego el concepto de la animación o no animación. Hay solamente, eso sí, por arrastre de la diferencia en N.-V.-Ac., un hecho de concordancia; eso es todo.

4. De un modo paralelo, podemos decir que frente al sg. el pl. es el término positivo: recuérdese el uso colectivo de los singulares. Y a su vez el dual es el término positivo frente al plural. No siempre que se habla de dos seres u objetos se ponen en dual en ide.: se puede elegir entre pl. y du., siendo éste preferido para los casos de seres u órganos pares (los dos ojos, etc.), o bien cuando ya se sabe que se trata de dos. Pero aun en estos casos puede elegirse entre ambos números.

Esto responde a lo que sabemos sobre el origen de las categorías. El hetita presenta numerosos ejemplos de uso del sg. indiferente al número: un sg. con un numeral ofrece suficiente claridad. Y hemos visto cómo el N. pl. se ha caracterizado frente al sg., mucho más multiforme, generalizando las nuevas formas *-es* y *-ōs*; cómo el Ac. pl., que es aún mucho más unitario, deriva secundariamente del de sg. El pl., aunque con un mayor sincretismo, es más unitario en su forma en todos los casos: ha tendido sobre todo a desarrollar una marca uniforme, *-s*. El G. pl. es la principal excepción, pero también aquí hay una sistematización formal mucho mayor que en el sg.; la reclasificación de los relacionadores se ha realizado en forma sistemática para crear un G. pl. unitario o casi unitario. De la misma manera sabemos, igualmente, aunque el detalle se nos escape a veces,

que el dual es el número más reciente y su expresión formal procede de una serie de hechos analógicos y reclasificaciones secundarias.

5. El problema de los casos es mucho más complicado, por entrar en juego hasta ocho términos, que se oponen entre sí variamente según las lenguas y las distribuciones; su desarrollo ha sido a veces un proceso complejo en que intervienen, ya arcaísmos, ya innovaciones. Una misma forma contiene de unas y de otras por el fenómeno de la atracción. Consecuentemente, las relaciones paradigmáticas entre los casos son muy complejas. Nosotros no vamos a intentar aquí desentrañarlas ni exponer su evolución dentro de las distintas lenguas; pero algo hemos de decir, porque solamente comprendiendo rectamente el sistema de oposiciones del sistema central de la flexión pueden entenderse las bases a partir de las cuales se desarrolló en fecha posterior el sistema marginal.

Hemos descrito el N. y Ac. como determinaciones del verbo que se oponen como sujeto y objeto, aunque el primero tenga además como funciones secundarias la asintáctica (no casual) y la de llamada (independizada a veces en el sg. como V.); y el G. como determinación del nombre más o menos unitaria. Esto, siendo correcto, esperamos, para el momento del nacimiento del sistema, se modificó en cierta medida ya en fecha muy remota, antes del desgajamiento del anatolio, esto es, en protoindoeuropeo.

En términos generales, puede decirse que el sistema central de los casos se refería, de un lado, a la función expresivo-impresiva; de otro, a la relación gramatical sujeto/objeto (N./Ac.); de otro, a una relación cuasiadjetival (G.); y dejaba intacta la espacialidad. Efectivamente, junto a ese sistema se mantuvo un uso muy amplio de temas puros

relacionados, ya con el nombre, ya con el verbo, ya con la frase en general de una manera laxa, temas puros que se usaban para indicar relaciones de espacio y de los que luego se desarrollaron, como veremos más despacio, los casos locales o adverbiales. Hablamos de una función extrasintagmática para distinguirla de la adnominal, la adverbial y la oracional (propia ésta del V.). Sin embargo, no es menos cierto que el G. y el Ac. desarrollaron, en cierta medida como parte de sus funciones propias, en otra como consecuencia de la oposición en que entraron a partir de un momento dado, funciones secundarias especiales. El juego de estas funciones con las fundamentalmente espaciales de los casos del sistema marginal fue decisivo para la evolución de todo el sistema casual.

Había una serie de factores que tendieron a soldar la totalidad de los casos en un sistema único; aunque la soldadura nunca fue total, pues no todos los casos llegaron a ser posibles en todas las distribuciones. Por una serie de fenómenos de transformación, el caso adnominal G. pasó a convertirse en adverbal y el adverbal Ac. en adnominal; los casos locales, temas puros que se referían a toda la oración, se sintieron ligados sobre todo con el verbo, luego también con el nombre. Pero tanto los casos adverbales como los adnominales pasaron, en ocasiones, a ser adjetivales. De otra parte, varios casos colocados en una misma distribución tendieron, bien a neutralizar su significación, bien a oponerla, con lo que surgieron nuevos sentidos especializados de los casos; otras veces, por el contrario, continuaron repartiéndose las distintas distribuciones. Así surgió un sistema complejo, sobre el que daremos ulteriores detalles, así como sobre su origen, en III.VIII.2.

2. EL COMPLEJO I.-D.-AB.-L.

a) *Generalidades*

1. Creados los casos del sistema central, el elemento que quedaba disponible para crear el resto de las relaciones que pueden considerarse como casuales es el tema puro. Puede evidentemente, como hemos anticipado, modificarse mediante grados vocálicos diversos o mediante soluciones fonéticas diversas; excepcionalmente, admite algunos alargamientos, ya de tipo indoeuropeo que afectan a más de una lengua (la *-d, -m, -bh,* sobre todo), ya propios de lenguas individuales (así, *-e* en el L. del lituano). Por otra parte, ha habido un recurso que se ha manejado muy abundantemente en la creación de estos casos: la analogía con los temas en *-H*ⁱ. De ahí elementos en *-i, -ei, -ō, -ōi* y otros que, funcionando en un principio en dichos temas como alomorfos, se han trasladado fuera, transformados ya en desinencias, y en ocasiones se han convertido en características de casos concretos. Naturalmente, en los temas en *-H*ⁱ (*-i, -ēi, -ā*) incluso cuando se utilizan con esta función de caracterización de los casos son todavía elementos temáticos.

Algo que caracteriza a todo este conjunto de casos en general es que su vocalismo y acento coinciden con el del G., vaya éste con el N.-V.-Ac. o se oponga a ellos, con ayuda de un grado Ø. En plural ocurre lo propio, incluidos los casos D.-Ab. y D.-L.-I.; van aparte el Ab. y los demás de los temáticos, donde no hay variación del acento ni grado Ø de la predesinencial. Sin embargo, el L. sg. es a veces una excepción, llevando el grado pleno frente a grados Ø de los otros casos: ello es un recurso para diferenciarlo del D., pues la escisión D./L. es la última que se produce; sabemos que hay lenguas en que no llega a producirse.

Todo esto quiere decir que, desde el punto de vista indoeuropeo, los casos locales tienen un cierto parentesco con el G., por oposición al grupo N.-V.-Ac. Hay que adelantar que las circunstancias del hetita son diferentes, como en todo lo que se refiere a los grados vocálicos. Aquí lo normal es un vocalismo uniforme en los en *-ai, -au, -i, -u* (con excepciones en estos dos: coinciden G., D. y L., cf. *šallayaš, šallai, šallaiaz,* pero no siempre), *-t, -nt, -r, -r/-n, -š* (pero hay excepciones: en *hanneššar* los casos oblicuos son ya con Ø, *ḫannešnaš,* etc.; ya con pleno, *ḫanneššanaš,* etc.). El indoeuropeo ha reelaborado este sistema.

2. Entre múltiples ejemplos de la relación entre G. y los demás casos oblicuos de sg. en cuanto a vocalismo y acento, ponemos los siguientes:

Ac. sg. *pā́dam* 'el pie' / G. *padás,* D. *padé,* L. *padí,* I. *padā́*; *pitáram* 'el padre' / *pitúr, pitré, pitrí, pitrā́*; cuando hay diferencia de vocalismo con el G. en los temas en *-i* y *-u,* el acento sigue coincidiendo: *matís* / G. *matés* / D. *maté,* etc.

En otras lenguas, en la medida en que son utilizables a estos efectos, ocurren cosas semejantes. Cf. por ejemplo gr. κύων/κυνός/κυνί (pero Ac. κύνα); πατέρα/πατρός/πατρί; κεφαλά/κεφαλᾶς/κεφαλᾷ. En lit.: Ac. *sū́nų* / G. *sūnaũs,* I. *sūnumì,* L. *sūnujè.* Por otra parte, tanto en el acento como en el vocalismo hay toda clase de regularizaciones. La tendencia general es al vocalismo único o, todo lo más, a oponer un vocalismo de N. sg. a otros propio de todos los demás casos, tipos gr. ποιμήν/ποιμένος o lat. *pater/patris.* Sin embargo, a veces el grado pleno de los casos oblicuos es antiguo y otras hay testimonio de fluctuaciones alomórficas de grado vocálico de un mismo caso. Por ejemplo, en D.-L. o D. sg. de los en *-i* hay, ya *-ei,* ya *-i*: het. *šullai/sulli,* de ahí la fluctuación *-ei/-i* como des. de D. y L.

En realidad, la historia de las sucesivas reestructuraciones del sistema de vocalismos o acentos no está suficientemente esclarecida. Algo más diremos, de todas formas, a propósito de los diferentes casos.

Prescindiendo ahora del acento, hallamos una cierta tendencia, a veces, a asimilar al G. otros casos oblicuos. En het. la forma en *-aš* de los nombres temáticos no sólo es N. y G., sino que también puede ser D.-L. En arm. se ha llegado a un sincretismo entre G. y D. que a veces es también L. o Ab. Sobre la relación del G. y este último caso en otras lenguas, cf. *infra*, 3.

La tendencia, no absoluta, pero sí muy ampliamente difundida, a asimilar los casos oblicuos al G., encuentra una excepción importante en tocario. Aquí el sistema, vacilante, pero al menos en sus comienzos, de los casos locales ha sido reestructurado en el sentido de que todos ellos —los que nos son conocidos y otros más creados por dicha lengua— derivan del Ac.

b) *El Ab. sg.*

3. En la medida en que en el sg. de la flexión nominal se crea un Ab. independiente del G. y opuesto a él, ello se realiza con la intervención de un alargamiento no mencionado hasta aquí: el alargamiento *-d*, que también tiene un segundo uso, el de I. Es, pensamos, el mismo alargamiento que se encuentra en el neutro de los pronombres (ide. **tod*, cf. ai. *tád*, lat. *is-tud*, gr. τό, gót. *þata*, etc.).

Mientras en los pronombres el alargamiento *-d* realiza una función idéntica a la de *-m* en el n. de los nombres, en los nombres se emplea para delimitar algunos usos locales especiales dentro del empleo local de los temas puros. Que ese empleo local se refiera al origen o «dirección de»

o se refiera a la contigüidad o compañía, son especializaciones diferentes, logradas al menos en hetita mediante la oposición de *-ōd* de Ab. y *-ēd* de I. La vocal larga procede de una búsqueda de distintividad frente a la forma pronominal mencionada.

El uso ablativo de *-ōd* ha estado en conflicto desde el comienzo con los usos comparables del G. Ello ha tenido varios resultados, como apuntábamos arriba: ya una delimitación del valor del G. a los usos no ablativos, ya un estado ambiguo en el que en unos temas se opone G. y Ab. y en otros hay un solo caso con ambas funciones, llevando la antigua des. de G. (así en los atemáticos en general), o bien la antigua de Ab. (así en los temáticos en balto-esl.).

Pero también sucede a veces que el G. tiene fuerza suficiente para impedir el desarrollo del Ab., que no pasa de crear formas esporádicas adverbiales. Esto último es lo que sucede en gr. y germánico, mientras que el het. y lat. extienden la oposición G./Ab. a todos los temas y el bált. y esl., según queda dicho, tienen un caso único, con formas del antiguo Ab. en los temáticos. La situación ambigua, con oposición G./Ab. en los temáticos y uso de un G.-Ab. con valor doble en los demás, es la del i.-i. y es la tradicionalmente admitida para el ide.

Que el tema alargado con *-d* indique desde el principio el valor de origen o de Ab. es, como decimos, más que dudoso. La presencia del mismo alargamiento en el n. del pronombre hemos de ver que es un hecho relativamente reciente, pero indica al menos que el alargamiento continuaba disponible como carente de sentido propio y utilizable para crear oposiciones diversas. Por lo que se refiere al uso ablativo, es claro que su diferenciación del instrumental es secundaria y ello no sólo por el origen común de la des. de Ab. y la del I. del het. en un mismo alarga-

miento *-d,* sino porque en lat. aparecen indiferenciados, junto con el L., formando un solo caso, sin que haya razón para pensar en la existencia de un sincretismo. Lo que sí existen en lat. son adverbios en *-ēd* que constituyen un primer embrión de un I. independiente que no llegó a desarrollarse; triunfó la forma en *-ōd* de valor Ab.-I. al no oponérsele sistemáticamente un I.

4. Es en los temáticos donde más se difundió el caso ablativo, como queda dicho. Insistimos en las excepciones representadas por el gr. y germánico, que sólo poseen adverbios formal y significativamente comparables: además, a la falta de distinción respecto al I. en lat. Las formas de Ab. son:

a) *-ōd*: ai. *vṛkād,* lit. *vilko,* aesl. *vlъka,* alat. *Gnaiuōd,* o. *sakaraklúd 'sacello',* gr. délf. ϝοίκω, gót. *hwaþro* 'de donde'.

b) *-ēd*: lo testimonia el ai. *paścād* 'desde detrás'. Por tanto, el reparto Ab. *-ōd* / I. *-ēd* es secundario, como decíamos arriba. Cf. *infra,* 5 sobre los advs. latinos en *-e* de *-ed.*

c) *-ōd-s*: es sin duda el origen de het. *-az* (*antuḫšaz*). Esta *-s* es sin duda alguna la misma del G. y se ha añadido como hipercaracterización. Ello testimonia que los dos casos se sentían como relacionados, por más que la oposición respecto al Ab. reduce, en las lenguas en que ello ocurre como en het., la extensión del área semántica del primero. El het. presenta también una forma alargada *-aza.*

En los demás temas la doctrina tradicional de que el ide. poseía una sola forma de G.-Ab. es en parte cierta. Efectivamente, el het. tiene en todos los temás *-az* como des. de Ab., lo que debe proceder de los temáticos: si no, se esperarían para los en *-i* o *-u,* por ejemplo, formas en **-i-ds,*

**-u-ds*, no en **-i̯-ōds*, **-u̯-ōds*, que son las que existen; pero en los demás temas hay formas en **-id*, sin duda analógicas de las de los temas en *-i*, cuya caracterización como de I. es sin duda secundaria, procedente del momento en que **-ōd* se extendió fuera de los temáticos e **-id* llegó incluso a éstos, con lo que se creaba una nueva oposición.

En cuanto al lat. e itálico, hay formas de Ab. en *-ād*, *-ēd*, *-īd*, *-ūd* en los temas en *-ā*, *-ē*, *-i*, *-u*. Las dos primeras son sin duda antiguas; también las últimas, aunque con su vocal larga imitan sin duda el *-ōd* de los temáticos.

Así, el panorama del het. de un lado, con su oposición Ab./I., y del lat. e itálico del otro, con su uso de las formas en *-d* como de Ab.-I., coinciden. Solamente, en hetita hay una diferenciación secundaria de dos formas en *-d*, dando la una un Ab. y la otra un I.; pero diferenciación no total, porque con frecuencia (sobre todo en los temáticos) no hay forma de I.

Además, el Ab. del hetita, incluso cuando se le opone un I., tiene un sentido ambiguo entre de Ab. y de I., lo que corresponde a lo que es general en lat. e itálico. Fuera de estas lenguas hay que admitir que la tendencia a crear un caso local con *-d* abortó en todas partes, salvo en los temáticos. Si en ellos la forma en *-ōd* se especializó como de Ab., ello se debió a la oposición de un I. creado mediante recursos diferentes. Por lo demás, según hemos visto, en gr. y germánico ni siquiera esa forma triunfó.

c) *El I. sg.*

5. La diferenciación del I. se dio tanto en anatolio como en indoeuropeo, mientras que el D.-L. sólo en este último comenzó a escindirse. De todas formas, es claro que el hetita ha innovado, llevando hasta el final esa diferencia-

ción en todos los temas, y ello con ayuda de uno solo entre los varios recursos que a ese efecto se han utilizado, concretamente, con ayuda de la des. *-d*, que ya nos es conocida.

Cuando el *-it* hetita de I. aparece en los temáticos (*kiššerit* de *kiššeraš* 'mano') o en los atemáticos (*lamnit* de *laman* 'nombre') junto a un Ab. en *-aš*, podría proponerse que se oponía **-ēd* o **-ed* a **-ōd*. Sin embargo, queda advertido que en los temáticos es raro y que en los en *-i* (*šuppit* de *šuppiš*) es una hipótesis más económica el partir de *-i-d*. Dado el papel de estos temas en la creación de toda la flexión de los casos oblicuos, no es inverosímil que en ellos esté en realidad el punto de partida.

En cambio, la forma *-ōd* del Ab. hemos dicho que procede de los temáticos: en otro caso esperaríamos en los en *-i suppaz* en vez de *šuppayaz*, la forma realmente existente. Pero ambos sufijos son, originariamente, el mismo. Al extenderse el uno y el otro, entran en oposición: hay *kiššaraz* y *kiššerit* en los temáticos, *šuppayaz* y *šuppit* en los en *-i*. Esta oposición es la que crea la diferenciación Ab./I. del hetita; como en lat. e itálico no se produce, el Ab. de estas lenguas es en realidad un Ab.-I.

Hay que observar, por otra parte, que el Ab. hetita tiene con muchísima frecuencia un valor indiferenciado Ab.-I.: el Ab. indica no sólo origen, sino también instrumento. Ab. e I. aparecen en este sentido uno al lado del otro o en contextos paralelos y también es muy frecuente que simplemente no exista el I. O sea, lo que es el estado normal del lat., aquí es frecuente. Resulta confirmado lo que anticipábamos: el carácter secundario de la diferenciación del Ab. a partir de un caso local general y el de la restricción de su sentido. Los adverbios del tipo *facillumēd*, por tanto, más que antiguos instrumentales, hay que interpretarlos

como parte de ese Ab.-L. antiguo: recuérdese la fluctuación **-ōd/*-ēd* en el Ab. del ai.

Pensamos, por tanto, en definitiva, que así como **-ōd* se extendió en un área amplia a partir de los temas en *-o* como Ab.-I., reduciéndose luego en muchas lenguas su sentido por oposición a un nuevo I., **-i-d* se desarrolló sólo en hetita extendiéndose a partir de los temas en *-i*; en lat. quedó limitado a éstos como Ab. (alargado en *-īd*). El contraste entre las dos formas creó en het. la oposición Ab./I. Cuando esta oposición se creó en otras lenguas, ello fue mediante recursos completamente diferentes. Hay, pues, coincidencia más que desarrollo común, aunque no puede excluirse que desde época ide. hubiera una cierta tendencia a diferenciar un I., tendencia que en época histórica se satisfizo en las diversas lenguas con recursos varios.

6. Junto a la diferenciación, a partir del caso local de tema puro, de un Ab.-I. en hetita, latín e itálico, caso luego escindido en hetita en Ab. e I., en diversas ramas lingüísticas del indoeuropeo encontramos la diferenciación, a menos en algunos temas, de un I. Ello tiene lugar mediante dos recursos diferentes: el uso de ciertas formas del tema puro y el recurso a alargamientos; recurso éste del que el desarrollo del het., lat. e itálico es un primer ejemplo.

Veamos primero los temas puros caracterizados como I. Se trata, naturalmente, de las lenguas que no conservan el antiguo caso local indiferenciado, que suele calificarse de dativo, tales el griego, germánico y celta.

Encontramos en los temas en *-ā* y *-ē* una forma en *-ā* y *-ē* respectivamente, que es homónima del N. sg., salvo en lo que respecta a la presencia eventual de diferenciaciones secundarias. De las lenguas que tienen un I. pueden citarse formas en *-ā* en ai. (*áśvā*), lit. (*rankà*), galo (*Seguana*).

Todas ellas son idénticas al N. (pero cf. lit. *galvà/gálva*). Se trata de la misma forma que en lat. se diferencia en Ab. con una *-d* y que en varias lenguas aparece, con el tratamiento *-āi*, como D. o D.-L. o D.-L.-I. (cf. III.V.3.10). En cuanto a los temas en *ē*, hallamos en lat. un «Ablativo» *fidē* que en realidad es un Ab.-I.-L. indiferenciado; y hallamos en lit. formas de I. como *dùlke* (N. *dùlkė*).

En los temáticos tenemos un I. en *-ō* que debe interpretarse como una antigua forma en *-oHi₃*, es decir, como una variante fonética respecto a la forma en *-ōi* que da un D. o D.-L. o D.-L.-I. en varias lenguas (cf. III.V.3.10). Esta *-ō* de I. sg. la encontramos en ai. (véd. *vṛ́kā*) y lit. (*vilkù*).

También hallamos formas en *-ā* y *-ō*, usadas adverbialmente, en lenguas que no han llegado a desarrollar un I.; cf. gr. λάθρᾱ, πω, lat. *modo*, gót. *galīkho* 'igual'. Se trata de las bases de la creación del caso conservadas en lenguas en que éste no llegó a cristalizar.

7. Sin embargo, los temas puros en *-i*, *-u*, en consonante, etc., en ninguna lengua llegaron a cristalizar como instrumentales. Evidentemente, se trataba de un desarrollo propio solamente de ciertos temas en que se presentaban circunstancias favorables. Cuando el ai. quiso desarrollar el I. hasta extenderlo a todos los casos, tuvo que recurrir a la analogía de los temas en *-ā*, y *-ō*, generalizando una des. de I. *-ā*: cf. *pátyā* de *pátis*, *pitrā́*, etc. En otras lenguas los temas puros referidos, e incluso los en *-ā* y los temáticos, reciben determinados alargamientos, que los diferencian convirtiéndolos en instrumentales. Es lo que ya hemos visto en relación con el alargamiento *-d*. Ahora lo veremos para *-bh* y *-m*.

En aesl. encontramos, efectivamente, una des. *-m* añadida directamente a los temas puros en *-i*, *-u* (*potьmь*,

synomь de *synъmь*); añadida a temas en consonante previamente alargados con *-i* (*kamenьmь*); añadida los temáticos igualmente (*vlъkomь*). Los en *-ā* reciben solamente un alargamiento *-m*: *ąką*. El lituano por su parte añade *-mi*, pero no a los en *-ā* ni *-ē* ni a los temáticos: *naktimì, sunumì, akmenimì*. También hay huella de *-m* o *-mi* en germánico.

Se trata de alargamientos de temas puros, incluidos los consonánticos previamente alargados con *-i*, que funcionan en varias lenguas como alternativos de los mismos, definidos como de D.-L. o L. Solamente, la forma en *-omi* no está ni puede estar hecha sobre un tema puro: como tal, la forma en vocal es secundaria. Es decir, tenemos que admitir que existen *-omi* y *-mi* (como *-od* y *-d*, etc.); y dado que hay formas sin *-i*, llegamos a la conclusión de que nos hallamos en definitiva ante formas del alargamiento *-om/-m*, ya conocido por nosotros, usadas aquí con una función diferente. Para ello han tenido, con una excepción sola, que ser recaracterizadas con *-i*. Pero es que las formas con *-m* no están limitadas en sus usos locales al I. sg.: el pl. *-mis* da un I. en lit. y aesl., pero es presumiblemente la forma base del D.-L.-I.-Ab. del germánico; *-mos* es la base del D.-Ab. pl. de las dos primeras ramas lingüísticas y hay otras formas con *-m* en el D.-Ab.-I dual en lit. y aesl. Es clarísimo que *-m* era indiferente al número y que podía adoptar una amplia gama de usos casuales locales. Los alargamientos *-i, -is, -os* son los mismos que aparecen, con igual función de diferenciación, tras el alargamiento *-bh,* de que hablamos a continuación.

8. Encontramos, efectivamente, en griego (Homero y micénico, con huellas en otras partes) un sufijo -φι que, aunque con tendencia a usarse en pl., es al tiempo de sg. y que tiene una amplia gama de uso dentro de los casos loca-

les, incluido el G. Un estado como éste es muy arcaico: el sufijo no está definido todavía en cuanto al número ni en cuanto al caso, ni logra, por tanto, entrar en oposición con ninguno de los casos del sistema de la lengua, reduciendo su área significativa. El armenio, sin embargo, reduce ya *-bhi* al status de I. sg.: formas en *b* (*marb* de *mair* 'madre'), pero en *-v* tras *-o*, en *-w* tras *-i*. En arm. y ai. existe al lado *-bhis*, que es I. pl. (en arm. da *-bk'*, *-vk'*, *-wk'*). Pero esta morfologización como I. no es la única: con alargamientos *-es*, *-i̯os* y otros, existen otras varias: D.-Ab. pl. en varias lenguas, D.-Ab.-I. dual en i.-i.

Lo que ocurre con *-bh* es, pues, paralelo a lo que ocurre con *-m* y, en definitiva, a hechos muy frecuentes de morfologizaciones varias de un mismo elemento según el sistema o los alargamientos que recibe. Es precipitado, a partir de aquí, deducir que *-bh* o *-bhi* es un adverbio aglutinado secundariamente a la flexión, aunque tampoco resulta ello imposible. Lo más probable es que nos hallemos ante un nuevo alargamiento *-obh* (cf. θεόφι) / *-bh*, que ha debido de alternar con *-om*/*-m*, eligiendo luego las distintas lenguas entre uno y otro. Para el I. sg. sólo en arm. ha logrado *-bhi* quedar fijado definitivamente.

Todo este proceso de crear un I. sg. independiente ha debido desarrollarse en forma gradual. Hay primero unas bases indoeuropeas que, sin embargo, no afectan a determinadas lenguas o no han cristalizado en ellas. Está luego la especialización de ciertos temas puros en el uso de I.; viene luego la adscripción al mismo de otros mediante la fijación y gramaticalización de formas alargadas, que se reparten las lenguas, los casos y los números de un modo secundario. El báltico y eslavo de un lado, el i.-i. y arm. de otro, siguen caminos diferentes; pero sólo dentro de cada rama lingüística culmina el proceso. Testigo de ello son las

discrepancias de bált. y esl., de i.-i. y arm. y, dentro de este último grupo, la continuidad de un estadio arcaizante en el griego. También es notable que en lenguas occidentales las des. en *-bh* queden relegadas al pl. y el I. quede sin diferenciar de otros casos. Sin embargo, las formas en *-d* del het., lat. e itálico arracan de unas mismas bases: alargar temas puros para especializar casos locales. Lo que ha ocurrido es que son precisamente estas formas las que han cerrado el paso a las otras en sg.

d) *D. y L. sg.*

9. Vemos, en definitiva, que los temas puros de valor local a veces se han mantenido, con diversos grados vocálicos y soluciones fonéticas, y a veces han aceptado los alargamientos *-d, -m* y *-bh* y modificaciones secundarias de los mismos para especializar diversos casos. Estudiadas las formas con alargamiento y los temas puros definidos como de I., nos quedan los demás. Es imposible asignarlos con carácter general a casos determinados: ya lo hemos anticipado (III.V.2.8). Ya encontramos variantes de los mismos alternando como alomorfos de un D.-L. (a veces I. al tiempo), ya opuestos entre sí como características de D. y de L., aparte de las de I.

Así como el I. se diferenciaba, aunque en forma independiente, en anatolio, el D.-I. sólo en el idoeuropeo se escinde en dos y no siempre. En gr., germánico y celta continúa manteniéndose como un caso único, que es al tiempo I.; en het. hay también un D.-L. En latín e itálico hay, ciertamente, un Dativo, pero otras formas de tema puro están englobadas en el Ab.-L.-I., como aportación del L. a un caso sincrético de Ab.-I. y L. Por otra parte, hemos expuesto ya

cómo a veces hay diferenciación de casos en algunos temas, mientras que continúa el sincretismo en otros.

10. Comenzamos por los casos de indiferencia D.-L. El het. con su fluctuación *šuppai/šuppa/šuppi* en un tema en *-i*, formas diversas de tema puro con grado vocálico y tratamiento fonético diferentes, nos testimonia bien a las claras cuál es el origen del caso. A partir de aquí se extiende por todas partes la forma en *-i*, pero también las otras dos: en los temáticos están, por ejemplo, todas ellas. Las finales de tema se han transformado, así, en desinencias; desinencias que revierten a los mismos temas donde han tenido su origen (*šuppaya, zaḫḫiya*). Del mismo modo, en ai. *agnáye* < **egnei̯-ei*, clasificado ya como Dativo, tenemos una hipercaracterización, que se opone al uso del tema puro en, por ejemplo, gr. πόλει o πόληι (con dos grados diferentes).

En gr. encontramos *-ōi* en los temáticos (λόκωι), *-āi* en los en *-ā* (χώραι), *-i* en los atemáticos (πατρί) al lado del tema puro que acabamos de citar (πόλει/πόληι). En micénico existe también para éstos *-ei* (con grafía *-e*), alternando con *-i*: *di-we* = ΔιϜεί, pero *ka-ke-wi* = χαλκῆϜι. La terminación *-ei* está mal atestiguada en griego postmicénico; pero es claro que ello se debe a un proceso secundario de elección.

Así como *-āi* es un tema puro morfologizado como D.-L. (cf. III.II.3.3), *-ei, -i* sólo forman el final de un tema puro en los temas en *-i*; fuera de ellos son ya desinencias. Hay, pues, coincidencia con el hetita. También *-ōi* procede de temas en *-Hi*, habiéndose generalizado el vocalismo pleno de timbre *o* para lograr una regularidad de los temas a que se añade, los llamados temáticos.

Estas formas del griego no han escindido todavía el D. del L. y el I.; no se trata de una unificación secundaria. Pero, así como hay adverbios que demuestran inicios de

una especialización de *-ā, -ō* como características de instrumental, los hay también que son los primeros esbozos de un L. que aquí no llegó a constituirse: οἴκοι, οἴκει, ὅπει, etcétera. Representan grado pleno, igual que *-ōi,* pero con otro tratamiento como sabemos.

El mismo caso indiferenciado D.-L.-I. lo encontramos igualmente en germánico bajo el nombre de Dativo. En los temáticos encontramos una forma en **-ōi* > gót. *-a* (*wulfa*); en los en *-ā, *-āi* > gót. *-ai* (*gibai*); en los demás atemáticos encontramos temas puros (*sunau* de *-ēu*) y formas con *-i,* que son supuestas por *hanin* 'gallo', *brōþr* 'hermano', etc. El panorama es el mismo que venimos encontrando, con pequeñas variantes, como la falta de *-ei* y la generalización en los temáticos de **-ō* en vez de **-ōi*: ha dejado descendencia, por ejemplo, en aaa. *wolfe* y aisl. *ulfe.* En celta hallamos dativo en *-ā* o *āi* de los en *-ā* (*Bandiae* en Esp., *Seguana* en Galia); *-ō* o *-ōi* de los en *-ō* (*Retuceno, Equeisuique* en Esp.).

11. Otras lenguas que distinguen D. y L. lo hacen solamente en algunos temas. En aesl. coinciden en los en *-i* (*pǫti,* de *-ei*), en los en *-r* (*materi*), en los en *-ā* (*rǫcě*). Aun allí donde se diferencian, puede tratarse de innovaciones sobre la base de un mismo tema de partida: así en lit. D. *gálvai* / L. *galvojè,* ambos sobre *-āi,* pero con adición de *-e* en el segundo.

También el lat. y el o.-u., que han aislado el D. como caso independiente, han dejado temas, los en *-ā,* con una forma de D.-L. Esto es lo que es *Romae,* donde no hay que distinguir un D. y un L. En los atemáticos del o.-u., donde hay un D. en *-ei* y un L. en *-i,* el primero sigue desempeñando sin embargo funciones de D.

Hay en todo esto huella de tendencias que son claramente indoeuropeas: en los temas en *-ā*, generalización de las formas con *-i* como D.-L.; en los atemáticos, aceptación de las des. *-ei, -i* nacidas en los en *-i*; en los temáticos, preferencia por las formas con *-i* (*-ōi, -oi, -ei*) sobre las con *-ō*, que pasaron al I. El anatolio presenta un estadio más antiguo, con su fluctuación *-i/-ai/-a* en D.-L. en todos los temas. Pero la expansión de las formas con *-i* es más antigua que la escisión del anatolio. Esta expansión, por lo demás, la hemos encontrado ya al estudiar el I.

12. La escisión de D. y L., iniciada en todas partes desde antiguo a juzgar por los adverbios de tipo locativo, culminó en i.-i., en eslavo (en menor medida) y en báltico (pero en fecha seguramente muy reciente); se da en arm. en algunos temas; también la encontramos, aunque con características especiales, en latín y lenguas itálicas. Utilizó diversos procedimientos: oposición de D. en *-ei* y L. en *-i* o *-Ø*, de D. en *-ōi* y L. en *-oi* o *-ei*, oposición también de grados vocálicos con grado pleno o alargado del L. frente al Ø del D., son los más frecuentes. También se acude a la adición de determinados alargamientos. Los dos tipos más frecuentes son, efectivamente:

I. Atemáticos: D. *-ei* / L. *-i* o *-Ø*, con diferencias de vocalismo aludidas.

Con el mismo grado vocálico tenemos ai. *bhruvé/bhruví*, *bṛhaté / bṛhatí*; *dyáve / dyávi* (pero también *diví*), *sūnáve / sūnávi* o *sūnáu* (< **ēu*); aesl. *kameni/kamene* (con un alargamiento *-e*), *slovesi / slovese*, *synovi / synu* (< **-eu*). Entre estos L., los hay con *-i* y con *-Ø*.

Existen otras veces diferencias entre el grado Ø del D. y el pleno del L.: *rā́jñe/rā́jan* o *rā́jani*. También hay Ø/alargado

en los temas en *-i, -u*: ai. *pátye/pátau, mádhve/mádhau,* así como variantes fonéticas del grado pleno: ai. *sūnáve/sūnáu.*

Por lo demás, estos tipos de oposición no agotan los hechos. En ai. hay huellas de un D. de tema puro en *agnáye* que, como hemos dicho más arriba, es un **egnei* recaracterizado con *-ei* (cf. gr. πόλει, aesl. *pǫti* que es al tiempo L.). En cuanto a los grados vocálicos que se oponen, se trata de un aprovechamiento de posibilidades generales. En het., gr., germ. y celta se encuentran todos ellos en el D.-L.-I. o D.-L.: el tema puro en *-i* o *-u* con grado pleno; el con grado pleno, seguido o no de des. *-i,* que se opone a un G. con Ø. Ante *-ei* encontramos, igualmente, ya pleno, ya Ø. El ai., el bált. y el esl. han procedido a una reclasificación. Habría que añadir que el bált. concretamente ha rehecho la casi totalidad del sistema, oponiendo D. y L. en todos los temas mediante formas rehechas, sobre todo los loc. en *-yje,* dats. en *-ui,* etc.

II. Temáticos. D. *-ōi* / L. *-oi, -ei.*

En ai. tenemos *vṛ́kāya,* forma rehecha con *-a* (cf. av. *vərkāi*) / *vṛ́ke.* Este sistema es al que tendía el ide., a juzgar por los adverbios-locativos del gr. y lat. (cf. III.V.2.10) en *-oi, -ei* frente a los D. (en gr. D.-L.-I.) en *-ōi*: lat. *domo / domi* < *-oi,* etc. En báltico y eslavo ha sido alterado. En lit. tenemos el D. en *-ōi* (*vil̃kui*); pero el L. es de tema puro con la *-e* que se ha generalizado en este caso: posiblemente se interpreta como un tema puro —rehecho, naturalmente— que coincide con el V. y aquí está el punto de partida de dicha *-e.* En aesl., al contrario, queda el L. (*vlъcě*), pero el D. es analógico de los temas en *-u* (*vlъku*).

También aquí nos hallamos ante una morfologización secundaria, cf. III.II.3.12 ss.

13. Más complejo es el caso del latín y las lenguas itálicas. El llamado Ablativo latino veíamos que era en general una forma de Ab.-I. en _-d_, que a su vez no hacía más que prolongar temas puros en unos casos, que añadir en otro _*-ōi_ (temáticos) y que, otras veces por fin, añadía la _-d_ al tema puro con la _-i, -u_ alargada quizá por analogía de _-ōd_. Ahora bien, ese caso sirve también para marcar el L. Formalmente, una serie de «Ablativos» latinos llevan _-i_ o tema puro frente a la _-ei_ del D.: cf. por ejemplo D. _patrī_ < _*-ei_ / Ab. _patre_ (< _*-i_); D. _manuī_ < _*-eu̯-ei_ / Ab. _manū_ < _*-eu_ o _*-ēu_. También se da el tipo con tema puro en ambos casos: en los temas en _-i_, lo antiguo es una forma _-ī_ < _*-ei_, con lo cual D. y Ab.-L.-I. dejan de distinguirse (como en aesl.), pero tiende a introducirse una diferenciación secundaria (Ab. con _-e_ < _*-ĭ_). También hay temas puros en _-ā_ con valor de Ab.-L.-I. (_rosā̆_ < _*rosā_).

En los temas en _-i_ y _-u_, efectivamente, hallamos en lat. arcaico, ya _-īd, -ūd_, ya _-ī, -ū_; como hay también _-ād_ y _-ā_. No es de creer que la forma sin _-d_ sea secundaria en todos los casos. En cambio, es fija en los temáticos, cuyo Ab. es en _-ōd_, como hemos dicho.

Frente a estos «Ablativos» hay en lat. un D. diferenciado que generaliza _*-ei_ en los atemáticos —pero en los en _-i_, ya lo hemos dicho, _-ī_ es el final del tema puro— y _*-oi_, como en otras lenguas, en los temáticos. Se presenta el problema de si el Ab. latino procede de la fusión de un Ab.-I. con _-d_ y un L. con _-i_ o tema puro, opuesto a su vez a un D. con _*-ei_ (atemáticos), o bien con _*-ōi_ y opuesto a un L. con _*-oi_. La existencia de un antiguo L. independiente en latín es la hipótesis tradicional.

14. Nosotros pensamos que, como ya hemos anticipado, existió en latín una forma muy difundida de Ab.-I., carac-

terizada por *-ōd* o *-d*, que no llegó a escindirse en Ab. e I. como en hetita. Pero la difusión de esta forma no fue completa, lo cual quiere decir que el tema puro o alargado con *-ei, -i, -ōi, -oi* podía seguir desempeñando secundariamente, al lado de sus funciones de D.-L., otras de I. y Ab. Esto es bien claro para las formas sin *-d* de los temas en *-ā, -i, -u* y más para los atemáticos en consonante, donde la *-d* no llegó a penetrar.

Ésta pudo ser la primera fase: un Ab.-I. y un D.-L. que en ciertos temas y usos suplía a la defectividad del primero. La segunda fase consiste en la escisión del D.-L. en un D. y un L. sobre principios semejantes a los del i.-i. y baltoeslavo; pero manteniendo la forma de L. los usos de Ab. e I. a que nos hemos referido. En los temáticos, sin embargo, donde la difusión de *-ōd* es máxima desde antiguo, la forma en *-oi* de L. quedó reducida a este sólo caso y formalizada, porque *-ōd* absorbió también este empleo.

A partir de aquí, en una tercer etapa no podemos hablar más que de sincretismo. Prescindiendo del D., los otros dos casos en ciertos temas coexistían tendiendo a oponerse, pero en otros sólo existía o el uno o el otro, siendo en realidad dos formas distintas con un solo significado, el total de ambos casos: bien por indiferenciación de los temas puros o alargados en *-ei, -i,* bien por extensión del sentido de *-ōd* al eliminar la forma contrastante. En definitiva, se llegó a considerar las distintas formas como alomorfos, a veces en distribución complementaria, a veces libre; y a unificarse significados que nunca se habían escindido del todo más que en situaciones particulares.

15. Semejante es el panorama ofrecido por el o.-u., sólo que aquí el proceso de sincretismo avanzó menos y se mantiene en varios temas la oposición entre el Ab.-I. y un L.

generalmente en *-i*. Ello es el resultado de una mayor difusión del Ab.-I., que automáticamente reducía el valor del tema puro o con *-i* al de L. Cf. por ejemplo en los temáticos o. D. *-úi* < **-ōi* / L. *-eí*.

3. CONCLUSIONES SOBRE EL SISTEMA MARGINAL DEL SG.

1. Lo primero que hay que recordar es que este sistema marginal sólo secundariamente se convirtió en de sg., por polarización respecto al de pl. que, ya en indoeuropeo posterior, se creó. En anatolio hay todavía indiferencia al número, según hemos dicho.

Todo el sistema marginal está constituido esencialmente por temas puros, que expresan usos locales sólo precisables con ayuda de la distribución; usos locales que entraron en un juego complejo con los que, secundariamente, aparecían en el sistema central y que además tendieron a especializarse. Todo ello, según ha sido examinado en III.V.1.5. Pero los temas puros no sólo se diferenciaron, sino que también se recurrió a determinados alargamientos: *-d*, *-bh* y *-m*, este último el mismo que daba acusativos y luego neutros, mientras que *-d* es el mismo que desempeñó análoga función en los n. de los pronombres. Además, es antigua la extensión, como alargamiento de los temas puros seguido a su vez o no de los alargamientos *-d*, *-bh* y *-m*, de desinencias procedentes de los temas puros en *-i*.

Naturalmente, todos estos elementos no eran usados simultáneamente, sino que variaban según las áreas lingüísticas y las fechas. Hay que llevar al protoindoeuropeo la tendencia a diferenciar un caso Ab.-I. que no excluía que los temas puros siguieran usándose von valor local indiferenciado. En anatolio este Ab.-I. se caracterizaba mediante

el alargamiento *-d* y se llegó posteriormente a una escisión entre Ab. e I. con ayuda de variantes del mismo alargamiento.

2. Fuera del anatolio, hay que distinguir dos grupos. Uno de ellos, integrado por el griego, el germánico y celta, no dejó prosperar los intentos de creación del nuevo caso, que evidentemente en fecha indoeuropea estaba mucho menos avanzado que luego en anatolio. En las áreas a que ahora nos referimos las formas en *-d* no pasaron de un uso adverbial, mientras que los temas puros locales, en gr. a veces adicionados por *-bhi*, siguieron teniendo el valor local indiferenciado de D.-L.-I. El valor de Ab. aparece también en estos temas en germ., en ocasiones; en otras y siempre en gr. este valor ha sido absorbido por el G., en virtud de un desarrollo que hemos estudiado. La tendencia a separar un L. no prosperó: dejó, tan sólo, huella en algunos adverbios.

El segundo grupo, constituido por el i.-i., bált., esl., lat. e itál., desarrolló, pero de un modo independiente, la tendencia indoeuropea a crear un Ab.-I. Pero la característica *-d* no llegó a afectar a todos los temas e incluso, fuera del lat. e itál., quedó reducida, sin duda secundariamente, a los temáticos. Los temas puros debieron continuar teniendo valor local indefinido: es decir, D.-L.-I.-Ab., salvo cuando algunos se oponían al I.-Ab. A partir de aquí se abrían dos caminos:

a) En i.-i., bált. y esl. hay una escisión Ab.-I., utilizando para ello temas puros o, a veces, alargados con *-bh*, *-m* de I., que polarizan *-ōd* como de Ab.; de otra parte, como sólo en los temáticos se daba una oposición G./Ab., mientras que en los demás el G. había desarrollado muy ampliamente el sentido «dirección de», el bált. y esl. neutralizan la opo-

sición en los temáticos, llegándose al sincretismo de los dos casos. En i.-i. continúa la oposición en esos temas.

b) En lat. e itálico, por el contrario, el caso defectivo Ab.-I. no se escinde en dos ni se opone a los demás: se produce, por el contrario, un sincretismo.

Hay que anotar que en arm. se crea un Ab. de origen independiente, con *-ē*, fuera de los temas en *-o*. En arm. secundariamente el caso D.-L. (en los en *-o* también Ab.) se confundió con el G.; pero a veces se trata de D. solo, se ha aislado un L.

3. En el segundo grupo de lenguas se desarrolló dentro de los temas puros una segunda tendencia: aislar un L. Las demás formas, cuando Ab. e I. tienen expresión propia, quedan polarizadas como D.: así en i.-i., bált. y esl. En itálico, donde esto no ocurre más que parcialmente y, además, el L. tampoco se constituye en todos los temas, el llamado D. tiene usos locales que rebasan el propiamente de D.

El latín ofrece la particularidad de que, perteneciendo al grupo que aísla, al menos parcialmente, un Ab.-I., escinde D. y L., pero éste se sincretiza con el Ab., salvo el caso del tipo *domi* en la segunda declinación; *Romae* en la primera es una forma que se mantiene aún indiferenciada del D.; en este caso, no hay diferenciación D./L. Después de una historia complicada el lat. llega a un paradigma que opone un D. a un Ab.-L.-I., a diferencia del griego, que mantiene un antiguo D.-L.-I. y en cambio no presenta huella de Ab., para la expresión del cual se contenta con la función secundaria del G. Y ello no en virtud de un sincretismo, como el bált.-esl., sino por rechazo de la forma en *-d*; rechazo que también en germánico y celta se produce, pero con reparto

de las funciones que en otras lenguas son propias del Ab. entre el G. y el llamado D.

4. Así, nada más erróneo que el intento de establecer un cuadro de los casos indoeuropeos de máxima amplitud, en realidad un calco del del i.-i., y de explicar la realidad de la flexión casual en cada lengua sólo a base de sincretismos, es decir, de unificación de casos diferentes. Sin negar este fenómeno (lo hemos visto en lat., en bált. y en esl.), es más general el de la diferenciación de un caso, usando los alomorfos que lo caracterizan en forma contrastiva respecto a otros casos.

También es completamente erróneo el postular para cada caso una característica o un mínimo de ellas que no se reencuentran en otros casos. La verdad es la contraria, que la redistribución de alomorfos es el gran motor del desarrollo del sistema casual: esto que hemos estudiado para el sistema central es aún más visible, si cabe, en el marginal. Junto a la redistribución de alomorfos funciona, ciertamente, otro recurso que opera en el mismo sentido: la derivación de unas características a partir de otras. Pero la derivación se usa con fines puramente opositivos, de modo que idénticos procedimientos de derivación —con alargamientos, cambios del vocalismo o el acento— producen casos muy diferentes. Llegamos, en definitiva, al mismo principio de falta de relación original entre la marca y la categoría. Cuando se llega a una relación estable, es seguro que se trata de un fenómeno reciente. El Ac. pl. en *-ms* y la *-s* de pl. en general son buenos ejemplos de ello.

Todo esto era perfectamente esperable desde el momento en que mal podían existir en el más antiguo ide. marcas de categorías o funciones como los casos, géneros y números que esta lengua no conocía. Hemos visto cómo progresiva-

mente se crean y cómo progresivamente se convierten en sus marcas elementos originariamente ajenos a ellas. Los dos fenómenos son, en realidad, el mismo.

VI

VARIANTES DE NÚMERO EN EL SISTEMA MARGINAL

1. Ha quedado suficientemente claro que el desarrollo de un pl. del sistema marginal de la flexión nominal es post-anatolio y que se logra fundamentalmente con ayuda de una *-s* pluralizante, que hemos encontrado ya en el Ac. pl. en *-ms* y que hay que considerar derivada, en definitiva, del N. pl. en *-es* allí donde se opone a un N. pl. de tema puro. Veamos ahora más detalles.

Al crearse el pl. en fecha más reciente que el sg. y sobre él, existe entre ambos una manifiesta simetría; bien que el pl. procede de una época en que las formas que han quedado luego como de sg. no estaban todavía repartidas como en fecha literaria y que, de otra parte, alcance una especialización casual inferior a la del sg. Estos dos hechos han producido ciertas asimetrías.

Una lengua como el griego, que conserva en su D. un antiguo D.-L.-I. no escindido, ha creado paralelamente un llamado D. de pl. con idéntico valor sintáctico. Dado que el Ab. no llegó a desarrollarse y en cambio el G. desempeñó secundariamente esa función, es lógico que en pl. ocurra

lo propio. De igual modo, el germ. tiene un llamado D. que es un D.-L.-I. y las funciones del Ab. están, como en el sg., repartidas entre este D. y el G.; igual en celta.

2. Formalmente, este caso local único de pl. se constituye de una de estas dos maneras:

a) En gr. encontramos normalmente los temas puros (englobando también entre éstos los temáticos alargados en **-ōi, *-oi*) + *s*; a veces se producen problemas de homonimia con el N. pl. y se añade todavía *-i*, característica del D. sg. Tenemos:

Temas en *-ā*: D. pl. en *-āsi*, jon. *-ēsi*, con *-i* para evitar la homonimia con el N. pl.: ταμίᾱσι, δίκησι; pero también en *-āisi*, jon. *-ēisi*, de otra variante del tema puro: át. arc. ἐπόπτησιν, hom. θεῇσι. La forma en *-ais* (σφαίραις, etc.) es, o bien abreviación, o bien analogía de los temáticos.

Temáticos: *-ois, -oisi*, donde la *-i es* redundante, no había problema de homonimia; hay quienes piensan que hay que partir de **-ōis* y no de **-ois*, como en el I. del i.-i., etc. Cf. át. λύκοις, hom. λύκοισι.

Atemáticos varios: θηρσί, πατράσι, κυσί, etc.

La existencia de alomorfos varios en los temas en *-ā* y temáticos se ha utilizado en alguna ocasión para crear un esbozo de locativo (át. *-āsi* frente al D. *-ais*, pero es infrecuente). Más frecuentemente son los diversos dialectos los que se distribuyen las formas.

b) Otro recurso es añadir al tema puro un alargamiento con valor casual indefinido. En gr. con las formas anteriores coexisten otras con -φι que, como sabemos, se refiere a un uso local indiferenciado en cuanto al caso y en cuanto al número. El germ. caracteriza su D.-L.-I. pl. con *-m*, procedente de **-mos* o **-mis*; gót. *wulfam, gibōm, sunum, brōþrum*, etc. En celta hay, en cambio, un D.-L.-I.-Ab. pl. en

**-bhos* (*arecoraticubos, matrubus,* en celta de Esp.) o *-bhis* (air. *cridib* de *cride* 'corazón').

En cuanto al caso único del lat., cf. *infra,* 4.

3. Cuando hay escisión entre casos diversos, se distribuyen entre ellos las formas de tema puro y las provistas de alargamientos, que a su vez reciben varias modificaciones. Ello sucede notablemente en el grupo del i.-i. y bált.-esl., que ya hemos comprobado que presenta todo él una notable unidad.

En i.-i. la correspondencia sg./pl. es perfecta, con excepción de que a los cuatro casos del sg. (D., Ab., I. y L.) responden tres en pl. (D.-Ab., I. y L.). No puede haber más claro testimonio de que el Ab. se concebía como una variante del caso local indiferenciado, por más que en la mayoría de los temas no tuviera forma propia y su función se expresara mediante una secundaria del G. También en bált. y esl. hay un D.-Ab., un I. y un L., cosa que nos remonta a una época en que la situación era la misma que en i.-i. se conservó: es decir, en que, para los temáticos, había un Ab. independiènte, que luego se neutralizó con el G., prestándole incluso su desinencia.

El reparto en los tres casos ha sido como sigue:

D.-Ab. Se han especializado las formas alargadas con *-bhi̯os* (i.-i.) / **-mos* (bált.-esl.); sin embargo, en los temáticos en ai. el tema no termina en **-o,* sino en **-oi* (D.-Ab. pl. *vṛkébhyas*), es decir, se alargó una forma que nos es conocida, la misma que dio un L. sg. Cf. *áśvabhyas, sūnúbhyas, mātṝbhyas*; lit. *rañkoms, sūnùms*; aesl. *rąkamъ, noštьmъ*. A veces el tema puro al que se añade la des. se alarga con **-i*; aesl. *kamenьmъ, slovesьmъ*.

I. En el I. hay en los temáticos del ai. y lit. **-ōis*, es decir, la misma forma que en sg. se especializa para D. aquí lo hace para I.: ai. *vṛkais*, lit. *vilkaĩs*. En los demás temas (y en aesl. también en los temáticos) tenemos el alargamiento ai. *-bhis*, bált. y esl. *-mis*; es decir, estas dos lenguas especializan para el I. pl. la misma forma del I. sg., pero con *-s*; igual hace el arm. (cf. III.V.2.8), mientras que -φι en gr. es indiferente a las oposiciones entre los casos locales. Ejemplos: ai. *vṛ́kebhis* (sobre *-e-*, igual observación que arriba), *áśvābhis, sūnúbhis, mātṛ́bhis*; lit. *renkomìs, sūnumìs*; aesl. *rąkami, synъmi, kamenьmi, materьmi*, etc. En arm. se puede citar *gailovk'* (sg. *gailov*).

La desinencia consiste siempre en la *-s* pluralizante, pero alargada de diversos modos para evitar las homonimias. Así como en gr. hemos visto que se le añadía *-i*, en i.-i. y aesl. se le añade *-u*, sin duda sobre el modelo de los L. sg. en *-u* (*sunaú, agnaú*) y el lit., *-e*, sobre el modelo del L. sg. en *-e*.

En los temáticos precede la forma en **-oi*, en otros se añade antes a veces *-i*; hay que observar que en ai. la *s* tras *i, -u, -r, -k* hace *ṣ*, en aesl. *x*. Ejemplos: ai. *vṛ́keṣu, áśvāsu, sūnúṣu, mātṛ́ṣu*, aesl. *vlъčexъ, rąkaxъ, synъxъ, slovesьxъ*. En lit. pueden citarse *rañkose, dùlkėse, širdysè*, etcétera.

4. El latín presenta una forma única de D.-Ab.-I.-L. Ello es debido, sin duda, a que, igual que ocurre o ocurrió en un momento en el grupo que acabamos de estudiar, el lat. diferenció, al menos parcialmente, un Ab.-I., con lo que las funciones del Ab. no fueron a parar en pl. al G. como en griego. Pero, al propio tiempo, la escisión no llegó a consumarse, y en un momento dado se llegó al sincretismo; esa unidad, perdida un momento, pero luego recobrada de los

casos locales del lat., es la que se refleja en la unidad del caso único local de pl. Pues la diferenciación del D. en el sg. no fue imitada en el pl., lo que representa indudablemente una isoglosa con el grupo del i.-i. y bált.-esl., al que, con todas sus diferencias, está más próximo el lat. en lo que respecta al sistema casual que al griego y el germánico.

Para este caso único el latín opera de un lado con **-ois* y **-ais*, de otro con la des. *-bus*, emparentada con el ai. *-bhyas* y el celta *-bos*. Ejemplos:

Temáticos: *lupis*, cf. o. *nesimois*; a más de *-ois* puede postularse *-ōis*. Temas en *-ā*: *rosis* < **-āis*, pero también *deabus*; otros temas: *matribus*, *canibus*, con la *-i* que ya conocemos. La situación de las lenguas itálicas es muy semejante.

5. Los mismos alargamientos *-bh* y *-m* han suministrado, convenientemente modificados, desinencias para el D.-Ab.-I. dual en las lenguas que tienen para estos casos una forma independiente, puesto que el griego -οιν es no sólo de D.-L., sino también de estos casos. Hay *-bhyām* en ai., mero alargamiento de *-bhi* con *-ām*; y formas *-m* en lit. y *-ma* en aesl., cuyo prototipo original no es dable restituir. En todo caso, son desarrollos recientes.

Ejemplos: ai. *vṛ́kābhyām*, que parece constituido sobre el N.-V.-Ac.; *áśvābhyām*, *sūnúbhyām*, *matṛ́bhyam*; lit. *vil̃kam*; aesl. *vlъkoma*, *rǫkama*, *synъma*.

VII

FLEXIÓN SOBRE TEMAS MÚLTIPLES: EL ADJETIVO

1. LA OPOSICIÓN MASC./FEM.

1. Hemos visto ya en III.I.1 que en el nombre no llegó a constituirse una flexión sobre temas múltiples —el segundo escalón de que hablábamos— como en el verbo, pero sí en el adjetivo. Existen ciertamente numerosos temas flexionados que derivan de una misma raíz, pero no están relacionados entre sí mediante un sistematismo de forma y significado suficiente como para considerarlos parte de una misma declinación. Ello ocurre en el nombre y en el adjetivo; pero en este último hay dos relaciones entre temas lo suficientemente estrechas para que se produzca esa circunstancia. En el verbo este caso es el normal, pero nunca deja de subsistir aquel otro en el cual dos o más temas derivados de una misma raíz dan verbos independientes.

Los dos casos de flexión adjetival sobre temas múltiples son, ya lo hemos anticipado, el de la oposición de un tema masculino y neutro a otro femenino y el de la oposición de

los tres grados positivo, comparativo y superlativo. Veamos las bases de estas flexiones.

En realidad, la diferencia entre elemento final de tema y desinencia es algo a que se llega en el curso de una evolución histórica, según hemos tenido ocasión de comprobar una y otra vez. Sincrónicamente, la diferencia está en que un tema permanece estable a lo largo de toda la declinación, aunque sometido a determinados accidentes de vocalismo, colocación del acento y otros fonéticos, mientras que la desinencia aparece solamente en el caso o conjunto de casos que caracteriza. Un estadio intermedio es el de los temas que se combinan en una declinación heteróclita: la *-n* es aquí una final de tema, pero al tiempo indica que se trata de uno entre una serie determinada de casos.

Por ello una forma en *-ā* o *-ǎ* de n. pl. es en sí idéntica a la *-ā* o *-ǎ* de los temas de la llamada primera declinación: la diferencia está en que en ésta figura en todos los casos. Cuando va seguida de *-Ø* es sólo la distribución, esto es, la consideración de la palabra en cuestión, la que decide si se trata de un n. pl. o de un caso de la primera declinación. No de otra manera, ya lo decíamos, sucede con los demás temas puros que ya dan un N. sg. an., ya una declinación completa de tipo atemático.

Por tanto, no son los elementos físicos y concretos los que nos interesan, sino en cuanto organizados en un conjunto. Que una *-ā* o *-ǎ* o determinadas consonantes finales de tema se hayan convertido en determinadas palabras en característica del n. pl. o N. sg. an., transportándose incluso *-ā* o *-ǎ* a temas diversos con esa función, no tiene relación con la cuestión que nos interesa. La cuestión que nos interesa es la de cómo un tema en *-ā*, es decir, todas las formas declinadas del mismo, se opuso a un tema en *-o* en sistema, correspondiendo a este paralelismo de forma uno de signi-

ficado, constituyéndose, en definitiva, una flexión sobre dos temas.

2. Los adjetivos que oponen en N. un masc. en *-os* a un fem. en *-ā*, es decir, el tipo lat. *bonus, bona,* se encuentran en todo el indoeuropeo no anatolio; la forma del n. en *-m* (lat. *bonum*) se encuentra también en anatolio, donde la flexión es animado *-aš* < **-os* / inanimado *-am* < **-om*. En un momento dado, después de la separación del anatolio, la forma en *-os,* que era simplemente animada, se convirtió en masculina por oposición a un fem. en *-ā*.

Este proceso es el que debemos de estudiar. Resulta claro que tuvo lugar dentro de los adjetivos, en los que *-os* sólo continuó siendo masc.-fem. en algunos tipos en los que no se desarrolló un femenino, así en los compuestos del gr. del tipo ἔντιμος, -ον, cf. φρόνιμος, -ον. En cambio, en los nombres son numerosos los en *-os* femeninos (gr. νυός, ὁδός, lat. *pirus, fagus*) y los simplemente animados (θεός 'dios' y 'diosa', *lupus* 'lobo' y 'loba'), así como los en *-ā* masculinos (gr. νεανίας, ἀγρότης, caracterizados como masc. por una *-s*; lat. *scriba, auriga*; aesl. *sluga* 'servidor'). Es, pues, del adjetivo de donde arranca el sistema, que luego se extiende a los nombres, donde se crean femeninos como θεά, *lupa* y donde los en *-ā,* frecuentísimamente abstractos, quedan caracterizados como femeninos. Pero, a su vez, el sistema del adjetivo debe de tener alguna base en el nombre, un punto de partida digamos, dado que el adjetivo es, según sabemos, una formación secundaria del nombre.

3. Hay que partir del hecho de que, cuando se llegó a crear dentro del adjetivo una oposición masc./fem. sobre dos temas, el adjetivo estaba, por decirlo así, preparado

para recibir esta innovación. Queremos decir que existía ya una flexión del adjetivo que distinguía en el N.-Ac.-V. formas opuestas por el género, bien que caracterizadas por medio de desinencias y no de temas: una de animado y otra de inanimado. Así en los tipos hetitas *kunnaš/-an* 'recto', *šalliš/salli* 'grande', *ḫumanza/ḫuman* 'todo', que responden a tipos bien conocidos del indoeuropeo: sólo que en el primero la forma en *-os* queda luego reducida al masc., como decimos, por oposición a una forma en *-ā*; en los otros tipos, atemáticos, a veces se crea también un femenino con *-i̯ā/-ī* y la forma sin alargar queda caracterizada como masc. (pero no siempre, cf. lat. *suauis, -e*). Junto a los inanimados con *-om* o tema puro los había también con *-ā*, como sabemos, los cuales fueron reclasificados como plurales.

Todo esto supone un proceso secundario que ya hemos descrito: una forma de relacionador con *-os*, sin género, pasa a ser considerada como N. y se crea toda una flexión paralela a la del nombre; y una vez creado el principio de la concordancia, éste lleva a oponer a un animado un inanimado, sobre el modelo de los nombres animados e inanimados y para concordar con ellos. Ayudó sin duda a ello el que, una vez convertido en adjetivo el relacionador en *-os*, esta forma, considerada ahora de N., pasaba a ser animada como el *-os* de los nombres, con lo que quedaba una casilla vacía para la creación del inanimado.

También los temas en *-ā* debieron de poder usarse adjetivalmente, igual que otro tema cualquiera: tanto en palabras que al tiempo eran nombres como en otras creadas especialmente como adjetivos. Un tema en *-ā* es bien claro que carecía de género. Sólo su uso en Ac. en palabras sin posibilidad de usarse como sujetos es el que, por contraste con aquellas otras que oponían un N. y un Ac. debidamente caracterizados, creó su valor inanimado. De ahí *-ā/-ă* desi-

nencia de neutro, luego más concretamente de n. pl. Pero, al tiempo, continuaron existiendo palabras de tema en *-ā/-ă* susceptibles de ser usadas ya en N. ya en Ac.; es decir, animadas. Lo cual quiere decir que un tema en *-ā/-ă* era, en sí, indiferente al género, en la época más antigua. Era la raíz la que decidía si era o no posible el uso en N. Y lo mismo que decimos para el uso nominal, hay que afirmar para el adjetival.

4. El que el hetita no presente temas en *-ā,* ni nominales ni adjetivales, nada quita a esto: hemos visto que el hetita ha reorganizado a su manera los temas en *-H,* a los cuales pertenecen los en *-ā,* sin duda para evitar homonimias con su uso en el n. pl.; es cierto que las demás lenguas los desarrollaron mucho cuando crearon a base de ellos principalmente el femenino. Retrocediendo a la fecha más antigua, debemos suponer dos etapas de desarrollo del grupo nombre + determinante.

I. Nombre + nombre con relacionador en *-os* o *-s* (en los temas en *-ā,* en *-ā-s*).

En esta etapa el relacionador carece de género: se añade al nombre, esté éste en el caso que esté, e independientemente de si es susceptible o no de un uso en N.

II. Nombre + adj. en *-os.*

En esta etapa, el nombre con relacionador en *-os* se convierte en un N. animado de un adjetivo sobre el cual se crea el resto de la flexión analógica del nombre. Pero la forma en *-ā-s* se mantiene como G., dándosele una flexión de N. en *-ā,* Ac. *-ām,* etc.: ello en estricta analogía con los nombres en *-ā.* Esta flexión en *-ā* debió de continuar siendo, durante mucho tiempo, indiferente al género, puesto que

carecía de *-s* en N.; luego se creó la escisión que sabemos y el tema en *-ā* se convirtió en animado, sin perjuicio de que se creara una des. *-ā* inanimada.

Por tanto, en época indoeuropea, pese a la alteración del panorama por el het. (eliminación de los temas en *-ā*) y las demás lenguas (oposición de *-o* y *-ā* como masc. y fem.), debieron existir, entre otros, estos dos tipos de adjetivos:

a) *-os* animado, *-om* inanimado.

b) *-ā* indiferente al género, luego animado.

5. Es bien claro que dentro del animado se produjo en un momento dado una polarización que clasificó *-os* como masc. y *-ā* como fem. Se piensa que esta polarización arranca de la existencia de nombres en *-ā* radical de sexo femenino, sobre todo **$g^{u̯}$nā* 'mujer' de *$g^{u̯}$neHi_2*. A través del pronombre **sā́* o directamente se extendería el uso de aplicar a este nombre un adjetivo en *-ā*: una verdadera redundancia, o hecho de concordancia si se quiere, cuyo resultado fue que la *-ā* de los adjetivos quedara caracterizada como de fem. y, de rechazo, las formas en *-os* se caracterizaran como de masc. A partir de aquí, un demostrativo o un adjetivo en *-os* u *-ā*, masc. y fem. respectivamente, al ir junto a nombres animados de forma indiferente a la oposición, los caracterizaban como masc. o fem.: al ir con *bonus, pater* es masc. y al ir con *bona, mater* es fem. Sin embargo, una tendencia a la formalización total lleva a generalizar también a los nombres la misma oposición: *-os* masc. / *-ā* fem. (*lupus/lupa,* frente al más antiguo *lupus/lupus femina,* Ennio). Pero esta formalización ya hemos dicho que no culminó y quedaron muchas huellas de la antigua indiferencia a la oposición masc./fem.

El que en los adjetivos solamente —con la excepción a que luego nos referiremos— la oposición *-os* masc. / *-ā* fem.

se haya creado para distinguir los dos subgéneros del género animado, explica que en los nombres solamente los en *-os* y *-ā* estén caracterizados formalmente, sin necesidad de la concordancia, como masc. o fem. Los demás nombres, como los adjetivos, son en principio indiferentes a esta oposición o, mejor dicho, sólo gracias a hechos de distribución, la concordancia, se resuelve el sincretismo en ellos del masc. y el fem.

6. En cuanto a la flexión de los adjs. en *-os, -ā, -om,* es claro que es idéntica a la de los nombres, si se exceptúan ciertas formas de unos pocos adjetivos llamados pronominales que siguen la flexión pronominal: por ejemplo, N.-V.-Ac. n. en *-d* (ai. *anyad,* lat. *aliud,* gr. ἄλλο), N. pl. en *-oi* (ai. *sárve* 'todos'), G. sg. lat. *totius* como *illius.* Cuando existen otras diferencias, se trata de innovaciones de lenguas particulares. Concretamente, el germánico junto a la flexión ide., llamada fuerte, ha desarrollado una flexión débil analógica de los temas en *-n,* que se emplea tras el artículo: gót. N. masc. *blinda,* fem. *blindō*; G. *blindins, blindōns, blindins*; etc. El eslavo ha opuesto una flexión indeterminada, derivada de la ide., y una determinada, alargada con un antiguo demostrativo *-io*: aesl. *bosъjь, bosaja, bosoje*; G. *bosajego,* A. pl. m. y N.-A. pl. f. *bosyję*; etc. (de *bosъ* 'descalzo'). En lit. hay una forma paralela. Estas lenguas distinguen con los dos tipos de flexión del adjetivo diferentes funciones sintácticas del mismo.

7. De este modo, por un largo proceso, el indoeuropeo ha llegado a constituir una flexión de dos niveles, el del caso-número y el del género; éste, sobre dos temas diferentes, aunque uno de ellos, el en *-o,* distinga a su vez entre masc. y n. con ayuda de las desinencias. La *-ā* indiferente

al género, que dio primero una desinencia de n., dio después un tema de fem. Y se convirtió en una característica de femenino aun en nombres que ninguna relación tienen con la noción del sexo femenino.

Pero no son los adjetivos en *-os/-ā/-om* los únicos que alcanzaron una flexión de las que hemos llamado de dos niveles. El indoeuropeo desarrolló un segundo sistema en que el femenino está también representado por un tema propio, aunque se trata de un sistema más fluctuante y de difusión menos antigua.

Se trata de un tema terminado en el elemento $*\text{-}\underset{\frown}{i}eH_2$/ $*\text{-}iH_2$, cuya presencia en los G. de los nombres temáticos del lat. y celta ya conocemos. Solamente allí aparecía siempre en el grado cero $*\text{-}iH_2 > \text{-}\bar{\imath}$, mientras que ahora vamos a encontrarlo en ambos.

Aquí no hay ningún testimonio de un antiguo uso adjetival indiferente a la oposición animado/inanimado, como en el caso anterior. El punto de partida es diferente: un relacionador que en este caso hemos supuesto, hipotéticamente, que es una antigua palabra independiente, un adverbio indicando precisamente relación, semejante a nuestro 'de' (cf. III.III.4.10). Sea lo que quiera de este más remoto origen, el caso es que ciertas lenguas, según hemos visto, rompen la homonimia N.-G. de los temáticos convirtiendo en G. la forma con este relacionador (lat. *lupī*). En cambio, una lengua como el ai., que soluciona de otra manera el problema de la homonimia, hace de la forma en *-ī* un adj. Concretamente, la emplea para crear un adj. femenino que se deriva del nombre de un ser sexuado; por sustantivación da el nombre de la hembra correspondiente. Concretamente, frente a un *vṛkas* originariamente 'lobo', 'loba', *vṛkī* es 'la del lobo', 'la loba'; y secundariamente, por polarización, *vṛkas* se hace 'el lobo'. Ello no solamente en los temas en

-*o*: cf. ai. *pátis*/*pátnī*; gr. πότις/πότνιᾰ con tratamiento *-*i̯°H* > -ιᾰ (sobre la -*n*, cf. III.III.4.8). Éste fue el arranque para crear un tema específico de femeninos. Y como frente a los adjetivos temáticos el femenino se creaba de otra manera que ya conocemos, este otro sufijo se empleó casi sólo en los adjetivos atemátios, quedando en el nombre solamente algunos restos.

8. Pero hay que hacer ver que este desarrollo afectó muy desigualmente a las diferentes lenguas indoeuropeas; evidentemente, se difundió menos que el anteriormente estudiado. Se halla sobre todo en los temas en -*u*, -*nt*, los en -*s* del part. perf. y del comparativo; pero aun aquí falta en algunas lenguas. Cf. por ejemplo gr. ἡδύς, ἡδεῖα, ἡδύ (pero ai. *svādús, svadvī*); ai. *bháratī*, gr. φέρουσα, aesl. *berąšti* (pero lat. *ferens*); ai. *svā́dīyasī*, gót. *sūtizei*, aesl. *boljьši* (pero gr. Ac. ἡδίω < *ἡδίοσα).

Convertido en característica de fem., *-*iH* desarrolla una declinación con grado ∅ en N.-Ac.-V. y pleno en los oblicuos (*-*iH* > -*ī* o -*i̯°H* > -*i̯ă*/*i̯eH*$^{1}{}_{2}$ > *i̯ā*): es la llamada declinación en alfa impura del gr. Sigue el modelo, evidentemente, de alternancias ∅/pleno en los temas en -*ă*/-*ā*, de las que quedan huella tanto en la declinación de estos temas (cf. III.2.3.3) como en la des. de n. pl. (cf. III.IV.4.1 ss.).

Hay que añadir, para concluir, que las diversas lenguas, individualmente, crearon algunas otras características de femenino, sobre todo en los nombres. Cf. en gr., por ejemplo, la oposición -*ā* /-*ās*, ya mencionada, en la primera declinación; y los tipos -τήρ/-τρίς y βασιλεύς/βασίλισσα, muy productivo éste posteriormente, en la tercera. Pero nunca se llegó a una flexión regular sobre temas múltiples.

2. LOS GRADOS DE COMPARACIÓN

1. Como hemos adelantado, el indoeuropeo ha creado una serie de oposiciones entre temas de adjetivos, cada uno de los cuales posee una flexión completa. Se trata generalmente de un mismo tema opuesto a dos variantes del mismo, alargadas con sufijos, que actúan frente al primero como un comparativo y un superlativo. Decimos generalmente porque otras veces se oponen raíces diferentes y no una misma modificada variamente. Ahora bien, dado que estos temas pueden tener variantes genéricas de masc. y fem. (salvo si son de la 3.ª declinación), quiere decirse que en ese caso se llega a una flexión de tercer nivel, como ocurre también en el verbo: se oponen temas que a su vez tienen temas derivados que a su vez llevan desinencias. Es el único caso en que fuera del verbo se alcanza el tercer nivel, salvo en la oposición numeral cardinal/ordinal, teniendo éste un masc. y un fem.

Una primera oposición es la que forman, frente al positivo, el mismo alargado con el sufijo **-i̯es, *-i̯os* o bien con **-is-on,* que dan el tema de comparativo; y el mismo alargado con el sufijo **is-to-,* lo que da el tema de superlativo. He aquí algunos ejemplos:

De ai. *svādús,* gr. ἡδύς, lat. *suāuis* (alargado con *-i*), gót. *sutis,* tenemos comp. ai. *svā́diyas-*; gr. Ac. sg. ἡδίω < *-οσα, también ἡδίονα; lat. *suāuior,* gót. *sūtiza*; cf. en aesl. *novějь,* G. *novějьša.* En superlativo se pueden citar formas como ai. *svā́diṣṭhas,* gr. ἥδιστος, gót. *sūtists.*

Los comp. en **-i̯os* se declinan con el N. sg. masc.-fem. alargado en **-i̯ōs* y el resto sin alargar; hay grado ∅ en n. adverbial lat. *magis.* La forma del superlativo en **is-to-* ha de entenderse como un grado ∅ alargado con **-to.*

Algunas observaciones. Es frecuente junto a **-i̯os* una forma **-ii̯os* ejemplificada ya arriba; y el derivado con *-on,* que provoca el grado cero y da en gr. -ιων < **īsōn,* en gót. *-iza.* Nótese también en ai. la aspiración de la *t* (*-iṣṭha-*), como otras veces más tras *s* (cf. II.I.4.2).

Más interés tiene el hecho de que el vocalismo del positivo frecuentemente no coincida con el del comparativo o el del superlativo, lo que se explica porque originariamente se trata de temas independientes, que sólo secundariamente fueron opuestos para formar sistema. Ejemplos:

ai. *urús / várīyas- / váriṣṭhas*
gr. κρατύς / κρέσσων < *κρέτι̯ων / κράτιστος.

Pero no sólo esto, sino que concretamente en estas dos palabras vemos que el positivo termina en *-u,* mientras que los demás grados derivan directamente de la raíz (cf. también gót. *hardus* 'duro' / *hardiza*). Es más, otras veces hay supletismo y, siendo el comp. y sup. de los tipos aquí estudiados, la raíz del positivo es diferente; incluso puede haber tres raíces:

gr. ἀγαθός / βελτίων / βέλτιστος
lat. *bonus / melior / optimus*
gót. *gōþs* 'bueno' / *batiza / batists.*

2. Existe también un comparativo en **-tero-*:

gr. ὠμός/ὠμότερος, ai. *āmás/āmátaras* 'crudo'; existe también en otras lenguas, pero con valores no exactamente comparativos. Junto a -τερος, el gr. posee un sup. -τατος (quizá contaminación de *-ταμος y -ιστος) y el ai. *-tema-*: ὠμότατος, *āmátamas.* Se pueden comparar en lat. varias formas no estrictamente superlativas, como *finitimus*; tam-

bién *sintamo,* en celta de España, sup. de la raíz de lat. *senex.*

En realidad, este sufijo *-tamo* procede de **-t°mo-,* esto es, de una ampliación con *t* de un sufijo **-mo*: cf. lat. *summus* < **supmos,* gót. f. *miduma* 'medio', celtíbero *ueramos* 'supremo'. A su vez se trata, en el origen, de una ampliación de la vocal temática: cf. lat. *septimus, decimus,* donde la *-m* es parte del numeral.

Hay, finalmente, en itálico y celta un superlativo **-s°mo-, *-is°mo-* que representa otras ampliaciones del mismo *-mo*: cf. lat. *proximus, pessimus,* celta *Uxama* 'muy fuerte'; lat. *facillimus* < **faclis°mos,* celta *Letaisama,* hoy *Ledesma* 'muy llana'.

Tenemos, pues, en definitiva, que partir para todos estos superlativos, ya de **-mo,* ya de **-to,* con diversas ampliaciones. Se trata de dos sufijos cuya función original es la de crear adjetivos sin valor superlativo ninguno. Hemos de ver, pues, cómo entraron en el sistema de la comparación.

3. Los sufijos de comparativo solamente en el contexto de un Ab. o de un G. en función ablativa adquirieron ese valor; o bien en contexto con un I. también comparativo. Esto es bien claro para **-i̯os,* que indicaba simplemente un grado elevado de una cualidad, pero sin comparación: lat. *iam senior* es 'ya un tanto viejo', pero *melle dulcior* es 'más dulce que la miel', como gr. μέλιτος γλυκίων tiene el mismo significado. Lat. *seniores, iuniores* es aún nombre. Los casos que indican un 'a partir de' o un 'al lado de' pueden en contexto adecuado, efectivamente, marcar la comparación, que otras veces es expresada con ayuda de partículas especiales (gr. ἤ, lat. *quam*).

Un poco diferente es el caso de *-tero-,* que también se convierte en comparativo con ayuda de los casos mencio-

nados, pero que incluso en uso absoluto implica una idea de comparación respecto a un segundo término. En realidad, hay que señalar varias fases en el desarrollo de este sufijo:

a) Un término X se opone a un término Y + *tero-*. Aquí *-tero-* alterna con otros sufijos adjetivales, pero expresa más precisamente que ellos que existe una oposición entre la raíz a que se añade y un término opuesto. Por ejemplo, en gr. mic. hay *wa-na-so-* y *wa-na-ka-te-ro-*, esto es, **u̯anak-i̯o-* y **u̯anak-tero-* 'referente al Señor', frente a *po-ti-ni-ja-we-jo* 'referente a la Señora'; en Hom. hay θηλύτερος (θεός) 'diosa', frente a ἄρσην 'dios'; cf. gr. ἄτερος, gót. *anþar*, ai. *ántaras*, lit. *añtras* 'otro', frente a formas sin *-tero-* para 'uno'. Incluso la forma con -τέρος se opone a una sin -τέρος sólo implícita en el contexto (así σαώτερος en *Il.* A 32), etc. Este estadio ha de ser considerado como previo al expuesto a continuación.

b) Un segundo estadio es aquel que opone dos adjetivos de raíz diferente, pero seguidos ambos del sufijo *-tero-*. Así δεξιτερός (y δεξιός) / ἀριστερός; ἡμέτερος / ὑμέτερος; ἀγρότερος (y ἄγριος) / ὀρέστερος; etc.

c) Pero hay una segunda oposición, independiente de ésta, a partir de la primera: un adjetivo (y también un nombre) se opone a sí mismo seguido de *-tero-*. Es en los nombres el tipo lat. *mater* 'madre' / *matertera* 'madrastra', ai. *áśvas* 'caballo' / *áśvataras* 'mula': el segundo término implica una cierta diferencia con el primero. Tratándose de adjetivos, se pasa aquí, con ayuda de los casos Ab. o I., del valor distintivo, que es el original del sufijo, al propiamente comparativo: un hombre cruel distinto de otro que también lo es (ὠμότερος) se convierte en 'más cruel' cuando el término de comparación se introduce con un caso de 'a partir de' o 'junto a', según decimos.

4. El sistema de positivo/comparativo así creado deja una casilla vacía que es llenada mediante el superlativo. Éste puede desarrollarse a partir de los distintos adjetivos, ampliados o no, en **-mo, *-to,* incluidos los que derivan directamente del sufijo de comparativo **-i̯os.* Para ello basta la construcción con un G. partitivo. «Especialmente dulce entre...» o simplemente «dulce entre...» pasa a ser «el más dulce de entre...». Hay también un uso absoluto que traducimos por «dulcísimo».

VIII

LAS CATEGORÍAS DEL NOMBRE

1. LA OPOSICIÓN ANIMADO/INANIMADO Y LA N./AC.

1. Si, según hemos explicado, la oposición genérica animado/inanimado y la casual Nominativo/Acusativo nacen simultáneamente, esto debe tener repercusiones en lo relativo al significado de la categoría genérica y la función casual mencionadas. Explicaremos esto con algún detalle.

Hemos expuesto cómo los nombres podían, en la época más antigua, aparecer en la frase con el tema puro, deduciéndose su función en la misma de razones de orden de palabras, acento, relación entre las clases y subclases de palabras, etc.; y que, en un momento dado, determinados alargamientos, que en principio podían usarse indiscriminadamente, se especializaron para marcar algunas de esas funciones, concretamente, sobre las bases de sistemas opositivos binarios que luego se organizaron en sistemas más complejos. Concretamente: la capacidad de ciertos nombres de usarse tanto en función de sujeto como de complemento, llevó a una distinción de estas dos funciones mediante opo-

siciones del tipo Ø, *-s/-m*, en las cuales se eliminó el complemento de tema puro, mientras que el sujeto de tema puro se restringió a ciertos temas; en una fase posterior, los sujetos de tema puro (con des. -Ø) se caracterizaron mediante el alargamiento de la vocal final. Los nombres susceptibles de esta doble función son los llamados animados. Es decir: junto con el nacimiento de una caracterización por medio de desinencias de la oposición sujeto/complemento se creó una caracterización formal de los nombres susceptibles de esa doble función, a saber, los animados, antes una subclase de nombres sin marcas formales. Son aquellos nombres que presentan un sujeto y un objeto de los tipos mencionados.

Simultáneamente, se creó una caracterización del término opuesto, los nombres inanimados. Estos nombres se usaban, en principio, sólo como complementos, y, dado que esa función de complemento no se oponía a una función como sujeto, se pudieron mantener junto a las formas en *-m* las en -Ø, de tema puro: hay luego un reparto de ambas formaciones según los temas. Por tanto, un nombre inanimado era aquel que sólo podía usarse como complemento y que lo hacía con ayuda de la caracterización formal indicada.

Todo esto define al sujeto primitivo como agente; al objeto, como toda determinación de la extensión en que se toma el verbo, excluida la constituida por el sujeto agente; a la subclase animada, como la de las palabras susceptibles de ser empleadas como sujeto (y, hay que añadir, del uso expresivo e impresivo, el posterior del Vocativo); a la inanimada, como la de las palabras no susceptibles del uso como sujeto (ni del expresivo-impresivo).

Si se recuerda, todavía en hetita el panorama de la oposición animado/inanimado es muy arcaico. No vemos tipos formales respondiendo a uno y otro género en los nombres

en *-r* y *-n* no heteroclíticos. Y no existe un alargamiento de la final de los N. asigmáticos, allí donde los hay. Hemos hablado por ello, en ocasiones, de estadio pregenérico. Queremos decir con ello que todavía no se ha llegado claramente a la oposición de dos géneros diferentes formalmente y ambos posibles en N. y Ac., aunque estas palabras indiferenciadas pueden usarse ya como sujeto.

2. Pero las cosas eran más complicadas de lo que supone este sencillo esquema.

a) En la oración nominal no tenían por qué existir los conceptos de ni sujeto ni objeto. La oración nominal no hace más que atribuir a un nombre otro nombre o un adjetivo; la introducción en ella de un verbo para marcar la persona, tiempo, etc. es secundaria e imitada de la oración verbal. Hay que suponer que en la oración nominal los tipos neutros representados por lat. *haec admirabilia, triste lupus stabulis* son tan antiguos como los representados por gr. κρείσσων γὰρ βασιλεύς o el ruso ЦВЕТОК КРАСНВ 'la flor es bella'. Ahora bien, el hecho mismo de la introducción, no obligatoria, desde luego, pero muy antigua, de verbos como **es* en función copulativa, indica que se tendió muy pronto a identificar el uso no casual de los dos términos de la oración nominal con el uso casual nominativo de la oración verbal. Con ello palabras que en ésta sólo funcionaban como complementos, funcionan en la nominal como sujetos. Y el concepto de sujeto se amplía, puesto que no son en absoluto verdaderos agentes.

b) Pero hay más. La distinción entre lo animado y lo inanimado no podía ser en fecha antigua tan tajante como aquí lo hemos supuesto; basta pensar en la Mitología y el pensamiento de todos los pueblos primitivos, en lo que ocurre en el mundo del niño, en el mismo nuestro en un

momento previo a la reflexión (el inglés habla como *she* del barco, por ej.). Había, ciertamente, una tendencia a usar dos palabras para expresar como animada o inanimada, respectivamente, una misma realidad. Así 'fuego' era como animado ai. *agnís* (a veces *Agnís,* un dios, con límites difusos o inexistentes en el Veda respecto al 'fuego'), lat. *ignis,* aesl. *ognь*, lit. *ugnìs*; como inanimado het. *paḫḫur,* gr. πῦρ, u. *pir,* arm. *hur,* gót. *fōn* (las lenguas han tendido a escoger una palabra u otra). Incluso para las realidades que son evidentemente animadas, podía tenerse una palabra distinta para el uso inanimado: es decir, para el uso con neutralización de la oposición genérica. Por ejemplo, junto a la palabra 'hijo' **sūnus,* animada, hay otras inanimadas como gr. τέκνον, aaa. *kind.* Otras veces, sin embargo, una misma palabra era concebida, ya como animada, ya como inanimada. Hesíodo cuenta en la *Teogonía* que cuando Rea quiso ocultar a Zeus para que Crono no lo devorara, lo hizo en las cavernas de γαῖα 'la tierra'; pero a continuación se habla de Γαῖα 'la Tierra' como una diosa: las cavernas son su vientre. En definitiva, muchos nombres de los susceptibles sólo de usarse como objetos pudieron usarse ocasionalmente como sujetos: el agua, el árbol, el cielo, la tierra. Incluso palabras que tenían una forma especial para la concepción inanimada, del tipo de πῦρ y τέκνον, pudieron, sobre este modelo, usarse igualmente como sujetos. E, inversamente, las palabras especiales para la concepción animada pasaron a poder ser también complementos: la elección por las lenguas ya de una forma de tipo *ignis* como de una de tipo πῦρ presupone estos dos procesos.

3. Sin duda la diferencia de frecuencia entre el uso como sujeto y el uso como objeto de ciertas palabras seguía siendo grande, pero no por ello dejaba de producirse una

situación confusa. Un nuevo paso fue, sin duda, el de que a partir de un cierto momento todas las palabras, y no sólo las regular u ocasionalmente animadas, funcionaran como sujetos, sobre el modelo de la bifuncionalidad de muchísimas de ellas, aunque esa bifuncionalidad tuviera su arranque en clasificaciones cambiantes de las palabras dentro de una oposición inalterada animado / inanimado. La oración nominal debió de ser un apoyo para este desarrollo. Y también, posiblemente, el uso de inanimados como sujetos de verbos del tipo 'yacer', 'caer', etc. En definitiva, a partir de este momento la función del sujeto tuvo un núcleo con el valor «agente» y unos márgenes constituidos por un sujeto puramente formal, un determinante o actante del verbo que no es un complemento. Posiblemente fue este difuminarse de la definición del sujeto lo que movió a que dentro de los nombres animados se caracterizara especialmente el grupo de los agentes, mediante determinadas desinencias y, a veces, un acento determinado (cf. VI.IV.3.3).

Con esto, la situación de la oposición animado/inanimado cambió radicalmente. En un principio, era una oposición entre un grupo de palabras que eran, ya sujeto, ya objeto, ya exclamación o llamada (Vocativo), y otro de palabras solamente de objeto. En esta función coincidían unas y otras y era irrelevante que pertenecieran a uno u otro grupo. Pero, a partir de un momento dado, también las palabras inanimadas pudieron ejercer la función de sujeto y la función exclamativa. Ahora la diferencia formal es que los inanimados tienen, ya *-m*, ya *-Ø*, según los temas, tanto en Ac. como en N. y V., mientras los animados tienen las desinencias que sabemos. La diferencia de contenido es que los inanimados se refieren con la mayor frecuencia a realidades inanimadas, aunque a veces se refieren a realidades animadas, suponiendo una neutralización provisional de ese

rasgo (tipo τέκνον), pero pueden ser sujetos de tipo formal o gramatical. Y que los animados, en cambio, en virtud de la difusión de este tipo de sujeto y del retroceso de la concepción animada de la naturaleza, dejan con frecuencia de ser concebidos como tales: la tierra, el cielo, el árbol, etcétera no son ya animados, pese a que actúen como sujetos. En definitiva: la oposición animado/inanimado es equipolente, hay una vasta zona de palabras que formalmente son de uno u otro tipo, pero que en realidad caen fuera de la oposición. Ya no se trata de dos subclases de palabras, sino de dos géneros.

La oposición animado/inanimado (como la posterior masculino/femenino) se ha convertido así en una gran medida en un mero útil gramatical, destinado a marcar la relación entre las palabras gracias a la concordancia. Precisamente el desarrollo del género en el adjetivo, un hecho secundario como sabemos, está desde el comienzo en esta línea de facilitar el marcar relaciones. Ha contribuido, sin duda, a la reducción de la vigencia de la oposición original animado/inanimado a un cierto núcleo de palabras.

4. Con esto pasamos a ocuparnos del Acusativo, continuación en las lenguas históricas de la función de objeto. Siendo Nominativo y Acusativo los dos únicos casos adverbales en el comienzo, es natural suponer que juntos abarcaban cualquier determinación posible del verbo: juntos abarcaban tanto campo como el Genitivo, único determinante del nombre, habida cuenta solamente de lo que puede haber de diferencial entre las determinaciones del verbo y del nombre. Por tanto, objeto era todo lo que, no siendo sujeto, restringía el sentido en que debía tomarse la acción o el proceso verbal. En definitiva, en principio toda restric-

ción que no consistiera en nombrar el agente era un complemento.

O sea, toda determinación relativa a la cosa o la persona alcanzada por la acción verbal o producida por ella, toda determinación que la calificara o cuantificara (los posteriores Ac. interno y adverbial), toda restricción local o temporal (futuros Ac. de tiempo, dirección, espacio) entraba dentro del antiguo Acusativo. El que algunos de estos tipos fueran luego raros o fueran sentidos como marginales frente al Ac. complemento directo, la misma concepción del complemento directo, es el resultado de evoluciones posteriores.

Efectivamente, para nosotros *ire Romam* implica una relación muy diferente de la de *amare patrem*, pero ello no es así desde el punto de vista primitivo. La razón de nuestro falso punto de vista es que la extensión del empleo del Ac. se ha reducido por causa de las oposiciones de los casos que secundariamente se hicieron adverbales —el G. y el D.— y que han ocupado parte de su área significativa; y también y muy principalmente por la extensión de las construcciones con preposición. Así se ha llegado al concepto de complemento directo, ligado a la existencia de una transformación pasiva que es muy antigua en indoeuropeo. Desde nuestro punto de vista, verbo de movimiento + Ac. de un nombre de espacio allí donde no se da la transformación pasiva (que existe, sin embargo, en los llamados Ac. de extensión) implica una función secundaria, directiva, del Ac.; desde el punto de vista primitivo se trata de un complemento o determinación del verbo como otra cualquiera. A su lado había otras que luego se hicieron imposibles.

2. EL SISTEMA CASUAL

1. El Acusativo complemento directo, el más frecuente en todas las lenguas desde el hetita, se crea fundamentalmente desde que formas de tema puro frecuentemente ampliadas con *-ei, -i* (es decir, con finales de lo que era a su vez un tema puro de temas en **-H^i^*) que no tenían en principio ninguna relación especial con ninguna palabra dentro de la oración, empiezan a ser consideradas como adverbales y, por tanto, a repartirse el campo con el Acusativo. Estas formas no caracterizadas del tema puro se había tendido a especializarlas en funciones locales ('hacia', 'en', 'junto a', 'con'); las llamamos Dativos o Dativos-Locativos, con valor instrumental también a veces, pues ya hemos dicho que sólo secundariamente se escindieron, en algunas lenguas, en varios casos. Pues bien, al pasar a adverbales su sentido de dirección se aplicó principalmente a los nombres de personas y de acción, haciéndose más abstracto y figurado; surgió así el complemento indirecto y a su vez en el Acusativo el directo, restricción del más amplio Acusativo anterior. Es una polarización recíproca: el valor de dirección del Acusativo se conservó con nombre de lugar, sobre todo, por oposición al caso 'desde', y el del Dativo es todavía visible en muchos usos. Pero la definición del complemento directo se perfeccionó al crearse la pasiva: son complementos directos aquellos Acusativos transformables en sujeto de pasiva; y verbos transitivos, aquellos que admiten esa transformación. Es claro, por ello, que la transformación pasiva sólo junto a la creación de la oposición transitivo/intransitivo y por tanto, tras la restricción del sentido de Ac., pudo surgir. Por otra parte, no siempre transcurrieron las cosas así: otras veces, Ac. y D. se neutralizaron, usándose indistinta-

mente con los mismos verbos, o bien escogiéndose secundariamente según las lenguas (en griego, 'dañar' lleva Ac., en lat. D.).

Los casos de tema puro que a veces se escindieron del general, en ocasiones se convirtieron también en adverbales: puede serlo un L. o un I. (que es caso de tema puro, salvo en het.) en i.-i. o balto-esl., pueden serlo usos del «Dativo» griego, germánico o celta que les corresponden o usos del «Ablativo» latino que les corresponden también. La escisión tendía simplemente a crear una escisión entre 'hacia', 'en' y 'con', 'por causa de', un sentido más abstracto. Desde que se creó una oposición entre 'hacia' (Ac.) y 'desde' (G. o Ab., según las lenguas), se producía una casilla vacía que tendía a desarrollar un L.; los demás usos, menos bien definidos, se adscribían a un I. Estos sentidos, unidos en una sola forma o distribuidos entre varias, según las lenguas, se mantuvieron a veces cuando se llegó al uso adverbal, restringiendo evidentemente la función primordial del Ac.; otras, en cambio, se llegó a la neutralización de la función del Ac. adverbal y de uno u otro de estos casos: es lo que llamamos rección. Pero también tenemos que tener en cuenta la posibilidad de que estos casos no se hicieran adverbales: con frecuencia quedaron relacionados laxamente con el verbo, manteniendo un valor local o temporal o modal antiguo referente a toda la oración. Más todavía: hay un movimiento inverso por el que los casos adverbales se independizan secundariamente del verbo y sus significados confluyen, neutralizándose las diferencias: nos referimos a los Ac. y otros casos con valor adverbial, de espacio, tiempo o modo. Todo ello hace los sistemas de casos de las distintas lenguas sumamente complejos.

2. Pero no sólo se convirtió en adverbal el caso puramente oracional de tema puro, provocando así polarizaciones cuando no neutralizaciones, sino que el caso adnominal Genitivo pasó, en virtud de una transformación, a convertirse secundariamente en adverbal, lo que a su vez provocó otras polarizaciones y neutralizaciones. Efectivamente, si el Genitivo determinaba al nombre y el N. y Ac. determinaban al verbo, la marcha original de las transformaciones del determinante de un nombre verbal (de agente, acción, pasión) o un adjetivo transformado en verbo o viceversa debía de ser en el sentido de que todo G. se transformaba en N. o Ac., según su función; inversamente, lo mismo el N. que el Ac. se transformaban en G. Efectivamente, *amor patris* se transforma, ya en *pater amat*, ya en *amat patrem*; *pater amat* se transfoma en *amor patris*; *amat patrem* igualmente en *amor patris*.

Pero hay una inercia transformativa o una acción analógica, si se quiere, por la cual el G. de un sintagma nominal o de una oración nominal se mantiene como tal al transformarse dicho sintagma u oración en oración verbal; como es verdad lo contrario, que el Ac. adverbal pasa a adnominal. Entonces pueden ocurrir dos cosas: que el nuevo G. adverbal se haga equivalente al Ac. y ambos se usen indistintamente, o bien se elija uno u otro; o que se polarice respecto al Ac. Por ejemplo, μετοχή τινός se transforma en μετέχειν τινός, πεῖρα τινός en πειρᾶν τινός: se establece la regla de que tales o cuales verbos «llevan» G.; o se usan alternativamente Ac. y G., así en verbos de 'oír' (gr. ἀκούω, gót. *hausjan*, aesl. *slyšati*) con complemento de cosa. Pero también surgen especializaciones: por ejemplo, los verbos de 'oír' llevan el compl. de persona en G.

Algunas de estas transformaciones hay que imaginarlas como indirectas y complejas. 'Oír a fulano' puede venir de

'palabras de fulano' (en G.); 'comprar un esclavo (Ac.) por cinco minas' (G.) (πρίασθαι δοῦλον πέντε μνῶν) viene indudablemente de una transformación de 'esclavo de cinco minas' (δοῦλος πέντε μνῶν): al oponerse este G. al Ac. surge el llamado Genitivo de precio. Pero, inversamente, el Genitivo provoca polarizaciones del Ac. Genitivos adnominales del tipo gr. Σωκράτης Σωφρονίσκου 'Sócrates (hijo) de Sofronisco', provocan en definitiva transformaciones en las que el G. adverbal indica origen, lo que aísla por polarización un uso de Ac. indicando dirección. Ese sentido puede entenderse también en el G. subjetivo: φόβος τῶν πολεμίων o *amor patris* como miedo o amor 'procedente de' los enemigos o el padre. Y también el G. dependiente de adjetivos que significan 'lleno' (ai. *pūrṇás*, lat. *plēnus*, gót. *fulls*, aesl. *plъnъ*); o 'vacío', 'libre' (gr. κενός, ἐλεύθερος, lat. *orbus, liber*, gót. *þarbs*, aesl. *tъstь, prostь*). E igualmente pueden entenderse como locales genitivos del tipo *pátyus krītā́* 'cosas compradas por el padre', gr. Διόσδοτος 'regalado por Zeus'. Claro está, en las lenguas que han independizado un Ab., es éste el que al hacerse adverbal (no por transformación, directamente desde el uso oracional) aísla dentro del antiguo Ac. un uso de dirección.

3. El proceso es sin duda el mismo: el Ab. es en el origen una determinación del nombre, sólo que específica y no genérica como el G. Del tipo lat. *Magius Cremona* ha surgido el uso con verbos de movimiento, que ha aislado como contrapartida un Ac. de dirección.

Por otra parte, no sólo el Ac., sino también el G. adverbial vio reducida su extensión por el desarrollo de casos adverbales procedentes del antiguo caso de tema puro. Éste especializaba, como hemos visto,. varios sentidos según la subclase de palabras (de lugar, tiempo) a que se aplicaba;

y a veces especializaba incluso varios casos derivados. El G. adverbal encontró así una fuerte competencia; a veces, surgieron neutralizaciones. En las lenguas con Ab., de otra parte, vio reducido su sentido al uso puramente gramatical. En cambio, como caso adnominal encontró escasa competencia, de donde la amplitud de su uso. Aquí, las diversas acepciones, los diversos «usos del Genitivo», se definen tan sólo por la distribución, sobre todo por la subclase de palabras del nombre que va en G. y del determinado: el tipo más claramente aislado es el partitivo, que depende de nombres o adjetivos que indican número o cualidad. No hay que partir, por supuesto, de un caso independiente, como tampoco en otras ocasiones en que se habla sin base suficiente de sincretismo. Sincretismo lo hay solamente, y parcial, en el Ablativo latino, donde confluye un caso general con un Ab. de la declinación temática y, por extensión, de todas las en vocal.

Los distintos sentidos de los diversos casos adverbales deben interpretarse suponiendo procesos más o menos semejantes: no sumando supuestos sentidos de los supuestos ocho casos primitivos más otros supuestamente existentes desde antiguo dentro de un solo caso (el G. partitivo es un desarrollo secundario del uso adnominal que es dudoso que penetrara en el adverbal). Lo más notable ha sido el proceso de escisión del antiguo Dativo, de donde han salido diferentes especializaciones de un valor local-temporal muy amplio, incluidas las de carácter más abstracto. Éstas se han desarrollado con palabras de determinadas subclases, sobre todo cuando se llegó al uso adverbal y se produjo un reparto de campos y varias polarizaciones; también neutralizaciones.

4. Por un proceso inverso al del G., tanto el Ac. como el Dat. y aun los otros casos llegaron en ocasiones a hacerse adnominales por transformación. Mientras que de σωφρονίζειν τοὺς νέους sale σωφρονιστὴς τῶν νέων, otras veces el Ac. se mantiene junto al nombre y, por oposición al G. adnominal, toma un valor especial en ocasiones. Todavía en lat. *quid tibi istum tactio est?* o en ai. *dātā vásūni* 'dador de riquezas', el Ac. es equivalente a un posible G.; pero en griego en el grupo adj. + Ac. ('semejante, igual, rápido... en cuanto a...') tenemos ya un Ac. propiamente de relación, que tiene, entre otros orígenes, el de la transformación de verbos en participios y adjetivos con mantenimiento del Ac. y con extensión de la construcción a nuevos adjetivos no transformados de verbos. Por otra parte, el D. pasa a la construcción con adjetivos, bien directamente a partir de su función extrasintagmática, bien por una transformación desde el uso adverbal (el tipo 'igual a alguien', a partir de construcciones adverbales). Incluso con el nombre surge un D. adnominal.

Así, en definitiva, llega un momento en que todos los casos o muchos de ellos —depende de las lenguas— pueden determinar tanto al verbo como al adjetivo y al nombre, ya con iguales funciones, ya con funciones opuestas; ya con igual frecuencia, ya con frecuencia cambiante, dándose en ciertas distribuciones usos solamente marginales. Añádase que han quedado en el antiguo D. (y en el L. e I. cuando los hay) usos extrasintagmáticos, no propiamente ligados al verbo, al adjetivo ni al nombre; usos de valor predominantemente local o temporal, aunque a veces figurados, cuando se trata de ciertas subclases de palabras. Por otra parte, ciertos usos adverbales tienden a desligarse del verbo, cuando el Ac. o G. o D. se han especializado con funciones locales y temporales y adverbiales en general: en

definitiva, la oposición de los casos se neutraliza y existen Acusativos, Dativos y Genitivos de tiempo y espacio.

Así, a partir de un cierto momento del indoeuropeo y luego, cada vez más en la historia de las distintas lenguas, el sistema de los casos se hace sumamente complicado. Según las distribuciones en que se usan, son más o menos sinónimos, neutralizando su oposición para indicar simplemente que determinan a un verbo, o bien para indicar una relación temporal o local, o, por el contrario, sus sentidos se oponen. Pero un caso no se opone a todos los demás en cada distribución, pues hay muchas que no admiten todos los casos. Así, buscar el sentido fundamental de un caso es con frecuencia una empresa desesperada: a veces simplemente no lo hay o es una abstracción demasiado general. Por ejemplo, el G. es el caso que indica la determinación del nombre (y adjetivo) por el nombre, y usos especiales como el partitivo no son más que especializaciones en ciertas distribuciones; pero al tiempo indica determinación del verbo, ya de tipo general para algunos de ellos, ya específica de varios tipos en otras ocasiones. ¿Cómo lograr una síntesis de todo esto? En ocasiones el empleo de un caso u otro depende de criterios puramente lexicales, se trata de frases hechas, petrificadas.

Es más, ni siquiera es radical la oposición entre el V., una especialización formal a partir del tema puro en determinadas circunstancias de acento y junturas, especialización que responde a un contenido expresivo-impresivo, y los demás casos, en principio puramente representativos. Pues en principio, efectivamente, el Vocativo es una exclamación o una llamada y los demás casos indican relaciones dentro de la oración. Pero se trata de una oposición privativa, no exclusiva: hay un Nominativo, un Acusativo y un Genitivo exclamativos. Se trata, pues, de otra zona de neutralización

o interferencia entre los casos: entre el V. y los demás y entre varios de éstos entre sí.

3. LAS OPOSICIONES DE NÚMERO

1. La oposición de número sg./pl. se crea al tiempo que el sistema casual, pero no es interdependiente con él, como la animado/inanimado, sino un hecho secundario. Hemos visto que, a juzgar por el hetita, es antigua en N. y Ac., menos en G. y reciente en los demás casos; pero incluso en N. y Ac. hay datos a favor de su carácter secundario: N. sg. por N. pl. en hetita, derivación del N. y Ac. pl. a partir de los de singular, el primero generalizando la *-s* en otro grado, el segundo añadiendo a la *-m* una *-s*.

Si la oposición sg./pl. consistiera simplemente en oponer la unidad a la multiplicidad, el problema sería muy sencillo. Es el tipo **u̯l̥kʷos* 'un lobo' / **u̯l̥kʷōs* 'varios lobos'. Pero, incluso tratándose del plural numerativo, no siempre es ello así. El pl., que es la categoría reciente, derivada de una reclasificación o hipercaracterización de antiguas marcas casuales no numéricas, es el término positivo; el singular, término negativo, puede designar la unidad o ser indiferente a la oposición. Hay, efectivamente, el llamado singular representativo: ὁ Πέρσης 'los persas'. Por otra parte, hay que llamar la atención sobre el hecho de que el pl. de los pronombres personales no multiplica exactamente el sg.: 'nosotros' no es 'yo + yo + yo...', sino 'yo + tú', 'yo + él', etc.

En realidad, la oposición sg./pl., cuando la hay para una palabra, designa dos cosas. Si se trata de una palabra de la subclase de los nombres numerativos, designa normalmente unidad/multiplicidad. Pero, si es de la clase de los nombres de masa, se refiere más bien a la oposición continuo/dis-

continuo, que ciertamente tiene relación con la anterior y a veces históricamente deriva en ella, pero que es en origen algo distinto. Frente a ai. *dhūmás,* lat. *fumus,* gr. (de otra raíz) καπνός 'humo', el pl. *dhūmâs, fūmi,* καπνοί, lit. *dúmai* es igualmente 'humo', pero considerado como una masa escindida en varias. De un modo semejante, en gr. se usa κέραμος o κέραμοι para un conjunto de tejas u objetos de cerámica: evidentemente, en el segundo caso con la nota de que está formado de objetos individuales. De ahí que pueda pasarse a interpreatr κέραμοι como 'vasijas, tejas' (numerativo) y κέραμος como 'una vasija, una teja'.

Hay todavía otros casos que mencionar, que complican la oposición:

a) Una palabra puede usarse, ya como numerativa, ya como de masa, tal como en esp., por ejemplo, *tela.* Esto ocurre en plurales como *loci/loca* de *locus* o μηροί/μῆρα de μηρός: la forma masculina es numerativa, la neutra de masa discontinua (los lugares o los muslos ofrecidos en sacrificio, considerados como un conjunto).

Se trata de polarizaciones: no se puede considerar los plurales en *-ā* o *-ă* como originariamente colectivos, son temas sin definición numérica que luego quedaron definidos como singulares (frente a un pl. *-ās, -āi*), o bien como plurales (frente a un sg. *-os,* más frecuentemente *-om* o de tema puro, es decir, neutros).

b) En indoeuropeo había *singularia tantum,* palabras con sólo singular. Unas eran numerativas, tales los nombres propios; pero secundariamente podían recibir un plural, con un significado figurado (Hom. Χρυσηΐδων 'mujeres como Criseida'). Otras de masa, usadas siempre como continuas: o, quizá, más bien como indiferentes a la oposición continuo/discontinuo: palabras como ai. *śákṛt,* gr. κόπρος, lat. *stercus*; o como los abstractos y nombres de acción. Pero

secundariamente suelen aparecer formas de plural para indicar el discontinuo: hay κόπροι en Euforión 96.4 y son antiguos plurales como ai. *śravāṃsi,* gr. κλέα 'hazañas'. Como en el caso anterior, se pasa fácilmente a la concepción numerativa.

c) Había también *pluralia tantum*: uso sin duda secundario, puesto que secundario es el plural, pero antiguo en todo caso. Se trata de nombres concebidos como de masa discontinuos: de ciudades, fiestas, partes del cuerpo (*uiscera,* ἔγκατα), instrumentos. Pero fácilmente son concebidos como plurales numerativos y se crea un sg. para indicar la unidad.

2. En definitiva, según la subclase de palabras, una misma marca formal ha designado dos categorías, por lo demás emparentadas y que a veces confluyen. Pero se tiende a generalizar la oposición de tipo numerativo, aunque manteniendo la otra en cierta medida: de ello resulta, a veces, una situación confusa, en que sólo el contexto decide. En cuanto al estado original del indoeuropeo, evidentemente había indiferencia a la expresión morfológica de la oposición de números: lo que hemos llamado sg. era una forma sin número y el número era especificado, cuando era preciso, por el contexto (numerales, etc.).

Tiene interés notar que el indoeuropeo ha tendido en un momento dado a asociar los nombres en *-ā* con los nombres de masa: la escisión entre la primera declinación (cuyo paso al femenino, en la medida en que sucedió, es como hemos dicho secundario) y los llamados neutros de pl. (que a veces responden a un masc. sg.), aunque protoindoeuropea, no es de la más remota antigüedad. En realidad, el modelo para la escisión de los nombres de masa en un sg. continuo y un pl. discontinuo deben de haberlo dado los nombres numerativos: los de masa caían fuera de esta oposición,

pero por analogía adoptaron otra relativamente próxima, aunque mantuvieron la excepción de los *singularia tantum*. Luego hubo las interferencias que sabemos. Tiene interés notar que el indoeuropeo ha tendido en un momento dado a asociar los nombres en *-ā̆* con los nombres de masa: la escisión entre la primera declinación (cuyo paso al femenino, en la medida en que sucedió, es secundario) y los llamados neutros de pl. (que a veces responden a un masc. de sg.), aunque protoindoeuropea, no es de la más remota antigüedad. En realidad, el modelo para la escisión de los nombres de masa entre un sg. continuo y un pl. discontinuo deben de haberlo dado los nombres numerativos: los de masa caían fuera de esta oposición, pero por analogía adoptaron otra relativamente próxima, aunque mantuvieron la excepción de los *singularia tantum*. Luego hubo las interferencias que sabemos.

Otro desarrollo, éste ya indoeuropeo y ni siquiera extendido a todas las lenguas, fue el de oponer al plural numerativo un dual. El dual es un término positivo: sólo se usa, normalmente, tratándose de objetos pares como los ojos (gr. hom. ὄσσε, ai. *ákṣī*, aesl. *oči*), o bien cuando previamente se ha dejado constancia de que se trata de dos cosas o personas. Pero el plural puede usarse también entonces: es un uso neutro, se prescinde de si se trata de dos o más cosas y de si son pares o no, sólo hay oposición al singular. Cf. III.V.1.4.

4. LA OPOSICIÓN MASC./FEM.

1. Finalmente, la última categoría nominal que nos queda por estudiar es la que opone un género masculino a otro femenino. Es, igual que las demás, una categoría compleja. Existían en indoeuropeo y aun antes algunos

hechos lexicales que oponían un ser de sexo masculino a otro de sexo femenino: **gᵘ̯nā̆/*u̯īros* 'mujer/varón', **bhrā̆tēr/*su̯esōr* 'hermano/hermana', **tauros/*gᵘ̯ōus* 'toro/vaca'; bien que esta última palabra podía ser usada también prescindiendo de la noción de sexo. Hay que suponer que la oposición de género en los seres animados, que no hizo más que gramaticalizar esta oposición con ayuda de una *-ā* «infectada» en palabras de seres hembras (y también de una *-ī* que viene a ser lo mismo: **u̯l̥kᵘ̯ī*, animal relacionado con el lobo, pasa a ser 'loba') y de un *-os* polarizado como masculino: oponía exactamente las nociones «varón»/«hembra». Pero quedaban palabras, luego hechas masculinas o femeninas con ayuda de la concordancia o alternativamente lo uno o lo otro, en que la distinción no penetró.

Más adelante, ciertamente, todo nombre hubo de ser masculino o femenino, notándose ello, ya mediante hechos de léxico, ya mediante marcas en la misma palabra, ya, según decimos, mediante la concordancia. Pero ello fue a costa de hacer confusa la oposición. Hemos visto que posiblemente hubo una vía complicada por la que se pasó a dar un género masc. o fem. a todos los adjetivos y, a partir de aquí, a todos los nombres. En suma, se pasó a convertir el género masculino/femenino en un recurso útil para establecer la relación entre las palabras. Como ocurre en la oposición animado/inanimado, junto a un núcleo de claro significado, la categoría recibió unos márgenes puramente distintivos a efectos sintácticos. En el adjetivo, al menos, todo es sintáctico: la uniformidad es completa. En el nombre se añadieron nuevos motivos de fluctuación: usos neutros del masc. y el fem. (nombres epicenos); mascs. y fems. distinguidos por la concordancia (nombres comunes); nombres masculinos o femeninos por la forma, pero nada más que por ésta, que tomaron estos géneros por el simple

hecho de llevar *-ā* u *-os*, por ejemplo; inversamente, nombres masculinos o femeninos de formas varias, incluso anómalas, pero que eran sentidos así antiguamente en virtud de ciertas ideas primitivas, pero cuyo género no era luego comprendido. Por ejemplo, los nombres de árboles eran concebidos en fecha antigua como animados femeninos, en cuanto productores del fruto: pero luego el fem. de lat. *fagus, populus, pirus*, gr. δρῦς, ἄπιος, etc. es incomprendido. Igual oposiciones masc./fem. como las que hay en palabras indoeuropeas, tales como 'cielo'/'tierra' y 'fuego'/ agua'.

5. Conclusión

1. Podemos decir, resumiendo, que la creación del caso, el género y el número consiste en una buena medida en la transformación de subclases de palabras caracterizadas por ciertas relaciones sintácticas y por no admitir otras en categorías y funciones marcadas formalmente y extensibles a todos los nombres. Los animados e inanimados han sido, en efecto, subclases de palabras, antes de dar origen a la oposición, de un lado, del neutro y el masc.-fem. y, de otro, a la del N., V. y Ac.; también lo han sido los animados masculinos y los femeninos, luego caracterizados formalmente y rebasando el rasgo distintivo del sexo; la clase de los nombres de masa se comportó en la creación del número de un modo diferente a la de los numerativos y, seguramente, sólo marchó a remolque de éstos; los duales presuponen una subclase especial, la de las palabras referentes a los objetos o seres pares.

Pero otras veces las funciones y categorías de que hablamos son en el principio independientes de las subclases de palabras: el G. y el caso residual D.-L.-I. expresan desde el

principio relaciones entre toda clase de nombres; la oposición sg./pl. funciona dentro de la subclase de los nombres numerativos. Lo nuevo es la tipificación y formalización de relaciones y clasificaciones preexistentes. Hechos de orígenes diferentes han concluido así para formar los nuevos sistemas flexionales.

2. La creación del tipo indoeuropeo flexional llevó a la creación de sistemas de oposiciones de categorías y funciones que pasaron de ser binarias a ser más complejas: se crea un sistema de cinco casos y en algunas lenguas de más, si bien no hay oposición de cada uno a todos los otros, sino oposiciones parciales en distribuciones limitadas; el género consiste en dos escisiones sucesivas, animado/inanimado y masculino/femenino, ésta dentro del primer término de la primera; el número se opone sobre dos pares de nociones distintas, aunque emparentadas, y luego al plural numerativo se le opone secundariamente en algunas lenguas un dual.

Se trata de categorías y funciones que se oponen sobre rasgos relevantes en un principio claros y terminantes, luego, a veces, escindidos según las palabras a que se aplican y la distribución en que aparecen; además, según las oposiciones en cada una de ellas. Surge la multifuncionalidad, que hace casi siempre difícil o imposible propugnar un sentido fundamental; surgen los hechos de neutralización. Pero aún es más grave para la unicidad del sentido de categorías y funciones el hecho de que a partir de un cierto momento tienden, sin perder en ciertos usos su sentido antiguo, a convertirse en instrumentos gramaticales meramente formales, al servicio de marcar la pertenencia del nombre y adjetivo o del verbo y el nombre a un mismo sintagma; del nombre y el verbo, a una misma oración.

Género, número y caso se ponen al servicio de la concordancia y la rección, con grave contradicción, a veces, con su sentido fundamental o nuclear; con el resultado, otras, de hacer confusas e inasibles las categorías y funciones, de quitar claridad a su sentido fundamental.

Así, la tendencia del indoeuropeo a crear, con la flexión, una serie de categorías y funciones marcadas formalmente dentro de la palabra, sólo en cierta medida fue un éxito, por lo que respecta a la parte nominal, que estamos ahora estudiando. Hubo constantemente que acudir a hechos externos a ella —la distribución— para precisar el sentido, a veces incluso para precisar la categoría o la función. A partir de aquí nace una tendencia a desflexionalizar el indoeuropeo: arruinar la declinación (y, en buena medida, la conjugación), establecer las relaciones entre las palabras con recursos ajenos a ellas, tales como el orden de palabras, el uso de palabras funcionales, etc. El indoeuropeo flexional fue una culminación, no un principio; y una culminación seguida a su vez de una evolución en el sentido contrario que se echa de ver sobre todo en ciertas lenguas europeas modernas. Por lo demás, marcó ya propiamente rección y concordancia, a más de categorías y funciones.

PARTE IV

LA FLEXIÓN VERBAL INDOEUROPEA

I

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA FLEXIÓN VERBAL INDOEUROPEA. PRIMER ESBOZO

1. La descripción habitual de la flexión verbal indoeuropea es la de una serie de paradigmas enlazados entre sí a la manera como ocurre en el adjetivo: la flexión de un verbo se organiza en una serie de temas, habitualmente de la misma raíz, provistos de unas desinencias que son generalmente las mismas. Estos paradigmas de paradigmas constituyen lo que hemos llamado una flexión de segundo nivel. Más concretamente, con ayuda de diversos sufijos o características, de una raíz se obtienen un tema de presente, otro de aoristo, otro de futuro y otro de perfecto; de cada uno de ellos, mediante otros sufijos o características, se obtienen variantes modales de los mismos (la descripción es exacta para el subjuntivo y optativo solamente); y estas variantes modales de los temas llamados temporales son, finalmente, flexionadas mediante una serie de desinencias, organizadas en dos series, una primaria (de presente) y otra secundaria (de pretérito). Dentro de cada una hay formas que indican las diferentes personas, números y voces. O sea, que más que un segundo nivel hay un tercero, pues las desinencias

se añaden no a temas derivados directamente de la raíz, sino (en los casos más complejos, fuera del indicativo e imperativo) a temas derivados de otros temas; y que es también diferencial respecto al nombre el hecho de que a un mismo tema se añaden alternativamente dos series de desinencias, las primarias y las secundarias. De las primeras hay una variante, las desinencias de perfecto. Hay que añadir que en este esquema no consta el hecho de que el indicativo se obtiene del tema de presente directamente, es decir, que su característica modal es Ø; el imperativo igualmente, pero con una serie de desinencias al menos parcialmente especiales; ni los otros hechos de que el aoristo no admite desinencias primarias ni el futuro secundarias. Además, de cada tema temporal pueden obtenerse formas adjetivales (participios) y nominales (infinitivos), una de cada voz para cada uno: ello añadiendo a dichos temas sufijos de participio o infinitivo, es decir, llegándose otra vez al tercer nivel. Estos temas participiales de tercer nivel se declinan adjetivalmente, mientras que los de infinitivo no se declinan.

2. Hay que precisar que en el esquema indoeuropeo clásico a que nos estamos refiriendo las categorías gramaticales que se expresan son las siguientes:

Aspecto: indicado por la característica llamada temporal, que en realidad es (y así la llamaremos en adelante) aspectual en el caso de los temas de presente, aoristo y perfecto, que en líneas muy generales indican acción durativa, acción puntual y estado. El error proviene de que el aoristo de indicativo por definición marca siempre el pasado. Pero el aspecto puede llevar una característica (temas radicales de presente y aoristo, aunque suelen caracterizarse, al menos, por morfemas replacivos, es decir, de alternancia vocálica).

Modo: indicado por la característica modal. Ésta es Ø en indicativo e imperativo. Además, el modo se marca también por las desinencias: primarias y secundarias en indicativo, de imperativo en este modo, mezcla de primarias y secundarias en subjuntivo, secundarias en optativo.

Tiempo: indicado por la oposición de desinencias primarias y secundarias, que se refieren, respectivamente, al presente y el pretérito; además el tema de aoristo, en indicativo, es por definición de pretérito, como queda dicho. Por otra parte, hay una marca redundante del tiempo pretérito, el aumento, consistente en una *e-* que se coloca opcionalmente ante la raíz. El futuro se marca mediante una característica especial del tema, seguido de las desinencias secundarias. Hay que notar que el tiempo se refiere solamente a las formas de indicativo.

Persona y número: indicados en alianza mediante desinencias, una para cada una de las tres personas en cada uno de los tres números, singular, plural y dual (pero no hay huella de una desinencia de 1.ª dual).

Voz: indicada mediante la presencia de una serie de desinencias activas y otra serie de desinencias medias.

Aparte están participios e infinitivos, cuya formación ya ha sido indicada. Como sus características se añaden a temas del primer nivel, es decir, aspectuales (de presente, aoristo o perfecto) o temporales (de futuro), queda claro que sólo los de futuro participan de la categoría del tiempo, mientras que los de presente, aoristo y perfecto participan de la del aspecto.

3. Pensamos que este esquema del verbo indoeuropeo, que es tradicional reconstruir sobre la base principalmente del Griego y el Indo-iranio, se visualizará mejor mediante

una simbolización que utilizará los siguientes signos convencionales:

R = raíz.
A = característica aspectual (p. = de presente, aor. = de aoristo, perf. = de perfecto).
F = característica temporal de futuro.
M = característica modal (s. = de subjuntivo, opt. = de optativo).
P = característica de participio.
I = característica de infinitivo.
D = desinencia (pr. = primaria, sec. = secundaria, i. = de imperativo, perf. = de perfecto).

Sobre esta base, y refiriéndose con D a la des. de 1.ª sg. activa, la serie de formas de un verbo indoeuropeo en 1.ª sg. act. sería la siguiente, indicándose al tiempo su formación:

Presente

Impvo. = R-Ap.-Di.
Ind. pres. = R-Ap.-Dpr. *Subj.* = R-Ap.-Ms.-Dpr./sec. *Opt.* = R-Ap.-Mopt.-Dsec.
Impf. = R-Ap.-Dsec. *Part.* = R-Ap.-P-Dadj. *Inf.* = R-Ap.-I.

Aoristo

Ind. pret. = R-Aaor.-Dsec. *Impvo.* = R-Aaor.-Di. Subj. = R-Aaor.-Ms.-Dp./sec.
Opt = R-Aaor.-Mopt.-Dsec. *Part.* = R-Aaor.-P-Dadj. *Inf.* = R-Aaor.-I.

Perfecto

Ind. pres. = R-Aperf.-Dperf. *Impvo.* = R-Aperf.-Di. *Subj.* = R-Aperf.-Ms.

Opt. = R-Aperf.-Mopt.-Dsec. *Ind. pret.* (*Pluscuampf.*) = R-Aperf.-Dsec.

Part. = R-Aperf.-P-Dadj. *Inf.* = R-Aperf.-I.

Futuro

Ind. = R-F-Dpr. *Subj.* = R-F-Ms.-Dpr. / sec. *Opt.* = R-F-Mopt.-Dsec. *Part.* = R-F-P-Dadj. *Inf.* = R-F-I.

Este cuadro prescinde de algunos detalles, como el aumento, el hecho de que las características de participio e infinitivo varíen parcialmente según los temas y las voces. Ni recoge el cuadro la existencia de una flexión temática, con vocal *e/o* ante las desinencias, y otra atemática: tipos ai. *bhárati/ásti*, gr. λύομεν/ἐσμέν, admitiéndose comúnmente una cierta diferencia entre desinencias temáticas y atemáticas (*-ō/-mi* en 1.ª sg., sobre todo). Tampoco entra en la definición formal de las características A, F, M: son normalmente sufijos, pero no así Aperf., que consiste en una sílaba reduplicada antepuesta (que por lo demás puede faltar) y un vocalismo especial (generalmente *o*) de la raíz. Además, es un cuadro máximo: se admite generalmente que todo el futuro es un desarrollo dialectal, sólo testimoniado en griego, indo-iranio y báltico; dentro de él, el fut. subj. es una innovación del ai. Del mismo modo, es muy dudoso que el pluscuamperfecto del gr. e i.-i. deriven de un mismo prototipo antiguo, siendo más bien desarrollos paralelos. Pero, aun con estas reducciones, el esquema trazado es sometible a crítica en lo que se refiere a la generalidad de su validez: más bien se trata de un estadio en la evolución de la flexión que se alcanzó en un área dialectal y en un momento dados, a saber, en el dialecto indoeuropeo de que proceden el griego y el indo-iranio, aunque hay una serie de cosas en el esquema que también han dejado

huellas en otras lenguas. Esto es lo que trataremos de hacer ver en las páginas que siguen.

4. Pero, aun por lo que se refiere al área dialectal y a la zona temporal en que el esquema del verbo organizado, como queda dicho, es válido, nuestra simbolización da de él una idea extremamente simplista, que conviene precisar. Si cada uno de los elementos simbolizados tuviera una forma única y autónoma, el indoeuropeo sería una lengua de tipo aglutinante en la cual la distintividad de la forma que expresa las categorías se expresaría morfema a morfema: caso que hemos visto que no sucede en el nombre y que tampoco sucede en el verbo. Es decir, anticipando cosas: una característica como Ap. (aspecto de presente) no tiene una forma única, inexistente fuera de aquí, sino que consiste en una serie de alomorfos, incluido el morfema Ø. Pero hay más. Si los alomorfos que indican Ap. tuvieran exclusivamente esta función e igual los que indican Aor., Dp., etc., cualquier forma verbal sería analizable automáticamente, lo que no es cierto. Tampoco existe una proporcionalidad sistemática, en virtud de la cual a un alomorfo Ap. 1, por ejemplo, respondiera en aoristo el Aaor. 1, una característica de aoristo determinada: a veces esto es así, a veces no. Por tanto, algunas formas verbales no son interpretables directamente por descomposición en elementos de función inequívoca; ni es siquiera posible deducir a partir de un presente cuál será el aoristo o perfecto correspondiente. Puede no haberlo siquiera para un verbo dado. Es decir: ni siquiera dentro del esquema tradicional es aplicable el concepto de conjugación existente en lenguas como el español, donde a un *amo, canto... / amas, cantas...* responden automáticamente formas como *amé, canté..., amaré, cantaré...*, etc. El presente puede formarse con la raíz pura

o con varios sufijos (*-i̯e/o, -ske/o, -neu/-nu*, etc.), llevar también varios vocalismos; es imprevisible qué presente o presentes tomará cada raíz y es imprevisible si frente a uno de ellos habrá un aoristo radical (y de qué tipo, dentro de éstos) o sigmático o no habrá ninguno. Ello quiere decir que, si en indoeuropeo no hay una conjugación, menos hay varias conjungaciones, como ocurre en español o ya en latín: es decir, varios tipos de correspondencias regulares entre temas y desinencias.

5. Todo esto produce la impresión de que los grandes paradigmas sistemáticos, variables formalmente de verbo a verbo, que constituyen la flexión verbal mediante oposiciones de segundo nivel (entre temas obtenidos de una raíz con dos características alternativas) o tercer nivel (entre temas con una característica común y otra diferencial), se han constituido oponiendo paradigmas menores independientes o con relaciones entre sí de tipo no gramatical; tal vez temas puramente sinónimos, entre los cuales se ha desarrollado secundariamente una oposición en la cual se crean las categorías gramaticales propias del verbo indoeuropeo. Hemos encontrado en el nombre demasiados hechos de este tipo para que nos sorprenda encontrárnoslos en el verbo.

Esta conclusión se hace mucho más verosímil si se pone atención en un hecho fundamental, solamente apuntado hasta el momento: no es solamente que cada característica o desinencia conste de una serie de alomorfos no relacionados sistemáticamente entre sí, sino que la relación entre forma y contenido es en estos morfemas altamente fluctuante, revelando que las formas son más antiguas que los contenidos, anteriores a su diferenciación.

Estos hechos son sustancialmente los siguientes, que iremos estudiando sucesivamente, adelantando cosas de los capítulos sucesivos:

a) Hechos de multifuncionalidad: un mismo morfema funciona según los verbos y las lenguas, ya como de presente, ya como de aoristo; ya como de indicativo, ya como de subjuntivo; etc.

b) Uso con funciones diversas del morfema Ø.

c) Hechos de sincretismo (en el plano sincrónico): una forma tiene dos funciones, precisables mediante la distribución de la palabra.

d) Hechos de alianza: dos categorías o funciones son marcadas sistemáticamente con el mismo morfema.

e) Hechos de amalgama: en un caso dado, un morfema marca dos categorías o funciones, que se desambiguan por la distribución.

f) Variaciones dialectales, que han fijado variamente la función de unos mismos morfemas.

6. Todo el panorama del verbo indoeuropeo clásico es posible, porque en él las formas son identificadas con frecuencia no por un análisis en elementos unívocos ni por una correspondencia entre éstos, sino por una distintividad puramente opositiva o proporcional, que funciona palabra a palabra. Lat. *dīcās* es subj. porque lat. *dīcis* es ind. (y viceversa); mientras que lat. *amās* es ind. porque el subj. es *amēs*; en cambio, *monēs* es ind. porque el subj. es *moneas*. Ai. *áganma* 'llevamos' es un aor. con característica Ø porque enfrente tiene un pres. con característica propia (*gácchati* 'él lleva', con **-ske/o*); pero la raíz pura es, en cambio, tema de presente en *vagdhi* 'él lleva' porque el aor. es sigmático (*ávākṣam* 'llevé'). Es cierto que desde antiguo se tiende a crear relaciones morfológicas sistemáticas y que los mor-

femas tienden a diferenciarse formalmente según la función; pero hay muchos restos de lo antiguo. Y la interpretación de que las diversas funciones de un mismo morfema han nacido en las oposiciones, a veces con diferencia de verbo a verbo o de lengua a lengua (cuando el proceso de creación de la conjugación ha continuado vivo en éstas), resulta evidente.

Sincrónicamente, la multifuncionalidad del signo es posible gracias a la existencia de distribuciones y oposiciones variables. Pero ello no sólo para la multifuncionalidad del morfema dentro de la palabra, según vaya con unas u otras raíces o se oponga a unas u otras, como acabamos de ver. La palabra en su total puede también desambiguarse por su distribución entre otras palabras cuando se dan hechos de sincretismo: cuando, por ejemplo, aparece una misma des. *-ō* en 1.ª sg. de ind. y subj. Aquí la interpretación diacrónica es no que indicativo y subjuntivo hayan confluido secundariamente en esta forma, sino que aquí se conserva un resto de la antigua indiferencia: otras formas, en cambio, fueron clasificadas, ya como de indicativo, ya como de subjuntivo. La alianza de persona y número indica a su vez que, en fecha antigua, las personas eran indiferentes al número; luego diversas formas suministraron variantes plurales de las tres personas, que quedaron, por polarización, reducidas al singular. La amalgama a su vez, cuando no es producto de una evolución fonética, nos lleva a un período en que no existía oposición entre las dos categorías, una de las cuales es expresada mediante una forma única con una tercera. Por ejemplo, la amalgama indicativo/presente en indoeuropeo posterior presupone una época anterior en que, lo que luego fue indicativo, tenía a la vez los valores del subjuntivo posterior.

Finalmente, el hecho de que la función de un mismo morfema se haya fijado variamente según las lenguas y el de que una misma categoría tenga expresión formal diferente según las lenguas, se explican como resultado del proceso de formalizar oposiciones gramaticales que se crean con ayuda de elementos que anteriormente eran extraños a ellas.

Puede concluirse sin temor a equivocarse que, cuando las oposiciones están formalizadas de un modo sistemático con correspondencias de uno a uno entre forma y contenido y, sobre todo, con morfemas unívocos, ello es el resultado de un proceso reciente. Así, por ejemplo, en oposiciones del tipo *-t/-ti/-to/-toi* en las desinencias, indicando *-t* 3.ª pers. sg., *-i* presente y *-o* voz media: cf. los detalles *infra,* IV. III.1. En el nombre hemos visto cosas paralelas, también de fecha reciente: por ejemplo, la aglutinación de *-m* = Acus. y *-s* = pl. para marcar con *-ms* el Acus. pl. (cf. III.IV.2.1).

7. Los desequilibrios entre forma y contenido dentro del sistema tradicional indoeuropeo y, más aún, cuando se toman en cuenta en mayor medida los datos de las diversas ramas lingüísticas, recomiendan la hipótesis de que la flexión de tercer nivel que hemos descrito, incompleta por lo demás, es el resultado de una evolución gradual y que a ella solamente se ha llegado en una parte del dominio indoeuropeo; en otras áreas dialectales puede haberse llegado a flexiones más o menos próximas, pero no idénticas; a veces, por el contrario, la evolución ha avanzado más allá del sistema que hemos descrito. Vamos a tratar de precisar esto.

El sistema clásico del verbo indoeuropeo descrito arriba es un ensamblaje cuyos detalles formales varían de verbo a verbo entre un tema de presente, uno de aoristo, uno de perfecto y (eventualmente) uno de futuro; temas con-

sistentes, en principio, en una raíz pura o en una raíz provista de un sufijo o característica. Cada uno de estos temas presenta, según se ha dicho, una serie de alomorfos: por ejemplo, hay presentes radicales atemáticos y temáticos, pudiendo unos y otros llevar o no reduplicación; los hay con _*-i̯e/o_, _*-ske/o_, _*-n_ seguida con frecuencia de _*-eH$^{u̯}$/-H$^{u̯}$_, de donde resultan _*-neu/-nu_ y _*-nā/-nă_, ai. _-nī_ (cf. II.II. 2.15), con _*-ē_ (< _*-eH$^{i̯}_{1}$_), _*-ā_ (< _*-eH$^{i̯}_{2}$_), más raramente _*-s_. Cuando un alomorfo del tema de presente funciona en otro verbo como de aoristo, así las formas en _*-ē_, _*-ā_, _*-s_, llegamos a la conclusión de que estos morfemas no tenían originariamente valor aspectual: para una raíz R_1 un tema T_1 funciona como de presente frente a un tema T_2 de aoristo, mientras que para otra raíz R_2 el tema T_2 puede ser de presente frente a un tema de aoristo T_1 o T_3. Otras veces, sin embargo, determinados temas son propios del presente o aoristo o perfecto: por ejemplo, _*-ske/o_ y _*-n_ son sólo de presente. Aquí puede suceder que haya habido previamente un matiz diferencial propio de estos temas que luego se haya subsumido en el general de presente, o incluso sea el origen del significado de éste. Pero también puede ocurrir que uno de los varios temas de presente, incluso aquellos que en otros verbos o en otras lenguas no son de presente, adquieran un significado especial dentro del de presente: por ejemplo, los temas en _-s_ de presente son desiderativos en varias lenguas y toman varios valores en otras, lo cual no obsta a que la _-s_ dé también (en otros verbos o, si se provee de alargamientos, en los mismos) temas de aoristo sin ningún otro significado especial.

8. Hay que distinguir, pues, el proceso de la creación del segundo nivel verbo a verbo y en términos generales.

a) Verbo a verbo. En una raíz R_1 el tema T_1 se opone al T_2 y al T_3 como tema de presente a uno de aoristo y a uno de perfecto (eventualmente, también a T_4, de futuro). Es indiferente en principio el sufijo de los temas respectivos. Pero hay, desde el indoeuropeo mismo, algunos que quedan excluidos de tal o cual tema o quedan reducidos a uno.

b) En términos generales. Los distintos temas que son posibles como de presente (definidos porque son unívocamente de presente o por proporción), bien se subsumen en este solo valor «de presente», bien presentan dentro de él diferencias. Esto no ocurre en los temas de aoristo, perfecto ni futuro, que presentan solamente estos significados.

A la consideración de que en aoristo, perfecto y futuro hay un significado único para todos los temas que tienen estas funciones, se une una consideración formal. Así como hay temas exclusivamente de presente, según hemos visto, no hay temas exclusivamente de aoristo, perfecto ni futuro. Más bien hay que decir que estos temas son una especialización de los de presente.

Concretamente, los aoristos radicales temáticos y atemáticos, con y sin reduplicación, tienen otros paralelos (por supuesto, en verbos diferentes) en el presente; las oposiciones formales que se crean, así oponer un pres. con grado *e* a un aor. con grado Ø (λείπω/ἔλιπον), son secundarias, pues también existen presentes con Ø y aoristos con *e*. Igualmente, si bien la *-s* se ha difundido ampliamente en el aoristo, se encuentra en el presente. También el futuro lleva *-s* seguida de vocal temática (**-se/o*, también **si̯e/o*): esta forma se encuentra también en antiguos presentes. En cuanto al perfecto, su caracterización es redundante: lleva (no siempre) reduplicación con *e*, vocalismo radical *o*

y determinadas desinencias: pero estos rasgos no faltan ocasionalmente en los temas de presente.

Esto hace pensar que más antiguo que el estadio de la flexión sobre el segundo nivel que opone temas aspectuales es otro que incluía la posibilidad de formar sobre una misma raíz diversos temas, ya con diferencias de sentido tales como los valores desiderativos, causativos, iterativos, etc., que con frecuencia se encuentran, efectivamente, en algunas formaciones de tema de presente. Es también un sistema de segundo nivel, pero diferente del aspectual: en él cada tema daba un presente con des. primarias y un pretérito con secundarias. Es precisamente el estadio que nos ha conservado el anatolio y el que está todavía en los verbos griegos εἰμί y φημί, que carecen de aoristo y perfecto (en fecha antigua). Ahora bien, en hetita y en el segundo de los verbos griegos citados (así como en el tema de presente, en general, en todas las lenguas) se conserva la posibilidad de que haya verbos diversos derivados de la misma raíz, a veces con un sentido diferente: por ello hablamos de segundo nivel, aunque sólo gradualmente se haya sentido que esos verbos diferentes de que hablamos forman sistema, son variantes de uno mismo. A partir de este estadio se ha creado el otro, en el cual determinados temas se han opuesto a otros desarrollando valores de aoristo, perfecto y futuro.

9. Conviene, al llegar aquí, hacer algunas observaciones sobre el significado de los temas en una fase en que se oponen en indicativo como de presente, aoristo, perfecto y futuro, pero todavía no existen los modos subjuntivo y optativo, ni existen, al menos sistemáticamente, participios; es también muy dudosa la antigüedad de los imperativos de aoristo y perfecto (de futuro no lo hay).

Decimos que los temas de presente pueden tener diferencias de significado, pero no los de aoristo y perfecto: nuestros datos son claros a este respecto. Ahora bien, mientras que el significado del perfecto (valor de estado) y el futuro (temporal de futuro) es claro, las cosas son más complejas por lo que respecta al presente y al aoristo. En la fase de la flexión sobre tres niveles, es decir, la del indoeuropeo clásico, hemos hablado de aspecto de presente (durativo) y de aoristo (puntual, grosso modo): sobre los temas de presente y aoristo se construyen una serie de formas que tienen como común el significado de presente y aoristo respectivamente. Pero en la fase en que el aoristo tenía solamente un indicativo provisto de desinencias secundarias, este tema, que sólo llevaba desinencias secundarias y que, en sí, era formalmente idéntico a ciertos temas de presente, no podía ser otra cosa que una marca redundante del tiempo pasado o pretérito. El concepto de aoristo y el de pretérito se confundían entonces. En cuanto al tema llamado «de presente», dado que daba un presente y un pretérito, no podía tener valor temporal. Sin duda, carecía de valor de tiempo, expresado por las desinencias (de presente por las primarias, de pasado por las secundarias); y también de valor de aspecto opuesto al de aoristo, dado que éste no lo tenía. Cada presente debía indicar un matiz de la acción (desiderativo, intensivo, causativo, iterativo...), o bien no indicar matiz especial. Sólo cuando sobre uno y otro tema se desarrolló el sistema de los modos llegaron a oponerse aspectualmente, como en griego y en parte en ai.; es dudoso si llegaron a ello en otras lenguas.

10. Con mayor razón puede considerarse secundario el tercer nivel, que deriva de los temas aspectuales, especializaciones de los mismos con valor modal. Concretamente, el

optativo falta en anatolio, el subjuntivo en anatolio y, además, en báltico y eslavo, siendo verosímil que se trate de lenguas no alcanzadas todavía por la onda innovadora que crea estos modos; no de pérdida secundaria de los mismos. Por otra parte, mientras que el optativo tiene ciertamente una característica propia, **-i̯ē/ī* < **i̯e*H_1/*-i*H_1, las características del subjuntivo son idénticas a las ya conocidas usadas en indicativo de presente y a veces de pretérito: *-e/o*, *-ē*, *-ā*, *-s*. La creación del subjuntivo es un fenómeno paralelo al que creó la oposición presente / aoristo / perfecto; ambos fenómenos son interdependientes, pues las mismas características de indicativo y subjuntivo se usaban en uno u otro de estos tres temas según razones de sistema, buscándose siempre la distintividad: así, en lat. *-e/o* es indic. en *dicis*, *-ā* subjuntivo en *dicās* (el aor. es de otro tipo, *dixi*); en cambio, *-e/o* es subj. (luego futuro) en *ero*, *eris* frente a un indic. atemático y un pretérito con *-ā* (luego imperfecto) en *erās*. El lit. usa libremente *-ē* y *-ā* en el pret. por no tener subjuntivo; el celta usa un subj. con *-s* en verbos que tienen el pretérito en *-t* y, en cambio, la *-s* da el pretérito en temas que llevan *-ā* en ind. y subj.; etc. Claro está, hay una tendencia a generalizar ciertos tipos formales de oposición (ind. atemático / subj. temático, ind. temático / subj. con vocal larga, cf. IV.VI.2.9). Por otra parte, es frecuente la indistinción formal ind. / subj., es decir, el sincretismo, tanto en desinencias (cf. IV.VI.2.8) como temas. Esto es huella de que sólo secundariamente la oposición entre dos temas paralelos de una misma raíz creó la oposición ind. / subj.

Hay que presuponer, pues, un estadio en que se oponen temas de pres., aor. y subj. de una misma raíz. El tercer nivel, es decir, la subordinación del modo respecto al tiempo, hay datos para considerarla secundaria, producto de reinterpretaciones del sistema (por ej., lat. *dicās* interpre-

tado como de pres. por oposición a formas derivadas del tema *dix-*; también, de refección de formas (lat. *veniās* frente a un antiguo *uenās*).

En cuanto al imperativo, en principio podía obtenerse de cualquier tema, según testimonia el hetita: su forma más antigua es el tema puro, que se usaba para todas las personas y las dos voces, aunque luego se introdujeron diferenciaciones. Pero que, cuando se especializaron determinados temas para dar un pretérito (temas de aoristo) se usara también la forma de imperativo, no es congruente: éste debió de ser, más bien, un desarrollo posterior, enlazado al proceso de creación de un valor unificado no temporal del aoristo y otro, opuesto, del presente. Este proceso se apoya también en el desarrollo de un subjuntivo, optativo, participio e infinitivo de cada tema: es propio, pues, del tercer nivel.

11. Esquematizando, suponemos los siguientes estadios evolutivos:

a) Varios temas de una misma raíz, ya sinónimos, ya con varias diferencias concretas de significado, pero no de aspectos ni modo; el tiempo y la voz son marcados por series diferentes de desinencias. Cada tema con su flexión constituye propiamente un verbo diferente. Es el estadio al que pertenece el anatolio; de él quedan huellas en todas las lenguas, en cuanto deducen varios verbos (a veces con sólo presente) de una misma raíz, llegando en ocasiones a relacionarlos sistemáticamente entre sí (cf. IV.IV.2). Pero dentro de este estadio puede haber fases diversas, que hay que estudiar, en cuanto a la diferenciación de los sentidos de los diversos temas.

Por otra parte, hay que precisar que la libertad para añadir diversos sufijos a una misma raíz no es total ni en

anatolio ni en los temas de presente de otras lenguas: las raíces excluyen normalmente una serie de sufijos, los que coexisten con ellas en funciones diferentes son en realidad escasos.

b) De entre los temas mencionados, hay algunos que se oponían a los demás, en el indicativo, para indicar aspecto o tiempo: ciertos temas que no admitían más que desinencias secundarias indicaban pretérito y además aspecto (aoristo); otros que, parece, no admitían más que las primarias, indicaban el aspecto de perfecto; otros todavía, antiguos desiderativos, indicaban, con desinencias primarias, el futuro. Por otra parte, en fecha posterior, algunos de los temas en cuestión se oponían a los demás, todos de indicativo, como de subjuntivo; y una formación especial, también autónoma, era el optativo. De este sistema hay huellas dentro del siguiente y, además, en ciertas lenguas, como el tocario y el celta, que hacen ver todavía muy clara la independencia de los temas modales.

c) Cuando se subordinó el sistema modal al aspectual nació la flexión de tercer nivel del indoeuropeo clásico, de que derivan principalmente el griego y el indo-iranio; pero también en otras ramas lingüísticas, así en el latín, se da esta subordinación de los modos a los temas aspectuales.

12. Esta breve historia esquemática del desarrollo de la flexión verbal incluye todavía un estadio previo, anterior al *a*), que sirve de intermedio entre éste y la fase original indoeuropea en que el verbo sólo funcional y no formalmente se distinguía del nombre; y otro posterior al *c*), que tiende a desarrollar lo que llamamos una conjugación —varias más bien—, es decir, sistemas en los cuales a partir de una forma cualquiera se llega automáticamente a todas las demás; estas conjugaciones tienden a construirse sobre

un sistema de dos temas. Pero antes de adelantar algunas ideas sobre una y otra fase, conviene añadir algo más sobre los hechos formales en los estadios *a*), *b*) y *c*) indicados arriba.

Respecto al estadio *a*), el problema que se plantea es el de saber si algunos de los sufijos que en él intervienen tienen valores antiguos, protoindoeuropeos, o si sus diferencias de significados son productos de desarrollos de las diversas lenguas. Por ejemplo, los verbos en *-*sk* son iterativos en het. y otras lenguas, causativos en toc.; también son causativos los verbos tocarios en *-*s*, pero *-*es* es denominativo en hetita; etc.

El estadio *b*) plantea más problemas. En principio hay que partir de que los temas que se han puesto aparte para utilizarlos como pretéritos y como subjuntivos no tenían un valor especial; sí los que se utilizaron para formar el perfecto, pues ya en het. tienen valor de estado y éste es el valor de todos los perfectos indoeuropeos. Por supuesto, es seguro que este valor se desarrolló secundariamente por oposición al de los demás temas.

En cuanto a la forma, si bien es un procedimiento antiguo, el más antiguo de todos, el lograr la distintividad por vía proporcional, de modo que en principio cualquier tema fuera utilizable con cualquiera de las funciones a que nos estamos refiriendo, es muy antiguo el reservar ciertos temas para el presente. Pero hemos visto que la eliminación de *-*s* del presente fue gradual, que hay huellas de presentes en *-*s*: las estudiaremos más de cerca. Inversamente, el que *-*sk* se reservase al presente debió de ser algo secundario: hay aoristos derivados de *-*sk* en arm., pretéritos en tocario.

También las correlaciones sistemáticas son secundarias, por antiguas que resulten: el tocario nos hace ver que, junto al tipo común ind. atemático / subjuntivo temático e ind.

temático / subj. con vocal larga, había otras posibilidades. El tocario B, en efecto, presenta un subj. atemático frente a indicativos temáticos y de varios tipos; y un ind. de varias clases frente a un subj. de vocal larga.

13. Pero la tendencia a crear formas unívocas para cada tema se ha abierto paso una y otra vez a lo largo de la historia de las lenguas indoeuropeas. Adelantando algunas cosas que serán expuestas con más detención en el capítulo siguiente, se ha recurrido para ello, fundamentalmente, a los siguientes recursos:

a) Fijación arbitraria de los grados vocálicos. Esto ocurre sobre todo en los sufijos **eH/H*, en que el grado vocálico debía de estar, en principió, en función del de la raíz. Pero, si bien un tipo **∅-eH* es frecuente en pretérito (gr. ἐμάνην; aesl. *mьněxъ* sobre un antiguo *mьně*), en las lenguas en que **-ē* caracteriza el pretérito se añade secundariamente a vocalismos varios de la raíz; e igual ocurre en aquellas otras en que caracteriza el presente, así en la clase III del germánico. Hay lenguas que así establecen una oposición **-i̯/-ē* pres./pret. De un modo semejante, el het. generaliza **-es* en los denominativos en *-ešmi*: este grado sólo sería esperable tras el ∅ de la raíz (palabra-raíz) a que se añade.

b) Adición de alargamientos. Junto a **-es* y **-s* se utilizan aquí y allá, con el fin de lograr distintividad y con sentidos diferentes, formas **-se/o*, **-sā*, **-sē*, **-si̯e/o*, **-H*ⁱ*s*, **-ēs*, **-ās* y otras (aparte de **-ske/o*). Hay que introducir en este apartado la utilización de elementos hipercaracterizadores, pero que en determinadas circunstancias no son tales, sino estrictamente necesarios. Así, el perf. no sólo lleva vocalismo *o* (que conservan algunos presentes), sino reduplicación (también a veces en presente) y unas desinen-

cias en parte especiales, aunque no deja de haber coincidencias con el presente: combinando los tres elementos (a veces puede faltar uno), se llega a una distintividad clara. La oposición ind./subj. en tocario se perfecciona, en los subjs. atemáticos y en **-ā*, mediante una alternancia vocálica en el sg., la cual sustituye *ä, i, u* por *ae, aey, aew* (con vocalismo original).

c) Utilización morfológica de diferencias fonéticas. Son, sobre todo, diferencias relativas al tratamiento de las laringales, al igual que sucede en la flexión nominal. Por ejemplo, un sufijo o alargamiento **-eHᵘ̯* daba regularmente en latín *gnōui/gnōsti*, en ai. (perf.) *jajñaú/jajñā́tha*; pues bien, hay una tendencia a generalizar *-u* como característica de pretérito, así en el propio latín *gnōui/gnōuisti*. Inversamente, existe la tendencia a generalizar **-i̯* (procedente de otra laringal) en el presente: y de ahí oposiciones como lat. *moneo* < *-ei̯o* / *monui*, donde la *u* del pretérito procede de un corrimiento secundario. En realidad, aquí y en otros muchos casos (temas en **-ē*, **-ā*) nos encontramos con procesos diversos de morfologización de elementos originariamente radicales o, al menos, de puros alargamientos.

14. Evoluciones de estos tipos se refieren, a veces, a estadios ya posteriores al *c*), a saber, a sistemas de conjugación regular de tal o cual lengua, aunque oposiciones del tipo *-i̯/-u̯* entre presente y pretérito rebasan con mucho una sola lengua. Llamaremos a estos tipos estadio *d*).

Los verbos contractos del griego representan, en realidad, tres conjugaciones diferentes construidas cada una sobre dos temas: τιμαι̯ε/ο-//τιμᾱ, φιλει̯ε/ο-//φιλη-, δηλοι̯ε/ο-// δηλω-: esto en los dialectos que generalizaron en presente la flexión temática. Hay un primer y un segundo tema y de este último se derivan a su vez varios (de aoristo, futuro,

perfecto, aor. pasivo) en forma clara e inequívoca (ἐφίλησα, φιλήσω, πεφίληκα, ἐφιλήθην). De entre los posibles temas de presente, aoristo, etc., queda seleccionado uno; y todos los de fuera del presente comportan un elemento común. La raíz del sistema está evidentemente en un hecho fonético: la evolución **-eHi̯₁e/o* > **-ei̯e/o* en una forma temática (el presente) y **-eHi̯₁* > **-ē* en formas atemáticas anteconsonánticas (las demás).

Pero el estadio *d*) es propio, principalmente, de las lenguas del grupo occidental, que frente a un tema de presente (provisto, a veces, de un nuevo imperfecto), desarrollan uno de pretérito, que históricamente es ya de aoristo, ya de perfecto, ya incluso de imperfecto; también hay pretéritos de tipo compuesto, desarrollados dentro del grupo (y de los que, por otra parte, es ya un ejemplo el aor. pas. griego en -θην). Tiene lugar una selección por la que para cada verbo sólo resultan un presente y un pretérito, estando éstos relacionados formalmente de una manera sistemática en las llamadas conjugaciones, mientras que subsisten algunos verbos irregulares o fuertes en que la relación entre ambos temas no es sistemática. De uno y otro tema se obtienen en ocasiones diversos temas modales y aun temas temporales subordinados: así, en el latín, que frente al presente *amo, amās* (y el futuro *amabo, amabis,* imperfecto *amabam, amabas*), tiene no solamente *amaui,* sino también *amaueram* (pluscuamperfecto, tiempo relativo), deduciéndose además de uno y otro tema formas modales varias, participios e infinitivos. El sistema del itálico, germánico, celta, eslavo y báltico es de dos temas, si bien menos complejo.

Importa notar que, como en los denominativos griegos, el origen de estos sistemas está tanto en hechos de selección como en otros fonéticos. Es bien claro esto último en lat. *amā-/amāu-* e igual en aesl. *dělaj-/děla-*.

En otras varias lenguas (tocario, armenio) hay tendencia al sistema bitemático, aunque subsisten formas independientes del mismo.

15. Finalmente, volvemos nuestra vista atrás para retroceder desde el estadio en que de una raíz se obtienen varios temas, cada uno capaz de llevar desinencias primarias y secundarias, hasta otros anteriores a éste, arranque de él. Dado que, en definitiva, las raíces nominales y verbales son las mismas —las que hemos llamado raíces nominal-verbales— y que los elementos formativos —sufijos o características, desinencias— que reciben unos y otros son en términos generales los mismos, en definitiva se llega a una fase en que el nombre y el verbo se distinguen sólo funcional, no formalmente. En un determinado contexto distribucional, una raíz alargada podía sustituir a la raíz sin alargar para formalizar el verbo o el nombre marcando, concretamente, una categoría del uno o del otro.

Por ejemplo, *-es* añadido al nombre es, según sabemos, N. (luego N. pl.) o G. (reducido secundariamente al sg.); la distintividad de los casos y números se lograba dentro de cada paradigma. Pero *-es* añadido al verbo lo caracterizaba como usado en 2.ª o 3.ª pers., luego solamente en 2.ª: marcaba algo que, cuando se usaba la raíz pura, quedaba indicado por hechos contextuales. Dado que las categorías del nombre y el verbo no son comunes, con excepción del número, no había riesgos de confusión; y más que se introdujeron determinadas diferencias en el empleo de unas u otras características en el nombre y en el verbo. Hemos de verlo más detenidamente en el próximo capítulo.

Pero, en realidad, las cosas son más complicadas. Hemos indicado que en anatolio y en los presentes de las demás lenguas coexiste, junto al sistema que opone R-T_1, R-T_2,

$R\text{-}T_3$, etc. (o que, en vez de oponerlos, los usa alternativamente sin diferencia de significado, es decir, que admite junto a una misma raíz diferentes sufijos), otro sistema mucho más restrictivo. En él lo habitual es que cada raíz suministre un solo tema, usado con desinencias primarias o secundarias: sea un tema radical, sea un tema con sufijo; aunque a veces de este tema único se derive otro o se considere otro como derivado (causativo, desiderativo, etc.). Este estadio es semejante al que encontramos en el nombre, donde es lo más habitual que de una raíz se derive un solo nombre, bien radical, bien provisto de uno o más sufijos. Estos sufijos, antiguos alargamientos, tienden a adquirir un significado: nombres de acción, agente, etc., que luego adquieren entre sí relaciones cuasiparadigmáticas: es lo mismo que sucede en el verbo en la oposición de verbo base y causativo, etc. Pero la fase inicial, insistimos, es la creación de un tema nominal o un tema verbal en principio únicos o al menos sin diferencia sistemática de significado con otros.

16. Por tanto, a partir de la identidad de nombre y verbo, pueden distinguirse las siguientes fases evolutivas:

a) El verbo está constituido por R o R-S (raíz más sufijo), careciendo de desinencias. Estos sufijos verbales en parte son los mismos que los nominales, por ejemplo la **-s*, **-es*, distinguiéndose si se trata de un nombre o un verbo por la función; en parte son diferentes, así el **-ske/o* verbal de que hemos hablado.

b) Como ocurre en el nombre, los mismos alargamientos que en unas ocasiones se convierten en sufijos, en otras dan desinencias. Así ocurre precisamente con **-s*, **-es* en el nombre y el verbo. Ello se debe a que una forma R-*es*, por ejemplo, puede intepretarse dentro del verbo doblemente:

cuando alterna con R-*et*, etc., es desinencia; cuando es fija, es sentida como un tema, que luego puede llevar desinencias, incluso una segunda **-s*. Ésta es la fase *a*), que acabamos de mencionar; pero la formación de temas con ayuda de diversos alargamientos o sufijos continúa viva, naturalmente, en esta fase *b*) en que se crean las desinencias verbales. Pues éstas pueden añadirse, ya a las raíces, ya a los temas. Puede haber, por otra parte, desinencia Ø y entonces la final de la raíz o del tema tiende a interpretarse como un elemento desinencial. Así, no sólo hallamos en 2.ª y 3.ª sg. las desinencias *-s* y *-t*, sino que también se encuentran formas con *-st* (het. *-šta* en 2.ª y 3.ª sg. act. de pret. en *-ḫi*, aesl. *-stъ* en igual función, lat. *-sti* en el perf.); y son frecuentes elementos laringales temáticos convertidos secundariamente en desinenciales; así het. 1.ª sg. pres. *-ḫḫi*, lit. *-aũ*, *-iaũ* (< **-āu*, **-ēu* < **-eH*$^{u̯}_{2}$, **-eH*$^{u̯}_{1}$), en los casos originales procedentes de raíces o temas en laringal.

17. Un punto importante sobre el cual hay que dirigir la atención es la llamada vocal temática. A partir de desinencias del tipo *-e/om*, *-e/os*, *-e/ot*, *-e/ont* y de los participios, se ha abstraído *e/o* como elemento formativo, al igual que en el nombre. En principio, la presencia o ausencia de *e/o* debía estar condicionada por los grados vocálicos del tema: **lik*$^{u̯}$*-ét* (gr. ἔλιπε) está justificado como una alternancia Ø/P, **bhér-s* (lat. *fers*) como P/Ø; pero **bhér-et* (ai. *bhárati*) es a todas luces secundario (alternancia P/P). En indoeuropeo se había llegado, evidentemente, a la generalización de *e/o* en cualquier contexto de alternancias, incluido su uso ante las desinencias de 1.ª pl. *-m-en*, *-m-es*, en que *-em-en*, *-em-es* es anómalo desde el punto de vista de las alternancias. Y se había llegado también a la utilización morfológica de la alternancia de timbre y la cuantitativa:

los verbos temáticos llevan 1.ª sg. en *-ō*, 2.ª *-e-*, 3.ª *-e-*, 1.ª pl. *-o-*, 2.ª pl. *-e-*, 3.ª pl. *-o-*, aunque existen determinadas excepciones. Todo esto es idéntico a lo que sucede en el nombre.

También paralelamente a lo que ocurre en el nombre, la interpretación de *e/o* como un elemento morfológico independiente llevó a considerar por ejemplo **bherō*, **bhere* como temas puros y, en una segunda fase, a interpretar su final como característica personal, esto es, como desinencia: *-ō* marca la 1.ª sg. act., *-e* la 2.ª sg. de impvo. Esto es lo mismo que sucede en el nombre, donde hay V. en *-e*, I. en *-ē/-ō*. Pero el verbo va más lejos, en cuanto que añade la vocal temática a las desinencias, cf., por ej., *-so*, *-to*, *-nto*, caracterizadas así como de voz media. Pues la vocal temática, como un alargamiento cualquiera, se gramaticaliza variamente según las oposiciones que contrae.

A partir de aquí tendió a introducirse una clasificación de los verbos en atemáticos y temáticos, paralela a la de los nombres; clasificación que se dobla a veces con una clasificación de las desinencias en propias de unos u otros verbos, cf. gr. φέρω/τίθημι, φέρεις/τίθης, φέρει/τίθησι < *-τι. Pero en realidad hemos de ver que el carácter rigurosamente temático o atemático de los verbos (mejor, de los temas de los verbos) es exclusivo del griego y el indo-iranio y que también son secundarias las clasificaciones de las desinencias. En muchas lenguas encontramos abundantes indicios de una flexión semitemática, en que según las personas ya aparece ya no la vocal temática, muchas veces en función de la estructura de las alternancias: cf., por ej., het. *teḫḫi* 'pongo' / *tiyanzi* 'ponen' (< **-eH$^{i}_{1}$/-H$^{i}_{1}$-o-*), lat. *es*, *est*, *estis* / *sum*, *sumus*, *sunt*, as. 2.ª y 3.ª sg. *heƀis*, *heƀid* / 1.ª sg. *hebbiu* (< **-ē/*-i̯o* < **-eH$^{i}_{1}$/*H$^{i}_{1}$-o*). El mismo gr. presenta aún ἔσται junto a ἔσεται.

II

ELEMENTOS FORMALES DE LA FLEXIÓN VERBAL INDOEUROPEA. DETALLES SOBRE SU EVOLUCIÓN HISTÓRICA

1. TEMAS SIN DESINENCIA

1. Los elementos formales con cuya ayuda se constituye la flexión verbal indoeuropea en sus diferentes fases tipológicas, que se hallan más o menos puras en determinadas localizaciones dialectales, han sido indicados en buena medida en la exposición precedente. Pero conviene completar dicha exposición, hecha desde el punto de vista de la evolución tipológica, con otra que arranca de los elementos formales mismos y que precisa con un poco más de detalle las varias funciones que desempeñaron. En los capítulos sucesivos se describirá aún más detenidamente el sistema de las desinencias y el de los diferentes tipos de temas: es un tercer punto de vista que resulta indispensable, pero para el que ganaremos perspectiva gracias a la exposición que sigue.

Los elementos que maneja la morfología verbal indoeuropea son, en resumen, los siguientes:

a) Temas puros (a veces son raíces puras) usados sin desinencias; en los casos más antiguos, no opuestos a otro tema puro.

Sus elementos terminales pueden a veces interpretarse como desinenciales; ello, en ocasiones, aprovechando determinadas evoluciones fonéticas. Como temas puros se consideran, secundariamente, los provistos de vocal temática. Todos acaban por oponerse a otros.

b) Reduplicaciones.

c) Raíces puras y temas usados o no con desinencias, pero en todo caso opuestos entre sí para marcar relaciones diversas relativas a las características de la acción en general, el aspecto, el tiempo y el modo (secundariamente subordinado a los anteriores). Todo ello mediante morfologizaciones de las raíces y alargamientos. Éstos experimentan a su vez ampliación y diferencias vocálicas, así como fijaciones diversas del acento: todo ello con finalidad morfológica. Como los temas puros, pueden presentar diferencias de origen fonético y llevar, en ciertos casos o sistemáticamente, vocal temática.

d) Morfemas segmentales de carácter unívoco: aumento y característica de optativo. Se combinan con el acento (el primero) y la diversidad de grados vocálicos (el segundo).

e) Vocalismo. Las diferencias de vocalismo, aunque deben tratarse lógicamente en relación con los puntos anteriores, merecen además un tratamiento independiente. Son un nuevo recurso morfológico.

f) Lo mismo debe decirse de las diferencias de acento.

2. Comenzamos por las raíces y temas desprovistos de desinencias. Se trata de los mismos tipos de raíces y temas de raíz + alargamiento que se usan igualmente con desinencias; precisamente formando sistema con sus formas

provistas de desinencias, estas raíces y temas son interpretados como referentes a una persona y número determinados, pues la fase en que el tema puro era un verbo no personal, no nos es accesible directamente. Estos temas puros (a veces radicales) no desinenciales hay huella de que en fecha arcaica no se oponían a otros, eran todo un verbo cada uno de ellos.

De todas maneras, conviene aislar los problemas. Pues puede suceder que encontremos un tema sin desinencia que no remonte a la época más arcaica, solamente a aquella en que los temas se oponen sistemáticamente. En este caso, el uso no desinencial del tema, que dentro del sistema es interpretado como un uso de tal o cual persona, es un puro hecho de imitación. Son, pues, tres los puntos a estudiar sucesivamente: temas usados sin desinencia, sea cualquiera su antigüedad; conversión secundaria en desinencia de sus elementos terminales; temas que constituían un verbo, sin oponerse dentro de él a otros. Todo ello más desde el punto de vista de la función de las diferentes formas que desde el del detalle de los datos, que será dado en forma más precisa en el capítulo próximo.

3. Son los temas, radicales o no, en *-H* los que con más generalidad presentan formas sin desinencias. Ello sucede en toda clase de temas en *-H*: los radicales de los tipos *TEH* y *TERH, TREH*; aquellos otros de esquema *TERH, TREH* en que podemos postular con fundamento que *H/EH* es un alargamiento secundario; otros más claramente secundarios todavía, así, los provistos de un alargamiento **-neH/-nH*, es decir, los tipos en **-neu/nu* y **-nā/nə* (cf. *infra*, IV.IV.1.15); e incluso los denominativos, obtenidos de un tema nominal en **ā*, que se conservan intactos como 2.ª sg. impvo. y en otros usos más antiguamente, sin duda.

Prescindiendo de los temas y fijándonos sólo en la ausencia de desinencia, en hetita encontramos una 1.ª sg. *daḫḫi*, 3.ª *dai*, donde la *ḫ* (caída en 3.ª sg., cf. *infra*) procede de la raíz (*$*deH^{u}_{3}$*, cf. lat. *dō*) y la *-i* es una característica de presente (cf. *infra*, IV.III.1.1). Esto sucede en toda la conjugación en *-ḫi*, que se origina de temas en *ḫ*, cf., por ej., *tarnaḫḫi*, de *$*\text{-}neH_2$*. O sea, en definitiva, 1.ª y 3.ª de sg. llevaban el tema puro. El lat. *dō* nos presenta una 1.ª sg. sin *-i*; debía haber una forma antigua 1.ª sg. **amā*, luego analógicamente *amo*; hay *-e* en 1.ª sg. fut. arc. *dice*. Con soluciones **-āu*, **-ēu* procedentes de *$*\text{-}eH^{u}_{2}$*, *$*\text{-}eH^{u}_{1}$* encontramos en lit. una 1.ª sg. pres. y pret. *-aũ*, *-iaũ* < *$*\text{-}eH^{u}_{2}$*, *$*\text{-}eH^{u}_{1}$* (3.ª *-o*, *-ė* de igual origen); en cambio, en aprus. hay 3.ª sg. *druwe* 'cree', que también tienen uso en 1.ª y 2.ª sg. El toc. A *-au* es 1.ª sg. pres. (*-ā*, pero también *-āw-a* en pret.). El ai. *-au* se halla en 1.ª y 3.ª sg. perf. (*jajñaú*, etc.) y sin duda hay huella de ello en lat. *flāu-i*, *amāu-i*, *gnōu-i*, gr. τεθνηϝώς, etcétera (pero cf. πέφη). Formas sin *-u* no alternantes con éstas las encontramos en gót. *salbō* (1.ª sg. pres.), aesl. *zna*, *da* (2.ª y 3.ª sg. aor.); y en formas de impvo. como lat. *amā*, *uide*, gr. ἵστη.

Como se puede observar, las morfologizaciones son diversas: ya se trata de 1.ª, de 2.ª o de 3.ª pers. o de más de una de ellas simultáneamente; ya de presente, ya de aoristo; ya de indicativo, ya de imperativo. Y con frecuencia se utiliza para ellas el hecho de que existen soluciones fonéticas alternativas: en hetita la *ḫ* intervocálica, que normalmente cae, se ha conservado en 1.ª sg. para diferenciarla formalmente de la 3.ª; y la oposición de las formas *-ā/-āu*, *-ē/-ēu*, *-ō/-ōu*, que es de origen fonético como sabemos (cf. II.II.2.10-11), es utilizada variamente para diferenciar tiempo y personas. Es bien claro que se trata de desarrollos independientes de las distintas lenguas, dado que no hay coincidencia entre

ellas. Si *-ā* era solución normal anteconsonántica y *-āu* antevocálica, ha habido generalizaciones secundarias de una y otra con fines morfológicos; y lo mismo en el caso de los otros timbres.

Hay que anotar que también se encuentran temas en **-Hi̯* morfologizados: cf. aprus. *madli* 'oro, ora', *schlūsi* 'sirvo, sirve', lit. 2.ª sg. *mýli* de *mýliu*; y en ai. la 3.ª sg. aor. pas. en *-i* (cf. IV.III.2.5).

4. Los temas con vocal temática, radicales o no, se usan también puros. Aunque, como hemos dicho, se trata de un desarrollo secundario, es antiguo, pues es lo mismo que sucede en el nombre (V. tipo *domine*); de la misma manera, vimos que eran frecuentes los temas puros en *-H*, bien que el nombre generalizó los temas en **-Hi̯*, no en **-Hu̯*, salvo excepciones; acabamos de ver, por lo demás, que hay también la excepción inversa, un tema puro verbal en **-Hi̯*.

Es antiguo en ide. el imperativo en *-e*, que se ha reducido a la 2.ª sg., pero hay huella de que era indiferente a la oposición 2.ª/3.ª. Se trata de formas como het. *uwate, peḫute* de *uwatemi* 'traer', *peḫutemi* 'procurar'; ai. *bhára*, gr. φέρε (el ind. era originariamente idéntico, pero luego se diferenció como φέρεις, φέρει, cf. *infra*), gót. *baír*, lat. *age*. También lo es, aunque sólo se encuentra en una zona del ide., una 1.ª sg. pres. ind.-subj. en *-ō*: se trata de un tema puro con alargamiento de la vocal temática, con lo que se logra una diferencia frente a una 3.ª sg. en *-e* u *-o*. Cf. *-ō* en gr. φέρω, bált. *liekù*, lat. *lego*, u. *sestu*, air. *-biur, biru*, subj. ai. *bhavā(ni)*; la forma en *-e* era sin duda la de 2.ª 3.ª (en el impvo. la 3.ª se diferencia secundariamente cf. ai. *bhavatu*, het. *uwateddu*, lat. *dicito*; en gr. el impvo. en *-e* se usa a veces con 3.ª) y de impvo.-indicativo, siendo secundario que el griego añada en ind. una *-i* primaria y

luego diferencie la 2.ª con una *-s*: de ahí φέρεις, φέρει. A su vez, en bált. hay que reconstruir 2.ª *-ai*, 3.ª *-a*, con timbre original *o*: es otro recurso diferenciador.

Las formas temáticas de tema puro se han gramaticalizado otras veces como de voz media, pudiendo llevar *-i*. Así encontramos, por ejemplo, *-e/oi* en 1.ª sg. ai. *bháve*, 1.ª 3.ª sg. an. *heite* 'me llamo, me llama'.

La vocal temática es sentida, en estos casos, y bien ella sola, bien combinada con *-i*, como desinencia; a veces se añade incluso con tal función a los verbos atemáticos, cf. ai. *áduha*, 3.ª sg. impf. Resulta bien claro que las morfologizaciones de los temas puros como provistos de desinencia cero de unas u otras personas y de activa o media, son secundarias.

5. Es bien claro que estos temas puros secundariamente encajados en un paradigma provisto de desinencias testimonian un estadio antiguo en que el tema tenía uso verbal, pero sin diferencia de personas; ello incluso cuando, como en el caso de los temas temáticos y de algunos en *-H*, no remontan al más antiguo indoeuropeo. Es el procedimiento el que es antiguo.

Esto se testimonia todavía con casos no tratados hasta aquí. Por una parte, existen diversos temas, radicales o no, en vocal o consonante distinta de *-H* que conservan la misma capacidad de funcionar como provistos de una desinencia personal Ø. Esto ocurre en el imperativo en un verbo como **ei* 'ir' (lat. *ei*, *ī*, lit. *eĩk* con una partícula, como otras veces hay *-dhi*: gr. ἴθι, ai. *idhí*, cf. también gr. ἴσθι, ai. *viddhí* de **u̯eid*). El hetita ha mantenido muy viva esta posibilidad: 2.ª sg. impvo. *es*, *ep* de *ešmi*, *epmi* 'ser' y 'coger'.

Otras veces, la comprobación del antiguo uso verbal de los temas puros tiene lugar por vía indirecta. Se puede

hacer apoyándose en compuestos de rección verbal del tipo ἀρχέκακος o φυγοπτόλεμος, también en los pretéritos compuestos, cuyo primer término llevaba en fecha antigua siempre *-*H*.

En compuestos como gr. ἐφιλή-θη, lat. *legē-bat,* gót. *salbō-da,* aesl. *děla-axъ,* lat. *scī-bat,* lit. *mulė-davau,* el primer término, sea el mismo tema de presente o uno de aoristo, sea radical, derivado (lat. *legē-*) o puramente nominal (gót. *salbō-,* lat. *plantā-* en *plantābat*), es interpretado como indiferente a la oposición nombre/verbo: antiguos temas indiferentes a la misma son precisamente el modelo. Así, estos primeros términos se interpretan como determinaciones nominales o verbales de los segundos (cf. *infra,* IV.V. 1.14): como 'daba amor', 'estaba leyendo', etc., por ejemplo. Es decir, que los pretéritos compuestos nos llevan a la época en que un tema puro podía tener valor de nombre o de verbo según la distribución, absolutamente igual que los compuestos nominales.

De aquí se obtiene fácilmente la conclusión de que el añadido sistemático de desinencias a los temas verbales es un hecho secundario en el caso de los atemáticos: por ejemplo, ἐμάνην, ἐμάνης, ἐμάνη[τ] es posterior a un ἐμάνη (< **e-m°n-ē* < **e-m°n-eH*$_1$) que no diferenciaba personas; **es-s, *es-t* es posterior a un **es* que se conserva en het. como imperativo (*eš*). Esto no es verdad, sin embargo, para los verbos temáticos. Aquí la vocal temática es, según decíamos, una abstracción secundaria: un gr. ἔλιπον, ἔλιπες, ἔλιπε[τ] ha nacido con des., que en principio eran *-om, -es, -et.* Luego se crearon ya, por analogía con los temas puros, formas con vocal temática y sin desinencia. Pero en un caso como 1.ª sg. en *-ō,* junto a la cual hay *-ōmi* (ai. *-āmi*) y *-om* (aesl. *berǫ*), dos interpretaciones contradictorias son posibles: que *-ō* se haya abstraído, considerada como tema,

de *-ōm*; o que *-ŏm*(*i*) sea una hipercaracterización de la forma en *-ŏ*.

2. TEMAS REDUPLICADOS

1. Las formas con raíz reduplicada son un recurso de multitud de lenguas con objeto de obtener diferencias semánticas; a veces, mediante la oposición sistemática de formas reduplicadas y sin reduplicar, de obtener oposiciones gramaticales. El indoeuropeo sólo ha alcanzado en el nombre, contrariamente a otras lenguas, el primer estadio (cf. VI.I.3), mientras que en el verbo conoce los dos. En general, los verbos reduplicados tienen valores especiales de intensidad, expresividad, iteración, etc. cuando aparecen aislados o cuando la oposición verbo base / verbo reduplicado es esporádica y no regular formalmente. Las gramaticalizaciones son varias: las de las reduplicaciones más completas, en ai. en el sentido del valor intensivo; las de las reduplicaciones abreviadas, consistentes normalmente en C + V o V + C, dan presentes, aoristos o perfectos, a veces de un tipo especial, a veces normales.

En resumen, en el caso de los temas reduplicados y prescindiendo de momento de detalles formales, se encuentran tres usos fundamentales, comparables a los usos de los temas formados por derivación:

a) El verbo reduplicado está formado sobre un tema único y pueden hacerse conjeturas sobre el influjo de la reduplicación en su significado.

b) Existen en el tema de presente una junto a otra las formas con y sin reduplicación, sintiéndose la primera como derivada de la segunda, a la que añade un matiz de significado.

c) Un tema no reduplicado y otro u otros reduplicados (en este caso con reduplicaciones diferentes), o bien varios temas reduplicados en forma diferente, se oponen como temas de presente, de aoristo, perfecto o futuro.

Se trata, sin duda, de huellas de tres estadios sucesivos en la evolución del verbo indoeuropeo, estadios a los que ya hemos hecho referencia. Pero a veces el detalle de la interpretación es dudoso. A veces, en el caso *b*) de coexistencia de temas con y sin reduplicación, se trata de hechos esporádicos que lo mismo pueden representar un resto de una antigua oposición sistemática de ambos que, al contrario, huella de una antigua fase previa antes de constituirse dicha oposición sistemática.

2. Formalmente, las reduplicaciones «completas» repiten la raíz, a veces con diferencias de grado vocálico o diversos fenómenos fonéticos (sobre todo disimilatorios), a veces añadiendo una *-ĭ*: por ej., en verbos sin otro no reduplicado al lado, het. *ḫaḫḫariya-* 'arañar', *ḫaḫḫarš-* 'reír', gr. καρκαίρω 'temblar', μαρμαίρω 'brillar', lat. *murmurare*, aesl. *glagolję* (< **golgol-*) 'hablar', etc. Otras veces verbo base y verbo reduplicado existen: ai. *bhárti* y *bhárī-bharti, námati* y *namnamīti*, gr. φαίνω y παμφαίνω, βαίνω y βαμβαίνω, etc.

Junto a estas reduplicaciones hay otras que consisten en repetir la primera consonante o un grupo inicial *s-* + Oclusiva entero o simplificado (cf. gr. ἵστημι, lat. *sisto*, pero ai. *tíṣṭhati*, sobre una misma raíz *stā*), siguiendo a continuación una única vocal: generalmente *e* o *i*, pero también estas mismas con cantidad larga (*ē, ī*). He aquí algunos ejemplos:

Con *e*: múltiples perfectos en todo el indoeuropeo no anatolio: ai. *cakā̂ra, jagā̂ma*, gr. τέτοκα, λέλοιπα, lat.

pepigi, tetuli, gót. *saisō, laílōt,* etc. Pero el ai. tiene *e* igualmente en el presente: raramente en intensivos como *babhas-* de *bhas* 'mastica', en no intensivos como *dádāti, dádhāti* (frente a la *i* de gr. δίδωμι, τίθημι). Y se encuentra en aoristos temáticos: ai. part. *jaghanant-, ávocat* < **e-u̯e-ukʷet,* gr. ἔϝειπε, ἔπεφνε. A veces hay problemas en clasificar una forma como de presente o aoristo: así en gr. κέκλυτε. Ai. *saśca-* es sin duda un presente.

Con *ē*: en ai. hay presentes intensivos (*māmah-* de *mah-* 'conceder', *dādhar-* de *dhar-* 'llevar'), pero también en perfectos (*dādhāra*). En griego puede citarse pres. νηνέω, perf. δηδέχαται.

Con *i*: es normalmente de presente, ya en temas atemáticos ya temáticos, ya aislados ya existentes junto a otros sin reduplicación; aunque cuando están aislados ello puede derivar de haberse perdido en la lengua en cuestión el tema base. Cf. ai. *bibharti* junto a *bharti,* gr. γιγνώσκω junto a lat. *gnosco,* lat. *bibo* junto a gr. πῶθι, ai. *tiṣṭhati,* gr. ἵστημι junto a lat. *stāre.* A veces hay pequeños sistemas verbo base / reduplicado con una diferencia semántica concreta (gr. ἔχω/ἴσχω, μένω/μίμνω). La *i* aparece en lat. y ai. en la reduplicación del perf. cuando también la lleva la raíz (lat. *scicidi,* ved. *suṣumá* e igual la *u* (lat. *tutudi,* ai. *tutoda*).

Con *ī*: se encuentra sobre todo en aoristos del ai. del tipo *ajījanat,* que sin embargo presentan a veces formas con *ĭ.*

Otro tercer grupo de temas reduplicados es aquel de raíces que comienzan por vocal y sonante y que reduplican repitiendo este grupo. Este tipo se da en intensivos del ai. como *álarti* de *ar* 'moverse' y en presentes del griego como ἀραρίσκω, sean antiguos intensivos o no. También se da en el aoristo, incluso a veces aunque la raíz empiece

por vocal + consonante y no por vocal + sonante; o bien por vocal + sonante + consonante. Cf. gr. ἀραρεῖν y arm. aor. *arar* 'él hizo'; ὀρορεῖν, ἀγαγεῖν. Este tipo de reduplicación se encuentra en gr. también en el perfecto, con alargamiento de la vocal inicial de la raíz; en realidad, se trata de la combinación de dos rasgos, la reduplicación y el alargamiento, que se encuentra otras veces sin ella (cf. IV.II.4. 12). Cf. así ὄλωλα, ὄρωρα y sin alargamiento ἀκαχμένος. Cf. también en ai. el tipo *ān-áñja* de *añj-* 'ungir'.

3. Es bien claro que los distintos tipos de alargamiento se reducen a dos, el completo (que incluye el de vocal + sonante) y el abreviado; el primero tiene variantes de origen analógico o expresivo. En cuanto al segundo, puede derivarse del primero, es decir, arrancar las formas con reduplicación *e; i* de raíces con estas vocales: en *scicidi, tutudi* es ello bien claro. Posiblemente, en un comienzo había vacilaciones debidas a hechos de alternancia: por ejemplo, se concibe muy bien que la reduplicación sea con *e* junto a raíces átonas en grado cero y con *i, u* en caso contrario.

Pero el detalle es oscuro. Lo que sí resulta claro es que, mientras que en anatolio apenas hay uso sistemático de la reduplicación, en el restante indoeuropeo tuvieron lugar determinadas gramaticalizaciones del mismo. La más importante es la tendencia a atribuir las reduplicaciones completas al tema de presente, dando en ai. (e incluso quizá en fecha anterior) un intensivo; las en *i* al tema de presente igualmente, aunque con un significado un tanto borroso, posiblemente en fecha antigua iterativo o frecuentativo; y las con *e* al perfecto. Pero no son éstas las únicas fijaciones ni son sistemáticas: hay huellas claras del carácter secundario del proceso de adscribir ciertos tipos de reduplicación

a ciertos temas y significados. Y prosiguieron en las lenguas individuales: no sólo podemos hacer alusión al perf. reduplicado temático del gr. y ai. (aunque aquí hay a veces *ī* en vez de *a* < *e*), sino también al futuro de perfecto del griego (τεθνήξω), analógico del perfecto, y al desiderativo del ai. de tipo *dipsa-* de *dabh* 'dañar'.

Comparando este desiderativo con el fut. del ai., no reduplicado y con *-sya-*, se ve muy claramente que se ha utilizado secundariamente una oposición raíz/raíz reduplicada, combinada con la oposición entre los sufijos emparentados *-sa/-sya*, para diferenciar el futuro del desiderativo, de donde nace. O sea, que hay posibilidad de reduplicar o no el desiderativo, lo que luego se utilizó con una finalidad diferente de la original. No de otro modo hay que interpretar la historia del perfecto y los demás tiempos reduplicados: se han conservado formas de perfecto (y por supuesto de aoristo y presente) sin reduplicar, que demuestran que en tiempos la reduplicación era una simple posibilidad, de función expresiva o iterativa. Su paso a característica de perfecto por atracción del tema de perfecto y oposición a otros temas no de perfecto sin reduplicación o con una reduplicación diferente, es a todas luces un hecho secundario.

4. Toda la anterior argumentación en el sentido de que el reparto de los distintos tipos formales de la reduplicación, así como el significado que al menos predominantemente se adscribe a unos y otros son hechos secundarios, se confirma con ayuda del hetita. Aquí tenemos unas veces verbos reduplicados aislados y otras verbos reduplicados colocados junto a otros sin reduplicar. En uno y otro caso, la reduplicación puede ser del tipo C + V o del V + C o del tipo completo:

a) C + V. Normalmente, el timbre de la vocal es el de la sílaba interior: *kiš/kikiš* 'originarse', *kuerš/kukkurš* 'cortar', *wek/wewakk* 'pedir', *para/papra* 'expulsar'. Hay ciertas generalizaciones de *a, e, i, u* fuera de su distribución original, lo que debe entenderse como comienzos de gramaticalización.

b) V + C: *eš, aš / ašeš, ašaš* 'sentarse'.

c) Red. completa: *ḫaš / ḫašḫaš* 'abrir', *parai / pariparai* 'soplar'.

A veces aparecen para una misma raíz varios tipos de reduplicación: evidentemente tendían, ya a desplazarse unos a otros, ya a fijarse con varios criterios. Pero lo importante es que, en la medida en que podemos captar su significado, es siempre el mismo: un valor iterativo, relativo a una actividad múltiple y compleja. Es claro, pues, que los temas reduplicados del indoeuropeo no anatolio tenían en principio este mismo valor por oposición a los sin reduplicar, fueran de presente, aoristo o perfecto: si pasaron a significar solamente el presente, aoristo o perfecto, ello fue el resultado de una gramaticalización secundaria, por atracción del tema a que se añadía la reduplicación.

3. TEMAS SUFIJADOS

a) *Generalidades*

1. La reduplicación nos ofrece un primer ejemplo de cómo determinados temas que en principio son derivados de una raíz con un sentido concreto, se organizan en sistema por oposición a los no reduplicados o por oposición unos a otros aprovechando sus diferencias formales; y ello para expresar diferencias de significado, bien dentro de una serie de temas que llevan todos desinencias primarias y

secundarias (el tema de presente del indoeuropeo posterior), bien creando diferencias temporales o aspectuales (temas de perfecto y futuro sin des. secundarias; y de aoristo, sin primarias). Para lo que no se ha utilizado la presencia o ausencia de reduplicación es para distinguir temas modales.

Pues bien, esto que sucede con los temas reduplicados es lo mismo que ocurre con los alargados con diferentes morfemas segmentales, a veces completados con otros suprasegmentales (acentos) o replacivos (alternancias vocálicas). Se añade que aquí la diferencia entre tema base y tema alargado, o entre dos temas alargados, se utiliza también para marcar los modos; de momento, vamos a hablar sólo del subjuntivo.

También hay otra diferencia. Un tema reduplicado, incluso si aparece absolutamente aislado, hay que suponer que tiene desde el principio un sentido propio, bien que el matiz concreto depende grandemente del significado de la raíz: este sentido debe definirse en todo caso como expresivo, intensivo, iterativo, etc. Cuando en las lenguas históricas encontramos un tema con reduplicación, aislado o teniendo al lado uno sin reduplicación, en el que no podemos aislar ningún significado especial atribuible a la reduplicación, es bien claro que este sentido se ha perdido, ha tenido que existir en algún tiempo. La única duda es si se ha perdido después de haberse pasado por un sistema gramatical de oposiciones (es decir, que ha habido previamente una oposición entre verbos base e iterativos o intensivos) o si se ha perdido sin haberse llegado a este sistema, es decir, a partir de hechos puramente lexicales, pero con un cierto valor diferencial.

En cambio, si en una lengua dada encontramos una raíz alargada con *-s* sin que presente ningún matiz especial atribuible a la *-s*, puede suceder desde luego que ese matiz

especial haya existido y se haya perdido; pero también es conjeturable lo contrario, es decir, que un gr. αὔξω 'aumentar', por ejemplo, conserve un uso de la *-s* como un simple alargamiento sin significado (cf. al lado lat. *augeo,* gót. *aukan*). Incluso cuando hay un leve matiz diferencial entre la forma con y sin *-s,* puede éste haber surgido a nivel léxico, no derivarse de una oposición gramatical perimida: así en lat. *uideo* 'ver' frente a *uiso* 'ver, contemplar, visitar'. Esto puede decirse de todos los alargamientos; tanto más cuanto que, en definitiva, proceden de finales de raíces extendidos analógicamente (cf. VI.II.8). Nada de extraño tiene, pues es lo que sucede normalmente en el nombre, donde solamente algunos sufijos complejos han adquirido con el tiempo un significado propio. En el verbo la tendencia en esta dirección, el sistematismo, es mucho más fuerte. Pero no debemos postular para el indoeuropeo, como se hace a veces, un estadio en que todas las características de presente (por no hablar de las de aoristo, etc. y las modales) tenían ya un valor propio, luego en parte perdido: así **-n,* **-i̯,* **-ē,* etc.

2. El problema de si determinado tema de presente tiene un significado especial atribuible al sufijo, aunque sea vago y borroso, resto de una época en que éste se integraba en una oposición sistemática clara, es el verdadero problema en la interpretación de los temas verbales de las lenguas particulares. Por ejemplo, ¿conserva φάσκω frente a φημί un valor iterativo o no hay ese valor ni lo ha habido nunca? ¿Es lat. *moneo* un causativo de un **meno* desaparecido o conserva esta lengua un estadio más arcaico que el de la oposición sistemática de verbo base / causativo en ai.? Son problemas que a veces son imposibles de resolver. Pero sí tiene solución el problema total: los sufijos verbales indo-

europeos son, uno a uno, alargamientos que en el origen no tenían valor gramatical propio. Cada raíz llevaba uno o dos o tres en caso excepcional: se formaban así uno o más verbos que podían diferenciar sus significados léxicamente, no sistemáticamente. En realidad, en el verbo anatolio en general y en los temas de presente del indoeuropeo posterior, ésta es la situación normal, situación sin duda herencia arcaica, aunque en algún caso particular pueda haberse perdido un previo significado gramatical de una formación.

Prescindiendo de numerosos alargamientos compuestos, creados paralelamente y gramaticalizados en forma varia por las distintas ramas lingüísticas, así como de las especializaciones debidas al grado vocálico, el acento y los accidentes fonéticos (cf. IV.II.1.1), los alargamientos indoeuropeos capaces de formar temas verbales que se opongan entre sí o a los temas verbales puramente radicales (atemáticos o temáticos) son:

**-s, *-s-k*
**-n, *-n-eH* (con varias laringales y tratamientos)
**-Hi̯, *-Hu̯* (> *-i, -u*; en grado P **-ē, *ā,* con variantes fonéticas)
**-t, *-dh, *-gh* y otros consonánticos infrecuentes.

Todos estos alargamientos se han mantenido en el tema de presente y en el indicativo; algunos han tendido a especializarse en otros temas temporales, aspectuales o modales, a veces con diferencias de vocalismo o con ayuda de ampliaciones o diferenciaciones fonéticas, de oponer usos temáticos y atemáticos, etc. La permanencia de todos, en mayor o menor grado, en el tema de presente, testimonia que los demás usos proceden de oposiciones creadas secundariamente entre los antiguos temas, en las que se desarrollaron

nuevas categorías gramaticales. Por otra parte, algunos de estos alargamientos producen también desinencias, otra prueba de lo mismo: además de aquellos usados como final de tema sin desinencias (cf. *supra*, IV.II.1.3 ss. sobre la conversión en desinencia de la **-Hu̯* y la vocal temática finales), hay que citar en primer término **-s* y **-t*. Pero así como **-t* es frecuente como desinencia y raro como final de tema, hay otros alargamientos que se especializaron como desinencias solamente: **-m*, **-nt* y **-r*. También en el nombre vimos diferenciaciones semejantes. Por otra parte, si bien **-m* y **-s* son comunes como desinencias al nombre y al verbo, **-Hi̯* y **-d* son nominales, **-r*, **-nt* y **-Hu̯* verbales. En cuanto a los sufijos, **-sk* y **-n* en sus combinaciones con **H* es verbal, **-n*, **-r* y una serie de sufijos completos, nominales. Se ha abierto paso una cierta diferenciación, otras veces la distribución y el significado diferencian a los morfemas nominales y los verbales, aunque coincidan formalmente: pero resulta claro que todos proceden del mismo fondo, los alargamientos sin significado gramatical propio. Es en los diferentes sistemas de oposiciones donde por atracción y polarización se han creado los distintos significados, a veces totalmente diferentes para un mismo alargamiento en distribuciones y contextos opositivos diferentes.

3. Los tres estadios del verbo indoeuropeo que hemos postulado,

a) un tema por verbo, con desinencias primarias y secundarias,

b) varios temas opuestos sistemáticamente, con ambas series de desinencias también,

c) varios temas opuestos con valores temporales, aspectuales o modales, llevando cada uno una sola serie de desinencias,

no se nos aparecen puros en las lenguas históricas: el anatolio y los temas de presente del indoeuropeo posterior presentan *b*) con restos de *a*), el indoeuropeo posterior presenta *c*) con un tema de presente construido, como queda dicho, sobre *b*) con restos de *a*), a veces con pérdida casi completa del estadio *b*). Por ello, para sostener con más detalle la tesis que ya hemos adelantado, a saber, que los distintos temas no tenían en principio oposición sistemática entre sí sobre diferencias gramaticales de significado, es decir, que eran puros alargamientos, el método mejor es el inverso al cronológico: hacer ver, recorriendo el esquema anterior desde *c*) a *a*), que los temas de tipo *c*) no son más que una especialización de alargamientos no significativos conservados pese a todo en los temas de presente; y que los temas de tipo *b*) son a su vez una especialización de los mismos. Así se llega a la conclusión de la falta de valor gramatical, en el origen, de la totalidad de los alargamientos verbales y de la validez del esquema propuesto. Y ello se completará con una ojeada a la otra especialización de algunos de esos alargamientos: su conversión en desinencias.

No estará de más explicar antes previamente que la tesis aquí defendida sobre la creación de temas opuestos entre sí por el significado mediante un proceso secundario y quedando restos de la antigua indiferencia a dichas oposiciones de las formas utilizadas, tiene enfrente otra teoría. Según ella, un perfecto, por ejemplo, sería una forma derivada del presente mediante la adición o alteración de unos determinados elementos: se añade la reduplicación, se cambia el vocalismo *e* por el *o*, se sustituyen las desinencias primarias normales por las de perfecto y de gr. λείπω, por ejemplo, hemos pasado a λέλοιπα, de un presente a un perfecto. Es bien claro que en las lenguas históricas, a partir de un

momento dado, unos temas pueden sentirse como derivados de otros: el subjuntivo del indicativo, el aoristo, perfecto, etcétera del presente. No lo es menos que secundariamente se llega incluso a derivar de este modo unos temas de otros: así, cuando se crean conjugaciones mediante ampliaciones diversas de ciertos temas (cf. IV.IV.2). E incluso, sin necesidad de ello, puede haber un momento en que, en una lengua dada, de cualquier verbo se derive un causativo o intensivo. Pero se trata de un proceso analógico que imita la oposición entre dos temas en principio independientes. Los verbos denominativos, es decir, la derivación en lat., por ejemplo, de *plantas* a partir de *planta* (un verbo de un nombre), es igualmente en el origen puro reflejo analógico de la relación entre palabra-raíz y verbo deducido de ella con ayuda de las desinencias: *flā-s, implēs,* etc. Cf. más detalles sobre esto *infra,* IV.IV.2.6.

Si lo original fuera la derivación de unos temas a partir de otros y no la oposición entre temas independientes, no se encontraría en el término positivo, al cual se oponen algunos de sus antiguos componentes, temas formalmente comparables a estos últimos. Y, sin embargo, así ocurre. Vamos a dar un repaso a estos arcaísmos, repaso rápido porque el estudio pormenorizado de todos los temas se hará en capítulos ulteriores.

b) *Rasgos de perfecto en presente*

4. El perfecto es un antiguo tema en **-H* a veces radical, a veces de alargamiento. El tipo que más ha proliferado es el que lleva **-*H_2 y se flexiona en voz media, pero con algunas características especiales: **-*H_2 se pierde en 3.ª sg., que así se diferencia de la 1.ª; la 2.ª sg. lleva **-t*; el voca-

lismo radical suele ser *o*, pero a veces es una vocal larga; suele haber reduplicación incompleta con vocal *e*.

Éste es el perfecto normal en indoeuropeo posterior, tipo ai. *cakára, cakártha, cakā́ra*, gr. λέλοιπα, λέλοιπας (innovado: cf. οἶσθα junto a ai. *véttha*, gót. *waist*), λέλοιπε. Este perfecto corresponde en líneas generales a la flexión hetita en *-ḫi* en la voz media, con desinencias *-ḫa, -ta, -a*: de unas desinencias ide. **-H₂o, *-tH₂o, *(H₂)e/o* salen tanto las des. del perf. no anatolio como las del presente anatolio de voz media de la flexión en *-ḫi*, siendo la única diferencia que en 3.ª sg. el anatolio elige el timbre *-o* de la vocal temática y el no anatolio el *e*; esto refleja una vacilación que se repite a veces dentro del no anatolio en los temas con vocal temática (cf. IV.II.4.8). Es bien claro que ya en ide. se aislaban dentro del presente, con una flexión especial, temas que luego se opusieron a los demás como de perfecto. Esa flexión especial, por otra parte, subsiste en presente del indoeuropeo no anatolio: en el origen la **-H₂* es temática, es uno de los varios casos de una **-H* temática convertida en desinencia (cf. IV.III.3.5); tampoco el añadir una *-e/o* es especial del perfecto (cf. IV.I.17), ni lo es la *-t* de 2.ª sg. (*infra*, IV.III.4.1). Pero la combinación de todos estos rasgos y de la utilización morfológica de las vacilaciones entre conservación y caída de **-H* para oponer 1.ª y 3.ª sg. prueban que el hetita hereda un estadio en que no existía un tema de perfecto, pero en que ciertos temas de presente tendían a oponerse formalmente a los demás: añadiéndose un nuevo rasgo formal, también heredado por el perfecto, la tendencia al vocalismo *o* (het. *a*, frecuente en la flexión en *-ḫi*: *sakḫi* 'yo veo'). Ahora bien, esta oposición no era solamente formal, sino también de contenido, pues dicha flexión hetita en *-ḫi* tiene predominantemente valor de estado, igual que el perfecto del no ana-

tolio. Por tanto, en resumen, dentro de la terminología de IV.II.3.3 encontramos en anatolio una flexión de tipo *b*), que opone un tipo de presente a otros, y en no anatolio una de tipo *c*), en que ese presente se ha convertido en perfecto.

5. Pero, a su vez, esa flexión de tipo *b*) reposa sobre una anterior de tipo *a*), en que las características en cuestión se daban aisladamente en tales o cuales temas. Lo hemos visto por lo que respecta a las desinencias y se ve aún más claramente si se toman en cuenta la antigua presencia de *-t* en 2.ª sg. fuera del perfecto (cf. *infra*, IV.III.4.1). Por otra parte, hay perfectos derivados de la activa, con 1.ª 3.ª sg. en **-H* (radical o de alargamiento) y 2.ª sg. con *-t*: gr. πέφη, ai. *jajñaú*, lat. **gnōu* (rehecho en *gnōui*). En nada difieren estas formas de temas que no se han desgajado del presente, aunque a veces difieran en llevar desinencia en 1.ª 3.ª sg. y hasta en adoptar en 2.ª la desinencia *-s*: hechos indudablemente secundarios. Pero hay incluso formas sin esas desinencias: pres. het. *daḫḫi*, lat. *dō* con **-*H_3 radical, impf. gr. ἔφησθα. Cf. ejemplos de temas en **-H* sin desinencia, *supra*, IV.II.1.3.

A su vez, el vocalismo *o* que es frecuente en el perfecto se encuentra igualmente en temas de presente del no anatolio; y lo mismo el vocalismo alargado que otras veces se da. Cf. datos en IV.IV.1.3 para el presente, en IV.V.2 para el perfecto. No hay duda, pues, de que la adscripción de estos vocalismos a los temas que hemos descrito como opuestos a los demás en el presente y convertidos en perfectos después, es secundaria. Como lo es, a todas luces, la adscripción, no sin excepciones, pero muy frecuente, de una reduplicación con *e* al perfecto. Efectivamente, en IV.II.2 hemos visto que se encuentran también presentes reduplicados con *e*; y en IV.V.2.1 veremos que existen igualmente

perfectos sin reduplicación (tipo ai. *véda*, gr. οἶδα, lat. *uidi*, gót. *wait*).

Ahora bien, si estos rasgos formales del perfecto provienen uno a uno de posibilidades que se dan dentro de los temas generales, heredadas a veces por los de presente del no anatolio, su combinación formaliza un tipo de temas en anatolio y, concretamente, los de perfecto del no anatolio. Éstos introducen, respecto a los del hetita, diversas innovaciones: la gran difusión de la reduplicación; el predominio casi total de las formas de voz media y, dentro de ellas, de las con característica **-H*$_2$. Pero sobre todo una verdaderamente fundamental: la posibilidad de deducir de una misma raíz tanto un tema de presente como uno de perfecto, si bien quedan excepciones de temas que sólo dan perfecto. En cambio, por más que en hetita los temas flexionados en *-ḫi* se diferencian formalmente y en parte por el contenido de los demás, siguen siendo sin embargo temas construidos sobre raíces diferentes que los temas flexionados en *-mi*. Se trata de una situación de transición entre los estadios flexionales *a*) y *b*) de IV.II.3.3.

c) *Rasgos de aoristo en presente*

6. Por más que el aoristo se diferencie del presente por no llevar desinencias primarias y se haga paralelo a él como portador de un significado aspectual opuesto desde el momento en que es susceptible de pasar al tercer nivel expresando además la categoría del modo y derivando formas nominales, es bien claro que en un principio el tema de aoristo procede de la posibilidad que tiene, a partir de un momento dado, una misma raíz de procurar dos temas que se oponen para expresar un presente y un pretérito.

Es decir, si de una raíz R_1 se deducen dos temas T_1 y T_2 conforme a posibilidades generales —aunque en fase anterior, posiblemente, la raíz sólo daba origen a uno de los dos—, estos dos temas podían procurar un presente y un pretérito al adicionar, respectivamente, las desinencias primarias y secundarias. Pero luego T_1 conservaba esta capacidad, mientras que T_2 sólo admitía las secundarias. Es decir, a una fase que admitía

$$T_1 + \text{Dp.},\ T_1 + \text{Dsec.},\ T_2 + \text{Dp.},\ T_2 + \text{Dsec.}$$

siguió otra que solamente admitía

$$T_1 + \text{Dp.},\ T_1 + \text{Dsec.},\ T_2 + \text{Dsec.}$$

Así como en la primera fase T_1 y T_2 no presentaban diferencias de significado, en principio, aunque podía suceder en algunos casos que las hubieran desarrollado y que luego se reflejaran en la oposición presente/aoristo (cf. *infra,* IV.IV.1.4), en la segunda fase T_2 marca en realidad el pretérito; es un rasgo redundante respecto a las des. secundarias. Con ello T_1 + Dsec. se hacía innecesario, en cuanto peor caracterizado que T_2 + Dsec.: por ello ocurre que en todo el indoeuropeo, salvo gr. e i.-i., desapareció la antigua diferencia imperfecto/aoristo, obteniéndose el nuevo pretérito de uno u otro, generalmente del aoristo. Y, desde el momento en que la diferencia de tiempos se marcaba mediante una oposición de temas, la presencia de dos series de desinencias se hacía redundante: de ahí tendencias a generalizar una serie desinencial única, triunfante sobre todo en báltico.

Pero también podía aprovecharse la presencia simultánea de dos pretéritos con desinencias secundarias, formados sobre dos temas diferentes, para crear una oposición nueva,

aspectual, entre esos temas. Para ello podía servir de núcleo de cristalización la existencia de diferencias de significado entre algunos de estos temas, desarrollada ya en presente. Esto es lo que sucedió, como veremos, en griego e i.-i., donde ambos temas tienen respectivamente, a partir de un momento dado, valores de presente y aoristo; lo cual, por otra parte, es un motivo para mantener intacta la oposición entre desinencias primarias y secundarias, que ahora vuelven a marcar ellas solas el tiempo, dado que el tema marca el aspecto. El problema es si una fase como ésta debe suponerse no sólo en griego e i.-i., sino también en todo el no anatolio, como previa a la eliminación de la oposición imperfecto/aoristo, según la teoría más generalizada. Frente a ella, otra posibilidad es que imperfecto y aoristo se hayan sincretizado en lenguas occidentales y otras sin haber desarrollado previamente una oposición aspectual o habiéndola desarrollado en escasa medida.

7. La oposición presente/aoristo se logra mediante varias oposiciones de temas, aunque existen algunos temas que se han especializado con mucha frecuencia como de aoristo: los temas radicales temáticos con grado Ø, los con *-s* y los con *-ē*, sobre todo. Aun dejando para los capítulos respectivos el detalle de la formación de los temas de presente y los temas de aoristo, vamos a ver aquí que se hallan huellas en presente de los temas más característicamente de aoristo, que hemos indicado. En realidad, la oposición presente/aoristo se crea sobre seis tipos opositivos diferentes, que vamos a estudiar sucesivamente: tema puro / tema puro, tema puro / tema ampliado, tema ampliado / tema puro, tema ampliado / tema ampliado, tema no compuesto / tema compuesto, dos raíces diferentes. Manejamos como sinónimos los términos «aoristo» y «pretérito» porque los

más antiguos aoristos son, según hemos dicho, simples pretéritos, mientras que en varias lenguas encontramos pretéritos que no sabemos si previamente han pasado por el estadio de aoristos, en el sentido de tema con valor de aspecto del que derivan otros modales y nominales: a veces es prácticamente seguro que no han pasado, así en el caso de los pretéritos compuestos de lenguas occidentales. Por otra parte, no entramos de momento en oposiciones secundarias que se hayan podido crear en las lenguas independientes entre temas de aoristo o pretérito, tal la «pasiva» griega en -θη o el aoristo reduplicado causativo del ai. Desde nuestro punto de vista, todas estas formas son equivalentes.

8. *a*) Tema radical como presente / tema radical como aoristo.

Esta oposición se da entre temas temáticos, que llevan vocalismo *e* en el presente / Ø en el aoristo: se da en griego (λείπω/ἔλιπον) y hay huellas en otras lenguas (por ej., aaa. *ziohan* 'arrastrar' / pret. 2.ª sg. *zugi*); sobre sus bases, conservadas en ai., cf. IV.II.4.6. Pero existen presentes con vocalismo Ø (el tipo *tudáti* del ai., cf. en gr. γλύφω, γράφω) y aoristos con *e* (gr. ἔπεσον, ἐγενόμην, etc.). Otras veces la oposición se logra con ayuda de un tema temático frente a otro atemático (ai. impf. *ábhavat* / aor. *ábhūt*, gr. ἔφυον/ἔφῡν). Es bien claro que la pertenencia de un tema al presente o al aoristo no depende de su forma, sino de la oposición en que está incluido: los temas con *e* del griego citados arriba son aoristos porque el presente es reduplicado, en cambio en ai. *ájanata*, formalmente idéntico a ἐγένετο, es presente (imperfecto).

Cuando los temas radicales terminan en **-H*, a veces uno mismo se usa como de presente y como de aoristo, utilizando dos tratamientos fonéticos diferentes para lograr

la distinción (cf. *supra*, IV.II.1.3): lat. *flās, im-plēs / flāui, implēui*, aesl. *pějǫ / pětъ* 'cantar', *spějǫ / spě* 'avanzar'; a veces se añade una diferencia de grado vocálico, de donde una oposición *-i̯ (pr.) / *-ē (aor.): cf. gr. μαίνομαι (< *m°nHi̯-) / ἐμάνην, aesl. *mьnjǫ / mьně*.

9. *b*) Tema radical como presente / tema ampliado como aoristo.

Aquí intervienen principalmente los aoristos con *-*s* y *-*so* (y con formas alargadas como *-*sā*, *-*sē*) opuestos a presentes de tema puro, radicales o temáticos; los aoristos con *-*ē* en las mismas circunstancias; y los aoristos reduplicados frente a temas puros del presente igualmente. Puede haber hipercaracterización si el tema puro y el sufijado tienen distinto vocalismo, lo cual quiere decir que el segundo no deriva del primero, sino que es en principio independiente; y si el sufijo se ha alargado.

Por poner unos pocos ejemplos, señalemos oposiciones del tipo gr. πέμπω / ἔπεμψα, lat. *dico/dixi*, ai. *dóhmi/ádhukṣat*, aesl. *mьrǫ/mrěxъ* para el aor. sigmático; sobre diferencias de vocalismo cf. *infra*, IV.II.4.5. El tipo que opone pres. de tema puro y aor. con *-*ē*, *-*ā* puede ejemplificarse con gr. τρίβω/ἐτρίβην, lit. *liekù/likaũ*, cf. lat. *lego/legēbam*. En cuanto a los aoristos reduplicados cf. *supra*, IV.II.2.2 sobre ai. *jánati/ájījanat*, gr. ἄγειν/ἀγαγεῖν.

El hecho de que estos tipos de aoristo se repitan frente a otros temas de presente diversos, como veremos, no quiere decir nada respecto al origen aorístico de los sufijos o alargamientos en cuestión: confirma todo lo más la tendencia a caracterizar determinados temas como de aoristo, pero ello en una fase secundaria. Pues el hecho es que existen temas comparables a los citados de aoristo funcionando todavía como de presente (o de perfecto, salido igualmente

del presente) allí donde no ha habido una diferenciación del aoristo (en anatolio) o allí donde el aoristo se ha marcado con otro tema diferente (en múltiples casos del indoeuropeo posterior).

Encontramos efectivamente en estas circunstancias temas en **-s* y en **-es,* a veces sin haber tomado ningún sentido especial, otras habiéndolo tomado. En het. hay *-š* (sin sentido especial: *auš-* junto a *au-* 'ver'), *-eš* (denominativo), *-še* (frecuentativo-durativo). De igual modo, en tocario hay presentes con *-s* no causativos junto a otros causativos. En otras lenguas se encuentran aquí y allá presente con *-s* sin valor definido: gr. αὔξω frente a gót. *aukan,* lat. *uiso* junto a *uideo* (no hay *uido*), gr. ἀλέξω (no hay *ἀλέκω), av. *nāismi* 'desprecio' (también aislado). Por otra parte, los temas desiderativos con *-s* del ai. y los futuros de aquí derivados en ai., gr. y lit., son desarrollos secundarios a partir del mismo estadio.

Los presentes en **-ē* y **-ā* no son meros restos, forman una larga serie. Lo que no parece darse es la oposición entre tema en **-ē* o **-ā* como presente / tema puro como aoristo; pero sí otras varias en que estos temas funcionan como de presente, según decimos. En cuanto a los temas reduplicados, el tipo con reduplicación completa vocal + sonante (o consonante) lo hemos encontrado (cf. IV.II.2.2) en el presente y el perfecto. Hay que añadir la oposición entre aor. reduplicados con *e* aludidos en IV.II.2.2 cuando se oponen a presentes radicales: ai. *ávocat* frente a *vákti,* gr. ἐκέκλετο frente a κέλομαι.

10. *c*) Tema ampliado como presente / tema radical como aoristo.

Frente a temas radicales temáticos o atemáticos, de aoristo, es frecuente la existencia de presentes reduplicados o con diversos sufijos. He aquí algunos ejemplos:

1) Pr. ai. *dádhāti* / aor. *ádhāt*, gr. pr. ἵστημι / aor. ἔστην (pr. reduplicado / aor. rad. atemático).
2) Pr. gr. τίκτω / aor. ἔτεκον (pr. red. con vocalismo Ø, cf. también lat. *sīdo* < **si-sdo* / aor. rad. temático).
3) Pr. gr. γιγνώσκω / aor. ἔγνων (pr. red. y con **-ske/o* / aor. rad. atemático).
4) Pr. ai. *gácchati* (< **g^{u}m̥-ske/o* / aor. *ágamat* (pr. con **-ske/o* / aor. rad. temático, también atemático).
5) Pr. aesl. *znajǫ* (con *-j* analógica) / aor. *zna* 'conocer', gr. κτυπέω / κτύπε (pr. con **-H* o derivados / aor. radical).
6) Pr. gr. ἄρνυσθαι / aor. ἀρέσθαι, aesl. *dvignǫ* / aor. *dvigъ* (pr. nasal / aor. radical); pr. toc. *alpanam̥* / aor. *ālpat* (pr. nasal / aor. con *-ā*).

No hace falta insistir en que los temas radicales son idénticos formalmente a otros que dan presentes; ni en que, inversamente, los temas reduplicados de presente son idénticos a otros que dan aoristos. La extensión de **-i̯* (raramente **-u̯*) en los temas de presente a partir de tipos etimológicos, es general en el no anatolio (cf. IV.IV.1.10) y se da también en anatolio; pero hay *-i* en los aor. pas. del ai. y, sobre todo, la **ē* y **-ā*, que son grados alargados de la misma, son frecuentísimos en aoristo, cf. *infra*. En cambio, **-ske/o* ha quedado reservado casi exclusivamente al presente y *-n* exclusivamente a los temas de aoristo. Sin embargo, hay huellas de un aor. con **-ske/o* en toc. (pret. de la clase IV en *-ṣṣ-*). Sólo secundariamente pasaron los temas en *-n* al aor. en eslavo: aesl. *rinǫ/rinoxъ* 'dejar'. Nada tiene de ex-

traño que algunas de las formaciones quedaran reservadas o casi reservadas a los temas básicos a que se oponen algunas de entre ellas.

Hay que hacer notar que este tipo de oposición debía de ser más frecuente en fecha antigua, antes de la gran difusión del aor. sigmático: con frecuencia, debajo de los aor. sigmáticos hay antiguos temas radicales.

11. *d*) Tema ampliado como presente / tema ampliado como aoristo. Hay dos tipos fundamentales:

α) A uno cualquiera de los presentes ampliados puede oponerse un aoristo sigmático de los diversos tipos: cf. ai. *rinákti* / *áraik*, gr. δείκνυμι / ἔδειξα, aesl. *steljǫ* / *stьlaxъ*, *dělajǫ* / *dělaxъ*, toc. B *ceśäm* / *teksa*, gr. *φιλεί̯ω / ἐφίλησα, arm. *umam* / *umaçi* 'esperar'. Es frecuente la combinación del elemento *-s* con un elemento **-i*, **-ē*, **-ā* procedente de laringal y en el cual primitivamente terminaba el tema.

β) Existen igualmente oposiciones en que, sin necesidad de *-s*, se diferencian un tema de presente y uno de aoristo con elementos laringales, bien idénticos pero en distinto grado vocálico o con distinto tratamiento fonético, bien diferentes por obra de procesos analógicos secundarios. El segundo tipo es el tipo latino *moneo* (< **monei̯o*) / *monui*. El primero es el ejemplificado arriba, en *a*), para el caso en que la laringal es radical: formalmente los casos en que no lo es son idénticos. Pueden aducirse en primer lugar ejemplos del eslavo citados en *c*), pero introduciendo en vez de la 1.ª sg. la 2.ª 3.ª, que son radicales (*dělajǫ*/*děla*); los temas en **-ē* del griego allí donde ésta no es radical, por ej., κλέπτω/ἐκλάπην; formas en **-ē* y **-ā* de los pretéritos compuestos del lat., germ., aesl., como lat. *facio*/*faciēbam*, aesl. *sedǫ*/*sedějaxъ*. Pero el aor. en **-ē*, **-ā* puede oponerse también a presentes varios sufijales sin laringal:

lit. *švintù / švitaũ, búgstu / búgau,* etc., gr. διδάσκω / ἐδάην.
Sobre *-s* en temas de presente, cf. *supra,* IV.II.3.1; sobre **-ē, *-ā* en temas de presente, *infra,* IV.IV.1.11-12.

12. *e*) Tema radical o ampliado como presente / tema compuesto como aoristo. Los temas compuestos son estudiados en IV.V.1.14: son pretéritos antiguos, aunque sólo algunos hayan pasado a ser aoristos, pues otros se han reclasificado como imperfectos. Frente a ellos el pres. puede ser radical (gr. λείπω / ἐλείφθην, lat. *lego / legēbam,* gót. *salbō / salbōda*) o no (gr. *φιλεί̯ω / ἐφιλήθην, gót. *nasja / nasida,* etc.).

f) Oposición de dos raíces. Es el conocido caso de los verbos polirrizos, tal gr. φέρω/ἤνεγκον, lat. *fero/tuli,* etc. Estas oposiciones son secundarias: cf. lat. *sum/fui* y al lado ai. *bhávati,* gr. φύω (pres.). Sin embargo, a veces resulta claro que una de las dos raíces no había llegado a derivar dos temas de pres. y pret.: caso de *es,* por ejemplo.

d) *Rasgos de futuro en presente*

13. El grupo que ha desarrollado un futuro, a saber, el del i.-i., griego y báltico, lo ha hecho con un sufijo *-s* provisto de variantes, pero en definitiva idéntico al que ya conocemos en el presente. La teoría comúnmente admitida es que estos antiguos presentes (llevan desinencias primarias) pasaron por una fase previa de valor desiderativo: valor que se trasluce todavía con frecuencia en el fut. del griego. El sufijo en cuestión aparece bajo varias formas: **-se/o* en gr., lo que representa una forma idéntica a la que en ai. quedó reservada al desiderativo (con reduplicación, cf. IV.II.2.3); **-si̯e/o* en ai., cf. *dāsyati* de *dā* 'dar', y lit.,

cf. *dúosiu*; **-sei̯e/o* en diversos dialectos griegos, cf. formas dorias en -σίω < **-sei̯ō*, át. πλευσοῦμαι. Hay también ampliaciones procedentes de haberse añadido la *-s* a temas en laringal: fut. del gr. en **-ese/o*, de donde formas contractas como δερῶ, del ai. en *-isya-* (*bhávişyati*, fut. de *bhávati*). se trata de un sufijo idéntico al que aparece también en presentes y aoristos y de formas ampliadas del mismo, con objeto de lograr distintividad. Lo normal, de todas formas, se oponer a la forma en *-s* de pres. o fut., temática, una atemática de aoristo, que en griego se ha desarrollado en *-sa-* por un proceso secundario. Sin embargo, en Homero tenemos todavía formas de aoristo δύσετο, βήσετο que en realidad son antiguos imperfectos de presentes δύσομαι, βήσομαι, convertidos secundariamente en futuros.

e) *Rasgos de subjuntivo en indicativo*

14. Por un proceso paralelo al que opuso a un tema con des. primarias y secundarias otros sólo con secundarias, tema de pretérito que luego tomó, en la oposición, valor aspectual de aoristo, sucedió que en una cierta área del indoeuropeo no anatolio algunos de estos mismos temas se opusieron a otros como subjuntivos a indicativos. Aunque hubo una tendencia a especializar ciertos temas como subjuntivos o indicativos o, al menos, a generalizar ciertos tipos de oposiciones indicativo/subjuntivo, resulta claro que en el origen el modo no existió y sólo se creó al polarizarse como indicativos formas modalmente indiferentes por oposición a otras que en determinados contextos habían quedado definidas como subjuntivos.

Incluso en las lenguas en que se crea un subjuntivo como opuesto al indicativo, subsisten formas indiferentes a la

oposición o sólo diferenciadas secundariamente (cf. VI.VI. 2.1). Hemos aludido a ellas antes (IV.I.6) y detallaremos más este punto en IV.VI.2.8. Aparte de esto, lo que nos interesa señalar aquí es que todas las características de subjuntivo se encuentran igualmente en indicativo. Estas características son la vocal temática, que indica subjuntivo cuando va opuesta al tema desprovisto de la misma (cf. IV. VI.2.11) y las vocales largas *-ā* y *-ē,* pues *ō* se encuentra solamente en las formas griegas φέρωμεν, φέρωσι, que proceden de una analogía de un lado con la 1.ª sg. φέρω y de otro con las formas con vocal temática *o.*

No hace falta insistir sobre la presencia en indicativo de las formas con vocal temática: tipo gr. λύομεν, λύετε. La *-ē* y la *-ā* son ambas de subjuntivo y sólo secundariamente, cuando coexisten en un mismo verbo, se han diferenciado, así en lat. *dicās* es subj., mientras que *dicēs* ha pasado al futuro; no de otro modo se han introducido a veces diferenciaciones en otros usos de estas vocales, así en lit. *daraũ/dariaũ* (es decir, **-ā/*-ē*) en pres./pret. La presencia de estas vocales en indicativo es un hecho común; nos referimos con ello al caso en que no son radicales. En este caso hay todavía varias posibilidades: que el tema en *-ē* o en *-ā* aparezca tanto en presente como en aoristo, distinguiéndose ambos por un segundo sufijo o por un hecho fonético (por ej., oponer pres. en **-ēi̯e/o* o **ei̯e/o* y aor. en **-ē*); que aparezca sólo en aoristo, formándose el presente como radical, o bien con otro sufijo, o bien con un grado vocálico distinto (el ∅ *-$H^{\text{i̯}}_1$ o *-$H^{\text{i̯}}_2$, que da *-i̯*); y que aparezca sólo en presente, formándose el aoristo con otro sufijo o con otro grado vocálico del mismo. Hemos visto ejemplos de todos estos casos. Y nos ocuparemos más adelante con mayor detención de los temas en **-ē, *-ā* del indicativo de presente (cf. IV.IV.1.11-12).

Pero también existen otros subjuntivos, los con *-s* del latín, osco-umbro y celta, que en indo-iranio y griego quedaron englobados dentro del aoristo. Proceden de temas que, en otras ocasiones, son de indicativo, aunque puede haber especializaciones formales con ayuda del vocalismo o de una ulterior sufijación. Aparte de esto, el tocario B presenta una amplísima gama de subjuntivos: los hay atemáticos y temáticos, con **-ā*, con **-nā*, con **-sk* y otros alargados secundariamente. Sólo los temas de indicativo con *-i* y los con *-ñ* (de **-n-i̯*) no encuentran correspondencia en el subjuntivo. La diferenciación del subjuntivo a partir del indicativo resulta, pues, clara. Y la tendencia a reducir los tipos de subjuntivo, secundaria.

f) *Sufijos y desinencias*

15. Aunque el origen del sistema de las desinencias debe ser estudiado aparte, ya hemos adelantado que en cierta medida ambos sistemas son formalmente idénticos y proceden de iguales alargamientos. Que hay un punto de partida común lo hemos hecho ver ya muy concretamente en el caso de **-u*, **-u̯*, que siendo un elemento radical produjo unas veces sufijos (lat. *gnōui*, por ej.), otras simples desinencias (ai. *jajñaú*). En el momento en que un alargamiento o un elemento interpretado como tal se utiliza para marcar determinadas personas o para marcar un tema, se convierte en desinencia o sufijo, respectivamente; y si luego se siente necesario añadir al sufijo una desinencia, la caracterización como tal queda completada.

Esto es, precisamente, lo que acontece con el alargamiento *-s*. Podemos distinguir los siguientes casos:

a) La *-s* se añade sistemáticamente a un tema en todas las personas: el nuevo tema así formado se opone al tema sin *-s* o a otro tercer tema.

b) La *-s* se añade solamente en 2.ª 3.ª sg. y entonces es interpretada como una desinencia. Así en pret. het. de la conjugación en *-ḫi* (*tarnaš* de *tarnaḫḫi*); a veces esta *-s* se alarga secundariamente en **-sto,* de donde 2.ª 3.ª sg. pret. het. *-šta,* aesl. *-stъ*. El antiguo uso de *-s* en 2.ª 3.ª sg. ha dejado huella incluso cuando la *-s,* al añadírsele desinencias, es interpretada como temática: así en el pretérito tocario, donde una 2.ª 3.ª sg. act. y una voz media con *-s* se combinan en paradigma con formas procedentes del perfecto; en el aor. del ai., donde la *-s* es más antigua en 2.ª 3.ª sg. que en las otras personas, al igual que en el precativo en *-yā-s* (un antiguo «aoristo de optativo»).

c) A partir del estadio *b*), que es inestable, hay dos caminos: o se generaliza la *-s* como formativa de tema, añadiéndosele sistemáticamente desinencias personales, con lo que se incrementa el tipo *a*), o bien la *-s* se especializa como desinencia de 2.ª sg. Éste es un uso bien conocido de la *-s*. Ya en het., donde los verbos en *-ḫi,* según dijimos, usan *-s* como des. de 2.ª 3.ª sg. sec., los en *-mi* la usan como sólo de 2.ª. Otras lenguas acudieron a crear una desinencia alargada **-sto* (con variantes), pero la redujeron a la 2.ª sg.: lat. *uidisti,* formas griegas como οἶσθα, etc.

Las cosas son semejantes para la *-t,* con la diferencia de que su uso temático es muy raro, se reduce a los aoristos del o.-u. y el celta (cf. IV.V.1.10) y su especialización como desinencia personal es en el sentido de reservarla, por oposición a la *-s,* a la 3.ª sg. En fecha antigua, sin embargo, ambas se usaban indiferentemente: en het., junto a comienzos de especialización, hay usos abundantes de *-t* y

-ta en 2.ª 3.ª sg. incluso de presente; en aesl. hay *-tъ* junto a *-stъ*.

16. El significado de todos los temas hasta aquí estudiados es, según hemos visto, puramente relativo: de un estadio en que no tenían valor morfológico propio por tratarse de alargamientos, o en que tenían uno independiente de las categorías posteriores de presente/pretérito, indicativo/subjuntivo, etc., se pasó a otro en que quedaron morfologizados variamente como temas que expresan las categorías del verbo indoeuropeo clásico. Se tendió, ciertamente, a convertir en absoluta la definición relativa o proporcional, reservando ciertos morfemas o variantes de ciertos morfemas para expresar determinadas categorías: pero es claro que éste es un fenómeno secundario y que nunca llegó a completarse. Todavía en español *cantas* es definido como ind. por su oposición al subj. *cantes, digas* como subj. por su oposición al ind. *dices.*

Pero no sólo se trata de oposición entre temas con finalidad gramatical, llevando cada tema toda una serie o dos series de desinencias. El elemento final del tema, fuera radical o sufijal, podía usarse, cuando dicho tema se oponía a una forma de sí mismo desprovista de dicho elemento, en marca desinencial. Otros alargamientos, ciertamente, quedaron reservados para uno u otro uso, sufijal o desinencial; pero algunos fueron susceptibles de ambos. El uso desinencial es sin duda más antiguo que el sufijal en el sentido de que, desde que se introdujo, se usaba cargado de un significado de persona y número, mientras que el significado gramatical de los sufijos nació de oposiciones entre temas que sólo con posterioridad llegaron a efectuarse. Pero desde el comienzo mismo del indoeuropeo hay que admitir la existencia de temas alargados junto a los sin alargar, temas

usados sin valor personal ni numeral. Este estadio, en el cual nombre y verbo coincidían formalmente, es el que hay que poner en la raíz en todo el proceso de desarrollo del nombre y del verbo, desarrollo bastante paralelo en lo relativo a las desinencias, pero con la gran diferencia de que el verbo morfologiza en un grado infinitamente superior las diferencias entre temas, convirtiéndolas en oposiciones y creando una flexión de segundo y aun de tercer nivel.

g) *Elementos de significación fija*

17. Frente a los elementos modificadores del tema que sólo por gramaticalización adquirieron los significados que tienen en el verbo indoeuropeo clásico, hay algunos que arrancan de un significado original, aunque éste haya sido luego modificado por las gramaticalizaciones. En realidad, uno de ellos es la reduplicación, ya estudiada, que debía marcar intensidad, iteración o expresividad. Si la hemos estudiado junto con los sufijos es porque ha quedado tan variamente integrada en los sistemas posteriores y conserva en tan escasa medida huella de su función originaria (en realidad sólo en los llamados intensivos), que era más práctica esta manera de proceder. En cambio, la característica del optativo y el aumento deben ser tratados aparte.

La característica del optativo es fija y no se halla en los otros modos ni tiempos: rasgo diferencial importante. En los verbos atemáticos hallamos **-i̯ē*/**-ī*, lo que nos remonta a **-i̯eH*$_1$/**-iH*$_1$; en los temáticos la característica de optativo **-oi-* nos lleva seguramente al mismo punto de partida (**-o-ī* > **-oi*). Este sufijo tiene todo el aspecto de una raíz nominal-verbal; se podía añadir en el indoeuropeo posterior a los diferentes temas, con lo que llegaba a constituirse una

flexión de tercer nivel, pero también sucedía que a un tema marcado con **-i̯ē/*-ī* se añadiera un alargamiento *-s* (caso del precativo del ai., cf. IV.VI.3.4). Es decir, la característica de optativo era independiente del sistema del verbo, al que simplemente se acopló. Es lo más verosímil, en estas circunstancias, partir de un proceso de aglutinación de los temas verbales con un adverbio o partícula que les confería un determinado matiz. Opuesto el tema con esta partícula a otro sin ella, e incluso a uno de subjuntivo (aunque no siempre sucediera esto último), varió su sentido hasta integrarse el optativo en el sistema de los modos. Si hay que partir de un antiguo significado de deseo o de uno de simple posibilidad (un 'quizá') es una cuestión que queda abierta. En todo caso, nos representamos el proceso como semejante al que se habría producido en griego si partículas como ἄν y κεν se hubieran aglutinado al verbo.

18. Algo semejante a esto es lo que se piensa habitualmente en relación con el aumento, una *é-* (hay también huellas de *ē-*) que en el grupo del indo-iranio, griego y armenio se coloca facultativamente ante el tema (luego hay diversas regulaciones secundarias, en griego posthomérico se hace obligatorio) para marcar el pasado como elemento redundante con las desinencias secundarias y, a veces, con las diferencias de tema. Su antigua independencia se deduce de su carácter tónico: ai. *ábharam,* gr. ἔφερον son en definitiva grupos de palabra tónica y verbo enclítico comparables a ai. *prá bharati,* con preverbio. Además, el tratamiento fonético del grupo formado por el aumento y la inicial del verbo es en griego diferente del usual en interior de palabra: de **é-slabh-o-m* hay gr. hom. ἔλλαβον, de **se-slebh-a* gr. hom. εἴληφα.

Queda pendiente si el uso de formas alargadas para los tiempos de pasado de raíces que empiezan por vocal (impf. ai. *ā́sam*, gr. hom. ἦα de **es* 'ser') proviene de una contracción del aumento y la raíz o, más probablemente, de una utilización morfológica entre varias del grado alargado de la raíz.

La diferencia que existe entre el aumento y los otros elementos de significado fijo antiguo (reduplicación y característica de optativo) es que el aumento no forma un tema en el sentido habitual del término, pues la forma con aumento está reservada al indicativo, no produce otros modos. Pero es que la forma con aumento ha quedado reservada al pasado, que sólo es relevante en indicativo: lo contrario que los temas de pretérito que luego, aceptando formas modales y nominales, se hicieron de aoristo. Podemos decir, para describir los hechos con exactitud, que el tema provisto de aumento se usa para oponer el pretérito (imperfecto, aoristo y pluscuamperfecto) al presente, expresado por las formas correspondientes sin aumento (en aoristo no las hay); pero que ese tema tiene al lado un alomorfo libre, la forma sin aumento, que marca el pretérito gracias a las desinencias secundarias, también propias de la forma con aumento, pero aquí solamente redundantes.

4. USO DEL VOCALISMO

a) *Generalidades*

1. Junto a las reduplicaciones, aumentos y elementos sufijados, el indoeuropeo ha utilizado para edificar el sistema de sus categorías verbales las variaciones del vocalismo y del lugar del acento. Limitándonos de momento a las primeras, estas variaciones tienen ya valor distintivo (gr.

impf. ἔλειπον, aor. ἔλιπον), ya redundante, como en el caso ya visto del perfecto. Todo ello, en absoluto igual que en el sistema del nombre, pero referido, naturalmente, a las categorías y funciones del verbo. Por tanto, la adscripción de tal o cual grado vocálico o lugar del acento a tal o cual categoría o función, sólo puede justificarse como un fenómeno de gramaticalización secundaria. Ello se demuestra, absolutamente igual que en el caso de las reduplicaciones y los sufijos, por el hecho de que se conservan huellas de los vocalismos y colocaciones del acento que caracterizan los diversos temas o desinencias fuera de ellos: precisamente, en los temas de los cuales se han desgajado esos temas y desinencias, que se han gramaticalizado por oposición. Es decir, encontramos la *o* del perf. en ciertos presentes, las des. *-os, -ot* del subj. en ciertos indicativos (los temáticos), el grado Ø de la raíz propio del plural de los atemáticos en ciertos singulares (en los semitemáticos), etc.

Hay que tener en cuenta que el sistema de alternancias de una forma verbal, como el de una forma nominal, es muy complicado y está sujeto a múltiples regularizaciones, que son las que, mediante oposiciones entre sí o con las formas originales, han producido las gramaticalizaciones. Por ejemplo, ante unas desinencias de grado P *-om, -es, -et,* la raíz precedente debe llevar el Ø, de donde el tipo de pres. *tudé/o* (ai. *tudáti*) y un frecuente tipo de aor. (gr. λιπεῖν). Pero junto a esas desinencias existían las atemáticas *-m, -s, -t* que llevaban P en la raíz (lat. *fers*) y unas y otras convivían en los mismos verbos: de ahí el tipo P/P *phére/o,* que se usó con presente frente al anterior. Por otra parte, una raíz **leikʷ* 'dejar' debería llevar Ø ante *-s* seguida de la flexión temática, con lo que el fut. de λείπω se esperaría *λίψω: triunfa sin embargo la tendencia a respetar el vocalismo de la raíz (fut. λείψω). También existe

de antiguo el tipo P-∅-∅ (aor. ἔλειψα < **é-leikᵘ̯-s-m̥*, que apoya el mantenimiento del vocalismo fijo de la raíz. Otras veces es el vocalismo del sufijo el que se fija con finalidades gramaticales: así, en het. tenemos ya *-s* (puro alargamiento), ya *-es*, denominativo, seguido ciertamente de la flexión en *-mi* (atemática).

Los timbres plantean otros problemas. El verbo presenta en sus sufijos y desinencias menos huella de alomorfismo libre a este respecto: pero de todos modos la oposición *e/o* ya aparece en ellos con valor alomórfico, ya distintivo. También se emplea para oponer temas, los de presente y perfecto sobre todo, lo cual tiene su arranque, como ya sabemos, en una especialización que se produjo dentro de los temas de presente (cf. IV.II.3.4) y que, a su vez, es posterior al uso ya de una ya de otra vocal, según las raíces, pero sin valor gramatical. También en este caso el uso diferencial, y, sobre todo, el derivativo, es decir, el sentimiento de que un tema con *o* «deriva» de uno con *e*, es cosa de un estadio posterior a uno en que todo funciona a base de oposiciones entre elementos que antes no tenían valor distintivo.

Finalmente, hay que contar con los grados alargados. Éstos sí que tienen desde el principio, parece, un valor diferenciador. De ahí que los escasos grados alargados que se encuentran en temas de presente deban considerarse como secundarios. Ahora bien, al igual que en los nombres ese valor diferenciador es múltiple: el grado largo (que, por otra parte, no sólo es *ē*, sino también *ō*) se emplea, siempre redundantemente, para marcar varias oposiciones gramaticales.

b) *Oposición P/Ø dentro de los temas de presente o aoristo*

2. Puesto que los temas de aoristo se han desgajado de los temas que luego, por oposición a ellos, se llamaron de presente, es natural que dentro de ellos la oposición P/Ø se use en lo relativo a las desinencias y a los elementos predesinenciales de una manera paralela, aunque puedan haberse producido secundariamente asimetrías.

Son estas asimetrías, es decir, ciertos vocalismos fijos de la raíz y el sufijo, las que se han utilizado para oponer un tema de presente y un tema de aoristo. Estudiamos primero las oposiciones del vocalismo dentro de los temas de presente y de los de aoristo en cuanto éstos son paralelos, utilizadas para marcar la persona y el número; y después pasaremos a las oposiciones entre los dos temas.

Frente al tipo temático, que no utiliza el grado vocálico para marcar personas ni números, existen en indoeuropeo dos que sí lo utilizan: el semitemático y el atemático. Este último es el más conocido, porque, al no existir el primero en indo-iranio ni griego, no ha sido utilizado en la reconstrucción tradicional del indoeuropeo. En el tipo atemático el grado pleno de la raíz es propio del sg. act., el Ø del pl. y du. activo y de todas las personas de voz media. Ello cuando las desinencias siguen directamente a la raíz; cuando siguen a un sufijo, sucede lo mismo, aunque existen ciertos problemas en el aoristo. Veamos algunos ejemplos:

3.ª sg. **és-ti* / 3.ª pl. **sé/onti*: cf. ai. *ásti/sánti*, lat. *est/sunt*, aesl. *jestъ/sǫtъ*, gót. *ist/sind*, gr. ἐστί / dór. ἐντί.

3.ª sg. *g^{u}hén-ti* / 3.ª pl. **g^{u}hnónti*: het. *kuenzi/kunanzi,* ai. *hánti/ghnánti.*

3.ª sg. **di/e-deH$_3$-ti* / 3.ª pl. *di/e-dH$_3$-onti* / 3.ª sg. med. *di/e-dH$_3$-toi*: ai. *dádāti/dadánti* (1.ª pl. *dadmás*) / *datté,* gr. δίδωμι/*δίδοντι > *-ουσι (1.ª pl. δίδομεν)/δίδοται.

3.ª sg. *str̥neú-ti* / 3.ª pl. *str̥nu̯-énti* / 3.ª sg. med. *str̥nu-toí*: ai. *str̥ṇó-ti/str̥ṇvánti* (1.ª pl. *str̥ṇumás*) / *str̥ṇuté,* gr. στόρνῡμι / στόρνῠμεν / στόρνῠται.

Nótese que el último ejemplo, el tipo en *-neu-*, proviene en realidad de **-neH^{u}/*-nH^{u}* y que también de **-neH/*-nH* (con uno u otro apéndice y con timbre *a*) nace el tipo ai. *-nā/-nī,* gr. -νᾱ/νᾰ: cf. IV.I.7.

A las formas de presente que preceden podrían añadírsele otras de imperfecto y de aoristo de indicativo. Sin embargo, los aoristos, como queda indicado, presentan algunos problemas. Con frecuencia, el esquema de las alternancias está, efectivamente, alterado. Hay, por ejemplo, ai. *ádhās* (2.ª sg.) / *ádhita* (2.ª pl.) como en gr. ἔστᾱς/ἔστᾰτε, ἔβᾱ/βᾰ́την, etc.; pero en ai. es frecuente que el grado Ø esté sólo en 3.ª pl. (por ej., de *kr̥ṇóti,* 3.ª sg. *ákar* / 3.ª pl. *akran*). En griego hay más regularidad; formas como τλᾰ́μενος coinciden con ἔτλᾱ sólo por un accidente fonético, el igual resultado de **l̥H* y **leH$_2$* (cf. II.II.2.9 y 6.14). De todas formas, en gr. el aoristo activo atemático es raro. Y existen hechos análogos.

3. Por otra parte, la flexión atemática, tal como queda descrita, es rara en indoeuropeo, con excepción del griego e indo-iranio, que la han generalizado a expensas de la semitemática, desaparecida. Fuera de aquí, la hallamos con las alternancias mencionadas desde luego en hetita, donde a su lado hay una flexión semitemática; en forma clara y

consistente, sólo aquí. Ejemplos de arriba como lat. *est/ sunt*, proceden de la flexión semitemática. Otras veces los restos conservados de flexión temática no presentan alternancias. Hay, eso sí, en varias lenguas huellas de atemáticos de tema (radical o no) en *-ā, -ē* que no varían el grado vocálico, fenómeno indudablemente secundario, debido a la fijación de la vocal larga como característica; también en *-i* y *-u*. Así en *-āmi* los verbos hetitas en *-ami* y *-ahmi*, el tipo *salbō* en gót., el *amo* (por **amā*) en lat., los verbos tocarios en *-ami* y armenios en *-am*. Cf. más detalles *infra*.

Llamamos la atención sobre la existencia de una flexión semitemática en temas del hetita precursores de los del perfecto (cf. IV.III.3.1); y de una flexión atemática en el perfecto del indoeuropeo no anatolio. Se conservan bien los grados alternantes, aparte del i.-i., en germánico y hay huellas en otras partes. La distinción de personas que implican es la misma que ya conocemos. Cf. datos en IV.II.3.4.

La flexión semitemática presenta grado Ø del sufijo ante la vocal temática y P ante las desinencias añadidas directamente. En el tipo más normal el grado Ø es propio de 1.ª sg. pl., 3.ª pl. y el P de las demás; pero también sucede que haya el Ø y la vocal temática sólo en 1.ª sg. y en 3.ª pl. o solamente en 3.ª pl.; en realidad, este último tipo ha persistido en gr. e i.-i., considerándose la *e/o* que precede a *-nti* como parte de la desinencia, así en ejemplos dados arriba como gr. *δίδοντι, ai. *dadánti*.

La flexión semitemática se da con temas en consonante, tipo lat. *sum, es, est, sumus, estis, sunt*. Pero es mucho más frecuente en los temas en laringal, concretamente en los temas en **-Hi̯* que producen presentes. Resultan así alternancias del tipo **-i̯-e/o / *-ē* y otros equivalentes fonéticos. Así, por ejemplo, el het. tiene de *teḫḫi* (2.ª sg. *dāitti*, 3.ª *dāi*, 2.ª pl. *tāitteni*) una 1.ª pl. *tiyaweni*, 3.ª pl. *tiyanzi*. En ger-

mánico hay paralelamente verbos semitemáticos que llevan *-*i̯o* en 1.ª sg., 1.ª y 3.ª pl. y *-ai* (de *-*eH*$^{i̯}_{1}$) en las demás personas, atemáticas (aunque también puede venir, quizá, de *-^{o}*H*$^{i̯}$). Claro que hay tendencia a la fijación de un mismo grado: de un lado, el P (tipo latino **monei̯o/monēs*); de otro, el ∅ (tipo latino *capio/capis*, aesl. *moljǫ/moliši*, gót. *sokja/sokeis*). Y la hay a la tematización total.

4. Sin entrar de momento en más detalles, que daremos al hablar de los temas de presente, resulta claro que los verbos atemáticos y semitemáticos, tipos ambos antiguos en indoeuropeo, aunque luego el segundo haya desaparecido en gr. e i.-i. y el primero haya decaído muchísimo en indoeuropeo occidental, utilizaban en forma redundante el grado vocálico predesinencial para marcar las personas y voces. Y lo utilizaban de un modo en parte contradictorio, puesto que los atemáticos oponían sg. a pl. y dual y los semitemáticos oponían en principio 1.ª sg. y 1.ª 3.ª pl. al resto del sg. y pl.; no queda claro su comportamiento en dual ni en voz media. En realidad, las lenguas que poseen flexión semitemática no tienen dual; y su voz media, en la medida en que existe, no parece conservar diferencias de alternancias. Téngase en cuenta que donde mejor está conservada la voz media es precisamente en gr. e i.-i.

Por lo demás, las contradicciones entre los dos sistemas, consistentes en que la 1.ª sg. semitemática se separaba de las otras dos personas de sg. para llevar grado ∅ como el pl., mientras que la 2.ª pl. procedía inversamente, no presentaban problemas de ambigüedad. Pues la 1.ª sg. se caracterizaba ya perfectamente, sea con *-m(i)*, sea con formas especiales, del tema puro (en los temáticos con *-ō*); y la 2.ª pl. también estaba bien caracterizada.

Lo que sí presenta interés es el origen de estos grados de alternancia, pues si bien es cierto que tuvieron una utilización morfológica, no lo es menos que su origen debió de ser fonético, estar en el equilibrio silábico que postulaba la existencia de un tipo P/Ø al lado de uno Ø/P. Desde este punto de vista se explica perfectamente tanto el grado Ø de las formas temáticas (tipo **s-om* > lat. *sum*) como el P de las atemáticas (lat. *es-t*). Se explica igualmente el grado P en el sg. ante desinencias *-m, -s, -t,* las que llamaremos desinencias «regulares»; y se explica el Ø ante des. de origen más reciente, que en realidad son compuestas, tales *-m-e/os* (y *-m-en*) en 1.ª pl., *-te* en 2.ª, *-t-om* y otras en dual, toda la serie media que añade una *-o* (*-so, -to,* etc.). En realidad, el único problema es el presentado por la 3.ª pl. que ante *-nt* debería llevar grado P. Se trata sin duda de un fenómeno morfológico: en los atemáticos el Ø se generaliza en el plural.

Por otra parte, los grados P allí donde, en la flexión atemática y la semitemática, se esperaría el Ø, no siempre hay que atribuirlos a un origen reciente: la flexión temática de tipo **bhérō* nos enseña que el esquema silábico P/P, aunque más reciente que los P/Ø y Ø/P, es antiguo en indoeuropeo.

c) *Oposición P/Ø entre los temas de presente y aoristo o de indicativo y subjuntivo*

5. Un primer tipo es el que opone un presente temático a un aoristo atemático; un presente semitemático o temático a un aoristo atemático en *-ē, -ā*; un presente temático a un aoristo también temático:

a) Presente temático / aoristo atemático. Es un tipo bastante raro, ejemplificado arriba (IV.II.3.8) con ejemplos

como ai. pres. *bhávati*, impf. *ábhavat* / aor. *ábhūt*, gr. pres. φύω, impf. ἔφυον / aor. ἔφῡν. Es fácil de comprobar que en ai. interviene, a más de la oposición temático/atemático, otra P/Ø en la raíz. Pero está desconectada del esquema arcaico, como también lo están los hechos griegos. Se trata de utilizaciones secundarias de unos y otros temas.

b) Presente semitemático o temático / aoristo atemático en *-ē*, *-ā*. Aquí se utiliza la oposición del tipo de flexión con la concomitante de la alternancia del grado vocálico predesinencial, pues me refiero a oposiciones entre temas de presente con predesinencial Ø (si son temáticos) o Ø/P (si son semitemáticos) y aor. con grado P, precisamente la característica *-ē* o *-ā*; además, en los tipos más antiguos de estos aoristos, sobre todo en griego, eslavo, báltico y germánico, se reconoce un grado Ø de la raíz, provocado por el P de la característica. Los hay también, ciertamente, con vocalismo radical analógico del presente.

En definitiva, tenemos en presente formas en *-H^{i} o *-H^{i}/*-eH^{i} opuestas a otras de aoristo en *-eH^{i}. Así, por ejemplo:

Gr. μαίνομαι/ἐμάνην, δείρω/ἐδάρην (con vocalismo radical secundario).
Lit. *dreskiù*/*drėskiaũ* (inf. *-ëti*).
Aesl. *mьnjǫ* / *mьně* (2.ª 3.ª sg.), *bъzdǫ* / *bъdě* (íd., íd.), *alčǫ*/*alka*.
Lat. *audio*/*audēbam (luego *audiēbam*).
Arm. pres. en *-i* / pret. en *-ea*.

Otro tipo diferente es el que opone un presente temático sin *-H^{i}, o bien con formas en *-H^{i} al lado de otras con ella, a un pret. con *-eH^{i} (es decir, con *-ē* o *-ā*). He aquí algunos ejemplos:

Gót. *haba/habais* / pret. *habaida* (aaa. *habēta*).
Lit. *liekù/likaũ.*
Gr. τρίβω/ἐτρίβην.
Lat. *lego/legē-bam.*

En este tipo se espera en el aoristo un grado Ø de la raíz, y así ocurre todavía claramente en lit. y en algunos ejemplos del germánico; también en gr. τρέπω/ἐτράπην. Los demás casos deben considerarse analógicos e igual los del tipo anterior (aunque lit. *drèskiaũ* no lo es, parece hecho sobre un antiguo perfecto).

6. *c*) Presente temático / aoristo temático. Aquí el griego presenta un tipo habitual que opone grado P del presente a Ø del aoristo: el tipo λείπω/ἔλιπον, constituido sobre la oposición de dos temas que en ai. se oponen dentro del presente (tipo *bhárati/tudáti,* cf. IV.II.3.8). De todas formas, en ai. el tema radical temático con grado Ø se usa para el aoristo, aunque con presentes sufijados o infijados. Por otra parte, el tipo del griego debe de estar en la base del últimamente estudiado: lit. *likaũ* es seguramente un alargamiento de **elik^{u}om,* dado que las raíces en oclusiva no llevaban laringal en fecha antigua.

Por supuesto, la adscripción de un grado predesinencial P al presente y Ø al aoristo, es por fuerza aprovechamiento circunstancial de una oposición: los grados no tenían en sí nada que ver con los temas. Cuando el presente es sufijado o reduplicado, el aoristo puede llevar grado P en griego: ἔτεκον, ἔπεσον, ἐγένετο (que responde a un imperfecto del ai., *ájanata*).

Inversamente, la oposición de predesinencial Ø en presente (o en ciertas personas del presente) y P en aoristo (en el tipo *b*), es igualmente secundaria. Un tipo latino como

moneo/monui (que generaliza secundariamente *u* en pret.) representa la oposición inversa; y los aor. pas. del ai. en *-i* (cf. IV.V.1.11) llevan igualmente el grado Ø en el aoristo.

7. La oposición indicativo/subjuntivo se crea con frecuencia, como ha quedado dicho, sobre la base de un tema atemático (indicativo) / uno temático (subj.), si bien en tocario B existe la situación inversa. Debería responder una oposición entre una predesinencial en grado P en sg. / Ø en pl., en ind.; y Ø en todas las personas, en subjuntivo. Pero han intervenido regularizaciones que han generalizado en subjuntivo un vocalismo pleno, a veces caracterizado por un timbre determinado (cf. *infra*). La oposición de grados vocálicos, allí donde la alternancia en ind. se conserva, es, pues, diferente: frente a un ind. *ásti/sánti* el ai. tiene un subj. *ásati/ásanti,* donde el vocalismo es distintivo en el pl. Cf. en lat. la oposición entre el ind. semitemático *sum, es,* etc. y el futuro (antiguo subjuntivo) temático con *es* en todo el paradigma (*ero, eris...*). Hay restos, sin embargo, de la situación original en gr. subj. ἴομεν frente a ind. εἶμι/ἴμεν.

Una situación diferente se produce en el aoristo sigmático. Aquí ante la des. de subj. *-om, -es, -et* hallamos, como era de esperar, la forma *-s* de la característica; pero el vocalismo de la raíz está alterado, suele ser, o bien el mismo de indicativo, o bien P (distinguiéndose así, a veces, del alargado del ind. en ai.). Por otra parte, no se conserva una oposición *-es* ind. atemático / *-s* subj. temático. Todos estos sistemas están rehechos.

d) *Oposición e/o dentro de un mismo tema o entre temas*

8. También la alternancia de timbre se ha utilizado con finalidades morfológicas, oponiendo personas y números dentro de un mismo tema u oponiendo temas.

Personas y números se oponen dentro de la flexión temática, que lleva normalmente *o* en 1.ª sg., 1.ª 3.ª pl. / *e* en las demás personas y números; *e* es, además, lo normal en el tema de imperativo. Cf., por ej., φέρω, φέρομεν y φέρουσι / φέρεις, φέρει, φέρετε, φέρε. Por otra parte, las des. de voz media reciben normalmente, para diferenciarse de las desinencias que luego por polarización quedaron reducidas a de activa, una vocal *-o*: desinencias *-so, -soi* de 2.ª sg., *-to -toi* de 3.ª sg., *-nto, -ntoi* de 3.ª pl. Pero hay huellas de que este uso gramatical de la vocal temática es secundario. Pues se encuentran excepciones en lenguas particulares y se encuentran también vacilaciones, todo lo cual prueba un antiguo uso de *e* y *o* como alomorfos libres, luego tal vez en distribución complementaria y finalmente gramaticalizados.

Las vacilaciones en la distribución de *e/o* han dejado huella en varias lenguas. En het. hay *e* en 1.ª sg. (ante *-mi*) y vacilación en 2.ª y 3.ª pl.; en 3.ª pl. encontramos también *-enti* fuera del het., así en gr. dor. ἐντί, gót. *sind* 'son'. Por otra parte, el báltico tiene solamente *-o* (por ej., 3.ª sg. *áuga* 'crece'), salvo en la 2.ª sg.; el timbre *o* es también exclusivo en algún tipo de presentes del tocario B. Por el contrario, el arm. usa sólo *e*.

También hay vacilación en lo relativo a la vocal que se añade a las desinencias regulares para convertirlas en de

voz media: normalmente es *o* (*-so, -to,* etc.), pero también puede ser *e* (cf. lat. *-se* en *sequere,* o.-u. *-ter,* air. *-this*).

9. Pero es para oponer temas para lo que principalmente se usa la oposición *e/o*. Separamos tres casos:

a) Es habitual oponer un tema de presente con vocalismo radical *e* a uno de perfecto con *o*; por otra parte, el vocalismo del perf. ind. en pl. du. y v. med. es Ø. Cf., por ejemplo:

Gr. πείθομαι/πέποιθα/πέπιθμεν (cf. τέθραμμαι de τρέφω/τέτροφα).
Gót. *-biuda/-bauþ/-bidum.*
Ai. *hánti/jaghắna/jaghnúr/jaghné.*

Por otra parte, se abre paso una tendencia a oponer ind. perf. con *o* / subj. con *e* (gr. οἶδα/εἴδω). Por lo demás, aun habiendo *o* en el perf., el presente puede pertenecer a varias formaciones (ai. *gacchấti/jagắma, kṛnóti/cakắra*); y puede haber también vocal larga (*infra,* IV.II.4.11). Se abre paso una tendencia a unificar el vocalismo de todo el perfecto: gr. λέλοιπα/λελοίπαμεν; y otra a unificarlo con el del presente (gr. φεύγω/πέφευγα).

Este vocalismo *o* del perfecto está testimoniado en casi todo el indoeuropeo no anatolio y se encontraba ya extendido en el proto-indoeuropeo en los temas generales en *$*-H_2$* de que nació luego el perfecto: el hetita hace ver esto claramente (cf. IV.III.3.2). Pero no sólo el hetita, porque *o* aparece también en temas de presente de varias lenguas del no anatolio. Generalmente ha sido asociado con un alargamiento *$*-H^i$* que da los llamados deverbativos: cf. *infra.* Pero también la hay sin alargamiento, cf. por ej. gót. *mala,* lit. *malù,* lat. *molo* 'moler'; aesl. *padǫ* 'caer', etc.

b) Como queda dicho, *o* se ha asociado como elemento redundante de temas alargados en **-Hi* que toman en ocasiones valores iterativos o causativos: tipo gr. φοβέω, lat. *moneo,* gót. *satja,* etc. Normalmente van junto a un verbo con vocalismo *e* (gr. φέβομαι, gót. *sita*), pero también puede faltar (así en lat. frente a *moneo*); se trataba sin duda de verbos diferentes de una misma raíz, que podían oponerse gramaticalizándose la oposición. El arranque está, por supuesto, en casos en que la **-Hi* era radical. Cf. más detalles en IV.IV.2.8.

c) Hemos también de referirnos al subj. tocario opuesto a un indicativo con ayuda de una *o* radical frente a una *e*: cf. por ej. toc. B subj. sg. *kalkam, kalkat, kalkaṣ* (donde la *a* rad. es **o*) de una base *kälka-*. Se trata, indudablemente, de una innovación del tocario, que demuestra que el procedimiento estaba todavía vivo.

Todo este panorama es comparable al que hemos encontrado en el nombre, salvo que aquí el vocalismo normal es *e* (a veces alternando con Ø), mientras que *o,* salvo raras excepciones, se emplea redundantemente para acabar de marcar temas marginales; sólo en las desinencias están *e* y *o* en plan de igualdad. En los nombres, veíamos, ya *o* se opone a *e,* ya al revés. Sin duda, son escasos los temas que han conservado en su uso verbal un vocalismo *o*; al ser raros, han servido como modelo para caracterizar temas especiales que se oponían sistemáticamente a los más comunes para expresar las nuevas categorías que se creaban.

e) *Oposición P/L dentro de un mismo tema o entre temas*

10. Como en los nombres, también en los verbos hallamos ocasionalmente empleadas en el indoeuropeo no ana-

tolio las oposiciones *ĕ/ē* y *ŏ/ō*; y ello tanto para oponer formas de un mismo tema como para oponer temas.

En la flexión temática conocemos la forma en *-ō* que en un grupo de lenguas caracteriza la 1.ª sg. (tipo gr. λύω); el ai. alarga en **-ōmi* > *-āmi,* que es sin duda más antiguo, pero en av. hay ya *-ā* (*yecā*). Es bien claro que el alargamiento es un medio secundario para distinguir la persona; en aesl. hay todavía huella de *-om* (> *-ǫ*). En ai. se alarga también la 1.ª pl. y dual (*-āmas, -āvas*).

En cambio, no puede considerarse producto de un alargamiento la oposición entre la vocal temática del ind. (*e/o*) y la *ē* del subj. (gr. λύετε/λύητε): la *-ē,* como la *-ā* del subj., son alargamientos laringales, cf. VI.VI.2.

Fuera de este raro uso, la vocal alargada se emplea para oponer temas: concretamente, temas de perfecto a otros de presente, aoristos sigmáticos a presentes y temas deverbativos a los del verbo base; además, para marcar el pasado en los temas que empiezan por vocal. Dado que existen algunos raros presentes con vocal larga (por ej., ai. *sā́hati* 'domina'), podría pensarse que también aquí la vocal larga original se ha usado secundariamente para caracterizar temas opuestos a los generales. Pero ello no es verosímil, dado que no existen huellas de vocales largas en anatolio. Más bien hay que pensar que en un momento dado se creó una oposición de cantidad, debida a la evolución de grupos como **-eHⁱ* > *-ē,* y a tratamientos dobles que crean oposiciones como gr. μήδομαι frente a μέδω, ai. *dhā́vati* frente a *dhavate* (cf. II.I.4.8 y 9). Cf. también ai. *stauti,* lit. *káuti,* etcétera., de **-eHᵘHᵘ*. De aquí, por analogía, se crearon los pocos presentes con vocal larga (salvo los que son derivados secundarios de los perfectos y deverbativos); aquí se tomó el modelo para oponer perfectos y deverbativos a los presentes normales.

11. El perfecto con vocal larga es bien conocido en griego (ὄδωδα, ἔρρωγα), lat. (*uenio/uēni, fodio/fōdi*), toc. (*räk/rāk*), lit. *dreskiù/drė̃skiaũ*), aesl. (*nesǫ/něsъ*), con huellas en celta y albanés. En germ. en general la vocal larga se ha usado para el pl. (gót. *nima/nam/nēmum*), aunque también hay huellas de ella en todo el tema (*fara/fōr/fōrum*); la larga de 3.ª sg. perf. del ai. (*cakā́ra* frente a 1.ª *cakára*) puede ser otra utilización del mismo recurso. En indo-iranio también hay huella en raíces de inicial vocálica (*ā́da* de *ádmi* 'como') y aun en otras (*dadhā́va*).

No parece dudoso que, como decíamos, los modelos del perf. con vocal larga están en vocales largas procedentes de grupos con laringal. Gr. ἔρρωγα procede indudablemente de *-oH_1* con tratamiento analógico, ai. *dadhā́va* de *-$oH^{u̯}$*. Claro está, la larga aparece en las raíces con laringal tanto en pres. como en perf.; incluso si antes de alargar la vocal ésta se ha opuesto sobre dos timbres diferentes, esto ha quedado borrado. De ahí perfectos sin des. del tipo ai. *jajñaú*, lat. **gnōu*, gr. πέφη, *τέθνηϝ (cf. τεθνηϝώς); así como los de desinencias normales. Pero el hecho es que en un momento dado se ha utilizado ocasionalmente para oponer perfecto y presente, a veces con uso simultáneo de la diferencia de timbre (gr. ῥήγνυμι/ἔρρωγα).

12. Es difícil separar la larga de ai. *ā́da* (perf.) de la de *ā́dam* (imperf.); la de gr. ὄλωλα (perf.) de -ωλόμην (aor.); todas estas largas de la de un perf. latino como *ēmi* (junto a pres. *ĕmo*), comparable a su vez a *uēni* (junto a un pres. *uĕnio*). El resultado es pensar que el tipo de aumento que consiste en alargar la vocal inicial y que se encuentra en gr. y ai. en ejemplos que acabamos de citar, consiste simplemente en otro aprovechamiento del alargamiento de la vocal radical, no en una contracción con una *e*-.

Existe asimismo un tipo de aoristos sigmáticos que caracterizan la raíz con vocal larga en activa (sin duda, en el origen, sólo en sg.) y ∅ en la media. Está bien testimoniado en ai. (pres. *riṇákti* / aor. *áraik* < **é-leik̯ᵘ-t*), lat. (*rego*/*rēxi*), aesl. (*vedǫ*/*věsъ*), en celta y en tocario; en griego es dudoso si ἔλειψα proviene o no de un diptongo largo. Dado que existen igualmente aoristos con grado P, resulta claro que el alargado es un recurso para diferenciar las formas con des. secundarias de un tema en *-s* a fin de mejor separarlas de las con des. primarias, convirtiéndolas en aoristos.

Finalmente, y como hemos indicado, el alargamiento de la vocal radical se emplea también como caracterización redundante de presentes con **-Hⁱ* que tienden a convertirse en deverbativos. Junto al tipo verbo base con *e* / deverbativo con *o*, que estudiamos antes, existen el *ĕ*/*ē* y el *ĕ*/*ō*, un tipo mixto. Nada de extraño que los recursos sean los mismos que en el perfecto, que no es en definitiva más que un tema en **-H* opuesto a los demás y que tiende a definirse más completamente con su **-H₂*, su reduplicación, sus desinencias medias y su significado. Por otra parte, estos verbos con **-Hⁱ* y vocal larga radical, igual que los con *o*, no siempre se enfrentan a un verbo base; aparecen también aisladas.

Cf. como ejemplos de vocalismo *ē*, gr. κηλέω, lat. *cēlare*; *ō*, gr. στρωφάω, πωτάομαι. En ai. hay *ā*, que puede ser **ē* u **ō*: de *vat* 'recibir' *vātaya-*. Cf. más detalles *infra*, IV.IV.2.7.

5. USO DEL LUGAR DEL ACENTO

1. Finalmente, conviene hacer algunas indicaciones sobre el uso morfológico del lugar del acento en la flexión verbal, sobre la base fundamentalmente del griego y del

védico. Hay que hacer notar que estas lenguas presentan notables limitaciones: en védico el verbo es átono en oración principal y hay que apoyarse en los usos de oración subordinada; en griego presenta acento fijo en las formas personales y sólo las nominales pueden servir de apoyo.

Es en las formas atemáticas sin aumento (en éstas el verbo funciona como un enclítico, cf. II.III.8) donde podemos detectar este uso morfológico. Resulta redundante con la alternancia del vocalismo predesinencial: cuando hay grado pleno (o largo) del vocalismo radical, dicha vocal lleva el acento; cuando es cero, se desplaza a las desinencias. Es decir, en el véd., que aquí representa el estadio más antiguo, el acento desinencial denota en los atemáticos las personas del pl. y du. activo y todas las de voz media. Cf., por ejemplo:

Pres.: *éti* / *yánti* 'él va / ellos van'.
Perf.: *véda* / *vidúr* 'él sabe / ellos saben'.

Se trata indudablemente de un desplazamiento del acento redundante con la alternancia vocálica y dependiente de ella. Es bien claro que hay casos de vocalismo P/Ø en que el acento no puede ir en el Ø (así en *és-t*) y otros de vocalismo Ø/P en que el acento no puede ir en el Ø (**sónti* > ai. *sánti* 'ellos son', **i̯ónti* > ai. *yánti* 'ellos van'). A partir de aquí se generalizó una alternancia acentual concordante con la del vocalismo, incluso cuando en sí eran posibles formas como **í-mes* (pero ai. ya *imás*).

En cuanto al acento de los verbos semitemáticos, sólo suposiciones podemos hacer sobre él.

El de los temáticos ha quedado fijo, así como el vocalismo, lo mismo que en los nombres. Pero como se crearon oposiciones entre temas temáticos diversos, concretamente

el tipo Ø/P y el P/P, pudo darse y se dio una fijación secundaria en cada tema, la cual se aprovechó morfológicamente. Así en ai. hay dentro del presente el tipo **bhére/o* como opuesto al **tudé/o*, es decir, *bhárati/tudáti*; en gr. se oponen presentes de tipo λείπειν a aoristos de tipo λιπεῖν, análoga diferencia acentual, visible sólo, como decíamos, en las formas nominales, infinitivos y participios. Aquí sabemos que el tipo original es el **tudé/o* en lo que respecta a vocalismo y acento, mientras que el vocalismo de **bhére/o* es secundario y hemos de concluir que también lo es el acento, convertido en diferencial respecto al del otro tipo.

Todavía se usa diferencialmente el acento en otras formas nominales: adjetivos verbales y participios pasivos en *-tó* (herencia indoeuropea, cf. VI.IV.3.4), participios de perf. en *-u̯ót, -u̯ós* (íd., íd.), part. perf. med. griego en -μένος (sobre el modelo del acento desinencial de la voz media atemática), etc.

6. NUESTRO ESTUDIO DE LOS DIFERENTES TEMAS

1. Con esto queda dicho lo más esencial respecto a los elementos que maneja la morfología verbal indoeuropea para constituir, ya acumulándolos en forma redundante, ya teniendo que acudir a la distribución externa a la palabra en caso de sincretismo o amalgama, las distintas formas que se oponen para marcar las diversas categorías y funciones. Queda dicho muy claramente que todo el sistema es secundario: que los elementos usados como marcas dentro de él sólo han asumido esta función por procesos de atracción, polarización y redistribución, si exceptuamos la reduplicación, el aumento y la característica de optativo (así como la *-i* de las des. primarias) que tenían valores

concretos anteriores a los gramaticales que luego adoptaron. Lo demás son meros alargamientos y otros recursos sin valor gramatical alguno en el origen.

Hemos visto cómo, a partir de una fase de indistinción del nombre y el verbo y falta de marca formal de los mismos y de categorías nominales y verbales, se pasó para el verbo a otras sucesivas: uno o más temas de una misma raíz, con desinencias primarias y secundarias; oposición de dos de estos temas como verbo base y derivado, ambos con las dos series de desinencias y sin que esto derrumbara el sistema anterior; oposición de temas de presente, aoristo, perfecto y (en un área dialectal) futuro; tendencia a organizar este nuevo sistema mediante dos temas, uno de presente y otro del que derivan los demás en la medida en que se conservan; tendencia a sustituir un tipo de distintividad basado en la mera proporción de las formas por otro en que cada categoría es marcada por una forma inequívoca. Y ello sin que este último sistema llegara a cristalizar nunca del todo.

Sobre esta base podemos ya comenzar nuestra exposición del sistema del verbo indoeuropeo, exposición que, desde luego, no busca restituir un sistema único base del de todas las lenguas. Nos centramos en la exposición de las diversas posibilidades de formación de los temas de presente, aoristo, perfecto y futuro: exposición no válida a escala sincrónica, pues ninguna lengua ha conocido simultáneamente los distintos tipos de presente, aoristo, etc. expuestos. Grosso modo, sin embargo, lo que se busca así es una exposición del sistema verbal que está en la base del griego, indo-iranio y armenio. Pero la diferencia de nuestra exposición respecto a las tradicionales está en que nosotros la aprovechamos para echar constantemente miradas hacia atrás y hacia adelante.

Así, la exposición de los temas de presente nos lleva al estadio del anatolio, en que cada verbo era un tema; y a un estadio que en anatolio coexistía con el anterior y también ha dejado huellas fuera de allí, a saber, aquel otro en que a un tema base se opone uno considerado como derivado y a un nombre un verbo denominativo. La exposición de los otros temas mencionados, desgajados en definitiva de los antiguos temas generales en cuanto se oponen sistemáticamente y se diferencian por la forma y el contenido, permite una y otra vez echar miradas retrospectivas en la dirección indicada. Pero, a la vez, en mayor medida que los temas de presente, los demás se han organizado secundariamente, mediante escisiones y reclasificaciones, unificaciones formales a base de un segundo tema, etc. Es decir, nos permiten a la vez echar miradas hacia fases más recientes del indoeuropeo.

Por otra parte, la exposición de los modos, imperativo, optativo y subjuntivo, muy diferentes formalmente unos de otros, así como en su difusión y antigüedad, completa este cuadro. Dentro de ella es importante ver cómo el verbo indoeuropeo los entrecruzó con los demás temas, ascendiendo así al tercer nivel flexional de que hemos hablado; en cierta medida, con ayuda de oposiciones puramente proporcionales, de origen antiguo en cuanto a las formas que incluyen; en otra, mediante la especialización de formas inequívocas.

2. Este estudio de temas ha de ser precedido, forzosamente, de un estudio de desinencias, incluida la $\emptyset$. La creación del sistema desinencial es la fase más antigua de creación del sistema del verbo, si bien, como hemos dicho, es contemporánea de la existencia de varios temas verbales, aunque no coexistentes simultáneamente en la mis-

ma raíz; temas formados a veces con los mismos alargamientos que se utilizaron igualmente como desinencias. Esa antigüedad del sistema desinencial hace posible, a partir de él, penetrar en la fase más antigua del verbo indoeuropeo, aquella en que no existían desinencias y, por tanto, el verbo sólo funcionalmente se diferenciaba del nombre. Las vacilaciones y contradicciones del más antiguo sistema desinencial hacen ver fácilmente, en efecto, su origen secundario. Pero también aquí se puede asistir a los ulteriores perfeccionamientos del sistema del verbo: bien a la creación de desinencias sistemáticas sin sincretismos ni amalgamas, bien a la creación de desinencias especiales para ciertos temas o a la ruina del sistema desinencial cuando el uso de temas opuestos lo hace redundante.